

Movimientos sociales y políticas públicas:

**los impactos de los centros sociales
okupados en Cataluña y Madrid
(1984-2014)**

Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades

Área Académica de de Ciencias Políticas y Administración Pública



CONSEJO
EDITORIAL

La publicación de este libro se financió con recursos PROFOCIE 2014-15.
El texto fue dictaminado por pares externos y por el Cuerpo Académicos de
Esudios Políticos Comparados.

Movimientos sociales y políticas públicas:

los impactos de los centros sociales okupados en Cataluña y Madrid (1984-2014)

Robert González García



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE HIDALGO

Pachuca de Soto, Hidalgo, México

2018

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE HIDALGO

Humberto Augusto Veras Godoy

Rector

Adolfo Pontigo Loyola

Secretario General

Jorge Augusto del Castillo Tovar

Coordinador de la División de Extensión de la Cultura

Alberto Severino Jaén Olivas

Director del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades

Fondo Editorial

Alexandro Vizuet Ballesteros

Director de Ediciones y Publicaciones

Derechos reservados conforme a la ley.

Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo

Primera edición, 2018

© Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo

Abasolo 600, Col. Centro, Pachuca de Soto, Hidalgo, México, C.P. 42000

Correo electrónico: editor@uaeh.edu.mx

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta edición sin el consentimiento escrito de la UAEH.

ISBN: 978-607-482-520-6

Hecho en México / *Printed in Mexico*

Índice

Prólogo	9
Introducción	17
Parte I. Los movimientos sociales y las políticas públicas. Perspectivas para el estudio de su impacto	21
1. Movimientos sociales y redes críticas. Problemas conceptuales	23
<i>1.1 Movimiento social y acción colectiva</i>	25
<i>1.2 Ciclos de movilización y aproximaciones teórico-epistemológicas. Las evoluciones en la teoría de movimientos sociales</i>	31
<i>1.3 Movimientos y redes críticas: ¿viejas y nuevas formas de nombrar el mismo fenómeno?</i>	51
<i>1.4 Recapitulando: algunas consideraciones epistemológicas</i>	52
2. La gobernanza y las redes críticas: un escenario complejo para la acción colectiva transformadora	55
<i>2.1 Del gobierno tradicional a la gobernanza. Los cambios en los sistemas de gobierno de las sociedades del capitalismo avanzado</i>	56
<i>2.2. Gobernanza participativa y de proximidad. El ámbito local y los movimientos sociales</i>	70

<i>2.3 Las redes críticas y los movimientos sociales en el escenario de la gobernanza</i>	75
<i>2.4 Una perspectiva conflictivista del escenario de la gobernanza</i>	85
<i>2.5 Interrogante final: ¿son las políticas públicas un escenario de transformación social?</i>	99
3. Los impactos sobre la gobernanza. Hacia un modelo de impacto de las redes críticas en las políticas públicas	101
<i>3.1 Las variables explicativas</i>	103
<i>3.2 La perspectiva dinámica. Las condiciones de presencia y de protagonismo</i>	131
<i>3.3 La incidencia del movimiento por la okupación en las políticas públicas</i>	137
<i>3.4 Finalizando con unos a priori</i>	144
Parte II. El impacto político del movimiento por la okupación en España. Los casos de Cataluña y Madrid	149
4. Contextualización. Los movimientos por la okupación en el Estado español, 30 años de historia	151
<i>4.1 Introducción. De los nuevos movimientos sociales a los nuevos movimientos globales</i>	152
<i>4.2 Las prácticas de okupación como movimiento social</i>	163
<i>4.3 La okupación en Europa. Modelos y tipologías</i>	168
<i>4.4 La okupación en España. Prácticas y contextos sociales</i>	177

<i>4.5 Breve historia de la okupación en España</i>	183
<i>4.6 A modo de puente: del contexto socio-histórico a los estudios de caso</i>	195
5. Cataluña: diversidad de experiencias	201
<i>5.1 Breves apuntes cronológicos de la okupación en Cataluña</i>	202
<i>5.2 La diversidad territorial de los centros sociales okupados catalanes. Estudios de caso</i>	204
<i>5.3 Medios de comunicación y estrategias de contrainformación</i>	243
<i>5.4 ¿Oasis catalán?: movimiento okupa y redes de políticas</i>	261
<i>5.5 Un impacto real pero limitado. ¿Una negociación imposible?</i>	270
6. Madrid: contrapoderes y negociación	285
<i>6.1 Introducción. Pequeña historia de la okupación en Madrid</i>	287
<i>6.2 De la autonomía organizada a la autonomía difusa</i>	299
<i>6.3 Prensa y contrainformación: la batalla simbólica en Madrid</i>	317
<i>6.4 Procesos de negociación en Madrid</i>	326
<i>6.5 Las dimensiones del impacto. Primeras conclusiones para el caso madrileño</i>	342

Parte III. Hacia un conjunto de conclusiones	351
7. Movimientos sociales y gobernanza local: el caso de la okupación	355
<i>7.1 Sobre el concepto de movimiento social</i>	356
<i>7.2 Sobre el nuevo escenario de gobernanza</i>	360
<i>7.3 Sobre las viejas y nuevas formas de interacción entre poder político y movimientos sociales</i>	363
8. Análisis comparativo, los estudios de caso: cerrando la investigación	367
<i>8.1 Las variables explicativas</i>	368
<i>8.2 Las negociaciones políticas por la “legalización” los centros sociales okupados</i>	384
<i>8.3 Los impactos en las distintas dimensiones de las políticas públicas</i>	401
<i>8.4 ¿Se confirman las hipótesis planteadas?</i>	408
<i>8.5 Balance y perspectivas de 30 años de okupación en España</i>	418
<i>8.6 Punto final</i>	422
Referencias	425
Entrevistas	453

Prólogo

El lector tiene en sus manos un libro caracterizado por el rigor analítico, algo difícil de encontrar en otros textos que abordan la misma temática, la referida a los impactos de los centros sociales okupados en las políticas públicas. Al respecto, pareciera ser un contrasentido que un movimiento tan denostado y criminalizado como el que aborda el autor pudiera tener efectos en el ámbito de la institucionalidad pública. Pues bien, Robert González, tras una exhaustiva investigación, demuestra que sí y en diferentes ámbitos, medidas y extensiones para los casos de Madrid y Barcelona.

El autor incluye las prácticas de okupación dentro de las que son propias de los movimientos sociales, aunque las distingue de otros y les da un lugar propio, pero interconectado, influyente e influido por aquellos en mayor o menor medida, dependiendo de los momentos históricos en que se encuentren sus redes de interrelación. De hecho, Robert González considera el movimiento de okupación como un nodo central de los nuevos movimientos sociales al considerarlo como parte importante de los movimientos contraculturales, formador de espacios alternativos de sociabilidad y situarlo —contra la lógica mercantilista y especuladora— en el centro del debate y polémica del derecho a la vivienda digna y a espacios culturales autogestionados apropiados y, sobre todo, sin intromisión gubernamental.

Lo anterior se enmarca claramente en lo que Pastor (2002) considera fundamental en la definición de un movimiento social: conflicto, desafío, cambio y acción colectiva. Todo ello lo observa el autor en el movimiento okupa que examina pormenorizadamente para los dos casos de estudio que

tiene en cuenta —Madrid y Cataluña— y para el periodo que examina: 1984-2014.

Desglosa Robert González el periodo señalado en cuatro etapas. La primera de ellas, que denomina “nacimiento y consolidación (1984-1995)”, va de las primeras okupaciones en Cataluña y Madrid a la entrada en vigor del Nuevo Código Penal que criminaliza la okupación. Esta etapa la caracteriza el autor como de inicio del movimiento, mismo que se centrará en el acceso a la vivienda y a espacios de autogestión cultural. Señala, además, que en 1992 se produjo una apertura del movimiento hacia planteamientos más globales.

En la segunda etapa, “etapa dorada (1996-2000)”, el movimiento presenta una considerable expansión pese a la estrategia de represión gubernamental que sufre tras la entrada en vigor del Nuevo Código Penal. La represión señalada pone al movimiento okupa en los medios de comunicación de masas, que los tildan de delincuentes peligrosos. Pese a ello, o quizá por eso mismo, se convierte en un referente de los movimientos sociales juveniles radicales, los cuáles protagonizan manifestaciones, resistencias a desalojos y aumentan el número de okupaciones. Esto tiene como consecuencia un conflicto permanente con la policía. En el interior se pierden espacios de coordinación y organización interna, al tiempo que se afirman identidades particulares en cada casa okupada.

La tercera etapa considerada, “el movimiento okupa y los movimientos globales (2001-2008)”, puede considerarse como un nuevo ciclo del movimiento okupa. Esta consideración se sustenta en los cambios que se han producido en las *estructuras de oportunidad política* del movimiento, el cual se ve inserto en las protestas de carácter global. Tiene lugar también una hibridación del mismo con otros movimientos: globales, vecinales, de capital-trabajo, etcétera.

Finalmente la cuarta etapa se inicia con los efectos de la crisis económica y financiera de noviembre de 2008, tiene su epicentro en las masivas protestas de indignación del movimiento 15M en 2011 e introduce nuevos y potentes actores en el mundo de la okupación pacífica de inmuebles, como las Plataformas de Afectados por las Hipotecas (PAH).

Después de esta introducción sobre lo que es el movimiento y caracterizar sus etapas, el autor desarrolla el objetivo central de su investigación: el impacto en las políticas públicas del movimiento por la okupación catalana y madrileña en los últimos 30 años. Para ello utiliza las tradiciones teóricas, metodológicas y epistemológicas de los estudios de movimientos sociales conjuntamente con las provenientes del análisis de las políticas públicas. En este sentido, da importancia a los cambios que se han dado, a partir de la década de 1990, en los modelos tradicionales de gobierno y que han llevado a los escenarios de la gobernanza. Destaca también un concepto fundamental para el desarrollo de su trabajo, el de *redes críticas*, que entiende como: “el momento de interacción de los movimientos sociales con otros actores dentro de la gobernanza en las sociedades postindustriales”. Por último, enmarca históricamente el impacto de los movimientos okupa en las políticas públicas en: el predominio del neoliberalismo, la reducción de gasto público, el retroceso del Estado del Bienestar, la privatización de los servicios públicos y la desregulación de las relaciones laborales.

Las dimensiones consideradas por el autor son las siguientes: microestructura, que la utiliza para analizar las formas de movilización; subjetiva, que le sirve para dar cuenta de los procesos colectivos de interpretación que se interponen entre la oportunidad, la organización y la acción; y macro-estructural, con la cual analiza las constricciones que han de afrontar los movimientos sociales.

El autor introduce, asimismo, las teorías de la movilización de recursos. Estas le aportan las herramientas necesarias para estudiar: las organizaciones de los movimientos sociales, las características de los militantes, las experiencias y creencias, el repertorio de acción colectiva, las estrategias y las tácticas. Todos estos elementos acaba sintetizándolos en la variable: *capital social crítico*.

Robert González recurre también al análisis de marcos, el cual estudia la articulación discursiva de la protesta. De este análisis surge su segunda variable: *marcos cognitivos y opinión pública*. Esta variable le sirve para estudiar, desde la imagen mediática de los okupas catalanes y madrileños, las diferentes experiencias de confrontación y comunicación surgidas dentro de estos movimientos.

La tercera y última variable explicativa utilizada, la denomina el autor *redes de políticas públicas como EOP*. Como sustento teórico de esta variable recurre a las teorías del proceso político, que dan cuenta de los diferentes tipos de cambios en la estructura de oportunidades políticas que constituyen el contexto de actuación de los movimientos sociales. Al respecto, el autor considera que tres redes políticas son las más relacionadas con el impacto del movimiento okupa en la política pública, concretamente: vivienda, juventud y orden público.

Señala el autor que no es suficiente con el estudio de las dimensiones y el análisis de las variables señaladas. Hace falta, además, tener en cuenta que el impacto que puede producir un movimiento social (*red crítica*) en las políticas públicas es posible abordarlo desde cuatro dimensiones: substantiva, referida al cambio en las agendas de las instituciones; operativa, que hace referencia al cambio en los procesos de elaboración de las políticas; simbólica, que se define por los cambio en los discursos a nivel cognitivo; relacional, que desarrolla los cambios producidos en las interacciones entre los diversos actores y la red de gobernanza.

Completa este trabajo inicial de definición teórico-metodológica con la inclusión de tres hipótesis de trabajo, que luego corroborará utilizando técnicas de investigación social cualitativas: entrevistas en profundidad y semiestructuradas, y observación participante. Las hipótesis son las siguientes:

Hipótesis del impacto

Cuando las políticas de juventud se caracterizan por ser afirmativas, periféricas y explícitas el movimiento por la okupación tendrá impactos en estas políticas.

Hipótesis de autogestión

El movimiento okupa, en su actividad cotidiana, ha generado tantas políticas periféricas y afirmativas que ha provocado respuestas de la administración en la misma línea.

Hipótesis relacional

El movimiento por la okupación ha tenido impacto en el comportamiento de otros actores de la gobernanza, en especial en otros movimientos sociales, como el vecinal, el feminista o el movimiento global.

Después de desarrollar el marco teórico y metodológico descrito de forma sistemática el autor pasa a señalar los resultados obtenidos en los dos estudios de caso que componen su investigación, el de Madrid y el de Barcelona. Al respecto nos dice que la okupación catalana es mucho más amplia, extendida y presente en la arena pública que la madrileña, pero que esta tiene una mayor elaboración en los debates internos del movimiento y más complejidad en su relación con las políticas públicas.

Respecto a la variable *capital social crítico*, nos dice el autor que en Cataluña en el movimiento por la okupación predominan las identidades radicales, existe una masa crítica, relevo generacional, afinidades entre barrios determinados, diversidad territorial e ideológica. En Madrid la apertura a identidades plurales y difusas se produjo antes que en Cataluña; el movimiento es más pequeño pero con socialización comunitaria que garantiza su permanencia. En ambos casos predominan los modelos organizativos de coordinación asamblearia, no jerárquico y en red, además de estrategias autónomas de desobediencia civil y acción directa.

La variable: *marcos cognitivos y opinión pública* da como resultado que tanto en el caso de Cataluña como en el de Madrid se produce una progresiva evolución de la contra-información a la comunicación crítica o alternativa; al tiempo que se da la criminalización del movimiento por los medios de comunicación de masas.

La variable *redes de políticas públicas como EOP* muestra que existen semejanzas pero también diferencias de matiz en los dos casos estudiados. En ambos las políticas de vivienda se presentan como un escenario inhibitorio de la acción colectiva. Con referencia a las políticas de juventud, son las únicas permeables en Cataluña, mientras que en Madrid lo son cultura, educación y urbanismo. En cuanto a las políticas de seguridad y orden público, estas generan para el movimiento okupa, tanto en Madrid como en Cataluña, oportunidades de impacto y movilización.

En cuanto al impacto del movimiento okupa en las diferentes dimensiones de las políticas públicas que tiene en cuenta la investigación, el autor encuentra que en la *dimensión simbólica* existe un impacto mediano, para ambos casos, en la percepción social de los problemas de la juventud y de la vivienda, pero solo en ciertos momentos. En cambio en la *dimensión substantiva*, nos dice, el impacto en las políticas de juventud ha sido un poco más alto en Cataluña que en Madrid; aunque en ambos casos el impacto ha sido débil en las políticas de acceso a la vivienda, dada la alta especulación que se da con respecto a esta. En la *dimensión operativa* el impacto fue mayor en Madrid que en Cataluña, puesto que en Madrid fue mayor el espacio abierto para la negociación entre las administraciones y miembros del movimiento okupa. En la *dimensión relacional* el impacto del movimiento okupa, para ambos casos, ha sido muy alto, en especial sobre otros movimientos sociales.

Por último, el autor nos da los resultados con respecto a las hipótesis que consideró. Nos dice que la *hipótesis de impacto* fue corroborada en el caso catalán en las políticas de juventud –afirmativas y periféricas–, mientras que el caso de Madrid ha habido, aunque de manera puntual, un mayor acceso a los ámbitos de urbanismo y educación. Señala, con relación a la *hipótesis de autogestión*, que las ocupaciones prolongadas en el tiempo han generado políticas de juventud, vivienda, educación y cultura para públicos específicos, dando cuenta, en esta forma, de su potencial como generador de un espacio público no estatal. Finalmente, para la *hipótesis relacional*, nos dice el autor que el movimiento okupa influyó en los movimientos sociales afines de las década de 1980 y 1990, pero que a partir de la década de 2000 se produjo una hibridación de las prácticas del movimiento okupa con las de otros movimientos sociales.

Después de este breve recorrido por los aspectos centrales que dan sustento a la obra de Robert González solo nos queda recomendar vivamente este libro a los lectores, pues en él encontrarán respuestas valiosas sobre un movimiento social tan importante como controvertido, el de los okupas. También podrán comprender, a través de su lectura, cómo y en qué medida

las políticas públicas, para los casos considerados, han sido impactadas por aquel.

Juan Antonio Taguenca Belmonte

Introducción

El contenido de este libro es una aproximación a los estudios de impacto político de los movimientos sociales. Se parte de la base de una doble evolución paralela en los escenarios de gobierno y en las formas que toman los movimientos sociales como principales actores de la acción colectiva en las actuales democracias.

Durante la década de los noventa se produjo una serie de cambios sociales y políticos en las sociedades post-industriales y de la información (Castells, 1998) que nos sitúan en nuevos paradigmas para el análisis de las políticas públicas y de la acción colectiva. Por un lado, la crisis de los modelos tradicionales de gobierno sitúa a las políticas públicas en escenarios de gobernanza (Mayntz, 1993); por otro, surge una nueva generación de movimientos sociales y formas de interacción entre el poder político y la acción colectiva.

Estas novedades nos emplazan a una reelaboración de los instrumentos analíticos y conceptuales que históricamente se han producido tanto desde la teoría de políticas públicas como desde la teoría de movimientos sociales, con el fin de explicar a través de qué mecanismos se inserta la acción colectiva en las políticas públicas.

En primer lugar, las agendas públicas y de gobierno se amplían hacia temáticas nuevas (como la temática de Juventud). Por otra parte, las formas de la acción colectiva van estructurando redes más allá de las formas partidistas y movimentistas clásicas. Y, finalmente, los espacios de interacción entre actores públicos y sociales exploran nuevas maneras de regular y gestionar los conflictos colectivos.

El reto de analizar e interpretar estos impactos ha forzado un proceso de innovación teórica y conceptual de gran alcance que afecta a tres aspectos

fundamentales. Para empezar, la teoría de movimientos sociales revisa sus instrumentos para analizar las emergentes redes de acción colectiva crítica. A continuación, la teoría de políticas públicas entra de lleno en el nuevo escenario de la gobernanza como marco referencial superador del anterior escenario de gobierno tradicional. Por último, la teoría de la democracia, reelabora sus supuestos a la luz de los nuevos instrumentos de innovación participativa.

Ahora bien, para abordar estos fenómenos, ¿por qué elegir un movimiento como el de okupación? ¿No es un poco contradictorio estudiar un movimiento de carácter autónomo para medir su impacto en las políticas públicas? Efectivamente, la okupación ha sido un fenómeno frecuentemente desconocido, incomprendido y reprimido. Ahora bien, aunque no se trate de un movimiento orientado al poder que desee reivindicar una serie de demandas sociales, vinculadas a la vivienda, el urbanismo, la política juvenil o la política de empleo, esto no quiere decir que no incida en estas áreas de la política pública. Esto es precisamente lo que se aborda en este libro, la incidencia que ha tenido este movimiento en las políticas públicas en España en los últimos 30 años, en concreto en el periodo 1984-2014. Para estudiar la incidencia del movimiento, partiremos de un análisis histórico y comparativo, que evaluará las evoluciones del propio movimiento y las de las políticas públicas.

En este punto, también es oportuno precisar y adelantar una cuestión ortográfica que será recurrente en todo el texto. Me refiero al uso de la letra “k” para nombrar al movimiento okupa y las acciones de okupación que este promueve. Como se explicará en el texto, a partir de 1984 en España, una serie de colectivos empezaron a okupar inmuebles, tanto para reivindicar el derecho a la vivienda frente a la especulación inmobiliaria, como para conseguir espacios culturales alternativos. El uso de la “k” distingue este tipo de okupación reivindicada, política y visible, de una ocupación — habitualmente debida a la pobreza y la necesidad — que siempre ha existido pero que ha sido invisibilizada por el poder y por la voluntad de pasar desapercibida de las propias personas que la protagonizan (Adell, 2004: 92).

La estrategia metodológica y las técnicas utilizadas para desarrollar el estudio han sido predominantemente cualitativas. Por otra parte, se han

utilizado algunos datos cuantitativos para llevar a cabo el análisis de prensa sobre el movimiento por la okupación. La técnica base del estudio ha sido la entrevista semiestructurada y en profundidad a activistas del movimiento por la okupación, aunque también se han realizado entrevistas a técnicos y políticos municipales y autonómicos, así como miembros del tejido asociativo o político. Para seleccionar la muestra de las entrevistas se ha realizado previamente observación participante, lo que ha llevado también a explorar metodologías como la investigación acción participativa o la investigación activista. Finalmente, se ha llevado a cabo una variante del análisis del discurso para trabajar el material recopilado en las entrevistas.

El libro se estructura en tres partes. La primera, que consta de tres capítulos, desarrollará y readaptará herramientas teóricas y analíticas tanto desde la perspectiva del análisis de políticas públicas como desde la teoría de movimientos sociales. El primer capítulo revisará las teorías de movimientos sociales, buscando elementos para el estudio de su impacto. Los capítulos dos y tres se centrarán en las aportaciones que provienen del campo del análisis de políticas públicas y que explican el cambio de los escenarios de gobierno tradicional a los de gobernanza, avanzando las implicaciones que esto tiene para la acción colectiva y los movimientos sociales. Se hará, desde una perspectiva crítica que añade el contexto de la globalización neoliberal y de la crisis de los Estados de bienestar.

La segunda parte del libro es el resultado de un trabajo empírico sobre la evolución del movimiento por la okupación y de sus impactos políticos en Cataluña y Madrid en los últimos 30 años, desde el surgimiento del movimiento hasta la actualidad. Se estructura, como la primera, en tres capítulos. El capítulo cuatro actúa de marco socio-histórico, mientras que los capítulos cinco y seis, hacen referencia a ambos casos de estudio: Cataluña y Madrid. Estos dos territorios son los que cuentan con más presencia de okupaciones en España. Cataluña y Madrid se convierten en casos ideales para comparar ya que presentan una serie de características similares, pero también diversidad en las configuraciones de las variables explicativas de nuestro modelo analítico. Así, tanto Madrid como Cataluña tienen una metrópoli dominante y comparten el hecho de ser los territorios con más espacios urbanos abandonados y con unos precios más altos de la

vivienda. Ambos son también espacios de fuerte tradición de movilización social y suficientemente densos para encontrar masa crítica en la expresión de cualquier contradicción política.

Con la tercera parte se intentará cubrir dos objetivos. En primer lugar, el capítulo siete servirá para explicitar las principales conclusiones a las que ha llegado la investigación a nivel teórico, conceptual y epistemológico. Finalmente, en el capítulo ocho se contrastarán los dos estudios empíricos con un análisis comparativo de los principales resultados. Asimismo, se desarrollarán unas conclusiones generales sobre el impacto del movimiento por la okupación en las políticas públicas en España.

En definitiva, con este libro se pretende generar un espacio de reflexión teórica y de investigación empírica que conecte los elementos de cambio en las teorías de movimientos sociales y del análisis de las políticas públicas, y profundice a través de un caso concreto. El objetivo del libro es analizar los espacios de acción colectiva crítica más innovadores, desde el ángulo de su incidencia en los nuevos campos de la política pública (juventud y vivienda) por medio de procesos de interacción que entran de lleno en las nuevas concepciones de una gobernanza radicalmente democrática.

Este libro pone fin a una larga trayectoria investigadora que comenzó con la tesina sobre el movimiento por la okupación en Cataluña, en el año 2001, continuó con la tesis doctoral sobre el impacto de la okupación en las políticas públicas en Cataluña y Madrid en 2011 y llegó hasta la participación en la investigación “El movimiento okupa: ciclos, contextos e identidades” entre los años 2012 y 2014. Ahora bien, no se trata de un punto final, ya que en el transcurso de esta trayectoria investigadora se ha acumulado suficiente material e interés para seguir hacia varias metas de futuro. Por ejemplo, queda por hacer un estudio comparativo de los impactos de la okupación en las políticas públicas en Cataluña y en España, con los que se producen en otras sociedades tanto europeas (Holanda, Suiza, Alemania, Gran Bretaña o Italia) como americanas (Estados Unidos, México, Colombia, Brasil o Argentina). Por otra parte, la aproximación a otras cuestiones importantes, como la perspectiva de género, no han tenido cabida en este libro, pero han despertado en el autor algunas reflexiones que merecerá la pena seguir trabajando.

Parte I. Los movimientos sociales y las políticas públicas. Perspectivas para el estudio de su impacto



Imagen 1. Símbolo que identifica al movimiento okupa.

Los movimientos sociales y las políticas públicas se podrían ver de forma intuitiva como fenómenos alejados o, en todo caso, como previsibles oponentes. Así, si unos, los movimientos, son situados por el imaginario colectivo en el ámbito de la lo social, las otras, las políticas, se moverían en la esfera política e institucional. Los primeros serían vistos por no pocas personas como el paradigma de la espontaneidad, la informalidad, la autonomía, la libertad y la protesta. Las segundas, en cambio, se asociarían con las normas, la previsibilidad, el orden y, en determinados casos, la represión. Pero la misma historia y, evidentemente, decenas de aportaciones de todas las ciencias sociales, han demostrado una y mil veces que las cosas no son tan sencillas, y que las relaciones entre movimientos sociales y políticas públicas son, como mínimo, complejas, ambivalentes e incluso sorprendentes. Esta primera parte del libro abordará, a través de tres capítulos, un camino que lleva a un necesario encuentro entre ambos campos, movilización social y política pública. Este entendimiento obedece a cambios profundos que en los dos ámbitos se han experimentado con el paso de las sociedades industriales del capitalismo corporativo, que surgió

después de la Segunda Guerra Mundial, a las sociedades post-industriales del capitalismo informacional que se consolidan a partir de la década de los ochenta.

En el primer capítulo se pretende aclarar, a la luz de la literatura existente, algunos conceptos vinculados a la acción colectiva, así como las principales teorías que han servido de base para desarrollar un modelo analítico que pretende comprender y explicar el impacto político del movimiento por la okupación en España en los últimos 30 años. El segundo capítulo pone sobre la mesa toda una serie de herramientas conceptuales que se han producido desde la perspectiva de las redes de políticas públicas (policy networks), que puedan ser útiles para explicar la incidencia de las redes críticas en las políticas públicas.

De alguna manera, se pretende revisar las teorías de la gobernanza desde una perspectiva crítica que dé cuenta de dos fenómenos: el contexto de retirada de los estados benefactores, iniciado en los años ochenta a nivel mundial y acentuado en Europa en los últimos años con las salidas neoliberales a la crisis económica de 2008, y al hecho de abordar en esta investigación un fenómeno como la okupación, a priori difícil de casar con las políticas públicas. Finalmente, el tercer capítulo desplegará un modelo analítico —bien sustentado en la teoría— que después guiará el análisis empírico del impacto de las redes críticas de okupación en las políticas públicas en España en los últimos 30 años. En este tercer capítulo se expondrán las variables explicativas de este modelo, desde una perspectiva tanto estática como dinámica y, finalmente, se presentarán las diferentes dimensiones que pueden tener estos impactos, para acabar con las hipótesis sobre okupación y políticas que orientan todo el trabajo teórico y empírico de la investigación.

Movimientos sociales y redes críticas. Problemas conceptuales

*con tu puedo y con mi quiero
vamos juntos compañero*

*la historia tañe sonora
su lección como campana
para gozar el mañana
hay que pelear el ahora*

*con tu puedo y con mi quiero
vamos juntos compañero*

*ya no somos inocentes
ni en la mala ni en la buena
cada cual a su faena
porque en este no hay suplentes*

*con tu puedo y con mi quiero
vamos juntos compañero*

(Mario Benedetti, 2000: 101)

Los movimientos sociales han sido un tema de estudio habitual por parte de la Ciencia Política, la Sociología, la Historia, la Antropología y la Psicología Social. Ahora bien, al tratarse de un fenómeno político, las aproximaciones

teóricas y epistemológicas nunca serán imparciales, y de ellas dependerá en buena medida el resultado de la investigación. Como este trabajo es eminentemente empírico, el objetivo de este capítulo es aclarar algunos conceptos vinculados a la acción colectiva, así como las principales teorías que han servido de base para desarrollar el modelo analítico.

En un primer apartado se intentará poner luz sobre conceptos que serán utilizados a lo largo del libro como los de movimiento social, acción colectiva o protesta política. En segundo lugar, se hará un recorrido por las teorías de movimientos sociales de la segunda parte del siglo veinte, relacionándolas con los ciclos de movilización de la historia contemporánea. Finalmente, en un breve apartado de conclusiones, se introducirá el concepto de red crítica, que será tratado con más detalle en el segundo capítulo.

Se podría objetar que para estudiar un fenómeno tan reciente como el del movimiento por la okupación no habría que remontarse tanto en el tiempo, y que las teorías o movilizaciones del siglo pasado ya no nos sirven para explicar las actuales. Como dice Traugott (2002a) solo desde el privilegiado punto de vista que ofrece el paso del tiempo es posible evaluar las consecuencias para el cambio social derivadas de fenómenos de protesta y contestación. Es por eso necesario comprender cómo se han analizado los procesos de movilización en los últimos 50 años, para luego adentrarse en el caso de estudio, del que solo tenemos constancia en los últimos 30 años. Es fundamental considerar periodos de tiempo largos para estudiar fenómenos de impacto político desde la sociedad civil.

En segundo lugar, y dentro de los debates entre escuelas teóricas, disciplinarias o políticas en el estudio de los movimientos sociales, este trabajo optará por el eclecticismo y la mezcla de tradiciones y disciplinas. Por lo tanto, entrarán en juego aportaciones de autores con fundamentos epistemológicos distintos a los defendidos por el autor. Es decir, si bien el objetivo de la investigación con respecto al estudio de los movimientos sociales es aportar elementos que puedan contribuir, modestamente, a la ingente tarea emancipadora que estos afrontan como sujetos del cambio social, a menudo se citarán autores que abordan el estudio de los movimientos desde aproximaciones pretendidamente objetivas y alejadas de este sujeto. Esta contradicción, latente a lo largo del trabajo, es producto

de las propias tensiones que tienen lugar en el campo académico, inherentes al avance del pensamiento social.

1.1 Movimiento social y acción colectiva

En la literatura sobre movimientos sociales existen múltiples definiciones que tratan de acotar un término tan amplio e impreciso como el de movimiento social. En primer lugar, habría que distinguir tres conceptos que a menudo se utilizan como sinónimos, como son movimiento social, protesta social y acción colectiva.

Empezando por el final, se considera “acción colectiva” toda acción conjunta que persigue unos intereses comunes y que para conseguirlos desarrolla unas prácticas de movilización concretas (Funes y Montferrer, 2003). En el caso de la acción colectiva política, Tilly (1978) indica que son necesarios al menos cuatro elementos para que esta se produzca: intereses (comunes a un conjunto de personas), organización (más o menos estructurada) prácticas de movilización (con diferentes repertorios de acción) y una estructura de oportunidad política (en adelante, EOP) que facilitará o dificultará la acción colectiva. Bajo esta definición, pueden encajar perfectamente, partidos políticos, grupos de interés y movimientos sociales. Los tres tipos de actores comparten las características de los actores políticos colectivos: participación voluntaria de los miembros; estabilidad relativa de su actividad; objetivos (latentes o explícitos) que les dan homogeneidad entre los participantes; línea de acción coordinada y organizada; y, finalmente, intervención en el ámbito político incidiendo en la gestión del conflicto social.

Entonces, ¿qué diferencia a un movimiento social del resto de actores políticos colectivos? Adoptaremos como guía las diferencias entre movimientos sociales, partidos y grupos de presión que establecen Ibarra, Gomà y Martí (2002), añadiendo algunas anotaciones sobre el tema de la okupación.

La intensidad de la estructuración de los actores colectivos puede ser fuerte y estable, tal y como corresponde a los grupos de interés o a los partidos o, por el contrario, puede estar sujeta a variaciones y oscilaciones como ocurre en muchos movimientos sociales. En el caso del movimiento

por la okupación, su estructura es de raíz comunitaria, y se basa más en los grupos de afinidad que en formas organizativas. Si tomamos como unidad de análisis un centro social o una casa okupada, entonces podemos hablar de estructura asamblearia, con varias comisiones en función de las actividades. Pero si hablamos del movimiento en su conjunto, la autonomía y los grupos de afinidad serían la tónica, con algunos intentos de asambleas de okupas de nivel municipal, metropolitano o regional.

En cuanto al discurso, las propuestas que promueven los actores políticos colectivos pueden tener un alcance global, pretendiendo una intervención en todos los campos temáticos: este es el caso de los partidos. Pueden, en cambio, concentrarse en un solo campo temático de carácter específico —económico, cultural, religioso, etcétera— o, finalmente, pueden situarse en una sola dimensión transversal que afecta a una diversidad de campos temáticos. Así es con los movimientos feministas, que adoptan la discriminación de género como terreno de intervención en todos los campos (familiar, laboral, político, cultural y personal). El caso del movimiento por la okupación sería diferente. Como se explica más adelante, el movimiento por la okupación se encuentra a caballo entre los nuevos movimientos sociales (en adelante NMS) y el movimiento global (o “antiglobalización”), por lo que sí podemos encontrar discursos que, sin tener una pretensión global, abarcan muchos campos de la política, desde la ecología, la vivienda o las formas de consumo y ocio, hasta los modelos de relaciones personales, la orientación sexual, el antimilitarismo, el anticapitalismo y el antisexismo.

El ámbito preferente de intervención, en algunos casos, es el ámbito institucional —el parlamento, el gobierno y las diversas administraciones— el que concentra la intervención principal del actor colectivo: es así con los partidos. Pero también puede ser el ámbito extra-institucional, con preferencia por formas de actividad no convencionales: así se da en muchos movimientos sociales y, evidentemente, en el de las okupaciones.

En el caso de los partidos, la orientación hacia el poder está dirigida a obtenerlo por medio de la competición electoral y en el de los grupos de presión sesgarlo secretamente hacia sus intereses o llegar a la concertación vía negociación. Respecto a los movimientos sociales, su intención no

se ocupa de ejercer el poder, sino de llevar a cabo una oposición visible con el fin de presionar a las autoridades para que cambien o detengan determinada política o para introducir nuevos temas en la agenda pública. En el caso de los okupas, se definirán mayoritariamente en una estrategia de generación de contrapoderes y negarán una voluntad explícita de incidir en las autoridades. Este hecho se debe tener en cuenta en la aplicación de un modelo de impacto en las políticas públicas a un movimiento antisistémico.¹

Las estrategias para orientarse hacia el poder que utilizan los actores pueden ser diversas. Los partidos tienen su espacio de confrontación en la obtención del sufragio, mientras que la intención de los grupos de presión es el acceso a las autoridades competentes. La estrategia de los movimientos suele ser el conflicto con el poder, mediante el uso de la acción colectiva y la movilización social.

La naturaleza de los recursos es diferente para cada uno de los actores. Los grupos de presión suelen tener como recursos la experiencia o el acceso a las autoridades. Los partidos políticos cuentan con recursos económicos, legitimadores e institucionales. Los movimientos emplean recursos simbólicos —como la cohesión emocional, la disciplina y el compromiso de sus miembros. Los movimientos por la okupación destacarán por ser efectivos en la obtención de recursos económicos a través de la autogestión.

1 Arrighi, Hopkins y Wallerstein (1999), utilizan el concepto de movimientos antisistémicos para referirse a las formas de actuación y organización que surgen fundamentalmente a partir de la década de los años sesenta como respuesta a las nuevas condiciones de la estructuración social capitalista, y que se alejan cada vez más de las instituciones tradicionales (permanentes y burocratizadas) del movimiento obrero, a la vez que abandonan como prioridad estratégica la conquista del aparato estatal de poder.

Figura 1.1 Una tipología ideal de actores colectivos

	Partidos	Grupos de interés	Movimientos sociales
Estructuración	Formalizada, estable, jerárquica	Formalizada, fuerte	Horizontal, fluida, variable, informal, redes
Discursos/Temas	Global	Sectorial	Transversal
Ámbito de intervención, repertorio	Institucional, convencional	Institucional (variable)	Social, no convencional
Orientación hacia al poder	Ejercicio	Presión	Cambio/ enfrentamiento
Estrategia	Competencia	Acceso a autoridades	Conflicto
Recursos	Cargos, votos Económicos, legales	Experiencia, conocimientos específicos, acceso	Miembros, recursos simbólicos

Fuente: Elaboración propia a partir de Ibarra, Gomà y Martí (2002).

Ramón Adell (2003) considera que el impacto de los movimientos sociales sobre el sistema puede incluir el reconocimiento del movimiento social como actor legítimo (procedimental u operativo); un cambio o giro de la política (sustantivo) o una transformación del propio contexto político del movimiento (estructural). Ibarra, Gomà y Martí (2002) afirman que los movimientos sociales inciden en todos los ámbitos de la política:

- Simbólico: los movimientos sociales constituyen un sistema de narraciones, registros culturales, explicaciones y prescripciones sobre cómo determinados conflictos se expresan socialmente.
- Interactivo o relacional: el movimiento social es una forma específica de actor colectivo constituido por un conjunto de normas preestablecidas (provenientes de la memoria y práctica histórica) que son una guía para la acción colectiva presente o futura de manera formal o informal.
- Institucional u operativo: los movimientos inciden e impactan, transforman o ponen en tensión los espacios que regulan y canalizan las conductas de los actores, a través de acciones no convencionales y a menudo disruptivas.
- Sustantivo: finalmente, los movimientos sociales son, en sí mismos, un instrumento de cambio de la realidad.

Después de establecer estas diferenciaciones, es relevante comentar cómo se ha definido el término movimientos sociales desde la ciencia política. Para Pastor (2002), todo movimiento social se caracteriza por el hecho de surgir en condiciones de conflicto y convertirse en un desafío a las autoridades o poderes mediante una acción colectiva, no institucionalizada, con la intención de promover cambios en los que participa un número de personas significativo. Ibarra, Gomà y Martí (2002), definen movimiento social como un actor político colectivo de carácter movilizador que persigue objetivos de cambio a través de acciones (generalmente no convencionales), y que para hacerlo actúa con cierta continuidad, a través de un alto nivel de integración simbólica y un bajo nivel de especificación

de roles, a la vez que se nutre de formas de acción y organización variables. Por tanto, un movimiento social es un agente de influencia y persuasión que desafía las interpretaciones dominantes sobre diversos aspectos de la realidad.

Las ideas de conflicto, desafío, cambio y acción colectiva en el espacio público, son básicas para distinguir un movimiento social de un grupo de presión o de un partido político, aunque en más de una ocasión un movimiento social ha terminado transformándose en estos tipos de organizaciones.

Ahora bien, algunos autores creen necesario diferenciar el concepto de movimiento social del de protesta política, más amplio. En esta tarea nos llevarán a una definición más acotada, muy útil para relacionar movimientos sociales y políticas públicas. Así, Jiménez (2005) define protesta social como la acción colectiva pública de actores no estatales a favor de un interés común excluido del proceso de toma de decisiones. El principal objetivo de la protesta es incidir sobre los actores con poder (las autoridades), de la acción los cuáles puede depender la inclusión de sus intereses en el proceso de toma de decisiones. El proceso de normalización y legitimación creciente de la protesta, hace más frecuente el recurso a la misma por parte de todo tipo de actores, incluso los institucionales.² Para Jiménez, la especificidad del concepto movimiento social frente el de protesta, radica en dos cualidades esenciales. Por un lado, el objetivo último e inherente a un movimiento social es cambiar un orden social (u oponerse a su cambio), y por la otra, se asienta en una red amplia de relaciones entre colectivos y personas que comparten una identidad.

2 Podríamos observar desde esta óptica las movilizaciones de la derecha española contra los matrimonios homosexuales, a favor del trasvase del Ebro o de la obligatoriedad de la religión en las escuelas en la legislatura 2004-2008. Por otra parte, todas las movilizaciones antiterroristas promovidas por gobiernos políticos de todo color gozan de un carácter marcadamente institucional. Parece interesante en este punto la distinción que establece Adell (2003) entre manifestaciones de adhesión y manifestaciones de contestación. Finalmente, estas movilizaciones encajarían también con el concepto de contramovimiento de Tilly (2002), concebido como respuesta de las clases dominantes ante movimientos que amenazan sus intereses.

Jiménez (2005) define un movimiento social como una red informal de interacciones entre una pluralidad de grupos, más o menos formalizados, e individuos que sobre la base de una identidad colectiva común tienen como objetivo la consecución del cambio social. Tomaremos pues las ideas de red e identidad, como fundamentales para abordar el estudio de un movimiento social.

Por otra parte, y aunque esta no sea la función explícita de los movimientos sociales, actúan a menudo como agentes inclusivos, en la medida que incorporan a la vida ciudadana a sectores sociales potencialmente excluidos.³ Según Charles Tilly (2002), las olas de acción colectiva en la Gran Bretaña de finales del siglo XVIII y principios del XIX, representan el nacimiento del concepto movimiento social, que define como desafío sostenido y organizado a las autoridades en nombre de una población despojada, excluida o tratada con injusticia. Actualmente, en la era de la globalización neoliberal y a pesar de la generalización de las poliarquías democráticas (Dahl, 1971), los movimientos tienen mucho que ver con la exclusión, como fenómenos de respuesta a la misma. Como afirma Calle (2004), una mayor debilidad de los lazos sociales llevará a un incremento de los riesgos de sufrir exclusión y de que la precariedad vital se reproduzca y aumente. Por tanto, la formación de movimientos sociales de tipo comunitario actuará en contra de estas tendencias de las actuales sociedades del capitalismo tardío. En el capítulo cuarto retomaré esta cuestión, por ahora, añadiré el concepto inclusión, en la definición de un movimiento social contemporáneo.

1.2 Ciclos de movilización y aproximaciones teórico-epistemológicas. Las evoluciones en la teoría de movimientos sociales

Desde la sociología y la ciencia política existen múltiples perspectivas para analizar los movimientos sociales, desde las que ponen el énfasis

3 Según Subirats (2004) son sectores excluidos aquellos que no participan en la producción y la creación de valor dentro y fuera del mercado, que no tienen adscripción política y ciudadanía o que no tienen redes familiares o sociales de apoyo.

en elementos más estructurales que explican la aparición de estos fenómenos de movilización colectiva, hasta las que enfatizan el potencial de transformación (contra) cultural, pasando por las que se centran en el análisis concreto de los elementos internos de los propios movimientos que pueden explicar su éxito o fracaso.

Es conveniente destacar algunas teorías de movimientos sociales, y sobre todo relacionarlas con los ciclos de movilización de la historia contemporánea. Se pretende poner en evidencia la íntima relación que existe entre la episteme, la teoría y el método o la acción. Cada teoría es producto de su momento histórico, y quiere justificar el *status quo*, o, en caso contrario, subvertirlo. Este pequeño viaje por las teorías irá pues acompañado por un concepto también propio del estudio de los movimientos sociales, el de ciclos de movilización o de protesta.

1.2.1 Tres ciclos de movilización en la historia contemporánea

Siguiendo las teorías de autores como McAdam o Sidney Tarrow, podemos definir ciclo de protesta como:

Una fase creciente de conflicto y de enfrentamiento a todo el sistema social, que conlleva los siguientes rasgos: I) rápida difusión de la acción colectiva, desde los sectores tradicionalmente con más capacidad de movilización hacia los sectores con menos capacidad; II) aceleración de las pautas de innovación en el repertorio de acción colectiva; III) combinación de participación contenida y participación transgresora, con la creación de nuevos movimientos sociales; IV) y finalmente, secuencias de interacción intensificada entre los grupos desafiantes y las autoridades, que finalmente pueden culminar en revueltas, en reforma, en represión y, a veces, en revolución (Herreros, 2004a: 4).

Ernest Mandel (1980) demostró que los ciclos de movilización están íntimamente relacionados con las ondas largas del desarrollo capitalista y puntos culminantes de la lucha de clases. En la historia contemporánea

podemos hablar de tres ciclos de protesta, dos acabados y uno todavía en proceso. Herreros sintetiza así los dos primeros:

Empleando el utillaje propuesto por Tarrow, desde la aparición de los movimientos sociales se observa en el conjunto del sistema mundo dos ciclos de protesta cumplidos. El primer surgiría en los alrededores de 1848 y finaliza en el período de entreguerras, siendo el movimiento obrero su máximo inductor. No es hasta la década de los años sesenta y setenta cuando aparece el segundo ciclo, epicentros en el mayo francés, desarrollado en el núcleo duro en un primer tramo por movimientos como el estudiantil y la izquierda alternativa y, en un segundo, por los llamados nuevos movimientos sociales [ecologismo, pacifismo, nuevo feminismo] (Herreros, 2004a: 5).

Así pues el primero de los ciclos modernos surgió con las revoluciones democráticas de 1848, o la Primavera de los Pueblos. Fue un ciclo protagonizado por el movimiento obrero, que en sus tendencias socialistas y anarquista, consiguió dos hitos excepcionales para la historia, como la Revolución rusa de 1917 o la Revolución social en España en 1936. La finalización abrupta y sangrienta del ciclo con el ascenso de los fascismos y el totalitarismo estalinista, y la Segunda Guerra Mundial, se podría considerar como la respuesta cruel de la burguesía en la lucha de clases. Sin embargo como consecuencia de este primer ciclo de protesta se produjeron transformaciones sociales que comportaron el advenimiento de estados de bienestar.

El segundo gran ciclo de protesta se desarrolló en las décadas de 1960 y 1970, y sacudió al mundo con revueltas que se oponían tanto a las democracias capitalistas occidentales como a los regímenes burocráticos del bloque del Este. Así pues, el ciclo comprendió desde Mayo francés, Italia insurreccional o las movilizaciones en Estados Unidos contra la Guerra de Vietnam hasta el movimiento estudiantil mexicano y la Primavera de Praga en la antigua Checoslovaquia. Los NMS y su impacto en las transformaciones culturales, fueron el legado más importante de este segundo ciclo.

El tercero iría desde finales de los años ochenta —pero sobre todo a partir del levantamiento zapatista de 1994 hasta la actualidad.⁴ Los movimientos sociales se centrarán en la lucha contra la globalización neoliberal o en favor de la justicia global y la democracia radical (Calle, 2005), poniendo en el blanco de sus protestas a los organismos multilaterales y las empresas transnacionales. Este nuevo ciclo está protagonizado por el que se ha denominado movimiento “antiglobalización”. Los acontecimientos de Seattle⁵ y de Praga⁶, las sucesivas contracumbres; la celebración de los diversos Foros Sociales Mundiales, Europeos y temáticos, las luchas contra las privatizaciones y el neoliberalismo tanto en Países del “Sur” (Bolivia, Venezuela, Argentina, México y Sudáfrica) como del “Norte” (Francia, EU, Gran Bretaña e Italia); así como el surgimiento de nuevos colectivos y redes de movimientos, han ido construyendo nuevos movimientos globales

4 El levantamiento zapatista se puede considerar el punto de partida simbólico, porque si bien se trata de una respuesta contundente al Tratado de Libre Comercio entre Canadá, EU y México, no es la única, sino que se enmarca en un movimiento de acciones, revueltas y denuncias a lo largo del continente americano. Por otra parte, durante estos años se producen una serie de campañas internacionales sobre temas específicos, como las movilizaciones en Norteamérica en oposición al Acuerdo de Libre Comercio de América del Norte (NAFTA) en 1994, la campaña contra la Ronda Uruguay del GATT el mismo año, las movilizaciones que llevaron a la parálisis del Acuerdo Multilateral de Inversiones (AMI) en 1998 y la campaña para la abolición de la deuda externa. Por último, se producen una serie de movilizaciones de nivel estatal contra políticas neoliberales: las luchas contra la privatización de la seguridad social en Francia en 1995; las movilizaciones de los *dockers* de Liverpool en Gran Bretaña en 1997; la huelga de trabajadores de la *Unión Postal Service* en los EU en 1997; y la emergencia de un movimiento sindical combativo en varias regiones de la periferia, especialmente en el sudeste asiático (Antentas, 2001).

5 Paralización de la cumbre de la OMC por las manifestaciones contrarias a los acuerdos que tomaba este organismo en 1999.

6 Con ocasión de una cumbre conjunta del FMI y del BM en septiembre de 2000, se desarrolla una movilización opositora que implica la puesta en escena mediática de los movimientos globales en Europa.

en todo el mundo.

Este ciclo de movilización —aún vigente, aunque mutado a movimientos contra la crisis— mostró su alcance mundial en las movilizaciones contra la invasión de Irak por parte de Estados Unidos y sus aliados en febrero de 2003. La innovación en el repertorio participativo y en la cultura política mundial que ha generado este ciclo es causa y consecuencia entre otras de la proliferación de nuevas tecnologías de la información (Sampedro 2005; Alcalde y Roig, 2004; Castells, 2003).

Múltiples han sido las denominaciones que ha recibido el movimiento protagonista de este ciclo. A nivel popular ha triunfado la palabra “antiglobalización”. Esta ha sido la denominación con la que los medios de comunicación han bautizado el movimiento, pero no es la más precisa. Movimiento contra la globalización neoliberal o capitalista (Barranco y González, 2001; Fernández-Durán y Etxezarreta, 2001), movimiento por la justicia global (Della Porta, 2003) y movimiento global (Callinicos, 2003) o nuevos movimientos globales (Calle, 2005) parecen mucho más consistentes con la teoría y la práctica de esta nueva forma de movilización. En una vertiente mucho más descriptiva, también serían adecuadas las denominaciones movimiento de movimientos (Negri, 2001) o nube de mosquitos (Klein, 2002), ya que el movimiento global configura un espacio de confluencia entre diferentes agentes que participan o habían participado en otros movimientos anteriores. A pesar de ello, el adjetivo global es el más apropiado, pues designa una visión holística de los problemas sociales y explicita el enfoque estratégico global-local. Es decir, el hecho de que las problemáticas que afrontan los movimientos a nivel local, son de origen y solución, simultáneamente, global y local. El término global remite, por último, a esta suerte de nuevo internacionalismo tan presente en las contracumbres y foros sociales donde se visualiza este nuevo movimiento.

Según Calle (2005), los nuevos movimientos globales se configuran como un polo de atracción para las anteriores generaciones de movimientos sociales, es decir, los movimientos sociales clásicos (obrero y campesino) y los NMS, al tiempo que también atraen a los movimientos del “Sur”, en referencia sobre todo a los movimientos neo-indígenas de América Latina, como el zapatismo. Coincido básicamente con esta definición que enfatiza

la condición de espacio de confluencia del movimiento global.

Los ciclos de movilización se caracterizan por ser períodos en que las familias de movimientos y espacios de protesta emprenden una renovación de su sentido de movilización (símbolos y discurso), de su repertorio de acción, de sus valores, identidad y sustratos epistemológicos. Calle (2005) contribuye —desde una perspectiva histórica— a relacionar y distinguir entre el movimiento obrero, los NMS y los nuevos movimientos globales. El autor nos presenta los “nuevos movimientos globales” como una especie de síntesis entre sus predecesores históricos. Así, si bien recogen de los NMS el gusto por las especificidades de las diferentes problemáticas y conflictos sociales, pretenden, al igual que el movimiento obrero, generar visiones global-locales del mundo e intervenir de forma disruptiva para afrontarlas. De esta manera superan la excesiva compartimentación de los NMS, al tiempo que rehúyen la unidimensionalidad de algunas tendencias del movimiento obrero (la socialdemócrata y la comunista estalinista) que supeditaban todos los discursos a los problemas de redistribución dentro del conflicto capital- trabajo. El matiz del paréntesis es importante, porque no todas las tendencias del movimiento obrero se caracterizan por esta unidimensionalidad (Pastor, 2005).

En primer lugar, si bien es cierto que el movimiento obrero pone en el centro de su enfrentamiento con el Estado el conflicto capital-trabajo, no siempre ni en todas sus versiones, ha descuidado otros campos, como la ecología, el feminismo, la libertad individual, la liberación nacional. En primer lugar, el anarquismo —de composición fundamentalmente obrera en lugares como el Estado español— comprendía una visión más basada en la libertad individual, además de desarrollar ricas experiencias de contracultura en campos como el educativo o el familiar, como las comunas. Por otra parte, en los primeros años de la Revolución rusa, el feminismo logró demandas que en España aún no están consolidadas hoy en día, si bien la contrarrevolución de Stalin las derogó una a una (Murias, 2006). En resumen, no es nada contradictorio enfatizar la contradicción de clase, y al mismo tiempo, las de género, etnia, medio ambiente y, tantas como sea necesario. Son muchos los ejemplos, que desde corrientes de pensamiento propias del movimiento obrero, consideraron el conflicto

que enfrenta el medio ambiente con el modelo de desarrollo capitalista (ecologismo), la libertad de las mujeres ante el patriarcado (feminismo), la libertad de orientación sexual ante la homofobia (movimiento *gay*) o la solidaridad internacional contra el racismo y la xenofobia (movimientos de solidaridad y antirracistas).

En segundo lugar, no toda la corriente teórica marxista se ha centrado en el análisis de la estructura. El estructuralismo marxista tendría sus máximos representantes en Adorno, Althusser y Horkheimer, que por otra parte han dejado aportaciones tan interesantes para el estudio de las relaciones movimientos-estado como el concepto de aparatos hegemónicos.

Pero más allá de la Escuela de Frankfurt, la corriente de pensamiento iniciada por Karl Marx en el siglo XIX, es rica en análisis culturales que ponen de relieve las diferentes facetas del conflicto social. Empezando por el mismo concepto de hegemonía de Gramsci, pasando por los análisis de la escuela culturalista británica (Willys y Thompson) y la crítica literaria de Egleaton, hasta los mismos análisis de los NMS y los movimientos globales de Daniel Bensaid (2002) o Jaime Pastor (2002), y como no, las aportaciones del feminismo marxista (Haraway, 1991). Por tanto, más que de unidimensionalidad del movimiento obrero, hablaré de centralidad de la temática capital-trabajo, entendiendo que esta será su prioridad, pero no por ello dejaré de abordar otros temas que los NMS desarrollarán con más profundidad a partir de los años sesentas y setentas.

1.2.2 Las teorías contemporáneas de los movimientos sociales

La pequeña historia de “la teoría de los movimientos sociales” se caracteriza por el hecho de que cada uno de los enfoques teóricos representa una reacción contra el que había dominado el contexto científico en el que surgió. Las teorías de la racionalidad (paradigma estratégico) cuestionaron la concepción de los movimientos de la teoría del comportamiento colectivo y su tendencia a destacar el carácter desorganizado y emocional de los movimientos que prevaleció en Estados Unidos en los años cuarenta y cincuenta. Por otra parte, el enfoque de los NMS también cuestiona el enfoque tradicional que había prevalecido en Europa y su principio de explicación situado en la división de las clases sociales (Laraña, 1999).

Las teorías sobre movimientos sociales guardan una estrecha relación con las experiencias de sus analistas y con su contexto histórico (Laraña, 1999) y, por ello se analizarán cronológicamente. Tal y como afirman Ibarra, Gomà y Martí (2002), el estudio de movimientos sociales se ha orientado en tres direcciones. La primera es externa, explicando elementos que quedan fuera de los movimientos sociales e intentando responder a la siguiente pregunta: ¿cuando se activan los movimientos sociales? Estas aportaciones se pueden agrupar en dos conjuntos: el de las teorías del proceso político (Tarrow, Brockett y Kichlet) y el de las teorías del cambio estructural (Touraine y Offe). La segunda es interna: cuestionando que hacen los movimientos, como lo hacen y por qué. Las teorías de la movilización de recursos (Tilly, McAdam y Zald), las de los marcos cognitivos (Benford y Snow) y el construccionismo (Melucci) serán las que trataremos en este punto. Finalmente, en torno al impacto, las preguntas que se pretenden responder serán: ¿Cuáles son los frutos de la movilización? o ¿Tanto alboroto para qué? Algunos trabajos, como los de Jiménez (2005) o Ibarra, Martí y Gomà (2002) recogen esta perspectiva, que pretende sintetizar las aportaciones de las teorías de los NMS y reconocer los puntos de intersección con las teorías de análisis de las políticas públicas, con el fin de mostrar la naturaleza, forma y profundidad de los impactos de los movimientos sociales en el campo de las políticas públicas.

Estas tres orientaciones, las encontraremos en el siguiente repaso cronológico a las teorías de movimientos sociales. Así pues, Godàs (2003) presenta tres conjuntos teóricos, un previo al ciclo de luchas de 1968, y los otros dos posteriores. Habrá que añadir un breve comentario sobre las nuevas tendencias teóricas que acompañan el ciclo de los movimientos globales, iniciado simbólicamente en Chiapas en 1994.

A) Teorías del comportamiento colectivo: estructural-funcionalismo e interaccionismo simbólico.

Surgen en Estados Unidos, durante los años cuarenta, cincuenta y sesenta, en un contexto de relativa desmovilización después de la II Guerra Mundial, de emergencia de estados de bienestar y progresiva institucionalización del movimiento obrero. Las teorías de la acción colectiva en estos tiempos

tienen a veces un sesgo conservador al situarse radicalmente fuera de los movimientos sociales, desde una epistemología algo positivista. Este hecho, las lleva en ocasiones a analizar los movimientos sociales como algo anómalo en el normal funcionamiento de la sociedad, normalmente como una respuesta de los grupos humanos ante la inseguridad normativa. Dentro de estas teorías hay que distinguir dos grandes grupos: el estructural-funcionalismo y el interaccionismo simbólico.

A.1) Estructural-funcionalismo

Analiza las componentes de la acción social, así que como las condiciones determinantes de la misma. Concibe los movimientos sociales como una forma de acción colectiva no institucional, producto de la incapacidad de las instituciones de reproducir la cohesión social. Neil Smelser, el teórico más importante de este enfoque, elabora un modelo para explicar la aparición de movimientos sociales basado en la existencia de unos componentes de la acción social y unas condiciones determinantes para el desarrollo de un movimiento social. Los movimientos sociales solo aparecen cuando se dan unas disposiciones concretas de las condiciones determinantes y tienen como objetivo redefinir el conjunto o determinados niveles de las componentes de la acción social. El sesgo positivista es más que evidente.

A.2) Interaccionismo simbólico

La perspectiva interaccionista de las teorías del comportamiento político fija su atención en el individuo, las interacciones y los significados de la acción colectiva. Pone el énfasis en los detonantes y el devenir de un proceso de movilización, y no tanto en el contexto social. Los interaccionistas simbólicos centran su interés en el tipo de relaciones interindividuales que permiten sostener el activismo. El eje de motivación para la participación en movilizaciones serán los procesos de definición colectiva de los problemas sociales, más que los condicionantes estructurales. Las personas construyen socialmente la realidad y las interpretaciones sobre la misma en

los espacios cotidianos, lugares de intersubjetividad donde los individuos se interrelacionan e intercambian experiencias (Mead, 1999). Los condicionantes estructurales no dejan de existir, pero lo que es significativo para la acción colectiva es la interpretación y definición de estos condicionantes que hacen los propios individuos, y por tanto las posibilidades y limitaciones que otorgan a la organización y la movilización. En el caso de los movimientos sociales, estos espacios de sociabilidad cotidiana tienen una importancia capital. Por ejemplo, sin las fábricas y la concentración de trabajadores hubiera sido muy difícil desarrollar un movimiento obrero tan fuerte como el de las primeras décadas del siglo xx. De la misma forma, los campus universitarios facilitaron, en la década de los sesenta, la aparición de potentes movimientos estudiantiles.

El énfasis en los elementos procesuales internos de los movimientos no impide que algunos autores, como Herbert Blumer, propongan una taxonomía básica. Blumer (1969) habla de dos tipos de movimientos, los generales y los específicos. Los primeros son fruto de la emergencia de nuevos valores sociales, no tienen objetivos precisos, ni estructuras únicas estables y el liderazgo se presenta de manera difusa. Bajo este epígrafe cabrían todos los “grandes” movimientos sociales, considerados a nivel macro, desde el obrero hasta el feminista. Los específicos, en cambio, disponen de un conjunto de principios mucho más elaborados, así como de objetivos precisos, muestran estructuras organizativas complejas y liderazgos reconocidos.⁷

B) El paradigma estratégico en el estudio de los movimientos sociales

Este conjunto de teorías surgen en Europa y en Estados Unidos en los

7 Un ejemplo de movimiento específico fue el que se creó en los años 2005 y 2006 en México, contra el desafuero, primero, y contra el fraude electoral, después, protagonizados por el PRD y su líder López Obrador. En cambio, los movimientos indígena, obrero, campesino y estudiantil del mismo país, son movimientos generales que confluyeron, en la misma época, en la “Otra Campaña”.

años sesenta y setenta, ante la emergencia de los NMS, después del ciclo de luchas del 1968-1977. Algunas estudian los contextos que facilitan o dificultan la aparición y desarrollo de movimientos de protesta, como las teorías estadounidenses de la estructura de oportunidades políticas o las teorías del cambio estructural de autores europeos como Offe o Touraine. En general, hacen hincapié en otros elementos de injusticia o desigualdad diferentes de la contradicción capital-trabajo, y surgen como críticas a las teorías estructuralistas del comportamiento colectivo.

Si bien la primera de las críticas, la denominada Teoría de la Elección Racional de Olson (1965), tenía una lógica economicista e individualista, y servía para explicar más bien la no participación, apuntaba a un problema teórico de gran alcance: el de la organización de la acción colectiva. Es decir, el problema de cómo sostener en el tiempo procesos de movilización, motivando a los individuos a la participación. Pero el conjunto de autores que más me interesan desplazan la atención analítica de la racionalidad individual en la colectiva, considerando, a diferencia de Olson, como unidades de análisis los grupos y organizaciones que se movilizan. Godàs (2003) agrupa estos autores en tres grupos. Esta clasificación será fundamental para esta tesis, pues una versión se repetirá en el modelo analítico, donde entrecruza las teorías de movimientos sociales con las de políticas públicas.

B.1) La teoría de movilización de recursos

En las sociedades modernizadas el conflicto social es una constante, por lo tanto lo realmente importante para estudiar los movimientos sociales son los procesos a partir de los cuales los recursos necesarios para la acción colectiva son efectivamente movilizados.

Dicho de otro modo, este enfoque afirma que para la constitución de movimientos sociales no son tan importantes la existencia de conflictos o demandas no satisfechas (que siempre los hay), sino la existencia de un número suficiente de organizaciones que movilicen las personas, así como la disponibilidad de dinero y otros recursos que permitan la creación de infraestructuras organizativas (Funes y Monferrer, 2003).

Desde esta perspectiva, McCarthy y Zald (1977) estudian las organizaciones de movimientos sociales, las características de los militantes, las experiencias y creencias, el repertorio de acción colectiva, los objetivos programáticos, las estrategias y las tácticas. Estos autores proponen un aparato conceptual que permite distinguir a los miembros de un movimiento social según los niveles de intensidad de su compromiso con el movimiento. La distinción propuesta por los autores entre “movimiento social” y “organización del movimiento social” (SMO, en inglés) permite distinguir a los miembros según su nivel de compromiso con el movimiento social. Así, pueden distinguirse los “adheridos” (adherentes) que “comparten los objetivos de un movimiento” pero no están organizados en ningún SMO, de los “miembros activos” (constituyentes) que aportan recursos a una SMO, sean económicos, de tiempo, de esfuerzo militante y personal o simbólico.

También merece especial atención el concepto de repertorio de acción colectiva, creado por Charles Tilly (1978 y 1991). La palabra repertorio identifica un conjunto limitado de rutinas aprendidas, compartidas y actuadas a través de un proceso de elección relativamente deliberado. Los repertorios son creaciones culturales aprendidas, pero no provienen de la filosofía, sino que surgen de la lucha. La producción de demandas sociales se concentra históricamente en una cantidad limitada de formas que se repiten con variaciones mínimas y constituyen la colección en la cual los actores potenciales seleccionan de forma más o menos deliberada (Tilly, 2002). El repertorio afecta tanto a los movimientos sociales como a sus opositores (el Estado, las clases dominantes), ya que restringe las opciones disponibles para la acción colectiva y tiende a rutinizar las respuestas represivas o normalizadoras de sus oponentes.

Para Tilly (2002), el repertorio de contestación implica pues: a) relaciones sociales, significados y acciones agrupadas en pautas conocidas y recurrentes; b) una renovación constante del repertorio preexistente, con más continuidades que rupturas; c)

las innovaciones duraderas surgen del éxito, otros actores las adaptan rápidamente y se institucionalizan; y, finalmente, d) en el marco de un repertorio establecido, cada rutina consiste en una interacción entre dos o más partes. Los repertorios corresponden al conjunto de actores enfrentados, no a los actores individuales.

B.2) *El análisis de marcos*

Esta perspectiva estudia un elemento de mediación entre la oportunidad, la organización y la acción, es decir, la articulación discursiva de la protesta. En sociología de los movimientos sociales, el marco se refiere a las interpretaciones que los activistas hacen de las problemáticas que tratan. El “marco de acción colectiva” se refiere al conjunto de creencias colectivas que sirven para generar una disposición individual favorable a las acciones promovidas por un movimiento social. Para Benford y Snow (1994) existen tres tareas básicas en la elaboración de los marcos de acción colectiva: la diagnosis, la prognosis y la motivación.

Figura 1.2 Procesos de la acción colectiva y función de los marcos cognitivos

Proceso	Marcos generales Función	Marcos especializados
Formación del consenso	Marco de diagnóstico	Marco de injusticia
Movilización del consenso	Marco de pronóstico	Marco de identidad
Movilización de la acción	Marco de motivación	Marco de eficacia Marc de costos/ beneficios

Fuente: Funes y Monferrer (2003).

Mediante los marcos de diagnóstico se definen determinadas situaciones o eventos como problemáticas y, por tanto, susceptibles de ser cambiadas, señalan ciertos agentes sociales como responsables y se les adjudica el rol de antagonistas. Los marcos especializados,

el de injusticia y el de identidad, concretan un “otros” (el enemigo) y un “nosotros” (el grupo o movimiento). En segundo lugar, los marcos de pronóstico establecen propuestas, y por tanto, estrategias y tácticas concretas. Por último, para que la delimitación de los agravios y las señas de identidad claras generen la implicación de las personas, es necesario que la acción colectiva sea plausible, es decir, considerada eficaz. Esta será la tarea de los marcos de motivación, a través de los cuales los movimientos se enfrentan a los objetivos de concienciación de sus adheridos o seguidores al establecer los motivos adecuados que justifican la acción en favor de una causa.

A partir del análisis de marcos se pueden pues estudiar las tareas básicas en la elaboración de marcos de acción colectiva (Benford y Snow, 1988), pero también delimitar los aspectos culturales de la protesta, dada la centralidad de la actividad simbólica en la configuración de los marcos de significado y en el diseño de las identidades. Así, podemos encontrar estudios sobre las estrategias discursivas del movimiento respecto al resto de actores políticos y sociales o respecto al entorno (Maíz, 1986), sobre la política comunicativa del movimiento y su identidad (Martínez, 2004b, Ramos, 2005) y sobre la contrainformación (Sábada y Roig, 2004). En el capítulo tres retomaré esta discusión y mostraré la utilidad del análisis de marcos para estudiar el impacto de los movimientos sociales en las políticas públicas.

B. 3) *El proceso político*

Son las teorías que atienden a los diferentes tipos de cambios en la estructura de oportunidades políticas (EOP) que constituyen el contexto de actuación de los movimientos sociales. Las estructuras de oportunidad política son las dimensiones consistentes del entorno político que fomentan o desincentivan la acción colectiva. Pero me detendré un poco más a desarrollar este concepto, capital en esta obra tanto en el modelo analítico, como en la cronología y los casos.

El concepto de EOP ha sido una de las estrategias de análisis más

utilizadas por la literatura sobre movimientos sociales. Mientras otras estrategias de aproximación teórica han intentado explicar cómo actúan los movimientos sociales, como la de movilización de recursos, o para qué, como todas las teorías sobre la lógica de la acción colectiva, la EOP pretende responder a la pregunta de cuándo actúan los movimientos sociales. Pero tal y como sostiene Tarrow (1997) el cuándo, explica en buena medida el porqué y el cómo.

La teoría de la EOP sostenida por Kitschelt (1986) expone que la capacidad que los movimientos de protesta tienen para hacer llegar sus demandas, está condicionada por una serie de constrictores institucionales, que forman lo que el autor llama EOP, una serie de configuraciones de recursos, acuerdos con las instituciones y precedentes históricos de movilización social.

Una definición más concreta de las EOP las identifica con las dimensiones consistentes —aunque no necesariamente formales, permanentes, ni nacionales— del entorno político que fomentan o desincentivan la acción colectiva entre la gente. De este modo, el concepto de EOP pone el énfasis en los recursos “exteriores” al grupo que reducen los costes de la acción colectiva, descubren los aliados potenciales y muestran en que son vulnerables las autoridades (Ibarra, Gomà y Martí, 2002).

Existen muchos intentos de clarificar, concretar y operativizar un concepto tan amplio como el de las EOP. McAdam (1998) habla de cuatro dimensiones de la oportunidad política: 1) la apertura o cierre relativo del sistema político institucionalizado, 2) la estabilidad o inestabilidad del alineamiento de la élite que subyace a la política, 3) presencia o ausencia de élites aliadas, y 4) capacidad y propensión del Estado a la represión. Otros autores añaden dos dimensiones más: 5) los ciclos de protesta (Brockett, 1991) y 6) la capacidad de *output* del sistema político (Kitschelt, 1996).

Por otra parte, la “oportunidad” tiene un fuerte componente cultural, y perderíamos algo si limitáramos nuestra atención al cambio en las instituciones políticas y las relaciones entre actores (McAdam, 1998). Las oportunidades políticas abren el camino para

la acción política, pero los movimientos sociales también crean las oportunidades para esta (Gamson y Meyer, 1999). Algunos estudios de impacto han demostrado que la acción colectiva de los movimientos sociales contribuye a la reestructuración institucional y política (Button, 1989). Estos cambios introducidos por los movimientos en las EOP pueden ser buscados por un sector del movimiento o red, o incluso, pueden ser claramente no intencionados (McAdam, 1998).

Finalmente, con respecto al papel del Estado en la desactivación de los movimientos sociales, y en referencia a la que McAdam presentaba como cuarta dimensión de las EOP, hay que decir que la represión no es la única arma del Estado. La negociación, la institucionalización y la cooptación, también pueden ser elementos de neutralización de la acción de los movimientos.

C) La perspectiva de los nuevos movimientos sociales

Estas teorías, que aparecen paralelamente al predominio en los EU del paradigma estratégico, son básicamente europeas y pretenden explicar la emergencia en las sociedades occidentales de los años sesenta y setenta de movimientos tales como el ecopacifista, el feminista, el gay y el autónomo a partir de cambios estructurales y en las orientaciones de valor. Dos perspectivas analíticas son las destacadas por Godàs (2003), la estructural y la centrada en la subjetividad, que se pueden denominar teorías del cambio estructural y constructivistas, respectivamente.

C.1) Teorías del cambio estructural

Para estos autores, el advenimiento de los NMS es la consecuencia de un cambio estructural de primera magnitud: el paso de sociedades industriales con predominio de la mecanización y la burocratización, a sociedades postindustriales o informacionales, en las que predominan las tecnologías de la información en el marco de una organización flexible de la producción. ¿Qué papel juegan en estas sociedades estos nuevos movimientos?

Touraine (1981) defiende la transformación de la lucha de clases

en el marco de las actuales sociedades postindustriales. Los movimientos sociales son actores decisivos, pues transforman las relaciones de clase en luchas sociales concretas en las que está en juego la dirección social de la historicidad. De este modo, Touraine proclama la desaparición de la clase y la sustitución de esta por el concepto de movimiento social (Eder, 1999).

Para Offe (1988) la expansión y la profundización del capitalismo tras la crisis de 1973 permitió argumentar la existencia de dos paradigmas en política: el viejo (industrial) y el nuevo (postindustrial). El viejo se define por actores que son grupos socioeconómicos involucrados en conflictos distributivos, tales como los sindicatos y la patronal. Los NMS, en cambio, responden a colectividades no necesariamente vinculadas a intereses económicos. En condiciones postindustriales, los conflictos centrales tienen que ver tanto con los problemas de orden económico como con aquellos de orden cultural y ético, porque la dominación que ahora es desafiada no solo controla los medios de producción, sino también la producción de bienes simbólicos, es decir, la cultura misma.

C.2) Constructivista

Desde el constructivismo los movimientos sociales deben ser considerados como procesos a partir de los cuales los actores involucrados producen significados, se comunican, negocian, toman decisiones y expresan emociones que sostienen la dinámica grupal. Para Melucci (1994), la motivación para la participación en las movilizaciones es fruto de situaciones relacionales. En las redes de relación, las experiencias que afectan a un grupo pueden convertirse en el punto de partida para la obligación normativa de actuar. Para conseguir la formación de la identidad, del “nosotros” que permitirá la acción colectiva, hay que compartir tres orientaciones: los fines de la acción, los medios adecuados para hacerlas y el entorno y marco de oportunidades.

De este modo, el constructivismo confluye con los supuestos sobre el significado simbólico de los movimientos sociales. Melucci

(1985) se aproxima a los movimientos sociales como “mensajes simbólicos” y considera imposible reducir su interpretación en la obtención de sus reivindicaciones más inmediatas en términos de éxito o fracaso, o situar la continuidad de un movimiento exclusivamente en sus efectos visibles. Habrá que tener también en cuenta estas apreciaciones al analizar el impacto del movimiento de las okupaciones.

Finalmente, el construccionismo destaca la importancia que tienen los elementos emocionales para motivar la participación en los movimientos. Este hecho, no supone cuestionar el papel que desempeñan los elementos racionales. Al contrario, la inversión emocional a menudo suministra un impulso fundamental a las formas de acción racionales y colectivas (Laraña, 1999).

C. 3) Crítica a la perspectiva de los nuevos movimientos sociales

Ahora bien, no han faltado voces críticas como la de Calhoun (2002) que afirma que estos movimientos no son nuevos. Calhoun elabora una lista de los supuestos elementos distintivos de los NMS: orientación defensiva, politización de la vida cotidiana, disminución de la confianza en la movilización de clases en favor de la identidad y la acción directa, entre otros. Para Calhoun algunos movimientos del XIX ya tienen estas características, como el cartismo, el abolicionismo, el ludismo o ciertas comunidades utópicas. Para este autor, más que distinguir entre viejos y nuevos, hay que diferenciar los movimientos que hacen hincapié en una política obrera de los que desarrollan una política identitaria. En todo caso, este autor se siente también parte de la escuela de los NMS, ya que comparte con estos autores el énfasis renovado en la cultura y el deseo de trascender la arbitraria división entre proceso y estructura como marcos de comprensión de la protesta social (Traugott, 2002).

D) Tendencias actuales: ¿síntesis o moderación?

Son muchos los esfuerzos que apuntan a una síntesis de todas estas teorías. Según Godàs (2003), esta síntesis emergente debería considerar

tres dimensiones del estudio de los movimientos sociales: a) en el nivel macroestructural, las EOP y, en general, las lconstricciones que deben afrontar los movimientos sociales; b) a un nivel meso y microestrucutral, las formas de organización, tanto formales como informales, que canalizan los procesos de movilización; c) en el plano subjetivo, el análisis de los procesos colectivos de interpretación que se interponen entre oportunidad, organización y acción. El capítulo tres pretende responder a la propuesta de Godàs, y cada una de las variables explicativas del modelo de impacto, responde a una de las dimensiones aquí apuntadas.

Ahora bien, tal y como nos explica Calle (2005), ya desde 1990 se inicia un proceso de reconstrucción de un nuevo sentido de la movilización que integra sectores diversos y se producen acercamientos entre perspectivas estructuralistas y culturalistas en el campo epistemológico (McAdam, McCarthy y Zald, 1996; Laraña y Gusfield, 1994). En el cambio de siglo, con la irrupción de los nuevos movimientos globales, aparecen de manera más recurrente trabajos que se apoyan en la complementariedad de enfoques teóricos (Riechmann y Fernández Buey, 1995; Ibarra, 2000; Ibarra, Martí y Gomà, 2002).

Esta tendencia a la síntesis y a la complementariedad, es llamada nueva moderación analítica por Elder (1998). Según este autor el estado actual de la teoría de los movimientos sociales marca el fin de las viejas batallas, caracterizándose por un acuerdo paradigmático del análisis de los movimientos sociales como un campo normal de la investigación social. Esta moderación analítica, recalca la complementariedad de las perspectivas de la investigación empírica. El nuevo discurso que surge de esta nueva perspectiva hace referencia a la estructura paralela de las aproximaciones teóricas, al análisis de los movimientos sociales y a su validez empírica parcial. Esta estructura ha sido resumida por Neidhardt y Rucht (1991) como una teoría que explica las acciones de protesta mediante dos tipos de variables: aquellas variables identificadas en la teoría de la movilización de recursos (potencial de movilización, organizaciones de movimientos sociales) y aquellas señaladas en la perspectiva de los NMS (cambios macrosociales, estructurales y culturales). En el capítulo tercero haré mi contribución a este ejercicio

Figura 1.3 Ciclos de movilización y aproximaciones teórico-epistemológicas

Ciclo	Movimiento protagonista	Eje central del movimiento	Aproximaciones teórico-epistemológicas
1848-1939	Movimiento obrero	Conflicto capital-trabajo	Estructural-funcionalismo e interaccionismo simbólico
1968-1977	Nuevos movimientos sociales	Radicalización democrática: Género, ecología, pacifismo	Paradigma estratégico, cambio estructural y constructivismo.
1994-2014	Nuevos movimientos globales Movimientos contra la austeridad	Contra el modelo neoliberal de globalización, por la democracia participativa	Síntesis, complementariedad: análisis de redes, modelos de impacto en las políticas públicas.

Fuente: Elaboración propia a partir de Calle (2005).

de síntesis, mediante una revisión del modelo analítico de la obra *Creadores de Democracia Radical* (Ibarra, Gomà y Martí, 2002), en la que participé en tres de sus capítulos. Como anécdota, el título de este libro contrasta con el adjetivo moderado, propuesto por Elder para nombrar las nuevas aproximaciones teórico-epistemológicas. Vemos en la figura 1.3 un resumen del contenido de este apartado.

1.3 Movimientos y redes críticas: ¿viejas y nuevas formas de nombrar el mismo fenómeno?

Este apartado quiere poner una última y breve reflexión sobre la mesa, al tiempo que servir de puente hacia el segundo capítulo, dedicado íntegramente a este “nuevo” concepto de redes críticas.

Cuando hablamos de fenómenos de movilización como el okupa y en concreto, de su relación con la política pública, ¿qué término es el más apropiado? La propuesta de este libro es la del concepto red de acción colectiva crítica (en adelante, red crítica). Las redes críticas son el momento de interacción de los movimientos sociales con otros actores dentro de la gobernanza en las sociedades postindustriales. Así pues, movimientos sociales y redes críticas son conceptos distintos, pero no mutuamente excluyentes, sino que se corresponden a momentos y miradas diferentes sobre los fenómenos de acción colectiva.

Para introducir el debate es muy útil explicar de dónde surgió esta inquietud, cuando comenzó a tambalearse el paradigma de los NMS. Las teorías sobre los novísimos movimientos sociales que surgieron en círculos académicos europeos a principios de los años noventa, pretendían conceptualizar los últimos fenómenos de movilización que se parecían pero no acababan de encajar en los estudios sobre NMS y que también se encontraban fuera del paradigma de los “viejos” movimientos sociales (Echart, López y Orozco, 2005). Se entendía que los novísimos movimientos sociales se diferenciaban de los NMS sobre todo en la importancia creciente de los procesos de comunicación social y se definían como movilizaciones colectivas que surgían en la era de la globalización y que utilizaban las nuevas tecnologías como forma de comunicación e instrumento de lucha.

Así, si los movimientos sociales clásicos se movían en la era de la imprenta (Galaxia Guttenberg), y los NMS en la era de los medios de comunicación de masas (Galaxia McLuhan), los novísimos movimientos sociales se moverían en la era digital (Galaxia Internet) (Feixa, Saura y Costa, 2002).

En mi opinión, el concepto de nuevos movimientos globales (Calle, 2005) es mucho más completo, aunque complementario a la idea de red crítica.

Peláez (2006) define red crítica como:

Aquel entramado de relaciones entre actores políticos y sociales que, incluyendo varios grados de radicalidad ideológica y formalización organizativa, crea amplios espacios de movilización, introduce nuevos discursos y diversifica las estrategias participativas incidiendo inevitablemente en las políticas públicas (Peláez, 2006: 6).

Según esta aproximación hay cuatro elementos que ayudan a caracterizar el concepto de red crítica. En primer lugar, su potencial para incidir en la arena de las políticas públicas. Lo quieran o no, son espacios de movilización que acaban creando canales de incidencia e impactos reales. En segundo lugar, la capacidad para abrir temáticas nuevas y enfoques renovados dentro del espacio social y político. En tercer lugar responden a una morfología más compleja respecto a los actores políticos tradicionales, incluyendo los movimientos sociales. Y por último, el recurso del espacio simbólico como un elemento clave en su capacidad de incidencia.

En el siguiente capítulo, se discutirán punto por punto estos cuatro rasgos. Se concluirá que para explicar los movimientos sociales actuales, la aproximación de los nuevos movimientos globales (NMG) de autores como Calle (2005) o Callinicos (2003) parece la más convincente, pero para tratar la relación de estos con los poderes públicos en un contexto de gobernanza, la de las redes críticas es más útil.

1.4 Recapitulando: algunas consideraciones epistemológicas

Este primer capítulo, ha sido un recorrido desde el propio concepto de movimiento social, pasando por las diversas teorías de los movimientos sociales, hasta llegar a la aportación conceptual de las redes críticas.

Ahora bien, ¿era necesario tanto alboroto conceptual y teórico? ¿Qué elementos de la teoría de los movimientos sociales se utilizarán en el modelo analítico y en la explotación del trabajo de campo? Las respuestas a estos interrogantes se irán desvelando con la lectura del siguiente capítulo y de la segunda parte en su conjunto. Igualmente, me gustaría concluir este primer capítulo con algunas reflexiones epistemológicas.

En primer lugar, en este capítulo ha quedado demostrado que el movimiento social es uno de los principales actores colectivos y sin él no es posible entender ni el cambio social en general, ni el cambio de políticas públicas en específico. En segundo lugar, la aproximación al estudio de un movimiento social como el okupa, no puede ser distante y fría, ya que este tipo de actor colectivo —y me atrevería a decir que ningún otro— no se puede conocer de esta manera. Así pues, quiero explicitar aquí el doble propósito de esta investigación: por un lado la implicación en las actividades del movimiento y por otro la observación a fondo de su funcionamiento. Al mismo tiempo, se ha intentado mantener una observación participante de ángulo abierto, ampliada por el propósito añadido de estudiar los aspectos culturales tácitos en el funcionamiento del movimiento (patriarcado, división del trabajo, contexto cultural). Asimismo, el hecho de no ser considerado militante de este movimiento, me ha servido para asegurar una experiencia desde dentro y desde fuera de escena, desde la doble condición de miembro y extraño.

Finalmente, y entroncando con las tendencias de la investigación activista (Col·lectiu Investigació, 2005), otro objetivo de este trabajo es que sea útil para el propio movimiento. Esta investigación no pretende saturar el tema de estudio, sino que quiere ser una prospección y un análisis que hay que discutir con los propios protagonistas, sobre todo los y las okupas, pero también las administraciones locales y el tejido asociativo que conforma las redes de gobernanza de vivienda y juventud.

2. La gobernanza y las redes críticas: un escenario complejo para la acción colectiva transformadora

En todo caso, todo poder se enfrenta a un dilema ante los movimientos de oposición y en particular ante los movimientos revolucionarios: si les da demasiada cancha, es decir, si el Gobierno accede a cumplir las demandas, puede ser que enriquezca al movimiento, se radicalice y vaya más adelante; pero puede pasar que, para que no se produzca ese enriquecimiento, esta victoria vitalizadora lo reprima; también puede pasar que la propia represión lo enriquezca, lo vigore. Ése es un dilema fundamental del poder.

(Marcelino Perelló, 1998, a González S., 2003)

El segundo capítulo pone sobre la mesa toda una serie de herramientas conceptuales que se han producido desde la perspectiva de las redes de políticas públicas (*policy networks*), para explicar la incidencia de las redes críticas en las políticas públicas.

Para hacer esta aproximación se partirá de una perspectiva de gobernanza, es decir, de las políticas entendidas como procesos de gestión de redes complejas, en el interior de las cuales se establecen dinámicas de negociación y pacto entre las esferas pública, social, mercantil y familiar (Gomà y Subirats, 2001). Dentro de la esfera social encontraríamos, entre otros actores, a las redes críticas, donde se presentarían formas

asociativas como las ONGs, pero también formas, valores e ideologías más propiamente movimentistas.

Este capítulo explicará, en primer lugar, como los “gobiernos” de las sociedades complejas han superado los escenarios del gobierno tradicional para introducirse en emergentes espacios de gobernanza. En segundo lugar, y teniendo en cuenta que el movimiento por la okupación se orienta en la mayoría de los casos hacia el trabajo local, veremos cómo se traduce la gobernanza en el ámbito local y cómo se relacionan los diferentes espacios de participación, incluidos los movimientos sociales.

Por último, se pondrá en discusión la evolución de la acción colectiva desde los NMS hacia configuraciones más complejas, concretamente las redes críticas. Entenderemos, como se ha dicho anteriormente, que el movimiento social puede convertirse en red crítica al relacionarse con la gobernanza de las sociedades post-industriales. Por otra parte, habrá que tener en cuenta que —a pesar de esta transición de escenarios de gobierno tradicional hacia un escenario de gobierno relacional— estamos abordando un movimiento como el de okupación que se caracteriza por ser antisistémico y autogestionario. En este contexto nuevo, pues, los actores interpretarán a menudo roles de tipo tradicional y relaciones entre el poder político y la red de okupación como la represión, la cooptación o la institucionalización. Para ello será necesario completar el modelo de la gobernanza con las aportaciones teóricas sobre institucionalización de movimientos sociales y escenarios de negociación. El impacto de las redes críticas en los productos de la gobernanza, es decir, en las políticas públicas, podría aproximarnos al pluralismo participativo y a la profundización democrática en el diseño, elaboración e implementación de las mismas. ¿Será este el caso de la relación entre la okupación y las políticas públicas?

2.1 Del gobierno tradicional a la gobernanza. Los cambios en los sistemas de gobierno de las sociedades del capitalismo avanzado

Desde los años ochenta —en respuesta a la crisis de gobernabilidad de los años setenta— las sociedades complejas se están desplazando de un escenario de gobierno tradicional a un escenario de gobernanza en red

(Rhodes, 1997; Kooiman, 1993; Pierre, 2000). En un entorno social cada vez más complejo y dinámico, la coordinación jerárquica propia del gobierno tradicional es casi imposible, mientras que la solución desreguladora es muy limitada debido a los problemas de las externalidades y las fallas de mercado. Así pues, el gobierno o la gobernanza, como llaman los autores a este “nuevo gobierno”, se convierte cada vez más factible a través de redes de políticas públicas, en las que los actores públicos y privados, mutuamente dependientes en sus recursos, se interrelacionen de manera no jerárquica para intercambiar recursos y coordinar intereses y acciones (Bortzel, 1997). Esta transformación es paralela a las crisis de los Estados de bienestar *neokeynesianos* y el triunfo de las ideas neoliberales, en especial a partir de los últimos años de la década de 1980. Tal como apunta Jessop (2002), este hecho pondrá en discusión la condición no jerárquica de las relaciones dentro de las redes de gobernanza.

2.1.1 ¿Qué es la gobernanza? Factores explicativos

Complejidad conectiva, incertidumbre y aceleración en los cambios son las principales características de los nuevos sistemas de gobierno. Las causas principales de este cambio en los sistemas de gobierno, obedecen a tres conjuntos de factores. En primer lugar, la capacidad de gobernar ya no fluye de manera unidireccional, jerárquica y monopolista desde los decisores públicos hacia los ciudadanos y el tejido social (Blanco y Gomà, 2002). Los recursos necesarios para el desarrollo de las políticas públicas ya no son monopolio de un único actor, el gobierno, que analiza los problemas, toma las decisiones y las impone a los otros actores sociales. Contrariamente, a partir de los años ochenta y noventa nos situamos en un nuevo escenario para la formulación de políticas caracterizado por la incertidumbre y la complejidad (Kickert, 1997), donde los ciudadanos demandan espacios de implicación y compromiso social de nuevo tipo, tanto en la definición de los problemas y políticas, como en la gestión de programas y servicios. Espacios que deben configurarse mediante lógicas relacionales, donde los actores dejan de operar en función de subordinaciones formales y contribuyen a articular vías alternas de resolución de conflictos (Gomà, 2001).

Mientras que el escenario del gobierno tradicional establecía una clara diferencia entre lo público y lo privado, en el escenario de la gobernanza la frontera entre ambos se difumina. La esfera privada deja de ser sujeto pasivo de las políticas para formar parte de un poder político disperso entre multiplicidad de actores y donde las responsabilidades hacia lo colectivo se distribuyen (Kooiman, 1993). En segundo lugar, las formas de acción colectiva ganan en pluralismo y heterogeneidad y surgen multiplicidad de actores, que, como las redes críticas y los movimientos sociales, actúan con lógicas autónomas respecto a los partidos tradicionales y ejercen presiones de apertura temática de la gobernanza hacia campos emergentes y poco articulados por las líneas de conflicto tradicionales (Ibarra, Gomà y Martí, 2002).

Así, a las grietas (*cleveages*) tradicionales, como la distribución de la renta, la distribución territorial del poder y las creencias religiosas, se añaden nuevas, fundamentadas en valores postmaterialistas (Inglehart, 1977) o en evoluciones de las tradicionales (renta básica y vivienda, por ejemplo). Campos como el antimilitarismo y el pacifismo, la cooperación al desarrollo y la solidaridad internacional, las políticas de inmigración, la orientación sexual o el mismo movimiento por la okupación —que introduce perspectivas nuevas a temáticas como la vivienda o la juventud y genera algunas de difícilmente abordables como la experimentación personal de formas de vida y de convivencia alternas, antijerárquicas, antipatriarcales y autónomas— son claros ejemplos de apertura temática del gobierno de las sociedades complejas.

Por último, se transita de un casi monopolio de decisión política del Estado-nación en favor de escenarios de gobierno multinivel y hacia el surgimiento de un nuevo eje global-local en los procesos de políticas públicas. El Estado-nación se ve desbordado por un doble proceso de supranacionalización y de localización (Castells, 1998). El gobierno multinivel, sin embargo, participa también del paradigma de la complejidad y los diferentes niveles de gobierno interactúan con actores públicos y privados, intercambiando recursos, cooperando y negociando (Kenis, 1991). De alguna forma se transita de un marco de relaciones entre gobiernos a verdaderas redes de gobierno multinivel.

En la *figura 2.1* hemos podido observar las diversas dimensiones de este cambio de las relaciones intergubernamentales en la gobernanza multinivel. En el nuevo contexto de federalismo en red, el gobierno de proximidad expande su agenda y despliega roles estratégicos, compartiendo áreas de actuación y proyectos de ciudad, con base en múltiples interdependencias con el resto de niveles territoriales (Blanco y Gomà, 2002). No se trata solo de la aparición de nuevos niveles de la administración, sino de la aparición de una nueva concepción del gobierno, multinivel y en red.

Para recapitular, en la siguiente figura quedan resumidas las diferencias entre gobierno tradicional y gobierno en red, como modelos ideales.

En la *figura 2.1* podrá observar las diversas dimensiones de este cambio de las relaciones intergubernamentales en la gobernanza multinivel. En el nuevo contexto de federalismo en red, el gobierno de proximidad expande su agenda y despliega roles estratégicos, compartiendo áreas de actuación y proyectos de ciudad, con base en múltiples interdependencias con el resto de niveles territoriales (Blanco y Gomà, 2002). No se trata solo de la aparición de nuevos niveles de la administración, sino de la aparición de una nueva concepción del gobierno, multinivel y en red.

Para recapitular, en la siguiente figura quedan resumidas las diferencias entre gobierno tradicional y gobierno en red, como modelos ideales.

Figura 2.1 Las dimensiones del cambio: de las relaciones intergubernamentales a las redes de gobierno multinivel

	Relaciones intergubernamentales	Redes de gobernanza. Multinivel: local-global
	Federalismo funcional	Federalismo dual
Relaciones de poder entre niveles de gobierno	Jerarquía	Interdependencia
Distribución de responsabilidades entre nivel	Especializadas	Compartidas
Agendas locales	Amplias	Amplias
Roles locales	Operativas	Estratégicas

Fuente: Blanco y Gomà (2002).

Figura 2.2 Del gobierno tradicional al gobierno en red. Diferencias básicas

	Gobierno tradicional	Gobierno en red
Escenario para la formulación de las políticas	Certezas cognitivas Homogeneidad política Autoridad pública fuerte Previsibilidad	Conocimiento inestable y disperso Pluralismo político Autoridad difusa Incertidumbre

Aproximación al proceso de gobierno.	<p>Monocéntrica De arriba a abajo Tecnocrática Fragmentación de responsabilidades Especialización División público-privada clara Participación restringida</p>	<p>Policéntrica De arriba abajo Política Coordinación Transversalidad División público-privada confusa Participación intensiva</p>
Sujetos del proceso de Gobierno	<p>Pocos actores Principalmente agencias estatales Toma de decisiones</p>	<p>Muchos actores Públicos y privados Influencia</p>
Roles públicos	<p>Imposición Regulación Gestión</p>	<p>Liderazgo de redes Catalizador Facilitador</p>
Instrumentos de gobierno	<p>Regulación Sanciones</p>	<p>Cogestión Partenariados Contratos Participación ciudadana</p>

Fuente: Blanco y Gomà (2002).

2.1.2 La gobernanza en la globalización neoliberal

Ahora bien, todos estos cambios en el papel del Estado y en las formas de gobierno de las sociedades post-industriales, se producen en un contexto histórico de globalización neoliberal. El proceso de globalización puede definirse como la internacionalización de los flujos financieros y la expansión en profundidad de los mercados (Fernández-Durán y Etxezarreta, 2001). La globalización es el nombre que se da a la etapa actual del capitalismo o la nueva forma histórica que este adopta. La globalización neoliberal defiende la supremacía del mercado sobre los intereses sociales. Algunas de las consecuencias del modelo de globalización neoliberal imperante son el crecimiento del mercado ante lo público y la consecuente despolitización de más y más esferas de la vida social. Se considera que el mercado es mejor gestor que el Estado, con lo cual numerosos campos de la gestión como la sanidad o la educación, salen poco a poco de la esfera política tradicional para situarse cada vez más en la económica. Este hecho está provocando una creciente desregulación y un proceso de privatización de los servicios sociales, que no es homogénea a nivel mundial y presenta diferentes ritmos regionales (Colom, 2001).

Pese a que existen todavía algunos límites para que se convierta en una globalización total de la economía, varios factores apuntan hacia una interdependencia creciente: Ronda Uruguay del GATT (Acuerdo General de Tarifas y Comercio), la OMC (Organización Mundial del Comercio), el proceso de la Unión Europea, el Tratado de Libre Comercio, la intensificación de los intercambios económicos con Asia, la incorporación gradual de los países del centro y este de Europa (incluida la ex-URSS), el papel creciente del comercio y la inversión extranjera y la integración casi-total de los mercados de capital.

Esta nueva economía, lejos de acercar a los ciudadanos del mundo, ha generado una nueva división internacional del trabajo, que acentúa las desigualdades y abre las puertas de la exclusión social a millones de seres humanos.

Tal y como apunta Castells (1998), la economía global es segmentada: sus efectos abarcan todo el planeta pero su operación y estructura reales alcanzan solo a segmentos de las estructuras económicas, los países y las

regiones, en tanto por ciento variable según la posición particular del país o región en la división internacional del trabajo.

Esta nueva división internacional del trabajo es reflejo de una estructura con arquitectura duradera y geometría variable de la nueva economía. El mundo se organiza de manera asimétricamente interdependiente alrededor de las tres regiones dominantes, la Triada (Europa, Norteamérica y Pacífico Asiático), y de una manera cada vez más polarizada en torno a cuatro ejes globalizados, que atraviesan fronteras y oponen zonas productivas con abundante información y ricas versus zonas pobres, económicamente devaluadas y socialmente excluidas.

Así, con respecto a la arquitectura de la nueva economía informacional global, y a nivel macro, las regiones se sitúan de la siguiente manera:

Figura 2.3 Arquitectura de la nueva economía informacional global

División internacional del trabajo	Regiones		
Dominantes y fuertemente interdependientes	Norte América	Unión Europea	Japón y Pacífico asiático
Emergentes	Brasil	Rusia	India, China
Dependientes	América Latina	PECOs, Ex-URSS y Magreb	Resto de Asia y Oceanía
Excluidas	África		
Situación inestable	Oriente Medio		

Fuente: Elaboración propia con base en Castells (1998: 128).

La geometría de la nueva economía informacional global es muy variable y se articula alrededor de cuatro posiciones: 1) los productores de alto valor, basados en el trabajo informacional, 2) los productores de gran volumen, basados en el trabajo de bajo coste, 3) los productores de

materias primas, basados en los recursos naturales, y 4) los productores redundantes, reducidos al trabajo devaluado.

El emplazamiento diferencial de este tipo de trabajo también determina la prosperidad de los mercados, ya que la generación de ingresos dependerá de la capacidad para crear valor incorporado por cada segmento de la economía global. La cuestión esencial es que estas posiciones diferentes no coinciden con países. Están organizadas en redes y flujos que utilizan la infraestructura tecnológica de la economía informacional global. El primer segmento es el segmento dominante sobre toda la estructura global, mientras que el cuarto sería la puerta de entrada a la exclusión social. Los dos escalones intermedios, responden también a los vestigios de la sociedad industrial, que son todavía necesarios, pero que pierden peso en la nueva división internacional del trabajo, dominada estructuralmente por el trabajo informacional.

Estos cambios han sido posibles gracias a una estructura determinada de las organizaciones internacionales, acompañada por una ideología neoliberal. Las instituciones internacionales de Breton Woods (FMI y Banco Mundial) han conocido grandes transformaciones a partir de la crisis del petróleo de los años setenta que las han convertido en las garantes de esta nueva ideología, plasmada en los años ochenta con la aparición de la nueva derecha, principalmente de la mano de Thatcher y Reagan. La caída del muro de Berlín, en 1989, parecía hacer buena la expresión *There is no alternative*, acuñada años antes por estos dos dirigentes, y daba lugar a la tesis del fin de la Historia de Fukuyama (Echart, López y Orozco, 2005).

La adjetivación de neoliberal para la globalización realmente existente me parece totalmente apropiada. Aunque, como es evidente, se podrían dar, o se dan en algunos campos, “otras globalizaciones” (nuevas tecnologías, derechos humanos, valores) no necesariamente coherentes con la neoliberal, pero sí situadas bajo su dominación. En otras palabras, existen “globalizaciones positivas”, debidas sobre todo al aumento de flujos de población, generador de riqueza cultural, mestizaje y de nuevas fuentes de conocimiento, y la generalización de las nuevas tecnologías, que han revolucionado también la participación política y han generado una ciudadanía global (De Souza Santos, 2004). En todo caso, no faltan

autores que ven en la extensión del vocablo globalización la voluntad de deshacerse del vocablo capitalismo, que había retratado de forma fidedigna la mayoría de las relaciones económicas y contaba con una imagen muy negativa para la mayoría de los habitantes del planeta (Taibo, 2007). Si estamos de acuerdo con esta crítica, también podríamos argumentar que las “otras globalizaciones” no son más que el internacionalismo del siglo xxi.

Al igual que el sistema capitalista “de antaño”, la globalización neoliberal contemporánea implica una creciente desigualdad social. Este hecho es indiscutible en las relaciones Norte-Sur, pero también es cierto en el interior de las diferentes regiones y países. A pesar de los estándares de vida de las clases populares son, en los países desarrollados, mucho más elevados que a principios del siglo xx, la condición relacional, relativa y multidimensional de la desigualdad, así como el acceso a determinadas cotas de bienestar u oportunidades de ascenso social (por ejemplo mediante la educación) de algunos sectores de estas clases, provocan una sensación subjetiva de desigualdad e injusticia cada vez más aguda. Esta no siempre tiene salida a través de nuevas formas de organización o solidaridades de clase, sino a veces se interioriza de forma individual como fracaso personal y desemboca en depresiones, conflictos familiares, alcoholismo y violencia. Estas tendencias a la individualización, se dan, según Beck (1998a), en todos los ámbitos de la vida de las personas y, paradójicamente, no generan mayor libertad, sino una creciente dependencia de los individuos hacia las formas institucionalizadas del mercado o del Estado. La incapacidad de mercado y Estado para dar salida a las nuevas demandas sociales, son manifestas, el uno por riesgo a autonegar como forma de organización, el otro por encontrarse supeditado a este. El mismo Beck (2002) nos muestra también la otra cara de esta tendencia, que es la aparición de nuevas subjetividades con gran potencial emancipador, que trascienden el individualismo y generan nuevas solidaridades y lazos, en el marco de los NMG.

En todo caso, la globalización neoliberal y sus consecuencias, tienen efectos inmediatos en el modelo de gobernanza dominante en las sociedades del capitalismo avanzado. En primer lugar, el incremento de la desigualdad y de la exclusión social generan nuevas formas de dominación

heterárquicas en el seno de la gobernanza, debido a una distribución desigual de los recursos (Blanco y Gomà, 2002).

Por otra parte, el Estado-nación —que se encuentra en crisis ante las exigencias de desregulación del comercio internacional— se ve sometido a fuertes presiones que le impiden tomar roles coherentes. Un ejemplo de estas dificultades es la paradoja de la exigencia de desregulación y, al mismo tiempo, de incremento de inversiones en nuevas tecnologías de la información y la comunicación (en adelante, NTIC). Las empresas —en busca de la rentabilidad— y el Estado-nación se lanzan a la innovación tecnológica y a la búsqueda de nuevos mercados, produciendo un crecimiento importantísimo del comercio internacional. Para lograrlo, según Castells (1998), hay que incrementar las capacidades de comunicación mediante la desregulación de los mercados y las NTIC. De esta reestructuración se benefician inmediatamente las empresas de alta tecnología y las sociedades financieras, lo que incrementa la rentabilidad del capital. Este hecho, sin embargo, es compatible con un lento movimiento de la productividad, debido a la persistencia de empresas obsoletas y de actividades de servicios de poca productividad.

Esta doble necesidad de desregulación y nuevas tecnologías sume al Estado-nación en una paradoja: al tiempo que se convierten en un actor crucial del nuevo capitalismo mediante las privatizaciones de los bienes y servicios públicos y la desregulación de los mercados, se ven empujados a invertir en los sectores estratégicos de las tecnologías de la información, la educación y la investigación. Este hecho genera importantes interrogantes en los países del mal llamado Sur: ¿de qué fuente sacarán el dinero para financiar el desarrollo tecnológico si cada vez más las empresas pagan menos?

Para Jessop (2001), ciertas alabanzas a la gobernanza como forma de gobierno —emitidas por organismos como el BM, el Foro de Davos o el FMI— son bastante delatorias de los peligros que hay en la *fetichización* de este concepto. Hay que completar, pues, y añadir cierta complejidad al modelo de la gobernanza, a fin de no caer en una legitimación ideológica del neoliberalismo, entendiendo ideología como intereses concretos de las clases dominantes (Eagleton, 2005).

El tránsito del gobierno tradicional a la gobernanza se produce de forma paralela al ascenso del neoliberalismo a nivel mundial. Este hecho provoca cambios, no solo en las formas de gobierno, sino también en la naturaleza del propio Estado. Jessop (2003), en su obra *The Future of the Capitalist State*, explica cómo Estados-nación Keynesianos del Bienestar, surgidos después de la Segunda Guerra Mundial, entran en crisis y dan paso a los Estados post-nacionales Schumpeterianos del *workfare*.

Este nuevo modelo de Estado es mucho más coherente a la nueva estrategia de acumulación del capital, basada en la privatización, la liberalización, la desregulación, la introducción de la mercadotecnia en el sector público, las reformas fiscales regresivas y la internacionalización y la globalización de las mercancías. El Estado post-nacional Shumpeteriano del *workfare* tiene cuatro características fundamentales, que desde una perspectiva dialéctica, generan nuevas contradicciones y retos para la gobernabilidad y los movimientos sociales.

En primer lugar, se trata de una promoción activa de la competencia internacional y la innovación social y tecnológica. Siguiendo las teorías del liberalismo doctrinario de Joseph Shumpeter, el Estado abandona los objetivos Keynesianos de la planificación económica por los de la innovación, la empresarialización y las olas largas del cambio tecnológico. En este cambio han tenido una importancia crucial las ciudades, que son vistas como los principales artefactos de crecimiento económico en las sociedades post-industriales. Son el centro clave de la innovación social, económica y política de las sociedades de la información (Castells, 2001), los espacios donde la educación a lo largo de toda la vida y la competencia internacional ocurren, gracias a la continua movilización de los ciudadanos (Espai en Blanc, 2004).

La segunda característica implica la subordinación de la política social a la política económica. Los nuevos estados del *workfare* quieren expulsar a la población del bienestar para llevarla al trabajo, crear individuos emprendedores más que gastar en “ineficientes y costosas” políticas de bienestar generadoras de una “cultura de la dependencia”. El incremento del sector de los trabajadores autónomos es promovido por las administraciones, al tiempo que se reducen el subsidio de desempleo, las

prestaciones por incapacidad y las pensiones. La reproducción de la mano de obra ya no recae en el Estado, sino que vuelve a las esferas familiar, comunitaria o al propio mercado. En este contexto, sin embargo, las redes comunitarias y los movimientos sociales ganan un renovado protagonismo, como agentes inclusivos, formativos, generadores de afectos y cuidado y herramientas de participación alternas al Estado.

La tercera característica corresponde a la pérdida de poder de la esfera estatal en favor de las esferas locales, regionales y supranacionales, en combinación con el fuerte peso de los partenariados. Es en este sentido que Jessop (2001) llama postnacional a este nuevo tipo de Estado, donde los principios de subsidiariedad y solidaridad son aplicados al máximo. Este hecho es, sin duda, el más positivo para las políticas públicas, siempre y cuando las administraciones locales cuenten con la financiación necesaria y la capacidad legislativa y operativa requeridas. Este punto también situará a las formas de participación que, como el movimiento okupa, ponen el énfasis en lo local en las redes de gobernanza, sin necesidad de tener estructuras de movilización estatales o nacionales.

La cuarta y última característica se relaciona con el abandono progresivo de la planificación económica, tanto de la economía mixta de mercado, como del corporativismo (grandes pactos entre patronal, sindicatos y Estados-nación) propia de los estados de la segunda posguerra mundial, por un énfasis renovado en el partenariado, las redes, la consulta, la negociación y otras formas reflexivas de autorregulación económica y social.

Este modelo, sin embargo, no se puede leer en clave mecanicista, ni determinista, ya que existen diversas estrategias por parte de los Estados para promover o ajustarse a la globalización neoliberal: la propiamente neoliberal, la neoestatista, la neocorporativa y la neocomunitaria. Cada una de ellas presenta características muy diferentes en los roles estratégicos del Estado en la gobernanza, como se puede ver en la *figura 2.4*.

Figura 2.4 Modelos de Estado y estrategias de adaptación a la globalización neoliberal

Neoliberal	Neoestatista	Neocorporativa	Neocomunitarista
Liberalización: promover la libre competencia	Gobierno como “ <i>agenda-setter</i> ” más que como planificador.	Re-equilibrio entre competencia y cooperación.	Des-liberalización: limitación de la libre competencia.
Desregulación: reducir el papel del Estado y la ley.	Orientación de la estrategia económica nacional.	“Autorregulación regulada” descentralizada.	Empoderamiento: rol cada vez más importante para Tercer Sector.
Privatización: venta del sector público	Auditoria ejecutiva de los sectores públicos y privados.	Ampliación del terreno de las subastas entre los sectores público, privado y mixtos.	Socialización: crecimiento de la economía social.
Gestión con técnicas de mercado de un sector público residual.	Partenariados público-privado bajo supervisión estatal.	Expansión del rol de los partenariados público-privados.	Énfasis en el valor de uso y en la cohesión social.
Internacionalización: libertad de circulación de flujos internos y externos.	Proteccionismo neo-mercantilista de los aspectos centrales de la economía.	Protección de los sectores centrales de la economía dentro una economía abierta.	Comercio justo: Piensa global, actúa local.
Disminución de los impuestos directos: incremento elección del consumidor.	Rol expansivo de nuevos recursos colectivos.	Incremento de los impuestos per financiar inversiones sociales.	Redireccionamiento impuestos: salario ciudadano, pensiones y subsidios para el cuidado de las personas.

Fuente: Jessop, 2001.

En la realidad será difícil encontrar ejemplos puros de cada uno de los modelos, pero el predominio de una u otra estrategia afectarán al modelo de gobernanza resultante en cada caso concreto. A su vez, el modelo de gobernanza resultante tendrá implicaciones diferentes para la participación ciudadana. En principio una estrategia neocomunitarista del Estado favorecerá más la implicación de las redes críticas en el gobierno, que una neoliberal, que favorecerá las fuerzas del mercado. En el caso de esta investigación, y como punto de partida normativo, habrá que situar el impacto del movimiento por la okupación en una forma de gobernanza específica, que pone como objetivos estratégicos la participación y la proximidad con la ciudadanía. Desde este modelo de gobernanza, me acercaré a la creciente importancia de los movimientos por la okupación en el ámbito local.

2.2 Gobernanza participativa y de proximidad. El ámbito local y los movimientos sociales

La globalización neoliberal no es un fenómeno que se imponga de manera absoluta, no representa un movimiento en un solo sentido, sino que suscita movimientos contrarios, que compensan los efectos perversos que genera. El primero de estos movimientos que hay que identificar es la tendencia al fortalecimiento de los poderes locales, como espacios de construcción de proyectos colectivos y de profundización de la ciudadanía. Algunos politólogos han referido a este movimiento como un proceso de politización de la esfera local: los gobiernos locales parecen abandonar sus roles operativos tradicionales y su posición de residualidad en los procesos de gobierno y tienden a ampliar sus agendas de actuación hacia campos emergentes de política pública (sostenibilidad, inmigración, juventud) y hacia ámbitos más tradicionales (educación, empleo, seguridad), adquiriendo roles más estratégicos y cualitativos (Brugué y Gomà, 1998). Por otra parte, la gobernanza encuentra un reflejo claro en la emergencia de nuevas formas de articular el conflicto social en el espacio local.

Los años ochenta marcan el comienzo de una transición progresiva hacia unos modelos alternos de regulación del conflicto social, motivados por un

escepticismo creciente respecto a las formas tradicionales de gobierno. En su concepción más general, la gobernanza refleja una adaptación operativa y normativa de las formas de gobierno para hacer frente de manera más eficaz y democrática a los nuevos elementos de complejidad social. Ante el embate neoliberal de los años ochenta, el gobierno en red implicaría la preservación del espacio público y de los proyectos colectivos como una alternativa plausible al regreso del *laissez faire*. No obstante, la determinación colectiva de los procesos de transformación social ya no sería, en el marco de este nuevo paradigma, producto de la acción unilateral y jerárquica de los poderes públicos sobre la sociedad, sino el resultado de un intercambio complejo de recursos entre múltiples niveles de gobierno, organizaciones sociales, comunidades y ciudadanía (Blanco y Gomà, 2002). En términos del esquema de Jessop, este modelo de gobernanza estaría dentro de una estrategia neocomunitarista de adaptación o resistencia a la globalización neoliberal.

2.2.1 Gobernanza participativa

Blanco y Gomà (2002) exponen las ideas básicas a partir de las cuales se articula este nuevo paradigma. Los autores nos presentan tres proposiciones que constituyen el núcleo conceptual del nuevo paradigma de gobierno en red participativo:

A) La gobernanza implica el reconocimiento, la aceptación y la integración de la complejidad como un elemento intrínseco al proceso político.

El paradigma del gobierno relacional se fundamenta en el reconocimiento de un escenario caracterizado por la complejidad, motivada por dos elementos básicos: la diversidad implícita en la existencia de múltiples actores que incorporan al proceso político varios valores, objetivos y preferencias y la incertidumbre que provoca el cambio permanente, la erosión de las certezas cognitivas y la inestabilidad del conocimiento. El gobierno relacional es un sistema de gobierno que se inserta y se desarrolla desde el *cuadrante 4* de la siguiente figura.

Figura 2.5 Nuevo escenario de la complejidad

		Complejidades políticas	
		Bajas	Altas
Complejidades cognitivas	Bajas	1	2
	Altas	3	4

Fuente: Subirats (1997); Blanco (2004).

El elemento implícito fundamental del paradigma del gobierno en red es aceptar y gestionar la complejidad en los procesos de gobierno (Brugué *et alt.*, 2001). No se trata solo de integrar la diversidad de actores existentes, sino también asumir la incertidumbre como un elemento intrínseco del proceso político. Gobernar, en este sentido, no puede seguir siendo tarea de unos cuantos expertos aplicando conocimientos contrastados, sino que se trata de un proceso de aprendizaje social donde múltiples actores aportan sus conocimientos, sus percepciones de la realidad y tratan de llegar a definiciones compartidas de los problemas (EAP, 2000).

B) La gobernanza implica un sistema de gobierno a través de la participación de actores diversos en el marco de redes plurales

La diversidad de actores susceptibles de participar en el marco de estas redes de gobierno responde a una dinámica de fragmentación de responsabilidades y capacidades de gobierno.

En primer lugar, gana terreno el gobierno multinivel, entendiendo como tal un sistema en el que los diferentes niveles institucionales comparten —en lugar de monopolizar— decisiones sobre muchas áreas

competenciales. En segundo lugar, se tiende hacia la transversalidad, como sistema organizativo del sector público que interrelaciona diferentes áreas temáticas, departamentos y organizaciones públicas en el marco de proyectos compartidos. Finalmente, la gobernanza debería promover la participación social, es decir, la incorporación de la sociedad civil en las tareas de gobierno.

Desde este punto de vista son viables procesos participativos en diversos campos de las políticas públicas. Por ejemplo, en el campo del medio ambiente, caracterizado por su complejidad e incertidumbre y en la que solo tenemos información parcial y múltiples criterios en consideración, las soluciones exclusivamente tecnicistas no tienen cabida (González, 2000).

Lo mismo se puede decir de temáticas ligadas a la actividad del movimiento okupa. No existen soluciones “objetivas” a cuestiones como la necesidad de espacios de sociabilidad para jóvenes. La reciente problemática del botellón en varias ciudades de España, pone de manifiesto que algunos planteamientos pretendidamente objetivos chocan con las racionalidades de una sociedad compuesta cada vez por una mayor diversidad de agentes. Es evidente que para solucionar el “problema del botellón” no se puede obviar a la gente implicada, sus conocimientos y la búsqueda del consenso como herramientas de gestión del espacio público. El aspecto transformador que puede conllevar este cambio de concepción es que se considere tan importante el fin como los medios. No es, por tanto, recomendable que para solucionar un problema de convivencia, se generen otros más graves, como el incremento de la exclusión social y el acoso policial a los sectores más desfavorecidos. Ante las medidas higienizadoras y básicamente represivas, la gobernanza participativa aportaría un marco para enriquecer y alumbrar el diálogo público, representando un camino a través del cual no solo se alcancen principios democráticos más justos, sino también que este proceso sirva para educar a una sociedad que vele por unos intereses comunes. Los procesos participativos deben ir ligados a posibilidades de sensibilización y concienciación, además de políticas de cambio estructural que garanticen la igualdad de oportunidades ante la participación social.

C) La gobernanza conlleva una nueva posición de los poderes públicos en los procesos de gobierno, la adopción de nuevos roles y la utilización de nuevos instrumentos de gobierno.

En este modelo, los poderes públicos deberían incidir sobre una red de actores existente, ya sea para activar e intensificar interacciones, o bien para generar intermediaciones que tiendan a favorecer determinados objetivos:

1) Activar la red: estimular las interacciones necesarias para que la red se ponga en movimiento. 2) Fortalecer la densidad relacional: explorar la creación de escenarios de suma positiva y el diseño de instrumentos de regulación de conflictos que reduzcan las incertidumbres. 3) Promover la intermediación: procesos de generación de confianza, de facilitación del diálogo y de construcción de espacios de consenso (Kickert, 1997).

Para que existiera una red participativa de gobernanza deberían darse las tres condiciones fundamentales que enuncian Blanco y Gomà (2002). En primer lugar, la no existencia de un centro jerárquico capaz de fijar procesos de gobierno de forma monopolista. En segundo lugar, la interdependencia entendida no solo como pluralismo de actores, sino también como dependencias heterárquicas entre estos a la hora de resolver problemas, perseguir objetivos y conseguir resultados. Finalmente, se debería dar una cierta institucionalización en el sentido de sostenimiento, estabilidad y cristalización de las interacciones entre los actores a lo largo del tiempo.

2.2.2 Gobernanza y proximidad

Analizar, hoy en día, la complejidad institucional en el desarrollo de procesos de gobierno implica hacer referencia a dos dinámicas simultáneas y entrelazadas: la de globalidad y la de proximidad. Las crisis ecológicas, los conflictos territoriales, la subsistencia de una economía mundial de intercambio desigual, el tráfico de armas, las guerras neo-imperialistas o la extraordinaria dimensión de los mercados financieros internacionales, requieren la progresiva construcción de capacidades de gobierno global; por otro lado, la minimización de residuos, los problemas de adaptación a la nueva situación de convivencia multicultural generada por las nuevas olas migratorias, la nueva informalidad y precarización en el mundo del trabajo o las agresiones de la especulación inmobiliaria sobre el medio

ambiente local y el derecho a la vivienda, requieren el fortalecimiento de las esferas locales de gobierno.

El cambio de escenario territorial es sustancial: el Estado cede y reubica a la baja sus capacidades de gobierno, ante el fortalecimiento simultáneo del nuevo eje territorios-globalidad. Según Blanco y Gomà (2002), un conjunto de cambios de sesgo estructural han apoyado el fortalecimiento del polo local

- La sustitución del viejo fordismo productivo, por nuevos modelos de desarrollo endógeno y sostenible, muy arraigados en el territorio.
- El cambio hacia una estructura social compleja, generadora de necesidades más heterogéneas y, por tanto, potenciadora de los servicios de proximidad.
- La transición hacia nuevas relaciones de género, que reubican el ámbito local como escenario donde hacer posible nuevas formas de articulación entre la vida cotidiana y el trabajo remunerado.
- La redefinición de los referentes de identidad hacia lógicas de pertenencia colectiva, orientados no solo al legado cultural sino también en la vivencia comunitaria compartida.

2.3 Las redes críticas y los movimientos sociales en el escenario de la gobernanza

En este nuevo modelo de gobernanza, la teoría de los partidos políticos ya no es suficiente para analizar el impacto de la acción colectiva en las políticas públicas. Además, en las democracias occidentales se produce un fenómeno de “desafección” democrática, incrementando la volatilidad y el escepticismo del electorado, y un decrecimiento del alineamiento partidario y de la confianza en las instituciones de la democracia representativa (Putnam, Pharr y Dalton, 2000).

A partir del surgimiento de los movimientos políticos radicales de las décadas 1960 y 1970, y de la crisis del petróleo de los años 1973 y 1974, algunos autores hablan de la existencia de una crisis en las democracias occidentales (Crozier, Huntington, Watanuki, 1975). Postulan que las transformaciones sociales ocurridas revelan una percepción ciudadana de

la democracia como una forma de gobierno insuficiente e insatisfactorio para resolver los conflictos sociales. Esta concepción fue ampliamente contestada y matizada por los teóricos de la llamada desafección democrática (Barnes, Kaase *et alt.*, 1979; Lipset y Sheider, 1983; Dalton, 1988, Nye, 1997; Putman, Pharr y Dalton, 2000), mediante el establecimiento de la separación analítica entre, por un lado, el ideal democrático de la democracia como gobierno del pueblo (frente a otras formas de gobierno como la dictadura o la oligarquía) y, por la otra, la concreción de este ideal en un sistema institucional y unas prácticas determinadas. Partiendo de esta base, defienden que la crisis reside no en el rechazo a la democracia como modelo, sino más bien en la creciente insatisfacción o distanciamiento respecto a su funcionamiento práctico. La desafección democrática, por lo tanto, debe entenderse como la situación de coexistencia de un apoyo mayoritario al ideal democrático, al tiempo que subsiste el escepticismo hacia las formas institucionales del sistema y sus principales actores: las instituciones públicas y los partidos políticos.

Se hace explícita, pues, la diferencia fundamental que existe entre gobernabilidad y democracia. La baja valoración de los dirigentes políticos, las bajas tasas de afiliación a partidos políticos y sindicatos o los bajos índices de participación en las contiendas electorales serían algunos de los indicadores que se han manejado para ilustrarla. En la perspectiva teórica de la desafección democrática se pueden distinguir dos dimensiones diferentes: por un lado, la desafección institucional (en relación con la confianza y valoración de las instituciones) y, por otro, el desarraigo político (desinterés y actitudes críticas respecto al proceso político y los políticos) (Torcal, 2003). En España, varias publicaciones han puesto de manifiesto el distanciamiento existente entre los ciudadanos y las instituciones políticas de la democracia representativa: mientras que a los políticos se les otorga una valoración media de 3.4 en una escala de 0 a 10, el funcionamiento de la democracia en España recibe una nota de 5.7 (Pena y Torcal, 2005).

En el contexto de las actuales sociedades globalizadas, se pone de relieve cierta incapacidad de las instituciones de la democracia formal para dar solución a toda una serie de problemáticas nuevas, propias de un

modelo económico postindustrial y de una creciente bipolarización social. Los estados de bienestar se muestran impotentes ante el predominio de los intereses de las grandes corporaciones económicas y la consolidación de una nueva cosmovisión imperante, el neoliberalismo que se infiltra en la raíz del Estado y en las conciencias de los ciudadanos. El Estado está abandonando progresivamente su rol “protector” por uno desregulador. Así, la desafección democrática podría ser una consecuencia de la creciente percepción de la población de que la capacidad de influencia de los políticos y las instituciones en las decisiones que afectan más directamente a sus vidas es muy pobre, especialmente en cuanto al control de una economía globalizada que no entiende de fronteras, reglas o limitaciones. La globalización en sí misma, por tanto, crearía problemas para la representación democrática (Held, 1997), a los que debe añadirse el aumento del individualismo como respuesta a los problemas colectivos y el debilitamiento de los lazos sociales y la participación comunitaria (Putnam, 1993).

Por otra parte, y de forma complementaria, las democracias representativas se ven cuestionadas también por el predominio de nuevos valores postmaterialistas (Inglehart, 1997), y por la emergencia de una sociedad más reflexiva, donde los ciudadanos se muestran cada vez menos dispuestos a jugar roles pasivos y reivindican un papel más activo y protagonista en los procesos políticos (Giddens, 1991; Beck, Giddens y Lash, 1997). Esto se concreta en dos fenómenos opuestos: en primer lugar, la creciente individualización se traduce en escepticismo y alejamiento de muchos ciudadanos de cualquier espacio de movilización colectiva; mientras que otros ciudadanos, en cambio, optan por implicarse en espacios políticos alternos —como los movimientos sociales—, desde los cuales se ejercen compromisos colectivos renovados.

Así pues, ante la progresiva irrelevancia identitaria de las formas organizativas clásicas (partidos y sindicatos mayoritarios), los NMS han ganado protagonismo pero se articulan de una forma más compleja para responder a este nuevo escenario del conflicto político. En síntesis, se puede afirmar que los partidos políticos institucionales y los sindicatos mayoritarios —en la práctica— han abandonado toda

pretensión integrativa: su presencia social es muy limitada, segregan muy pocos recursos de identidad colectiva y apenas promueven espacios de socialización. Contrariamente, estos partidos políticos se vierten a las prácticas electorales e institucionales, la elaboración de discursos y contenidos programáticos y a la formulación de políticas. Entonces, ¿cómo se canalizan las inquietudes sociales y políticas de la ciudadanía? ¿A través de qué mecanismos se concretan las actitudes y las culturas de implicación personal y colectiva dentro del espacio público? ¿Qué implicaciones tiene todo esto para la democracia y la gobernabilidad?

2.3.1 Características principales de las redes críticas

Por un lado, se despliega una constelación de asociaciones, entidades y grupos que van desde las redes comunitarias de autoayuda hasta las entidades de gestión de servicios y los grupos de presión, pasando por todo tipo de ONGs que inciden en la esfera de elaboración de políticas en uno u otro nivel territorial. Por otro lado, los NMS clásicos se van transformando y van dejando paso a los llamados NMG, que en su interacción con diversos actores dentro de las redes de la gobernanza, generan a su alrededor las redes críticas.

Estas redes se convierten al mismo tiempo en un nuevo patrón de participación política en el nuevo escenario de gobernanza. Concretamente, se parecen a los movimientos sociales en la medida en que articulan temáticas transversales, persiguen objetivos de cambio que se basan en valores no dominantes y desarrollan prácticas sociales no convencionales. En cambio, deben considerarse como una generación emergente de prácticas de movilización social de nuevo tipo, con un mínimo de cuatro rasgos que las caracterizan.

En primer lugar, cabe destacar su potencial y, a menudo, su inserción efectiva en escenarios temáticos de gobernanza. Es particularmente paradigmático el caso de los movimientos y las redes críticas de solidaridad internacional, que no solo han impactado en las políticas, sino que a menudo han creado ellos mismos este nuevo espacio de política pública. La política de cooperación al desarrollo ha surgido fundamentalmente a partir de la acción colectiva de los movimientos de solidaridad internacional que

empiezan a aflorar por toda Europa Occidental al calor de las revoluciones latinoamericanas de los años setenta y ochenta. Su evolución y la constitución de redes críticas donde se mezclaban movimientos, ONG de cooperación al desarrollo y otras formas organizativas, no solo explican buena parte de los resultados de las políticas, sino que a menudo han proporcionado su estructura en todo el proceso, desde la formulación de los problemas hasta la implementación.

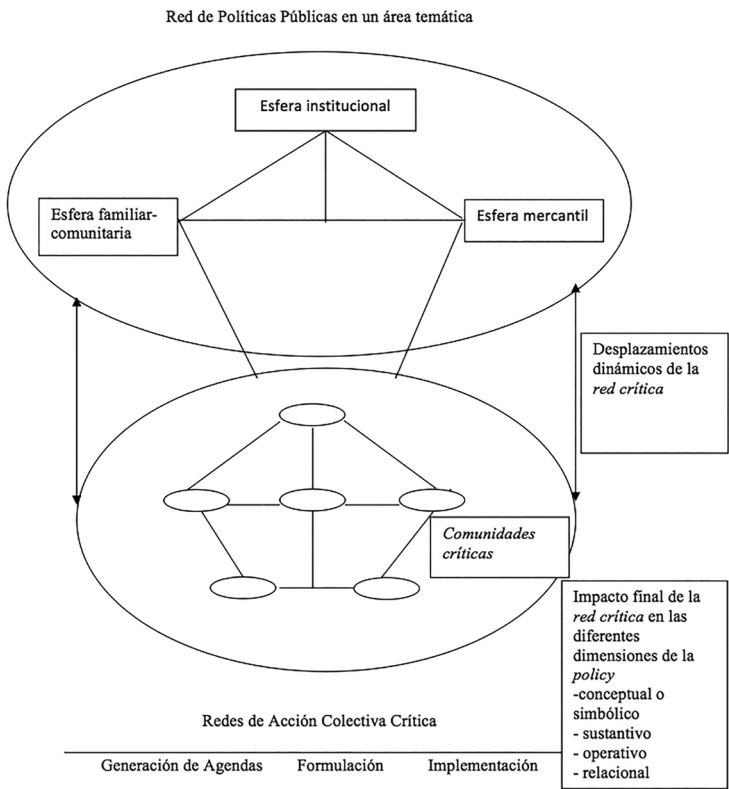
Por otra parte, se debe tener en cuenta la emergencia de un nuevo ciclo de movilización. Si los NMS supusieron la incorporación en la agenda política de las relaciones de género (feminismo), del medio ambiente (ecologismo) o de la cuestión urbana (movimiento vecinal), las redes críticas llegan en medio de un ciclo de movilización contra la globalización neoliberal. Este nuevo ciclo, ha implicado la politización alterna de campos como la solidaridad internacional, el antimilitarismo, el antirracismo, el movimiento okupa y la soberanía alimentaria. En cuanto al movimiento por la okupación, se puede decir que su aparición tiene cierta relación con lo que Pastor (1998) llama “relativa renovación de los movimientos urbanos”, caracterizada por una reformulación de su discurso y sus objetivos en el marco de la crisis ecológica, la lucha contra la carestía de la vivienda y por la “pacificación” del tráfico urbano en beneficio del transporte colectivo, así como la apuesta por nuevas formas de ocio y estilo de vida cotidiana.

Además, las redes críticas tienen una nueva morfología, más compleja, de tipo multiorganizativo, basada tanto en la cercanía como en la conectividad y mucho más ajena a las culturas de militancia de la izquierda clásica y de los propios movimientos sociales. Las redes críticas se caracterizan por la complejidad multiorganizativa y están formadas por nodos o comunidades críticas que, en un momento determinado, se organizan en forma de red. Las comunidades críticas son aquellas conglomeraciones de actores que presentan una mayor coherencia y homogeneidad, en contraste con la alta heterogeneidad y contradicciones internas que pueden convivir en el seno de una red crítica. Las comunidades críticas son, en definitiva, aquellos núcleos sociales de micro-movilización donde se establecen los vínculos de los que se nutrirán las redes críticas. Estamos hablando de movimientos asociativos, parroquias, grupos de estudiantes, centros re

creativos, centros sociales okupados, grupos autónomos y pequeños colectivos sociopolíticos. Estos núcleos son los alvéolos sociales donde la gente se compromete, genera lazos —tanto formales como informales— y decide emprender determinados tipos de acción colectiva. En este sentido, la mayor o menor presencia de comunidades críticas en un espacio determinado es uno de los elementos a partir de los cuales se puede entender la aparición de una red crítica y su capacidad de movilización. Así, dependiendo de su cantidad se puede hablar del grado de densidad de las redes, o en palabras de Tilly (1978) de la *netness*.

Figura 2.6 Interacciones entre las redes críticas y la red de políticas públicas.

Impacto de las redes críticas en las políticas de la gobernanza



Fuente: Elaboración propia

Lo que facilitará, en clave “interna”, la conexión entre comunidades críticas son las estructuras conectivas de movilización (Tarrow, 1997), que vinculan el núcleo duro con el entorno con el objetivo de coordinar el movimiento y mantener su pervivencia. En esta tarea, uno de los problemas que aparecen es la capacidad de crear formas organizativas que sean suficientemente firmes como para resistir a sus oponentes o competidores, pero al mismo tiempo lo suficientemente flexibles como para cambiar en función de las circunstancias y nutrirse de la energía de sus bases. Este hecho se verá evidenciado con las dificultades de continuidad de las asambleas de okupas de nivel local o regional, órganos indispensables para garantizar las alianzas con el movimiento vecinal o el estudiantil, la coordinación de las luchas anticapitalistas y la defensa de los espacios okupados.

Finalmente, debemos considerar un predominio claro de los elementos culturales de la acción colectiva; es decir, del campo simbólico-cognitivo. Nuevos elementos introducidos por el escenario de gobernanza, como la incertidumbre científica, la confusión, la debilitación de la autoridad, la creciente aparición de externalidades en todos los campos de la política y la complejidad y heterogeneidad de las preferencias de la sociedad (Mayntz, 1993), influyen en una revalorización de los recursos simbólicos y cognitivos en la lucha política. La confrontación simbólica gana espacios en la sociedad de la información. Por este motivo, consideramos el análisis de marcos como una estrategia explicativa fundamental para medir el impacto de las redes críticas en las políticas. Más allá —y tomando un concepto proveniente del análisis de políticas públicas— las coaliciones promotoras críticas serán la herramienta simbólica de nuevo tipo con la que las redes críticas podrán incidir con cierto éxito en las políticas públicas.

2.3.2 Nuevos modelos de relación entre movimientos y poder político: ¿hacia una profundización democrática?

¿Que significa el advenimiento de las redes críticas para los modelos de democracia y de gobierno realmente existentes? El hecho de incorporar las redes críticas a la gobernanza, entendidas como escenarios de profundización democrática de las políticas públicas, se puede abordar desde dos perspectivas, una normativa y otra teórica.

Desde el punto de vista normativo, partiríamos, como Ibarra, Gomà y Martí (2002), de una posición a favor de la democracia concebida como conjunción de representación electoral más pluralismo participativo en el diseño de políticas. La apertura de las actuaciones públicas a un amplio número de grupos, la participación activa de estos en condiciones de igualdad y la relevancia de esta participación en términos de incidencia real en las políticas, operan como factores de mejora de la calidad democrática. En un sistema que tiende a la globalización y a la interconexión, la participación pluralista deviene necesaria, ya que el tratamiento de la complejidad necesita de un amplio abanico de experiencias y percepciones (Subirats, 1997).

El pluralismo participativo radical se definiría a partir de dos elementos: el pluralismo y la profundización democrática. En primer lugar, hay que entender el pluralismo como la existencia de redes amplias y accesibles, permeables a un elevado número de actores, ideas e intereses en juego, sin mecanismos de exclusión ni impedimentos formales o reales para formar parte de entramado de interacciones. En segundo lugar, la profundización democrática es la combinación de dos características normativamente necesarias: la igualdad y la efectividad. La igualdad se refiere a la existencia de interacciones tendencialmente simétricas entre los actores y de una distribución igualitaria de capacidades de incidencia en el proceso de políticas públicas, es decir, sobre la formación de las agendas, la formulación y la implementación de políticas.

La efectividad tiene que ver con la relevancia de la participación. La actividad de los grupos y los movimientos y redes críticas, y en especial su inserción en la elaboración de políticas debe ser, finalmente, un factor explicativo clave de los rendimientos de estas en sus diferentes fases. Agendas, políticas y modelos de gestión deben reflejar los valores e intereses más amplios posibles, expresados en el proceso participativo.

Algunas aportaciones teóricas como las del capital social y la innovación democrática, apoyan este punto de partida normativo. De hecho, una gobernanza de alta densidad democrática requiere de instrumentos de profundización democrática, ante la posibilidad de cierre de lo político en espacios institucionales o redes de baja permeabilidad (Blanco y Gomà, 2003).

Desde los estudios sobre capital social se ha demostrado que la suma de comunidad estructurada, red asociativa, confianza, alta densidad de interacciones y confluencia múltiple en el espacio público, es una buena fórmula para garantizar una gobernanza efectiva, reestructuradora de altos rendimientos de bienestar (Putnam, 1993). Desde una perspectiva complementaria, la innovación democrática tiene que ver con un proceso de redefinición de las prácticas de participación ciudadana, conectadas a algún aspecto de las políticas públicas (Font, 2001). Se tratará de comprobar —en los estudios de caso— si la inserción de las redes críticas en las redes de la gobernanza favorece esta praxis en los procesos de gobierno de las sociedades complejas.

Las dinámicas democratizadoras pueden dar un fuerte impulso desde la sociedad civil, adoptando roles propios de autogestión y autogobierno, sin descartar la presión para hacer girar las políticas sociales del Estado y las formas institucionales del mercado. Este es el talante que están tomando actualmente algunas redes críticas, implicándose directamente en la gestión e intentando recuperar para la ciudadanía lo que los poderes públicos están dejando para la esfera privada del mercado. Este hecho, ocurrirá con más facilidad en el contexto local, si los poderes locales son capaces de ceder poder, desde un rol de liderazgo público y mediante el impulso consciente de la democracia participativa.

Al mismo tiempo, en las nuevas relaciones entre poder político y movimientos sociales, habrá que alcanzar una repolitización de las políticas de bienestar. La caída de más y más ámbitos de la política social en manos de técnicos supuestamente imparciales ha hecho perder en gran medida el rol de impulsor y dinamizador social que debería tener la administración pública. Si esta repolitización, entendida como toma de partido activa en favor de la igualdad y la prosperidad, no se puede llevar a cabo dentro de unas estructuras burocráticas como las de los actuales estados, habrá que inventar otras nuevas desde la sociedad civil y desde los poderes locales. Experiencias de gestión ciudadana de presupuestos públicos, como las de Estocolmo o Porto Alegre responden a esta idea. En todas ellas, el rol de la sociedad civil evoluciona hacia una dimensión política de la participación, un rol de participante activo en el proceso de toma de decisiones.

Así pues, un rol de los gobiernos locales como facilitadores de las iniciativas de la sociedad civil, y guardianes de los ideales de igualdad y justicia sería el más adecuado para evitar la desaparición de los modelos de bienestar o su funcionamiento perverso en las sociedades globalizadas.

La clave está en la sociedad civil y su capacidad de encontrar nuevos modelos organizativos que den cuenta de los profundos cambios sociales que se han producido, y aporten soluciones integradas y globales, superando la excesiva especialización y antiinstitucionalismo de algunos movimientos sociales mediante la creación de potentes redes críticas, y apostando definitivamente por una participación real en la arena política. Para hacer este paso, la sociedad civil deberá contar con la asunción de los valores culturales de la participación por parte de políticos y técnicos. El logro de estos valores de la participación será más posible a la esfera local, ya que es esta la más cercana a la ciudadanía. Nos encontramos con la gran paradoja de que la globalización solo se puede responder desde el ámbito local, es decir, y parafraseando un ya clásico eslogan del ecologismo: “piensa globalmente y actúa localmente”.

Pero en este proceso de cambio tan complejo, continúan las inercias de las relaciones entre movimientos sociales y Estado del modelo tradicional. Es necesario, por lo tanto, revisar cómo se transforman las clásicas formas de relación entre movimientos y Estado, pues las encontraremos en los estudios de caso y tendrán implicaciones directas en el impacto del movimiento por la okupación en las políticas públicas. Hay que abordar los conceptos de negociación, cooptación e institucionalización, como posibles dinámicas, que junto con la represión, caractericen la interacción del movimiento por la okupación con las redes de gobernanza. Lo que se pretende es (re)introducir las perspectivas de conflicto y negociación en el paradigma de la gobernanza, es decir añadir complejidad al modelo para poder explicar mejor el caso que nos atañe, el de un movimiento que huye de la integración en cualquier escenario de gobierno y aboga por la autonomía y la autogestión.

2.4 Una perspectiva conflictivista del escenario de la gobernanza

La aproximación teórica a los movimientos sociales adoptada en el capítulo uno ponía en el centro del debate un aspecto fundamental: la noción del conflicto como aspecto indisociable de la vida social, como condición de la democracia y como una de las aportaciones a esta por parte los movimientos sociales. Esta definición es muy útil para abordar un movimiento de marcado carácter antisistémico, como es el movimiento por la okupación, y hay por tanto (re) introducirla en el escenario del gobierno relacional que emerge en las sociedades post-industriales.

Definir un movimiento social en base al desafío, equivale a darle al conflicto un papel central en la función de los movimientos sociales. En este sentido, autores como Chantal Mouffe y Ernesto Laclau conciben la aportación fundamental de los movimientos sociales en garantizar la existencia del conflicto político y, en consecuencia, mantener la vitalidad del sistema democrático.

Desde el punto de vista conflictivista no es imaginable ni deseable una sociedad sin conflictos. No es imaginable que los conflictos no son la excepción sino la misma sustancia de la vida social, son inherentes. Y no es deseable porque borrar los conflictos conduce a prácticas autoritarias. En esta línea, se considera que un proyecto democrático no debe negar la naturaleza conflictiva de la sociedad sino que debe reconocer los conflictos y reconducirlos hacia vías democráticas para garantizar la pluralidad y la libertad. Por tanto, no se trata de que el conflicto sea necesariamente negativo sino que se distingue entre conflictos que pueden ser inscritos en el marco democrático o que deben ser excluidos porque se oponen a los valores de este sistema político. Mouffe (1999) denomina estos conflictos antagónicos y agonales, respectivamente, por lo tanto, estas posiciones lo que enfatizan son las desigualdades y antagonismos que cruzan la vida social, alejándose así de la posibilidad de establecer consensos generales libres de relaciones de poder.

Laclau y Mouffe (1987) proponen el proyecto político de la democracia radical. Desde su punto de vista, el conflicto es la savia de la política. Estos autores conciben el proyecto democrático como un proceso incierto en el

que las luchas políticas de los diferentes movimientos sociales se articulan para acabar con los diferentes antagonismos, sin que ello desemboque en una gran revolución ni en un escenario utópico en que se hayan vencido las relaciones de opresión, ya que siempre surgen nuevas (Cruells y Coll, 2007).

La acción colectiva de los movimientos sociales tiene su marco en un escenario de esfera pública que se diferencia normativamente del Estado, de los mercados económicos, pero también de las esferas familiar y comunitaria. Las redes críticas en cambio, se sitúan en el intersticio de estos espacios, ya que se pueden configurar con comunidades de acción colectiva crítica provenientes de las diversas esferas. Esta separación de ámbitos toma especial relevancia para el desarrollo de un análisis sobre las relaciones entre movimientos sociales e instituciones públicas y de los procesos de institucionalización que se derivan.

El debate en torno a la institucionalización de los movimientos sociales se enmarca en un contexto de importantes cambios en la relación entre las esferas estatal y comunitaria. La confluencia de dos grandes procesos que alteran el papel jugado por la esfera estatal: la reestructuración del Estado del Bienestar y los cambios en los procesos de decisión política. Los efectos de estos dos procesos se solapan y superponen y están presentes en dinámicas como las del reconocimiento de los movimientos sociales como interlocutores, la creación de órganos de participación, la implementación de demandas y propuestas de los movimientos sociales o la aparición de modelos de gestión del bienestar mixtas. En este contexto los movimientos sociales ganan capacidad de impacto en las políticas públicas, elaboran estrategias para mantener el protagonismo en la red de políticas públicas, gestionan la tensión entre la dependencia económica y la autonomía política, y cambian su percepción sobre el papel que debe jugar la esfera estatal (Cruells y Coll, 2007).

La crisis del Estado del Bienestar y su sustitución por el *workfare State* es un elemento clave para entender la dinámica de las relaciones entre movimientos sociales y Estado. Esta reestructuración se concreta en una financiación estatal más regresiva y en la asunción de un rol más asistencial, tanto en cuanto a las prestaciones como a los servicios. Asimismo, se

produce un mayor protagonismo de las esferas mercantil, de la comunitaria y de la familiar en la provisión del bienestar (Adelantado y Gomà, 2000). La cuestión más interesante de este proceso de reestructuración, con respecto a esta investigación, es la posición que pueden tener los movimientos sociales y las redes críticas. Más allá, hay que ver qué situaciones se han dado en otros países respecto a un movimiento de carácter autogestionario como el de las okupaciones, ya que en España todavía tiene poca trayectoria histórica.

La continua interacción de los movimientos sociales con las instituciones públicas en el marco de la gobernanza nos acerca a uno de los debates actuales en lo que está en juego la redistribución del poder entre la esfera comunitaria, la pública, y el estatal. Autores como Ibarra, Martín y Gomà (2002) consideran que dentro de estas nuevas formas de gobierno relacional, aparte de los actores institucionales-representativos, también están presentes otros actores, entre ellos los movimientos sociales, en la medida que tienen una cierta capacidad de incidir y participar en las políticas públicas. En este sentido apunta la tendencia a gobernar de una forma menos “unidireccional, jerárquica y monopolista por parte de los decisores públicos”, y más horizontal y compartida a través de un gobierno en red” (Rhodes, 1997). Este fenómeno, pero es todavía muy precario ya que los diferentes actores tienen una capacidad de impacto muy desigual (Cruells y Coll, 2007)

Algunas obras (Ibarra, Martí y Gomà, 2002; Alfama *et al*, 2007) analizan las dimensiones analíticas de las políticas públicas para aclarar en qué espacios de la elaboración e implementación de estas políticas hay una mayor capacidad de incidir de los movimientos sociales, mediante qué dinámicas y espacios se participa, y cómo esta participación conjunta tiene también unos efectos para los diferentes actores. El trasfondo de estos análisis es ver cómo los actores de la esfera pública pueden influenciar en las decisiones estatales. En este apartado, lo más interesante es analizar los efectos de este proceso para los movimientos.

Sidney Tarrow (1997) concibe un movimiento social como un desafío colectivo planteado por personas que comparten objetivos comunes y solidaridad en una interacción mantenida con las elites, sus oponentes y

las autoridades. La importancia pues de la interacción con las instituciones políticas es evidente, y esta relación, una vez superada la fase inicial del conflicto, puede evolucionar hacia escenarios de negociación. De esta definición de Tarrow, destaca el tema del desafío. Pero ¿qué pasa con este aspecto cuando se abordan procesos de institucionalización?

A menudo, cuando se dice que un movimiento se está institucionalizando se suele hacer referencia, de forma inmediata, a que da mucho peso a aspectos como la interlocución con las instituciones públicas, en detrimento de las acciones con mayor tendencia a la confrontación. Lo que permite hablar de movimiento social, sin embargo, es la permanencia de la acción colectiva por parte de los actores que lo conforman, y de sus desafíos frente a los opositores. Cuando estos desafíos no se mantienen lo que suele ocurrir es que perduran formas de resistencia pero más aisladas, que no acaban de conformar la creación de un movimiento social. Y cuando se mantiene en el tiempo el desafío, este debe litigar entre conseguir objetivos concretos para el movimiento y tomar opciones de enfrentamiento. En definitiva, moverse en la tesitura entre mantener relaciones con las instituciones y entrar en procesos de negociación y decisión con los opositores con el riesgo de debilitar su desafío y su permanencia, o bien no hacerlo y correr el riesgo de caer en el aislamiento y el sectarismo que también los amenaza (Tarrow, 2004: 289).

Pero se están mezclando muchos términos, como negociación, institucionalización, e, incluso, cooptación. Además, estas relaciones se pueden ver desde la perspectiva de las administraciones y desde la perspectiva de los movimientos, y evidentemente, las conclusiones que se pueden sacar son muy diferentes. En este apartado 2.4 cabrá pues distinguir entre los conceptos de cooptación e institucionalización, a partir de ejemplos históricos concretos del propio movimiento okupa en otras latitudes donde hace más años que existe. Por otra parte, veremos como las características del propio movimiento pueden incidir en los procesos de negociación y esto permitirá lanzar algunas hipótesis a contrastar en los capítulos empíricos.

2.4.1 Cooptación e institucionalización. Las alternativas a la represión sobre los movimientos sociales por parte del Estado

Las relaciones entre el Estado y los movimientos urbanos radicales de carácter autogestionario pueden ser de represión y de integración en la gobernanza. En el caso de las relaciones de integración podemos encontrar, según Pruijt (2003), dos variantes: la institucionalización y la cooptación.

La institucionalización se define como la canalización del movimiento en un patrón estable basado en normas y leyes formalizadas. Esta institucionalización implica pérdida de identidad (Castells, 2001) y cambio de repertorio (Kriesi, Koopmans, *et al.*, 1995).

La legalización de centros sociales okupados —o de viviendas okupadas— es un tipo de institucionalización, pero puede haber otros. En Londres 5000 okupas recibieron una amnistía que dio derecho a la mayoría de ellos a ser realojados previamente a cualquier actuación (Platt, 1980). En Berlín, entre 1981 y 1984, las autoridades eliminaron las okupaciones con una combinación de represión y legalización (Mayer, 1993). Después de la caída del muro, en los años noventa, las okupaciones afloraron en el antiguo Berlín-Este, donde en el barrio de Mitte existen en la actualidad decenas de inmuebles okupados legalizados (Winkels, 2006).

Según Pruijt (2003) la legalización de las okupaciones es una apuesta de las autoridades locales consecuencia del gran nivel de legitimidad de las mismas. Además, en casos como el de Londres, que cuenta en la actualidad con unos 30,000 okupas (Winkels, 2006), los sucesivos gobiernos municipales han considerado la represión como una fórmula demasiado cara de acabar con el movimiento (Platt, 1980).

Otra forma de institucionalización es la que proviene de la propia voluntad del movimiento por la okupación. En este caso, podemos encontrar tres tipos de motivaciones que empujan a los okupas a la institucionalización: 1) por necesidades económicas, como fue el caso de la ola de okupaciones en Francia en los años setenta. Ckerki (1973) explica que por parte de un núcleo de activistas, gran parte de los okupas de los años setenta priorizaban las motivaciones económicas (encontrar un lugar donde vivir) sobre las políticas (denuncia de la especulación y de la propiedad privada), lo que facilitó su progresiva institucionalización a

través de cooperativas de vivienda social. 2) Por la dureza de la represión. Un contexto de debilidad del movimiento, los desalojos continuos y el incremento de las medidas represivas contra los activistas, puede empujar a los propios okupas a iniciar procesos de institucionalización. Este podría ser el caso de un sector del movimiento en Madrid, como mostraré en los estudios de caso de esta investigación. Finalmente, 3) por la moderación ideológica del propio movimiento. Según Lowe (1986), algunos okupas ingleses han evolucionado del ataque a la propiedad privada como origen de la desigualdad en la sociedad capitalista, a una crítica al mal funcionamiento del sector público, desde posturas socialdemócratas. Este podría ser el caso de sectores de la okupación barcelonesa como el Espai Social Magdalenes, que ha puesto el acento en la crítica a las políticas urbanísticas y de vivienda y ha intentado abrir procesos de negociación con las autoridades locales.

Para Kriesi (1995) la institucionalización puede entenderse, dentro de la teoría de los ciclos de movilización, como la fase intermedia entre la protesta y la reforma. Castells (2001), sitúa la institucionalización en el declive del movimiento social. Otros autores en cambio, afirman que, normalmente, en los procesos de institucionalización, siempre existe un ala radical del movimiento que sigue utilizando la disrupción, y se complementa con el ala institucionalizada (Tarrow, 1997). Este es el caso de Amsterdam, donde conviven okupaciones legales e ilegales, que colaboran sin problemas. En resumen, me parece absolutamente acertada la distinción que establece Pruijt (2003), entre institucionalización terminal e institucionalización flexible.

Por otra parte, está la cooptación que, según Corr (1999), es la única manera en que los okupas pueden mantener sus ganancias. Un ejemplo claro de cooptación fue la formación de compañías de alquiler público por parte de antiguos okupas, dando lugar a la llamada *licensed squatting*. Las administraciones locales harían en estos casos una argumentación funcionalista difícilmente discutible: la okupación sería vista como forma rápida y barata de solucionar la carestía de la vivienda. Este hecho explicaría, según Pruijt (2003), el apoyo que las organizaciones para-estatales de ayuda a jóvenes dan a la okupación en Holanda. Será interesante en este sentido,

ver el comportamiento de este tipo de entidad en el caso español. En el trabajo de campo, se ha entrevistado a personas vinculadas con organismos como el Consejo Nacional de la Juventud de Cataluña o el Consejo de la Juventud de Barcelona. Algunos sectores del movimiento obrero y de la izquierda organizada holandesa (Partido Socialista) criticaron este tipo de actuaciones tildándolas de “políticas de vivienda precaria” que interesan a un Estado de Bienestar en crisis y son coherentes a los recortes en gasto social (Draisma y Hoogstraal, 1983).

Otra cara de la cooptación es la vertiente de los espacios artísticos okupados como desarrolladores de algunos barrios deprimidos de la ciudad de Amsterdam. Desde la década de 1990, y sobre todo en los primeros años dos mil, en los barrios con más inmigración y población más pobre se han producido legalizaciones de okupaciones artísticas en los bajos de antiguos edificios, cuando no se han promovido directamente desde el ayuntamiento. En muchos casos se trata de antiguas tiendas pequeñas que no pueden resistir la competencia o almacenes y talleres de pequeños negocios que han cerrado.

La cooptación tiene efectos ambivalentes. Así, por un lado, se produce una cierta desmovilización por dos motivos: algunos dirigentes del movimiento se ven atraídos por nuevas oportunidades, mientras que los sectores más radicales son reprimidos con más dureza. Pero, por otra parte, se crean nuevas oportunidades políticas para la movilización social de determinados sectores de la población, ya que el conjunto de la ciudadanía puede ver que el Estado “resuelve” problemas mediante concesiones a un movimiento antagonista. Por Echart, López y Orozco (2005) la cooptación se traduce, en definitiva, en la incorporación y normalización de algunas de las demandas del movimiento, al tiempo que en la pérdida de la fuerza reivindicativa inicial del mismo.

La elección de la cooptación o la institucionalización, como medidas complementarias a la represión que tienden a integrar al movimiento okupa, está muy relacionada con el régimen urbano concreto de una ciudad. Según Pruijt (2003), si el régimen urbano está orientado de forma mercantil, existen múltiples factores que favorecen la cooptación del movimiento okupa y nuevas formas de represión, no tan violentas, que no perjudican

la atracción de la inversión y del turismo. Por otra parte, la cooptación del movimiento por la okupación en algunos países como Holanda, se relaciona también con la privatización de la pobreza. Según Pruijt (2003) en las sociedades post-fordistas, el Estado se libera de las contradicciones de mantener las políticas de bienestar mediante la promoción de las iniciativas de autoayuda y de autonomía personal. Al mismo tiempo, cada vez más, tanto organizaciones empresariales como ONG se implican en la gestión de los servicios sociales locales, incluyendo el de vivienda. Desde este punto de vista, ¿qué actor social puede gestionar mejor unas políticas de vivienda con bajo presupuesto que el propio movimiento por la okupación? En todo caso, este extremo de la privatización de la pobreza, dependerá y mucho de la naturaleza del régimen urbano concreto, si tiende a orientarse hacia el mercado (como es el caso de Nueva York) o hacia la regulación (como es el caso de Amsterdam), o incluso si presenta diferenciación por áreas, como es el caso de Barcelona, donde las políticas de vivienda se orientan hacia el mercado, pero otras políticas de los servicios sociales siguen una orientación de regulación en el marco de las redes de gobernanza.

Así pues, y remarcando que todas las posibilidades pueden convivir con la represión hacia los sectores que no entran en la negociación, o hacia formas más sutiles de represión, hay que prever tres escenarios diferentes de integración del movimiento por la okupación. En la *figura 2.7* se clasifican los tres escenarios en función de las posibilidades de impacto del propio movimiento en una perspectiva dinámica, la cual incluye las consecuencias para el propio movimiento y su continuidad.

En el primer escenario, el movimiento okupa dejaría de existir, para formar parte del tejido institucional de forma total. En este escenario es de suponer un tipo de impacto simbólico, es decir, que las administraciones adoptaran algunos de los discursos, pero no siempre esto se traducirá en un cambio efectivo de políticas. Jiménez (2005) define institucionalización como el proceso de incorporación a las estructuras de elaboración e implementación de políticas públicas y que, en cuanto a sus efectos, conduce a la moderación de las demandas

Figura 2.7 Escenarios de integración del movimiento por la okupación

Escenario de integración	Efectos en el movimiento	Tipo de impacto
Institucionalización terminal	Final del movimiento	Simbólico
Institucionalización flexible	Oportunidades efectivas de okupación	Sustantivo y relacional
Cooptación	Movimiento transformado en proveedor de servicios	Operativo

Fuente: Elaboración propia, inspirado en Puijt (2003).

En todo caso, no se ha dado aún esta situación respecto al movimiento por la okupación, pero sí para determinados sectores de los llamados NMS, como el feminista, el ecologista o el pacifista. Para algunos autores, la institucionalización supondría un signo de debilitamiento, para otros, al contrario, la representación de una mayor capacidad de impacto de los movimientos, y finalmente, una tercera aproximación diría que se trata de uno de los escenarios de solución a la eterna tensión entre autonomía y dependencia que afronta todo movimiento social (Coll y Cruells, 2007).

El segundo escenario, donde un sector del movimiento se institucionaliza y otro sigue activo, puede implicar cambios sustantivos en las políticas de vivienda y en las relaciones entre los actores institucionales y los movimientos. Este es el caso de Amsterdam, sobre todo con las políticas de integración del movimiento en los años 1980-1984, que han tenido una continuidad algo inestable a lo largo de las últimas dos décadas (Pruijt 2003). En aquella legislatura el ayuntamiento compró 200 edificios okupados, y cedió la gestión a asociaciones de vivienda que ofrecían alquileres bajos a okupas individuales, normalmente los que ya vivían en el inmueble. Esta política se llamó *slightly repressive tolerance* (tolerancia represiva sutil), y tuvo diferencias en función de la zona de la ciudad. Esta legalización de la okupación implicó procesos de negociación, donde se acordaron rehabilitaciones de edificios okupados con fondos públicos. En algunos barrios las asociaciones de vecinos y grupos parroquiales representaron a menudo los intereses de los okupas, en otros, en especial los del Este, los propios okupas se constituyeron en asociaciones de vivienda.

Esta legalización parcial de la okupación no produjo una pérdida de identidad del movimiento en términos de capacidad para generar disrupción. La ola más grande de legalizaciones se produjo en esta primera legislatura de los ochenta. Todavía en 2004, año donde hice una estancia de investigación en Amsterdam, el movimiento okupa protagonizaba las protestas urbanas más significativas, así como los núcleos más activos de los NMG, contra la exclusión social y de apoyo a las personas inmigradas. La cooptación ha sido pues en Amsterdam bastante limitada, y hay que hablar pues de un escenario de institucionalización flexible, donde incluso,

antiguos okupas de los años ochenta son concejales del Ayuntamiento con la candidatura Amsterdam Alternativas, que representa la izquierda radical. Esto ha provocado un fuerte impacto relacional, y no es extraño que algunos concejales de este partido se reúnan con los okupas actuales en situaciones de cooptación, negociación o conflicto.

La cooptación, que aparece en la *figura 2.7* como tercer escenario, acontece cuando el propio movimiento se convierte en proveedor de servicios, y representa por tanto un fuerte impacto en la dimensión operativa de las políticas públicas. Eso sí, tiene efectos ambivalentes y suele ir combinada con una fuerte represión hacia los sectores del movimiento que no han negociado. Este fue el caso del movimiento okupa de Nueva York, en vías de desaparición debido a la cooptación mediante grupos de vivienda. Además, Nueva York ha sido el caso más claro de combinación de esta cooptación con políticas de privatización de la pobreza en el área de vivienda.

Según Pruitj (2003) la política de cooptación del Ayuntamiento de Nueva York comenzó con los arrendamientos de inquilino interino (*Tenant Interin Lease*), que incluían cooperativismo y otras formas de autoayuda, en la línea de privatización de la pobreza de los estados del *workfare* (Jessop, 2001 y 2003). Estos arrendamientos a bajo precio tenían como resultado sustantivo el abaratamiento a la mitad de los costos de los subsidios para vivienda existentes durante los años ochenta. Los arrendamientos fueron en paralelo a Programas de Reparación de Casas (*Homesteading Programs*) y en definitiva dieron la posibilidad a grupos organizados de ciudadanos de obtener la propiedad de edificios públicos abandonados sin derecho a la venta. Entre 1976 y 1996, más de 1000 edificios entraron en los programas de reparación, y los contratos de arrendamiento fueron a parar, en su mayoría, a organizaciones sociales ligadas a la Iglesia. Por otra parte, organizaciones de la red de apoyo a la okupación en Nueva York como Acorn o Banana Kelly, abandonaron el movimiento okupa para pasar a formar parte de este nuevo movimiento de gestión de las políticas de vivienda, el *Homstading movement*.

2.4.2 Negociación y confrontación. Las estrategias de los movimientos sociales

En el Estado español la confrontación entre el movimiento por la okupación y las instituciones ha predominado sobre las pocas, dispersas e individualizadas experiencias de negociación. A lo largo de la investigación se demostrará que el movimiento por la okupación ha encontrado, en general, unas redes de políticas públicas cerradas y poco permeables. Pero a menudo, las estrategias de los mismos movimientos sociales pueden explicar el fracaso de la vía negociadora y la pervivencia del conflicto.

Los ejemplos de Nueva York y Amsterdam son modelos para teorizar que, además del régimen urbano, la propia naturaleza del movimiento puede ser una variable que explique las diferentes vías de integración o la posibilidad de que un movimiento de carácter autogestionario como sea integrado en la gobernanza. Así, en el caso de Nueva York, el movimiento cooptado es básicamente el previo a 1983, que tenía como táctica principal el defender un discurso de acceso a la vivienda. En cambio, posteriormente a 1983, nuevas generaciones de okupas se resistirán a la cooptación en el Sur-Este de Nueva York al menos hasta el año 2002, donde se dan los primeros síntomas de institucionalización terminal a través de organismos mercantiles.

Así pues, ¿qué hace que un movimiento okupa se resista a la cooptación? Para Pruijt habrá que distinguir en todo momento entre un movimiento por la vivienda que utiliza la práctica de la okupación como táctica, de un movimiento okupa para el que “*squatting itself is at the center*”. Según Katz y Mayer (1983) diversas variables estructurales del propio movimiento presentan las claras diferencias entre uno y otro movimiento, que pueden pero coincidir y colaborar en muchas ocasiones. En primer lugar, el predominio de una ideología de carácter autónomo, que considera que la creación de antagonismos con el poder establecido es la clave del cambio social, será dominante en el movimiento okupa, confiriéndole un carácter eminentemente político. Por otra parte, el uso de la okupación, más allá de la satisfacción de necesidades materiales de vivienda, para expresar y crear

contracultura, es también un elemento distintivo de este movimiento okupa resistente a la cooptación. En tercer lugar, el movimiento okupa se organiza siempre de manera informal, mientras que el movimiento por la vivienda cuenta con estructuras más formalizadas y líderes visibles. Finalmente, en el clásico debate de la okupación, entre sí el uso de esta práctica es un medio o un fin en sí misma, la postura más identificada con movimiento okupa es la que reconoce esta ambivalencia y sitúa su práctica como un medio para llevar a cabo una transformación social más amplia, y como fin en sí misma, por la crítica frontal a la propiedad y las posibilidades de crear islas de autonomía social y vital en los centros sociales y las casas okupadas.

Esta concepción de la okupación como movimiento es la predominante en España en los últimos treinta años. Ahora bien, otras experiencias como la *Masoveria Urbana* o el movimiento por una Vivienda Digna o las Plataformas de Afectados por las Hipotecas (PAH), podrían abrir nuevos escenarios en la negociación. Ver si se resuelven en institucionalización o cooptación, o si la dinámica represiva sigue siendo la dominante, puede escapar al ámbito temporal de esta investigación.

Dos modelos ideales de movimiento en defensa de la vivienda y del movimiento okupa, podrían servir para distinguir las estrategias negociadoras de las de confrontación.

Evidentemente, en la práctica no encontraremos ningún movimiento que se ajuste a estos tipos ideales, y a veces encontraremos situaciones donde un movimiento pro-vivienda presenta características de un movimiento okupa, como fue el caso de Barcelona, ciudad con gran impacto de la okupación donde surgió en el año 2006 un fuerte movimiento por una vivienda digna sin estructuras formalizadas, ni canales de interlocución.

Así pues, en los capítulos empíricos de esta investigación, veremos cómo se definen estas complejas relaciones, qué papel juegan las redes críticas, qué diferentes modelos de relación existen, y cuáles son los efectos de la negociación de los movimientos con el Estado y los peligros y ventajas de procesos como la cooptación o la institucionalización.

Figura 2.8 Diferencias entre un movimiento okupa y un movimiento por la vivienda

	Movimiento okupa	Movimiento pro-vivienda
Identidad	Fuerte, contracultural	Difusa, integrada
Relación con las instituciones	Autonomía	Interlocución
Estrategia dominante	Confrontación	Disrupción/ negociación
Objetivos	Anticapitalismo	Políticas de vivienda
Organización	Informal	Formalizada (asociaciones)
Concepción de la okupación	Fin y medio	Medio para acceder a una vivienda

Fuente: Elaboración propia, a partir de Puijlt (2003).

2.5 Interrogante final: ¿son las políticas públicas un escenario de transformación social?

A lo largo de este capítulo, hemos recorrido un camino de cierta deconstrucción de las viejas teorías de la ciencia política sobre las políticas públicas. Así, hemos visto la emergencia de la gobernanza como nueva forma de gobierno en red en las sociedades post-industriales; la revalorización de los espacios locales y de proximidad ante la crisis de los Estados-nación y, finalmente, hemos encajado los movimientos sociales en este nuevo escenario, recurriendo al nuevo concepto de redes críticas.

No ha sido, sin embargo, un camino de rosas, y la emergencia de la gobernanza en los últimos 30 años se ha dado en un contexto de retroceso generalizado de los Estados de bienestar y de avance de las políticas de ajuste estructural, privatización y desregulación propias del paradigma neoliberal. De esta manera, el sueño de las bondades de la autonomía de la gestión local se puede transformar en la pesadilla de la gestión privada de recursos públicos escasos. Y la participación de los movimientos sociales en la gobernanza, puede encontrar dificultades de interlocución, ante un sector público en retroceso y una iniciativa privada en expansión, a pesar de la crisis económica.

Al terminar este viaje, se nos han abierto también fuertes interrogantes desde el punto de vista de los movimientos antisistémicos que, como el okupa, no pretenden una reforma del orden establecido, sino que pregonan la subversión cotidiana del mismo. El hecho es que al llevar a cabo una aproximación a un movimiento antisistémico, que no pretende ejercer una política de influencia en la arena política, sino que irrumpe en la misma para defender sus espacios de autonomía, la perspectiva de la gobernanza participativa debe aceptar mayor complejidad para abarcar toda la gama de relaciones entre el movimiento y otros actores de la red de políticas.

Efectivamente, la represión y la criminalización, ha sido la primera, y a menudo única, respuesta que los poderes públicos han dado a la okupación en España. Ahora bien, también encontraremos relaciones de cooptación y de negociación. Por último, será interesante analizar, si como en otros movimientos a lo largo de la historia, como el obrero, el feminista, el de

solidaridad internacional, etc., se producen en el interior del mundo de la okupación, dinámicas de institucionalización.

No rehuir el estudio de la negociación y la institucionalización del movimiento okupa, e integrarlo en el esquema de las redes de gobernanza no es solo necesario, sino indispensable. Ahora bien, no se puede obviar que la relación de los diferentes actores de la red de gobernanza es una relación fuertemente desigual. Si lo hiciéramos, sería de alguna manera contribuir a legitimar esta desigualdad. Las perspectivas de la gobernanza a menudo crean esta falsa ilusión. En este capítulo se ha tratado de resolver este sesgo para garantizar una mejor aproximación al estudio de la presencia de un movimiento autogestionario, antisistémico y radical en las redes de la gobernanza en España.

¿Es este escenario de la gobernanza, al fin y al cabo institucional y de poder, apropiado para estos movimientos? ¿Pueden influir, intencionada o involuntariamente, en las políticas públicas? A estas cuestiones pretende responder la investigación, y pienso que el marco teórico de las políticas públicas que nos da el paradigma de la gobernanza nos abre suficientemente el punto de vista para responderlas.

3. Los impactos sobre la gobernanza. Hacia un modelo de impacto de las redes críticas en las políticas públicas

...todo apunta a que la realidad social no puede entenderse con independencia de las actividades tangibles y concretas de los individuos en sus quehaceres cotidianos, de la misma forma que, a su vez, estas actividades pierden su inteligibilidad si se les contempla con independencia del marco en el cual se desarrollan y del cual participan como elementos constitutivos.

(Ibáñez, 1994: 148)

El estudio de las redes críticas, como el de cualquier otro fenómeno de acción colectiva, presenta dos grandes miradas. La primera se sitúa dentro de la red crítica y observa tanto la misma red crítica, como el mundo exterior visto desde dentro. En otras palabras, esta primera mirada se dirige hacia el mundo exterior como conformador de la red crítica. Es un enfoque que se interroga sobre por qué nace la red crítica, de quien se nutre, a quien convence, que dice, qué hace, como busca aliados, y como los contextos exteriores —el cultural y el político— influyen, modifican o determinan su conducta.

En la segunda, la mirada se sitúa fuera de la red crítica. Se trata de ver cómo este contexto cultural o político ha sido influido, modificado o determinado por la red crítica. Así, en el área política, el punto de

vista analítico se sitúa en el sistema político, en sus estructuras, en sus instituciones, en sus procedimientos decisorios, en su cultura política, en sus partidos políticos. Lo que intenta responder es en qué medida este sistema —o algunas de las partes del mismo— han sido transformadas o reformadas por la acción de estas redes.

Los análisis internos son los predominantes y se puede llegar a afirmar que hoy la segunda perspectiva, la de las consecuencias o resultados, se descuida bastante. Esto constituye, al menos a primera vista, una sorprendente paradoja. Porque resulta que las redes críticas, como movimientos sociales en la gobernanza, son conjuntos de personas que nacen y se organizan para conseguir cosas, para conseguir que cambien patrones culturales y muy especialmente para que diversos poderes y élites tomen decisiones en su favor, hagan caso a sus reclamaciones. Los estudios sobre movimientos sociales no nos dicen casi nada sobre si los movimientos logran y por qué hacer efectivas estas reivindicaciones.

En todo caso, en la última década, la incorporación en la agenda de la investigación en movimientos sociales del tema y su influencia ha acercado este campo al de las políticas públicas (Jiménez, 2005). Esta investigación pretende aportar un nuevo análisis empírico que dé nuevos elementos para entender la naturaleza de la interacción entre los movimientos sociales y el Estado, incluyendo el impacto de estos en las políticas públicas.

Los trabajos que se han producido hasta el momento en esta área son mayoritariamente propuestas analíticas, es decir, tratan sobre el hecho de que es lo que deberíamos tener en cuenta a la hora de considerar los resultados, más que de cuáles han sido los resultados concretos obtenidos (Gamson 1975; Kriesi 1992; Kriesi, *et al.*, 1995; Ruchti, 1992; Sztompka 1995; Giugni, McAdam y Tilly 1999). Por otra parte, otros estudios más empíricos, tanto desde la disciplina de los movimientos sociales (Giugni *et al.*, 1998 y 1999; Burstein *et al.*, 1995) como desde el análisis de políticas públicas, se han centrado en los principales actores institucionales, sin considerar sus relaciones más amplias con la sociedad civil. Esto ha sucedido por el predominio de enfoques analíticos centrados en el estudio de las élites, y por el sesgo en favor de factores exógenos a la arena política en la explicación de la evolución de las políticas (Jiménez, 2005).

En el caso de este libro, se trata de dar herramientas para investigar si se ha conformado una red crítica en torno a una o más redes temáticas de políticas y cuál es el grado de impacto de esta red crítica sobre el resultado final; si se ha limitado a incidir en la dimensión simbólica o conceptual, o si ha llegado también a las dimensiones sustantiva y operativa de las políticas públicas y, más allá, qué impactos ha tenido en otros actores de la red de gobernanza y en el sistema político en general.

Este capítulo desplegará un modelo analítico —bien sustentado en la teoría— que después guiará el análisis empírico del impacto de las redes críticas de okupación en las políticas públicas en España en los últimos 30 años. En primer lugar, se dará cuenta de cuáles son las variables explicativas de este modelo y si todas estas variables tienen algo que ver con la conformación de redes críticas y el posterior impacto de estas en el sistema político. En segundo lugar, y teniendo en cuenta que nos encontramos ante una realidad cambiante, como la de los movimientos y las políticas, habrá una aproximación a estas variables desde una perspectiva dinámica. Finalmente, y con el fin de analizar con más precisión los impactos de las redes críticas en las políticas públicas, se presentarán las diferentes dimensiones que pueden tener estos impactos, para acabar con las hipótesis sobre okupación y políticas, que orientan todo el trabajo teórico y empírico de este libro.

3.1 Las variables explicativas

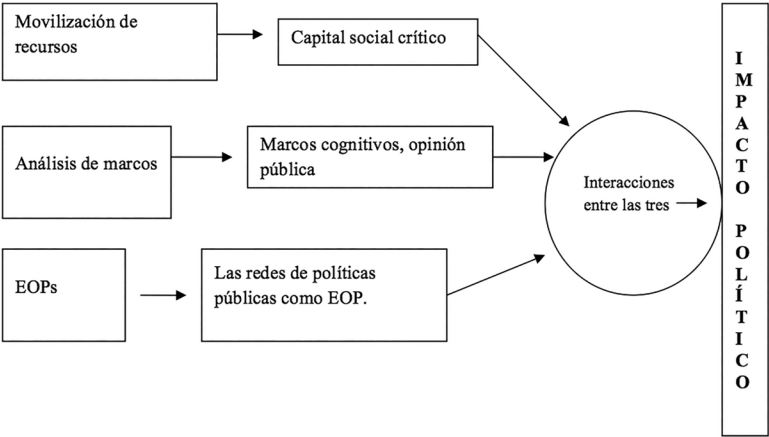
Las variables explicativas de este modelo son un intento de operativizar los diferentes enfoques que han estudiado tanto los movimientos sociales, como las políticas públicas, y que pueden ser útiles para el análisis del impacto de los unos en las otras. Así, si en los capítulos uno y dos, he desplegado estos elementos desde la teoría, en este capítulo cruzaré estas aportaciones para desplegar un modelo analítico del impacto de las redes críticas en las políticas públicas.

Este modelo de impacto se nutre de las tres principales tradiciones en el estudio de los movimientos sociales: aquellas que hacen hincapié en las características de los propios movimientos (movilización de recursos), las que estudian más bien los aspectos simbólicos (análisis de marcos) y

las que se fijan en los elementos de contexto (teorías de las EOP). Las tres tradiciones teóricas, puestas en relación con las teorías de políticas y reducidas a un modelo operativo, conformarán las tres variables de este modelo.

Según este modelo, para que se den las condiciones favorables a la presencia de un movimiento social en la red de políticas públicas hay, necesariamente, una posición favorable de la primera variable (el capital social crítico) y, como mínimo, la posición favorable de una de las otras dos variables (la opinión pública o la red de políticas públicas). A continuación explicaré qué significa cada una de estas variables, cuál es su fundamento teórico, cómo se pueden dividir en sub-variables más operativas y cuáles son los principales problemas que presentan.

Figura 3.1 De las tradiciones teóricas a las variables explicativas de impacto político



Fuente: Elaboración propia.

3.1.1 El capital social crítico

Un movimiento social que pretenda cambiar o innovar unas determinadas políticas debe tener cierto capital que le permita interactuar con la sociedad. Se entiende por capital social crítico todos aquellos recursos que utilizan un

movimiento social para alcanzar sus objetivos. Pero, más allá, capital social también tiene que ver con densidad asociativa, relaciones de reciprocidad y confianza entre las diferentes componentes del tejido asociativo y con las tradiciones de responsabilización por lo público (Putnam, 1993).

En esta variable se encuentran pues dos de los cuatro “poderes de los movimientos” que contemplaba Sidney Tarrow (1997): el repertorio de confrontación y las estructuras de movilización. Para hacerla más operativa, he dividido esta variable en cuatro subvariables más abordables en el trabajo empírico sobre el movimiento por la okupación: 1) lo simbólico: su discurso, la identidad y la cultura política; 2) los miembros del movimiento, es decir, las personas que se vinculan 3) las estructuras organizativas —incluyendo formas y culturas de organización—; y 4) las estrategias de acción colectiva. Las iré desglosando con la intención de encontrar indicadores cualitativos.

A) Lo simbólico

Esta variable profundizará, en primer lugar, en el estudio de la construcción simbólica del propio movimiento. Cabe preguntarse qué representaciones contienen los movimientos sociales de las diferentes formas de participar, qué culturas políticas conviven, cuál es la concepción de la militancia y cómo encaja esta con la vida cotidiana del activista. En la okupación, a diferencia de otros NMS, el ámbito de lo privado es cuestionado, supone politizar el espacio privado y repercutir desde allí en otros espacios más amplios que se pretenden liberados. Estos procesos individuales y colectivos, serán los escenarios desde los que podremos hablar de nuevas formas de creatividad social (Llobet, 2004).

Al mismo tiempo, no se puede obviar la característica del propio movimiento como campo de fuerza, en el sentido de Bourdieu (1991), donde diferentes corrientes del movimiento entran en una lucha simbólica. Un movimiento social no es un espacio neutro, sino que está marcado por determinadas fracturas. Hay que entender pues los movimientos sociales como un espacio de negociación y “batalla” simbólica entre diferentes formas de ver la política, tanto en el sentido ideológico, como en el cultural amplio o de género.

Para estudiar estos aspectos propios del capital social crítico, se debe profundizar en el análisis del discurso de los diferentes actores del movimiento, analizar las diversas identidades, memorias y culturas políticas que conviven.

B) Los miembros

El capital social crítico se fundamenta en las propias personas que forman parte del movimiento. El concepto de comunidad de acción colectiva crítica servirá para referirse a aquellos espacios primarios de contacto directo que crean la base activadora de la movilización (Ibarra, Martí y Gomà, 2002). El gran alcance del trabajo de campo de esta investigación (ocho años, decenas de entrevistas y observaciones), permitirá realizar una primera aproximación que profundice en algunos aspectos de esta variable, como los procesos de reclutamiento o la socialización comunitaria en el seno del movimiento. Todo ello dará mucha más información sobre el capital social crítico del movimiento por la okupación. Y también, sobre las diferencias de clase social, género o edad, y sobre los procesos de socialización secundaria que ocurren dentro del mismo movimiento.

C) La estructura organizativa

Los elementos internos del propio movimiento explicarán —muchas veces— tanto sus posibilidades de impacto como las ocasiones de eventuales procesos de negociación, institucionalización o cooptación (Jiménez, 2005). A modo intuitivo, podría parecer que aquellas organizaciones del movimiento con una estructura formal más tradicional tenderán más a la negociación que aquellas que, como las del movimiento okupa, tienden a una organización más difusa y espontánea.

Desde el punto de vista de la estructura organizativa todavía se puede precisar mucho más, analizando toda la gama de culturas organizativas que puede estar presentes en el *continuum* de esta variable. Hay que preguntarse sobre las características del movimiento en su conjunto, en tanto que espacio participativo, y sobre la distribución del poder y del trabajo en su interior. Algunos estudios de movimientos sociales y género realizados en Francia (Dunezat, 1999; Kergoat, 1992) han trabajado estas controversias

que en mi investigación —a pesar de no ser el objeto central— serán también analizadas.

D) Estrategias de acción colectiva

En primer lugar, hay que situar el movimiento por la okupación en el parámetro que pone en tensión las estrategias de participación más autónomas con las más institucionales. En cuanto a las estrategias autónomas, daré cuenta del predominio de la desobediencia civil y de la acción directa no-violenta. En cuanto a las más institucionales, veremos en qué momentos se forman o no coaliciones promotoras críticas.

El concepto de red crítica será clave a la hora de superar las visiones clásicamente movimentistas, según las cuales los movimientos sociales nunca pueden cooperar con instancias administrativas o gubernamentales y, por definición, adoptan hacia estos actores, estrategias de confrontación, marginalización y retiro contracultural.

A priori, la presencia de una coalición promotora crítica favorecerá las pretensiones del movimiento, produciendo divisiones en las élites políticas e incrementando su impacto en las políticas. La cuestión será detectar la conformación o no de estas coaliciones y el grado de ruptura entre las élites del sistema político institucional. Al mismo tiempo, y de manera inversa, parece que una mayor división entre las elites favorecerá la aparición de coaliciones promotoras.

En la práctica, los procesos de movilización social contra la globalización neoliberal —en el marco de campañas unitarias concretas— articulan coaliciones promotoras críticas, vinculando a actores externos a la red contestataria, pero coincidentes en determinados objetivos. Para el caso de la okupación, se pueden apuntar alianzas con sectores de la sociedad civil, como los consejos de la juventud o las asociaciones de vecinos.

3.1.2 Los marcos cognitivos y la opinión pública

La creación de esta variable parte de la aproximación del análisis de marcos (*frame analysis*) como estrategia complementaria para medir el impacto de las redes críticas en las políticas públicas. Si es cierto que los recursos simbólicos se revalorizan en el escenario de la gobernanza, el estudio del

discurso público y de las redes críticas a través de la teoría de marcos, puede ser de gran utilidad.

Esta vía de análisis se empezó a popularizar entre los teóricos de movimientos sociales a partir del concepto de “marco de injusticia” elaborado por Gamson, Fireman y Rytina (1982), e inspirado en la compleja obra de Goffman, *Frame Analysis* (1974). Estos autores adoptan un enfoque cognitivo que, posteriormente, abandonarían a favor de otro más centrado en la movilización de recursos. Este enfoque cognitivo define los marcos como orientaciones mentales que organizan la percepción y la interpretación (Rivas, 1998).

Lejos de abandonar el enfoque cognitivo, lo que se pretende es trasladar este a la batalla que en el campo político sostienen los movimientos sociales con el resto de actores de la gobernanza, en especial con los poderes públicos. Aportaciones como la del sociólogo francés Pierre Bourdieu (1999) nos advierten de la importancia de los discursos legitimadores del poder y de la dificultad de elaborar discursos contrahegemónicos desde los movimientos sociales transformadores. Los marcos interpretativos dominantes del neoliberalismo, lo convierten en una poderosa teoría económica que redobla la fuerza de las realidades que supuestamente expresa (Bourdieu, 1999). El movimiento por la okupación, en un contexto de dominación simbólica neoliberal, tendrá graves dificultades para enmarcar sus discursos alternativos.

En cualquier caso, la capacidad de una red crítica para incidir en los valores centrales de una red de políticas irá muy ligada a su habilidad estratégica y a un buen aprovechamiento de las oportunidades políticas favorables, dentro de los marcos cognitivos de una determinada sociedad. El marco (*frame*) es una cultura colectiva expresada a través de un esquema mental que clasifica, interpreta y eventualmente se moviliza ante eventos exteriores (Bárcena, Ibarra, y Zubiaga, 1998).

Los marcos son como las gafas a través de las cuales se perciben las oportunidades. Son metáforas específicas, representaciones simbólicas e indicaciones cognitivas utilizadas para representar conductas y eventos de forma evaluativa y para sugerir formas de acción alternativas. En definitiva, los marcos cognitivos pueden definirse como los discursos culturales para

describir significados compartidos que impulsan a las personas a la acción colectiva (Benford y Snow, 1994; Eyerman y Jamison, 1991).

La importancia del análisis de marcos radica también en que estudia aquellos elementos mediadores entre la oportunidad, la organización y la acción, es decir, la articulación discursiva de la protesta. Por lo tanto, para explicar la formación de una red crítica y su impacto en las políticas no será suficiente con el estudio de elementos estructurales, como la permeabilidad de las instituciones, sino que habrá también un análisis de las cosmovisiones compartidas, es decir, de los marcos de acción colectiva. Estos se refieren al conjunto de creencias colectivas que sirven para generar una disposición individual favorable a las acciones promovidas por un movimiento social.

A partir del análisis de marcos se pueden estudiar, por ejemplo: las tareas básicas en la elaboración de marcos de acción colectiva (Benford y Snow, 1994), las estrategias discursivas del movimiento respecto al resto de actores políticos y sociales (Maiz, 1996), la política comunicativa del movimiento o la contrainformación (Martínez, 2004; Egia y Bayon, 1997). De este modo, esta macro-variable se concretará en el análisis de tres sub-variables: la contra-información, las estrategias discursivas generales del movimiento y la imagen del movimiento en los medios de comunicación.

A) La contrainformación

La contrainformación puede entenderse de diversas formas y cuenta con muchas definiciones. La red electrónica virtual *Nodo 50* la define como “el trabajo para legitimar los discursos insurgentes frente el pensamiento único neoliberal, destruir el mito de la objetividad, servir de voz a los movimientos sociales, dar la palabra a los que callan por falta de oportunidades para hablar y combatir el ruido con apariencia de música que emana de los gigantes mediáticos” (en <http://www.nodo50.org/>). Contrainformación es también hacerse con herramientas que permitan la difusión horizontal de la información, la construcción de puentes que hagan circular contenidos con valor de uso, la ruptura del monopolio de la producción de los discursos sobre el mundo social y deshacer la ilusión de una “opinión pública libre”.

La contrainformación pretende romper con los procesos de banalización, segmentación y descontextualización de la información, que protagonizan

los medios de comunicación de masas (Bourdieu, 1997), dentro de una lógica política que luche contra la atomización generada por el capitalismo global y apueste por entrelazar realidades sociales.

El movimiento por la okupación ha sido todo un movimiento social de contrainformación, desde las radios libres y los *fanzines*, hasta el *hacktivismo* electrónico (Martínez, 2004b). Esta amplia red contrainformativa ha tenido en los CSO uno de sus puntos de apoyo y de difusión fundamentales y ha constituido uno de los nexos de unión con otros movimientos, como el movimiento global (Herreros, 2002; Sábada y Roig, 2004). Por lo tanto, para cada uno de los casos de esta investigación será necesario estudiar la existencia de experiencias de contrainformación, su alcance y repercusión social y su perdurabilidad en el tiempo. Un mayor alcance territorial y social de estos medios, una larga duración y la apertura hacia contenidos que reflejen la pluralidad de voces de los movimientos sociales alternativos, serán indicadores que influirán en un comportamiento positivo de la variable de los marcos cognitivos y, por tanto incrementarán las posibilidades de impacto de las redes de okupación sobre el sistema político.

B) Las estrategias discursivas

De la misma forma que las redes críticas se alimentan de comunidades críticas preexistentes, la aparición de marcos cognitivos depende también de la recuperación y transformación de elementos arraigados en la sociedad. El encuadre no parte, pues, de cero sino que es el resultado agregado de la experiencia personal, la memoria colectiva y las prácticas objetivadoras que asociamos el concepto de cultura (Ibarra, Gomà y Martí, 2002).

Las redes críticas son actores políticos colectivos creadores de significado con el objetivo de desafiar los discursos sociales dominantes y exponer una forma alternativa de definir e interpretar la realidad (Touraine, 1981, Melucci, 1985, Snow y Bendford, 1986).

El movimiento por la okupación es un claro ejemplo de desafío discursivo y práctico. El proceso de las políticas públicas también se puede entender como un proceso simbólico-cognitivo (Sabatier y Jenkins, 1993). Por lo tanto, un cambio en los valores centrales de la red de políticas, en la dirección de asumir marcos cognitivos más cercanos a los de las

redes críticas puede suponer un ensanchamiento del menú de alternativas posibles (*policy paradigm*). Así, recetas que antes eran descartadas como ineficientes por parte de las administraciones, pasan a ser posibles.

Podemos encontrar, en los últimos treinta años en España, varios ejemplos como la abolición del servicio militar obligatorio, el incremento en los gastos en cooperación al desarrollo o el nacimiento de las políticas de juventud vinculadas a la falta de espacios de sociabilidad.

El menú de alternativas posibles se puede definir como un marco interpretativo propio de una determinada red de políticas. Este marco interpretativo se traduce en un discurso, compuesto de valores básicos, normas de comportamiento, relaciones causales, o algoritmos, y una imagen determinada (Sabatier y Jenkins, 1993).

El discurso convierte una serie de alternativas en atractivas frente a otras que no lo son. Establecer hasta qué punto penetran los discursos que emanan de las redes críticas en el discurso propio de la red de políticas públicas, será el reto fundamental del estudio empírico. Desde una perspectiva de análisis de marcos, habrá que ver hasta qué punto la red crítica sabe enmarcar dentro de su discurso elementos de diagnóstico, identidad y pronóstico que puedan ser asumidos por los marcos cognitivos predominantes, y en consecuencia puedan hacer plausibles sus alternativas en el campo de las políticas públicas.

Este proceso será muy parecido al que en la literatura de movimientos sociales se ha definido como la “tarea del encuadre”. El encuadre es un proceso interactivo que implica: 1) *bridging* o alineamiento, la conexión de los marcos interpretativos críticos con los valores potencialmente favorables existentes en la red de políticas; 2) amplificación, explicación y desarrollo del marco en cuestión; 3) su extensión en el ámbito de la red de políticas; y 4) transformación de los marcos, su capacidad de incidencia y transformación de las pautas y conductas en el interior de la red de políticas (Snow *et al.*, 1986).

Cuando este proceso se lleva a cabo de forma completa llega a transformar el marco interpretativo que determina el menú de alternativas posibles en una red de políticas. Este marco interpretativo es, en la red de políticas, lo que un marco interpretativo general (o *master frame*) puede

representar al conjunto de la sociedad. Es decir, un marco maestro que interpreta acontecimientos y experiencias, que funciona como la gramática en un código lingüístico, permitiendo entender y hablar de lo que pasa en el mundo “con sentido” (Tejerina, 1998).

Las funciones del marco interpretativo de las alternativas posibles en una red de políticas son explicar la realidad social o política a través de determinados valores, elaborar diagnósticos y ofrecer las posibles soluciones al problema.

Por tanto, en la tarea del encuadre, las redes críticas intentarán impactar y redefinir las creencias sociales compartidas que configuran el “sentido común” de los actores de la red de políticas. El éxito, pues, de una red crítica determinada o de un movimiento social, estará relacionado con la capacidad de introducir determinados temas y percepciones en las creencias ya existentes en la red de políticas. Habrá que analizar hasta qué punto el movimiento por la okupación y su red de apoyo ha conseguido, por ejemplo, insertar la problemática de la falta de vivienda, de la especulación y de la ausencia de espacios de sociabilidad alternativos, en las redes de políticas de vivienda y juventud.

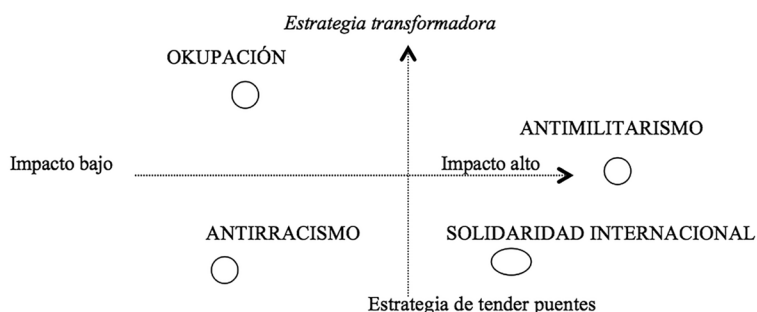
Las diferentes estrategias enmarcadoras pueden ser ubicadas en un *continuum* que va desde las más exigentes y transformadoras hasta las más adaptativas y en sintonía con las orientaciones y preferencias del potencial de movilización disponible (Maiz, 1996).

Mientras las primeras, las de transformación de marcos (*frame transformation*) pretenden modificar radicalmente los valores y actitudes del potencial de movilización, o de la red de políticas; las segundas, las de construir puentes (*frame bridging*) adaptan su estrategia retórica en el estado de opinión vigente del potencial de movilización, o en el lenguaje de políticas, a los valores centrales de la red.

Siendo ambas estrategias totalmente compatibles, incluso desde estrategias de uso ambivalentes, es de prever que la segunda estrategia tenga más impactos políticos a corto plazo, y facilite la actividad de crear coaliciones promotoras críticas. En cambio, un predominio de la estrategia de enmarcación transformadora presentará más dificultades de impacto a corto y medio plazo.

Las redes críticas, que acostumbrarán a tener poco peso dentro de la red de políticas, apoyarán su tarea de encuadre en la acción colectiva crítica. Por ello, su actividad clave radicará en inscribir agravios en marcos globales que identifiquen la injusticia, atribuyan responsabilidades y propongan soluciones a partir de un tipo de discurso que incite a la acción (Gamson, Fireman y Rytina, 1982). La alternativa de la okupación de inmuebles como respuesta a la especulación, la dificultad de acceso a la vivienda de amplios sectores sociales y la falta de espacios de sociabilidad no mercantilizados, ha sido una tarea de encuadre, que ha identificado bien el marco de injusticia, pero ha impactado poco en las políticas a corto y medio plazo, por lo menos en su dimensión sustantiva. Esto viene dado, por el hecho de que esta red crítica ha adoptado una estrategia de transformación de marcos (*frame transformation*) en las redes de políticas de vivienda y juventud, y en cambio ha utilizado poco la estrategia de extender puentes (*frame bridging*).

Figura 3.2 Hipótesis de estrategia discursiva de cuatro redes críticas e impacto en la dimensión sustantiva de las políticas



Fuente: Elaboración propia

Pero, en la práctica, no siempre una estrategia de transformación de marcos tiene poco impacto en las redes de políticas. Por ejemplo, el movimiento antimilitarista en España alcanzó un impacto sustantivo espectacular, la supresión del Servicio Militar Obligatorio y de la Prestación Social Substitoria (Peláez, 2000; Bárcena, Ibarra y Zubiaga, 1998). Quizás

el hecho de fijarse objetivos a corto plazo facilita el *bridging* y no niega del todo la posibilidad de continuar con una estrategia de transformación a largo plazo.

La *figura 3.2* muestra que el predominio de una estrategia de enmarcación u otra, puede tener varios escenarios en cuanto a los impactos sustantivos. Se trata de un esquema de doble entrada donde se sitúa la estrategia de enmarcación predominante en el eje de ordenadas y el impacto sustantivo en las políticas en el de abscisas. Todo ello se ejemplifica con cuatro redes críticas que han participado en sus respectivas redes de políticas en España en los últimos 30 años. Se trata de la red del movimiento por la okupación, el antimilitarista, el antirracista y la de solidaridad internacional. Las cuatro, conformaron el trabajo empírico de una investigación colectiva en la que participé activamente entre los años 2000 y 2002 (Ibarra, Martí y Gomà, 2002).

Para calificar los impactos de altos o bajos, hay que tener en cuenta que la red del movimiento por la okupación no ha conseguido una mejora sustantiva de la situación de la vivienda, que el movimiento antimilitarista ha conseguido la supresión del servicio militar obligatorio, que el movimiento antirracista no ha logrado detener la implantación de una ley de extranjería profundamente negativa para las personas inmigradas, y que la red de solidaridad internacional ha conseguido que se desarrollen unas precarias políticas de cooperación al desarrollo.

Las redondas representan, más o menos, el punto del *continuum* donde se situaría el impacto y la estrategia enmarcadora de cada red crítica. Cada red queda ubicada en un cuadrante diferente, pero obviamente se trata de un modelo, y en la realidad las situaciones pueden ser menos claras e incluso contradictorias. Por otra parte, debemos tener en cuenta que la situación de una red crítica en uno u otro extremo del *continuum*, quiere decir que su estrategia predominante la acerca a un tipo a otro; es decir, en la realidad, todas las redes críticas usan ambas estrategias. La *figura 3.2* muestra un movimiento por la okupación que utiliza una estrategia de enmarcación radicalmente transformadora, descuidando a menudo la estrategia de construir puentes. La red antimilitarista presenta una postura ambivalente, transformadora en su fondo discursivo, pero con un buen uso

del *bridging*, lo que le procura un impacto alto. En la red de solidaridad internacional, donde incluimos las ONGs, predomina la estrategia de tender puentes, mientras que el impacto es ligeramente positivo. Finalmente, la red antirracista, que también utiliza predominantemente la estrategia de tender puentes, no ha logrado impactos positivos en la dimensión sustantiva de las políticas.

C) La imagen pública del movimiento

“Las batallas de la acción política consisten en un afán por ir escribiendo y reescribiendo la acción política cotidiana en los medios de comunicación” (Cardús, 1995: 14). Las cuestiones centrales para el movimiento se convierten entonces en salir o no en el telediario, ser o no invitado a un debate o conseguir la atención y la aprobación del columnista, evitando su desaprobación, pero por encima de todo evitando el hecho dramático de pasar inadvertido. Estas son las preocupaciones básicas de la política mediática, en la que no aparecer en los medios es casi como no existir. Como afirma Salvador Cardús:

Editoriales de periódico, crónicas, comentarios, cartas a los lectores, y sobre todo las columnas de opinión, ponen al descubierto una historia política más cargada de tácticas y estrategias que ninguna de las grandes batallas clásicas. Parece que estamos ante una incesante guerra de guerrillas (Cardús, 1995: 15).

El análisis pues de esta variable, donde apreciaremos la imagen pública del movimiento por la okupación, se situará en medio de una batalla simbólica, una lucha por la imposición de marcos cognitivos. El combate político no se limita al ejercicio de la violencia directa sobre las cosas y las personas, sino que se trata también de una cuestión de violencia simbólica,¹ a través de la imposición de un lenguaje que, a la vez que

1 En palabras del propio Bourdieu: “La violencia simbólica es, por decirlo del modo más simple posible, esa forma de violencia que se ejerce sobre un agente social con su complicidad [...] Para decirlo con más rigor, los agentes sociales

define la realidad, la modela y, además, la naturaliza. Por ello, los diversos actores políticos movilizan los desiguales recursos de que disponen para intentar, mediante tácticas y estrategias, que los medios de comunicación ofrezcan una interpretación del tema en cuestión y de su posición lo más favorable posible a los propios intereses. Se trata de una batalla política de primer nivel ya que, según el enfoque desde el que se analice un tema o evento, conllevará que se defina en un sentido o en otro. Por ejemplo, que la okupación sea definida básicamente como un problema de orden público significa que el problema son las personas integrantes del movimiento y que el sistema debe resolver todo mediante los juzgados, las fuerzas de seguridad y los departamentos de interior o gobernación; por el contrario, por ejemplo, si se define como un conflicto “político”, porque la okupación responde a la actuación de un movimiento social que refleja carencias del sistema social en el que vivimos, entonces el problema ya no sería el movimiento, sino de las estructuras e instituciones (Barranco, González y Martí, 2003).

Erwing Goffman nos ha mostrado que el poder se expresa etiquetando los hechos según el tipo de orden que se pretende imponer. Y Pierre Bourdieu, en la misma dirección, afirma que las clasificaciones prácticas están orientadas a producir efectos, y que pueden contribuir a producir

son agentes conocedores de que, incluso cuando están sometidos a determinismos, contribuyen a producir la eficacia de lo que los determina, en la medida en que estructuran lo que los determina [...] Es el hecho de aceptar este conjunto de presupuestos fundamentales, pre-reflexivos, que los agentes sociales ponen en marcha por el simple hecho de tomarse el mundo como dado por supuesto, es decir, tal como es, y de encontrarlo natural porque le aplican las estructuras cognitivas que salen de las estructuras mismas de este mundo. Por el hecho de que nacemos en un mundo social, aceptamos un cierto número de postulados, de axiomas, que funcionan sin decirlo y que no necesitan ser inculcados. He aquí que el análisis de la aceptación dóxica del mundo, en razón del acuerdo inmediato de las estructuras objetivas y las estructuras cognitivas, es el verdadero fundamento de una teoría realista de la dominación y de la política. De todas las formas de ‘persuasión clandestina’, la más implacable es la que se ejerce, simplemente, por el orden de las cosas, porque ‘las cosas son así’” (Bourdieu, 1994).

lo que aparentemente describen. Es por ello que, Bourdieu defiende la necesidad de superar la oposición entre la representación de la realidad y la realidad misma, e incluir en el análisis de la realidad la representación de la misma, y más en concreto, incluir la lucha de representaciones, las cuales siempre se producen en un marco de relación de fuerzas concreto (Bourdieu, 1985).

Como es lógico, la definición que se acaba produciendo de un evento depende de la relación de fuerzas existente entre los actores dentro del campo donde se batalla, y la relación de fuerzas que había existido con anterioridad y que había comportado la definición que se hereda. Así, las luchas simbólicas actuales alrededor de la okupación están condicionadas por el marco simbólico del que se parte y que es consecuencia de las luchas anteriores (Barranco, González y Martí, 2003).

Los datos disponibles para esta investigación se refieren únicamente a la prensa. Se trata de un estudio sobre prensa y okupación en Cataluña en el que participé directamente (Gomà *et al.* 2003; Barranco, González y Martí, 2003) y otro estudio similar sobre Madrid (Alcalde, 2004). Respecto a la prensa escrita, hay que tener en cuenta, tal y como afirma Cardús (1995), que posiblemente es el medio de comunicación que mejor produce realidad política. En la televisión, la brevedad del tempo informativo no permite que cuaje un discurso claro y conciso, construyéndose la realidad política más que en el discurso por la presencia o por la ausencia continuadas del mismo. Por ello, la televisión no puede sustituir a la prensa. Será en la prensa donde se mantenga el debate dialéctico más relevante y donde la información política se convierta en acción política en sí misma. Es por ello que las informaciones, sean como sean, sobre un evento político en concreto serán muy seguidas por los actores en lucha. Así, tanto los miembros más activos del movimiento por la okupación, como los cargos institucionales implicados (alcaldes, concejales, jueces, delegados del gobierno, las diversas policías, etc.), estarán pendientes de lo que se dice sobre ellos e intentarán que aparezca reflejada la visión más favorable a sus intereses. Y es que la política se hace en una proporción altísima desde las páginas de los periódicos (Cardús, 1995).

Esta batalla simbólica de la okupación que tendrá lugar en los medios de comunicación tiene unas características particulares. En primer lugar, destaca la asimetría de poder, de recursos (económicos, sociales y simbólicos) con que cuentan, por un lado, el movimiento por la okupación, y por otro las administraciones y las instituciones judiciales y policiales. Como se podrá ver en todos los casos de Cataluña y Madrid, mientras el discurso del movimiento por la okupación aparece en contadísimas ocasiones, la presencia directa de los discursos policiales e institucionales es bastante más elevada. Y es que los medios imponen una lógica de juego en la relación con ellos difícil de asumir por el movimiento por la okupación, y mucho más asumible por su contraparte.

Mientras las instituciones y los partidos políticos pueden dotarse de gabinetes de prensa pensados y estructurados para la lógica de los medios, la realidad del movimiento por la okupación es muy diferente. Ni dispone de los recursos, ni está estructurado pensando en los medios de comunicación. Ciertamente es que las asambleas de okupas se han dotado a veces de portavoces, pero a pesar de ello, no es nada comparable a lo que los medios esperan. Un periodista sabe cuándo y dónde encontrar al gabinete de prensa del Gobierno o de la policía, con lo que es “fuente” fiable, mientras que encontrar un interlocutor válido del movimiento es más complicado. Los medios esperan que el movimiento se pliegue a sus requerimientos, y es que estar en situación de poder quiere decir esto, poder marcar las reglas del juego (Barranco, González y Martí, 2003).

En función de las combinaciones de los marcos simbólicos del movimiento y los de la opinión pública, podemos encontrar cuatro escenarios diferentes (ver *figura 3.3*). En el momento concreto del análisis, se podrá ver cuál es la capacidad de transformación de los marcos cognitivos dominantes, si estos están muy anclados o si hay posibilidades de redireccionarlos. Esto tiene que ver con la novedad de la temática tratada y con la aceptación por parte de la sociedad de las políticas públicas que se vinculan.

Figura 3.3 Tipología de relaciones culturales entre la red crítica y el entorno social

Marcos simbólicos de la opinión pública			
Marcos simbólicos Del entorno De los activistas	Abiertos, favorables a valores críticos		Cerrados, asentados en valores dominantes
	Activables, flexibles y poco radicales	ALINEACIÓN simbólica	DESENCUENTRO simbólico
	Fácilmente activables pero rígidos y radicalizados	DESAJUSTE simbólico	CONFRONTACIÓN simbólica

Fuente: Gomà (2003).

El indicador que nos dará más pistas sobre la posibilidad del movimiento para estar presente en la red de decisiones es la existencia de un escenario de tensión entre la concepción de la opinión pública y la de la red de políticas. En caso de que se dé esta tensión, es decir, que haya una distancia muy patente entre una y otra percepción del problema, el movimiento social tendrá un espacio muy amplio de maniobra y unas altas posibilidades de tener acceso a los espacios de decisión.

En esta investigación se ha profundizado en el análisis de contenido de los discursos del propio movimiento, sobre todo a través de las entrevistas realizadas, pero también analizando los medios de comunicación alternativos y de contrainformación. Comparando “opinión publicada” o “imagen pública del movimiento” y discurso del movimiento, podremos comprender las diferentes estrategias discursivas y su impacto en los imaginarios colectivos.

3.1.3 Las redes de políticas públicas como EOP

El concepto de EOP ha sido una de las estrategias de análisis más utilizadas por la literatura sobre movimientos sociales. Como he explicado en el primer capítulo, mientras otras estrategias de aproximación teórica han intentado analizar cómo actúan los movimientos sociales, como la de movilización de recursos, o para qué, como todas las teorías sobre la lógica de la acción colectiva, las EOP pretenden responder a la pregunta de cuándo actúan los movimientos sociales.

Para alcanzar los objetivos de esta investigación, de medir, explicar y evaluar la incidencia de las redes críticas en las políticas públicas, es necesaria una reelaboración del concepto de EOP, que permita acercar esta coyuntura general a un lenguaje de redes de políticas públicas, más concreto. Este apartado desarrollará un concepto de EOP que sirva para explicar la incidencia de determinadas redes críticas en las diferentes dimensiones de las políticas públicas. Este concepto de EOP “micro” debería servir para explicar cuándo, por qué y cómo se activa una red crítica latente en un momento determinado, para entrar en relaciones de interdependencia en una red temática o en una comunidad de políticas públicas.

Teniendo en cuenta esta aproximación micro, se puede concluir que la misma red temática de políticas públicas en la que interactúa una red crítica se configura como su EOP. Así por ejemplo, las características de la red de políticas públicas de defensa, explican en buena medida la EOP que afronta la red crítica antimilitarista, o lo mismo con las políticas de vivienda y juventud respecto la red crítica de okupación. Ahora bien, como veremos en los estudios de caso, la tendencia por parte de los cuerpos represivos y, en muchos casos, de los medios de comunicación, a criminalizar al movimiento okupa dificulta gravemente la interacción entre las autoridades de juventud o vivienda y el movimiento, a pesar de que en muchas ocasiones ha habido dimensiones de las EOP facilitadoras de la negociación. Este hecho implica incluir una tercera red de gobernanza temática, la de seguridad y orden público, como factor determinante de las EOP.

Atendiendo a la posibilidad de interferencias provenientes de otras redes de políticas o en la incidencia de elementos estables de las EOP generales del sistema político (como la fuerza del Estado, la organización y distribución territorial del poder y la disposición al uso de la violencia y la represión) y continuando con la tarea de operativizar el concepto de red de políticas como EOP, se puede dividir esta variable en tres conjuntos de factores: A) aquellos que tienen que ver con la configuración básica de la propia red de políticas (grado de descentralización, sectorialidad, densidad, complejidad e intensidad); B) los que hacen referencia a los recursos de los diversos actores y a las relaciones de poder; y, finalmente, C) aquellos que se relacionan con la naturaleza de las interacciones en el seno de la red de políticas.

A) La configuración básica

Determinadas características de la propia configuración básica de una determinada red de políticas públicas pueden facilitar o dificultar la acción de los movimientos sociales y la conformación de redes críticas. Estas son las más importantes:

A.1) Densidad: número de actores presentes

La accesibilidad a una red de políticas públicas suele ser restringida, con lo que el número de actores será necesariamente limitado. Es evidente que

si la red crítica en cuestión no es reconocida como actor con capacidad de interlocución propia, su incidencia en la red de políticas correspondiente será menor. En cuanto redes de políticas de esta investigación, encontraremos más número de actores en las de juventud y vivienda, que en las de seguridad y orden público.

A.2) Complejidad: carácter más o menos heterogéneo de estos actores

La inclusión de los movimientos sociales directamente a la red de políticas añade una complejidad extrema, debido a la radicalmente diferente idiosincrasia del movimiento respecto a los actores “convencionales” (administración, grupos de presión, agencia, etc.).

En todo caso, si partimos del concepto de redes críticas, donde movimientos sociales de corte clásico pueden establecer alianzas estables con actores más convencionales, la complejidad se reduce, o al menos no imposibilita el diálogo.

A.3) Intensidad: relaciones más o menos sistemáticas o puntuales

Habrà que evaluar, en cada caso, qué grado de intensidad beneficia el acceso de determinada red crítica a la red de políticas públicas. *A priori*, parece que una mayor intensidad de las relaciones puede incrementar la incidencia de la red crítica, aunque este hecho deberá contrastar con la naturaleza de las relaciones (cooperación, conflicto) y la instrumentalización o no de las mismas por parte los actores con más recursos de poder. La negativa del movimiento a participar en algunos casos, y la falta de reconocimiento del mismo en otros, nos darán una intensidad baja de relaciones.

A.4) Descentralización y multisectorialidad

En principio, un mayor grado de descentralización y de sectorialización de una política pública, incrementará los puntos de acceso potenciales para actores y demandas inicialmente excluidas del proceso de toma de decisiones (Jiménez, 2005). En el caso del movimiento por la okupación, es esperable un mayor grado de impacto en políticas de juventud que en la de vivienda, y menos en las de orden público. Ahora bien, la progresiva

descentralización y sectorialización de las políticas de vivienda está generando algunos cambios.

Por tanto, en cuanto a los aspectos de configuración básica de la red, parece que una mayor densidad y complejidad de la red de políticas favorecerá unas EOP más abiertas. Lo mismo podemos decir del grado de descentralización y sectorialidad. En cambio, no es tan claro cuál es el efecto de una mayor o menor intensidad de las relaciones, ya que si bien un alto grado de intensidad puede abrir la EOP, una excesiva intensidad podría producir efectos perniciosos como la cooptación. Finalmente, es habitual que las redes críticas se encuentren a menudo ante redes de políticas con estructuras poco adecuadas para impulsar ciertas políticas alternas. En todo caso, su entrada en una red de gobernanza, ya implica una incidencia sobre la configuración básica de la red, haciéndola más permeable y potencialmente más densa, plural y heterogénea.

B) Recursos y poder

El hecho de analizar el impacto de los movimientos en las políticas desde una perspectiva de gobierno en red, no significa, en ningún caso, que en estas redes de gobernanza el poder y los recursos estén distribuidos de manera igualitaria; al contrario, habrá que comprobar el grado de asimetría en la distribución de los recursos y la tipología de los mismos.

B.1) Grado de asimetría en la distribución de los recursos de poder

En la práctica, entre los diversos actores que participan en una red de gobernanza existen varios tipos de asimetría en la distribución del poder. En función de estas asimetrías podemos hablar de diferentes tipos de actores y de posiciones relativas de poder, que en cada coyuntura y campo de juego presentarán a unos como privilegiados y los demás como débiles. Es bastante plausible que la posición de las redes críticas sea más débil en comparación a otros actores del campo público (los gobiernos e instituciones públicas) y privado (grandes empresas, multinacionales, banca, constructoras e inmobiliarias) con acumulación de recursos legales y económicos.

B.2) *Tipo de recursos*

Existen varios recursos a través de los cuales se dirimen los juegos de poder en el seno de una red de gobernanza. En función de cuál es el recurso decisivo de poder en una red, podemos hablar de redes normativas, económicas, cognitivas y simbólicas. Habrá que ver cuál es el recurso más poderoso en cada red de políticas. *A priori*, el movimiento y las redes críticas tendrán más capacidad de incidencia cuanto más simbólica o cognitiva sea la red de políticas desde el punto de vista de los recursos dominantes. Ahora bien, ¿existen redes de gobernanza de este tipo en la realidad?

En todo caso, estos son dos factores fundamentales a la hora de medir el grado de influencia de cualquier actor en las decisiones de políticas públicas. El control de los recursos, más una situación de legitimidad y centralidad en el esquema de interdependencias, genera situaciones estratégicas de privilegio para determinados actores, que pueden imponer sus “ideas” de políticas públicas. En el caso de las redes críticas, es bastante probable que solo puedan competir por los recursos cognitivos y simbólicos, el reconocimiento de legitimidad y la coalición con actores más centrales de la red, de cara a obtener una situación de semi-privilegio que permita legitimar sus alternativas como posibles o realizables.

C) *Estructura de la red, naturaleza de las interacciones y relaciones con el entorno*

Bajo este título se incluye la dimensión más estratégica de la estructura de una red de políticas, la que tiene que ver con el tipo de relaciones predominantes, con el comportamiento general de la red y sus relaciones con el exterior.

C.1) *Eje acuerdo/conflicto*

Desde este eje, se analiza el predominio de valores e intereses compartidos, o bien de elementos de contradicción. Muy a menudo, la misma estructura del área de políticas generará diversos grados de acuerdo o conflicto. Así, determinadas áreas como las políticas de defensa o de seguridad, provocarán una tendencia a las relaciones de conflicto entre la red crítica

y los actores centrales de la red de políticas. El talante descentralizado y los valores centrales de otros tipos de área como la de las políticas de cooperación al desarrollo o, incluso, las de asistencia social, facilitarán las posibilidades de acuerdos, aunque no necesariamente. En todo caso, las relaciones de las redes críticas con el poder político serán, en un principio, de conflicto, ya que los valores acostumbrarán a ser radicalmente opuestos al iniciarse el proceso de movilización. Las evoluciones hacia situaciones de acuerdo se darán después de etapas originarias de clara confrontación.

C.2) Eje reacción/anticipación

Este eje da cuenta de los diferentes tipos de problemas generadores de políticas. Una estrategia anticipativa hacia las problemáticas sociales por parte de los poderes públicos mermará, en principio, la influencia de las redes críticas, que suelen movilizarse ante carencias de la acción de los poderes públicos o ante políticas regresivas o contrarias a los valores de justicia, solidaridad, igualdad y democracia. En todas las redes analizadas en esta investigación, es previsible una estrategia reactiva, si entendemos que los objetivos de la red son el bienestar público. Ahora bien, unas políticas sociales de ajuste estructural y déficit cero, pueden estar detrás de la falta de ayudas a la vivienda y a la juventud. Al mismo tiempo, la represión contra los movimientos disidentes puede bien formar parte de una estrategia anticipativa por parte de las redes de políticas de seguridad y orden público. Mano dura ejemplarizante para evitar la auto-organización de los intereses populares, es una de las características del Estado neoliberal (Arriegui, *et al.*, 1999).

C.3) Niveles de permeabilidad

Será muy importante para las EOP de la red crítica analizar el grado de apertura/cierre de la red, en relación al acceso a la misma. Un mayor grado de permeabilidad de una determinada red de políticas, facilitará la incidencia en las políticas de las redes críticas. En el caso de esta investigación, parece que las redes de juventud serán las únicas permeables al movimiento por la okupación.

C.4) Estrategias internas

Imposición, pragmatismo, negociación permanente, acuerdos puntuales, confianza, son algunas de las estrategias que pueden predominar en las relaciones internas de una red de políticas. Aquellas estrategias más negociadoras y de búsqueda del consenso y la confianza mutua, pueden generar soluciones más cercanas a las demandas de las redes críticas, pero existe el claro peligro de la cooptación y la llegada de acuerdos muy mínimos. En cambio, cuando predominan la confrontación, y la imposición, será muy complicado llegar a acuerdos dentro de la misma red de políticas, y las soluciones serán muy influidas por la correlación de fuerzas y por aspectos externos a la red, como la opinión pública o el contexto internacional.

C.5) Niveles de presencia y de impacto social sobre la opinión pública y el debate social

Un mayor impacto o presencia de determinada red de políticas públicas en la opinión pública, facilitará el acceso de la red crítica a la misma, al incrementar el valor de los recursos cognitivos y de información. En este factor, sin embargo, habrá que estar atento al tratamiento que los medios de comunicación pueden dar a los diferentes actores de la red, y los posibles alineamientos de “la opinión publicada” con cualquiera de las coaliciones promotoras en conflicto. La criminalización de los medios de comunicación hacia la red de okupación será una característica constante.

En síntesis, se puede decir que en aquellas redes temáticas de políticas, con un bajo nivel de permeabilidad, unas EOP cerradas en cuanto a la capacidad de atender las demandas y débiles en cuanto a la traducción de las demandas en políticas públicas concretas, las redes críticas se situarán fuera, o prácticamente fuera de la red de gobernanza, y los movimientos sociales se verán obligados a tomar estrategias de confrontación. Estas estrategias se traducen en manifestaciones públicas y actos de desobediencia civil, como sería el caso de la okupación de inmuebles

En cambio, cuando una determinada red temática de políticas públicas, presenta una cierta permeabilidad a la hora de atender las demandas, y una cierta capacidad de respuesta en forma de políticas, las redes críticas

incidirán desde dentro en la red de gobernanza, llegando incluso al último escalón del proceso de políticas públicas. En el caso de la okupación, esto solo será cierto si consideramos el propio movimiento como generador de políticas de juventud autogestionadas o cuando medien procesos de negociación.

La estructura de las relaciones dentro de la red deberá ser, en principio, de conflicto y de carácter reactivo. Una red de políticas públicas donde predominara el acuerdo con todos los actores implicados y que realizara políticas anticipativas, no generaría una red crítica con pretensiones transformadoras de las políticas.

Por otra parte, una mayor presencia o impacto público de una determinada red de políticas parece abrir las oportunidades políticas, ya que incrementa el valor de los recursos cognitivos y de información, en los que la red crítica está más capacitada para competir que por ejemplo en los legales o los económicos. Será, por tanto, muy importante en cualquier estudio de impacto de una red crítica en una determinada red de políticas, hacer un análisis del nivel de presencia del repertorio de acción colectiva de la red crítica en los medios de comunicación.

Todos estos aspectos de la red de políticas, entendida como EOP micropolítica, tendrán efectos sobre las estrategias de la red crítica y de los diversos actores que participan en la gobernanza. Parece que, *a priori*, aquellas estrategias más negociadoras y de búsqueda del consenso y la confianza mutua, pueden generar soluciones más cercanas a las demandas de las redes críticas, sin descartar el peligro de la cooptación. En cambio, cuando predominan la confrontación, y la imposición, será muy complicado llegar a acuerdos dentro de la misma red de políticas, y las soluciones serán muy influidas por la correlación de fuerzas y por aspectos externos a la red, como la opinión pública o el contexto internacional.

En resumen, la propuesta consiste en considerar las posibles configuraciones de una red de política pública como las que realmente determinan la estructura de oportunidad para la acción colectiva crítica, en cada espacio temático de la gobernanza. La *figura 3.4* presenta las doce dimensiones analíticas de una red de política pública. De todas ellas, se contrastan dos tipos alternativos de red, que representan dos modelos

teóricos defendidos por varios autores, el de *policy community* o comunidad de políticas y el de *issue network* o red temática (Smith, 1993; Marsh, 1998).

Una vez analizadas las diversas subvariables de la red de políticas, entendida como EOP del movimiento y de la red crítica, hay que tener en cuenta la causalidad inversa. Es decir, no solo la red de políticas deviene o crea las oportunidades políticas para el movimiento o la red crítica que se moviliza, sino que la misma acción colectiva crítica puede generar nuevas oportunidades políticas. La oportunidad tiene un fuerte componente cultural, y se puede perder algo si se limita la atención al cambio en las instituciones políticas y las relaciones entre actores (McAdam, 1998). Las oportunidades políticas abren el camino a la acción política, pero los movimientos también crean las oportunidades para esta (Gamson y Meyer, 1999). Algunos estudios de impacto han demostrado que la acción colectiva de los movimientos sociales, también contribuye a la reestructuración institucional y política (Button, 1989). Estos cambios introducidos por los movimientos en el EOP pueden ser buscados por un sector del movimiento o, incluso, claramente no intencionados (McAdam, 1998).

Figura 3.4 Configuración del espacio de gobernanza y EOP de la red crítica

Dimensiones analíticas de una red de política	Red tipo “ <i>Policy Community</i> ”	Red tipo “ <i>Issue Network</i> ”	Configuraciones favorables para la acción colectiva crítica
1. Descentralización	Baja	Alta	<p>A más densidad y complejidad mejor EOP para la red crítica.</p> <p>A más descentralización y multisectorialidad, mejor EOP para la red crítica.</p>
2. Multisectorialidad	Baja	Alta	
3. Densidad	Número reducido	Número elevado	
4. Complejidad	Homogénea	Heterogénea	
5. Intensidad relacional	Sistemática	Puntual	
6. Relaciones de poder	Simétricas	Asimétricas	El predominio de lo simbólico mejora la EOP de la red crítica
7. Tipos de recursos	Materiales	Simbólicos	

8. Eje consenso/ conflicto	Comunidad	Contradicción	La existencia de conflictos y lógicas de confrontación, la reactividad, la permeabilidad y la presencia mediática juegan a favor de las EOP de la red crítica. Si embargo una propensión excesiva de los poderes públicos a la represión dificulta la inserción de la red crítica en la Gobernanza, sea la red comunitaria o temática.
9. Eje anticipación/ reacción	Anticipación	Reacción	
10. Permeabilidad	Baja	Alta	
11. Estrategias	Negociación	Confrontación	
12. Impacto mediático	Bajo	Alto	

Fuente: Elaboración propia con base en Ibarra, Gomà y Martí (2002).

Así pues, no solo se deberá tener en cuenta el impacto de las redes de políticas sobre el ritmo, forma y consecuencias de las redes críticas, sino también el papel que las propias redes críticas pueden tener en la reestructuración del sistema institucional y los alineamientos de un determinado orden político. Será, pues, preciso concebir la relación entre red de políticas como EOP y red crítica, de una forma mucho más fluida, imprevisible y crucial. Si bien la configuración de la red de políticas restringe y facilita simultáneamente la acción colectiva crítica, la red crítica actúa y aprovecha esta configuración para incidir en las instituciones que sirven para reestructurar las bases institucionales o relacionales del sistema político. Por tanto, una vez transformada, la red de políticas actúa de nuevo sobre la red crítica con nuevas restricciones y posibilidades para la acción colectiva. Pero eso ya forma parte de una perspectiva dinámica.

3.2 La perspectiva dinámica. Las condiciones de presencia y de protagonismo

Más allá de la caracterización estática de las variables que explican el impacto de las redes críticas en las políticas públicas, se hace necesario presentar un modelo general dinámico que explique por qué finalmente algunas redes críticas logran el impacto sobre la producción de sus políticas públicas; y otras, sin embargo, no lo consiguen, lo hacen en menor medida o ni siquiera se llegan a conformar. Este modelo, se basa en las tres variables definitorias hasta ahora utilizadas y establece una primera distinción: ¿Cuáles son las condiciones de presencia o de acceso a las redes de políticas públicas? Un movimiento social, antes de pretender lograr un papel protagonista en las redes de políticas, debe estar presente en ellas, debe ser un actor existente y tenido en cuenta. ¿Cuáles son las condiciones de protagonismo en las redes de políticas públicas?

La mera presencia no implica automáticamente el protagonismo en la red. Un movimiento social puede estar presente en la red, pero no tener una influencia real sobre los procesos de decisión o implementación de las políticas (Gomà *et al.*, 2003).

En el primer caso, se pueden tratar las variables de una manera fija o estática, una fotografía en un momento concreto. En el segundo caso, sin

embargo, hay que analizar los cambios en las variables de forma dinámica, tratando de interpretar más los procesos y las tendencias que las situaciones estables. Por lo tanto, y de manera ahora más breve, intentaré abordar el modelo de impacto desde una perspectiva dinámica.

A) El capital social crítico

La tendencia al crecimiento, la renovación de las personas que integran el movimiento, es básica para mantener unas condiciones de protagonismo dentro de la red de políticas públicas. El fortalecimiento de los lazos informales, el dinamismo en las incorporaciones y las deserciones, el aumento en el compromiso de la gente vinculada, así como su presencia pública son otros indicadores que darán pistas sobre el valor que toma esta variable en su percepción dinámica.

En cuanto al discurso, son importantes el mantenimiento de la radicalidad ideológica y la capacidad de innovación constante dentro de los marcos simbólicos creados por el propio movimiento. Lo que parece realmente importante es la capacidad del movimiento para crear estos espacios simbólicos y mantenerlos en el centro del debate o el conflicto. Por ejemplo, el paso de un discurso por el derecho a la vivienda en sí mismo, a uno más elaborado pidiendo alquileres proporcionales al nivel de renta, ha sido fundamental en el resurgimiento del movimiento por la okupación como actor relevante en la última etapa en Cataluña.

En cuanto al repertorio de movilización, es importante la búsqueda constante de estrategias no convencionales e impredecibles, así como una tendencia de crecimiento que permita mostrar fortaleza en el seno del movimiento y vulnerabilidad en la red formal de políticas. El mantenimiento de la incertidumbre respecto a las capacidades de movilización es básico en sus condiciones dinámicas de protagonismo. Contrariamente, el aumento de la violencia o la contundencia en la movilización suele ser interpretada como la muestra de las limitaciones del movimiento. Sin embargo, no siempre es así. De hecho, durante la etapa dorada del movimiento por la okupación, entre 1996 y 1998, la contundencia, e incluso la estética radical del mismo atrajeron a muchos jóvenes y sectores políticos desengañados de la política convencional.

En referencia a las propiedades organizativas, podemos percibir tendencias a la jerarquización de relaciones; estas constituirían un indicador negativo para la vulnerabilidad que suponen por el movimiento. Hay que ver la capacidad de consenso en la toma de decisiones y el dinamismo en las interacciones entre las personas y entre los diferentes núcleos. Se trata de que los miembros del movimiento asuman un grado de responsabilidad y de compromiso, que hagan suyo el proyecto de forma casi vivencial. Autores como Manuel Jiménez (2005) defienden que un incremento del grado de organización e institucionalización de los movimientos sociales, aumenta su capacidad de impactar en las políticas públicas. En el caso de la okupación, dadas las características del propio movimiento, esta organización deberá ser necesariamente horizontal, asamblearia y descentralizada. La existencia en el tiempo de asambleas de okupas estables y con capacidad de iniciativa y movilización, y cierto alcance territorial, será uno de los indicadores más importantes a tener en cuenta en el análisis de los casos.

En cualquier caso, esta sigue siendo una variable que debe estar necesariamente positivada para cumplir las condiciones de protagonismo del movimiento social en la red de políticas públicas. Si no está positivada en todos sus componentes, debe estarlo necesariamente en la parte que se refiere a las personas e, indistintamente, o bien en el elemento que se refiere a la innovación en el discurso o en lo que se refiere al mantenimiento de una acción colectiva disruptiva.

B) Los marcos cognitivos y la opinión pública

Básicamente, lo que realmente permite que el movimiento social adquiera protagonismo en la red de políticas públicas es un marco de tensión o conflicto entre la opinión pública y esta red. La falta de esta tensión genera un marco en el que el movimiento social queda fuera de lugar y, en consecuencia, se desactiva. La armonía entre las dos variables genera un proceso de desaparición de la red crítica o de cooptación de una parte de la misma.

Las subvariables que nos muestran la positividad de esta variable serán las mismas que mencionadas en el apartado anterior, pero en este caso, lo

más importante es ver hasta qué punto el movimiento social ha sido capaz de transformar los marcos cognitivos predominantes.

Será importante ver, pues, la evolución de la contrainformación, mediante el análisis a lo largo del tiempo de determinados medios de contrainformación del movimiento (como el *ContraInfos* o *Molotov*) y su evolución hacia medios con mucho más impacto, como *La Directa* (en Cataluña) o *Diagonal* (en Madrid). Paralelamente, también se utilizará información sobre otros soportes de la contrainformación, gracias a estudios sobre el uso de las nuevas tecnologías por parte del movimiento por la okupación (Sábada y Roig, 2004) o las cintas de vídeo autoproducidas por el movimiento (Martínez, 2004b). En todo caso, con el análisis de la contrainformación no se encuentran solo datos sobre esta variable, sino también sobre la del capital social crítico, en el sentido de la generación de identidad, estéticas e imaginarios colectivos a través de las redes contrainformativas del movimiento. Esto permitirá comprobar si las prácticas de contrainformación pueden servir como hilo conductor que dote de un sentido social más global a la evolución del movimiento (Martínez, 2004b).

En cuanto a las estrategias discursivas, habrá que prestar atención a si se da una evolución desde las posiciones radicalmente alineadas con estrategias enmarcadoras y transformadoras, hacia otras que tiendan puentes con otros discursos más integrados, o si por el contrario, los marcos de injusticia cada vez más evidentes en casos como la vivienda, generan una mayor incidencia de un discurso radicalmente contrario a la especulación inmobiliaria.

Finalmente, con respecto a la imagen pública del movimiento, que surgirá sobre todo a través de los estudios de la prensa escrita, habrá que ver si esta imagen tiene relación con las diferentes etapas en la evolución del movimiento.

C) La red de políticas públicas

Para identificar las condiciones dinámicas de esta variable, tal como he comentado en el anterior apartado, hay que concebir los indicadores anteriormente citados en su proceso o ciclo. En este caso, no podemos

analizarla desde el punto de la EOP, ya que las condiciones de oportunidad política no se mantienen en el tiempo. Una vez que el movimiento social, sale a la luz, entonces debe ser capaz de mantenerse a través del uso de sus recursos.

En cuanto a la red de políticas públicas, los cambios en las alianzas que se dan en su interior serán un recurso clave para que el movimiento pueda tener un papel de centralidad. Las reacciones de los actores de la red con más poder son un factor importante para entender la posición del movimiento social en la misma. Estas reacciones pueden mostrar vulnerabilidad, por ejemplo, si los marcos legislativos cambian. También es necesario observar cómo cambian las agendas políticas, mediáticas, electorales o gubernamentales, preguntándonos si estas se dan por aludidas y cuando lo hacen respecto a la acción del movimiento.

No solo la red de políticas públicas puede actuar en función del movimiento, sino también a la inversa, por lo que el movimiento puede sufrir ciertos procesos de mimetismo o de adversidad respecto la red. Las tendencias de aproximación o distanciamiento de los respectivos discursos son otro indicador interesante.

Se puede dar el caso de que el movimiento —en un escenario de red muy cerrada y unos marcos cognitivos muy favorables— tenga una tendencia a alejarse de los espacios formales de decisión, una tendencia a radicalizar discursos y a crear espacios participativos cada vez más autónomos. Esto no es necesariamente desfavorable para su capacidad de incidencia en las políticas públicas, pues puede haber un momento en el que se sobrepase un umbral y los espacios de decisión acaben claudicando ante hechos consumados. El movimiento por la insumisión consiguió la suspensión del servicio militar obligatorio sin haber tenido acceso directo a la red, pero con unas condiciones de protagonismo bastante favorables debido a la alineación con los marcos cognitivos predominantes. En este caso, los espacios muy formalizados de la red de políticas públicas nunca reconocerán la influencia de un movimiento social, ya que supondría mostrar una vulnerabilidad excesiva.

Lo más adecuado para una posición favorable de esta variable es una red dominada por la inestabilidad, la tensión entre los diferentes actores

con simetrías cambiantes. La más desfavorable es una red estable, con roles y jerarquías muy bien definidos. Aun así, algunas redes permeables y abiertas, lo son por propia voluntad y con aberturas formalizadas. Un escenario de estas características puede desactivar la impredecibilidad de la acción del movimiento, que se ve cooptado por la dinámica de la misma red.

De todos modos, esta variable funciona como una variable menos determinante. El hecho de tener un escenario favorable en lo que se refiere a la red de políticas públicas puede condicionar el talante del movimiento hacia su radicalización o hacia su institucionalización. Pero en caso de tener una opinión pública en conflicto, la posición de la red de políticas es del todo contingente.

Figura 3.5 Hipótesis de comportamiento general de las tres variables en el caso de la okupación

	Okupación
Variable 1 Capital social crítico	Estructura movimentista de acción colectiva Núcleos compactos de activismo con entornos sensibles en expansión Conformación muy puntual de coaliciones promotoras
Variable 2 Marcos cognitivos y opinión pública	Utilización de encuadres transformativos. Poco uso de marcos de alineamiento y de tender puentes (<i>bridging</i>) Estrategia discursiva radical e ideologizada Fuerte confrontación simbólica con la red principal
Variable 3 La red de política pública como EOP	Vivienda: Red cerrada y excluyente, altamente asimétrica. Juventud: red permeable e inclusiva, asimetrías Seguridad y orden público: Red cerrada y excluyente, altamente asimétrica pero con ciertas contradicciones.

Fuente: Elaboración propia.

Para acabar con este apartado, la *figura 3.5* apunta una primera hipótesis sobre el comportamiento del movimiento por la okupación en estas tres variables. No se trata de un prejuicio, pero sí de unas primeras guías que orientarán mejor el trabajo empírico y, en todo caso, serán contestadas o contrastadas a lo largo del libro.

3.3 La incidencia del movimiento por la okupación en las políticas públicas

El tercer aparato de este capítulo presentará las hipótesis de trabajo que han guiado todo el proceso de investigación. El hecho de dividir las políticas públicas en dimensiones analíticas, será esencial para localizar y explicar los impactos del movimiento por la okupación en las políticas públicas en España, pero más allá, también dará herramientas que permitan explicar incluso impactos en el sistema político en general, y en los actores que inciden con estrategias de acción colectiva. En definitiva, herramientas que nos aproximen a una dimensión sistémica o de normatividad democrática de las políticas públicas (Gomà *et al.*, 2003; Ibarra, Martí y Gomà, 2002).

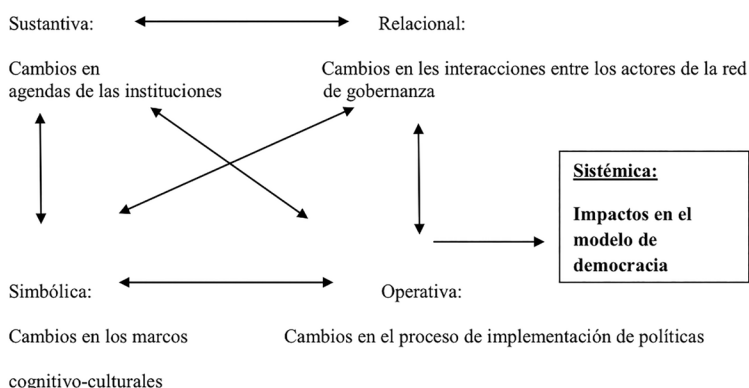
3.3.1 Las dimensiones de los impactos del movimiento okupa en las políticas públicas

El proceso de globalización también afecta a las diferentes dimensiones del impacto político de los movimientos o redes críticas que se han defendido en los modelos existentes (Ibarra, Martí y Gomà, 2002). Para incluir las complejidades que introduce la globalización en la gobernanza, habrá que añadir una nueva dimensión del impacto (que llamaremos relacional) a las tres ya conocidas (sustantiva, operativa y simbólica). Al mismo tiempo, de la combinación de las cuatro dimensiones saldrá una quinta, la sistémica, que analiza el impacto sobre el mismo modelo de democracia. La *figura 3.6* resume las dimensiones del impacto, adaptando las definiciones de los modelos existentes en la literatura.

En cuanto a la sustantiva, revelaría los modelos y contenidos de las regulaciones públicas. Se correspondería al proceso de formulación de políticas y toma de decisiones. Es decir, a la fase donde se negocian contenidos y opciones de fondo y se formalizan mediante decisiones

con plasmación jurídica. En el caso del movimiento por la okupación serían impactos sustantivos todas aquellas políticas dirigidas a un acceso libre e igualitario al derecho a la vivienda, unas políticas juveniles que mejoraran las condiciones de vida de los jóvenes precarios, la existencia de espacios de sociabilidad no mercantilizados y no burocratizados o la propia legalización de la okupación.

Figura 3.6 Las cuatro dimensiones del impacto en las políticas públicas como impacto democrático



Fuente: Elaboración propia

La dimensión operativa se refiere a los procesos de organización y gestión de recursos, programas y servicios. Se corresponde, por tanto, el proceso de implementación. En este, se ponen en marcha mecanismos de producción de servicios, programas y proyectos. Lejos de una concepción técnica de esta dimensión, dentro de ella pueden abrirse nuevos espacios participativos, ligados tanto a la gestión de recursos como a la evaluación de ciertos aspectos y al consecuente rediseño de políticas. Las sentencias judiciales ganadas por los centros sociales okupados serían impactos en la dimensión operativa, así como los procesos de negociación que se han dado en algunos casos. La publicación de censos de casas abandonadas, que se da por ejemplo en Amsterdam, sería uno muy importante.

Por otra parte, la dimensión simbólica tiene un alcance más allá de

las políticas públicas. Además de dejar patentes los valores y discursos que conforman el *policy paradigm* y que acotan el menú de alternativas posibles, de la conformación de agendas públicas de actuación, hay que introducir elementos más generales de impacto político. Por ejemplo, en la dimensión simbólica también se analizarán los cambios en la cultura política, en las estrategias comunicativas de los diferentes actores de la red, en “la opinión pública”, etc. Estamos hablando de términos muy generales y difíciles de abordar metodológicamente, pero que inevitablemente tendrán un fuerte peso en el análisis de las políticas públicas desde esta dimensión. En esta dimensión encontraremos impactos más altos, ya que otorga más importancia a los recursos cognitivos y discursivos.

La dimensión relacional sí supone una novedad en los modelos utilizados hasta ahora. Se define como aquella que da cuenta de los cambios en las pautas de interacción entre todos los actores de la red crítica y de las redes de gobernanza. Así, y por poner solo algunos ejemplos, en esta dimensión se analizarán los impactos de la movilización social en las relaciones entre los propios miembros de la red crítica, entre los partidos y los movimientos, entre los movimientos y las instituciones públicas, entre los medios de comunicación y los movimientos sociales, etc. Esta dimensión también analizará los impactos internos, es decir, los cambios que se producen en el propio movimiento producto de su interacción con los otros actores de la red. Y, finalmente, desde esta dimensión veremos el impacto del movimiento por la okupación en otros movimientos, como el que lucha contra la globalización neoliberal, el feminista, el vecinal y el gay-lesbiano.

Finalmente, una quinta dimensión sistémica surge de la suma y combinación de los diferentes impactos en las cuatro dimensiones, entonces se produciría un impacto en el modelo de democracia, en las concepciones sobre la participación política y la ciudadanía. Esta quinta dimensión es de muy largo plazo y alcance. Por ello, difícilmente se podrá analizar en esta investigación, que abarca 30 años y se centra en un solo movimiento social.

Lo que si se podrá analizar son los procesos de negociación para la legalización de centros sociales okupados. La legalización de un centro social okupado, siempre que suponga la continuidad del proyecto político,

social y cultural del mismo, debería ser considerado como un impacto en las cuatro dimensiones de las políticas públicas. Simbólico, al introducir el discurso del movimiento (de participación directa, autogestión y justicia social) en las políticas; sustantivo, al incluir decisiones administrativas como la cesión, la expropiación o el usufructo a favor de los okupantes; operativo, porque garantiza los proyectos políticos, sociales y culturales que estaba desarrollando o desarrollará el colectivo o colectivos beneficiarios; y, finalmente, relacional, porque supondría un cambio importante en la tipología de relaciones entre el movimiento y las administraciones. En todo caso, pueden también darse situaciones intermedias, como la cesión o la expropiación. En todos estos casos, el resultado será parte de un proceso de negociación, entendida como diálogo con objetivos políticos entre las okupaciones, la administración y la sociedad civil.

Dado el marco legal español —que considera la okupación de inmuebles abandonados como un delito penal— y la estrategia predominantemente represiva de las administraciones públicas frente a la acción del movimiento, son pocas las okupaciones que logran consolidarse, y todas tienen difícil la ejecución de proyectos sociales a largo plazo, siempre pendientes de su situación legal y del posible desalojo.

Por otra parte, la negociación y el diálogo, como vías para solucionar el conflicto urbano planteado por la okupación, se sitúan de lleno en la concepción de la gobernanza participativa local como formas de afrontar el autogobierno de las sociedades complejas actuales.

3.3.2 Tres hipótesis sobre okupas y políticas públicas

En el siguiente apartado se plantean las tres hipótesis que han guiado la observación y el trabajo de campo y que parten de las teorías y el marco analítico desarrollados a lo largo de esta primera parte.

A) Hipótesis 1 o del impacto

La primera hipótesis de trabajo, llamada hipótesis del impacto, es la siguiente: cuando las políticas de juventud se caractericen por ser afirmativas, periféricas y explícitas, el movimiento por la okupación tendrá impacto en estas políticas. Sin embargo, no se descartan, de entrada,

posibles impactos del movimiento en algunas políticas nucleares, como las de vivienda, aunque este impacto deberá ser mucho más bajo.

Esta primera hipótesis plantea pues el impacto del movimiento por la okupación en las políticas públicas. Inicialmente, parte de la base de que las áreas de juventud han sido las únicas permeables al impacto del movimiento, debido a que este ha sido catalogado de fenómeno juvenil.

En todo caso, la vinculación que los poderes públicos hacen de la okupación con la condición juvenil se puede comprobar a través de varios indicadores. Por ejemplo, en un estudio de prensa realizado por el Instituto de Gobierno y Políticas Públicas (Barranco, González y Martí, 2003) se comprobó que en el 60% de las 577 noticias sobre okupación analizadas en Cataluña, las palabras okupa y joven eran utilizadas prácticamente como sinónimos. Por otra parte, en las entrevistas realizadas a responsables políticos y técnicos de Cataluña, estos relacionaban la problemática “okupa” con inquietudes propias de esta etapa de la vida (AA. VV, 2002). Los informes que se han realizado desde diversas administraciones también tipifican a los okupas como jóvenes (Secretaría General de Juventud, 1998). En el Parlamento de Cataluña la temática ha sido tratada a partir de intervenciones de los responsables de las áreas de juventud de los partidos de izquierdas, En Madrid, de la misma manera, fue el Área de Juventud Federal de Izquierda Unida quien llevó propuestas al Parlamento español o quien se solidarizó con los okupas ante los desalojos de okupaciones emblemáticas como Minuesa, David Castilla y El Laboratorio.

En segundo lugar, como el fenómeno se considera juvenil, la administración se lo plantea en el mejor de los casos desde sus áreas de juventud y no desde las áreas de vivienda, trabajo o participación ciudadana. En el caso de Madrid, donde el problema suele ser abordado básicamente desde la perspectiva de la seguridad, se planteará a menudo desde Gerencia de Urbanismo.

El tercer componente para configurar la hipótesis del impacto parte de la constatación del predominio de las políticas periféricas llevadas a cabo por las áreas de juventud. Estas se refieren a ese tipo de políticas que no afectan a la trayectoria vital del joven, tales como puntos de información juvenil, redes de albergues o el carnet joven.

Además, estas políticas periféricas han tendido a apostar por las políticas afirmativas, es decir, aquellas que positivizan la calidad de ser joven. Esta visión favorece la entrada en la agenda política del movimiento por la okupación. Las demandas y formas de organización del movimiento por la okupación han encontrado respuesta en cierta adaptación de la administración y del tejido asociativo a esta nueva realidad emergente a través de la modificación de las líneas de actuación explicitadas en sus proyectos. Por ejemplo, la ley de asociaciones aprobada por el Parlamento de Cataluña incluye el reconocimiento legal del asociacionismo no formal (Gomà, *et alt.*, 2003). En Euskadi, los municipios han intentado neutralizar la influencia de los *gaztetxes* en la juventud con la apertura de *Gazte Leku* (locales juveniles) que intentan sustituir sus funciones (AA. VV, 2002).

Finalmente, en el caso de las políticas de vivienda, existen algunos elementos para plantear la hipótesis del impacto. En primer lugar, la introducción de la problemática de la vivienda en la agenda pública comparada con la entrada en la misma del movimiento por la okupación, en 1996. En segundo lugar, la coincidencia del surgimiento de las políticas de vivienda joven con la etapa de consolidación del movimiento por la okupación, entre 1996 y 1998 en Cataluña y Madrid. Finalmente, los mismos discursos de algunos responsables políticos o técnicos de las administraciones locales, que presentan algunas de sus iniciativas como respuesta a las demandas del movimiento por la okupación.

B) Hipótesis 2 o de la autogestión

La segunda hipótesis, o hipótesis de la autogestión, se formula de la siguiente manera: no solo el movimiento ha influido en las políticas de juventud por las características de estas últimas (periféricas, afirmativas y explícitas) y por la interpretación que las administraciones hacen de la naturaleza del movimiento (estrictamente juvenil), sino que el propio movimiento, en su actividad cotidiana, ha generado tantas políticas periféricas y afirmativas que ha provocado respuestas de la administración en la misma línea.

La hipótesis de la autogestión parte de la base de que a pesar del propio discurso del movimiento por la okupación —radicalmente alineado en

la lucha por un cambio estructural— su mayor generación de políticas también se ha dado en el ámbito de las políticas de juventud periféricas y afirmativas, con lo que la hipótesis de la autogestión refuerza la del impacto. Los intentos de poner en marcha Centros Cívicos más o menos institucionalizados allí donde hay presencia más activa del movimiento, en barrios de Barcelona como Gràcia, Sant Andreu o Sants; o en barrios de Madrid como Lavapiés son una primera evidencia de este impacto en las políticas.

Por otra parte, el movimiento por la okupación se caracteriza por practicar el trabajo de base con una perspectiva muy local que se sitúa en tendencias de fortalecimiento de la esfera local de la gobernanza.

La hipótesis de la autogestión pasa, pues, por considerar al propio movimiento como generador, en su actividad cotidiana, de políticas de juventud. Desde este punto de vista, se considera que no solo las administraciones son agentes creadores de política pública, sino que también el tejido asociativo, formal o informal, diseña e implementa políticas. Esta segunda hipótesis parte de una concepción del espacio público —la gobernanza participativa—, y del fortalecimiento de la esfera local como espacio emergente de gobierno. Desde una concepción participativa, facilitar la generación de políticas públicas por parte del tejido asociativo refuerza la democracia y sitúa los objetivos en lo público (Blanco y Gomà, 2003).

C) Hipótesis 3 o relacional

Finalmente, la tercera hipótesis, llamada también hipótesis relacional, dice que el movimiento por la okupación ha tenido impacto en el comportamiento de otros actores de la gobernanza, sean estos de la esfera socio-comunitaria, mercantil o institucional.

Dicho de otro modo, la hipótesis relacional plantea la incidencia del movimiento en otros actores de las redes de políticas públicas, en especial en otros movimientos sociales, como el vecinal o el movimiento global, pero también en los partidos políticos con presencia en las instituciones, e incluso en las estrategias de los oponentes del movimiento, como las inmobiliarias, las empresas constructoras o los grandes propietarios.

En todo caso, en el apartado siguiente se mostrará de manera más clara y explícita, qué implicaciones pueden tener estas hipótesis. De momento, el siguiente cuadro sintetiza la formulación final de las tres hipótesis principales de este libro.

Figura 3.7 Hipótesis de impacto del movimiento por la okupación en la gobernanza

Hipótesis 1 o del impacto	El movimiento por la okupación en España ha impactado en las políticas de juventud, afirmativas y periféricas. En otros ámbitos más centrales de las políticas públicas, como la vivienda o el urbanismo, este impacto ha sido menor.
Hipótesis 2 o de la autogestión	El movimiento por la okupación genera políticas públicas, en especial en su vertiente más ligada a las actividades de los centros sociales okupados.
Hipótesis 3 o relacional	El movimiento por la okupación ha impactado en otros actores de la red de gobernanza. El impacto más elevado lo ha tenido en otros movimientos sociales contemporáneos, pero también ha impactado en otros actores políticos, socioeconómicos y comunitarios.

Fuente: Elaboración propia.

3.4 Finalizando con unos *a priori*

Una vez desarrollado todo un modelo analítico que pretende entrelazar las teorías clásicas de estudio de los movimientos sociales con el análisis de políticas públicas desde una perspectiva de gobernanza, después de aterrizar el modelo al caso concreto del movimiento por la okupación y de plantear unas hipótesis de trabajo, este último apartado se propone remachar el clavo con un final apriorístico o unas conclusiones preliminares. La *figura 3.7* las presenta de forma sintética, y su explicación servirá para poner punto final al marco teórico de este libro.

Figura 3.8 Hipótesis sobre los impactos de la red crítica de apoyo a la okupación en las cuatro dimensiones de las políticas públicas

	Okupación
Dimensión Conceptual o Simbólica	<p>Impacto ALTO</p> <p>-Sobre la percepción social de los problemas de juventud y vivienda, y sobre la configuración de la Agenda Pública en ciertos momentos.</p>
Dimensión Substantiva	<p>Impacto DESIGUAL</p> <p>- Debilidad de las políticas de acceso a la vivienda, crecimiento de la especulación inmobiliaria y criminalización de la okupación mediante el código penal.</p> <p>- Incidencia en las políticas periféricas de juventud.</p> <p>- Proposiciones no de ley de despenalización de la okupación por parte de partidos políticos de izquierdas.</p> <p>Ninguna de ellas es aprobada.</p>
Dimensión Operativa	<p>Impacto DESIGUAL:</p> <p>- Incidencia sobre el ámbito legal-judicial: sentencias absolutorias.</p> <p>- Experiencias locales de negociación: Torreblanca en Sant Cugat y La “Prospe”, la Eskalera Karakola y el CSOA “Seco en Madrid.</p> <p>- Imposibilidad de escenarios amplios de negociación.</p>
Dimensión Relacional	<p>Impacto ALTO:</p> <p>- Sobre el movimiento global, como precursor, generador de herramientas de contrainformación y de comunicación telemática y escrita y de espacios de relación, encuentro y ocio.</p> <p>- Sobre el movimiento feminista y gay-lésbico, al incorporar nuevos y radicales contingentes militantes.</p> <p>- Sobre los partidos de izquierdas clásicos al ser reconocido, puntualmente, como interlocutor en determinadas temáticas relacionadas con la juventud y la vivienda.</p>

	-Sobre las nuevos partidos ciudadanía o de unidad popular como Podemos, Barcelona en Comú o Ahora Madrid. Algunos de líderes más significativos provienen del mundo de la okupación.
--	--

Fuente: Elaboración propia.

Efectivamente, esta figura es fruto de un primer análisis, antes de explotar el trabajo de campo en profundidad, pero que nos permite tener unas expectativas. En primer lugar, si bien el movimiento okupa ha puesto sobre la mesa problemáticas sociales juveniles evidentes de la sociedad post-industrial española y catalana, como la falta de espacios de sociabilidad y las dificultades de acceso a la vivienda, esto no ha evitado la debilidad endémica de las políticas de acceso a la vivienda, el crecimiento de la especulación inmobiliaria y la criminalización de la okupación mediante el código penal (dimensión sustantiva).

Por otra parte, aunque la historia del movimiento por la okupación, tanto en Madrid como en Cataluña, denotará su influencia sobre otros movimientos sociales e, incluso ocasionalmente, en otros actores colectivos como los partidos de la izquierda (dimensión relacional), esta no se traducirá en escenarios de negociación amplia entre los centros sociales okupados y las instituciones públicas (dimensión operativa).

Aunque seguramente no son impactos queridos por el propio movimiento, hay que destacar algunos en las dimensiones de las políticas públicas que se presentan menos permeables a la incidencia del movimiento. De esta forma, hay que concebir la incidencia en los estilos de las políticas de juventud o las proposiciones no de ley para la despenalización de la okupación presentadas por la izquierda parlamentaria, como impactos del movimiento por la okupación en la dimensión sustantiva de las políticas públicas. De la misma forma, hay que considerar como impactos en la dimensión operativa de las políticas públicas el hecho de que gran parte de las sentencias judiciales por usurpación han sido absolutorias.

También se estudiarán como ejemplos de impactos operativos, los diversos procesos de negociación que se han dado tanto en Cataluña como

en Madrid, aunque solo han afectado a casas o centros sociales específicos y en ningún caso han vinculado a la mayoría del movimiento.

Finalmente, la cuestión de la negociación para la legalización de los centros sociales okupados lanza, a primera vista, resultados aparentemente paradójicos en la comparación entre Barcelona y Madrid. En general ambos casos coinciden hasta ahora en la imposibilidad de llegar a escenarios amplios de negociación. Ahora bien, los motivos son, en una primera aproximación, muy diferentes. Así, en Madrid, el movimiento está presentando propuestas imaginativas y perfectamente realistas para la legalización, y ya cuenta con las primeras respuestas, que podrían suponer la institucionalización flexible de ciertos sectores, mientras continúa una dura represión para los demás. En Barcelona, en cambio, los intentos de la administración, bien intencionados o no, de negociar con el movimiento, han sido generalmente rechazados por el propio movimiento, argumentando, por su parte, problemas ciertos, como la persistencia de la represión. Se podría pensar que en Madrid, un movimiento más débil apuesta por la negociación como medio de subsistencia ante la insistente represión, y en Barcelona, un movimiento todavía fuerte, “cierra filas” en la resistencia, rehúye el debate para evitar posibles divisiones y resiste, sobre todo en aquellos barrios y ciudades donde conserva un apoyo social nada despreciable. También se podría argumentar que los peligros de cooptación son más evidentes en Barcelona, con predominio de gobiernos locales de la izquierda, que en Madrid, donde la distancia ideológica entre PP y movimiento es tal que impide la cooptación o asimilación del movimiento por parte de las instituciones.

En los capítulos de la segunda parte y en las conclusiones, veremos si estos *a priori* eran o no ciertos, y hasta qué punto. De momento, nos atrevemos a adelantar que el impacto del movimiento por la okupación en las políticas públicas será alto en las dimensiones simbólica y relacional, pero desigual en las dimensiones sustantiva y operativa. Por otra parte, también es evidente que las Administraciones Públicas estuvieron lejos, en el periodo estudiado, de permear a la influencia de movimientos sociales de carácter autogestionario, aunque esto puede a ver cambiado con el vuelco político de 2015, que escapa al marco temporal de este libro.

Con estos tres capítulos se ha alcanzado un marco teórico que nos permite aproximarnos al campo, el estudio de los movimientos por la okupación en España y de su influencia en las políticas públicas. A continuación, en una suerte de política comparada española, analizaré los casos de Cataluña y Madrid, como diferentes modelos de okupación, en contextos sociales y políticos, también muy diferenciados. Estos dos capítulos al estilo de estudios de caso, irán precedidos de un marco histórico sobre el movimiento okupa en España en el contexto de las movilizaciones sociales de los últimos 30 años. Os invito a seguir la lectura, que ahora viene lo más interesante.

Parte II. El impacto político del movimiento por la okupación en España. Los casos de Cataluña y Madrid



Imagen 2. CSO Bloques fantasma, vistos desde el Parc Güell.

La segunda parte del libro corresponde a lo que habitualmente se denomina trabajo empírico. En un primer capítulo se aborda el marco socio-histórico. Además de caracterizar el movimiento por la okupación a la luz de las teorías de movimientos sociales y enmarcarlo en la historia de los mismos en España, se dividirá la historia del movimiento por la okupación en diferentes etapas. Esta etapización establecerá pautas de relación de la acción colectiva crítica del movimiento con las respuestas por parte de las políticas públicas. Para acotar las etapas de la historia de la okupación en España, se recurrirá a la teoría de las Estructuras de Oportunidad Política (EOP). Así, los elementos para pasar de una etapa a otra tendrán relación

con el cambio en el comportamiento de las diversas dimensiones de las EOP que ha destacado la literatura de movimientos sociales (Tarrow, 1997; McAdam, *et alt.* 1998; Kitchlet, 1986). Además de las EOP externas o estructurales, también se operaron cambios de oportunidad generados por el propio movimiento, derivados de su confluencia con tres fenómenos: la aparición en escena del movimiento antiglobalización, el surgimiento de un incipiente movimiento de ateneos legales y la confluencia con otros espacios de movilización como, por ejemplo, el vecinal, el estudiantil, el feminista o las respuestas a la precariedad laboral creciente.

En los capítulos quinto y sexto se tratan los dos estudios de caso, Cataluña y Madrid. Ambos capítulos tienen una estructura similar. En primer lugar, constan de una introducción a la historia local de los movimientos okupas de ambos territorios.

Seguidamente, se analiza el comportamiento de las tres variables explicativas en los dos casos, es decir, del capital social crítico, los marcos cognitivos y la opinión pública y, finalmente, de las redes de políticas como EOP. Los dos capítulos incluyen un apartado de conclusiones donde se hace la primera aproximación a las características y la profundidad de los impactos políticos que han tenido veintidós años de movilización okupa en los respectivos entornos locales.

La base empírica de la segunda parte han sido las entrevistas a activistas del movimiento y el análisis de prensa, por lo que se recurrirá a menudo a citas literales, tanto de las entrevistas como de las noticias sobre okupación aparecidas en diferentes diarios en un período determinado. En cada caso se explicitarán los criterios y las metodologías de análisis que se han empleado. En adelante, el lector puede adentrarse en la realidad de treinta años de historias, aventuras, conflictos, encuentros y desencuentros en la relación entre okupación y políticas públicas en España.

4. Contextualización. Los movimientos por la okupación en el Estado español, 30 años de historia

No es ningún camino de rosas. No obstante nuestra lucha es absolutamente justa. No pedimos ningún beneficio per nosotros. Queremos acabar con los beneficios de cuatro que llevan a la ruina a la mayoría. Además, y a pesar de lo que acabamos de decir, uno de los placeres más gratificantes es resistirse al poder

(Assemblea d'Okupes de Terrassa, 1999)¹

Los movimientos por la okupación siguen siendo, sobre todo en Barcelona, pero también en Madrid, Bilbao, Vitoria-Gasteiz, Málaga, Terrassa y otras grandes ciudades de España, una de las principales voces críticas hacia el emergente urbanismo capitalista. Desde su surgimiento a principios de los ochenta, con bastante retraso respecto a sus homólogos europeos, las prácticas okupas han tejido unas consistentes redes sociales de contracultura que aglutinan sus fuerzas en torno al acceso directo a la vivienda y los espacios de sociabilidad fuera de la lógica mercantilista.

1 Del original en catalán: “No és cap camí de roses. No obstant la nostra lluita és absolutament justa. No demanem cap benefici per nosaltres. Volem acabar amb els beneficis de quatre que porten a la ruïna a la majoria. A més, i malgrat el que fins ara hem dit, un dels plaers més gratificants es resistir-se al poder”.

En este capítulo, que introduce la parte más empírica, explicaré el contexto socio-histórico del fenómeno estudiado. Por ello, es necesario, en primer lugar, explicar la evolución de los propios movimientos sociales en España en los últimos 30 años, para comprender en qué contexto movilizador nace y se desarrolla el fenómeno okupa.

En segundo lugar, apuntaré los elementos teóricos y prácticos indispensables para el análisis del movimiento por la okupación desde una perspectiva de movimientos sociales y redes críticas. En este mismo apartado, procederé a explicar en qué contextos sociopolíticos aparece y se desarrolla la práctica de la okupación en Europa y en España, así como las diferentes “tipologías” de okupación que podemos encontrar.

A continuación, y partiendo de las teorías de las estructuras de oportunidad política y de los ciclos de protesta, presentaré una periodización del movimiento, explicando las principales dinámicas de cambio y continuidad que han operado en su interior en los últimos 30 años, así como los cambios en las relaciones con las instituciones y con otros actores políticos y sociales. En resumen, una pequeña historia del movimiento por la okupación en España, centrándome especialmente en los territorios donde he desarrollado mi trabajo de campo: Cataluña y Madrid.

4.1 Introducción. De los nuevos movimientos sociales a los nuevos movimientos globales

Desde las movilizaciones contra el franquismo, a finales de los años setenta, a las manifestaciones del 15 de febrero de 2003 —donde más de cuatro millones de personas protestaban contra la inminente ocupación de Iraq en cientos de localidades de todo el Estado español— habían pasado 30 años. Más de una generación y también muchísimas experiencias de movimientos sociales, con sus historias de éxitos y fracasos, personales y colectivos, miles de vidas llenas de ilusión y de empuje para cambiar el mundo. En este pequeño apartado solo hablaré de aquellos movimientos que considero centrales en la evolución histórica de España y de la genealogía de los actuales movimientos por la okupación. Haré especial hincapié en la cuestión nacional, muy importante para el caso catalán.

Como he resumido en el apartado 1.2, la mayoría de los autores (Tilly, 1993; Tarrow, 1997; Calle, 2004; Herreros, 2004) coinciden en destacar tres grandes ciclos de protesta en la historia contemporánea de las sociedades occidentales: el primero, desde 1848 hasta la segunda guerra mundial, con el protagonismo del movimiento obrero; segundo, con el epicentro en el mayo francés y un tercero, emergente desde finales de los años noventa protagonizado por el que se ha popularizado como “movimiento antiglobalización”. Ahora bien, los ciclos de protesta y las características de los propios movimientos sociales, variarán en función del territorio, la cultura y el marco institucional en el que se desarrollan. En caso de España deberíamos tener en cuenta una serie de peculiaridades antes de entrar en una periodización.

En primer lugar, la cuestión que en España predominen las funciones coercitivas frente a las integradoras (Pastor, 2003) se traduce en la persistencia de un régimen dictatorial fascista en la década de 1970, que retrasará la aparición y desarrollo de los NMS. Además, España desarrolló un modelo de transición democrática no rupturista, con continuidades importantes de los aparatos estatales y un predominio del neocorporativismo, por una parte, y la rápida profesionalización de los partidos políticos y los sindicatos, por la otra, (Pastor, 1998). A esto hay que sumar el lastre de heredar una cultura política poco participativa de la mayoría social, producto de 40 años de represión. Todos estos son rasgos diferenciales del carácter del Estado español en el contexto europeo.

En segundo lugar, y en concreto para territorios como Cataluña o Euskadi, el hecho de encontrarse en naciones sin estado, dará también mucho peso a movimientos que en otros países se consideran clásicos, como el nacionalismo, pero al mismo tiempo actuará de factor de integración y de interrelación entre movimientos, dotándolos de más fuerza que en el resto del Estado (Johnston, 1994; Calle, 2005). Como veremos más adelante, es difícil explicar las tendencias unitarias que se producen, por ejemplo, en los movimientos sociales catalanes, tanto en los años setenta con la Asamblea de Cataluña, como en los inicios del segundo milenio, con campañas contra la globalización y la guerra, sin tener en cuenta este factor de cohesión.

Finalmente, el fuerte peso histórico de las ideologías libertarias, producto tanto de las características del propio Estado (poco consolidado como proyecto de Estado-Nación y también como Estado del Bienestar) como de su estrategia fundamentalmente represiva frente los movimientos sociales, perdurará a pesar de la aniquilación física de esta tradición política en 1939 con la victoria final del levantamiento fascista. Así pues, a diferencia de otros países europeos, en la cultura política de los movimientos sociales de España subyace una cierta tendencia antiestatal y casi “antipolítica”, que podemos ver claramente en el movimiento por la okupación.

A continuación, intentaré sintetizar la historia de los movimientos sociales desde la lucha antifranquista, hasta las actuales resistencias y alternativas a la globalización neoliberal y a sus políticas de austeridad presupuestaria. Es evidente que debido a las restricciones de espacio, se tratará de una mirada muy panorámica, limitándose a una cronología donde intentaré explicar las principales dinámicas de cambio en la historia reciente de los movimientos sociales españoles. En segundo lugar, me centraré en describir las principales movilizaciones de los últimos años. El objetivo será ver en qué contextos de movilización social se ha desarrollado el movimiento por la okupación en España.

He decidido agrupar la historia de los movimientos sociales en cuatro grandes períodos, marcados por cambios en la EOP y por la aparición y consolidación de nuevas experiencias de movimientos sociales y ciclos de protesta. En concreto, en los últimos 30 años, los movimientos sociales del estado han participado, a su manera, de los ciclos de protesta internacionales de los años sesenta y del nuevo ciclo de luchas contra la globalización neoliberal, iniciado en la segunda mitad los años noventa. Para hacer este apartado me he basado en la periodización que establece Pastor (2003).

4.1.1 Del antifranquismo a la derrota en el referéndum de la OTAN (1975-1986)

El primer gran periodo comprendería desde los últimos años de la lucha antifranquista hasta la derrota de los movimientos sociales en el referéndum sobre la entrada de España en la OTAN en 1986. Este periodo se caracterizaría por la gran importancia de movimientos “clásicos”, como

el obrero y el vecinal, su progresiva institucionalización, y el nacimiento, desarrollo y crisis de los llamados NMS (feminismo, ecologismo y pacifismo). Dentro de este período, podríamos distinguir tres momentos de cambio en las oportunidades políticas: los Pactos de la Moncloa de 1977; la victoria del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) en las elecciones de 1982 y la progresiva consolidación de su referente catalán, el Partit dels Socialistes de Catalunya (PSC), como fuerza municipalista; y, finalmente, el referéndum de la OTAN en 1986.

La presencia de los movimientos obrero y vecinal en las luchas por la recuperación de la democracia es un elemento que ningún analista se atrevería a negar. De hecho, el régimen no cayó con la muerte del dictador —que había dejado su sucesión “atada y bien atada”— sino como consecuencia de la presión combinada de los movimientos sociales y la oposición política, que en el periodo 1974-1977 elevaron al máximo la conflictividad laboral y urbana con el uso de la huelga general política y la manifestación como principales repertorios de acción (Martínez, 2004; Pastor, 2002). Solo asumiendo las principales demandas expresadas por la movilización en las calles de las ciudades y pueblos de todo el Estado, se podía garantizar la supervivencia política y económica de las principales elites del país, aunque esto significara la transformación absoluta del régimen político (Domenech, 2004).

Ahora bien, muy pronto las centrales sindicales mayoritarias, las Comisiones Obreras (CCOO) y la Unión General de Trabajadores (UGT), apostaron por la concertación social con la patronal y la constitucionalización de su idiosincrasia neocorporativa (Constitución de 1978). De esta manera se homologa con el resto de grandes sindicatos de los Estados de bienestar europeos. Por su parte, y en especial a partir de 1983 con el PSOE en el Gobierno, el movimiento vecinal fue perdiendo autonomía y se integró en no pocas ocasiones en los partidos políticos y gobiernos municipales, siendo sustituidas sus funciones por profesionales de la gestión y de la animación cultural (Fernandez Buey, 2004).

Por su parte, los NMS, alrededor del movimiento estudiantil y universitario, tuvieron un papel primordial en la necesaria renovación cultural del país después de 40 años de nacionalcatolicismo. Fundamentados

en la contracultura norteamericana de la década de 1960 que rodeaba las movilizaciones contra la guerra de Vietnam² —y reflejados en el mayo francés y la posibilidad de generar transformaciones profundas al margen de los aparatos partidistas y de las organizaciones sindicales—, aportaron juventud y entusiasmo a las movilizaciones antifranquistas. Estos movimientos protagonizaron las luchas por los derechos de las mujeres, por la libertad de orientación sexual, por el respeto del medio ambiente y por la paz.

En este contexto y fruto de la fuerza de estos movimientos y de su incidencia en el pensamiento de la población, en algunas comunidades autónomas —como por ejemplo en Cataluña y el País Vasco— el *No* a la OTAN ganó en el referéndum convocado por Felipe González. La derrota del *No* en el conjunto del Estado, así como la progresiva institucionalización de amplios sectores de los movimientos ecologista, feminista, gay-lesbiano y por la paz, fue apagando el empuje movilizador y puso fin al tardío ciclo de lucha los NMS.

4.1.2 El relevo generacional: de la crisis de los nuevos movimientos sociales a la emergencia del movimiento global (1987-1999)

Este segundo período se caracteriza por la progresiva institucionalización de amplios sectores de los NMS y su tránsito hacia organizaciones no gubernamentales (ONG), una sensación de derrota generalizada en los movimientos y la aparición de los primeros movimientos “madrugadores” del ciclo contra la globalización capitalista, como es el caso del movimiento okupa, el movimiento antimilitarista o el movimiento de solidaridad internacional.

Este período tiene dos puntos de inflexión. El primero lo encontraríamos en 1992, coincidiendo con la celebración de los Juegos Olímpicos en Barcelona, la Expo en Sevilla y la capitalidad cultural de Madrid. Ante estos grandes eventos se asistía a la primera puesta en escena de NMS

2 Algunos elementos de esta contracultura los recogen perfectamente Riechman y Fernández Buey (1994): reconsideración radical de las relaciones entre sexos, respeto a las diferencias, retorno a la naturaleza ya la vida comunitaria, defensa de los derechos civiles y desobediencia civil como forma principal de protesta.

urbanos contra la especulación, especialmente en Madrid y Barcelona. El segundo fue en 1996, con la subida al gobierno español de los herederos políticos del franquismo (el Partido Popular, antigua Alianza Popular) y la entrada en la Agenda Pública y mediática del movimiento okupa a raíz del desalojo del Cine Princesa en Barcelona, como punta de lanza de la protesta social en un panorama casi desierto de movilización.

A la crisis prematura de los NMS, hay que añadir una situación internacional de retroceso generalizado de las luchas sociales y de hegemonía del discurso conservador y neoliberal. La caída del muro de Berlín en 1989 auguraba que solo el capitalismo era posible. Un capitalismo además que retornaba a sus orígenes, con la presencia de gobiernos neoliberales y reaccionarios como el de Ronald Reagan en EU y Margaret Thacher en Gran Bretaña. El estado mínimo, la desregulación progresiva del mercado laboral y los procesos de privatización se extendían y se convertían en dogma, con el beneplácito de la izquierda socialdemócrata y ante la debilidad de los movimientos sociales realmente existentes.

A pesar de todo esto, hay que reconocer el éxito de convocatoria de las huelgas generales de 1988 y 1994 contra reformas laborales, que finalmente acabarían aplicando; el panorama de desmoralización fue generalizado. Los sectores no institucionalizados de los movimientos sociales experimentaron dos tipos de procesos. Por un lado, algunos apostaron por la creación de partidos políticos de nuevo tipo. Por la otra, surgieron nuevas generaciones de movimientos que ya apuntaban al nacimiento del nuevo ciclo de luchas. Obviamente, ambos procesos no eran excluyentes, y algunos militantes compaginaban la militancia en los movimientos sociales con la creación de nuevas organizaciones políticas.

Los primer tipo de apuestas se realizaron ya fuera entroncando con los comunistas clásicos, como fue el caso de la fundación de Iniciativa per Catalunya (IC) o de Izquierda Unida (IU), reagrupamientos de la izquierda radical (Revolta, Liberación y Zutik con la unificación de la Liga Comunista Revolucionaria –LCR y el Movimiento Comunista-MC- en los diferentes territorios) y la nunca lograda instauración de un partido verde al estilo alemán (Los Verdes, Alternativa Verde, etcétera).

El segundo tipo de procesos tenía que ver con el surgimiento de nuevas generaciones de movimientos sociales. Citaremos dos, que sin ánimo de desmerecer otros, llevaban en sus formas de lucha, la morfología en red y unos objetivos que desbordaban a menudo los ámbitos temáticos y territoriales, las semillas de lo que después llamaremos movimiento global. Estos movimientos, además, se relacionaban en sus alas más radicales con un incipiente movimiento por la okupación.

La primera excepción significativa a la desmovilización de los años ochenta la dio el movimiento antimilitarista que, a pesar de contar con antecedentes en los años setenta, fue a partir de 1989, con el lanzamiento de la campaña de Insumisión por parte del Movimiento por la Objeción de Conciencia (MOC) cuando saltó definitivamente a la Agenda, desafiando los poderes públicos en forma de desobediencia civil ante la leva obligatoria.

Hoy en día poca gente es capaz de negar la profunda incidencia que el activismo y el sacrificio de los más de 40.000 insumisos que hubo en España en la abolición del servicio militar obligatorio en 2001. En todo caso, el mérito más grande de este movimiento fue la propagación de un discurso a favor de la cultura de la paz y contra la guerra. Las movilizaciones contra la guerra de Irak en los años 2003 y 2004, a pesar contaron con muchos más factores explicativos, fueron también herederas de la lucha de los insumisos.

También en la década de los ochenta —y el calor de los procesos revolucionarios de América Central— surgió el movimiento de solidaridad internacional, en forma de comités de solidaridad con las revoluciones de Nicaragua, Guatemala o El Salvador. Al mismo tiempo, organizaciones de carácter confesional comenzaron sus primeras campañas de sensibilización con la cruda realidad del Tercer Mundo. La campaña por el 0.7%, que en 1994 invadió de tiendas de campaña las calles de muchas ciudades del país, fue uno de los momentos más importantes. Posteriormente, el movimiento de solidaridad se ha debatido entre la creciente institucionalización, profesionalización y pérdida del sentido fundacional de muchas ONGs, y la creación de nuevas oportunidades políticas —como la Consulta por la Abolición de la Deuda Externa en el año 2000— y la radicalización de sus sectores más movimentistas, que forman uno de los principales

palos de pajar del movimiento por la justicia global. Así pues, solidaridad internacional y antimilitarismo, habían hecho de hilo conductor entre dos ciclos de protesta, el de los NMS y el de los NMG.

4.1.3 Los nuevos movimientos globales (2000-2008)

El alzamiento zapatista de enero de 1994 se ha considerado como el inicio simbólico del ciclo del movimiento global a nivel internacional. Después de los acontecimientos de Seattle y de Praga, las sucesivas *contracumbres* de Barcelona, Sevilla y Génova, entre otros, configuran la etapa de eclosión y salto a la arena política y mediática de estos movimientos (1999-2001).

La priorización de la temática de la guerra, como respuesta a la doctrina de guerra preventiva contra el terrorismo de la administración de George W. Bush a raíz de los atentados del 11-S y que se tradujo en las invasiones militares de Afganistán e Irak, por un lado, y la celebración de los diversos Foros Sociales mundiales, europeos y temáticos, por otro, sitúan al movimiento en una tercera etapa, más propositiva (2001-2008). La aparición de fuertes movimientos estudiantiles en todo el mundo contra los procesos de mercantilización de la educación, la crisis económica mundial de 2008, que vuelve a situar el eje capital-trabajo en el centro del conflicto social y la priorización de la cuestión ambiental ante las dramáticas consecuencias del cambio climático, pueden estar marcando las características de una nueva etapa para este ciclo que aún no se agota. En todo caso dedicaremos a esta nueva etapa un apartado propio, debido a su gran importancia.

En España, como es lógico, estas cuatro etapas se presentan de manera diferente, por motivos de coyuntura política que hacen variar la estructura de oportunidades del movimiento. Sin embargo, los períodos siguen la pauta de génesis, eclosión, transformación y revitalización.

1ª etapa. Gestación, 1994-2000

Sin ánimo de ser exhaustivos, en el periodo que va desde el levantamiento zapatista, en Seattle, cabe destacar, la campaña “50 años bastan”, con ocasión de la asamblea general del FMI y del BM en 1994; la celebración los años 1996 y 1998 de los Encuentros Intercontinentales por la Humanidad y

Contra el Neoliberalismo dentro del ámbito del zapatismo y las protestas en Colonia en junio de 1999, contra la cumbre de jefes de estado de la UE en primer lugar, y contra el G-7, después.

En este periodo de génesis, se observan dos expresiones organizativas que constituyen el embrión del movimiento global en España: las del Movimiento AintiMaastrich, de carácter más simbólico; y las euromarchas, de carácter socio-laboral y más masivo. Las euromarchas protagonizarían en buena medida las movilizaciones contra la Europa del capital en este periodo, hasta llegar a su punto culminante el 29 de mayo de 1999 en Colonia (Antentas, 2001).

2ª etapa. Eclósión, 2000-2002

El año 2000 puede considerarse, a nivel estatal, como el momento de eclósión del movimiento y de la incorporación de una nueva y joven generación de activistas en el movimiento global. Tres movilizaciones, de carácter diferente, coincidieron en destacar durante el año 2000 algunos de los elementos más definitorios del movimiento global: la Consulta por la Abolición de la Deuda Externa, la Campaña contra el Desfile Militar en Cataluña y la presencia de personas de todo el Estado en las movilizaciones de Praga contra el BM y el FMI.

En los años 2001 y 2002, se produjeron las dos campañas más: la Campaña contra el Banco Mundial en junio de 2001 y Campaña contra la Europa del capital y la Guerra con motivo de la presidencia española de la UE. Finalmente, el empuje del movimiento global condujo a los sindicatos mayoritarios a la convocatoria de una huelga general contra un decreto laboral del gobierno del PP.

3ª etapa. Movimiento anti-guerra y foros sociales, 2003-2004

Durante estos dos años, las contracumbres dejaron de ser la acción central del movimiento para dar paso al protagonismo de los Foros Sociales y a las movilizaciones contra la guerra de Irak. Cataluña participó con gran número de personas en tres de las cuatro ediciones del Foro Social Europeo, convirtiéndose en una de las más grandes delegaciones internacionales en Florencia, 2002 (1.000 personas); París, 2003 (2.300) y Londres, 2004

(750). La delegación madrileña fue especialmente importante en París (2.000 personas) y menor en los demás casos.

En cuanto a la campaña contra la guerra de Irak, cabe destacar importantes diferencias en función del territorio. Así, en Cataluña el espectro político de Aturem la Guerra, abarcaba todas las tendencias excepto el PP, y en una asamblea se podían encontrar un okupa de Can Masdeu y un representante de la derecha catalana de CiU. En cambio en Madrid, existían hasta tres espacios diferentes, y a menudo enfrentados, que abordaban el tema de guerra y, por otro lado, había un mayor impacto de los partidos institucionales, en especial del PSOE.

4ª etapa. Transformaciones, reflujos coyunturales y revitalización, 2005-2008

En los años 2005 y 2006, a pesar de que existía la sensación una cierta bajada de la tensión movilizadora, como consecuencia de las expectativas de cambio que el gobierno de Zapatero (PSOE) pudo levantar en algunos sectores sociales, el movimiento global estar presente en muchos frentes, como la Campaña contra la Constitución Europea o las incipientes luchas contra la precariedad. Además, en el mes de junio de 2005, se celebró en Barcelona el Primer Foro Social del Mediterráneo (FSMed), y en enero de 2007 el Primer Foro Social Catalán, ambos con bastante éxito de asistencia. A partir de 2008, con la entrada de lleno de la crisis económica internacional en España, se produjo una radicalización y revitalización de algunos movimientos, como por ejemplo el de los trabajadores de los autobuses metropolitanos de Barcelona (TMB) por los dos días de descanso semanal; las trabajadoras de la limpieza del metro de Madrid, el de maestros y profesores contra la Ley de Educación de Cataluña (LEC) y contra la privatización de la enseñanza en Madrid, y, en especial, el movimiento estudiantil contra la mercantilización de la enseñanza en el Espacio Europeo de Educación Superior (González y Benítez, 2014).

4.1.4 Crisis: movimientos anti-austeridad y 15M (2009-2014)

El movimiento de los indignados se inició con la toma simultánea de las principales plazas de las ciudades de todo el país español el 15 de mayo de 2011, en medio de la campaña electoral de las elecciones municipales

y autonómicas. En el 15M, se plasmó de forma sorprendente el hartazgo de amplios sectores sociales, especialmente jóvenes, ante las políticas de ajuste en los países del sur de Europa como única respuesta a la crisis económica mundial iniciada en 2008. La novedad es que a una minoría de militantes y activistas de los ciclos de lucha de los años noventa y dos mil, se sumaron, en una estrategia de desobediencia civil, miles de ciudadanos que desbordaban a los propios convocantes. Una nueva generación militante se incorporaba con un discurso de indignación ante la situación económica, la falta de perspectivas y la inoperancia del poder político. El señalamiento de políticos y banqueros como culpables de la situación constituía un aterrizaje y una simplificación necesaria de las “antiguas” consignas contra la globalización capitalista (Calle, 2012 e Ibarra, 2012).

Una cuestión que plantea esta última etapa es si en el Estado español nos hallamos ante un solo ciclo u onda larga de 20 años (1994-2014, con diversas etapas o sub-ciclos) o si existen, como parecen argumentar algunos autores (Antentas y Vivas, 2012), dos ciclos diferenciados: una contra la globalización neoliberal –que finalizaría con el movimiento antiguerra– y otro contra las políticas de austeridad como respuesta a la crisis económica de 2008, que empezaría en 2011 con el 15M y la Primavera Árabe. Siguiendo a Herreros (2004) y en términos de ciclos de movilización de la historia contemporánea, no existen elementos de diferenciación profunda entre los NMG y los movimientos contra el austericidio, sino que más bien estos últimos —como el 15M, las PAH o las Mareas— suponen el aterrizaje práctico y local de las consignas y demandas de los primeros. Al señalar a la clase política y a los banqueros como responsables de la crisis, se concreta mucho más cuál es el ejecutor de las políticas dictadas por las lejanas instituciones y organismos transnacionales. Las propuestas de procesos constituyentes o la negativa al pago de la deuda, también aterrizan a escenarios plausibles los objetivos genéricos de justicia social y democracia participativa planteados por los NMG en las etapas precedentes (González y Benítez, 2014).

4.2 Las prácticas de okupación como movimiento social

La okupación de inmuebles abandonados es un fenómeno antiguo, pero su constitución como movimiento social en Europa se remonta a la década de los setenta. Es durante esta década, al calor de la ola de los NMS cuando se popularizan las okupaciones en países como Alemania, Holanda, Italia o Gran Bretaña.

En los diversos países se han desarrollado diferentes modelos de okupación. El Estado español ha sido de los últimos en incorporarse — como veremos en el apartado cronológico— y bebe de todos ellos. En este apartado, justificaré, en primer lugar, porque se considera la práctica de la okupación como un movimiento social en toda regla. En segundo lugar situaré —en relación a las teorías de los ciclos de protesta— las prácticas de okupación como movimiento temprano o precursor del ciclo de luchas contra la globalización neoliberal.

La okupación ha sido —y me atrevería a decir que es todavía— un fenómeno frecuentemente desconocido, incomprendido y reprimido, aunque si damos un vistazo a las fuentes teóricas y metodológicas que se adoptan habitualmente para analizar los movimientos sociales, veremos que son perfectamente aplicables al movimiento por la okupación. Atendiendo a las teorías de la protesta política moderna que surgen en los años sesenta y setenta, bien podríamos caracterizar de NMS. Polemizaré pues con estas teorías, para defender luego la tesis de que nos encontramos ante un movimiento precursor del movimiento global o del movimiento de movimientos.

Efectivamente, las prácticas de okupación encajan en todas las definiciones de movimiento social desde un punto de vista teórico, ya que son llevadas a cabo por colectividades de personas numéricamente significativas, las cuales actúan con cierta continuidad; surgen en condiciones de conflicto, para convertirse en un desafío a las autoridades o poderes mediante una acción colectiva no institucionalizada, con la intención de promover cambios. Por lo tanto, el movimiento se adapta perfectamente a las ideas que Pastor (2002) considera fundamentales para definir un movimiento social: conflicto, desafío, cambio y acción colectiva. Además, las prácticas de okupación han trascendido sobradamente el

campo de la protesta, para acabar desembocando en una serie de discursos, repertorios de acción y formas organizativas, que les dotan de una identidad cultural compartida.

En cuanto a la identidad del movimiento por la okupación, cabe decir que se encuentra fuertemente emparentada con el surgimiento de buena parte de los NMS en Europa (feminismo, pacifismo, ecologismo, autonomía obrera, etc.). Comparte con estos movimientos el énfasis por la singularidad: la acción local o temática, la libertad individual, la cooperación no forzada de subjetividades bajo la autogestión y el asamblearismo, entre otros (Calle, 2005).

Dentro de los NMS, si así lo hubiéramos de clasificar, el movimiento por la okupación respondería a una estrategia general ambivalente, que combina estrategias orientadas a la identidad como reto-retiro contracultural con estrategias orientadas al poder, concretamente de confrontación. Las primeras se canalizarían fundamentalmente a través del ocio alternativo, la formación alternativa, la práctica de roles no convencionales, la toma de conciencia, las provocaciones, las performances, la autogestión comunitaria, los proyectos de vida y de trabajo alternativos a los dominantes, etcétera. Las segundas, las de confrontación con el poder, recurrirían a la práctica de la desobediencia civil, las manifestaciones, las concentraciones, las ruedas de prensa, las denuncias judiciales, las pintadas, los sabotajes, el boicot o, incluso, la violencia.³

3 Más adelante, problematizaré sobre el concepto de violencia en analizar los casos empíricos. Quiero aclarar que no parto de una concepción simple de la violencia. El concepto de violencia que se suele usar casi siempre de forma única y exclusiva en relación a los okupas, es la violencia referente a quebradizas, enfrentamientos con la policía, peleas, etcétera. Se dejan de lado, pues, concepciones más ricas y complejas de la violencia que tengan en cuenta los diferentes tipos de violencia estructural o simbólica (Bourdieu, 2000); esta violencia es invisible a menudo por la sociedad e incluso por las víctimas, pero se ceba con colectivos como los jóvenes (Barranco, González y Martí, 2003). En todo caso, he utilizado ahora este término, para definir cierto tipo de acciones que el movimiento ha practicado en ocasiones excepcionales.

Siguiendo Dieter Rucht (1994) en sus teorías sobre estrategias y formas de acción de los NMS, los colectivos okupas se debatirían entre la participación expresiva y la participación instrumental. Según Rucht, las prácticas culturales disidentes están muy expuestas a los ataques y a la aplicación de medidas obstaculizadoras por parte del poder vigente. Es por eso que los grupos y movimientos orientados a la identidad se ven acostumbrados a intervenir en luchas políticas para defenderla. En el caso de España, es evidente —como veremos en los estudios de caso— que el movimiento por la okupación intensifica la participación instrumental raíz de la criminalización de las prácticas de okupación reflejadas en el nuevo Código Penal. Se verá como el movimiento adquiere un mayor grado de organización, se relaciona más con los medios de comunicación de masas e intensifica su presencia en la calle, al tiempo que amplía sus alianzas políticas hasta convertirse, en determinados momentos y espacios, una verdadera red crítica de apoyo a la okupación.

En España se ha acentuado una autodefinición posmoderna del movimiento por la okupación. Esto quiere decir que, a veces, los protagonistas de las okupaciones no quieren considerarse ellos mismos como un movimiento social (Adell y Martínez, 2004). Según los propios okupas, ellos y ellas no plantean la reforma del orden político en las democracias occidentales desde diversos sectores (pacifismo, ecologismo, antimilitarismo...), sino que más bien son partidarios de la ruptura directa con las estructuras del sistema. Por lo tanto, rehúyen la lucha sectorial —aunque las temáticas de vivienda o juventud estarán implícitas en su praxis— y apuestan por la lucha contra el todo. Tampoco el movimiento por la okupación tiene unos objetivos concretos que sí se pueden encontrar, en cambio, en la mayoría de los NMS. La voluntad de pluralidad ha dificultado la adopción de unos objetivos generales doten de un cuerpo de afinidades (aunque solo fuera la de los “antis”), aunque en todas las acciones y las pautas de comportamiento del movimiento existan criterios implícitos (radicalidad ideológica, lucha contra el sistema y autonomía).

Por otra parte, al centrar su acción sobre el acceso directo a bienes materiales como la vivienda, podríamos decir que se desmarca un poco del predominio del postmaterialismo que se da —según algunos autores

(Inglehart, 1977) — en los NMS. Sin embargo, como afirma Calle (2004), la okupación de inmuebles es una práctica en la que fines netamente materialistas (reclamación del derecho a una vivienda) han sido absorbidos o reformulados de acuerdo a unos fines de carácter más postmaterialista (búsqueda de espacios de expresión cultural y política).

Hay que añadir que los mismos okupas también se desmarcan de los movimientos revolucionarios de cortes clásicos y emparentados con el movimiento obrero. En primer lugar y siguiendo en esta autodefinición posmoderna, el movimiento por la okupación no pretendería destruir un todo para instaurar otro, sino más bien lucharía contra la misma idea del todo (Castillo y González, 1997). En segundo lugar, desde el mundo de las okupaciones se ataca también el materialismo convencional, según el cual el trabajo dignifica, y es la clave de bóveda de la revolución social. Consignas como “¡Abajo el trabajo!” Y la apología de prácticas como el absentismo laboral, no impiden que los okupas continúen haciendo hincapié en conceptos propios de la lucha de clases, como podemos observar a través de eslóganes como “40 horas: uf, qué fatiga”, “Si el trabajo fuera bueno, se lo quedarían los ricos” o “Kómete los ricos”. Además, desde las okupaciones han impulsado las luchas contra la precariedad laboral creciente, en especial en el sector juvenil.

Ahora bien, nuevas teorías que he explicado en el capítulo uno, apuntan al inicio de un nuevo ciclo de movilización contra la globalización neoliberal, diferenciado del ciclo de los años 1968-77 (Tarrow, 1998; Tilly, 1991). El movimiento por la okupación, que se consolida en Europa en la década de 1980 y en España en los años noventa, cumple muchas de las características de estos movimientos globales, es más, lo podemos considerar un antepasado inmediato, o un movimiento temprano de este propio ciclo, especialmente en países como Italia, la costa atlántica de los EU, Holanda, Gran Bretaña, Suiza o el propio Estado español (Herreros, 2004a). En el caso de España y en concreto de Cataluña, algunos autores sitúan el movimiento por la okupación como pieza básica para el surgimiento del nuevo ciclo movilización. Es más, Herreros (2004c) afirma que el principal impacto del movimiento por la okupación no se ha producido en las políticas públicas sino sobre las propias características

de los otros movimientos sociales, que conjuntadas conforman las de los movimientos globales. Respecto mi modelo analítico, estos tipos de impactos quedarán recogidos en la dimensión relacional, tal y como la he definido en el apartado 3.3 de este libro.

A continuación, repasaré las principales características de los movimientos globales y veré como casarían también con las del movimiento por la okupación. En primer lugar, la multidimensionalidad de las luchas presentes en el movimiento por la okupación nos recuerda a la primera característica de los movimientos globales. Las luchas que se llevan a cabo desde los centros sociales okupados abarcan, como hemos visto, un buen abanico de temáticas de los NMS (ecologismo, feminismo, etcétera) pero también, a su manera, las del movimiento obrero (luchas contra la precariedad), señalan así el capitalismo realmente existente como causante de las principales lacras sociales, tanto en las ciudades como en el (Calle, 2003; Martí, 2004).

En segundo lugar, el movimiento por la okupación también se caracteriza, como los movimientos globales, por el funcionamiento horizontal y en forma de red, con el uso de las nuevas tecnologías como herramienta movilizador y de coordinación. No en vano, ha sido desde las redes del movimiento por la okupación de donde han surgido las experiencias telemáticas más interesantes para los movimientos alternativos de España. Este es el caso de *Indymedia* o de *Nodo50*, que se han convertido en instrumentos de comunicación, coordinación y debate, indispensables por los movimientos sociales en todo el Estado. Por otra parte, fenómenos como los *hackmeetings* han convertido en varios centros sociales okupados.

En tercer lugar, la preferencia por un repertorio de protesta disruptivo y muy variado, que tiene en la acción directa y la desobediencia civil no-violenta sus herramientas principales. El mismo hecho de okupar se puede considerar una especie de insumisión cotidiana. Finalmente, la multimilitancia de sus activistas y su radicalidad ideológica, caracterizan, de igual forma, los núcleos más centrales del movimiento de movimientos y del movimiento por la okupación. Efectivamente, en el movimiento por la okupación se encuentran activistas de los movimientos antifascista,

gay-lésbico y feminista, independentista revolucionario, anticapitalista, ecologista y un largo etcétera.

Caracterizaré los movimientos por la okupación, pues, como precursores del ciclo de luchas contra la globalización neoliberal desde la perspectiva de los ciclos de movilización (Tarrow, 1997; Tilly, 19991). Las okupaciones, junto con otros movimientos de los años noventa como la insumisión, serían las protagonistas de la conflictividad social después de la prematura crisis de los NMS provocada por la pérdida del referéndum de la OTAN en 1986.

Así, los movimientos por la okupación presentarán características tanto de los NMS de los años setenta y ochenta, como los movimientos globales del inicio del nuevo milenio, tejiendo en ella incluso un hilo de continuidad. En todo caso, en la parte cronológica y en concreto al explicar la tercera etapa del movimiento por la okupación, profundizaré en las aportaciones del movimiento en el nuevo ciclo de luchas.

4.3 La okupación en Europa. Modelos y tipologías

En este apartado, presentaré una serie de modelos de okupación tomando como base un tipo de política comparada de movimientos para la okupación en Europa. Finalmente, caracterizaré el modelo (o modelos) de las okupaciones en España y explicaré los contextos sociales y urbanos en los que aparecen.

Las prácticas de okupación que surgen en Europa en los años setenta pueden considerarse, como hemos visto, un movimiento social. Ahora bien, ¿qué es okupar? Por el sociólogo y ex-miembro activo del movimiento okupa holandés Hans Pruijt (2003 y 2004) la respuesta es bien sencilla: okupar es vivir en (o usar de otra manera) inmuebles sin el consentimiento de su propietario. Podríamos añadir —tal como apunta Martínez (2004a)— que se trata de un movimiento que se centra en el acceso directo a un bien urbano escaso (la vivienda y los espacios de sociabilidad) y su defensa legítima.

De todos modos, existen y conviven diversas prácticas de okupación. Por sentido común, podríamos distinguir, en primer lugar, aquellas que se dedican a satisfacer una necesidad de vivienda de las que se convierten en

Centros Sociales Okupados (en adelante CSO) donde realizar todo tipo de actividades contraculturales en un espacio público no estatal, fuera de las lógicas burocratizadas (del Estado) o mercantilizadas (del sector privado).

Para ilustrar estos dos tipos ideales, presentaré una breve reseña histórica de la okupación en Alemania y en Italia. En el país hermano se produjeron las primeras ocupaciones con el movimiento estudiantil de 1968, y la segunda oleada, más significativa, se dio entre 1978 y 1980. Los primeros objetivos fueron casas afectadas por planes de saneamiento de barrios antiguos. En diciembre de 1980, violentos enfrentamientos durante un desalojo provocaron el salto del movimiento a los medios de comunicación y una extensión que le llevó a su punto álgido en 1984 (con 170 okupaciones). Después de una etapa de dura represión, el cambio de estrategia hacia la negociación por parte de la administración (la llamada línea berlinesa) provocó la división del movimiento. Los que negociaron, accedieron a alquileres bajos y a la inclusión de sus edificios en el programa de renovación de viviendas. Las casas que no negociaron fueron desalojadas y derribadas para construir edificios de lujo (Schäfer, 1997).

La línea berlinesa supuso pues una legalización que llevó a la institucionalización terminal del movimiento, en los términos que he planteado en la primera parte del libro. Esta legalización consistió en la transformación de los inmuebles okupados en alquileres públicos. Algunos activistas se “institucionalizaron”, constituyeron empresas de rehabilitación trabajando tanto para el ayuntamiento como para el mercado. La legalización abrió, además, una fuerte división entre sectores de activistas autónomos (Martínez, 2010b).

En 1990, después de la caída del Muro de Berlín, hubo okupaciones en el este Berlín y volvieron a haber negociaciones entre okupas, municipio y propietarios para conseguir contratos de alquiler asequibles (Martínez, 2010b). Podríamos afirmar que después de cada oleada de ocupaciones, las autoridades alemanas han acabado deliberadamente con el fenómeno de la okupación a través de una combinación de represión y legalización (Pruijt, 2004).

Por su parte, la okupación en Italia durante la década de los setenta, surgió amparada en el proceso insurreccional de 1977, movimiento que

representa el punto de encuentro de la lucha de clases, por un lado, y la lucha estudiantil procedente del 1968, de la otra. El modelo de okupación no era el de vivienda, sino el de centro social autogestionado. No existía la voluntad de presionar a la administración por el cambio de una política concreta, sino la de la agitación continua y la lucha contra el sistema capitalista. La mayoría de las okupaciones eran utilizadas para la juventud crítica y alojaban radios libres, grupos artísticos y colectivos políticos vinculados a la extrema izquierda y en el área de la autonomía (Herreros, 1999). La supuesta vinculación del movimiento con las Brigadas Rojas sirvió al Estado para reprimirlo, mediante la aplicación de la ley antiterrorista y la “guerra sucia”. Los principales líderes fueron encarcelados o asesinados, y se mantuvo la voluntad de silenciar la memoria del movimiento (Balestrini, 1988).

Sin embargo, aún existe un vigoroso movimiento de centros sociales autogestionados en Italia. Algunos de ellos, como el milanés Leoncavallo, han devenido emblemáticos. En este centro social histórico (okupado en 1975) se ha producido, además, uno de los ejemplos más avanzados de institucionalización flexible en los términos en que la definía en la primera parte. Como pruebas de la misma, cabe destacar: la creación de una fundación que persigue la cesión legal del espacio; la formalización organizativa del centro social; su promoción de empresas sociales; la hegemonía interna de un partido político comunista y su fuerte vínculo con las instituciones estatales (Mambretti 2003 y 2007 en Martínez, 2010b).

Se puede considerar institucionalización flexible ya que estos procesos no conducen a la muerte del movimiento, sino que conviven con un resurgimiento de las okupaciones en los años noventa y dos mil, al calor de las luchas contra la globalización capitalista. Sin embargo, el entorno de los centros sociales, han nacido iniciativas tanto significativas por los movimientos globales, como los *Tutte Bianchi*, posteriormente llamados *Ya Basta*, y *Disobedienti*. Precisamente los *Disobbedienti* han sido la única ala del movimiento, aparte del caso comentado del Leoncavallo, que se ha mostrado dispuesta a negociar e, incluso, ha participado con representantes políticos en las instituciones municipales en Roma, Milán y Venecia (Mudu en Martínez, 2010b).

Alemania e Italia han servido como modelos para la okupación en España. Pero la okupación ha sido importante y continúa vigente en muchos otros países de la Europa Occidental. En Gran Bretaña, por ejemplo, a lo largo de las décadas 1970 y 1980 se presentaron varias oleadas de okupaciones, asociadas algunas a la estética e ideología punk, pero también a la Carora de la vivienda debida al del Estado del Bienestar iniciado con los gobiernos de Margaret Thatcher. Hoy en día, singularmente en Londres, podemos encontrar un heterogéneo movimiento por la okupación, donde conviven CSO históricos —como el 56a, okupado desde 1988— con okupaciones punks, caravanas en terrenos okupados a orillas del Támesis e inmigrantes, en especial de países del Este como Polonia o ex-colonias como Nueva Zelanda. Hay que decir que, a diferencia de España, la okupación en Gran Bretaña no es un delito, sino que está amparada en la sección seis de la Ley Judicial. De esta manera, el Estado no puede actuar de oficio contra la okupación de inmuebles abandonados, sino que son los propietarios quienes deben llevar a juicio a los okupas para que se produzca el desalojo. El proceso civil es bastante rápido y la duración media de las okupaciones oscila entre los tres meses (Anning, Wate y Wolmar, 1980) y los cuatro meses (Wallach, 2005). Las casas desalojadas, sin embargo, son a menudo reokupadas, debido a la fuerte carestía de la vivienda en ciudades como Londres, que cuentan con más de 100,000 viviendas vacías. El endurecimiento de las leyes represivas y el recorte de libertades en marcha a raíz de los atentados terroristas de julio de 2005, apunta hacia una penalización de la okupación al estilo español. Sin embargo, el resurgimiento de los movimientos sociales a partir de Seattle (1999), ha favorecido también los CSO, que en el Reino Unido se han convertido en ejes sociales y culturales en una red que apoya la movilización en contra de la globalización capitalista (Klein, 2001).

En todo caso, Holanda es el país donde más impacto ha tenido la okupación. Y, sin duda, el que cuenta con mejores y detallados estudios sobre el movimiento. Así, Hans Pruijt (2004) distingue hasta cinco configuraciones de la okupación, que analizaré a continuación. Sin embargo, el caso de España es un poco diferente y hay que relativizar las categorías señaladas por Pruijt, muy influenciado, sin lugar a dudas, por

las características de la okupación en un país como Holanda, con muchos más años de experiencias okupas y una legislación que, al contrario de la española, da prioridad al derecho a la vivienda respecto al derecho a la propiedad.

Este hecho, y la propia idiosincrasia del movimiento okupa holandés —qué mayoritariamente considera un éxito del movimiento conseguir la legalización de las okupaciones o su conversión en vivienda social (Martínez, 2010b)— han llevado a un proceso de institucionalización flexible “ideal”. Así pues, en ciudades como Amsterdam, se producen desalojos y legalizaciones de forma alterna, en función de diferentes combinaciones de factores, pero sin socavar de forma sustancial el modo de vida autónomo de los que continúan okupando, ni su capacidad disruptiva (Owens a Martínez, 2010b).

De hecho, en mi estancia de tesis en Ámsterdam en 2004 asistí al proceso de desalojo del CSO Binnekant 12 (muy vinculado a los movimientos antiglobalización y de inmigrantes), al tiempo que se producía una intensa negociación para la legalización de otro centro social, Overtoorn 301. Los okupas de este centro social, de gran tamaño y también ligado a sectores de los movimientos globales, acabaron comprando el inmueble. La misma solución adoptaron los okupas de uno de los centros sociales más antiguos y emblemáticos de la ciudad, el Vrankrijk (Martínez, 2010b). Pero volvamos a las configuraciones de Pruijt.

A) La okupación basada en la pobreza

Esta configuración implica la participación de personas sin recursos económicos que realizan okupaciones debido a una situación extrema de privación de vivienda. Normalmente, estos okupas son ayudados por activistas, aunque se han dado casos de autoorganización en estos colectivos. Ejemplos de autoorganización encontramos en Italia a finales de los años setenta —cuando algunos sin techo ocuparon apartamentos de forma espontánea (Welschen en Pruijt, 2004)— o en Jun (Granada), donde en noviembre de 2005 decenas de personas provenientes de barrios marginales okuparon tres bloques de viviendas.

El tipo de edificio que es okupado en estos casos suele ser aquel que permanece vacío por razones inexplicables, que pertenece a instituciones que tienen obligaciones “morales” con las personas necesitadas (Iglesia o Estado) o que están sometidos a un largo proceso especulativo. El proceso de encuadramiento en este tipo de okupación es directo, ya que usualmente lo protagonizan familias que sufren la carestía de la vivienda y que reclaman respetabilidad. A menudo, estas familias son desalojadas violentamente y de manera irregular por cuadrillas de matones, contratadas por inmobiliarias (el caso de la Plaza del Norte en el barrio de Gràcia de Barcelona, en el año 2004) o por las propias instituciones, como fue el caso del ayuntamiento de Londres en los años setenta (Bailey, 1973). Este tipo de okupaciones no piden nada que implique cambios estructurales, y acostumbran a negociar, si se les da la posibilidad de alquileres bajos o realojos.

B) La okupación como estrategia alternativa de vivienda

Esta configuración incluye una variedad de situaciones personales y tipos diferentes de okupas. Pruijt detecta hasta siete. Los reproduciré con pequeñas adaptaciones para contextualizarlos a la realidad de la okupación en España. Por otra parte, y para simplificar, reduciré a seis este rango de posibles okupas en esta configuración:

- Personas que no entran en las categorías convencionales de exclusión social con fuerte privación de vivienda porque no están casados o no tienen hijos, o porque son jóvenes o poseen educación.
- Okupas que no eran antes indigentes, sino que vivían en un habitación alquilada o en un piso compartido “de estudiantes” y que querían mudarse a un apartamento. He puesto estudiantes entre comillas, ya que los altos precios del alquiler y la precariedad laboral empujan a numerosos grupos de jóvenes y no tan jóvenes (entre 30 y 35 años) a alargar la permanencia en los pisos que compartían con los compañeros de estudios (Trilla, 2004).
- Grupos de personas que quieren vivir en comunidad y que no encuentran en el ordenamiento legal vigente, ni en el mercado

inmobiliario mínimamente accesible, un tipo de vivienda que lo haga posible.

- Entusiastas radicales de la cultura “*do it yourself*”, que prefieren crear sus propias viviendas en lugar de tener que trabajar largas jornadas laborales en trabajos convencionales para poder pagar un alquiler.
- Personas de clase media en su origen que han decidido dedicarse a actividades que suponen escasos ingresos económicos como, por ejemplo, artistas, músicos, artesanos, pequeños agricultores ecológicos, etcétera.
- Grupos que no cumplen los estándares de respetabilidad de la okupación basada en la pobreza, por ejemplo porque son grupos vulnerables. Para este tipo de configuración, la pobreza no es un aspecto relevante, pero sí la precariedad laboral y las dificultades de acceder a una vivienda. Por eso mismo, los okupas que responden a esta configuración no solo no se estigmatizan como perdedores, sino que se enorgullecen de haber auto-creado una solución al problema de la vivienda. Su deseo máximo no es conseguir ayudas públicas, sino que “no les molesten”, “que los dejen en paz”. El ayuntamiento de Amsterdam compró en 1982, 200 edificios para legalizar okupaciones de este tipo y pactó arrendamientos de forma individualizada (Duivenvoorden en Pruijt, 2004 y Draaisma y Hoogstastraten, 1983).

Esta configuración de las okupaciones desarrolla formas contraculturales y políticas, que encajan perfectamente con las definiciones de movimiento social al uso. En primer lugar, ofrece oportunidades para la expresión subcultural, como por ejemplo en el caso de los punks. En segundo lugar, podemos hablar de un incremento del empoderamiento. Al okupar un inmueble y hacerlo habitable, los okupas satisfacen sus necesidades de vivienda por sí mismos. De esta forma, rompen el poder ejercido sobre ellos mediante la planificación de las ciudades, las listas de espera o las normas de los derechos de propiedad privada que requieren. Ponen solución, a la pregunta que lanzan en una de sus consignas, “gente sin casa y casas sin

gente: ¿como se entiende?”.

Finalmente, los okupas de esta configuración, o una parte de ellos, configuran el escenario okupa, forman parte de las estructuras del movimiento, sea a través de la asistencia mutua, las redes estructuradas sin división del trabajo o integrados directamente en otros movimientos del ciclo de protesta, normalmente dentro de la familia de “la izquierda libertaria” (Della Porta, 1995).

C) La okupación emprendedora

Para Pruijt, esta configuración sería el equivalente a lo que en España se conoce con el nombre de Centros Sociales y de los que hablaré más extensamente en el siguiente apartado, pues ha sido la expresión más conocida de la okupación en los casos que se analizan. En síntesis, bajo esta configuración, la okupación se convierte en una buena oportunidad para crear espacios sociales, sin necesidad de poseer grandes recursos ni de arriesgarse a perderse en interminables trámites burocráticos. Por otra parte, la gestión de los centros sociales capacita a los y las propias okupas, permite a personas en situación de desempleo implicarse en tareas productivas, suponiendo este hecho un curioso medio camino entre la “mentalidad de gueto” y la posible normalización como empresa social.

Este último hecho, se ha dado en algunos casos en España, cuando personas provenientes del movimiento okupa han regularizado bares, restaurantes, distribuidoras de libros y música, talleres de serigrafía, etc. El tema de la negociación y la legalización de los centros sociales okupados, merecerá también un análisis en profundidad.

D) La okupación conservacionista

En esta configuración okupar se convierte en una táctica usada en la preservación del paisaje rural y urbano. En los vecindarios que están bajo amenaza de cambio de función, existen oportunidades para que aparezcan coaliciones entre los okupas y los “legales”, que serían los habitantes tradicionales. Un claro ejemplo de este tipo de coalición lo encontraríamos en el Forat de la Vergonya en el barrio de la Ribera (Ciutat Vella) de Barcelona. En otros casos, más propios de la okupación rural, como la okupación de

casas de campo también en Cataluña, o de pueblos abandonados de todo el Estado (Navalquejigo en Madrid, Sasé en Huesca y muchos otros en el Pirineo vasco-navarro), la okupación suele también actuar como obstáculo a la construcción de infraestructuras como carreteras, embalses o túneles. Las primeras okupaciones de este tipo fechan de finales de los años setenta, en una zona de Cataluña situada en los límites del Vallés Occidental y el Vallés Oriental conocida como Els Gallecs, cuando trescientas personas, muchas de ellas vinculadas a organizaciones ecologistas, okuparon treinta casas integradas en un proyecto urbanístico abandonado (Calle, 2005). Hoy en día, el Parque Natural de Els Gallecs, aún es objeto de luchas ecologistas para su conservación, y algunas de las familias de los años setenta siguen defendiendo sus viviendas (Villaroya, 2015).

E) La okupación política

En esta configuración, que según Pruijt es aquella en la que se identifican los activistas antisistema, okupar es interesante ya que supone un elevado potencial de confrontación contra el Estado. Para Pruijt, si bien esta configuración puede conseguir mejores escenarios para los okupas como dotarlos de una mayor organización que hace que se les tomen más en serio las instituciones, también incluye manipulación, vanguardismo y facilidad para la criminalización. Basándose en su propia experiencia, la del entorno okupa holandés de los años ochenta, con enfrentamientos fuertes entre las diversas configuraciones de la okupación, Pruijt da una visión un tanto sesgada. En el caso español, es cierto que diferentes corrientes políticas trabajan en el mundo de la okupación (autónomos, anarquistas, izquierda independentista revolucionaria en Cataluña y Euskadi, etc.), pero sin estar tan alejadas de las diversas configuraciones. Por ejemplo, muchos centros sociales okupados, además de espacios sociales son también espacios de articulación política de colectivos, campañas e incluso de organizaciones. Por otra parte, algunos “okupas políticos” son también okupas de la segunda configuración, la de la estrategia alternativa para conseguir una vivienda. Por tanto, la configuración de los “okupas políticos” puede servir para profundizar en las motivaciones principales de algunas okupaciones, pero nunca para separarlas artificialmente de las otras.

En definitiva, podemos tomar estas configuraciones como tipos ideales que raramente se dan de forma pura en la realidad, donde a menudo detrás de cada casa okupada se pueden entrever características de más de una de ellas.

4.4 La okupación en España. Prácticas y contextos sociales

El contexto social concreto de la okupación en España nos ayudará a entender qué tipo de prácticas de okupación predominan. En primer lugar, definiré este contexto social como producto de los procesos de desestructuración de redes sociales que genera la globalización neoliberal, en forma de una precariedad vital y de unos riesgos de exclusión social creciente entre la población. Haré especial énfasis en los jóvenes, pues son el fragmento de edad predominante en el mundo de las okupaciones y confieren a este movimiento varias peculiaridades. A continuación analizaré las okupaciones en España en función de dos elementos más: el primero, de carácter político-ideológico, hará referencia a la influencia de la izquierda radical; el segundo abordará el punto de vista urbanístico, es decir, donde se desarrollan “físicamente” con más facilidades las okupaciones. Finalmente, caracterizaré el movimiento en España según las configuraciones o modelos de okupación explicados en el apartado anterior.

La problemática concreta de la vivienda en España y la crisis económica de 2008, son los principales contextos de surgimiento y pervivencia del movimiento por la okupación. La crisis ha producido un leve retraso en la ya de por sí elevada edad de emancipación de los jóvenes españoles. El elevado precio del alquiler y de la compra de vivienda es uno de los motivos de este retraso, que sitúa en unos 29 años la edad media de emancipación de los jóvenes españoles, frente a los 23 años de Finlandia, por ejemplo. De hecho el porcentaje de jóvenes emancipados de 16 a 34 años ha pasado de 44.8% en 2007 a 44.1% en 2011 (Moreno, *et alt.*, 2012: 180).

El precio medio de la compra y el alquiler han sido durante muchos años elevadísimos. En Barcelona, por ejemplo, en 2005 el esfuerzo económico para comprar un piso era de 1475 euros al mes y para alquilarlo de 735, lo que suponía 45.1% de los ingresos de un hogar medio, muy por encima

del máximo de 30% recomendado por Naciones Unidas (Trilla y López, 2007: 752).

Al mismo tiempo, el enorme parque de pisos vacíos, fruto de la especulación inmobiliaria, no ha hecho más que crecer. Así si el censo del Instituto Nacional de Estadística de 2001 contabilizaba unos 3.1 millones, el último censo de 2011 situaba la cifra en seis millones. Estas cifras se deben también al modelo de crecimiento español, basado fuertemente en la construcción, que en 2007 llegó a representar 9.3% del PIB (más del doble que en Estados Unidos) (Romero, 2010: 18).

La temporalidad de los contratos laborales y las tasas de paro altísimas (de más de 25% y de más de 40% en el caso de los jóvenes) forman parte también de este contexto que dificulta el acceso a la vivienda a millones de personas. Paralelamente, en la ciudad de Barcelona se ejecutaban 30 desahucios diarios en 2009, según la Plataforma por una Vivienda Digna (*El Debat.cat*, 11 de febrero de 2009). En el total de España 500 personas perdían la casa diariamente desde 2008 según datos de las Plataformas de Afectados por las Hipotecas (PAH) (*El País*, 3 de junio de 2010). La crisis de las hipotecas ha disparado los desahucios —unos 400,00 desde que comenzó la crisis en 2008— el endeudamiento de por vida de miles de personas y el aumento del número de suicidios con este motivo como causa directa (Colau y Alemán, 2012: 32)

Al mismo tiempo la insuficiencia de las políticas de vivienda, que priorizan los intereses de propietarios y mercado sobre el derecho a la vivienda (aunque este está recogido incluso en el CE, art. 47) se han hecho evidentes en los últimos años (González, 2015). Por otra parte, las condiciones de acceso y las colas para obtener vivienda pública de compra o de alquiler dificultan mucho la solución a este problema. Las experiencias en vivienda pública municipal en España, han sido decepcionantes en este sentido, con límites salariales demasiado altos por abajo y por arriba que combinados con el método del sorteo, perjudican a los jóvenes de clase popular; o requisitos de ciudadanía, que imposibilitan el acceso a los recién llegados.

El tercer elemento de contexto social que creo esencial para explicar la aparición del fenómeno de la okupación en España es la falta de espacios

de sociabilidad para la juventud. Las primeras ocupaciones de los años ochenta, como veremos en el relato cronológico, aparecían muy ligadas a las realidades de los grupos musicales juveniles, que no tenían locales para ensayar. Pero, evidentemente, no es esta la única función de un CSO (Centro Social Okupado). En estos espacios, se pueden llevar a cabo actividades formativas, charlas, proyección de películas, fiestas y un largo etcétera. Algunas voces críticas podrán decir que estas funciones ya las hacen los Centros Cívicos de las administraciones locales, pero, en todo caso, no son pocos los jóvenes que los perciben como espacios ajenos a sus intereses, gobernados por el partido de turno o sometidos a las lógicas de la burocracia.

Por otra parte, la oferta de cultura y ocio del mundo privado, se vuelve, en palabras de los propios okupas entrevistados, cada vez más alienante, con la profusión de grandes superficies, macro-discotecas y multicines, que fomentan el consumo a discreción. Además de las “prestaciones” logísticas, los CSO cumplen una tarea de re-articulación de las redes sociales locales, destrozadas por el proceso de globalización neoliberal, y de generación de identidades antagonistas a la uniformidad del consumo de masas. Las redes informales que se establecen en las okupaciones y desalojos, en la generación de estos espacios autónomos de expresión que son los CSO, son percibidas por los y las okupas como una recuperación positiva de soberanía sociovital (Calle, 2005).

En palabras de Martínez (2010a), al okupar, no solo se sustraen inmuebles abandonados de las lógicas especulativas-capitalistas, sino que se genera el principal recurso para llevar a cabo la autogestión colectiva y para reanudar las relaciones sociales y las formas de vida que retan directamente a las imposiciones del mercado y de la legalidad y las instituciones a su servicio.

La precariedad laboral creciente, las dificultades para acceder a una vivienda y la escasez de espacios de sociabilidad no mercantilizada en las sociedades del capitalismo avanzado, son, pues, las condiciones sociales que propician la okupación. Pero hay que tener en cuenta al menos dos elementos más para explicar que, en algunos lugares, aparecen okupaciones y en otros no. El primer elemento, que hace referencia a la propia historia

de los movimientos sociales urbanos, será la presencia significativa o no, actual o en el pasado, de tradiciones políticas de la extrema izquierda, sea libertaria, autónoma o marxista revolucionaria. El segundo, serán las características físicas del territorio, y concretamente tratándose de una práctica social que en buena parte se produce en los entornos urbanos.

Como afirma Marina Marinas (2004), la reapropiación de espacios siempre ha sido considerada por la izquierda radical como un recurso movilizador de primer orden, no solo por lo que supone como lucha contra la especulación, sino también porque constituye un reclamo de legitimidad creciente en el interior de una base social expansiva muy sensibilizada por la segregación social que sufren los jóvenes.

Según Tomás Herreros (2004b), la crisis de los partidos de extrema izquierda como la LCR o el MC, y sus respectivas fusiones a principios de los años noventa fue al mismo tiempo causa y consecuencia de la aparición de núcleos significativos de los movimientos por la okupación en algunos barrios. Así, muchos de los colectivos antimilitaristas, gay-lésbicos y estudiantiles, creados por la izquierda radical a finales de los años ochenta o, a veces, sus propias juventudes entraron en crisis con sus organizaciones partidarias de referencia. Por otra parte, estas organizaciones desaparecieron y algunos de estos colectivos evolucionaron hacia un renovado interés por el anarquismo, la forma de organización asamblearia y el tratamiento de problemáticas más locales y cotidianas. Este hecho llevó a la síntesis de colectivos que procedían de la izquierda radical con otros de tradición anarquista. Este fue el caso de Lucha Autónoma en Madrid o del Kasal Popular de Valencia (Herreros, 2004a).

Por otra parte, las entrevistas realizadas a okupas que a finales de la primera década del siglo XXI tenían más de 35 años, confirman la hipótesis de Herreros, al ser muchos de ellos y ellas ex-militantes de la LCR o el MC, o de algunos colectivos de movimientos sociales impulsados por estos dos partidos. Finalmente, en el caso de Cataluña, veremos sinergias entre la okupación y el independentismo revolucionario. De alguna manera, se podría afirmar que en aquellos barrios donde la izquierda radical ha tenido o tiene presencia, es más fácil que surjan movimientos por la okupación.

Desde el punto de vista urbanístico, Martínez (2002 y 2004a) apunta

que, como tendencia general, las okupaciones en España se suelen localizar en los centros históricos y urbanos (Lavapiés y Tetuán en Madrid; Raval, Ciutat Vella, Gràcia o Sants en Barcelona; Alameda de San Luis en Sevilla, el Carme y Ruzafa en Valencia, etc.); en áreas de reconversión industrial y fábricas o instalaciones deslocalizadas (el cinturón industrial en Barcelona o el margen izquierdo en Vizcaya); y, finalmente, en zonas de renovación urbana con “grandes proyectos” terciarios o residenciales (Poble Nou en Barcelona o El Cabanyal en Valencia). A estas tres ubicaciones preferenciales, hay que añadir la okupación en zonas periurbanas (como Collserola en Barcelona o Leioa en Vizcaya), naves industriales aisladas o periféricas, propiedades abandonadas por el estado (el tercer Miles de Viviendas en la Barceloneta y la Kasa de la Muntanya en Gràcia, ambos situados en antiguos cuarteles de la Guardia Civil) o la iglesia (como La Escuela Popular de la Prosperidad en Madrid o el Gaztetxe de Santutxu en Bilbao) y edificios de viviendas sin licencias (Miles de Viviendas 1 y 2, primero en la Trinidad y luego en el Eixample Derecho de Barcelona, El Puntal o Esperanza 8, en el barrio de Lavapiés de Madrid).

Una vez definidos los contextos que facilitan la aparición de la okupación en España, hay que reconocer, sin embargo, que la okupación no se ha convertido todavía en una respuesta masiva por parte de la población, aunque en algunas zonas, como Cataluña, las cifras son bastante significativas. Igualmente, no llegan a la densidad de okupaciones que tuvieron los movimientos en otros lugares, como Holanda o Gran Bretaña. En 2005, la Generalidad de Cataluña cifraba en 400 las okupaciones de viviendas (Radio 4, noviembre de 2005), mientras que por ejemplo en Amsterdam, en 1981 —momento álgido del fenómeno en esta ciudad— un estudio cifraba en 9,000 los okupas alojados en la ciudad (Van Der Raad a Pruijt, 2004).

Pero, ¿cuál es la configuración de la okupación predominante en España? ¿Cuáles son las motivaciones principales para okupar? ¿Cuál es el perfil social del “okupa”, si se que hay alguno definido? Sin olvidar algunas experiencias del primer modelo de Pruijt (2004) —el de la okupación basada en la pobreza— como las okupaciones vecinales de los años setenta en Madrid, Barcelona, Sevilla, Málaga o Terrassa (Gutiérrez, 2004), o las

más recientes de los cuarteles de Sant Andreu; podríamos decir que la okupación en España en los últimos 20 años se ha encontrado a caballo entre la estrategia alternativa para acceder a una vivienda y la okupación política, combinada con experiencias emprendedoras de autogestión a través de los CSOA (Centros Sociales Okupados Autogestionados).

En los últimos años están reapareciendo con fuerza las okupaciones debidas a la pobreza, motivadas por la incipiente subida de los precios de los alquileres y la gran cantidad de viviendas vacías. Este mismo hecho, también ha incrementado la presencia de la segunda configuración, que además, en ciudades con gran atractivo turístico como Barcelona, es protagonizada cada vez más por okupas extranjeros de países desarrollados (Italia, Holanda, Alemania o Gran Bretaña), lo que dificulta la articulación con la configuración de los y las okupas políticos y de los centros sociales, al tratarse de personas con culturas políticas diferentes y poco arraigo local.

En todo caso, en la mayoría del periodo estudiado, y a diferencia de otros países como Holanda, las diversas configuraciones de la okupación, en especial —como decíamos— la estrategia alternativa para obtener una vivienda y la okupación política, se han combinado sin dificultades aparentes. Probablemente, la cultura política de la izquierda radical holandesa es muy diferente a la de España, donde las raíces libertarias atraviesan todas las corrientes.

La okupación en España tendría una condición ambivalente. Es decir, por un lado, la okupación se puede entender como un arma de combate para llevar a cabo un proyecto transformador que responde a una ideología concreta y previamente definida. Otra visión correspondería a la okupación como medio para poner en marcha proyectos de experimentación personal y colectiva, siguiendo pautas de comportamiento alternativas, bajo una lógica de insumisión cotidiana entre los integrantes del colectivo. Evidentemente, estas dos categorías teóricas no son taxativas sino que responden a los dos extremos del continuo donde se situarían las diversas experiencias de okupación en España. En cualquiera de los casos, la opción vital de los y las okupas tiene claras connotaciones políticas. Fenómenos como el reciclaje como método para obtener los productos básicos para la subsistencia, la práctica del vegetarianismo como opción alimentaria,

los medios de transporte no contaminantes como la bicicleta o la propia convivencia dentro de estructuras no familiares, con predominio de relaciones antisexistas, no jerárquicas y no autoritarias, tienen una clara voluntad transformadora de la sociedad actual (Castillo y González, 1997).

Por otra parte, muchas de las okupaciones en España manifiestan el hecho expreso de practicar la okupación como medio para llevar a cabo otras luchas paralelas de clara voluntad transformadora. Se considera que las okupaciones conjugan en sí mismas objetivos ambivalentes: son, por un lado, fin en sí mismas, espacios recuperados en un sistema de propiedad basado en la especulación y en el predominio del valor de cambio sobre el valor de uso ; pero, al mismo tiempo, son un medio para llevar a cabo una lucha global contra el sistema. Esta última finalidad se aprecia de manera más evidente en las okupaciones que llevan a cabo proyectos de CSOA, Casal Popular, Ateneo o Gaztetxe, es decir, las que Pruijt (2004) situaba en la cuarta configuración, la de la okupación emprendedora, pero que en el caso de España se separarían poco o nada de la okupación política.

4.5 Breve historia de la okupación en España

Para fijar las etapas de la historia de la okupación en España, he recurrido a la teoría de las estructuras de oportunidad política (EOP), considerando que se subsumen en las teorías de ciclos. Como hemos visto en el marco teórico, las EOP son las dimensiones consistentes del entorno político que fomentan o desincentivan la acción colectiva.

Así, los elementos para pasar de una etapa a otra tendrán relación con el cambio en el comportamiento de las diversas dimensiones de las EOP que ha destacado la literatura de movimientos sociales (Tarrow, 1997; McAdam, 1998; Kitchlet, 1996). Estas son principalmente las siguientes: la apertura o cierre relativo del sistema político institucionalizado, la estabilidad o inestabilidad del alineamiento de las élites, la presencia o no de élites aliadas, la capacidad o propensión del Estado a la represión, la capacidad de respuesta del sistema político y los ciclos de protesta. También se tendrán en cuenta las estructuras de oportunidad cultural, consideradas dentro de la faceta de creación de oportunidades para la acción por parte del propio movimiento (McAdam, 1998; Jiménez, 2005).

En el siguiente apartado comentaré la evolución de los movimientos por la okupación en España en un periodo de 30 años (1984-2014), distinguiendo tres etapas, dos muy claras que toman como punto de inflexión principal el año 1996, y una tercera, a partir del aterrizaje en España del nuevo ciclo de luchas contra la globalización neoliberal. Periodizar la historia de un movimiento es siempre un ejercicio sujeto a imprecisiones, y en el caso de un movimiento tan reciente y vivo como el de okupación quizá más. Por ello, cabe destacar la coincidencia con otros investigadores al considerar el año 1996 como punto de inflexión en la historia del movimiento (Herreros, 2004a; Asens, 1999; Martínez, 2002; AA. VV, 2002; Adell, 2004).

Ese año supone el salto a la agenda pública de la temática de la okupación a partir de tres factores principales de oportunidad política y de movilización. En primer lugar, la entrada en vigor del nuevo Código Penal, que supone la criminalización legal del movimiento. En segundo lugar, el desalojo del Cine Princesa en Barcelona, que por la importancia y popularidad de este CSO, así como por la espectacularidad y violencia del desalojo, supone el acceso del movimiento a la opinión “pública”. Y, finalmente, la entrada de nuevas sensibilidades dentro del movimiento en esa misma época, provenientes, especialmente, del antimilitarismo y del movimiento estudiantil, que le dotan de una creciente capacidad de movilización e incidencia pública (González, Blas y Peláez, 2002).

El segundo momento de cambio se da a partir de 2001, con la combinación de la pérdida de protagonismo del movimiento por la okupación y su integración en las redes de movilización de los NMG y la utilización de la herramienta de la okupación por una gran diversidad de colectivos que superan el estricto campo de la okupación de los años ochenta y noventa. Finalmente, la crisis económica de 2008, sus consecuencias en forma de políticas de austeridad presupuestaria y los movimientos en contra de las mismas y de la clase política, como el 15M en 2011, marcan el último cambio en las EOP analizado en esta investigación.

4.5.1 Nacimiento y consolidación (1984-1995)

A pesar de que he decidido agrupar en una sola etapa todo el período previo a la entrada en vigor del nuevo Código Penal, destacan en estos

primeros años de okupación algunos elementos de cambio. Por ejemplo, a partir de 1992 se produjo una apertura del movimiento, con la entrada en el escenario okupa de planteamientos más globales y abiertos que en las primeras okupaciones, derivados estos de la incidencia del movimiento estudiantil, antimilitarista y feminista, entre otros (González, Blas y Peláez, 2002; Herreros, 2004a).

En Cataluña, las primeras okupaciones fueron en el barrio de Gràcia, en 1984, donde la práctica de la okupación iba ligada a la necesidad de vivienda. La okupación de Cross, en el barrio de Sants y, especialmente, la del Ateneo de Cornellà de Llobregat, en 1986, permitieron la obtención de locales de reunión de colectivos. Más adelante, el Ateneo Libertario de Gràcia de la calle Perill, se sensibilizó con la temática okupa y acabó convirtiéndose en la sede del movimiento a principios de la década de 1990. Fue el momento álgido de las okupaciones en Gràcia, donde destaca la okupación de la Kasa de la Muntanya en 1989, antiguo cuartel militar que aún en 2015 resiste la presión de los desalojos y la criminalización.

En este contexto, surgió el primer embrión de la Asamblea de Okupas de Barcelona, que serviría para coordinar especialmente en las casas de los barrios de Gràcia y Guinardó, y que tendría cierta continuidad entre 1989 y 1992. En este último año, en 1992, se produjo —como se ha señalado anteriormente— el primer elemento de cambio en la historia del movimiento catalán por la okupación: las luchas anti-juego-olímpicos, que desembocaron en una contundente denuncia de la especulación inmobiliaria mediante las okupaciones de Murtra, Poble Nou y el Casal Popular del Guinardó. Sería a través de estos proyectos que se llevaría a cabo una apertura y un trabajo con la gente de los barrios de manera más palpable.

La vinculación del movimiento universitario de izquierda radical con la okupación se inició con La Garnacha, antigua cooperativa vinícola, okupada por gente procedente de la Universidad de Barcelona (UB) y que desembocaría en el CSO Hamsa en el barrio de Sants. Otros puntos de contacto con el entorno universitario fueron el Colectivo de Solidaridad con la rebelión zapatista y las campañas contra el Fondo Monetario Internacional (FMI) y la Europa del Capital. Durante los años 1994 y

1995 se consolidaron los lazos entre el movimiento por la okupación y el movimiento estudiantil radical. Paralelamente, se produjo una “salida de las casas” con voluntad de trabajar en otros campos fuera de la estricta okupación y su entorno más cerrado.

En cuanto a Euskadi, el nacimiento del movimiento por la okupación ocurrió, sobre todo, en torno a los movimientos juveniles de los años ochenta, con estéticas punk y de rock radical, así como ideologías contestatarias. Comenzaron a aparecer *gaztetxes* por toda Euskal Herria: Guipozkoa (Andoain, Antzuola, Azkoitia, Oñati, etcétera), Araba (Llodio) e Iparralde (Baiona). En estos lugares se dieron las primeras okupaciones en 1983 y 1984 (AA. VV, 2001). A mediados de la década de los ochenta, en una segunda oleada de ocupaciones, encontramos el nacimiento de algunas de las más emblemáticas: la de la antigua sede de la Bolsa de Bilbao y la del Gaztetxe de Gazteiz (Vitoria), así como la Euskal Jai de Pamplona-Iruñea.

En Madrid, una incipiente Asamblea de Okupas, que por entonces se reunía en el Kasal Popular de Arregui, protagonizó la histórica okupación de Minuesa en 1987. Entre 1990 y 1992, se impulsó el primer intento de agrupar el movimiento autónomo en torno a la coordinadora de colectivos Lucha Autónoma. Las movilizaciones contra la capitalidad cultural de Madrid en 1992, y el encuentro contra el neoliberalismo “Las Otras Voces del Planeta” de 1994, representaron la apertura del movimiento okupa madrileño a otros aspectos de la movilización social. Finalmente, en 1994, la fusión de los dos principales proyectos contrainformativos del movimiento autónomo, la agencia de noticias UPA y el boletín *Molotov*, supuso un salto adelante de la comunicación alternativa (Casanova, 2002).

En resumen, en esta primera etapa, la estrategia parece más dirigida a la identidad que el poder, es decir, a la creación de una contracultura con cierto apoyo social. La primera apertura del movimiento a partir de las okupaciones de 1992, la asunción de un discurso más global —aunque solo fuera el de los “antis” (anticapitalismo, antimilitarismo, antifascismo, antihomófila o antipatriarcal)— así como el trabajo de base en los barrios, comenzaron a conformar el embrión de una red con potencial movilizador y transformador.

4.5.2 La etapa dorada (1996-2000)

El mes de enero de 1996, después de los trabajos realizados a finales del año anterior por la Coordinadora Contra el Nuevo Código Penal, en la que habían participado varios colectivos de toda España, se convocó a una asamblea en el Casal Popular del Guinardó (Barcelona) para debatir cómo afrontarían la criminalización de la okupación. La respuesta de los poderes públicos a un problema social real, como es la carestía de la vivienda y la falta de espacios de sociabilidad para los jóvenes, fue la represión hacia un movimiento que ponía en evidencia estos problemas de forma clara y contundente.

El artículo 245.2 del Capítulo V del Nuevo Código Penal tipificaba como nueva conducta delictiva el hecho de “ocupar sin la debida autorización un inmueble, una vivienda o un edificio ajenos que no constituyan hogar, o mantenerse en contra de la voluntad de su titular” (Baucells, 1999: 32). La okupación pacífica de bienes inmuebles dejaba de ser un conflicto civil entre las dos partes, los ocupantes y el propietario legal del edificio, para formar parte del derecho penal. En concreto, el Nuevo Código Penal tipificaba como delito de usurpación, la okupación sin autorización de un inmueble, vivienda o edificio ajeno, castigando con condenas de tres a seis meses para las okupaciones sin violencia; seis a 18 meses en el caso de las okupaciones con violencia o intimidación a las personas. De esta manera un hecho que con anterioridad correspondía a la jurisprudencia civil, como acto ilegal, correspondería ahora a la penal como delito. El sistema judicial y policial no necesitará esperar a la denuncia de un propietario sino que podrá actuar de oficio, ordenando y ejecutando desalojos (Herreros, 1999). Según muchos juristas, sin embargo, la criminalización de la okupación pacífica de inmuebles abandonados violaría el principio de “intervención penal mínima” y el principio de “última ratio” (Baucells, 1999).

En todo caso, la criminalización de la okupación en el Nuevo Código Penal, que entró en vigor en 1996, marcó el inicio de una expansión considerable del movimiento. La estrategia de represión radical del movimiento por parte de las instituciones supuso paradójicamente la revitalización y rotundo crecimiento de este y de la red crítica de apoyo a la okupación. Un informe de la Policía Nacional de marzo de 1998, titulado

“Estudio sobre okupas de la ciudad de Barcelona”, pretendía resolver “el enigma” con estas consideraciones:

En un amplio estudio sociológico sobre las tribus urbanas de Barcelona, realizado en 1993 y actualizado en 1995, se hablaba de los okupas como un grupo de tendencia estable aunque en ligera regresión ¿Como se explica, entonces, su eclosión espectacular en 1996? Se equivocaron los sociólogos en sus estudios sobre las trece subculturas juveniles detectadas en Barcelona; ¿eran los okupas una tribu dormida que ha decidido pasar a la hiperactividad reivindicativa tras incluir la penalización de la usurpación de la vivienda en el Código Penal? o ¿son un grupo instrumentalizado y utilizado por organizaciones antisistema más estructuradas que han encontrado en ellos el filón que les da una causa que puede contar con cierta comprensión social y mediática? (Policía Nacional, 1998).

El resto del “estudio” —de muy poca calidad y rigurosidad— criminalizaba el movimiento, con el habitual procedimiento de vincularlo a la organización juvenil vasca Jarrai (posteriormente Haika y Segi) y con acciones de protesta social contra entidades financieras, inmobiliarias y empresas de trabajo temporal (ETT). En todo caso, he creído conveniente incluir esta cita, que muestra cómo la misma Policía Nacional apuntaba al Nuevo Código Penal como estrategia contraproducente, si consideramos que debilitar la posición del movimiento y proteger la propiedad privada era el objetivo de los Poderes Públicos al elaborar y aplicar la nueva norma.

Pese a que es muy difícil cuantificar el fenómeno de la okupación en España, contamos con algunos datos numéricos que hacen referencia a esta etapa y a los inicios de la siguiente. Según la Comisión de estudio sobre el “movimiento okupa” de la Secretaría General de la Juventud de la Generalidad de Cataluña, entre 1996 y 1998, las casas okupadas en el Principado de Cataluña pasaron de 40 a 150 (Comisión, 1998), concentradas mayoritariamente en Barcelona. A pesar de las intensas campañas de desalojos en 1998 —50 con 500 detenciones— (*Contra-Infos*, 2000); en

2001 —32 desalojos con 27 nuevas okupaciones como respuesta— (*El Periódico*, 15 de diciembre de 2001); en 2003 se contabilizaban alrededor de un centenar de okupaciones en el área metropolitana de Barcelona, siendo al menos 28 de ellas centros sociales (González, 2004).

En Madrid, sin llegar ni mucho menos a la densidad de okupaciones de Cataluña, también se disparó la solidaridad con el movimiento okupa a partir de la entrada en vigor del Nuevo Código Penal. Este hecho se puede comprobar con el aumento de convocatorias y manifestantes a favor de la okupación durante el bienio 1996-1998 (Adell, 2004). En el conjunto del Estado español, solo en el periodo que va de 1996 a 1999 se contabilizaron 117 desalojos y 128 nuevas okupaciones (Calle, 2005).

Esta etapa dibujaba unas estructuras de oportunidad política cerradas para recibir las demandas del movimiento, y una respuesta básicamente represiva, como se vería en el desalojo del Cine Princesa en Barcelona. A pesar de la sucesión de actos y manifestaciones en solidaridad, el día 28 de octubre de 1996, un impresionante dispositivo policial asaltó el cine okupado a las seis de la mañana y logró desalojarlo después de dos horas y media de enfrentamientos con los okupas que intentaban resistir. La actuación policial fue criticada por las asociaciones vecinales y por todos los partidos políticos, excepto el Partido Popular (PP). A las ocho de la tarde se produjo una manifestación de protesta de unas dos mil personas para reclamar la libertad de los detenidos y contra la actuación policial. Al pasar por la Jefatura Superior de Policía de Via Laietana, se produjeron violentos enfrentamientos entre manifestantes y fuerzas del orden, que se prolongaron hasta altas horas de la madrugada por las calles adyacentes.

En este contexto, hay que entender los hechos del 15 de marzo de 1997, cuando se celebró un concierto multitudinario en el Paseo del Born de Barcelona en apoyo al movimiento. La cifra de asistentes superó las diez mil personas y la colaboración de la FAVB (Federación de Asociaciones de Vecinos de Barcelona) fue decisiva. La dinámica iniciada por el desalojo del Cine Princesa supuso el comienzo de la mejor etapa del movimiento en Cataluña. Durante los años 1996, 1997 y 1998, la Asamblea de Okupas de Barcelona se reunió regularmente, convirtiéndose en un mecanismo de coordinación importante para los movimientos alternativos de la ciudad.

Durante esta “época dorada” del movimiento en Cataluña, se produjeron varias acciones espectaculares y significativas. La manifestación más masiva de apoyo a la okupación se produjo el 28 de febrero de 1997: por la noche, cinco mil personas recorrían el centro de Barcelona para acabar en el barrio de Sants, ante el CSO Hamsa, que tenía orden de desalojo para el día siguiente. Una concentración de más de 300 personas, que pasaron la noche ante la Hamsa esperando el desalojo, hacía echar atrás (una vez más) los propietarios de la fábrica okupada. Cabe destacar también, por su simbolismo, la acción del 19 de marzo de 1998, cuando se colgó una bandera okupa en el Parlamento de Cataluña, sustituyendo la española. La acción reivindicaba la despenalización de la okupación y se saldó con tres detenidos, que un año después serían juzgados por “alteración grave del orden en un edificio público”.

En Madrid, las manifestaciones antifascistas del 20 de noviembre de los años 1996, 1997 y 1998, organizadas por la coordinadora de colectivos Lucha Autónoma, fueron también una muestra de esta “etapa dorada” del movimiento de las okupaciones. Aunque la cúspide de movilización, en torno a la temática okupa, se dio a las protestas por el desalojo del CSO La Guindalera, el 10 de marzo de 1997, que se saldaron con 165 personas detenidas. Por otra parte, también en esta etapa se consolidaron los principales canales de contrainformación que conquistaron nuevos espacios comunicativos, si bien eran de consumo excesivamente interno, permitían a las personas que iniciaban su vinculación al movimiento encontrar “su” información. *Contrainfos* en Cataluña o *Molotov* en Madrid son los ejemplos más significativos en este campo.

En los años siguientes (entre 1998 y 2000), aunque el movimiento okupa ya no fue portada de los diarios, se produjeron manifestaciones interesantes. Por ejemplo, la Manifestación contra la Especulación Inmobiliaria del 15 de abril de 2000 movilizó a 4,000 personas en Barcelona, las cuales realizaron murales, performances y acciones diversas en las sedes de las principales entidades especuladoras de Barcelona. También destacó el éxito de las movilizaciones antifascistas del 12 de octubre de 2000 en Barcelona, convocadas por la Plataforma Cívica por un 12 de Octubre en Libertad,

la que puso de manifiesto la capacidad de coordinación del movimiento con otros colectivos, incluidas las asociaciones vecinales. En Madrid, las manifestaciones contra los desalojos de los CSO, El Laboratorio 2 y Amparo 24 reunían un total de siete mil manifestantes (Adell, 2004).

En todo caso, en estos años, el movimiento comenzaba a reflejar ciertos síntomas de cambio. Por un lado, los espacios de coordinación y organización interna se fueron perdiendo para afirmar las identidades particulares de cada casa okupada. Por otra parte, la estrategia represiva del Estado y de los actores formales de la arena política, provocó un estado de conflicto permanente con la policía que llegó a su punto álgido en 2001. Ya no se trataba de la habitual criminalización de los medios de comunicación (Barranco, González y Martí, 2003) sino que el Estado pasó a la acción con amplias operaciones antiterroristas contra algunas personas relacionadas con la protesta okupa, acusadas de pertenecer a ETA en Barcelona o a los GRAPO en Madrid (Asens, 2004).

4.5.3 El movimiento okupa y los movimientos globales (2001-2008)

Son varias las aportaciones que apuntan hacia el inicio de un nuevo ciclo en el movimiento de las okupaciones a partir del año 2001 (Martínez, 2007; Herreros, 2004a; González, Blas y Peláez, 2002; Miró, 2001). Los cambios operados en las estructuras de oportunidad política del movimiento fueron evidentes, al menos en dos de sus dimensiones. La primera, el inicio en 1999 (Seattle) de un nuevo ciclo de protesta a nivel internacional. Este ciclo se manifestó con fuerza en España, a partir de marzo del año 2000, con la Consulta por la Abolición de la Deuda Externa, la campaña contra el Desfile Militar en Barcelona, en mayo, y la participación de un buen contingente de movimientos españoles en las movilizaciones de Praga contra el BM y el FMI en septiembre. Al año siguiente las movilizaciones de la Campaña Barcelona 2001 contra el Banco Mundial consolidaron la temática del movimiento de movimientos en Cataluña. Por su parte, las movilizaciones de 2002 contra la Europa del Capital y la Guerra durante el semestre de presidencia española de la UE se extendieron por todo el país, culminando con una gran manifestación en Sevilla en junio de 2002.

En 2003 y 2004, las amplias movilizaciones contra la Guerra de Irak, y sus inmediatas consecuencias electorales, evidenciaron más el fuerte cambio en las EOP.

Otra de las dimensiones —la propensión del Estado a la represión— llegó a su clímax en 2001. Pero, a partir de ese momento los okupas ya no estarían aislados ante las olas represivas. La creciente legitimidad social del movimiento global, y la participación en el interior de sus redes del movimiento por las okupaciones generaría numerosas sinergias en este campo. En primer lugar, los hechos acaecidos el 24 de junio de 2001, con la brutal carga policial contra los manifestantes en Barcelona, y las imágenes de policías disfrazados de manifestantes provocando disturbios y posteriormente efectuando detenciones, los medios de comunicación y el Estado empezaron a poner en duda la estrategia criminalizadora. Por otra parte, la convocatoria conjunta de la manifestación en Barcelona el 28 de julio de 2001 contra el intento ilegal de desalojo de la Casa de la Muntanya y contra la represión sufrida en Génova, mostraron aún más esta complicidad entre el movimiento okupa y el movimiento global, así como sus implicaciones en la extensión de la lucha antirrepresiva.

Además de las EOP externas o estructurales, también se operaron cambios de oportunidad generados por el propio movimiento. Destacaré tres; el primero, muy ligado al nuevo ciclo de movilizaciones, es la confluencia con el movimiento global, tanto en las campañas puntuales como en algunos centros sociales okupados, y finalmente, con el surgimiento de un incipiente movimiento de ateneos “legales”. El segundo es la confluencia con sectores del movimiento vecinal en el que hemos dado en llamar “la crítica práctica al urbanismo capitalista”. Y la tercera: el surgimiento en los años 2004 y 2005 de nuevos espacios de lucha sobre la temática capital-trabajo, alrededor de las deslocalizaciones de empresas y la precariedad laboral creciente.

Así, una parte del movimiento de okupación protagonizó, en diversas zonas del país, algunos de los nodos más activos e imaginativos del movimiento contra la globalización capitalista, recuperando la desobediencia civil y la acción directa no-violenta para el repertorio de acción colectiva del movimiento global. En este sentido, destacaban los Centros Sociales

Okupados de Can Masdeu en Barcelona y El Laboratorio 3 en Madrid. Ambos propugnaban una identidad difusa, rehuyendo al estereotipo del “okupa”, sedimentado por los medios de comunicación durante la etapa de auge del movimiento y que se consideraba contraproducente para avanzar en las luchas.

A este hecho hay que añadir —como decía antes— el resurgir de los ateneos motivado por la iniciativa de activistas del movimiento de las okupaciones. El Centro Social raíz, en el barrio de Sants, fue el más madrugador y el Ateneu Candela de Terrassa, quizás el más claramente alineado con la resistencia global. A estos hay que sumar, la Maixanta en Lleida, Julia Romera en Santa Coloma, la Màquia en Girona, Rosa de Foc y la Quimera en el barrio de Gràcia (Barcelona), el Kasumay en el barrio de la Ribera, El Brot en el barrio de San Andreu. Por otro lado y al mismo tiempo, sectores muy próximos a la okupación también han consolidado sus ateneos en el ámbito de la izquierda independentista: La Torna en el barrio de Gràcia, Can Capablanca en Sabadell, el Ateneu X en Vilafranca del Penedés, la Falcata en Lleida y varias decenas más en pueblos y ciudades de todo el territorio catalán.

La otra transformación generada por el propio movimiento es la que se arraiga en su gemelo más vecinal, en tanto que algunos centros sociales se convierten en los principales portavoces de una crítica radical al nuevo urbanismo capitalista. En Barcelona, por ejemplo, las resistencias al Fórum 2004, entendido como gran evento donde el sector público volcaría esfuerzos para favorecer los intereses de las empresas especuladoras, provocaron una amplia alianza entre sectores del movimiento de las okupaciones y sectores del movimiento vecinal, incluyendo la propia FAVB. No se trató de un hecho puntual, debido a la respuesta que desde los movimientos sociales se daba al evento institucional, sino que se trataba de un ejemplo más de un incipiente nuevo movimiento de defensa del territorio urbano. Por nuevo movimiento vecinal entendemos aquellos sectores del movimiento vecinal que han sabido superar la crisis que supuso la cooptación de sus líderes en los años ochenta hacia las instituciones gobernadas por partidos progresistas, mediante la entrada de nuevas generaciones de vecinos, a veces pertenecientes o provenientes del movimiento por la okupación.

La composición de la vocalía de Jóvenes y Movimientos Sociales de la FRAVM (Federación Regional de Asociaciones de Vecinos de Madrid), con una significativa presencia de miembros de la extinta Lucha Autónoma, y nuevas asociaciones barriales como el Forat de la Vergonya en el barrio de la Ribera en Barcelona, o la Red de Lavapiés en Madrid, son claros ejemplos de esta nueva ola de movimiento vecinal. Este nuevo movimiento vecinal centra sus esfuerzos en la lucha contra la especulación, la carestía de la vivienda y los procesos de gentrificación social.

Por último, quiero referirme a las movilizaciones contra las deslocalizaciones y la precariedad, y últimamente contra la salida neoliberal a la crisis económica, que se están produciendo en todo el Estado español. En estas confluyen una gran parte de los actores del movimiento de movimientos, incluyendo personas de los CSO, de colectivos y organizaciones anticapitalistas y de la izquierda sindical. En este espacio de movilización podríamos también incluir el *May Day*, la manifestación anticapitalista del primero de mayo. En 2004 se celebró por primera vez en Barcelona, pero en 2005 se extendió a otras capitales de España como Madrid o Sevilla. La afluencia a estas manifestaciones superaba, en algunos casos, a la de las manifestaciones organizadas por los sindicatos mayoritarios.

También en la línea de las luchas contra la precariedad —pero con una configuración diferente— cabe destacar la presencia de algunos sectores del mundo de las okupaciones en el Movimiento por la Vivienda Digna. Este movimiento tuvo gran incidencia en los años 2006 y 2007, organizando jóvenes de todo el Estado español. Los años posteriores, continuó —con menos afluencia de público— con la consolidación de cientos de colectivos locales para la vivienda.

Este nuevo espacio de politización y conflictivización de las relaciones capital-trabajo, orientado hacia la precariedad y dirigido hacia los jóvenes, sitúa a los activistas okupas en el centro de estos nuevos movimientos urbanos.

4.5.4 Crisis, vivienda y okupación (2009-2014)

En los años posteriores a la crisis económica y financiera de 2008, diferentes núcleos del movimiento por la vivienda (especialmente de las Plataformas de Afectados por las Hipotecas, PAH), del 15M, del cooperativismo y del propio movimiento por la okupación, okuparon edificios de viviendas para personas afectadas por la ola masiva de desahucios entre los años 2011 y 2013. De hecho, algunos autores apuntan hacia el inicio de una cuarta etapa en la historia del movimiento okupa en 2011 (Martínez y García, 2013).

La evolución de la crisis de las hipotecas, la irrupción del 15M y el repertorio de protesta radical, solidario y democrático, basado en aportar soluciones a las personas afectadas, serán las claves de la pervivencia y el crecimiento de uno de estos colectivos, las PAH.

En Barcelona, las PAH nacen en febrero de 2009 a iniciativa de V de Vivienda. El año 2013 ya había 40 núcleos de las PAH en Cataluña y unos 130 en toda España. La generación de herramientas de empoderamiento de las personas afectadas ha sido el secreto del crecimiento de este movimiento asociativo que rechaza el asistencialismo y apuesta por la acción colectiva directa como única salida a la situación de las personas que están en procesos de desahucio.

Finalmente, el salto definitivo a la arena política institucional de la generación de activistas que han animado movimientos como el 15M, las PAH y las mareas en defensa de la sanidad y educación públicas se produjo con la generalización de candidaturas ciudadanas municipales en mayo de 2015. En Barcelona, la candidatura de confluencia Barcelona en Común sería encabezada por la ex-portavoz de las PAH, Ada Colau; mientras que en Madrid, la candidatura Ahora Madrid, llevaría a sus listas numerosos activistas de las PAH. Lo mismo se puede decir de cientos de candidaturas en toda España.

4.6 A modo de puente: del contexto socio-histórico a los estudios de caso

En este capítulo he querido contextualizar el tema del movimiento por la okupación en los ámbitos teórico, histórico y social. En primer lugar y a través de la literatura de movimientos sociales que hace referencia al

fenómeno de la okupación, hemos podido caracterizar este movimiento como tal y situarlo como puente entre los NMS de las décadas de 1970 y 1980, y los movimientos globales de las décadas de 1990 y 2000.

Por otra parte, en cuanto a su desarrollo en España, hemos visto cómo el movimiento por la okupación llenaba el vacío de movilización dejado por la crisis de los NMS a raíz de la derrota en el referéndum de la OTAN. También hemos visto cómo protagonizaba la protesta juvenil de la mitad de los años noventa, junto con compañeros de batalla como el movimiento antimilitarista y los inicios de un movimiento estudiantil contra la mercantilización de la educación. También en el caso español se ha observado la progresiva pérdida de protagonismo de la okupación en sí misma, para dar paso a una nueva etapa donde paralelamente los activistas okupas participan del nuevo ciclo de luchas, y otros movimientos sociales recurren a la okupación como herramienta de lucha.

Finalmente, hemos podido ver los contextos sociales y urbanos que han facilitado la aparición, crecimiento y continuidad del movimiento por la okupación en España. El abandono de millones de inmuebles convive con unos precios prohibitivos de la vivienda de compra o de alquiler, debido a la orientación especulativa de una economía española encabezada por los sectores inmobiliario y turístico. Por otra parte, la precariedad laboral creciente de los sectores juveniles, por un lado, y la falta de espacios de socialización fuera de las lógicas mercantiles o estatales, por el otro, acaban convirtiendo la herramienta de la okupación en una alternativa de movilización y de vida para miles de jóvenes en todo el Estado.

Sin embargo, la pregunta de esta investigación es mucho más concreta ¿Qué impacto ha tenido este persistente movimiento por la okupación? ¿Han sido escuchadas sus reivindicaciones? ¿Han incidido de alguna manera en las políticas de vivienda, juventud o de otros? ¿Qué influencia ha tenido la okupación en otros movimientos sociales y actores colectivos? En los dos siguientes capítulos, mediante la técnica del estudio de caso, intentaré aplicar los conceptos, teorías y modelos analíticos desarrollados en la primera parte, a la pregunta de cuál ha sido el impacto de las okupaciones en la política y en las políticas.

La elección de los casos no ha sido casual, aunque algunos elementos

de este tipo siempre juegan en una producción humana como es la ciencia social. Cataluña y Madrid son dos realidades políticas y sociales tan diferentes y tan parecidos al tiempo que resultan perfectamente comparables y pueden garantizar la bondad o no del modelo analítico, de las preguntas y de las hipótesis. Se echará de menos otros casos interesantes, como los de Euskadi, Navarra, Valencia, Galicia o Andalucía. En este punto he de reconocer que durante varios años de mi proceso de tesis, mi intención era incluir el caso del país Vasco, que últimamente he descartado debido a su especificidad y complejidad.

Sin embargo, Cataluña y Madrid se convierten en ambos casos ideales para comparar ya que presentan una serie de características similares, pero son también bastante diferentes para presentar *a priori* diversidad en las configuraciones de las variables explicativas de nuestro modelo analítico. Así, tanto Madrid como Cataluña tienen una metrópoli dominante y comparten el hecho de ser los territorios con más espacios urbanos abandonados y con unos precios más altos de la vivienda. Ambos son también espacios de fuerte tradición de movilización social y suficientemente densos para encontrar masa crítica en la expresión de cualquier contradicción política.

Ahora bien, con respecto a las variables explicativas del modelo analítico, presupone diferencias, que por tanto deberán dar resultados también diferentes en la variable dependiente: el impacto político. Con respecto a la primera variable explicativa, que hemos denominado capital social alternativo, tendrá expresiones muy diferentes en Madrid y Cataluña. En los últimos años Madrid ha sufrido más el proceso de desmovilización propio de las sociedades post-industriales, y la red asociativa, aunque sigue siendo densa, no genera tantas y tan diversas movilizaciones como la catalana. En cuanto a la variable de los marcos cognitivos y la opinión pública, Madrid y Cataluña presentarán contextos diferenciados especialmente por las particularidades nacionales. Así, Madrid será el espacio por excelencia de la batalla mediática entre los grandes grupos comunicativos de España y la política de los grandes partidos dejará poco espacio para otras opciones y debates. En Cataluña veremos un ecosistema comunicativo propio y generalmente con más presencia de grietas para los movimientos sociales

alternativos. Finalmente, en relación a la red de políticas como EOP —la tercera variable explicativa— deberemos valorar las diferencias en estilos y contenidos de gobiernos locales de signo contrario. Así, en Madrid después de una década de los ochenta con gobiernos del PSOE desde la década de 1990 la derecha del PP hegemonizará las principales instancias de poder local. En cambio en Cataluña, tendremos que valorar dos etapas diferentes: la larga etapa de convivencia entre el pujolismo (gobiernos autonómicos del centro-derecha nacionalista de CiU) y el dominio de la izquierda a los Ayuntamientos (PSC y PSUC / ICV); y una segunda etapa, iniciada en 2003, donde los tres partidos de la izquierda institucional (PSC, ERC e ICV) logran el poder a nivel nacional y conservan los gobiernos municipales de las principales ciudades del país. Finalmente, entre 2010 y 2014, la derecha nacionalista toma el poder en los dos lados de la Plaza Sant Jaume (Ayuntamiento y Generalitat).

Este enfoque orientado a solo dos casos, me habría de permitir capturar mejor la complejidad de un fenómeno como el que voy a estudiar, caracterizado por los efectos interactivos entre variables estructurales y de agencia, trayectorias dependientes, causalidad bidireccional y múltiples actores estratégicos persiguiendo metas desconocidas. En suma, solo estudiando ambos casos, podré analizar con suficiente complejidad las variables y las relaciones entre ellas y el efecto, tal y como defienden los partidarios del enfoque orientado para casos en política comparada (Bennet y Elman, 2006; Mahoney, 2007).

Quiero terminar esta introducción a los estudios de caso con una par más de apuntes metodológicos. Los dos estudios son totalmente cualitativos y se basan, fundamentalmente, en 20 entrevistas a activistas okupas de Cataluña y Madrid, realizadas entre los años 2001 y 2005. La observación participante, nunca hecha con el intrusismo de la no revelación, en las actividades del movimiento me ha permitido realizar una selección bastante representativa de los okupas entrevistados. Así, en la muestra de 20 okupas que finalmente he entrevistado, he tenido en cuenta que hubiera pluralidad de perfiles. He probado que haya okupas de los diferentes territorios con fuerte implantación del movimiento, entrevistando en el caso de Cataluña, okupas de los barrios de Gràcia, Sants, Sant Andreu

y Ciutat Vella de Barcelona, de Terrassa, Sabadell y Barcelona. Para el caso de Madrid los okupas son los barrios de Lavapiés, La Latina y La Prosperidad, pertenecientes a la misma capital.

Las 20 entrevistas realizadas a okupas han contado con el mismo modelo de entrevista semi-estructurada; aunque el trabajo de campo, a lo largo de los años que ha durado, ha tenido algunas variaciones, sobre todo para actualizarlo y para incluir nuevas inquietudes investigadoras. Por otra parte, he entrevistado también a ocho técnicos y políticos de las administraciones locales, con un modelo de entrevista diferente que pretende recoger los discursos de la administración respecto a la okupación, al tiempo mismo de recabar información de primera mano sobre las políticas de vivienda, juventud y “orden público”.

Esta perspectiva cualitativa de la investigación nos sitúa en la necesidad de tratar los discursos de los okupas no siempre como representativos, sino como ejemplos que nos aproximan a la comprensión del fenómeno de la okupación y nos dan datos para el análisis de su impacto en las políticas públicas. Para solucionar de manera amena —pero rigurosamente el tema del anonimato— se ha optado por utilizar el nombre de pila de las personas entrevistadas, sin más referencia a su identidad. Como podrá observar el lector, las citas literales de las entrevistas son largas, ya que desde mi punto de vista forman parte del análisis, pues los propios okupas son los mejores conocedores y analistas de su propio movimiento, su historia y su contexto.

5. Cataluña: diversidad de experiencias

*La lucha nos da lo que el poder nos quita,
dile a la gente que nos vemos en la calle.
La lucha nos da lo que el poder nos quita
y la HAMSA clama venganza en la calle.
La lucha nos da lo que el poder nos quita
ya estamos bien hartas de que nos tomen el pelo
¡La lucha nos da lo que el poder nos quita!
¡Tomemos las calles!*

(Pirats Sound Sistema, 2005)¹

La Comunidad Autónoma de Cataluña ha sido uno de los territorios de España con más cantidad de okupaciones en los últimos 30 años. También se trata —he de confesarlo— del territorio que conozco mejor, al ser el espacio geográfico donde viví y milité políticamente durante 20 años. Por otra parte, este territorio supuso el estudio de caso de mi tesina y de diversas investigaciones y artículos que he publicado. Por eso el siguiente capítulo tendrá una mayor extensión que los demás y una estructura algo diferente. He decidido no agrupar todo el caso de Cataluña en uno solo, sino presentar

1 Del original en catalán: “La lluita ens dóna el que el poder ens pren, digues a la gent que ens veiem pel carrer. La lluita ens dóna el que el poder ens pren i l’HAMSA clama venjança al carrer. La lluita ens dóna el que el poder ens pren, ja n’estem ben fartes que ens prenguin el pèl. La lluita ens dóna el que el poder ens pren. Sortim al carrer!”.

la diversidad tanto territorial como política que conforma el movimiento okupa catalán en tres sub-estudios de caso que corresponden a las zonas con mayor presencia de la okupación. Así, analizaré el comportamiento de las tres variables en tres territorios: la ciudad de Barcelona y las comarcas del Vallès Occidental y del Baix Llobregat.

Tras un primer apartado de tipo histórico, las características del capital social alternativo serán tratadas en forma de estudios de caso. En cuanto a la variable de los marcos cognitivos y la opinión pública, haré uso, en primer lugar, de un estudio en el que participé sobre el tratamiento mediático del movimiento por la okupación en Cataluña. Al analizar las experiencias de contrainformación, haré una vez más especial énfasis en el entorno local, aunque se cierra el sub-apartado con el análisis de una experiencia de carácter nacional (catalán), el semanario *La Directa*. Finalmente, la red de políticas públicas será analizada, como en el caso de Madrid, desde el estudio de las experiencias de negociación que se han producido en Cataluña entre el movimiento y las instituciones públicas. Finalizaré el capítulo con un apartado de conclusiones donde trataré de recapitular los impactos del movimiento okupa catalán en las políticas públicas y comprobar la bondad de las hipótesis de esta investigación en el caso catalán.

5.1 Breves apuntes cronológicos de la okupación en Cataluña

La evolución de la okupación desde 1984 hasta la actualidad en Cataluña es muy similar a la que ya he explicado en el apartado dedicado al conjunto del Estado, por lo que aquí solo aprovecharé el espacio para introducir algunos datos y eventos que antes he pasado por alto. La primera okupación se produjo en el barrio de Gràcia, en 1984, y tenía como referente el movimiento Squatter, con una estética e ideología punk. Fue en este barrio donde se generalizaron las okupaciones como forma de acceder a una vivienda y donde se reunía el primer embrión de la Asamblea de Okupas de Barcelona entre 1989 y 1992. En el primer período, previo a la entrada en vigor del Nuevo Código Penal, podemos encontrar algunos elementos de cambio o puntos de inflexión, como la mayor apertura del movimiento

a partir de 1992, con la entrada en el escenario okupa de planteamientos más globales y abiertos que en las primeras okupaciones, derivados de la incidencia del movimiento estudiantil, del antimilitarista y de las primeras campañas de la antiglobalización.

El 28 de octubre de 1996 se produjo el acontecimiento que según todos los entrevistados desencadenó la entrada definitiva de la temática okupa en la Agenda Pública. Un impresionante dispositivo policial asaltó el Cine Princesa y consiguió desalojarlo después de dos horas y media de enfrentamientos (González, 2001). El 11 de enero de 1997, seis de los detenidos a raíz de la manifestación contra el desalojo del cine fueron condenados a penas de ocho años de prisión y 56 retenciones de fin de semana. Posteriormente, el Parlamento de Cataluña pidió la absolución al Gobierno (Proposición no de ley del 06/29/98, a Diario de sesiones de Parlamento de Cataluña, 29 de mayo de 1998) y este la concedió en diciembre de 2000.

La dinámica iniciada por el desalojo del Cine Princesa generó un periodo de fuerte protagonismo del movimiento okupa en Cataluña, y durante los años 1996, 1997 y 1998, la Asamblea de Okupas de Barcelona se reunió regularmente, devenía así un mecanismo de coordinación importante para los movimientos alternativos de la ciudad. Los años 1999 y 2000, la Asamblea de Okupas de Barcelona dejó de reunirse de manera sistemática, debido a la fuerte represión, así como un cierto relevo generacional que planteaba estrategias más localistas. En todo caso y a raíz de la estrategia criminalizadora del Gobierno y los medios de comunicación hacia el movimiento, la Asamblea de Okupas de Barcelona volvió a reunirse, en especial para la defensa de los espacios ocupados, a partir de 2001.

Nos encontramos ya en la tercera etapa, cuando el movimiento se incorporó a redes más amplias al relacionarse de forma más abierta e intensa con otros movimientos como el movimiento vecinal o el movimiento antiglobalización. Dos manifestaciones de los años 2001 y 2002, comenzaban a dar pistas sobre este cambio de etapa: las movilizaciones de julio de 2001 —a raíz de la intervención policial en la Casa de la Muntanya— y la resistencia activa no violenta ante el desalojo de Can Masdeu en mayo de 2002.

Entre los años 2003 y 2009, el movimiento por la okupación en Cataluña no tuvo la centralidad de otras épocas, pero siguió jugando un papel primordial en la red de los movimientos alternativos, en especial como infraestructura a través de sus centros sociales. Aunque la estrategia represiva del Estado se incrementó, provocando la casi desaparición de centros sociales de gran formato en la ciudad de Barcelona, la práctica de la okupación ha permeado otros movimientos. Los ejemplos de las okupaciones vecinales de huertos urbanos,² la okupación de un edificio para hacer una universidad libre por parte del movimiento estudiantil (La Rimaia)³ o la okupación por parte del movimiento de solidaridad con América Latina del Centro Social Barrilonia —a la Rambla del Raval de Barcelona— todas ellas en los años 2008 y 2009 dan cuenta del gran impacto que la okupación de inmuebles abandonados ha generado en los otros movimientos sociales catalanes. Finalmente, la implicación de los okupas en el movimiento 15M en 2011 y las movilizaciones contra el desalojo de Can Vies en 2014, dieron cuenta de la vitalidad y el apoyo social con los que todavía cuenta el movimiento en Cataluña.

5.2 La diversidad territorial de los centros sociales okupados catalanes. Estudios de caso

Estudiar la variable del capital social crítico del movimiento por la okupación en Cataluña es una tarea ingente. La cantidad y la diversidad

2 En septiembre de 2009 existían ocho huertos okupados y/o autogestionados reivindicados en la ciudad de Barcelona y alrededores. Además del de Gràcia, del que hablaré en el apartado siguiente, estaban los siguientes: los huertos de la masía okupada de Can Masdeu en el barrio de Nou Barris, el del *Forat de la Vergonya* en el barrio de la Ribera, el Hortet de la UAB en el campus de la UAB, el huerto de la Tejedora en el barrio del Poblenou, la Torre de los Frailes en el municipio de Moncada y Reichac, el huerto de la UB Raval y el huerto del CSO la Farga en Sabadell.

3 Desalojada a inicios de 2010, volvía a okupar un edificio de grandes proporciones en la Gran Vía 550, en el mismo barrio de San Antonio. Posteriormente, entre los días 14 y 16 de julio de 2010 se sucedieron un desalojo, una manifestación de apoyo con más de mil asistentes, una nueva okupación y un nuevo desalojo.

de las okupaciones que se han producido en Cataluña en los últimos 30 años, nos ofrecen un mosaico de situaciones para todas las sub-variables de la variable capital social crítico: diversidad en los discursos, en las características socioeconómicas de los okupas, en las estructuras de movilización y en las estrategias de acción. Por ello y dado que el movimiento okupa catalán se caracteriza por ser un movimiento con fuerte arraigo local, la estrategia de aproximación a esta variable en Cataluña será a través de múltiples estudios de caso. Ante la imposibilidad de estudiar todos los territorios catalanes, he elegido los barrios, ciudades o comarcas con mayor presencia del movimiento en el conjunto del periodo estudiado (1984-2009). Hay que admitir, pues, un fuerte centralismo, ya que hablaré más de Cataluña que del área metropolitana de Barcelona. En concreto observaremos el comportamiento de la variable capital social crítico a través de los casos de tres barrios de Barcelona (Sants, Gràcia y Sant Andreu) y de las comarcas del Vallès Occidental y el Baix Llobregat.

5.2.1 Barcelona: el capital social crítico del movimiento en tres barrios

Hablar de okupación en Barcelona nos obliga a hacer una aproximación localista, dadas las características de proximidad de este movimiento y la fuerte identidad, que a su vez, presentan los barrios de la ciudad de Barcelona. Es muy difícil contemplar todas las okupaciones de la ciudad, y siendo consciente de que dejo de lado otros barrios o distritos con okupaciones emblemáticas como Ciutat Vella, Poble Nou, l'Eixample o Nou Barris, he centrado mi trabajo de campo en tres barrios que presentan diferentes modelos de okupación: Sants, Gràcia y Sant Andreu.

A) La Autonomía okupa en Sants

El movimiento por la okupación en el barrio de Sants de Barcelona se inició a finales de la década de 1980 con la okupación del antiguo edificio de la fábrica Cross. No se trataba todavía de un proyecto muy abierto, y el primer elemento de cambio no aparecerá hasta 1992 con La Garnacha, donde la okupación inicia su vinculación con el movimiento universitario de izquierda radical. La Garnacha, era una antigua cooperativa vinícola que fue okupada por gente procedente de la Universidad de Barcelona y

se convirtió en el campo de pruebas que desembocará en el Centro Social Autogestionado Hamsa.

A partir de la okupación de la Hamsa en 1996, el crecimiento de la okupación en el barrio se produjo de una forma sostenida y con un proyecto político de fuerza compartido, a pesar de la diversidad ideológica (independentistas, libertarios, comunistas, etc.). El barrio de Sants tiene una tradición obrera y asociativa muy intensa. La okupación de la Hamsa (antigua fábrica abandonada situada en la calle Miquel Bleach) bebió de este referente obrero a la hora de configurar el proyecto, donde estaba presente una clara conciencia social. La okupación surgió de la fusión de varios grupos y tendencias: los jóvenes del barrio de la asociación de vecinos de la calle Olzinelles (el Centro Social de Sants), gente cercana a los CJC (Colectivos de Jóvenes Comunistas, juventudes del Partido de los Comunistas de Catalunya, PCC) y estudiantes universitarios de izquierda radical.

El 1996 fue también un momento decisivo para el movimiento en el barrio, en términos de extensión de su discurso, apoyo social y entrada definitiva de la temática okupa en la agenda. El desalojo del Cine Princesa coincidió con el fuerte empuje de la Hamsa, y Sants se convirtió en un elemento central en el movimiento en Barcelona, Cataluña y España. Pero la consolidación del CSA Hamsa como referente de un movimiento más amplio se produjo a la manifestación contra su desalojo del 28 de febrero de 1997. Gracias al apoyo social, La Hamsa resistió y una comisión de gobierno del ayuntamiento de Barcelona declaró que intentaría abrir vías de negociación con el movimiento okupa. Parecía que la estrategia del gobierno local sería asimilativa, con “ofertas de cesión de locales municipales como lugares de reunión y convivencia” (entrevista a Francisco Pozo, en Gomà *et al.*, 2003).

Sin embargo, las negociaciones se rompieron y en 1999 se marcó una nueva tendencia en las relaciones entre el movimiento y las instituciones más conflictiva y con escasas puertas abiertas al diálogo. Por su parte el propietario de la fábrica abandonada Hamsa comenzó, con la autorización del Distrito, el derribo de la parte no ocupada de la Hamsa. Este hecho deterioró físicamente el centro social. A pesar de ello, La Hamsa continuó

su actividad cinco años más, durante los cuales los referentes ideológicos se abrieron a las nuevas tendencias de los movimientos antiglobalización. A lo largo de sus ocho años de okupación, se convirtió en el espacio okupado más grande de Barcelona y centro neurálgico del ocio alternativo, al tiempo que sede de importantes eventos locales y estatales. Sin embargo, a principios de agosto de 2004, el emblemático CSO Hamsa fue desalojado, provocando diversos actos de protesta. Lo más espectacular fue la okupación durante seis horas del edificio modernista de La Pedrera de Gaudí, para sorpresa de los cientos de turistas que ese día no pudieron visitar.

El segundo centro social okupado importante del barrio de Sants ha sido —y es aún cuando se redactan estas líneas (agosto de 2015) — el CSA Can Vies, situado en la calle Jocs Florals y propiedad de Transportes Metropolitanos de Barcelona, que se okupó en 1997.

Se okupó hace 4 años y ha sido un modelo mestizo ideológicamente, con convivencia de libertarios, autónomos, independentistas y comunistas. De este mestizaje han surgido experiencias interesantes, como la Coordinadora de Estudiantes de Sants, de gente de secundaria. Experiencias contrainformativas como La Burxa, Jornadas sobre la Transición, con gente más mayor del movimiento obrero y del vecinal, se han hecho jornadas de Economía Crítica [...] ahora lo llevan todo ellos, los chavitos. Cuando nos fuimos nosotros fue un poco de bajada pero ahora vuelve a haber bastante actividad (entrevista a Ivan M., 2001).⁴

4 Del original en catalán: “Es va okupar ara fa 4 anys i ha estat un model mestís ideològicament, amb convivència de llibertaris, autònoms, independentistes i comunistes. D’aquest mestissatge han sorgit experiències interessants, com la Coordinadora d’Estudiants de Sants, de gent de secundària. Experiències contrainformatives com La Burxa, Jornades sobre la Transició, amb gent més gran del moviment obrer i del veïnal, s’han fet jornades d’Economia Crítica [...] ara ho porten tot ells, els xavalins. Quan vam marxar nosaltres hi va haver una mica de baixada però ara torna a haver-hi força activitat” (entrevista a Ivan M., 2001).

El relevo generacional se produjo en los años 2000 y 2001, cuando los activistas más mayores apostaron por un local de alquiler en la calle Premià donde había librería, café y distribuidora de libros. Posteriormente, el CS Arran se dividió en dos proyectos de autogestión y cooperativas de trabajo, el bar-restaurant Terra d'Escudella, que se quedó en el mismo local y la distribuidora, serigrafía y centro de documentación La Ciutat Invisible que funciona desde entonces unos metros más arriba, en la calle Riego. Dentro de este sector de las cooperativas de trabajo con origen en el movimiento okupa de Sants, y en la misma calle, podemos encontrar la Tetería Malea.

Ahora bien, la llegada de jóvenes de 16 a 20 años a Can Vies dio lugar a un periodo de reflexión, pero la actividad y el talante heterogéneo del centro social continuó. De Can Vies surgió, por ejemplo, la revista *La Burxa*, la experiencia contrainformativa más consolidada en el barrio. Aunque en un inicio se realizaba como boletín del CSA Can Vies, posteriormente pasó a ser elaborado por el conjunto de colectivos y personas organizadas en la Asamblea de Barrio. Además desde Can Vies se distribuyeron, durante unos años, los dos medios de contrainformación de la red crítica de apoyo a la okupación más importantes en Cataluña, como son el *Contra-Infos*, de carácter general, y el *Infousurpa*, de consumo más interno. Posteriormente la distribución se hizo desde el Espai Obert, centro social situado también en el barrio de Sants pero en régimen de alquiler. Finalmente las movilizaciones contra el desalojo e intento de derribo del CSA Can Vies en 2014, supusieron la revitalización del movimiento okupa en Cataluña y España.

El barrio barcelonés de Sants presenta, como hemos visto, un modelo de okupación interesado en la cohesión y coherencia propia y la generación de espacios sociopolíticos alternativos. La cantidad de okupaciones no suele ser demasiado elevada, pero la red de relaciones y experiencias de coordinación con otros movimientos y colectivos del barrio es bastante grande e intensa. En una entrevista realizada a un miembro del movimiento de Sants, observaba el relevo generacional que se produjo en los años 2000-2001 dentro del CSA Can Vies y comparaba el modelo de okupación de Sants con el de otros barrios barceloneses con fuerte presencia okupa.

Aquí la gente joven que está entrando en el movimiento son gente chapó, y tienen poca formación política como hemos tenido todos cuando éramos más jóvenes, de hecho saben más que yo cuando tenía su edad [...] Aquí el crecimiento ha sido más sostenido, y no tanto un *boom* como Gràcia o Sant Andreu. En Sants hay un par de CSO y 6 viviendas (entrevista a Ivan M., 2001).⁵

Para los y las okupas de Sants, la okupación tiene dos vertientes. La primera es la de la lucha contra la especulación, entendida como creación de viviendas fuera del ámbito mercantilizado. La segunda es la construcción de espacios públicos no mercantilizados: Centros Sociales Autogestionados, como punto de referencia de un movimiento más amplio, asambleario, autónomo y anticapitalista.

Esta segunda concepción de la okupación sigue un modelo catalán, que entronca de alguna manera con los ateneos libertarios de principios de siglo y las cooperativas de consumo y de trabajo. Quizás tiene alguna similitud con el modelo de autonomía italiano en el sentido de que, como este, proviene de una extrema izquierda desencantada con el modelo partido y apuesta por una vía autónoma de transformar la sociedad.

En la concepción subyacente del movimiento en Sants, se parte de una crítica radical a la economía y a la política, e intenta construir en la práctica una sociedad alternativa. Por estos okupas, que son conocidos dentro de los movimientos alternativos de Barcelona como “los autónomos de Sants”, la ilusión de la revuelta global genera costes personales graves, desilusiones y una represión durísima; por lo que apuestan por ir creando contrapoderes y sociedades paralelas. En un texto de formación, definición política y debate, publicado por *Edicions Arran*, bajo el título, *Hacia la creación de contrapoderes colectivos*, los contrapoderes son definidos como

5 Del original en catalán: “Aquí la gent jove que està entrant en el moviment són gent xapó, i tenen poca formació política com n’hem tingut tots quan érem més joves, de fet en saben més que jo quan tenia la seva edat” [...] Aquí el creixement ha sigut més sostingut, i no tant un boom com a Gràcia o Sant Andreu. A Sants hi ha un parell de CSO i 6 vivendes” (entrevista a Ivan M., 2001).

“[...] dinámicas organizativas y materiales que giran al revés los valores dominantes y aplican a la cotidianidad los valores igualitarios” (Anónimo, 2001: 4).

Para llevar a cabo este proyecto de contrapoderes, a iniciativa del propio movimiento okupa se configuró la Asamblea de Barrio, que agrupaba (y agrupa aún hoy) básicamente al movimiento juvenil radical del barrio, un sector importante del movimiento vecinal y otras entidades antisexistas, ecologistas y cooperativas de trabajadores. Esta estrategia es un intento de solucionar el relativo cierre de los centros sociales. Como afirmaba Ivan:

Tanto estéticamente como por edad, son cerrados. Entonces tú por mucho que quieras ser un centro social abierto, eres un centro social cerrado [...] Valorando esto, que los vecinos no venían al centro social y tal, optamos por ser nosotros los abiertos más que el centro social. Hemos ido a buscar a la gente organizada del barrio y se han hecho comisiones conjuntas, fuera de los espacios ocupados, y así se ha normalizado la okupación a nivel vecinal (entrevista a Ivan M., 2001).⁶

La sintonía con el movimiento vecinal se ha producido, en especial, a través del Centro Social de Sants,⁷ que defendía en 2001 tesis parecidas a las del movimiento okupa. Su presidente, en un discurso que se podría calificar de zapatista, afirmaba entonces:

6 Del original en catalán: “Tant estèticament, com per edat, són tancats. Llavors tu per molt que vulguis ser un centre social obert, ets un centre social tancat [...] Valorant això, que els veïns no venien al centre social i tal, vam optar per ser nosaltres els oberts més que el centre social. Hem anat a buscar a la gent organitzada del barri i s’han fet comissions conjuntes, fora dels espais okupats, i així s’ha normalitzat l’okupació a nivell veïnal” (entrevista a Ivan M., 2001).

7 El Centro Social de Sants es la asociación de vecinos mayoritaria del barrio. Funcionaba en 2001 como Asociación de Vecinos y como espacio de encuentro de colectivos del barrio. Por ejemplo había tres grupos de mujeres, un grupo de juegos de rol y una asociación de música.

Nuestra aspiración no es ponernos en política, sino controlar la política desde los barrios [...] No llegar al poder, sino controlarlo desde la base [...] Si tú intentas entrar en el poder, compitiendo con ellos, al final te acabas convirtiendo en ellos, la única manera es tener muy claro que tú no quieres el poder [...] sino simplemente desde el barrio tirar de la política (entrevista a Jordi Soler, 2001).⁸

La Asamblea de barrio de Sants se ha consolidado como espacio coherente donde llevar a la práctica la teoría de la autoorganización de la sociedad civil y la generación de contrapoderes. En sus ya casi diez años de existencia se han salvado algunas dificultades iniciales, como las diferencias generacionales entre el movimiento vecinal y los movimientos juveniles del barrio. Tanto desde el movimiento por la okupación como desde el Centro Social de Sants, ha existido una clara voluntad política de coordinar sus luchas, demandas y reivindicaciones a nivel de barrio. De hecho, por su presidente, el movimiento por la okupación es el relieve natural del movimiento vecinal en el barrio.

Yo pienso que es el futuro [...] el nombre es lo de menos [...] Yo pienso que el movimiento okupa coge una franja de edad determinada y después la gente, con alguna excepción, se va desvinculando, y yo creo que el movimiento vecinal del futuro en Sants serán los jóvenes okupas de ahora (entrevista a Jordi Soler, 2001).⁹

8 Del original en catalán: "La nostra aspiració no es posar-nos en política, sinó controlar la política des dels barris [...] No arribar al poder, sinó controlar-lo des de la base [...] Si tu intentes entrar en el poder, competint amb ells, al final t'acabes convertint com ells, la única manera és tenir molt clar que tu no vols el poder [...] sinó simplement des del barri estirar de la política" (entrevista a Jordi Soler, 2001).

9 Del original en catalán: "Jo penso que és el futur [...] el nom és lo de menys [...] Jo penso que el moviment okupa agafa una franja d'edat determinada i després la gent, amb alguna excepció, es va desvinculant, i jo crec que el moviment veïnal del futur a Sants seran els joves okupes d'ara" (entrevista a Jordi Soler, 2001).

Hay que tener en cuenta que el barrio de Sants desde siempre ha tenido un amplio tejido asociativo. Los okupas de Sants se sienten herederos de la tradición de movimiento vecinal asambleario del barrio, que tuvo una fuerte implantación. En el barrio de Sants todavía se puede encontrar algún resto de lo que fue un amplio movimiento de ateneos obreros a principios de siglo, como el ateneo Sempre Endavant. Tras el largo paréntesis de la dictadura, en los años setenta se recuperó un poco esta tradición con el Ateneo Libertario de Sants. Con esta idea, el movimiento por la okupación de Sants ha potenciado la creación de redes críticas estructuradas más allá de los centros sociales autogestionados, a través de la asamblea de barrio o la lucha antifascista. Esto ha permitido mantener contactos tanto estables como puntales con los diferentes colectivos críticos del barrio. En la actualidad, el mapa de la red de apoyo a la okupación en Sants va más allá de los centros sociales okupados que como el CSA Can Vies o el CS Bahía sobreviven los continuos desalojos, y se extiende en un amplio movimiento de ateneos, cooperativas de trabajo y de consumo, asociaciones de vecinos, entre otros.

B) Gràcia, diversidad de prácticas de okupación

El barrio de Gràcia de Barcelona ha sido durante la mayor parte del período estudiado el barrio con más cantidad de okupaciones en toda Cataluña. En 1999 se calculaba que eran 17 las casas y centros sociales okupados (*Contra-Infos*, 1999) y superaban la veintena hacia el 2001 (González, 2001). En el año 2009, a pesar de la fuerte presión de los desalojos y los cambios urbanísticos y socio-demográficos producidos en el barrio, podíamos encontrar unos diez centros sociales okupados en todo el distrito (*Infousurpa*, julio de 2009), la mayor parte de ellos fuera de la Vila de Gràcia (centro histórico del barrio).

Durante la segunda mitad de la década de 1990, si se sumaban las casas okupadas del barrio de Gràcia y del barrio de Vallcarca, se podían contabilizar unas cuarenta en el total del distrito (Gomà *et al.*, 2003). Para algunos de estos cientos de okupas del barrio de Gràcia, la okupación era un fin en sí misma, una forma de vida diferente a la de la gente “normal”, en contraposición a la visión pragmática de los independentistas, para los

que la okupación era un medio más en la lucha por la independencia y el socialismo, y también diferente de las concepciones integradas (okupación como fin y como medio) de las casas “históricas”. Este hecho provocó una fuerte heterogeneidad en el movimiento en Gràcia y que la coordinación solo funcionara en temas antirrepresivos y legales o de protección de las casas. La propia diversidad dentro del movimiento, así como las características del tejido asociativo de Gràcia, fuerte pero poco renovado en sus formas, hicieron que la red crítica de apoyo a la okupación se centrara en las propias casas y algunos actores políticos de la izquierda juvenil radical presente en el barrio. Es por eso que me ha parecido adecuado presentar la okupación en el barrio de Gràcia como estudio de caso que refleja la diversidad dentro del movimiento.

Gràcia “está okupando” desde 1984, y en 30 años ha habido varias etapas y cambios sustanciales. En 1993, cuando uno de los okupas entrevistados llegó a Gràcia, este barrio concentraba prácticamente todas las casas okupadas de Barcelona (entrevista a Ube y Sonia, 2001). El 6 de julio de 1998, ante la primera gran ofensiva policial contra el movimiento por la okupación del barrio, la Asamblea de Okupas de Gràcia pidió al Pleno del Distrito que defendiera, ante las autoridades competentes, la derogación del artículo 245 del código penal y el paro de los procesos contra casas okupadas del barrio. Los partidos políticos locales afirmaron que había diálogo, pero no votaron ninguno de los puntos propuestos por la Asamblea de Okupas.

Entre 1998 y 2006 la dinámica desalojos, disturbios y nuevas okupaciones, se consolidó. En 2001 y 2002 y excusándose en las campañas de protesta contra las visitas del Banco Mundial o de los jefes de Estado y de Gobierno de la Unión Europea en Barcelona, la estrategia represiva y el abandono de las “negociaciones” fue la tónica predominante por parte de los poderes públicos. El episodio más grave se produjo con los intentos por parte del poder político y mediático de vincular a los y las okupas de la Casa de la Muntanya con ETA. El efecto más inmediato de esta espiral de criminalización, fue una fuerte ola de desalojos que se tradujo con la pérdida por parte del movimiento de tres centros sociales en el barrio, entre los días 15 y 17 de octubre de 2001. Fueron desalojados el Casal popular de Gràcia

Ovidi Montllor, el CSO Puig Antich y Kan Titella, con un impresionante dispositivo policial que ocupó el barrio durante toda la semana. El último desalojo con incidentes fue el del COLP (Centro Okupado Lúdico Popular) La Fera el 29 de junio de 2006. Otros desalojos de centros sociales del barrio posteriores como el de La Muerte, el 12 de febrero de 2008, ya no provocaron enfrentamientos de carácter violento, pero dejaron el centro de la Vila de Gràcia con menos centros sociales okupados que nunca.

La gran riqueza del movimiento en el barrio es poco alcanzable en un estudio de caso, pero vale la pena comentar las okupaciones más destacadas, algunas de ellas ya históricas y desalojadas.

La referencia más antigua de centro social ligado al movimiento por la okupación la encontramos en el Ateneu Llibertari de Gràcia. Lo primero que hay que señalar es que el Ateneu no era una “casa okupa” en principio, sino que era un espacio de encuentro de los movimientos sociales del barrio —de tendencias libertarias o anarquistas—. Este ateneo sensibilizaba en la temática “okupa” a finales de los años ochenta, coincidiendo con la primera ola de okupaciones en el barrio y se convirtió en la sede del movimiento. En esa primera etapa, de surgimiento y consolidación del movimiento, el Ateneu tuvo un papel capital en cuanto al trabajo de elaboración teórica y de reestructuración del tejido asociativo del barrio desde una perspectiva de transformación social. En el Ateneu se reunían la Asamblea de Okupas de Barcelona y el CAMPI. Pero las tendencias hacia un cambio de rumbo en su orientación ya se empezaron a manifestar en 1993 cuando tras la campaña represiva de los Juegos Olímpicos, se produjo una fuerte división en el seno del Ateneu, que acabó con la marcha de los “históricos”, y el predominio de la fracción “punk” que, hasta su desalojo en febrero de 2002, predominó en el Ateneu, impulsando actividades contraculturales dirigidas a un público de estética punk.

Por otra parte, la Kasa de la Muntanya es un antiguo cuartel militar, okupado desde 1989, y donde viven unas 18 personas. A pesar de que no tiene vocación de centro social, por las características de la gente que vive y por la misma infraestructura de la Kasa, ha devenido punto de encuentro del movimiento y de varios colectivos. Desde la Kasa han tomado históricamente iniciativas importantes para el movimiento, como por

ejemplo en el campo de la producción de materiales y contrainformación. En cuanto a las actividades contraculturales, la Kasa de la Muntanya ha puesto en marcha proyectos como el comedor popular de los viernes. En el campo de la participación democrática, además de que sus habitantes forman parte de los movimientos anticapitalistas de Barcelona, hay que destacar el intento de hacer política desde la Asociación de Vecinos del barrio de la Salud. Los okupas llegaron a alcanzar cargos en la asociación y esto provocó la reacción de los sectores más conservadores del barrio. La propuesta de trabajo que presentó la gente de la Kasa de la Muntanya, solo interesó a dos o tres vecinos y al final se consideró que no valía la pena trabajar con la Asociación. En este caso la realidad social de un barrio, poblado básicamente por personas mayores y de clase media y media alta, imposibilitó este proyecto. En todo caso, tal y como demuestra esta cita, la concepción de la okupación de los okupas de la Kasa de la Muntanya es la de un espacio de lucha social:

La okupación como lucha en sí, tendría que ser la lucha contra la especulación, lo que pasa es que nosotros siempre le hemos dado más contenido [...] El hecho de haber okupado y tener un espacio liberado, te permite llevar a cabo otras luchas. La okupación en este sentido es un aglutinador de luchas transformadoras diversas (entrevista a Ube y Sonia, 2001).

La solidez de esta okupación (25 años de existencia en 2014) y el fuerte apoyo que tiene la misma como referente histórico del movimiento y de la red crítica que lo rodea, así como el carácter emprendedor de sus habitantes en tareas de fondo, hacen pensar que un intento de desalojo de la Kasa de la Montanya se encontraría con una fuerte oposición. De hecho, el “desalojo” ilegal del 24 de julio de 2001, levantó fuertes protestas, tanto del movimiento como del propio vecindario. Sin embargo, mucha de la gente de la Kasa de la Muntanya continúa trabajando en la activación de todos aquellos movimientos sociales con fuerte componente anticapitalista, al tiempo que constituye, con sus fondos documentales y material audiovisual, una de las mejores bases informativas y de producción teórica del movimiento por la

okupación en Cataluña. Su búsqueda de la coordinación de las luchas y la reflexión, recogía la mejor herencia de las primeras épocas del Ateneo de la calle Perill, al tiempo que incorporó la generación surgida alrededor del Cine Princesa a mediados de los años noventa. En el mes de septiembre de 2001 la detención de dos de sus habitantes y la orden de búsqueda y captura contra dos más, representaron el episodio de represión más fuerte sobre estos okupas “históricos”. De hecho, Juan Ramón Rodríguez fue condenado a prisión por supuesta colaboración con ETA y no salió hasta el 2008. En la actualidad la Casa de la Muntanya participa en el Observatorio de la Vivienda de Gràcia y en La Coordinadora de Fiestas Populares, espacios en los que trabaja conjuntamente con varios colectivos del barrio.

En cuanto al CSO Les Naus fue concebido como local de ensayo de disciplinas diversas, hecho que lo convirtió en la sede de la cultura alternativa con trasfondo político del barrio de Gràcia. Su presencia resultó interesante para abrir estética y simbólicamente los referentes okupas, dejando entrar sensibilidades artísticas que supongo la aceptación de la creatividad y la pluralidad de ofertas. Les Naus fue okupado en 1994, antes de la entrada en vigor del Nuevo Código Penal. Además, una sentencia del Juzgado de instrucción número 29 de Barcelona obligó a los propietarios a acudir a la vía civil y archivó la demanda penal que estos habían interpuesto.

Este hecho permitió una cierta estabilidad al proyecto y consolidó a Les Naus como uno de los centros sociales primordiales de Gràcia. En marzo de 2002, una sentencia judicial da la razón a los okupas en su recurso contra la demanda de desalojo presentada por los propietarios del inmueble y el caso volvió a la jurisdicción civil (Gomà *et alt.*, 2003). A pesar de ello y del fuerte apoyo social y vecinal, Les Naus fue desalojado en diciembre de 2003. Algunos de sus integrantes continuaron en la búsqueda de espacios grandes para llevar a cabo actividades artísticas y recalaron en centros sociales fuera del barrio, como la Makabra. Otros, junto con gente de diversa procedencia, iniciaron el proyecto de La Quimera, en la calle Verdi 28, centro social autogestionado con el beneplácito de los vecinos de la finca que sufrían *mobbing* inmobiliario. La Quimera realizó todo tipo de actividades en el barrio, desde *cinefórums* hasta cursos de *software* libre, así como presentaciones de libros. Además, alojó la cooperativa de

consumo Verdures. En septiembre de 2009 La Quimera cerró al no llegar a ningún acuerdo con la propiedad, pero consiguió que uno de los vecinos acosados que vivía hacía más de 30 años, pudiera renovar su contrato de alquiler por 10 años más (Comunicado de cierre de La Quimera, 2009).

Otra experiencia importante en Gràcia fue la del CSO Puig Antich. Se trató de la okupación de un edificio entero en la calle Gerona que hacía la función de centro social en los pisos bajos y de viviendas en los pisos superiores. El proyecto del centro social, el cual se inauguró el cinco de noviembre de 1999, pretendía realizar un centro de política anticapitalista en el barrio, que en este caso, dada la situación limítrofe de la casa, incluiría tanto el Eixample como Gràcia. Sus okupantes correspondían al perfil de la nueva generación okupa y tenían en ese momento entre 16 y 21 años. En un inicio la okupación mostró un talante muy abierto, con fuerte voluntad de coordinación tanto con el resto del movimiento como con los diversos colectivos de los barrios, fueran juveniles o vecinales. Por ejemplo, participaron junto con la Asociación de Vecinos de la Izquierda del Eixample en la campaña para la recuperación de equipamientos como la Modelo o el edificio del Enher para uso social, al tiempo que organizaron un ciclo de charlas sobre diversos temas relacionados con la transformación política y social. Sin embargo, las dificultades de combinar centro social y vivienda y la falta de acuerdo entre dos sectores de la asamblea de la casa respecto a la concepción de la okupación propiciaron una cierta crisis hasta su desalojo, en octubre de 2001, ante la protesta pacífica de decenas de vecinos y estudiantes de una facultad de la UB cercana.

Mención aparte merece la okupación protagonizada por el sector del independentismo revolucionario a través de los sucesivos Casals Populars de Gràcia. Todo comenzó con la okupación de Can Cacao en 1997. Se trataba del proyecto político de la Asamblea de Joves de Gràcia (AJG). Se desalojó a los cuatro meses. Después, el dos de agosto de 1998 se okupó un local en la calle Verdi, en principio para las Fiestas de Gràcia, pero el local perduró. El Casal de Verdi fue desalojado el nueve de mayo de 2001, lo que desembocó en una manifestación de protesta que acabó con disturbios. En agosto de 2001 la AJG volvió a okupar en la calle María y bautizó el Casal con el nombre del cantante de Alcoy Ovidi Montllor. El

Casal fue desalojado el 15 de octubre del mismo año. La reacción de la AJG fue rápida, y dos meses después okuparon un nuevo inmueble en la calle Ros de Olano. La necesidad de espacios de sociabilidad alternativa para los jóvenes del barrio, seguía siendo más fuerte que la represión que sufría el movimiento, y un desalojo se respondía con otra okupación. Esta última sede del Casal Popular de Gràcia fue la más longeva, duró más de 11 años, y su desalojo en abril de 2013, provocó la indignación de centenares de jóvenes y vecinos. Parte del núcleo del Casal forma parte hoy del Restaurante-centro social Can Resolís, situado en la parte más popular del barrio, la Plaza del Raspall, lugar donde vive la población gitana autóctona.

Los cuatro centros sociales de la AJG y el actual Casal (que corresponden a la red más amplia de colectivos) promovieron actividades culturales con contenido político en el barrio. Pertenecen al ámbito de la izquierda independentista y socialista. Sus objetivos son la liberación nacional, social y personal. La okupación la entienden como un medio válido para llevar a cabo su proyecto en el barrio. Cuando fueron entrevistados en marzo de 2001, estos jóvenes tenían entre 15 y 18 años, y con los años se consolidaron como uno de los colectivos de referencia en el barrio, tanto por su capacidad de trabajo como por su progresiva apertura a otros sectores y al trabajo unitario. Ya en aquellos tiempos veían muy difícil la negociación con las instituciones.

[...] En el caso de Barcelona es muy difícil que lleguen negociaciones como en Alemania, Holanda o de otros países, ya que aquí a los okupas nos ven como punta de lanza de la lucha antisistema y muchas veces como delincuentes (entrevista grupal a los okupas del Casal Popular de Gràcia, 2001).¹⁰

Esta cita tuvo algo de premonitorio, pues en abril de 2002 la policía arrestó a siete jóvenes más acusándolos de formar un supuesto grupo para

10 Del original en catalán: “[...] en el cas de Barcelona és molt difícil que arribin negociacions com a Alemanya, Holanda o d’altres països, ja que aquí als okupes ens veuen com a punta de llança de la lluita antisistema i moltes vegades com a delinqüents” (entrevista a los okupas del Casal Popular de Gràcia, 2001).

atacar cajeros de bancos. Tres detenidos eran de la Asamblea de Joves de Gràcia. Estos tres jóvenes no tenían ninguna relación con los otros detenidos y, a pesar de que no había ninguna prueba inculpatória, salieron en libertad con cargos. Mientras se encontraban detenidos en la comisaría de Via Laietana, la policía aprovechó para registrar el Casal Popular de Gràcia de donde se llevaron material propagandístico e informativo. Todos estos hechos mostrarían una clara voluntad de la brigada policial de información de aprovechar la detención de los jóvenes para criminalizar a la AJG. Finalmente, tras un largo proceso lleno de irregularidades y del apoyo de 3000 mil vecinos que se autoinculparon, la Audiencia Nacional archivó el caso el 25 de abril de 2006 (Fernández, 2006).

Siguiendo en el ámbito del independentismo de izquierdas hay que hacer referencia a La Torna. A pesar de no tratarse de un espacio okupado, su contribución deviene central para explicar las dinámicas de los movimientos sociales alternativos del barrio de Gràcia. La Torna, el Ateneu Independentista y Popular de la Vila de Gràcia nacieron al calor del ciclo de luchas iniciado en 1996 y protagonizado por el movimiento okupa y la autonomía juvenil. Su origen está en un grupo de jóvenes del barrio de diversas corrientes políticas (comunismo, independentismo revolucionario y autonomía) que apostaban por una especie de zapatismo urbano. Su primer local se ubicó en la calle Vallfogona y en 2002 se trasladaron a la calle Sant Pere Màrtir, donde ha arraigado definitivamente. Pero para conocer La Torna, mejor dar la voz a uno de sus miembros más conocidos y que posteriormente sería parlamentario autonómico por las Candidaturas de Unidad Popular (CUP) en el periodo 2012-2015.

Pues sí, nos ubicamos dentro de un espacio político que es la izquierda independentista, pero con unas prácticas, como son la democracia directa, la autonomía, el anticapitalismo, la autoorganización, y desde entonces hasta ahora. Ahora estamos en cambio de local, pues esto nos ha quedado pequeño, porque está el grupo de mujeres, la coordinadora de fiestas, un grupo que hace una revista en el barrio [...] Es un espacio de un origen bastante juvenil, que nace de inquietudes de estudiantes del

barrio, pero claro, ya nos vamos haciendo mayores, nosotros (las de La Torna) nos conocemos hace muchos años y quizás ha quedado como una cuadrilla de amigos y eso está muy bien , porque es una red de confianza, de gente que jugábamos en las plazas cuando éramos pequeños y nos montamos un local, pero claro —en negativo— si lo que queremos es hacer política, esto queda a veces como un espacio muy cerrado [...] Pero bueno, estamos muy integrados en el barrio, a veces nos desbordamos de trabajo, tenemos el estigma este que somos un *catering* del movimiento, que es una broma pero [...] lo de los palos de ciego sigue siendo verdad [...] finalmente el objetivo es ser un espacio liberado por toda la izquierda alternativa del barrio, un espacio abierto para todo tipo de asamblea, etcétera. Espacios de referencia como l'Arran han sido la mejor noticia para nuestro espacio político, ya que demuestran que son necesarios socialmente y viables.

[...] Con el movimiento okupa hay mucha sintonía, por un lado por la reivindicación de la lucha contra la especulación, la defensa de las casas okupadas y contra los desalojos [...] El movimiento okupa de Gràcia es muy plural, tiene varias fisonomías, pero es el que mantiene más el espíritu de contestación y de protesta [...] Hay sintonía, no solo en momentos álgidos, después de un desalojo, cuando se convoca y estamos todas y todos, sino a otros niveles [...] pero siempre con esa parte más concienciada del movimiento (entrevista a David, 2002).¹¹

11 Del original en catalán: “Doncs sí, ens ubiquem dins un espai polític que és l’esquerra independentista, però amb unes pràctiques, com són la democràcia directa, l’autonomia, l’anticapitalisme, l’autoorganització, i des d’aleshores fins ara. Ara estem en canvi de local, doncs això se’ns ha quedat petit, perquè hi ha el grup de dones, la coordinadora de festes, un grup que fa una revista al barri [...] És un espai d’un origen força juvenil, que naix d’inquietuds d’estudiants del barri, però clar, ja ens anem fent grans, nosaltres (les de la Torna) ens coneixem de fa molts anys i potser ha quedat com si fos una quadrilla d’amics i això està

En cuanto a la estructura organizativa del movimiento por la okupación en el barrio de Gràcia, hay que hablar de la Asamblea de Okupas de Gràcia que ha funcionado, sin embargo, de manera intermitente. La coordinación en la práctica se ha llevado a cabo por afinidades entre casas o personas concretas. Cuando el Ateneo de la calle Perill funcionaba si había una coordinación que respondía a unas raíces punks y libertarias. Desde 2001 se ha intentado que la Asamblea de Okupas de Gràcia coordine luchas concretas de barrio, aunque en la práctica ha servido más para la defensa de los espacios okupados frente los desalojos o por propuestas muy concretas y puntuales. A pesar de todo, miembros de la Asamblea de Okupas de Gràcia impulsaron varias okupaciones de centro social, como el Mosntru de Banyoles y el COLP La Fera, ambas desalojadas sucesivamente, pero que supusieron grandes espacios de encuentro para la juventud alternativo del barrio entre los años 2001 y 2006.

Respecto a las relaciones del movimiento por la okupación con el tejido asociativo del barrio, hay que decir que se dirigen, sobre todo, a colectivos juveniles y de nuevo movimiento vecinal, como La Torna, el Observatorio de la Vivienda, La Quimera o Salvemos la Violeta, así como

molt bé, perquè és una xarxa de confiança, de gent que jugàvem a les places quan érem petits i ens vam muntar un local, però clar -en negatiu- si el que volem és fer política, això queda a vegades com un espai molt tancat [...] Però bé, estem molt integrats al barri, a vegades ens desbordem de feina, tenim l'estigma aquest que som un càtering del moviment, que és una broma però [...] lo dels pals de cec continua essent veritat [...] finalment l'objectiu és ser un espai alliberat per tota l'esquerra alternativa del barri, un espai obert per tot tipus d'assemblea, etc. Espais de referència com l'Arran han estat la millor notícia pel nostre espai polític, ja que demostren que són necessaris socialment i viables.

[...] Amb el moviment okupa hi ha molta sintonia, per una banda per la reivindicació de la lluita contra l'especulació, la defensa de les cases okupades i contra els desallotjaments [...] El moviment okupa de Gràcia és molt plural, té diverses fesomies, però és el que manté més esperit de contestació i de protesta [...] Hi ha sintonia, no només en moments àlgids, després d'un desallotjament, quan es convoca mani i estem totes i tots, sinó a altres nivells [...] però sempre amb aquesta part més conscienciada del moviment" (entrevista a David, 2002).

otros colectivos locales de movimientos ecologistas, antiglobalización y por un consumo responsable como el Ateneu Rosa de Foc, l'Aixada o el Infoespai.

Por otra parte, el Observatorio de la Vivienda tuvo en su origen una comisión del primer intento de Asamblea de Barrio. En 2011, con el 15M se generó una comisión de vivienda que se dedica a trabajar conjuntamente entre varios colectivos en la lucha contra la especulación y el *mobbing* inmobiliario. En el Observatorio participaron personas provenientes de la Asociación de Vecinos de Gràcia de la calle Topazi, la Kasa de la Muntanya, la Assemblée de Joves de Gràcia, La Quimera, el Infoespai, La Torna y el grupo de Gràcia de Revolta Global- Izquierda Anticapitalista, entre otras organizaciones y personas a título individual. De una de sus iniciativas surgió uno de los proyectos de okupación más innovadores y que cuenta en Barcelona con varios ejemplos: la okupación de un huerto urbano. La idea surgió como consecuencia del análisis del mapa de la especulación del barrio, elaborado por el propio observatorio y en el que aparecían varios solares abandonados. Precisamente en el solar dejado por el derribo del CSO El Monstru de Banyoles en mayo de 2004, y después de un pasacalle con más de 150 personas, un grupo de adultos, jóvenes y niños okupaban el solar el día 25 de octubre de 2008. Desde entonces el solar abandonado de la calle Banyoles se ha convertido en un huerto comunitario donde han participado jubilados del Casal d'Avis de la calle Siracusa, grupos de esparcimiento, dos cooperativas de padres y jóvenes de los movimientos alternativos del barrio. En agosto de 2009, ante las amenazas de desalojo se puso en marcha una campaña pidiendo la expropiación del solar al ayuntamiento. La iniciativa recibió el apoyo de una extensa red de entidades del barrio (Nota de prensa de l'Hort Comunitari de Gràcia, 2009). A pesar de todo este apoyo, el huerto fue desalojado el 12 de julio de 2010.

Como podemos observar, la variable de capital social crítico se comporta claramente de forma positiva en Gràcia desde el punto de vista de presencia. Ahora bien, en cuanto a la concepción dinámica del protagonismo —y como ya se ha apuntado— el movimiento parece haber perdido centralidad en favor de una heterogénea y densa red de colectivos. La Torna, la Assemblée de Joves de Gràcia y los colectivos surgidos

en el último ciclo de luchas contra la globalización (como el Infoespai, las cooperativas de consumo o los nuevas agrupaciones de la izquierda radical), acompañan y se interrelacionan con las casas okupadas del barrio, en la configuración de un polo alternativo a menudo poco coordinado pero con muchos recursos de movilización.

C) Sant Andreu: la okupación abierta al barrio

Sant Andreu es un barrio de la Barcelona obrera, el cual conserva cierta identidad propia del pueblo que había sido hasta 1897. A diferencia de barrios como Gràcia, el movimiento por la okupación de San Andreu está formado básicamente por jóvenes autóctonos del propio barrio, gente muy arraigada socialmente y procedente de la lucha antimilitarista de principios de los años noventa. La eclosión de las okupaciones llega, al igual que en el resto de Barcelona y del área metropolitana, en 1996, con la entrada en vigor del Nuevo Código Penal y el giro hacia la autonomía de sectores provenientes de la extrema izquierda. En el caso de St. Andreu, un importante núcleo de militantes del movimiento por la okupación proviene de los antimilitaristas de Mili-KK-La Mandrágora, expresión local del antimilitarismo proveniente de la extrema izquierda. Precisamente una de las okupaciones más emblemáticas del barrio, El Palomar, provenía de las necesidades de espacio del Mili-KK-La Mandrágora que decidieron okupar la vieja fábrica propiedad del Ayuntamiento (González y Peláez, 2002).

El Mili-KK abría cada vez más su campo de actividades y trabajaba ya otros temas sociales y políticos más allá del servicio militar y el antimilitarismo. Tras ser expulsado del hotel de entidades juveniles del ayuntamiento y una vez que se desatendieron tres peticiones de local en el distrito, se produjo la okupación del Palomar. Fue el siete de abril de 1997 y en la okupación se añadieron entidades de vecinos y vecinas del barrio.

Para explicar la okupación se hizo una asamblea de más de 150 personas entre vecinos, vecinas, entidades del barrio, orejas de la policía... y tuvo muy buena acogida. Ya desde el principio muchos colectivos comenzaron a trabajar en el Palomar. Había un grupo de treinta y pico personas activas que estaban siempre.

Decidimos darle función de centro social y de vivienda, por seguridad y por los problemas de vivienda que teníamos la gente que okupamos.

Desde el Palomar se realizan actividades regularmente. Hay talleres artísticos de diferentes tipos, gratuitos y abiertos. Se usa como centro de reunión, asambleas, actos lúdicos y reivindicativos. Por ejemplo, fue sede de las jornadas del II Encuentro por la Humanidad y contra el Neoliberalismo, o de las jornadas de okupación rural y urbana que se coordinaron con Can Pascual (entrevista a Ivan A., 2001).¹²

Los okupas del Palomar entendían que la okupación no es un objetivo, sino un medio para denunciar la especulación y conseguir un espacio donde organizarse fuera del control administrativo. Autonomía, autoorganización y autogestión, son las palabras que mejor definen la teoría y la praxis de la okupación en Sant Andreu. Así lo explica uno de sus protagonistas:

La okupación es algo poliédrico que depende de quien la ejerce. Para mí no es un objetivo, sino un paso hacia donde cada uno quiera darlo. Se okupa como denuncia de la especulación y por la necesidad de un espacio donde uno se pueda organizar sin un control administrativo. A partir de ahí cada uno le puede dar su giro. Básicamente hay tres palabras que pueden definirla:

12 Del original en catalán: “Per a explicar l’okupació es va fer una assemblea de més de 150 persones entre veïns, veïnes, entitats del barri, policies secretes... i va tenir molt bona acollida. Ja d’un principi molts col·lectius van començar a treballar al Palomar. Havia un grup de trenta i escaig persones actives que estaven sempre. Decidim donar-li funció de centre social i d’habitatge, per seguretat i pels problemes d’habitatge que teníem la gent que okuparem.

Des del Palomar es realitzen activitats regularment. Hi ha tallers artístics de diferents tipus, gratuïts i oberts. S’usa com centre de reunió, assemblees, actes lúdics i reivindicatius. Per exemple, va ser seu de les jornades de la II Trobada per la Humanitat i contra el Neoliberalisme, o de les jornades d’okupació rural i urbana que es van coordinar amb Can Pasqual” (entrevista a Ivan A., 2001).

autonomía, autoorganización y autogestión. Es lo que más se acerca a una justicia (entrevista a Ivan A., 2001).¹³

Continuando con el relato, hay que decir que en 1998 —en el momento más álgido del movimiento en el barrio— se llegan a contabilizar 25 de okupaciones, de las que tres eran centros sociales y demás viviendas, mientras que en la actualidad (2010), la ola de desalojos ha dejado el barrio con un solo centro social, La Gordíssima en la calle Pons y Gallarza, así como una docena de viviendas.

La creación de la asamblea de okupas de Sant Andreu fue un poco posterior a la eclosión de las okupaciones. En todo caso, la capacidad de coordinación fue bastante elevada e incluso se realizaron okupaciones populares, como la que después de un pasa-calles finalizó con la okupación del CSO La Galia el 26 de agosto de 1998. De la asamblea de okupas surgió también el boletín mensual contrainformativo, *El Xivarri*.

La Galia, Palomar y Can Mireia se convirtieron en el eje del movimiento por la okupación y del movimiento juvenil en general en el barrio, y decidieron fusionar sus respectivas asambleas para garantizar una mayor coordinación. El desalojo de La Galia el 27 de noviembre de 2000, puso fin definitivamente a las negociaciones entre okupas y ayuntamiento, y avanzó la radicalización de la ofensiva contra el CSO El Palomar. El hecho de que los resultados de las elecciones de 1999 desplazaran ICV del gobierno del distrito en favor del PSC pudo incidir en la estrategia del ayuntamiento, mucho más contundente contra la okupación por parte de los socialistas que de los ecosocialistas.

Tras el desalojo de la Galia, la dinámica de conflicto se acentuó. El movimiento por la okupación de Sant Andreu resistió y amplió

13 Del original en catalán: “L’okupació és una cosa polièdrica que depèn de qui l’exerceix. Per a mi no és un objectiu, sinó un pas cap a on cadascun vulgui donar-lo. S’okupa com a denúncia de l’especulació i per la necessitat d’un espai on un es pugui organitzar sense un control administratiu. A partir d’aquí cadascun li pot donar el seu gir. Bàsicament hi ha tres paraules que poden definir-la: autonomia, autoorganització i autogestió. És el que més s’acosta a una justícia” (entrevista a Ivan A., 2001).

solidaridades, pero su desalojo a principios de abril de 2002, inició una etapa de cierto retroceso. Después del desalojo, algunos okupas del Palomar se embarcaron en el proyecto del CSA El Brot, centro social de alquiler de carácter autogestionado. El ayuntamiento, le hizo cerrar en febrero de 2006 con una estricta aplicación de la reglamentación de bares y restaurantes. El Brot sigue existiendo como asociación. En sustitución, como centro de ocio y alimentación se abrió el bar Patapalo. En cuanto a los centros sociales okupados, son los jóvenes de la izquierda independentista los que han tomado el relevo. La Asamblea de Jóvenes de la Sagrera y Sant Andreu okuparon, junto con otra gente del barrio de diferentes sensibilidades, el CSO La Gordíssima, en diciembre de 2008.

Partiendo de la okupación del Palomar como núcleo que aglutinó las más de 25 okupaciones que se produjeron Sant Andreu entre 1996 y 2002, el modelo de okupación está hecho desde el barrio y abierto al barrio. El “núcleo duro” del movimiento estaba formado a mediados de 1990 por el colectivo antimilitarista Mili-Kk-La Mandrágora y para el esparcimiento San pasado, del cual muchos de los okupas eran monitores. Después de la okupación del Palomar, en abril de 1997, el movimiento experimentó un crecimiento muy rápido, con jóvenes provenientes básicamente de los institutos de la zona. Okupaciones como Rantxo Grande, Casas Viejas, Kan Kartoffel, La Brusca o Kan Macarra, nucleadas por los tres centros sociales del Palomar, La Galia y Kan Miereia, convertían Sant Andreu en el tercer barrio en número de okupaciones (comparable en Horta-Guinardó o Gràcia) y con una capacidad organizativa muy fuerte, similar, en su momento, en la de Sants, si bien con componentes políticos y sociales diferentes.

El perfil de la gente que se acercaba al CSO El Palomar fue variando, y a pesar de partir de una base fuertemente juvenil, que aún conservó hasta su desalojo, se fue abriendo a otros sectores. En este contexto surgieron iniciativas de coordinación más amplias, como la Asamblea Popular de Barrio, la cual se fundó el otoño de 2000. La asamblea de Sant Andreu no era una coordinadora de entidades, sino un con participación a título individual que aprovechaba las infraestructuras, el capital relacional y los recursos de movilización de las entidades. Esta asamblea permitió el

acercamiento entre el entorno de los okupas con otros: sindicalistas del centro comercial La Maquinista, gente proveniente del Ateneo Libertario de Sant Andreu de los años setenta, colectivos feministas, antifascistas y universitarios.

En un principio la postura de los vecinos y vecinas ante la estrategia de la okupación fue muy positiva. Hay que tener en cuenta que los okupas eran jóvenes del barrio y formaban parte de su tejido asociativo desde principios de los años noventa. Casi todo el mundo en Sant Andreu conocía Palomar, lo cual no quiere decir que, en un contexto de enfrentamiento muy fuerte entre los okupas y el ayuntamiento, los vecinos apoyaran de manera clara al proyecto de los y las okupas. Por otra parte, los años 2000 y 2001, la campaña de criminalización lanzada desde la delegación del gobierno contra el movimiento por la okupación en general, tuvo sus efectos también en Sant Andreu.

En el barrio había tres asociaciones de vecinos en 2001: Zona Sur, Zona Norte y Sant Andreu. Esta última apoyó la okupación del Palomar en 1997 y en otros momentos puntuales. Sin embargo, los dirigentes vecinales solían ser reacios a apoyar a los okupas, ya que solían ser militantes o simpatizantes de los partidos del gobierno del ayuntamiento. Sin embargo, el movimiento por la okupación fue capaz de relanzar luchas típicamente locales.

Las reivindicaciones vecinales impulsadas desde el movimiento por la okupación de Sant Andreu verifican el comportamiento positivo de la variable capital social crítico, ya que apuntan, de alguna manera, a la sustitución de un viejo movimiento vecinal domesticado, por un nuevo movimiento vecinal combativo. A continuación, explicaré brevemente algunos ejemplos de estas reivindicaciones vecinales impulsadas desde el movimiento por la okupación.

En primer lugar, la campaña contra La Maquinista (centro comercial y de ocio) que fue apoyada tímidamente por las asociaciones de vecinos. En segundo lugar, el movimiento recogió también la reivindicación histórica del Centro de las Artes para uso social. Pero no se pudo evitar la decisión del Ayuntamiento de alquilarlo a la multinacional Lauren Films por 50 años. Esta construyó un multicine de diez salas, mientras derribaba el

último cine de barrio. Finalmente, desde el movimiento por la okupación se levantó la única voz crítica organizada contra el mega-complejo lúdico comercial Heron City, cuya construcción implicó además el derribo de una de las pocas casas de campo que había en el barrio.

Las nuevas instalaciones comerciales y lúdicas —acompañadas de un incremento de la construcción de vivienda a precios muy elevados— se encuentran en clara relación con la construcción de la estación del Tren de Alta Velocidad en La Sagrera. Según los okupas, el impacto ambiental y social de este proceso de renovación urbana puede tener consecuencias nefastas para la sostenibilidad de la estructura social del barrio (entrevista a Ivan A., 2001). De hecho, el primer impacto ha afectado al mismo movimiento por la okupación. Así pues, la construcción de nuevos edificios y el derribo de los viejos, ha provocado una notable disminución de las okupaciones y de los centros sociales en Sant Andreu. A pesar de esta merma, la okupación del CSO la Gordíssima evidencia el relevo generacional dentro del movimiento y mantiene la presencia de este actor social en el barrio.

5.2.2 El Vallès Occidental: Terrassa y Sabadell, dos ejemplos de construcción del movimiento

La comarca del Vallés Occidental ha contado con decenas de okupaciones difuminadas por todo su territorio, en municipios como Rubí, Cerdanyola del Vallés o Sant Cugat. Pero sin duda, sus dos capitales, Sabadell y Terrassa son los espacios que han concentrado un mayor número de okupaciones y de movimientos sociales a su alrededor. Por este motivo, analizaremos el comportamiento de la variable capital social alternativo en estas dos ciudades, relatando al mismo tiempo, una breve historia local de sus okupaciones.

A) Terrassa

El movimiento por la okupación actual nace en Terrassa en septiembre de 1996 a partir de la confluencia de tres sectores políticos y sociales de la ciudad, formados casi exclusivamente por jóvenes. En primer lugar, un grupo de personas que provenían de organizaciones de la izquierda

radical y de la extrema izquierda, como JCR o Rauxa, así como grupos de la izquierda radical independentista, que hicieron una evolución hacia la autonomía . Una autonomía difusa, que planteaba la lucha no tanto en términos políticos sino sociales. Este grupo de gente se relacionaba alrededor del colectivo de solidaridad con la rebelión zapatista de Chiapas. También contaba con sectores radicalizados del movimiento estudiantil, y fue el mismo grupo, en el sentido político, que reimpulsó el movimiento por las okupaciones en Barcelona. La entrada que se hacía desde la extrema izquierda hacia planteamientos del ámbito de la autonomía y que permitía el entendimiento entre los viejos anarquistas y los nuevos planteamientos autónomos, fue el mismo fenómeno que en Barcelona fructificó en varios lugares, de los que Sants podría ser el paradigma. Un segundo sector, correspondía a militantes de organizaciones políticas que seguían planteándose las estrategias en términos de izquierda leninista, como la PUA o los CJC. En este grupo también participaba gente de la Asamblea de Insumisos de Terrassa. El tercer grupo estaba formado por jóvenes con menos socialización política, gente de la ciudad sensibilizada en temas como la solidaridad o el ecologismo, pero que siempre había encontrado cualquier proyecto político muy lejano y que por primera vez sentía que se podía construir algo real y con cierta fuerza (entrevista a Tomi, 2002).

La falta de continuidad entre el movimiento por la okupación de los años ochenta y lo que emergió en 1996 fue un hecho diferencial de Terrassa respecto a Barcelona. Se trataba probablemente del movimiento por la okupación más politizado del área metropolitana, y en él confluían personas y colectivos de todas las familias de la izquierda radical: comunistas, independentistas, extrema izquierda, autónomos y libertarios. Pero también, mucha juventud sensibilizada en temas ecológicos, de solidaridad, de antimilitarismo, formando una red crítica de okupación de fuerte potencial movilizador.

La unión de estos tres sectores políticos de la juventud terrassense se hizo con ciertas dificultades, ya que el primer y el tercer grupo reclamaban un centro social más abierto, mientras que los grupos que podemos meter en el segundo sector lo reclamaban más definido políticamente. En todo caso, cuando se okupa el primer centro social, el proyecto se abrió mucho

y consiguió agrupar entre 100 y 200 jóvenes a su alrededor. Hasta entonces los colectivos en Terrassa no superaban las siete personas, y en cambio, la primera asamblea del centro social convocó aproximadamente a ochenta personas. Fue la última semana de septiembre de 1996, con movilizaciones diarias, que sorprendieron a la opinión pública de Terrassa. De pronto, después de una época de desierto en el ámbito de la acción colectiva crítica, 700 personas salieron a la calle, con la demanda de defender este centro social. Se trataba del CSO El Bruc.

Esta primera okupación marcó la tendencia del movimiento en Terrassa. Finalizó al cabo de dos semanas con un desalojo muy violento y 18 personas detenidas. Era el primero de estas características antes del Cine Princesa de Barcelona y la desproporcionada represión hizo que el movimiento percibiera buena parte de las simpatías de la gente de Terrassa. Más de 1500 personas apoyaron la manifestación contra el desalojo, en la manifestación reivindicativa de la okupación más grande hasta el momento.

En octubre, la Asamblea de Okupas de Terrassa, ámbito desde donde se coordinaba a través de la democracia directa todo el movimiento, volvió a okupar. El CSO St Cayetano era de nuevo una fábrica abandonada y coincidía en el momento que la okupación ya había surgido en la opinión pública en la época del Cine Princesa. Desde los medios de comunicación y la delegación del gobierno, comenzó una campaña para deslegitimar el movimiento mediante artículos que pretendían vincular con la organización juvenil vasca Jarrai y con hechos de violencia aislada. En la manifestación posterior al desalojo hubo graves enfrentamientos entre la policía y los manifestantes (Asamblea de Okupas de Terrassa, 1996-1997).

El resto del año 1996 y todo 1997 fueron una continua espiral de okupaciones y desalojos, sin que el movimiento pudiera sostener ningún centro social abierto en la ciudad. La excepción fueron los meses de marzo y abril de 1997 con el CSO el Vapor-Ventalló donde se pudieron hacer algunas actividades, como una feria de ONGs o el Segundo Encuentro Intergaláctico contra el Neoliberalismo, impulsado por el colectivo de solidaridad con la rebelión zapatista (entrevista a Tomi, 2002).

Después del desalojo del Vapor-Ventalló el movimiento cayó en un cierto desánimo, mientras los desalojos constantes, las detenciones y las

peticiones de prisión se sucedían. A principios de 1998 empezaron a salir las fechas de los primeros juicios que afectaban a aproximadamente 80 jóvenes —con peticiones de prisión— y produjeron una notable pérdida de la almohada social que apoyaba al movimiento.

A finales de 1997 se okupó el CSO Vallparadís. La tarea antirrepresiva logró recuperar algo del ambiente de 1996, con manifestaciones, jornadas de debate sobre el movimiento y charlas en los institutos. Este proceso de debate culminó con el libro “Okupación, represión y movimientos sociales”, editado por la Kasa de La Muntanya- Diatriba.

En 1998 hubo dos manifestaciones contra la represión en Terrassa con 1,500 personas cada una y el movimiento ganó el primer juicio por usurpación. Pero como dice uno de los okupas entrevistados “la represión no ha construido nunca movimiento” (entrevista a Tomi, 2002), y las diferencias en el seno de la asamblea de okupas se reproducirían con la combinación de tres factores. Por un lado el desalojo del CSO Vallparadís, por el otro los intentos de negociación y, finalmente, el giro estratégico de un sector importante del movimiento hacia los NMG.

En un primer momento, la llegada de la orden de desalojo de Vallparadís permitió al movimiento ensanchar la red crítica de okupación y generar una plataforma muy amplia. El movimiento ya no aparecía solo como asamblea de okupas, sino con muchas más entidades de Terrassa y bajo el nombre de Plataforma Salvem Vallparadís. Sin embargo, la resistencia de un sector de los okupas al “planteamiento ciudadano” y las falsas propuestas de negociación del ayuntamiento fueron dividiendo a la propia asamblea. Cuando llegó el desalojo de Vallparadís, en enero de 2000, este se produjo en un clima de tensión y división (entrevista a Tomi, 2002).

Por las mismas fechas, alguna gente de Terrassa veía que las cosas a nivel internacional estaban cambiando, que se extiende retomando la crítica al capitalismo por parte de diversos sectores sociales, algunos de los cuales no provenían del movimiento por la okupación y por lo tanto había que abrirse para confluir. Después del desalojo de Vallparadís, en enero de 2000, la asamblea de okupas hizo un proceso de debate interno, de tres o cuatro meses. Las posturas de los que pretendían abrirse, diluirse, confluir y dinamizar en el nuevo movimiento de movimientos incipiente y las de

los que pretendían continuar coaligados con los sectores más clásicos del movimiento por la okupación eran tanto antagónicas que el mismo debate acabó hundiendo la Asamblea de Okupas de Terrassa.

El movimiento por la okupación en Terrassa se dividió en dos grupos. Una parte apostó por la creación de colectivos de la órbita del MRG (Movimiento de Resistencia Global) y optó por construir un centro social en un espacio de alquiler, el Ateneu Candela. El otro sector continuó con la estrategia de la okupación de centros sociales. La okupación del CSO Els Fanalets ya no se reivindicó desde la asamblea de okupas, sino desde una coordinadora de colectivos (Acció Autònoma), el independentismo revolucionario y los anarcosindicalistas de CGT y CNT.

Las detenciones, en 2001, y posteriores condenas de dos personas del movimiento, Zigor Larredonda y Laura Riera, por presunta vinculación con ETA, aunque sirvieron de aglutinador momentáneo, supusieron un duro golpe para la imagen pública del movimiento en Terrassa. Desde entonces las campañas antirrepresivas —como las del proceso contra los 32 detenidos en el desalojo del Kork III— han protagonizado la vida del movimiento por la okupación egarense.

Sin embargo, aún existen centros sociales okupados en Terrassa con actividades abiertas. Un ejemplo es El Kasalet, impulsado también por el colectivo Acció Autònoma. Por otra parte, de este sector que continúa en la estrategia de la okupación surgió en mayo de 2009 la iniciativa de la Asamblea Popular Anticapitalista de Terrassa que agrupa colectivos y personas a título individual para unificar la lucha contra el sistema y sus disfunciones sociales. En su documento fundacional afirman lo siguiente:

Creemos que hemos de crear un punto de encuentro para diferentes personas y colectivos de base (políticos, sociales, culturales o sindicales) de nuestra ciudad, un espacio abierto donde cada colectivo conserve su autonomía para actuar y debatir, pero donde también suman fuerzas para movilizarnos, luchar y discutir propuestas (<http://www.kaosenlared.net/noticia/neix-terrassa-lasamblea-popular-anticapitalista>).

El comportamiento de la variable del capital social crítico en el caso de Terrassa ha sido evidentemente positivo desde una perspectiva estática de protagonismo. La irrupción del movimiento en 1996 a partir de la confluencia de los tres sectores juveniles mencionados fue la prueba de un buen aprovechamiento de la red crítica latente en el contexto de una apertura de la EOP para el movimiento. Además, el movimiento fue capaz de superar el núcleo de los militantes de los tres sectores y llegó a incidir en unos 200 o 300 jóvenes. Su fuerza también fue capaz de tejer, en momentos puntuales, redes más amplias con sectores minoritarios del movimiento sindical y vecinal. La okupación ha sido una forma de asociacionismo juvenil y, probablemente, la más grande y participativa que ha habido en Terrassa desde la transición (entrevista a Ermengol, 2002). Las diferencias entre dos sectores del movimiento han caracterizado también las estructuras de movilización del movimiento por la okupación en Terrassa, los diferentes discursos y perfiles de sus miembros y dos líneas con respecto a las estrategias de participación. Así definía uno de los okupas entrevistados, en el año 2002 a ambos sectores:

Nosotros somos un sector reducido de la juventud terrassense, la gente que abrimos espacios para crear cosas. Entre la gente militante encontramos diversos sectores, por ejemplo la gente del barrio de Egara o Las Arenas, de abstracción obrera, con espacios menos politizados pero con ganas de generar espacios y con componentes políticos. Dentro del ámbito anticapitalista, dos o tres frentes, uno sería el de la izquierda independentista, con poca base social de gente como Adelante, pero con un Casal bastante grande; el segundo sería el sector del MRG, fundamentalmente universitario, en el que la gente proveniente de la Asamblea de Okupas es un número muy reducido y que se ha unido con grupos afines como la RCADE y la Federación de ONGs [...] y el otro sector somos la mayoría de la Asamblea de Okupas, donde hay universitarios, trabajadores, CGT, gente cercana a CNT y gente muy amplia de sensibilidad independentista. La diferencia entre unos y otros en discurso es mínima,

pero si en dos cuestiones: este último sector no crítica la violencia como forma de lucha y es más conflictivista. Simplificando mucho unos montamos nuestra red y generamos espacio social y los otros generamos espacio social con la destrucción del capital; pero también la división tiene mucho de personalismos y eso es grave. Hay una especie de competencia que perjudica la movilización en general y las convocatorias por separado no suman sino que restan (entrevista a Ermengol, 2002).¹⁴

B) Sabadell

La otra capital del Vallés Occidental no ha contado con un movimiento por la okupación tan grande ni tan rico como el de Terrassa, pero sí ha tejido una red de movimientos alternativos bastante sólida, de la que la okupación es un elemento importante.

En 1994 hubo un primer intento en Sabadell con la okupación de La Obrera aunque pronto fue derribada por el Ayuntamiento. La Fileria fue

14 Del original en catalán: “Nosaltres som un sector reduït de la joventut terrassenca, la gent que obrim espais per crear coses. Entre la gent militant trobem diversos sectors, per exemple la gent del barri d’Egara o Les Arenes, d’abstracció obrera, amb espais menys polititzats però amb ganes de generar espais i amb components polítics. Dins l’àmbit anticapitalista, dos o tres fronts, un seria el de l’esquerra independentista, amb poca base social de gent com Endavant, però amb un Casal força gran; el segon seria el sector de l’MRG, fonamentalment universitari, en el qual la gent provinent de l’Assemblea d’Okupes és un nombre molt reduït i que s’ha unit amb grups afins com l’XCADE i la Federació d’ONGs [...] i l’altre sector som la majoria de l’Assemblea d’Okupes, on hi ha universitaris, treballadors, CGT, gent propera a CNT i gent molt ampla de sensibilitat independentista. La diferència entre uns i altres en discurs és mínima, però si en dues qüestions: aquest darrer sector no crítica la violència com a forma de lluita i és més conflictivista. Simplificant molt uns montem la nostra xarxa i generem espai social i els altres generem espai social amb la destrucció del capital; però també la divisió té molt de personalismes i això és greu. Hi ha una mena de competència que perjudica la mobilització en general i les convocatòries per separat no sumen, sinó que resten” (entrevista a Ermengol, 2002).

la primera okupación que se consolidó. Fue okupada el 15 de mayo de 1999 en la calle Arimon 24. Se trataba de un edificio de estilo modernista que hacía años había sido abandonado por sus propietarios —la familia García-Planas— aunque estaba incluido en el Plan Especial de Protección del Patrimonio Arquitectónico de Sabadell (PEPPAS). La Casa Arimon, como se llamaba este edificio modernista, fue fruto de la reforma sustancial de un centro del siglo XIX, realizada en 1911 a manos del arquitecto Josep Renom (Gomà *et al.*, 2003).

En 1999 era un momento álgido del movimiento en diferentes lugares del área metropolitana (Barcelona, Terrassa, Cornellà) y en Sabadell se constituyó la Asamblea de Okupas de Sabadell, impulsada fundamentalmente por miembros del Ateneu Popular Insurrecte y otros colectivos cercanos como la Coordinadora Antirrepresiva, la revista Pitufo Negro y colectivos contra el paro. El objetivo de la Asamblea fue denunciar la especulación urbanística capitalista y establecer un centro social okupado que también se utilizaría como vivienda. Según uno de los okupas sabadellenses entrevistados, la intención iba más allá de la okupación en sí misma.

Más que okupar, era aprovechar, culturizar, sensibilizar. Queríamos hacer ver a la gente que por iniciativa propia se pueden hacer muchas cosas, organizándose a través de la autogestión, la cooperatividad y la asamblea. Y entonces se inició el trabajo de limpieza y transformación de la casa hacia un centro social libre y abierto. Sobre todo abierto a los vecinos ya la ciudad (entrevista a Albert, 2002).¹⁵

El proyecto comenzó con un amplio apoyo de diferentes entidades y colectivos de Sabadell como la Plataforma de Insubmisos, la Sèpia Verda,

15 Del original en catalán: “[...] més que okupar, era aprofitar, culturitzar, sensibilitzar. Volem fer veure a la gent que per iniciativa pròpia es poden fer moltes coses, organitzant-se a través de l’autogestió, la cooperativitat i la assembleisme. I llavors s’inicià el treball de neteja i transformació de la casa cap a un centre social lliure i obert. Sobre tot obert als veïns i a la ciutat” (entrevista a Albert, 2002).

el grupo feminista Heura Roja y otros. Diferentes colectivos trasladaron allí la realización de reuniones. La Filaria “se convirtió también en aquellos primeros momentos, en lugar de encuentro de todos” (entrevista a Albert, 2002).

Poco después de la okupación, grupos de ideología fascista iniciaron ataques violentos contra la casa. El incidente más grave fue un incendio provocado por uno de estos grupos en el interior de la casa cuando la mayoría de los okupantes estaban durmiendo.

Y tuvimos muchos ataques fachas. Había dos grupillos unos que son los que iban más suaves y nos tiraban cócteles y nos tiraban cosas, que los teníamos localizados. Entonces un día a las ocho de la mañana, yo me levantaba para ir a trabajar y empecé a escuchar mucho ruido y veo que gritan “Hi Hitler” y abro un poco la puerta y me encuentro tres nazis levantando el brazo y se van corriendo. Total que salgo, aviso mi compañero de la habitación de a lado y nos encontramos toda la escalera principal llena de fuego, que las llamas hacían doce metros (entrevista a Albert, 2002).¹⁶

Estos hechos cohesionaron a los habitantes de la Filaria y se constituyó el Comité Antifascista para dar respuesta a los ataques. Paralelamente, se constituyó la Plataforma Antifascista de Sabadell (PAS) que llegó a agrupar a 30 entidades sindicales, sociales, culturales y políticas con el objetivo de luchar contra el fascismo a través de la denuncia y la movilización ciudadana.

16 Del original en catalán: “I vam tenir molts atacs fatxes. Hi havia dos grupillos uns que són els que anaven més suaus i ens tiraven còctels i ens tiraven coses, que els teníem localitzats. Llavors un dia a les vuit del matí, jo m'aixecava per anar a treballar i vaig començar a sentir molt soroll i veig que criden “Hi Hitler” i obro una mica la porta i em trobo tres nazis aixecant el braç i se'n van corrent. Total que surto, aviso el meu company de l'habitació del costat i ens trobem tota l'escala principal plena de foc, que les flames feien dotze metres” (entrevista a Albert, 2002).

Pero el proyecto político y cultural del CSO La Filaria no se llegó a consolidar. Personas ajenas al movimiento se instalaron a vivir en la casa, a la vez que la implicación con La Filaria del resto de colectivos de la ciudad fue perdiendo fuerza. Esta falta de centralidad y de coordinación quedó patente en el poco apoyo que hubo en el momento del desalojo.

Cinco días después del desalojo de la casa Arimon, un sector de la Asamblea de Okupas proveniente de La Filaria ocupó La Deskàrrega que consistía en dos viviendas de los trabajadores de una antigua subestación eléctrica propiedad de Enher (principal empresa de electricidad española) y de estilo posmodernista. Aunque en un inicio hubo un cierto apoyo de la Asociación de Vecinos del Barrio de Torre Guitart, pronto la casa se fue cerrando sin tener un proyecto colectivo como La Filaria, manteniéndose como espacio de vivienda y de autoconsumo. Cinco meses más tarde, a mediados de julio de 2000, los últimos okupas fueron desalojados pacíficamente. Dos días después se derribaban los edificios y terminaba así la segunda experiencia de okupación en Sabadell.

No fue hasta el periodo 2003-2004 que el movimiento por la okupación de Sabadell no intentó de nuevo varias okupaciones. La primera fue el CSO Los Maquis, okupado el 20 de diciembre de 2003 (*Contra-Infos*, 2003) y desalojado el 11 de febrero de 2004. Tres días después el movimiento okupó un edificio de propiedad municipal: el CSA Can Barba. Este fue inaugurado el uno de abril de 2004 y se convirtió en okupación de referencia en la ciudad. Este nuevo centro social acogió todo tipo de actividades encaminadas a la formación, la socialización y el ocio de la juventud y contaba con una *cafeta*, una biblioteca popular y un espacio polivalente donde se hacían talleres, charlas y actos políticos.

Finalmente, el primero de mayo de 2005 el edificio fue desalojado voluntariamente por la asamblea popular que lo gestionaba, a cambio del compromiso del ayuntamiento de Sabadell de cederles un local para continuar sus actividades y dar un uso público inmediato al espacio (*Vilaweb*, 21/05/2009). El Ayuntamiento incumplió sus promesas y Can Barba permaneció cuatro años cerrado hasta que se empezaron actuaciones para convertirlo en un anexo del CEIP Sabadell Centro, una escuela pública, en septiembre de 2009.

La Asamblea de Okupas de Sabadell, a pesar del acuerdo, continuó ocupando espacios abandonados para denunciar la especulación y generar viviendas y centros sociales para jóvenes. El protagonismo, lo compartiría con otros colectivos que apostaban por la okupación como la CAJEI (Coordinadora de Asambleas de Jóvenes de la Izquierda Independentista) o el Movimiento Popular de Sabadell —Coordinadora de colectivos diversos, entre ellos la propia asamblea de okupas y la CAJEI—. Este entramado de colectivos okupó en diciembre de 2007 el Ateneu Popular Insurrecte, que fue desalojado rápidamente. La respuesta vino solo por parte del sector de la izquierda independentista que okupó en enero de 2008 el Ateneu Popular l'Escletxa.

El movimiento por la okupación del Vallés Occidental ha aportado a lo largo de estos 25 años nuevas formas de lucha que han sido asumidas por otros movimientos, como la izquierda independentista revolucionaria, y más recientemente por las Plataformas de Afectados por las Hipotecas (PAH) que —especialmente en Sabadell y Terrassa— han utilizado la okupación para alojar a familias desahuciadas durante la crisis de la hipotecas, entre 2011 y 2014. Y este, por sí solo, ya es un impacto importante.

5.2.3 Tejiendo contrapoderes en el Baix Llobregat

La evolución del movimiento por la okupación en el Baix Llobregat es paralela a la del resto del área metropolitana de Barcelona, pero con características propias. Si el primer intento de okupación en Barcelona se dio en 1984, al año siguiente se produjo el primer intento en Gavà. En esta primera etapa se produjeron nueve okupaciones en el Baix Llobregat.

La primera okupación consolidada en la comarca fue en 1987. Se trató del Ateneu de Korneyà. Esta okupación fue fruto de la negativa del Ayuntamiento de Cornellà de ceder locales para actividades de los jóvenes, en especial del barrio Riera. Después de un encadenamiento en la puerta del ayuntamiento, los jóvenes decidieron tomar la iniciativa y okupar una antigua fábrica de electrodomésticos situada en la calle Barcelona. La larga historia de esta okupación, 17 años, pasó por diferentes etapas. En un primer momento recibió el nombre de Local Social. En este periodo se inició un proyecto de autoempleo a través de la venta de productos de

segunda mano por un colectivo llamado Recicla, se hacían conciertos, se abría la *K-feta* regularmente y había una distribuidora de material. En un primer momento las personas que gestionaban el Local Social estaban vinculadas al Movimiento Comunista (MC) y organizaciones de cristianos de base. Durante este periodo el Local Social era el único CSO en Cataluña, lo que hacía que se convirtiera en un punto de encuentro de las personas que llevaban a cabo la práctica de la okupación en Barcelona y alrededores. Posteriormente, el Local Social se cerró y hasta un tiempo después no reanudó su actividad bajo el nombre de Ateneu Llibertari de Korneyà. En este periodo hubo un cambio de orientación política de corte libertario. En este segundo período se reunían en el ateneo colectivos de mujeres como Sofalda y Donacanya, el colectivo antifascista (CAF) y el colectivo antimilitarista. Por otra parte, continuaba en funcionamiento el proyecto de autoempleo Recicla, al que se le sumó, más adelante, un comedor popular (González y García, 2009).

Después de 1992, la okupación de nuevos centros sociales en la ciudad de Barcelona diluyó el papel de referente que tenía el Ateneo de Korneyà. Precisamente, a partir de 1994 se extendieron las okupaciones hacia otros municipios de la comarca como el Prat o Viladecans. Del mismo modo que pasó en el resto del movimiento (González, 2004; Herreros, 1999; Martínez, 2002), las okupaciones viven en el Baix Llobregat un fuerte crecimiento en el periodo 1996-2000. Las dinámicas del movimiento local basculaban alrededor de la Asamblea de Okupas de Barcelona. Paralelamente, se incorporaban generaciones de jóvenes que permitían explorar nuevas prácticas. Se consolidaron actividades como las fiestas alternativas, las protestas contra las empresas de trabajo temporal (ETTs) y los medios de contrainformación. Se dan también experiencias como la Asamblea del Pueblo de Korneyà que pretendía agrupar sectores varios de los movimientos sociales de la ciudad. Asimismo, en algunas poblaciones el movimiento por la okupación participó en la Mesa por los Derechos Sociales. Durante esta etapa de crecimiento, el movimiento por la okupación del Baix Llobregat también se vio rodeado por el desprestigio a través de los medios de comunicación (González y García, 2009).

En el último período analizado en esta investigación, la represión y criminalización contra el movimiento han continuado. En primer lugar se produjeron detenciones bajo la ley antiterrorista de personas de Viladecans (febrero de 2003) acusadas de actos de sabotaje; por otra parte tres jóvenes fueron acusados de participar en el lanzamiento de cócteles molotov en la comisaría de la Policía Nacional de Sants. Finalmente se produjeron desalojos de centros sociales importantes para el movimiento, como Ateneu de Korneyà (17 años de okupación), el Ateneu de Viladecans (ocho años), y el Pati Blau (seis años). A pesar del aumento de los desalojos (hasta dieciséis entre 2002 y 2006), se constató un crecimiento en el número de okupaciones (40), especialmente en poblaciones como El Prat y Esplugues (González y García, 2009).

En junio de 2006 había centros sociales okupados en siete poblaciones del Baix Llobregat. Las okupaciones se concentraban en los municipios más poblados de la comarca y en aquellos más cercanos a Barcelona.

Figura 5.1 Okupaciones en el Baix Llobregat por municipio (junio de 2006)

Municipio	Espacios okupados
Castelldefels	CSO el Rabart
Cornellà de Llobregat	CSOA La Krispa, CSO Tòxics, CSO La Bankarota y once viviendas.
El Prat de Llobregat	El KOP Alta Tensió y cinco viviendas.
Esplugues de Llobregat	Kan Kadena, Cal Suís y seis viviendas.
Molins de Rei	Ca La Banya, El Racó y cinco viviendas.
Sant Boi de Llobregat	Ateneu Santboià y una vivienda.
Viladecans	CSO Els Timbres y el Ateneu de Viladecans.

Fuente: González y García (2009).

Por último, quisiera hacer una serie de consideraciones que hacen referencia al comportamiento de la variable del capital social alternativo

en la comarca del Baix Llobregat. La pluralidad de tendencias ideológicas y, en muchos casos, la inexistencia de una clara identificación político-ideológica es una de sus características principales. La emergencia del movimiento por la okupación durante los años noventa en la comarca supone un cambio respecto a la tradición de los años setenta y ochenta. En las décadas anteriores, que comprenden el final de la dictadura y el comienzo del régimen de monarquía parlamentaria, la hegemonía en la expresión pública de los movimientos sociales a nivel local era del movimiento obrero, sobre todo de sus corrientes comunistas.

La emergencia de la okupación, pues, se convierte en un indicio de la expansión de estas ideologías en su expresión pública. Esto se produce, por otra parte, para la integración en el entramado institucional de personas provenientes de algunos movimientos sociales vinculados a ciertas organizaciones comunistas (PSUC y PCC) durante los años setenta y ochenta.

Asimismo, cabe destacar, que en su mayoría, las personas activas en el movimiento por las okupaciones no se sienten identificadas bajo las ideologías clásicas de marxismo, comunismo o anarquismo. Su confluencia se construye sobre unas prácticas y unos valores ideológicos compartidos: autogestión, asamblearismo u horizontalidad organizativa, democracia directa, autonomía, acción directa, solidaridad activa, antipatriarcado, anticapitalismo, anticonsumismo y rechazo a la democracia de partidos, entre otros.

La confluencia de los colectivos del movimiento por la okupación en la comarca con otros movimientos es muy puntual. En su mayoría suelen participar con otros colectivos de carácter anticapitalista o con una confrontación más directa contra el Estado y el capital. Este sería el caso de los movimientos de los sin papeles o la red contra la precariedad y los cierres de empresas.

Sin embargo, también se dan situaciones de confluencia con otros colectivos como asociaciones de vecinos, grupos ecologistas, sindicatos y partidos políticos. Este es el caso de las campañas contra el Plan Caufec (Esplugues de Llobregat), contra el vial de cornisa (Molins de Rei), contra el Plan Delta (el Prat), contra la urbanización de Oliveretes (Viladecans) o

contra la quema de residuos en la cementera de Pallejà.

La autonomía de acción de los colectivos que participan de la gestión de los centros sociales, hace que cada uno siga su propia estrategia a la hora de trazar alianzas con otros colectivos y organizaciones, y en el tratamiento de otros frentes de lucha. Los hay que trabajan más la cuestión ecológica, otros el trabajo, la autogestión, la anti-represión, la crítica general al capitalismo, la liberación nacional y, sobre todo, la especulación.

El Baix Llobregat ha sido durante décadas una comarca eminentemente industrial.

Por su proximidad a Barcelona, el Baix Llobregat se ha visto sometido a las dinámicas económicas de la capital. Por un lado, es la salida hacia el sur y el oeste de la metrópoli, lo cual ha tenido como consecuencia la ubicación de diversas infraestructuras, necesarias para la expansión económica según las pautas actuales del desarrollo económico, como la construcción de la A-2, el Tren de Alta Velocidad y las rondas de circunvalación en Barcelona. A estas hay que sumar las vinculadas a la ampliación del Aeropuerto de El Prat y del Puerto de Barcelona, lo que supone una expansión de las instalaciones logísticas.

Por otra parte, el encarecimiento de la vivienda en Barcelona ha desplazado la población hacia el Baix Llobregat. Esto ha tenido como consecuencia la ampliación del *continuum* urbano que, hasta comienzos de los años noventa llegaba a Sant Joan Despí, actualmente se ha ampliado hasta Molins de Rei y el Papiol en la ribera norte, mientras que en la ribera sur muchas de las poblaciones se han unido, siendo difícil diferenciarlas unas de otras. Esta urbanización de la comarca ha tenido como resultado la expansión de más infraestructuras para dar servicio al aumento de población.

Finalmente, un análisis de los miembros del movimiento, evidencia que las okupaciones en el Baix Llobregat siguen el perfil de colectivos de gente joven. La edad de los activistas oscila entre los 16 y los 40 años, especialmente concentrados entre los 20 y los 30 años. El hecho de que la okupación en la comarca cuente con treinta años de historia y que algunos de sus militantes continúen activos desde el comienzo, permite romper el tópico del joven okupa, asegura la transmisión de información

intergeneracional y el mantenimiento de la memoria del movimiento. La mayor parte de los y las activistas del movimiento son de origen y condición trabajadora (González y García, 2009). Se hace difícil de decir cuáles son las tendencias y perspectivas de futuro, pero hay elementos nuevos que hacen pensar en una nueva situación: entrada de una nueva hornada de militantes que han supuesto un rejuvenecimiento del movimiento, el mantenimiento de aquellos que llevan más tiempo en el movimiento, la plena entrada en una nueva situación de la okupación en la que cuesta más mantener las okupaciones durante los mismos períodos que se habían dado hasta el momento, el fin de un período de fuerte represión política con vinculaciones con la lucha armada, el despliegue de la policía autonómica en la comarca y la mayor dificultad de conseguir espacios vacíos. Sin embargo, es muy probable que el movimiento por la okupación en el Baix Llobregat siga teniendo protagonismo en la escena de los movimientos sociales de la comarca en los próximos años, en la medida que se conecte con el nuevo ciclo contra las políticas de austeridad y la clase política iniciado con las acampadas del 15M de 2011.

5.3 Medios de comunicación y estrategias de contrainformación

En este apartado trato de abordar la variable que en el capítulo tres he llamado marcos cognitivos y la opinión pública. Partiendo de las teorías del análisis de marcos, realizaré la aproximación a esta variable mediante tres estrategias. En primer lugar, y basándome en un estudio previo sobre la imagen del movimiento por la okupación en la prensa escrita en Cataluña, me situaré en medio de una batalla simbólica, una lucha por la imposición de marcos cognitivos. En segundo lugar, y a través del análisis de la contrainformación generada desde el movimiento por la okupación catalán, intentaré medir el impacto y las transformaciones que ha tenido esta herramienta de comunicación y discurso sobre la realidad. Como decía en el capítulo tres, a mayor ámbito territorial y social de estos medios, mayor duración y apertura hacia los movimientos sociales alternativos, más importantes serán los impactos de las redes de okupación sobre el sistema político. Y, por último, del análisis de contenido de las noticias sobre okupación en la prensa escrita, y del estudio de los medios de

comunicación y contrainformación del propio movimiento, trataré de extraer conclusiones sobre la tercera parte de esta variable, es decir, sobre cuáles han sido las estrategias discursivas del movimiento por la okupación catalán y cuál ha sido su alcance sufriendo del análisis de marcos.

5.3.1 La construcción mediática del okupa catalán

Este apartado se basa en una investigación previa en la que participé en los años 2001 y 2002, y que como explicaré en el apéndice metodológico, analizaba 577 piezas informativas en la prensa escrita sobre el movimiento por la okupación catalán en tres periodos significativos entre los años 1996 y 2001. Se trata, pues, de la segunda etapa del movimiento por la okupación, aquella en la que tuvo mayor protagonismo y presencia mediática.

Como posteriormente han corroborado otros estudios (Alcalde, 2004), el análisis sistemático de la cobertura que la prensa diaria realizaba en todo lo referente al movimiento por la okupación en ese periodo, mostraba cómo se centraba, mayoritariamente, en aquellas actividades que pueden ser consideradas como extraordinarias del movimiento: desalojos, manifestaciones, acciones directas, etc. Por otra parte, la mayoría de noticias hacían referencia a toda la amalgama de temas legales y judiciales en que se veían rodeados los miembros del movimiento o bien en el debate y discusión política y judicial sobre cuál era el tratamiento político y jurídico que debía recibir la okupación de inmuebles deshabitados (Barranco, González y Martí, 2003).

Así, el estudio de 577 noticias de diferentes periodos entre 1996 y 2001 mostró cómo las actividades extraordinarias ocupaban 60% de piezas como temáticas principales; que los desalojos, por sí solos, representaban 15% de los temas principales y alcanzaban 26% si teníamos en cuenta indistintamente de que aparecieran como temas principales o secundarios. Por lo que respecta a los temas legales y judiciales, veíamos como 50% de los impactos estaban relacionados con estos (Barranco, González y Martí, 2003).

En cambio, la cobertura de lo que podrían ser consideradas como actividades ordinarias del movimiento, a saber: todo lo referente a la gestión cotidiana y a las actividades de los CSOs eran solo consideradas

dignas de cobertura excepcionalmente. En esta dirección de análisis, el estudio también demostraba que después del discurso periodístico, el más difundido por los medios era el policial (17% de los casos); seguido del que hacían las diferentes administraciones e instituciones públicas (14%). Por el contrario, el discurso del propio movimiento por la okupación solo estaba presente en 5.5% de los impactos (Barranco, González y Martí, 2003).

Si discernimos cuál era la imagen que cada actor ofrecía del movimiento, veíamos como el discurso negativo partía básicamente de los periodistas, de las instituciones públicas y de las policías. Aquellos que mayoritariamente sí ofrecían una buena imagen del movimiento eran, evidentemente, los discursos del propio movimiento por la okupación (en 72%) y los de los movimientos sociales en general (casi 80%). El problema era que estos discursos tenían muy poca presencia comparativa, como podemos ver en la *tabla 5.1*.

Por otra parte, la representación mayoritaria sobre la temática de la okupación que ofrecían los periódicos era la de tratarse de una cuestión de orden público. Las ocasiones en las que era tratada como una temática de juventud o de vivienda eran verdaderamente mínimas, mientras que casi nunca era tratada como una temática política. Así, la imagen del movimiento ofrecida por la cobertura de los diarios estaba asociada con la violencia y con una temática concerniente al mundo judicial y a la policía. Nuestro análisis mostraba que en 28% de los casos la temática principal estaba relacionada con temas legales, judiciales o policiales, valor que adquiriría 42% si teníamos en cuenta también las temáticas secundarias. Además, la mitad de las veces en las que aparecía el movimiento en los periódicos quedaba relacionado con temáticas judiciales, al tiempo que la policía aparecía en 62% de los impactos referentes a la okupación. Además, casi en la mitad de impactos (44%) el movimiento aparecía de alguna forma u otra conectado con la violencia —sea en la noticia, en la fotografía, o en alguna noticia secundaria— y en 17% de las veces la violencia podía ser considerada la temática principal, cuando no casi la noticia en sí misma (Barranco, González y Martín, 2003). En la *tabla 5.2* podemos observar los datos a los que hago referencia.

Tabla 5.1 Discurso predominante y percepción del impacto

		Discurso predominante						
		Institucional	Mov. okupa	Mov. sociales	Periodístico	Personal	Policial	Total
Percepción	Negativa	39.2	5.9	0.0	25.0	22.8	83.8	35.0
Impacto	Neutra	45.6	20.6	21.4	59.2	22.8	15.2	41.6
	Positiva	15.2	73.5	78.6	15.8	54.4	1.0	23.4
	Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: Barranco, González y Martí (2003).

Tabla 5.2 Porcentaje de piezas relacionadas con la violencia, la policía o el ámbito judicial

	Violencia	Policía	Ámbito judicial
No clasificada	0.5	0.2	0.2
No	55.5	37.8	50.3
Si	43.8	62.0	49.6
Total	100.0	100	100

Fuente: Barranco, González y Martí (2003).

Por otra parte y ahora hablando en términos cualitativos, era frecuente que en noticias que podríamos considerar que dan una imagen neutra del movimiento, se añadieran informaciones descontextualizadas que lo relacionaban con actos violentos, disturbios y enfrentamientos con la policía. También era práctica habitual que, cuando la noticia se aproximaba a algún evento de forma más o menos neutra, los titulares destacaran por encima de todo algunos incidentes que pudieran ser considerados violentos. Los ejemplos siguientes son indicativos:

La carga policial contra los “okupas” sacude Barcelona; La FAVB, el Colegio de Abogados y un concejal del PI denuncian la actuación.

La Federación de Asociaciones de Vecinos de Barcelona (FAVB), el Ayuntamiento y la comisión del Colegio de Abogados criticaron ayer con dureza la carga policial del pasado viernes contra okupas que se concentraron ante los juzgados de Barcelona.

Por otra parte, los cinco okupas detenidos el viernes por la noche después de una manifestación ante el Ayuntamiento de Cornellà pasaron ayer a disposición judicial. Los jóvenes fueron acusados por la policía de lanzar cócteles molotov contra la fachada del consistorio. En L'Hospitalet, un centenar de okupas todavía están acampados frente a la sede del Ayuntamiento en protesta por el desalojo de la Vakeria (*El Periódico*, 8 de febrero de 1998).

El juez rectifica y anula la prisión para nueve “okupas”.

El titular del Juzgado de Instrucción número 23 de Barcelona, José Alfonso Tello Abadía, rectificó ayer una decisión suya de hace unos días y revocó la orden de búsqueda y captura e ingreso en prisión de nueve de los 40 okupas del Cine Princesa que fueron desalojados en octubre de 1996.

En Terrassa se produjeron unos incidentes el jueves por la noche durante una manifestación de protesta por el desalojo

de una vivienda de la calle de Santiago. Fuentes municipales aseguraron ayer que los destrozos en bienes públicos superan las 400,000 pesetas, al margen de los daños a comercios y viviendas privadas (*El País*, 7 de junio de 1998).

Una práctica habitual, además, cuando se producía la conexión del movimiento con la violencia, era la exageración y la dramatización. La tendencia de los medios para buscar la espectacularidad y la extraordinariedad, hace que se dramaticen algunos incidentes de tal forma que, incluso, se acabe adoptando vocabulario bello del estilo: “batalla campal”, “razzia okupa”, “guerrilla urbana”, etc. Lo podemos constatar en los siguientes titulares y subrayados de diferentes diarios del 29 de octubre de 1996, día posterior al desalojo del Cine Princesa.

Batalla de calle por el desalojo de los okupas; Ataque a la Jefatura Superior de Policía (*El Periódico*, 29 de octubre de 1996).

Batalla en Via Laietana; Contragolpe nocturno de los “okupas” para pedir la libertad de los detenidos (*El País*, 29 de octubre de 1996).

Batalla campal tras el desalojo del Princesa; La violenta manifestación de la noche supera la batalla campal de la mañana; Asalto a la fortaleza okupa (*La Vanguardia*, 29 de octubre de 1996).

En contraposición, las veces en que aparecen temáticas ligadas a las reivindicaciones del movimiento, representaban tan solo 12.5% en el caso de la vivienda y 14% en el de juventud (Barranco, González y Martí, 2003).

Estos resultados, donde el tema de las noticias sobre okupación aparecía más relacionado con problemas de orden público que con temáticas como la vivienda o la juventud, parten de tres presupuestos que, por desgracia, la prensa comparte a menudo con la mayoría de las autoridades públicas.

El primero, es la visión de la “okupación” como un “problema” que hay que resolver. Una vez ahí, existirían dos posturas mayoritarias: por un lado, la que no encuentra ninguna legitimidad al movimiento y defensa vía penal para solucionarlo; por la otra, aquella que muestra cierta comprensión, al tiempo que reconoce cierta legitimidad de algunas de sus demandas, defendiendo entonces una vía de negociación institucional para “solucionarlo”. En cambio, son muy minoritarias en el discurso público, aquellas visiones que no ven la okupación como un problema y que apuntan, en cambio, a la especulación urbanística o la falta de espacios juveniles (Barranco, González y Martí, 2003).

El segundo que se acepta mayoritariamente es la concepción del movimiento por la okupación como un “conflicto” desde un punto de vista negativo y desde un paradigma “no conflictivista” de la realidad social. Se habla del “conflicto okupa” entendiendo que el conflicto es malo, desde la concepción de que lo que permite “avanzar” es el pacto y el consenso. Una versión minoritaria de este paradigma sería la que interpreta de una forma comprensiva el conflicto en el sentido de que no hace sino expresar una problemática social latente.

Finalmente, el tercer marco que se acepta es el de una concepción simple de violencia. El concepto de violencia que se suele usar casi siempre de forma única y exclusiva, es la violencia referente a quebradizas, enfrentamientos con la policía, peleas, etc. Se dejan de lado, pues, concepciones más ricas y complejas de violencia que tengan en cuenta los diferentes tipos de violencia estructural (las referentes a todas aquellas estructuras sociales generadoras de desigualdad, que impiden a los jóvenes acceder a una vivienda digna o a un trabajo no precarizado) o simbólica (aquella que se ejerce sobre los jóvenes con su complicidad, la más implacable, la que se ejerce, simplemente, por el orden de las cosas, porque “las cosas son así”).

En el mismo estudio sobre el tratamiento mediático de la temática okupa (que podemos encontrar publicado en Gomà (*et alt.*, 2003) quedó patente que el estatus que los diarios analizados otorgaban a las noticias del movimiento era un estatus “no político”. No se encontraron noticias sobre el movimiento en la sección de política, reservada casi en exclusiva por

políticos de los partidos más votados. Y cuando el movimiento conseguía acaparar portadas (alrededor de 5% de piezas en portadas de sección, y otro 5% en portadas generales) fue por la espectacularidad de lo sucedido (a menudo asociado con disturbios, incidentes, hechos susceptibles de ser considerados violentos), pero no para que fuera considerado de importancia política.

El estatus “no político” que la prensa analizada daba (y da todavía hoy) al movimiento por la okupación permitía que fuera cubierto por parte de periodistas no especializados en la temática. Se trataba de periodistas a los que se encomendaba la cobertura del movimiento por la okupación, sin que a menudo conocieran lo más mínimo y sin que pudieran dedicar el tiempo y los recursos para entenderlo. Así, cuando el movimiento era de actualidad, había que llenar planas, aunque se conociera o no la realidad sobre la que se estaba escribiendo. Y si se había de hablar sin disponer de discurso propio adquirían discursos de las fuentes “fiables” que solían ser las policías y las instituciones públicas. Todo ello, unido a la lógica general de elección y selección de lo que es un acontecimiento mediático, nos ayuda a entender el tipo de representación que se daba del movimiento en las noticias analizadas y que a continuación mostraré.

Se trataba de una visión simple y homogeneizadora y, por tanto, muy lejana a la complejidad y heterogeneidad interna del movimiento. Se habla de los “okupas” y del “movimiento okupa” a menudo casi como un sujeto colectivo, como si se tratara de un movimiento organizado en un proyecto común único. Hasta tal punto era así, que muy a menudo en una misma noticia se hablaba sobre el movimiento de Barcelona y de Madrid bajo la misma etiqueta: “Los Okupas...”. Este tratamiento comportaba que una acción en Terrassa o en Madrid afectara a la imagen del colectivo en Barcelona, por ejemplo. Y esto también facilitaba que en un momento determinado todo el movimiento se pudiera criminalizar solo por lo que decía o hacía una parte del mismo. Como ejemplo, encontramos las siguientes noticias de *La Vanguardia*:

Una manifestación de okupas reúne a 1500 personas en
Barcelona

Casi nada que ver con los violentos incidentes que se registraron la noche del viernes en Madrid. Los okupas lograron ayer una demostración de fuerza, al congregarse en una manifestación en Barcelona a unas 1500 personas, según la Guardia Urbana. Bastantes más, según los participantes, pero en cualquier caso suficientes para protagonizar la marcha más numerosa registrada hasta ahora en la ciudad por este movimiento, que contó con el apoyo de la Federació d'Associacions de Veïns de Barcelona (FAVB). El acto culminó con la “okupación” de un edificio, propiedad del Ayuntamiento.

Pasan a disposición judicial 31 de los 57 detenidos

La policía ha puesto a disposición judicial a 31 okupas de los 57 detenidos tras los enfrentamientos registrados con las fuerzas de seguridad en el barrio madrileño de Malasaña la noche del viernes (*La Vanguardia*, 22 de marzo de 1998).

De la misma manera que —como hemos visto— no se otorgaba el estatus de tema “político” en todo lo referente al movimiento, tampoco el movimiento era presentado como político. A veces era presentado como un movimiento formado por jóvenes inconformistas que defendían otras formas de vivir, como un fenómeno contracultural. En otros simplemente como una banda de delincuentes comunes, o como uno de los fenómenos de las “tribus urbanas”. En cualquier caso, no como un movimiento social en el que muchos de CSOs son proyectos con pensamiento estratégico y táctico en función de unos objetivos políticos, como hemos visto en el apartado anterior. Esta visión, además, conlleva que las manifestaciones de “violencia” acostumbraran a ser interpretadas en términos de patología social, de “violencia gratuita”, de vándalos, sin que se intentara entender el significado que los agentes le dan a estos actos, ni sus causas profundas. Por ejemplo, veamos en el siguiente subtítulo:

Los “okupas” anuncian más acciones y piden que no les “criminalice”: Terrassa espera que la fábrica se desaloje sin “violencia gratuita” (*El Mundo*, 1 de noviembre de 1996).

Sea por el desconocimiento, por la adopción de discursos prestados o por un poco de cada, lo cierto es que en muchas ocasiones en las que se intentaba explicar el funcionamiento del movimiento se daban explicaciones estereotipadas y confusas, que lejos de aclarar dificultan la comprensión. Eran frecuentes las que se basaban en visiones anteriores de otros periodistas, de la policía o de las instituciones públicas. Así, la incompreensión y el uso de categorías no adecuadas, comportaba que a menudo se acabaran dando explicaciones e interpretaciones confusas, sin sentido o con contradicciones internas. En muchos casos se hablaba de los okupas como yuxtaponiendo a categorías de definición ideológica como “independentistas”, “anarquistas”, “comunistas”, etc., como si estar bajo la categoría “okupa” fuera excluyente de identificarse con las anteriores. El desconocimiento y la falta de interés por adentrarse a comprender el movimiento se mostraba también cuando se obviaba la existencia de diferentes modelos de okupación o el predominio en el movimiento de la corriente y proyecto conocidos como “autonomía”. Esta forma de usar la categoría “okupa” quedaba claramente reflejada en artículos sobre los hechos de 12 de octubre de Sants de 1999, como los siguientes:

La Delegación del Gobierno sostiene que los destrozos de Sants estaban planificados el detalle. La Delegación del Gobierno y la policía mantienen la teoría de que los graves destrozos causados por unos 600 jóvenes extremistas en Sants estaban planificados al detalle y respondían a una táctica de guerrilla urbana similar a las que utilizan las juventudes independentistas de Jarrai en el País Vasco. La Plataforma Antifascista, que engloba a jóvenes anarquistas, comunistas, okupas e independentistas radicales, convocante de la manifestación del pasado martes, negó que sus actos estuvieran planificados. Según los convocantes, la violencia en Sants tenía como origen “la crispación y el cabreo” que se vive en el barrio, donde los skinheads, aseguran, “atacan casi a diario” a miembros de su colectivo (*El País*, 14 de octubre de 1999).

Jóvenes contra el sistema. En toda Cataluña, los técnicos policiales cifran en unos 600 jóvenes fuertemente radicalizados los que se mueven en torno de la Plataforma Antifascista, organización que agrupa a un conglomerado extremista formado por anarquistas, okupas, marxistas internacionalistas e independentistas que coinciden, al menos, en un punto: un fuerte sentimiento antisistema que les lleva a declararse profundamente anticapitalistas (*El País*, 17 de octubre de 1999).

La confusión se mostraba también en noticias que hablaban de la infiltración de varios grupos dentro del movimiento. En 1998 se afirmaba que en el movimiento se habían infiltrado independentistas y grupos violentos. Se ponía como ejemplo del CSO Can Vies. Según los diarios este centro social demostraba la infiltración de independentistas. Parecía que no era posible la existencia de miembros del movimiento que fueran independentistas, o que hubieran colectivos independentistas dentro del movimiento, como efectivamente sucede. Este caso nos muestra como la policía pudo hacer circular un discurso criminalizador que permitía legitimar algunas de sus actuaciones más polémicas. También nos muestra la facilidad con que el discurso policial en torno a esta temática pudo circular por la prensa.

La policía estudia cómo eludir la violencia en los próximos desalojos de casa ocupadas: Un informe de los Mossos refleja la llegada de la PUA al movimiento “okupa” (*El Mundo*, 6 de febrero de 1998).

La policía piensa que otros grupos instrumentalizan a los okupas (*El País*, 6 de marzo de 1998).

La policía vincula el movimiento “okupa” a grupos independentistas y antisistema violentos (*El Mundo*, 6 marzo de 1998).

El desconocimiento podría ser uno de los motivos que explicaran el hecho de que se representara al movimiento bajo una lógica de funcionamiento y una forma de estructuración que no le eran propias. Muy a menudo los periodistas hablaban sobre el movimiento pensando en las categorías de las estructuras de los partidos políticos institucionales y del sistema de democracia representativa, y no siguiendo las propias del movimiento. Se hablaba de “representantes” en vez de “portavoces”, de “la Asamblea de Okupas” como si fuera una dirección central y centralizada y del movimiento como si actuara bajo unas consignas, unas tácticas y unas estrategias únicas. Un ejemplo lo tenemos en la siguiente noticia:

Los miedos que se desataron en Sants. Los okupas dicen que no hay diálogo con la administración. Albert Martínez, representante de la Assemblée d’Okupes de Barcelona, y Miguel Luna, de la Assemblée d’Okupes de Gràcia, manifestaron ayer que ven que el discurso de los políticos sobre la despenalización de la okupación “se hace de cara a la galería, a la prensa, y de cara al poder judicial hacen otro discurso”.

Pero lo que no previeron fue la forma en que se desarrollaron los acontecimientos. Los manifestantes intentaron varias veces que la policía no se interpusiera entre ellos y el mitin ultra, y para ello empleó tácticas propias de la “Kale Borroka”, como tender trampas para que los contingentes policiales se desperdigaran. Además, los grupos de manifestantes obedecían consignas preestablecidas y se comunicaban mediante teléfonos móviles y enlaces en moto, circunstancia que contrasta con la esencia del movimiento okupa que es de corte puramente asambleario (*La Vanguardia*, 14 de octubre de 1994).

En el estudio se demostró también el papel criminalizador que se ha realizado a veces desde la prensa. Un primer ejemplo se encontraba en 1998 con la difusión de un famoso informe policial sobre el movimiento. El informe dio pie a titulares que alertaban sobre la posible vinculación entre el movimiento y “grupos violentos” o “grupos políticos antisistema”.

También se afirmaba que era un movimiento donde se intentaba reclutar para la lucha armada y *La Vanguardia* alertaba —siguiendo el citado informe— sobre la posible conexión del movimiento con Jarrai. Un segundo ejemplo lo tenemos a raíz de los hechos del 12 de octubre de 1999 en Sants, momento en el que se conectó el movimiento con la guerrilla urbana. También se le conectó con el lanzamiento de cócteles molotov o con destrozos en Empresas de Trabajo Temporal (ETTs) y cajeros automáticos, con la argumentación de que los hechos sucedían allí donde el movimiento tenía fuerte implantación. El tercer ejemplo, y con el que se fue un paso más allá, fue la vinculación que se hizo del movimiento con ETA a raíz de las detenciones de algunos okupas acusados de colaboradores. Si hasta el momento se acusaba al movimiento de violento, a veces adoptar tácticas de guerrilla urbana o de tener relaciones con Jarrai, en 2001 se le relacionaba directamente con ETA. La forma fue aceptar como buenas las versiones policiales y judiciales sin respetar la presunción de inocencia. Hay que pensar que, a pesar de que cuantitativamente se tratara de pocas piezas las que vinculaban el movimiento con Jarrai o ETA, son temas que tienen un gran impacto. Este par de ejemplos son bastante ilustrativos: “La Delegación equipara okupas y terrorismo” (*El Periódico*, 19 de septiembre de 2001) y “Rajoy establece un nexo entre okupas y ETA” (*La Vanguardia*, 30 de noviembre de 2001).

Por otra parte, la imagen pública del militante del movimiento por la okupación —según demostraba nuestro estudio para el período 1996-2001— era estereotipada, y a menudo estigmatizado con el uso de etiquetas que tienen una carga peyorativa. El perfil que se acostumbraba a presentar era el de un “joven anormal”, usando etiquetas como “radical”, “antisistema”, “alternativo” que forma parte de una “tribu urbana”, o de uno de esos grupos “problemáticos y a menudo violentos”, como los “*skinheads*”, los “*ultras*” del fútbol, o de un núcleo de “violentos”. En cambio, destacaban por su ausencia conceptos de carácter neutro o positivo como “activistas” o “militantes”: el primero solo representaba el irrisorio porcentaje de 0.7% de los casos analizados, mientras que el segundo no llegaba a 0.5% (Barranco, González y Martí, 2003). Estos reportajes de 1999 son un buen ejemplo de la visión de los okupas como una tribu urbana:

Hijos de la Ira.

Es difícil definirlos con precisión. Son los jóvenes anti. Los que se rebelan contra las empresas de trabajo temporal, los que okupan viviendas abandonadas. Pero lo que despierta inquietud es el tono cada vez más violento de sus protestas. El último estallido del pasado 12 de octubre en Barcelona ha puesto al descubierto un movimiento de miles de jóvenes con ideas diversas, anarquistas, comunistas o genéricamente antifascistas. En la otra orilla, los jóvenes de estética skin, de ideología ultra desafían las ciudades con su actitud violenta (*El País*, 24 de octubre del 1999).

La violencia de las tribus urbanas ha dado lugar a 200 detenciones este año.

La violencia urbana protagonizada por tribus urbanas no da tregua a los cuerpos policiales, que este año han detenido a 130 “skinheads”. Los expertos advierten de que el futuro aumento de la inmigración puede disparar la xenofobia si no se aplican medidas preventivas adecuadas. Asimismo, desde enero se han arrestado a 40 “okupas” a los que se atribuye la colocación de 46 artefactos explosivos (*ABC*, 2 de noviembre de 1999).

Además, el estudio mostró que la asociación de la okupa como joven iba más allá del hecho empírico para convertirse en parte del perfil periodístico de lo que es un “okupa”. Así, el uso que se hacía era superior al hecho empírico, usándose a menudo casi como sinónimo: “un okupa es un joven que...” Por ello, a menudo se usaban ambas palabras indistintamente en la misma redacción y ya al margen de la edad de las personas de quienes se hablaba. También otras etiquetas eran usadas de forma indistinta para hacer referencia a los activistas y a los militantes del movimiento: “los radicales”, “los antisistema”, etc. “Unos 400 ‘okupas’ están pendientes de juicio en Barcelona. Unos 400 jóvenes están pendientes de juicio, acusados de ‘okupación’ de viviendas en Barcelona” (*El País*, 21 de septiembre de 1998).

En términos cuantitativos nuestro análisis reveló cómo en casi 60% de las piezas sobre el movimiento por la okupación analizadas se hacía una asociación explícita entre “okupa” y “joven” (Barranco, González y Martí, 2003). En todo caso, a la hora de hablar de okupas y jóvenes se debe tener presente que la imagen que la prensa generalizada del “joven” es negativa. Al menos esa es la conclusión que se desprende del artículo de Xavier Giró (2003) sobre la imagen de los jóvenes en la prensa escrita. Esta imagen negativa sobre la juventud no proviene tanto de las generalizaciones gratuitas sobre la juventud como de la multiplicación de textos informativos negativos sobre jóvenes en sus páginas. Es decir, se naturaliza que los jóvenes parezcan “violentos”, “alcohólicos” o “consumistas” porque la mayoría de noticias sobre la juventud solo hacen referencia a estos aspectos (Giró, 2003).

5.3.2 Experiencias de contrainformación locales y globales

El movimiento por la okupación en Cataluña ha sido uno de los pioneros en la generación de medios de contrainformación, tal como la he definido en el capítulo tres. Lo ha hecho recurriendo a todo tipo de canal y formato, pero en especial a través de emisoras de radio y de boletines periódicos, normalmente de ámbito local. Los boletines de contrainformación toman la forma de boletín mural o revista (Din-A4 o cuartilla). Los medios de contrainformación, a pesar de tener una extensión e influencia limitada, son una muestra de la creciente capacidad del movimiento de acceder a otros sectores de la sociedad. El elemento más destacado de la práctica de la contrainformación es el hecho de mostrar la voluntad por parte del movimiento de dirigirse al conjunto de los vecinos, extendiendo su discurso hacia ámbitos más diversos que la propia okupación o la especulación. La condición efímera de los espacios liberados dificulta a menudo su continuidad, aunque tienen gran utilidad para contrarrestar la ofensiva simbólica de la prensa y del poder político.

En este subapartado, analizaré el alcance, los contenidos y las funciones de las principales herramientas de comunicación escrita del movimiento por la okupación en Cataluña en los últimos 30 años, haciendo especial énfasis en las experiencias de carácter local que se corresponden con

los casos estudiados en el apartado 5.2. También haré una mención a los dos medios de ámbito “nacional” del movimiento, como son el *Contra-Infos* y el *Infousurpa*. Finalmente, explicaré la evolución del formato boletín o fanzine local al de semanario en papel de periódico y de mayor alcance territorial, temático e ideológico que ha supuesto la aparición del semanario de comunicación *La Directa*. Este nuevo medio de comunicación “pensado, dirigido y sostenido desde los movimientos sociales y para los movimientos sociales” (*La Directa*, <http://setmanaridirecta.info>) tiene su origen, como veremos, en los entornos de los medios de contrainformación afines al movimiento por la okupación. Pero ahora, empezaré analizando las experiencias locales previas que permitieron a los movimientos sociales catalanes dar este salto en 2006. Me centraré en los barrios de Sants, Gràcia y Sant Andreu (Barcelona), las co-capitales del Vallés Occidental, Sabadell y Terrassa, y diversos municipios del Baix Llobregat.

En el barrio de Sants la contrainformación ha tenido una presencia importante a través de *La Burxa*, con una tirada de 5,000 ejemplares, y una continuidad encomiable. *La Burxa* se define como un periódico de comunicación popular de Sants y de los barrios vecinos. Su funcionamiento asambleario y la implicación de varios colectivos a través de la Asamblea de Barrio, lo convierten en un referente dentro de los movimientos alternativos de Sants y de Barcelona, donde se puede encontrar mensualmente de forma gratuita en más de 200 puntos de distribución (<http://www.barri-sants.org/laburxa>).

El Borinot fue la revista mensual de los barrios de Gràcia, la Salud y Vallcarca. Recogía tanto temáticas de barrio, como temas más propios de las luchas de los movimientos sociales. Además, llegaba fuera del movimiento: “lo puedes poner en un quiosco, en una pastelería, en lugares donde la gente del barrio lo coge y lo lee” (entrevista a Ube y Sonia, 2001). Sin embargo, por problemas de falta de gente dispuesta a sacarla adelante, *El Borinot* desapareció a finales de 2001. También en Gràcia, habría que destacar la labor del colectivo Xigra, granero informativo de los movimientos alternativos de la ciudad y que cuenta con abundante material gráfico. Finalmente, Ediciones Kasa de la Muntanya-Diatriba, que ha editado libros como “Okupación, represión y movimientos sociales”.

Los y las okupas de Sant Andreu publicaron el boletín *El Xibbarri* durante 10 años, en varias etapas y de forma discontinua, hasta su desaparición definitiva en 2006. También ha habido radios libres y sobre todo el contacto directo con los y las vecinas como forma de contrarrestar la mala imagen que dan los medios de comunicación de masas.

En Terrasa, el boletín *ANTA*, semejante al *Contra-Infos* de Barcelona, consiguió una cierta continuidad, pero no trascendió fuera del propio movimiento o de su red de apoyo. A partir de 2001 el Ateneu Candela editó el *Candela Directe*, más pensado para llegar a sectores críticos amplios y con periodicidad.

Figura 5.2 Boletines de contrainformación por municipios y distritos

Distrito o municipio	Boletín de contrainformación
Sants	<i>La Burxa</i>
Gràcia	<i>El Borinot</i>
Sant Andreu	<i>El Xibbarri</i>
Terrassa	<i>Anta</i>
Esplugues de Llobregat	<i>Entrebastidors</i>
Viladecans	<i>La comuna</i>
Sant Boi de Llobregat	<i>La revista</i>
Baix Llobregat	<i>Infobaix</i>

Fuente: González y García (2009) elaboración propia.

En el Baix Llobregat los boletines de contrainformación han proliferado en todas las poblaciones con presencia más o menos estable del movimiento por la okupación. Su distribución ha sido básicamente local, con la excepción del *Infobaix*, de ámbito comarcal. La información que aparece es estrictamente local, sobre todo predomina la información sobre especulación, pero también laboral, vecinal, de reflexión, así como las convocatorias de actividades de los centros sociales y colectivos locales. A menudo, estas publicaciones tienen un papel de denuncia de la actividad de los gobiernos locales, cuestión importante, ya que en muchas poblaciones no hay medios de comunicación distintos a los institucionales. En todo el periodo estudiado han existido diversas experiencias de comunicación

alternativa que ya han desaparecido como el *Korneinfoya*, *La Destraleta* y *Entreblokes* (González y García, 2009).

El discurso con el que se presenta el movimiento a través de sus medios de contrainformación es fácilmente encuadrable en los marcos cognitivos de la juventud en un contexto de problemas de acceso a la vivienda y de falta de espacios de sociabilidad alternativa. Ahora bien, la fuerte ofensiva simbólica que los medios de comunicación de masas y el poder político lanzaron contra el movimiento para criminalizarlo y aislarlo socialmente, los convirtió en utensilios insuficientes. Por otra parte, el público al que llegaban, siempre muy cercano al movimiento —cuando no miembro— era demasiado limitado. Estas y otras motivaciones empujaron a un grupo de activistas comprometidos con la contrainformación a la aventura de lanzar un semanario con noticias generalistas pero hecho desde y para los movimientos sociales: el semanario de comunicación *La Directa*. Dada su importancia, dedicaré unas líneas a la explicación de su surgimiento y evolución.

El origen de *La Directa* se encuentra en diferentes experiencias de contrainformación previas. En primer lugar, el *Contra-Infos*, boletín mural semanal del movimiento por la okupación catalán, el cual se quedaba pequeño, tanto por su formato (un Din-A3), como por su difusión y temática. A pesar de no plantear nunca su desaparición, la gente que hacía el *Contra-Infos*, empezó a plantearse un proyecto más ambicioso, en especial tras el éxito de las publicaciones en formato diario de las campañas antiglobalización de 2001 y 2002 (*Estatofatal* y *Altraveu*) y contra la invasión de Irak en 2003 (*Diari de la Pau*).

Por otra parte, muchos activistas ya habían podido comprobar el éxito de otras publicaciones en formato de periódico de imprenta, como la *Massala* del barrio de Ciutat Vella o *La Burxa* de Sants. Finalmente, el surgimiento de periódicos desde los movimientos como *Diagonal* en Madrid, acababan de convencer de su necesidad y viabilidad.

Así, en octubre de 2005 surgió el número cero; en febrero de 2006 apareció el número 00 y, cuando estaban garantizadas suficientes suscripciones, en abril de 2006 comenzó la publicación semanal del semanario de comunicación *La Directa*. Uno de los principales objetivos de *La Directa*

sería visualizar las prácticas cotidianas de los movimientos sociales, socializar su discurso y poner freno a las campañas de criminalización mediática, entendida como forma más común de represión. A nivel más interno, *La Directa* pretende mejorar la intercomunicación entre colectivos geográfica o ideológicamente diferentes, aclarar malentendidos y facilitar el diálogo. También es una apuesta para reforzar la creación de discursos propios de los movimientos, con espacios de reflexión que ayuden a consolidar estos discursos, tanto en los aspectos de solidez ideológica como de extensión social del mensaje. Según los impulsores de *La Directa*, es necesario un referente propio en los medios de comunicación, que esté a la altura de la fuerza y pujanza de los movimientos transformadores catalanes y que sirva para amplificar esa fuerza y transmitirla a todas partes. Después de tres años de historia, *La Directa* cuenta con más de mil suscriptores y se ha convertido en un referente comunicativo para muchos militantes de los movimientos sociales, superando las fronteras del campo de la okupación en sentido estricto.

En resumen, en Cataluña, continúan expresiones clásicas de la contrainformación okupa, también ocurren procesos relacionados con las estrategias comunicativas de los movimientos sociales que son muy cercanos al movimiento por la okupación, aunque trascienden sus fronteras tradicionales y, los últimos años, se sitúan en el campo de los NMG.

5.4 ¿Oasis catalán?: movimiento okupa y redes de políticas

En este apartado analizaré la variable de las redes de políticas públicas como EOP, partiendo de los útiles teóricos de la primera parte. En este explicaba que el movimiento okupa, al encontrarse alejado de las redes de gobernanza, se relacionaba con la administración de una forma más clásica, mediante la confrontación o la negociación. Como la confrontación ya ha sido analizada en otros apartados, me centraré en describir los procesos de negociación entre la administración y las casas okupadas.

En este punto, es necesario justificar esta elección metodológica, ya que en el capítulo tres —en concreto en el apartado 3.1.3— he desplegado otra estrategia de análisis, que, finalmente, durante el proceso he acabado descartando. Según he explicado, la variable redes de políticas públicas

como EOP nos serviría para responder a la pregunta de cuándo actúa el movimiento por la okupación, o más en concreto, cuáles son las oportunidades de acción que las redes de políticas públicas catalanas dan al movimiento. Para operativizar esta variable, la dividí en tres conjuntos de factores: los que atienden a la configuración básica de la red (densidad, complejidad, intensidad y descentralización); los que dan cuenta de la distribución de los recursos y las relaciones de poder (grado de asimetría en la distribución del poder y tipo de recursos) y, finalmente, aquellas que hacen referencia a la estructura de la red y la naturaleza de las interacciones entre actores (ejes acuerdo/conflicto y reacción/anticipación, niveles de permeabilidad, estrategias internas e impacto y presencia de la red a nivel mediático y social).

Ahora bien, cuando hablamos de un movimiento que —como he caracterizado en el capítulo anterior— no es temático sino global, no pretende la incidencia sino el cambio radical y directo, no busca la intermediación y rechaza la interlocución con las instituciones, ¿tiene sentido aplicar este esquema de análisis para medir cuándo el movimiento tiene oportunidades para actuar?

En primer lugar, el gran número de variables a tener en cuenta (hasta 12, como mostraba en la figura 3.2) se debería multiplicar por el número de redes de políticas con las que el movimiento tiene relación. En mis hipótesis, planteé tres: las de vivienda, juventud y seguridad y orden público, pero podríamos añadir muchas más: urbanismo, cultura, educación, etc. Tenderíamos a un número de variables causales tan elevado (un mínimo de 36 si queremos analizar las tres redes) que el modelo, a pesar de mostrar una sana complejidad, sería también muy poco explicativo.

En todo caso, sí podemos caracterizar, de forma superficial y partiendo del *cuadro 3.2*, las tres redes de políticas en cuestión y lanzar hipótesis sobre cómo afecta esta cuestión a las oportunidades políticas del movimiento y, a posteriori, a su impacto político. Me reservo el apartado siguiente, el de las conclusiones de este capítulo, para hacer este ejercicio para el caso catalán, y me centro ahora —como he dicho— en el análisis empírico de experiencias de negociación, entendidas como momentos en que la red de políticas y el propio movimiento han tenido interacciones significativas,

las cuales han abierto oportunidades políticas desde el punto de vista de las políticas públicas y potencialmente generadoras de impacto político. Estas experiencias, sí que muestran una relación directa de causa-efecto entre proceso negociador y política pública, y por tanto gozan de un fuerte potencial analítico, mientras que la caracterización de las redes de políticas nos aporta fundamentalmente nuevas hipótesis y descripción.

La densa red de okupaciones que existe en Cataluña, especialmente en el área metropolitana de Barcelona, ha facilitado que el debate de la negociación se planteara antes que en otros territorios del Estado y que surja en muchas ocasiones desde las propias administraciones públicas. La casuística de los procesos de negociación es interminable, especialmente si entendemos la negociación desde un punto de vista amplio, de procesos de diálogo directo o mediado entre gobiernos locales y okupaciones. En este texto, resumiré brevemente dos procesos cerrados que pueden ilustrar de alguna manera la realidad de la negociación en Cataluña y que dista mucho del camino hacia la legalización de los centros sociales okupados, pero genera impactos en las políticas públicas. También haré un par de notas sobre un proceso todavía abierto, el del Espai Social Magdalenes, que escapa a mi trabajo de campo encontrarse en un barrio no analizado, Ciutat Vella, pero que ha generado gran controversia en el interior del movimiento por la okupación. En definitiva, y como veremos a continuación, la negociación en Cataluña se convierte a menudo en un diálogo de sordos entre una administración que quiere mostrarse dialogante de cara a la opinión pública pero que no comparte en absoluto las propuestas de autogestión del movimiento, y un movimiento que mayoritariamente rechaza la intermediación institucional desde una concepción de la autonomía social.

El primer caso del que hablaré, el CSOA Torreblanca de Sant Cugat, ilustra el sector del movimiento que pretende afrontar los procesos de negociación con las instituciones y también el desengaño de sus resultados. El segundo, donde explicaré la breve historia de la Comisión de Diálogo con el Movimiento por la Okupación, creada a propuesta del Parlamento de Cataluña, representaría el diálogo de sordos y la imposibilidad de llegar a acuerdos globales entre okupación y administraciones públicas en Cataluña. En los últimos años se han producido otras iniciativas que plantean la

negociación, desde sectores del propio movimiento, de forma más o menos explícita. Es el caso, por ejemplo, de la okupación de la calle Magdalenas en el centro histórico de la ciudad, o Can Ricart, en el Poblenou. En todo caso, se han tratado también de iniciativas aisladas que no han contado ni con el apoyo de la mayoría del movimiento, ni con el más mínimo interés de negociación real por parte de las administraciones. Todas ellas pueden verse por tanto reflejadas en estos dos casos que explicaré más a fondo, los cuales pueden actuar como modelo (o anti-modelo) de cómo se produce esta relación entre administraciones y okupas en Cataluña.

En marzo de 1999 un grupo de jóvenes del municipio barcelonés de Sant Cugat del Vallés (53,000 habitantes) okupó una masía propiedad del Ayuntamiento y muy cercana al centro de esta ciudad de la comarca del Vallés Occidental. La masía de Torreblanca llevaba abandonada 20 años. A pesar de haber sido declarada patrimonio histórico por parte del propio ayuntamiento, varios proyectos municipales se habían ido ralentizando por falta de presupuesto o interés. La masía enseguida se convirtió en Centro Social y vivienda. Torreblanca se convirtió en el núcleo central del movimiento alternativo de Sant Cugat y cientos de jóvenes participaron en sus actividades políticas, sociales y culturales. Entre ellas destacó la organización de la Consulta Social por la Abolición de la Deuda Externa o la movilización contra el Banco Mundial.

Debido al fuerte y amplio apoyo social de esta okupación, el Ayuntamiento, gobernado en aquel entonces por una coalición de centro-derecha entre CIU y PP, se vio imposibilitado para realizar un desalojo rápido e inició contactos con los okupas. La propuesta del ayuntamiento era establecer un convenio según el cual la masía de Torreblanca se convertiría en un equipamiento municipal donde realizar actividades por parte de grupos y asociaciones del municipio. La propuesta del ayuntamiento pretendía guardar para sí mismo un papel preponderante en la gestión, sin reconocer el proyecto social de la Asamblea de Okupas de Torreblanca y además pretendía desalojar la casa para realizar las obras de restauración de la misma. La asamblea del CSOA Torreblanca nunca se cerró a las negociaciones, incluso creó una asociación legalizada (Las masoveras y Missifú) para facilitarlas. El CSOA Torreblanca estuvo abierto a todo el

tejido asociativo del municipio a lo largo de todo el periodo de okupación y protagonizó la generación desde la base, junto a diversas entidades juveniles, de un Consejo Local de Jóvenes. Pero los okupas apostaban por un modelo de gestión abierto, no dirigido por el ayuntamiento y que reconociera, mediante la “legalización” de la okupación, la labor realizada por la misma. Por otra parte, la asamblea de Torreblanca se negaba a abandonar la casa durante el transcurso de las obras de rehabilitación, alegando que estas se podían hacer manteniendo abierta la parte de la casa en buenas condiciones.

En verano de 2000, aunque las negociaciones continuaban formalmente, se produjo un intento de desalojo, resistido de forma no violenta por los okupas que dieron un golpe de efecto importante y se ganaban la simpatía de la opinión pública catalana. Durante los primeros meses de 2001 la casa sufrió varios ataques de grupos fascistas que pusieron en peligro la integridad de sus habitantes. No solo no se persiguió a los atacantes sino que siguieron su curso las denuncias por usurpación sobre las personas de la casa identificadas durante el primer intento de desalojo.

El mes de julio, ante una nueva amenaza de desalojo, y en medio de un ambiente de desánimo dentro de la Asamblea de Torreblanca, los okupas de la casa presentaron, a través de una rueda de prensa y con el apoyo del Consejo Local de Jóvenes y de un importante grupo de vecinos, una propuesta de pacto en el ayuntamiento. Los okupas marcharían voluntariamente de la masía a cambio de la retirada de las denuncias que el ayuntamiento mantenía contra algunas personas de la casa y, sobre todo, a cambio de que la casa pasara a ser gestionada por el Consejo Local de Jóvenes. Dos días antes de la fecha prevista para el desalojo, el ayuntamiento retomó las negociaciones que desembocaron en el convenio de agosto de 2001. El convenio aceptó ambas demandas de los okupas y habilitó al Consejo Local de Jóvenes para elaborar un Plan de Uso y gestión de la Masía de Torreblanca que pasaba a ser un equipamiento municipal para jóvenes autogestionado por estos. El Convenio incluía también que la masía sería rehabilitada por una Escuela Taller donde 24 jóvenes escogidos por el dispositivo de transición del ayuntamiento, aprenderían varios oficios. Mientras durase la rehabilitación, la casa tendría un uso

restringido. El ayuntamiento, que “recuperó” la titularidad del edificio liberado por los okupas, lo cedía en régimen de autogestión en el Consejo Local de Jóvenes, pero se reservaba el derecho a instalar algún servicio directamente municipal.

El acuerdo podría parecer aparentemente positivo y generó impactos indudables en las tres dimensiones de las políticas públicas, en el modelo de democracia y en las políticas juveniles, pero provocó desilusión entre los propios habitantes de Torreblanca y fuertes críticas del movimiento por la okupación catalán. El *Infousurpa*, agenda del movimiento, declaró que dejaba de dar noticias de Torreblanca y lo argumentó de la siguiente manera:

“Torreblanca ha dejado de ser un espacio liberado y no queremos participar en la difusión de actividades institucionalizadas. Tomamos Torreblanca como ejemplo a no seguir por las consecuencias del hecho de pactar, siguiendo el juego al poder no se le destruirá, sino que, por el contrario, se le perpetuará” (*Infousurpa*, septiembre de 2001).

Independientemente del acierto político de las críticas que recibe el acuerdo de Torreblanca, es evidente que este se produjo en unas condiciones de fuerte presión al colectivo que no supo gestionarlo. Sus miembros más activos, partidarios de la okupación como generación de contracultura y estrategia de las luchas anticapitalistas, abandonaron el proyecto después de la negociación. Algunos de ellos impulsaron la okupación de otra masía abandonada, esta vez en Barcelona.

Así, el 22 de diciembre de 2001 se okupa Can Masdeu, una masía del barrio de Nou Barris, abandonada desde hace 47 años, propiedad de la Fundación del Hospital de Sant Pau y gestionada por la MIA (Muy Ilustre Administración) de la que forman parte el ayuntamiento de Barcelona y la Generalitat de Cataluña, entre otros. Can Masdeu se convirtió enseguida en referente de la okupación urbana, tanto por su papel de dinamizador de las luchas vecinales y contra la globalización capitalista, como por su práctica de recuperación de antiguos pozos y minas de agua, el uso de energías renovables, el reciclaje y la reutilización de todo tipo de materiales, y rehabilitación de la masía con obras avaladas por el Colegio de Arquitectos. El éxito sin precedentes en la resistencia activa no violenta al desalojo de

mayo de 2002, que fue suspendido después de tres días de cerco policial en la casa, abrió un incierto proceso de negociación que detuvo durante años los requerimientos judiciales contra la okupación de esta masía. Frente a la propuesta de la MIA de utilizar la masía en beneficio de un colectivo privado, Can Masdeu ha supuesto la recuperación de un espacio público, dinámico y abierto, para los vecinos de Nou Barris y los movimientos sociales de Barcelona. Can Masdeu sigue abierta a la negociación con la propiedad, pero sus miembros, influenciados por la experiencia de Torreblanca, no están dispuestos a rebajar ni un grado la autogestión y el reconocimiento al proyecto realmente existente. Por otra parte, el espacio está pendiente aún de un desalojo dictado después de un juicio civil en 2005 (*Contra-Infos*, en Martínez, 2010b).

Como segundo ejemplo de negociación, explicaré la frustrada experiencia de la Comisión de Seguimiento y Diálogo sobre el Movimiento Okupa del Parlamento de Cataluña. En octubre de 1998, el diputado autonómico Fidel Lora (primero de ICV y después de EUiA) presentó una proposición no de ley para la creación de una comisión que buscara puentes de diálogo con el movimiento por la okupación, el Parlamento la aprobó y se le encargó a la Secretaría General de la Juventud de la Generalidad de Cataluña la tarea de coordinar las actividades de esta comisión. En la comisión se invitó a personas vinculadas al conflicto creado alrededor de las okupaciones: representantes de los partidos políticos, representantes de los departamentos de la Generalidad (juventud, vivienda y cultura), la Cámara de la Propiedad Urbana, el Colegio de Abogados de Barcelona, la Federación de Asociaciones de Vecinos de Barcelona (FAVB), el Consejo Nacional de la Juventud de Cataluña (CJNC), las dos asociaciones de municipios y la Asociación Derecho a Techo de Mataró. También se invitó a personas de otros movimientos (movimiento de resistencia global, movimiento antimilitarista, etc.), las cuales “simpatizaban” con la okupación y podían ayudar a encontrar puntos de contacto. Evidentemente, también se invitó a dos personas del movimiento por la okupación, que acudieron a la primera reunión con una carta en la que se negaban a participar. Entre otras consideraciones, la carta, producto de la reflexión conjunta de la Asamblea de Okupas de Barcelona, sostenía que no se podía

negociar ni dialogar absolutamente nada mientras continuaba la represión sobre el movimiento por la okupación.

A pesar de la negativa de los portavoces del movimiento de trabajar en la Comisión, esta decidió seguir adelante, pero enseguida se demostró que los partidos políticos no tenían tampoco ningún interés en el funcionamiento de la misma. Los cuatro ámbitos de trabajo que pretendía generar la comisión (despenalización, *masoveria* urbana, política municipal y puentes de diálogo con el movimiento okupa) quedaron “vacíos de continente” en menos de dos reuniones. Algunos miembros de la Comisión, los más vinculados al tejido social, intentaron cambiar el sentido de la propuesta abriendo el espacio de contacto con la administración para denunciar y parar las dinámicas represivas sufridas por todos los movimientos sociales catalanes desde la entrada en el gobierno central del PP. Tampoco funcionó esta estrategia y los partidos políticos, por un lado, y los y las okupas, por otro, siguieron sin mostrar interés, así que la comisión murió lentamente sin siquiera presentar un documento de conclusiones al Parlamento. Seguramente, hacía falta algo más que una comisión para crear puentes de diálogo con el movimiento okupa. En las conclusiones intentaré abordar sucintamente esta cuestión.

Finalmente, un breve apunte sobre el Espai Social Magdalenes. Este espacio se define como:

[...] un proyecto ubicado en Ciutat Vella que tiene por objetivo fomentar la autogestión, así como promover y alojar iniciativas que garanticen el ejercicio y la defensa de aquellos derechos que no se encuentran actualmente garantizados en las políticas vigentes: derecho a la vivienda, derecho a la ciudad, derecho a la libertad de movimientos de las personas migrantes, derecho a la participación política y derecho al libre acceso y producción de cultura (<http://magdalenes.net/?q=es/taxonomy/term/48>).

Situado en la calle Magdalenes 13-15, se trataba de un edificio con viviendas y centro social, que fue okupado en mayo de 2005. Desde el principio, contó con el apoyo de los vecinos “legales”, víctimas del acoso

inmobiliario y de las intenciones de construir un hotel en ese local. Su buen uso de estrategias de encuadre positivas ante los medios de comunicación y su disposición explícita a la negociación, la enfrentaron a parte del movimiento, pero al mismo tiempo facilitaron su continuidad a pesar de encontrarse en pleno centro de Barcelona. El primer intento de desalojo, el 15 de febrero de 2010, fue frustrado gracias a la concentración de cientos de vecinos y el apoyo explícito de asociaciones, partidos de izquierda radical y movimientos sociales del barrio. El primero de abril de 2010, sin embargo, se acabó ejecutando el desalojo poniendo fin a un proceso de diálogo donde los okupas presentaron múltiples propuestas, lo que los convirtió en blanco de las críticas del grueso del movimiento por la okupación barcelonés.

En todo caso, el Espai Social Magdalenes se convirtió, desde su creación, en un proyecto público abierto a los movimientos sociales y al tejido asociativo del barrio. Este espacio ha generado redes e iniciativas culturales y políticas desde las que se han articulado y se articulan respuestas y soluciones a las problemáticas y retos sociales que experimenta actualmente el centro histórico de Barcelona: la creciente *gentrificación*, el acoso inmobiliario, la presión *turistificadora*, el éxodo poblacional y de actividades, y el debilitamiento de las redes sociales existentes y de acogida de población recién llegada.

Durante cinco años el ES Magdalenes ha sido un espacio de encuentro de asociaciones vecinales, movimientos en defensa del derecho a la vivienda (V de Vivienda, Taller contra la Violencia Inmobiliaria y Urbanística), movimientos en defensa de los derechos de las personas migrantes (Espacio de Desobediencia en las Fronteras), así como de iniciativas que promueven el uso del software libre y apuestan por un acceso no restrictivo a la producción y distribución cultural (en <http://magdalenes.net/?q=ca/taxonomy/term/48>).

En definitiva, los procesos de negociación entre movimiento por la okupación y administraciones en Cataluña han sido, básicamente, una historia de desencuentro. En algunas ocasiones por falta de interés del propio movimiento por la okupación y en otras por la poca apertura de los gobiernos locales catalanes hacia movimientos sociales de carácter

autogestionario. En todos los casos, sin embargo, los fuertes intereses del capital especulativo también pueden estar detrás de los fracasos de la negociación en Cataluña.

5.5 Un impacto real pero limitado. ¿Una negociación imposible?

En este apartado se presentan los principales impactos que ha tenido el movimiento por la okupación en los diversos territorios analizados. En cada caso se enfatizarán aquellos impactos más relevantes. Posteriormente, elaboraré unas conclusiones de síntesis para el conjunto de Cataluña. En este sentido, comentaré brevemente el comportamiento de las tres variables explicativas del modelo de impacto, tanto desde el punto de vista estático como dinámico. Después, incluiré un cuadro-resumen con los principales impactos del movimiento en las cuatro dimensiones de las políticas públicas. Finalmente, intentaré responder las tres hipótesis para los casos catalanes.

5.5.1 Los impactos del movimiento en los diferentes territorios

La ciudad de Barcelona ha sido y es el epicentro de las okupaciones en Cataluña. Ahora bien, después de 30 años de okupaciones, ¿cuál ha sido el impacto real del movimiento?

En cuanto al barrio de Sants de Barcelona, la voluntad de construir contrapoderes desde la sociedad civil, y el hecho de ser un movimiento sólido y con amplio apoyo social, es una característica importante de la variable capital social alternativo. Así, en la práctica, aunque no se ha iniciado ninguna política seria de vivienda social o de espacios autogestionarios en los barrios, los centros sociales más emblemáticos continúan desarrollando su actividad, al margen de las administraciones, pero con una fuerte incidencia en el tejido asociativo de los barrios, que a menudo se ha radicalizado, y sí que presiona directamente a la administración en otros ámbitos de las políticas. Este es el caso del movimiento vecinal de Sants, el cual ha logrado impactos sustantivos notables, como el soterramiento de las vías del tren, haciendo cambiar de planes a las diferentes administraciones implicadas mediante un trabajo de lucha en la calle y de negociación política.

Por otra parte, se puede afirmar que desde el movimiento por la okupación de Sants se han generado políticas de juventud en vivienda, formación, ocio y participación política. En vivienda, a través de la okupación para encontrar un lugar propio para vivir, reivindicando un uso a las viviendas vacías y protestando contra la especulación inmobiliaria. En formación, a partir de una cantidad enorme de talleres, tertulias o conferencias, pero también con la implicación activa en la organización de los centros sociales con todo lo que ello conlleva para el aprendizaje vital. En ocio, para la creación y la utilización de espacios de encuentro alternativos, así como para la realización de conciertos, *k-fetas* y la realización de las fiestas mayores alternativas. En la participación política, con la concienciación de problemas sociales y la búsqueda de las soluciones a través de la autoorganización asamblearia en los barrios (Gomà *et alt.*, 2003)

En cuanto a la variable de los marcos cognitivos, desde el ámbito de lo simbólico se han podido lanzar a la opinión pública debates sobre si es necesario tasar los edificios abandonados, sobre la necesidad de espacios de uso social y cultural, una fuerte crítica a la especulación inmobiliaria o un importante nivel de concienciación en otros ámbitos como el antifascismo y el antirracismo, así como un fuerte discurso deslegitimador de los poderes públicos y una apuesta teórica y práctica por la autoorganización de la sociedad civil.

El movimiento vecinal de los años setenta en Sants canalizó la lucha política de todo tipo. Cuando llegó la democracia y la legalización de los partidos políticos, muchos líderes vecinales fueron cooptados por partidos e instituciones. El mismo Centro Social de Sants, entidad mayoritaria, estuvo a punto de desaparecer. Desde finales de la década de los años noventa, está resurgiendo en el barrio un movimiento vecinal diferente. La aspiración de este movimiento ya no es la política de partidos, y tampoco se encuentra en un “momento fundacional” como fue la transición. Esta recuperación en nuevas claves del movimiento vecinal se ha producido en un sentido de autoorganización para problemas concretos y muy profundos del barrio. La autoorganización puede hacer que las movilizaciones sean mucho más virulentas y potentes que si fueran dirigidas por una asociación de vecinos “convencional”.

En el barrio de Gràcia, la respuesta predominante de la red de gobernanza ha sido represiva y de cierre, aunque ha habido pequeñas negociaciones, como para ubicar las fiestas alternativas o para crear un centro de jóvenes en el barrio. Sin embargo, el conjunto del movimiento se ha visto afectado por discursos criminalizadores provenientes básicamente de la Administración Central (Ministerio del Interior, Policía Nacional) y por la propia dinámica violenta de algunos desalojos. En todo caso, el principal impacto sustantivo no es tanto un cambio de las políticas de vivienda o de juventud en el barrio, sino, más bien, la imposibilidad de los poderes públicos de llevar a cabo la legislación vigente, sobre todo en aquellas ocupaciones que cuentan con más apoyo, como la Kasa de la Montaña y el Casal Popular de Gràcia.

En cuanto a la vivienda, es difícil contabilizar la cantidad de personas que han accedido a una vivienda gratuita mediante la práctica de la okupación en Gràcia, pero durante algunos años superó la oferta de vivienda joven. Además, algunas de las viviendas jóvenes como los de la zona norte del Distrito de Gràcia, cerca de las Rondas, no cumplen las condiciones de integralidad mínimas. Por un lado están dirigidos básicamente a jóvenes de nivel adquisitivo medio, y excluyen a los más desfavorecidos. Por la otra, no se hace un seguimiento del joven que disfruta de la vivienda, sino que puede disfrutar hasta determinada edad.

A nivel de políticas de juventud, el mayor impacto del movimiento por la okupación en Gràcia es indirecto y se ha producido recientemente. A iniciativa del consejero de juventud en el distrito, en el año 2001 se iniciaron negociaciones con las entidades juveniles del barrio, para decidir un Plan de Uso y Gestión para un nuevo equipamiento para jóvenes que se habilitó, finalmente, en 2009 en la calle Gran de Gràcia. Las conversaciones del distrito con las entidades incluían implícitamente a los grupos no formales ya que toda una serie de entidades y grupos juveniles se estaban coordinando para negociar con más fuerza la posibilidad de que este equipamiento fuera autogestionado por los propios jóvenes. Las reuniones se celebraban quincenalmente en el local de La Torna o la Asociación de Vecinos de Gràcia de la calle Topazi, y contaron con la participación de ateneos, asociaciones culturales, entidades vecinales, organizaciones

políticas y centros sociales okupados, que compartían afinidades políticas de izquierda radical o alternativa. Hacia el año 2003, sin embargo, todos los grupos alternativos abandonaron el proceso al no garantizar la autogestión y también por el hecho de que no se detenían los procesos de desalojo contra las casas okupadas. Un impacto sí se produjo en esta experiencia: el reconocimiento de los grupos no formales y entre ellos del movimiento okupa como interlocutores sociales. En la actualidad, el Espai Jove La Fontana, ubicado en la calle Gran de Gràcia, es utilizado por varios colectivos juveniles del barrio, incluidos los cercanos al movimiento por la okupación.

Los impactos del movimiento por la okupación en Sant Andreu en las políticas afirmativas de juventud también han existido. Sant Andreu es uno de los barrios que más ha experimentado con fórmulas de cogestión y autogestión de los equipamientos de jóvenes. Y con esto evidentemente tiene mucho que ver el buen comportamiento de los centros sociales okupados como generadores de políticas de juventud. Así, un capital social alternativo fuerte y arraigado en el barrio, con una combinación contradictoria de las variables de la red de gobernanza y de la opinión pública, han dado presencia al movimiento, si bien el protagonismo en las políticas finales no es tan evidente.

Un ejemplo claro de la confirmación de nuestra hipótesis del movimiento como generador de políticas, es el de la Fiesta Mayor alternativa. Desde el colectivo Mili-KK-La Mandrágora organizaban las Fiestas Mayores Alternativas de Sant Andreu desde finales de los años ochenta, con coordinación con el programa oficial y con un gran éxito de participación. El movimiento por la okupación, nucleado alrededor de El Palomar, tomaba el relevo a partir de mediados de los años noventa, y sus actividades eran tan populares que en 1998, las entidades del barrio ofrecieron al Palomar gran parte de las subvenciones que el ayuntamiento destinaba a la Fiesta Mayor. El Palomar se negó a recibir este dinero en coherencia con los criterios de autogestión y autonomía. Este ejemplo anecdótico, si se quiere, es un buen resumen de la incidencia del movimiento por la okupación en las políticas de juventud en Sant Andreu.

En general en la ciudad de Barcelona, la capacidad con la que el

movimiento okupa ha hecho evidenciar las carencias que los jóvenes sufren en la sociedad actual y la originalidad con la que ha conseguido entrar en la arena política ha sido un serio aviso a los partidos de la izquierda que no han sabido canalizar este potencial de protesta. Como partidos de izquierda, las reivindicaciones del movimiento okupa son aceptadas y recogidas en sus programas y propuestas, pero al mismo tiempo, el fuerte contenido deslegitimador del discurso formal democrático que el movimiento okupa lleva implícito, los sitúa en una posición incómoda.

En la ciudad de Barcelona, ante las movilizaciones del movimiento por la okupación, el movimiento vecinal se ha posicionado de forma ambigua. Por un lado ha dado un apoyo genérico, no exento de paternalismo, al movimiento, pero, por otro, ha apoyado a menudo la línea política de las administraciones. En todo caso, la FAVB ha realizado un papel de puente entre la Asamblea de Okupas y las instituciones. La FAVB ha sido uno de los primeros actores sociales en reconocer la legitimidad de la protesta okupa, y a la Asamblea de Okupas como actor e interlocutor, y el primero que se ha preocupado por abrir vías de solución. La FAVB ha apoyado la lucha okupa, traduciéndola en una lucha más formal, orientada a influir en la administración, pidiendo viviendas públicas, alquileres más bajos y la penalización de las fincas desocupadas.

Otro actor a tener en cuenta en el contexto barcelonés es el del mundo de la justicia. Abogados, fiscales y jueces, al igual que en el caso de la insumisión, han jugado un papel importante en la relación entre el movimiento okupa y las políticas públicas. La tarea que se ha hecho, tanto desde determinados despachos como desde el mismo Colegio de Abogados de Barcelona, a favor de la despenalización de la okupación pacífica de inmuebles, así como el hecho de que muchas veces, sean los mismos abogados los que asumen la interlocución entre el movimiento y los poderes públicos, parece bastante relevante. No solo el Colegio de Abogados se ha posicionado reiteradamente a favor de la despenalización, sino que los mismos jueces y fiscales progresistas, se han manifestado en este sentido.

En el Vallès Occidental, con respecto al modelo de incidencia del movimiento en las políticas, se ha visto que a pesar de presentar el

movimiento un fuerte capital social alternativo y darse las suficientes tensiones con las otras dos variables, el comportamiento predominantemente negativo de estas, ha mitigado la posibilidad de impacto del movimiento en las políticas de juventud. Pero lo que es curioso es que la fuerte presencia de la okupación en Terrassa, que fue vivida por el ayuntamiento como un conflicto desde una lógica no conflictivista y por tanto con connotaciones negativas, reforzó las posturas socialdemócratas y de modelo biografista de la concejalía de juventud.

En cuanto a la segunda hipótesis, la del movimiento como generador de políticas públicas y a pesar de los continuos desalojos, el movimiento ha sido capaz de aglutinar a su alrededor un buen número de jóvenes, que han recibido formación política, social y cultural en los centros sociales, han accedido eventualmente a una vivienda gratuita y han desarrollado fuertes capacidades organizativas. Según el mismo ayuntamiento de Terrassa, la oferta de actividades y de ocio alternativo de los centros sociales, cubría las necesidades de un sector de población que nunca participaría de las diseñadas desde las administraciones públicas (Gomà *et alt.*, 2003).

El hecho de que los jóvenes puedan organizar lecturas de poemas, exposiciones artísticas, charlas, fiestas, conciertos, etc., da un valor añadido a la vertiente lúdica, ya que implica responsabilidad y participación de todos ellos, y no un consumo pasivo de usuarios. La gente joven generaba sus propias actividades y su lucha política, en un momento en que las juventudes de partidos estaban a la baja como forma de articular respuestas políticas a problemáticas sociales y cotidianas.

El movimiento por la okupación en Terrassa no solo aprovechó los elementos más radicales de la red crítica latente, sino que generó red. Ahora bien, la visión dinámica del protagonismo no nos da unos resultados tan positivos ya que el impacto sustantivo directo es difícil de atribuir a la acción colectiva del movimiento. Las tensiones internas y la represión son los factores que explican un cierto debilitamiento del capital social alternativo una vez pasado el periodo 1996-1998.

El resto del movimiento que se concentra en los colectivos y personas que inician el Ateneu Candela sitúa su referente —ahora de manera explícita— en el movimiento de ateneos de principios de siglo, independientemente

de que se apoyen las okupaciones o se continúe la lucha antirrepresiva. El ateneo es el espacio que pretende dinamizar y hacer confluir todo un tejido asociativo, anticapitalista y alternativo, en Terrassa. En esta línea, y salvando las diferencias de matiz ideológico, se encontrarían el CS Arran en el barrio de Sants y el CS Kasumay en el barrio de la Ribera (ambos en Barcelona) o los Ateneos Populares de Santa Coloma o de Lleida. El movimiento de ateneos pretende buscar el mínimo común denominador de las luchas sociales y acumular fuerzas para crear y sostener una lucha global y local contra el capitalismo.

En cuanto a la comarca del Baix Llobregat, daré cuenta de los principales resultados o impactos que el movimiento por la okupación ha producido en el tejido social, que parece el aspecto más destacado. La cuestión de la especulación es el contacto principal del movimiento okupa con otros movimientos sociales. En una comarca como el Baix Llobregat, en un proceso constante de urbanización, la especulación es un tema candente, especialmente en cuanto a la ecología. Muchos discursos contra la especulación y las nuevas infraestructuras que se construyen en la comarca rozan directamente con el discurso ecologista. Este es el caso del trabajo del Kasal El Prat contra las infraestructuras del Delta (ampliación del puerto y el aeropuerto), de Cal Suis (Plan Caufec, que en parte, afecta a Collserola) o, en su momento, El Pati Blau de Cornellà (Plan Ribera-Serrallo). Todas estas movilizaciones fueron claros ejemplos de la nueva ola de movimientos en defensa del territorio que crecen por todo el país en los últimos años, desde las que paralizaron el trasvase del río Ebro, hasta las que se oponen a las autopistas eléctricas en los Pirineos (González y García, 2009).

Por otra parte, otro de los movimientos que integra esta nueva ola de protesta global, el de los inmigrantes sin papeles, ha contado con el apoyo decidido del movimiento okupa de la comarca. Las cerradas de inmigrantes de 2001 y 2005, contaron con la solidaridad activa de Centros Sociales como la Ópera, de Hospitalet, y el Tòxics de Cornellà. Precisamente en este municipio, encontramos una de las asociaciones de inmigrantes más combativas del país, Cornellà Sin Fronteras, integrada mayoritariamente por personas de etnia amazigh.

En tercer lugar, el movimiento por la okupación ha confluído con los sectores anticapitalistas del movimiento obrero en las luchas contra los cierres de empresas, la organización del primero de mayo alternativo y las campañas contra las ETTs.

Esto no ha impedido que el movimiento okupa del Baix Llobregat haya trabajado en otros frentes de lucha más “tradicionales” de la okupación, como el movimiento antirrepresivo o el fomento de una cultura alternativa. En todo caso, se puede concluir que el movimiento por la okupación del Baix —sin perder su identidad— no ha sido ajeno al nuevo ciclo de movilizaciones. De hecho ha contribuido de forma decisiva: el movimiento ha puesto sus centros sociales como infraestructura de las corrientes más anticapitalistas y muchos de sus militantes han participado directamente en diversas movilizaciones.

5.5.2 Síntesis de los casos catalanes

En este apartado de conclusiones del caso catalán, intentaré sintetizar el comportamiento de las variables explicativas, los impactos en las diferentes dimensiones de las políticas públicas y la falsación de las tres hipótesis para Cataluña.

En cuanto al capital social crítico, hay que recordar que estaba dividida en cuatro subvariables: a) lo simbólico, b) los miembros, c) la estructura organizativa y d) las estrategias de acción colectiva. En el comportamiento de la subvariable que he llamado lo simbólico y que hace referencia a los discursos, identidades e, incluso, corrientes políticas del movimiento okupa, cabe señalar el predominio de unas identidades y formas de hacer política más clásicas, propias del anarquismo, de la autonomía y de la izquierda independentista revolucionaria. Sin embargo, en los últimos años han emergido nuevas subjetividades, que podemos encontrar más ligadas a otros movimientos como el movimiento contra la globalización neoliberal, el movimiento por una vivienda digna, el movimiento de las cooperativas de consumo, el movimiento estudiantil y el movimiento de apoyo a los inmigrantes.

La segunda subvariable, que hace referencia a los miembros del movimiento, pone en evidencia la existencia de un movimiento muy

grande y con una fuerte diversidad territorial e ideológica. Además, la larga persistencia del movimiento demuestra la existencia de relevo generacional.

La estructura organizativa del movimiento ha sido la única a nivel estatal con cierta continuidad. Así, la Asamblea de Okupas de Barcelona, el *Contra-Infos* o el *Infousurpa*, han actuado de órganos aglutinadores y han marcado a menudo la línea política del movimiento. Ahora bien, fuera de estas estructuras, y en especial en los niveles locales y de cada centro social, se han producido aperturas y trabajo en red con movimientos sociales muy diversos: ecologistas, estudiantiles, antirracistas, antiglobalización, vecinales y feministas, entre otros.

Finalmente, con respecto a las estrategias de acción colectiva, hay que constatar una gran diversidad. Sin embargo, se puede afirmar el predominio de estrategias puramente autónomas de desobediencia civil y de acción directa. En cambio, solo en algunas okupaciones puntuales, aquellas más abiertas a la negociación o en otras muy emblemáticas, han optado —de forma complementaria— para la búsqueda de coaliciones promotoras críticas, especialmente en situaciones previas a desalojos.

La segunda variable del modelo de análisis, los marcos cognitivos y la opinión pública, ha dado cuenta de múltiples experiencias de contrainformación que a pesar de su valía para construir la identidad del movimiento, no llegan a extender el discurso a sectores sociales más amplios. El semanario de comunicación *La Directa* es un claro ejemplo de superación de las limitaciones de los *fanzines*.

Por otra parte, la subvariable de imagen pública del movimiento ha presentado predominantemente un comportamiento negativo, consecuencia del predominio de la dimensión criminalizadora de los medios de comunicación hacia el movimiento social. Sin embargo, el movimiento por la okupación catalán ha conseguido, en determinados momentos, transmitir sus demandas sobre vivienda y falta de espacios de sociabilidad y, a la vez, estas demandas han sido identificadas por los medios de comunicación como demandas legítimas y representativas de la juventud.

En cuanto a la tercera variable del modelo, las redes de políticas públicas como EOP, hay que decir que las características de las redes de políticas de vivienda, juventud y seguridad y orden público, así como las

del propio movimiento, nos han situado más en un paradigma clásico de relaciones entre movimientos y Estado, que en un escenario de gobernanza. Es por ello que en el apartado 5.4 he decidido centrarme en el análisis de los procesos de negociación. Dicho de otra manera, tanto la acción colectiva del movimiento —más orientada a impactar en el largo plazo en procesos de autonomía y autoorganización sociales— por un lado, como la propensión de las autoridades a la represión hacia el movimiento, por el otro, nos han situado en el terreno de relación clásica entre movimientos y Estado, que han limitado sus interacciones a la confrontación o a procesos de negociación a menudo inviables.

En todo caso, aprovecho este apartado conclusivo para hacer un pequeño balance de las redes de políticas públicas donde hemos situado el movimiento. La red de políticas de vivienda en Cataluña presenta, respecto al movimiento okupa, un aspecto de comunidad de políticas (*policy community*). La comunidad de políticas es un tipo de red que se caracteriza por la poca densidad de actores, una fuerte homogeneidad de los mismos, un predominio de las relaciones de conflicto y exclusión de los actores más “externos”, una distribución muy asimétrica de los recursos de poder en favor de los actores centrales (autoridades públicas, poder económico y medios de comunicación), con una permeabilidad muy baja y, por tanto, generadora de estrategias de confrontación con los actores “nuevos” como los movimientos sociales. Este es el peor escenario de la gobernanza para un movimiento o red crítica emergente, tal como los he definido en los capítulos dos y tres. La existencia de una red de gobernanza de este tipo genera unas oportunidades políticas cerradas, con poca capacidad de insertar los actores críticos y sus demandas (*inputs*) y con poca generación de políticas influidas por la acción colectiva de estos actores (*outputs*).

La configuración básica de la red de políticas de vivienda es particularmente cerrada, con predominio de los intereses de la esfera mercantil —en concreto de las empresas inmobiliarias y constructoras y del capital financiero especulativo— una esfera institucional más interesada en reprimir al movimiento que no en escuchar sus reivindicaciones, y una esfera familiar-comunitaria con baja densidad de capital social (con la excepción puntual de algunos sectores del movimiento vecinal). El proceso

de elaboración de una ambiciosa Ley del Derecho a la Vivienda a nivel autonómico fue, a finales de la primera década de 2000, un espacio de desencuentro entre las administraciones y los movimientos sociales que —como el okupa o el del vivienda digna— mostraron su desacuerdo con el redactado final y tildaron la ley de asistencialista y de no enfrentarse a los intereses especulativos, dominantes. Evidentemente las elecciones municipales de mayo de 2015 (que quedan fuera del marco temporal de este libro) marcaran un profundo cambio en esta dimensión, con el acceso a la Alcaldía de Barcelona de la activista antidesahucios Ada Colau con la candidatura de unidad popular Barcelona en Comú. En los dos primeros meses de su mandato el propio ayuntamiento ha paralizado desahucios y ha puesto en marcha ambiciosas políticas de alquiler social.

En cuanto a las políticas de juventud parece que la red, como estructura de oportunidades, sí fue más permeable a la entrada de la red crítica de okupación. A pesar de las dinámicas represivas, esta es la única red por donde el movimiento ha podido penetrar en momentos muy puntuales en la gobernanza. Se trata, sin embargo, de una red secundaria, con poca presencia social y con poca capacidad de generar políticas por sí misma. Desde esta red se ha invitado a miembros del movimiento a participar en debates públicos, se han apoyado iniciativas de negociación como la Comisión de Diálogo con el Movimiento por la Okupación, al tiempo que ha intercedido en el conflicto de Torreblanca en Sant Cugat. En todo caso, el movimiento siempre ha contemplado las oportunidades de diálogo con recelo, por lo que supone de peligroso para la cohesión interna aceptar dinámicas parciales de negociación en un contexto de represión generalizada contra el movimiento. Finalmente, el principal impacto sustantivo que encontramos en los estudios de caso responde también a una lógica de políticas de juventud. El acuerdo al que llegaron los okupas de Torreblanca y el Ayuntamiento de Sant Cugat se puede calificar de impacto en juventud, pero no en vivienda. La casa pasó a ser un Centro Social y Cultural (el proyecto inicial era derribarla y edificar) gestionado por un Consejo de Jóvenes Municipal.

Si podemos afirmar la existencia de una red de políticas de seguridad y orden público, nos encontramos con que siendo también una red de tipo comunidad de políticas (jerárquica y cerrada por definición) hemos podido observar a lo largo del relato los casos positivos y negativos. El movimiento ha sido capaz de crear una extensa red antirrepresiva, que en momentos puntuales ha generado coaliciones promotoras críticas dentro de las instituciones, con el apoyo de abogados, jueces, fiscales y políticos. Parece que en este caso sí que se ha utilizado con habilidad el marco de injusticia que implica la desproporción con la que el código penal trata la problemática de la okupación y han funcionado las estructuras de conectividad que tienden puentes y crean una sólida red crítica en esta “área de las políticas”, activable, incluso, en contextos de represión fuerte.

Así pues, el movimiento por la okupación catalán ha cumplido las condiciones de presencia en las redes de políticas públicas en todo el período estudiado. Ahora bien, su presencia no siempre le ha dado demasiado protagonismo, a consecuencia de las asimetrías de poder en las redes de políticas y a la imagen pública del movimiento, a menudo adversa que han generado los medios de comunicación. Este protagonismo sí ha existido en el nivel local (de barrio o municipio) donde el movimiento por la okupación ha sido reconocido como interlocutor legítimo de una serie de demandas sociales y ha conseguido ciertos impactos, en especial en políticas más periféricas, dentro del ámbito de la cultura y la juventud, y también en el desarrollo de otros movimientos sociales afines. La *figura 5.3* presenta los principales impactos del movimiento por la okupación catalán en las cuatro dimensiones de las políticas públicas.

Figura 5.3 Los impactos de la red crítica de apoyo a la okupación en las cuatro dimensiones de las políticas públicas en Cataluña

Okupación en Cataluña	
Dimensión Conceptual o Simbólica	<p>Impacto MEDIO</p> <ul style="list-style-type: none"> - Sobre la percepción social de los problemas de juventud y vivienda en ciertos momentos. <p>Impacto MEDIO</p> <ul style="list-style-type: none"> - Insuficiencia De las políticas de acceso a la vivienda, a pesar de la aprobación de una ambiciosa ley de la vivienda que no ataca, pero el problema de la especulación inmobiliaria. - Criminalización de la okupación mediante el código penal. - Imposibilidad de llegar a pactos o negociaciones globales. - Propositiones no de ley de despenalización de la okupación por parte de ciertos partidos de izquierdas. Ninguna de ellas es aprobada. - Impacto alto en las políticas afirmativas de juventud.
Dimensión Sustantiva	
Dimensión Operativa	<p>Impacto MEDIO:</p> <ul style="list-style-type: none"> - Incidencia sobre el ámbito legal-judicial: sentencias absolutorias. - Experiencias locales de negociación: puntuales e indirectos en los barrios de Barcelona y exitosa en Sant Cugat (Torreblanca). - Imposibilidad de escenarios amplios de negociación.

<p>Impacto ALTO:</p> <ul style="list-style-type: none"> - Sobre el movimiento global, como precursor de herramientas de comunicación escrita y de espacios de relación, encuentro y ocio. - Sobre el movimiento feminista y gay-lésbico, al incorporar contingentes de militantes nuevos y radicales. - Sobre el movimiento vecinal, a través de la participación en barrios de Barcelona como Sants, el Eixample, Gràcia o Ciutat Vella. - Sobre los partidos de izquierda institucional cuando gobernaba la derecha autonómica, al ser reconocido como interlocutor en determinadas temáticas relacionadas con la juventud y la vivienda. Posteriormente, la relación es bastante negativa. 	<p>Dimensión Relacional</p>
---	-----------------------------

Fuente: Elaboración propia.

En referencia a las hipótesis, hay que hacer una primera aproximación que se completará con un apartado propio en el capítulo siete. La hipótesis uno o la del impacto se confirma ya que el mayor impacto del movimiento no es sobre las políticas de vivienda, sino en otras políticas más periféricas, como las de juventud y ocio. Sin embargo, la existencia de procesos de negociación entre la administración y algunos centros sociales okupados ha generado controversia en el interior del movimiento.

En cuanto a la segunda hipótesis o hipótesis alternativa, los estudios de caso demuestran que el movimiento por la okupación catalán ha generado políticas públicas alternativas, sobre todo en los campos de la cultura, la comunicación, la juventud y el ocio, en aquellos centros sociales que más han perdurado. En todo caso, a pesar de la gran inversión y los esfuerzos del movimiento, la política predominantemente represiva en forma de desalojos ha dificultado la continuidad de estos proyectos sociales más masivos.

Finalmente, la hipótesis relacional podría dar pie a posteriores investigaciones ya que plantea la incidencia mutua entre diversos movimientos sociales. Efectivamente el movimiento por la okupación catalán ha influido y ha participado en otros movimientos sociales, tanto locales (movimiento vecinal) como globales. Por otra parte, en la dirección inversa, nuevas subjetividades han penetrado en el movimiento por la okupación, como la estudiantil (La Rimaia), la inmigrante (Barrilonia) o la permacultura y el consumo responsable (huertos okupados y cooperativas de consumo), cambiando la fisonomía del propio movimiento.

6. Madrid: contrapoderes y negociación

Entendemos la okupación como una herramienta compleja, es decir como un elemento que conjuga a la vez teoría y práctica, que es a la vez fin y medio, herramienta con capacidad superadora de estos planteamientos dicotómicos. Pero una herramienta ¿para qué? en principio la okupación puede ser vista única y exclusivamente como un arma de lucha contra la especulación, pero creemos que no es la única forma de lucha contra este mal que asola nuestras ciudades. Vemos la okupación principalmente como un elemento para aglutinar, catalizar, como espacio en el que poder encontrarnos, en el que poder intervenir y transformar el mundo que nos rodea, aquí y ahora. Pero somos conscientes de que la okupación también supone un ataque frontal a uno de los sacrosantos principios de este sistema, la propiedad privada, entendemos que la desobediencia a este principio conlleva un enorme potencial a la vez que supone un gran lastre, ésta es una de las paradojas ante las que nos sitúa la okupación. La okupación en Madrid supone un desafío, un reto...

Los poderes políticos no pueden permitir que en la capital del estado exista un alto nivel de disidencia...

(Eje de Okupación de Rompamos el Silencio, 2006)

En tanto que realidad urbana, Madrid es la única metrópoli con municipio propio en España y, por tanto, aparentemente es un espacio idóneo para el desarrollo de movimientos sociales como el de okupación. Pero, aparte de una ciudad con casi cuatro millones de habitantes, Madrid también es la capital de España, del capitalismo financiero y la sede de las oficinas centrales de las grandes transnacionales que operan en la Península. Por otra parte, la capital es el escenario de la batalla política diaria, de la crispación y de la tensión entre las fuerzas políticas mayoritarias. Esta crispación es producida y reproducida en los medios de comunicación que, a través de los grandes grupos mediáticos, compiten por las respectivas audiencias.

Estas características del entorno madrileño generan un escenario paradójico para los movimientos sociales alternativos. Así, por un lado, se da una gran separación entre la política institucional y la política de los movimientos, abismal incluso en el terreno municipal. Por otro lado, estos movimientos suelen contar con menos base popular que en Cataluña y con una red de apoyo más débil e inestable. Así pues, estos movimientos a menudo aparecen aislados y son presa fácil de una represión dura por parte de los aparatos del Estado. Las duras condiciones de resistencia de los movimientos contraculturales madrileños han generado, en contrapartida, un perfil de militantes con un grado de formación teórica y práctica alto y una gran imaginación para generar nuevas oportunidades políticas en un contexto social adverso. Finalmente, el cierre de la paradoja se produce en el impacto de los procesos de negociación entre las administraciones madrileñas y el movimiento okupa, que es más alto que en otros lugares del país.

Los 30 años de historia del movimiento por la okupación madrileño que me propongo analizar en este capítulo han coincidido con un escenario político institucional cambiante, que se podría sintetizar a escala local en dos grandes etapas. La primera, la de los años ochenta de la movida madrileña y de hegemonía de gobiernos progresistas del PSOE y la segunda, a partir de los años noventa, bajo el dominio de la derecha del PP.¹

1 Queda fuera del periodo de este libro el cambio político sin precedentes que se da en las elecciones municipales de 2015 con el triunfo de la candidatura de unidad popular Ahora Madrid y el acceso a la alcaldía de Manuela Carmena acompañada

Por mi parte, viví en Madrid entre los meses de octubre y diciembre de 2002. Durante este período hice la mayoría de las entrevistas que me han servido para elaborar este capítulo, aunque las últimas fueron en verano de 2005. También he participado en las actividades de los centros sociales okupados madrileños en numerosas ocasiones, entre los años 2000 y 2010. Las diez personas del movimiento okupa madrileño entrevistadas representan varias generaciones y corrientes políticas y serán citadas con sus nombres de pila, sin más detalles.

6.1 Introducción. Pequeña historia de la okupación en Madrid

El marco histórico de este libro comienza en 1984, y de alguna manera se corresponde con el inicio de la okupación, tal como hoy la conocemos. En el caso de Madrid, sin embargo, la supervivencia de una okupación de los años setenta en el entorno de los movimientos radicales urbanos, me ha hecho pensar que era relevante empezar un poco antes. En los años setenta, al calor de los movimientos vecinales del antifranquismo y la transición, nació un proyecto singular: la Escuela Popular de Prosperidad, o la Prospe.

En el 73 surgen todos los movimientos que pudieran surgir en la dictadura al calor de cierta iglesia disidente. Luego, ya con la muerte del dictador, en el 77 se pasa a gestionar lo que eran escuelas de mando del antiguo movimiento que son abandonadas y se okuparon. No en el sentido que tiene ahora la okupación, pero realmente fue entrar en los antiguos locales que tenían los cuadros del movimiento y empezar a utilizarlos [...] Eran de los mandos de la Falange. Y a través de ahí se hace un centro cultural, donde hay cuarenta mil actividades. Por ejemplo, está un grupo de teatro que todavía existe, La Tartana. Alaska y Los Pegamoides estuvieron allí, Almodóvar la primera película la rodó allí [...] Era un local enorme. Estaba el ateneo libertario del barrio, la asociación de vecinos (entrevista a Pepe y Jorge, 2002).

de decenas de activistas madrileños.

La experiencia de la Prospe, la deberíamos situar en la prehistoria de los movimientos por la okupación madrileños, ya que no estamos hablando de la okupación con k tal como la conocemos hoy y como he intentado definirla en el capítulo cuarto de esta investigación. De hecho, este tipo de okupación hay que vincularlo con los procesos de reestructuración urbana que vivieron ciudades como Madrid o Barcelona con la llegada de la inmigración de los años sesenta y setenta y el crecimiento de barrios dormitorio, como el de la Prosperidad .

Durante esos años están todas las reivindicaciones de barrios obreros que se producían como ensanche. Entonces eran pocos colegios, poca luz, agua, entonces sí que se empiezan a juntar el barrio para exigir esas cosas. Eran épocas donde había una conciencia de barrio obrero, donde toda la peña que se veía en el barrio estaba currando en las mismas fábricas en Madrid. Luego a finales de los años setenta, principios de los años ochenta, el barrio empieza a cambiar un poco, empieza la movida madrileña, ya no es tanta gente con una conciencia obrera sino que empieza a ser gente con una determinada edad, hasta los treinta, cuarenta... y la gente más mayor estaba más en la asociación de vecinos (entrevista a Pepe y Jorge, 2002).

Las escuelas de mandos se abandonan, las dejan libres y se produce un proceso de okupación. Pero una okupación un poco más diferente, era recuperar un espacio que estaba abierto pero sin esa conciencia de ocupar. Solamente había un florecimiento de libertades de entrar en sitios [...] No era el concepto de okupación como una cosa ilegal. Entonces se toma la escuela de mandos y entran muchísimos colectivos de los movimientos sociales madrileños de los años setenta; gente de la movida, el ateneo del barrio, ateneo de Mantuán, era una de los centros de la movida madrileña en aquellos tiempos (entrevista a Raúl, 2002).

La llegada de la democracia a los ayuntamientos —de la mano del carismático alcalde socialista Tierno Galván— mejorará,

sin embargo, la situación de estos pioneros de la okupación madrileña.

La escuela empieza a trabajar allí. Cuando gana el PSOE las elecciones, un tal Ferreras, que era el concejal del PSOE del distrito, nos dice que ese local lo quieren para ellos, para hacer un colegio [...] Sobre todo cuando gana el PSOE las elecciones municipales, todo lo que era la educación popular decide que la van a regir ellos. Entonces, es cuando empiezan a surgir todo el tema de las universidades populares, que estaban controladas totalmente por el PSOE, centros culturales dependientes del ayuntamiento. Decían que la cultura popular son ellos, que iba a depender de ellos y que hay que desalojarnos a nosotros de ese papel (entrevista a Pepe y Jorge, 2002).

La hostilidad del PSOE hacia esta experiencia temprana de okupación madrileña y las expectativas que podía levantar la alcaldía de Tierno Galván o el mismo gobierno de González para los sectores más moderados de los movimientos sociales ponen en crisis el proyecto de la Prospe y, al mismo tiempo, lo circunscriben —por defecto y de forma definitiva— como parte de la contracultura más alternativa.

El local se termina perdiendo porque los grupos con menos conciencia política [...] en general el sector de artistas son los primeros que, ante la presión, empiezan a desalojar. Se van quedando el Ateneo libertario, la asociación de vecinos, la escuela popular y la guardería (entrevista a Pepe y Jorge, 2002).

En este proceso de los años ochenta encontramos un primer ejemplo de cooptación e institucionalización de los movimientos sociales de la izquierda madrileña, tal como afirman los okupas entrevistados. Sin embargo, las tendencias libertarias que resistirán en el seno de la Prospe no cerrarán nunca las opciones de negociación y este hecho será la garantía de su continuidad histórica, sin precedentes en la okupación en España

[...] entonces empieza un proceso muy curioso. O sea, al principio era un centro para el barrio, yo me acuerdo de canijo de ir a la guardería, a los títeres y eso. Era una guardería gratis, llevada por gente muy majeta. Empieza primero un fenómeno de represión muy fuerte y de repente entra el Tierno Galván, que produce un efecto un poco raro. Empiezan a dar muchas subvenciones para que los colectivos que estaban de una manera autónoma y autogestionada llevando un proyecto se salgan de ese proyecto y empiecen a ir a proyectos del ayuntamiento. Empiezan a institucionalizar todos los movimientos autónomos que había en ese ateneo. Entonces muchos colectivos sí que abandonan y hay otros colectivos que no (entrevista a Raúl, 2002).

Durante los años ochenta, la escuela de la Prosperidad convive con el colegio. Finalmente, el colegio se traslada y la escuela se queda en este edificio a tiempo completo. Eran los años de la llamada movida madrileña y la escuela se convirtió en un punto de encuentro de sus sectores más *underground*. Una vez más, sin embargo, la disputa por este terreno entre los movimientos y la institución se resolvió a favor de los segundos y, de hecho, cuando el PP llegó al gobierno en 1991, los gobiernos socialistas ya habían minado gran parte del potencial autónomo de los movimientos madrileños.

La famosa movida de los años ochenta en Madrid es verdad, ¡eh! Fue una explosión de todo: de cultura, de música... una apertura total. Pero ellos se gastaron mucho dinero en controlar esa explosión, porque empezaron a controlarla por los movimientos vecinales, por las asociaciones de vecinos porque todas eran reivindicativas y empezaron a cortar el servicio y el dinero. Las fiestas de este barrio, por ejemplo, las organizaban la asociación de vecinos, la junta municipal, la escuela popular y dos asociaciones más, y el PSOE empezó a cortar ahí. Cuando llegó el PP ya te presentaba el programa en la junta municipal (entrevista a Pepe y Jorge, 2002).

A pesar de los obstáculos continuos, la escuela de la Prosperidad continuó funcionando hasta el año 1991, cuando el ala derecha del PP subió al gobierno municipal y, bajo el mando de Álvarez del Manzano, lanzó una ofensiva contra la escuela. El proceso judicial para desalojar la escuela se alargó hasta 1999, ya bajo el gobierno Gallardón. Los años noventa marcaron un cambio de escenario para el movimiento, con un gobierno municipal mucho más hostil, pero también con la llegada —al igual que en el resto del Estado— de una nueva generación militante y, en este caso, con la eclosión de las okupaciones a partir de 1996. Los veteranos activistas de la Prospe lo notaron en el mismo barrio, que se había gentrificado y había dejado de ser el barrio popular del extrarradio de los años setenta para convertirse en un barrio de clase media cercano al centro de la ciudad.

Hubo un momento de explosión muy fuerte de la okupación, lo que pasa es que vinieron muy duramente a por él. De repente, surgieron una banda de chavalitos muy jóvenes, de 16... Empezaron a okupar en el 97, y utilizan la escuela como plataforma, para reunirse... cada vez que son desalojados vienen aquí, nos traen sus cosas... éramos la retaguardia. Lo sabían porque cuando los maderos iban a por ellos siempre teníamos luego otra furgoneta esperándoles aquí. Igual que en otros barrios les parecía más lógico por las condiciones sociales que hubiera más okupación, como en Lavapiés, aquí llegaron a la conclusión de que era intolerable que en un barrio como este de clase media, cómo puñetas había tanta okupación. Entonces, fueron a por ellos y han tenido una represión muy fuerte (entrevista a Pepe y Jorge, 2002).

[...] ya se empezó a okupar a finales de los ochenta, me parece que la primera fue Amparo o Arregui, en el 86-87 o así. Bueno, un poco antes estaba el colectivo COZ, había cosas que venían un poco de la autonomía, pero con un imaginario muy alemán... las okupas en Holanda y, sobre todo en Alemania, y todo lo que había sido la lucha armada en Alemania. Otro referente

importante de ese periodo era Euskadi y el MLNV (entrevista a Cristina, 2005).

Efectivamente, la ola del movimiento estudiantil de 1986-1987 y las movilizaciones contra la entrada de España en la OTAN marcan el fin tardío de los llamados NMS. Así pues, en el continuo devenir de la lucha social, empezaban a despuntar otras apuestas de acción colectiva, que desvelaban el inicio del nuevo ciclo de luchas globales de mediados de los años noventa. Pero quiero detenerme un poco más en este periodo de nacimiento y consolidación del movimiento por la okupación, que coincidía en el tiempo con una retirada generalizada de la acción colectiva.

Llegó un momento que ni el partido ni el lugar de trabajo ni la universidad, y yo creo que la okupación fue territorialización, es decir, bajar a un espacio físico toda esta energía política que de alguna manera estaba cómo intentando reorganizar el cotidiano de la gente. Era decir: ¿bueno, como queremos vivir? Aquí tenemos dos alternativas: o integrarnos de una manera precaria y tal o empezar a mover cosas en un desierto total, porque aquellos años... O sea, ya se cerró el ciclo de luchas de la OTAN, que era en el que yo nací... Una vez se cerró aquello, fue la reconversión industrial, las luchas estudiantiles y ya como una especie de ciclo neoliberal, ya aquello era la heroína... en fin, de repente, un desierto social muy fuerte, ¿no? Y yo creo que la okupación vino a hacer aterrizar aquella energía que estaba, de alguna manera, dispersa (entrevista a Cristina, 2005). Aquí en Madrid, la gente que más tiempo lleva en el movimiento... Aquí hubo una eclosión en el año 85... Fue la primera okupación, en esta misma calle, muy vinculada a lo que era entonces las luchas en Alemania, las luchas de los grupos autónomos, okupaciones de casas... se generó una identificación muy fuerte. A partir del 91, que hay un encuentro en Venecia, que van dos compañeros de Minuesa, se empieza a hablar de los centros sociales italianos. Se empieza a hablar de

la perspectiva del centro social como punto de agregación en diferentes barrios. Coincidiendo con el desalojo de Minuesa, en el 94, hay una eclosión en Madrid: multitud de centros sociales en muchos barrios diferentes, pequeños espacios de resistencia y construcción de nuevos tejidos alrededor del antiguo asociacionismo que existía (entrevista a Jacobo, 2002). [...] hubo un periodo de desterritorialización muy fuerte de la política en aquellos años... Porque, en mi generación, ya cristalizó el darse cuenta que la universidad no nos llevaba a ningún sitio... y yo creo que esa generación se dio cuenta que la universidad era un sitio donde ir a montarla... Cómo que la gente que se politizó en aquellos años no pensaba hacer carrera, ni convertirse en nada en la vida, ni nada de esto. Y eso se constató en una herencia durante los años siguientes. Un montón de gente okupaba, hacia esto, hacia lo otro, el movimiento de insumisión. Movimientos que, de alguna manera, estaban por todo el espacio metropolitano, y que no tenían un lugar de identificación. Como los Nuevos Movimientos Sociales de aquellos años no aterrizaban en un lugar, ni siquiera en la universidad, porque en la universidad después del año 87 (entrevista a Cristina, 2005).

Como decía anteriormente, cabe destacar la okupación del CSO Minuesa, en 1988, que constituirá un espacio emblemático de la okupación madrileña de los años ochenta. Su desalojo —el 17 de mayo de 1994— incidirá de forma decisiva en la evolución del movimiento, en forma de apertura y crecimiento. Las okupaciones de Lavapiés 15, David Castilla o la Guindalera son representativas de esta entrada de sensibilidades diversas dentro del movimiento.

Por otra parte, como analizaré con más detalle en el apartado siguiente, la década de los años noventa contó con una experiencia organizativa singular, el intento de organizar la autonomía madrileña a través de una red de colectivos llamada Lucha Autónoma; una iniciativa que, precisamente, surgió muy vinculada a la okupación de Minuesa. La coordinadora de

colectivos Lucha Autónoma y los debates que se generaban a su alrededor, con varios períodos de crisis y auge, protagonizan el tránsito del movimiento de los años ochenta hacia el movimiento okupa del nuevo milenio.

En toda la zona oeste había grupos de talante libertario con bastante presencia. Lo que se vivía en el barrio entonces era un movimiento bastante apegado al estilo de los años ochenta, o sea, muy estilo tribu urbana —sobre todo anarco-punk—, con bastantes grupos musicales que se mueven, que son bastante conocidos y que en un momento determinado incluso editan un sello propio [...] Entonces, como era el centro social que había en mi barrio y yo tenía contactos con ellos a través de Lucha Autónoma, incluso varia gente del CRA también pertenecía a Lucha Autónoma-Estudiantes [...] entonces, ese grupo se va componiendo con dos identidades fundamentales. Una es la identidad anarco-punk, y la otra es la identidad libertaria, anarquista, en su sentido más clásico (entrevista a Panzer, 2002).

En 1996 se llegó de lleno al segundo periodo de la okupación en Madrid con el éxito de las convocatorias antifascistas y el momento de mayor protagonismo de la coordinadora Lucha Autónoma, acusada por parte de los medios de comunicación de ser una verdadera y potente guerrilla urbana (Casanova, 2002). El 10 de marzo de 1997, Madrid vivió el desalojo del CSO La Guindalera, que provocó la detención más numerosa efectuada en un solo día desde la transición: 165 okupas y personas solidarias pasaron más de 60 horas a varias comisarías de Madrid (Casanova, 2002). La manifestación de protesta por el desalojo, cinco días después, con la presencia de 5,000 personas, indicó uno de los puntos álgidos de la okupación en Madrid. La etapa que va de 1996 a 2001 se caracterizará, pues, por la centralidad del movimiento okupa dentro del panorama de los movimientos juveniles y alternativos madrileños.

Entonces, hubo unos años en los que se okupó mogollón. Yo me acuerdo de okupar un sitio y decidir, de un día para otro, okupar

otro, y así... Cuando okupamos Lavapiés 15, decidimos okupar Fray Ceferino. Y Lavapiés 15 para mi fue la más importante, porque se agrupó muchísima gente y ese fue el motor de las okupaciones siguientes (entrevista a Cristina, 2005).

Las personas provenientes de las okupaciones más emblemáticas de 1996 y 1997 (Lavapiés 15, David Castilla y La Guindalera) impulsaron la okupación del CSO El Laboratorio, al que se añadieron activistas de los movimientos incipientes del ciclo de luchas contra la globalización neoliberal. Hay que decir que la okupación de El Laboratorio coincidió con las marchas europeas contra el paro y la precariedad que convergieron en Amsterdam en junio de 1997, y que en Madrid, eran impulsadas — sobre todo— por el Movimiento AntiMaastrich (MAM) y el sindicato CGT.

Ocurre que desalojan el Centro Social La Guindalera y hay 150 detenidos, entonces se vuelve a retomar esta idea que había quedado un poco apartada. Es en este contexto en el que se celebra una manifestación en Madrid que vienen 7,000 personas, se realiza un Centro Social en la calle —en el centro de Madrid— durante tres días y vuelve a surgir con fuerza la idea de okupar un sitio grande... Entonces llegamos a las primeras marchas europeas contra el paro y la exclusión —que venían de Andalucía, pasaban por Madrid, camino de Amsterdam— y se piensa que sería interesante realizar esta okupación para esa fecha. La okupación, en lo teórico, se basaba en una idea que era okupar el vacío desde el vacío, intentar empezar desde cero, y generar un nuevo tipo de centro social diferente, por decirlo de alguna forma (entrevista a Jacobo, 2002).

Un cierto agotamiento de la vía organizada (Lucha Autónoma), el incremento de la represión y la criminalización y, sobre todo, la entrada progresiva en el nuevo ciclo de luchas contra la globalización capitalista serán las causas de un cambio de etapa en la okupación madrileña, representado especialmente por la evolución de dos okupaciones

emblemáticas de finales de los años noventa: el Laboratorio² y La Eskalera Karakola.

[...] la estrategia represiva cambia, empiezan los desalojos cautelares, la táctica del desgaste... Y, por otro lado —y eso es muy positivo—, se empieza a vislumbrar un espacio que ya no es estrictamente el de okupación, sino que es un espacio mucho más híbrido. Por un lado, vinculado a los movimientos globales y por otro, a los movimientos locales, a todo el tema de la rehabilitación que ya venía del año 97 con la Red de Lavapiés, que es otro elemento fundamental en el barrio. Y las intervenciones más de carácter vecinal, o sea, de repente, el movimiento okupa se reinventa como movimiento vecinal. Esto ya venía de El Laboratorio, y de La Karakola. En el Labo y La Karakola se desmontó el populismo (entrevista a Cristina, 2005).

Como dice Cristina, activista de La Eskalera Karakola, el movimiento okupa madrileño de finales de los años noventa y principios del siglo XXI aterriza en los barrios y constituye el embrión de un nuevo movimiento vecinal contra la especulación inmobiliaria y la falta de vivienda y de espacios sociales. Este proceso lo hacen tanto los sectores que provenían de Lucha Autónoma como los que ya la habían abandonado con anterioridad. Un ejemplo de esta nueva estrategia es la vocalía de jóvenes de la Federación

2 Laboratorio reunía todo un sector del movimiento okupa madrileño, que era definido por Fernández

Durán (2002) como autonomía de carácter difuso. El hecho de representar un espacio político y la gran cantidad de personas que estaban vinculadas hicieron que cada desalojo se respondiera con una nueva okupación en otra ubicación diferente. Por ello, entre 1997 y 2003, podemos hablar de hasta cuatro Laboratorios diferentes: El Laboratorio 1 (1997-1998), El Laboratorio 2 (1999-2001), El Laboratorio 3 (2001-2003) y El Laboratorio 4 (dos semanas de 2003). En el apartado siguiente, analizaremos esta dinámica organizativa de la autonomía difusa y la historia de esta okupación tan importante para el caso madrileño (entrevista a Cristina, 2005).

Regional de Asociaciones de Vecinos de Madrid (FRAVM), ocupada en la primera década de 2000 por personas provenientes del Centro Social Seco. De hecho, el 27 de mayo de 2007, Nacho Murgui, miembro de Seco y de la Asociación de Vecinos Los Pinos de Retiro Sur, fue elegido presidente de la FRAVM (Chalmeta y Rivero en *Diagonal*, 21/07/2007).

En esta última etapa, también se producen dos fenómenos interesantes. Por un lado, a pesar de la presencia cada vez mayor de la derecha incluso en la calle³ y la debilidad organizativa del movimiento por la okupación, se han llevado a cabo procesos de negociación exitosos entre gobiernos del PP y algunas casas okupadas. Por otra parte — y al igual que ocurre en otros territorios —, del entorno del movimiento por la okupación surgen buena parte de las iniciativas del nuevo ciclo de luchas contra la globalización neoliberal (Martínez, 2007).

La explicación de las vinculaciones entre okupación y alterglobalización en Madrid forma parte del siguiente apartado, pero hay que avanzar algunos acontecimientos centrales para acabar con el relato cronológico. A las ya citadas euromarchas, hay que añadir la celebración en Madrid, en 1997, del II Encuentro Intergaláctico por la Humanidad y Contra el Neoliberalismo, la organización de la expedición madrileña a la contra cumbre del Banco Mundial y el FMI en Praga en septiembre de 2000 y el surgimiento del Movimiento de Resistencia Global (MRG).

Bueno, yo recalco en experiencias relacionadas con la okupación a través de otras historias. En primer lugar, por una afinidad de toda la vida. Uno siempre se ha movido en este tipo de ámbitos, en centros sociales okupados. De alguna manera, la oferta cultural que uno consume siempre había sido muy relacionada con este tipo de relación. Y es sobre todo a través del trabajo de otros espacios que se relacionan con las okupaciones, desde en el 97 con el II Encuentro Intercontinental contra el Neoliberalismo, hasta después con la preparación de las movilizaciones de

3 Manifestaciones -los años 2005, 2006 y 2007- de la derecha populista contra el matrimonio homosexual, contra el proceso de paz en el País Vasco y en favor de la obligatoriedad de la religión en la enseñanza pública (Adell, 2007).

Praga. Es sobre todo a partir de ahí que un montón de gente que confluimos entorno al MRG de Madrid, que estamos trabajando el tema de la lucha contra la globalización capitalista en Madrid nos relacionamos de una manera muy estrecha, como una especie de proceso de simbiosis, con el Centro Social Laboratorio —en aquel momento en su segunda etapa— en la plaza de Cabestreros. Entonces ahí se da un proceso de mutuo enriquecimiento y de mutuas derivas que hace que mucha gente del ahora forme parte muy activa de lo que es el proyecto de El Laboratorio (entrevista a Nano, 2002).

Y, por último, otro aspecto de la oportunidad política nos muestra un cambio de ciclo en 2001. Se trata de la propensión del Estado a la represión contra los movimientos sociales, que en Madrid —al igual que en Barcelona— se acentúa en forma de una persecución de las activistas del movimiento por la okupación.

Desde octubre de 2001 hasta la primavera del 2002, fue una época de mucho control. De hecho, se llegó a poner en marcha una iniciativa que consistió en hacer una denuncia pública. Hicimos unas 35 denuncias de episodios represivos en los juzgados de la Plaza de Castilla: secuestros, interrogatorios ilegales [...] El caso más sangrante fue un compañero que estuvo cuatro horas secuestrado dando vueltas en un coche por el extrarradio de Madrid (entrevista a Nano, 2002).

En resumen, el movimiento por la okupación madrileño presenta una periodización similar al catalán, con una primera etapa de nacimiento y consolidación, una segunda de eclosión y centralidad política y una tercera en que el movimiento se integra, con sus propias formas y de maneras diferentes en cada caso, en el nuevo ciclo de luchas. Un activista okupa madrileño resumía estas etapas y las líneas políticas y estéticas que las acompañaron de la siguiente manera:

Desde el inicio del proceso de El Laboratorio, para nosotros nos encontramos como en una nueva etapa. O sea, es una etapa en la que se recoge todo lo anterior: la primera etapa muy circunscrita a la experiencia alemana, a la creación de una identidad okupa —de una identidad de banda, en cierto sentido (se hablaba de “formar bandas, tomar casas”)—, la entrada de discursos más feministas y antimilitaristas —todos ellos ligados a lo cotidiano—, que para nosotros son muy importantes y de los que no nos queremos desprender para nada. Luego está el proceso de los italianos, de construcción de discursos, de hacer política, no hablar solo de lo político, sino también la posibilidad de hacer política, es decir, intervenir en la sociedad y en los problemas que hay y generar una fuerza de disidencia. Digamos que en Madrid eso funciona. A partir de la okupación de El Laboratorio es difícil evaluar cómo se encuentra el movimiento, porque es muy difícil ahora mismo hablar incluso que exista un movimiento de okupaciones en Madrid. Existen unas casas okupadas y unos centros sociales que están trabajando en una línea muy concreta y, en cierta medida, difusa. Es muy difícil restringir y decir dónde están los límites de ese grupo de casas y centros sociales, pero sí que es una línea de lucha contra una administración despótica y que se vislumbra como un muro (entrevista a Jacobo, 2002).

6.2 De la autonomía organizada a la autonomía difusa

El movimiento por la okupación madrileño asienta su influencia en la política y las políticas en un capital social crítico variable y en continua evolución. A lo largo de estos 30 años, los cambios en la composición y la naturaleza de las bases sociales del movimiento se pueden simplificar en una tendencia que he llamado de la autonomía organizada a la autonomía difusa (primera década del milenio). En este apartado del análisis abordaré aquellos elementos que tienen más relación con las estructuras de movilización y que abarcan las estrategias de movilización, el perfil de los miembros y las formas organizativas del movimiento.

En primer lugar, cuando hablamos de okupación en Madrid, ¿de cuantas experiencias estamos hablando? ¿Qué número de gente se mueve dentro de las redes críticas de okupación? ¿Cuántas viviendas y centros sociales conforman el entorno social del movimiento? Así que, como se trata de un movimiento que se aglutina en torno a una práctica duramente reprimida y de una base social fundamentalmente joven y variable, es difícil de cuantificar. Así, en una de las aproximaciones al campo, en noviembre de 2002, uno de los entrevistados me daba estos datos:

Centros sociales está El Laboratorio, La Biblio, Seco, La Casika en Móstoles, el Centro de Cultura Popular El Barrio en el paseo de Extremadura, el Centro de Cultura Popular de Prosperidad, ahora mismo creo que poco más. En esa onda siempre hemos creído que La Escuela Popular de Prosperidad participaba de las iniciativas de los centros sociales, en cuánto que viene de un espacio okupado y que es un proyecto autogestionado. Igual que el Ateneo Libertario de Villaverde. Luego, casas okupadas, en Estrecho, que fue un barrio donde llegó a haber catorce y un centro social, ahora mismo quedan cinco. Lo que pasa que son casas okupadas que no hacen militancia del hecho de ser okupadas. En Vallecas, también existen tres alrededor de Seco... (o sea, casas ocupadas hay miles en Madrid, pero me refiero a las que habita gente que participa del movimiento). En Lavapiés, El Puntal, en la calle Ave María hay otra, en Móstoles también hay una vivienda. La Casika es un centro social muy interesante porque sí que mantiene una identidad muy de los noventa, quizá mucho más parecido a lo que son los centros sociales en Barcelona, un espacio mucho más politizado (a un nivel de identidad) [...] La verdad es que no estamos en el mejor momento. Porque llegó a haber once centros sociales y cincuenta casas okupadas en Madrid del movimiento, entre el 94 y el 98 (entrevista a Panzer, 2002).

Así pues, la etapa de auge del movimiento, a mediados de los años noventa, agrupó unos once centros sociales okupados y cincuenta viviendas. Tras una marcada crisis los primeros años 2000, el movimiento okupa madrileño ha recuperado estos guarismos entre 2007 y 2009. Según Jacobo Rivero (2008), en julio de 2008 existían trece centros sociales okupados en la comunidad de Madrid: La Gatera en el barrio Carabanchel, El Antídoto el barrio de Estrecho, Palacio Social Okupado en la calle Atocha, La Gatera en Leganés, La Bota en Ciempozuelos, La Ironía en el barrio de Vallecas, La Fábrica de Sueños en Villalba, El Cierre en Getafe, La Traba en el barrio de Legazpi, el Espacio Polivalente Okupado Patio Maravillas en el barrio de Malasaña, La Casika en Móstoles, la Escuela Taller en Alcorcón y El Solar en Lavapiés. A estos trece centros sociales, hay que añadir el pueblo okupado de Navalquejigo, situado en la sierra norte y el CS El Nido de Guadalajara. Con alguna pequeña variación —a causa de los desalojos y las nuevas okupaciones—, este es el mismo dato que ofrecía la Asamblea de Centros Sociales de Madrid y Guadalajara en su página *web*, en agosto de 2009 (<http://www.okupatutambien.net/>). Si a los centros sociales okupados sumamos aquellos que se han legalizado (como La Prospe, Seco o La Escalera Karakola) o de otras afines (como el CSA La Tabacalera de Lavapiés), podemos hablar de una veintena de centros sociales que abogan por la autogestión en Madrid (*El País*, 2 de agosto de 2010).

En 2011, el 15M provoca una nueva oleada de okupaciones en Madrid. El movimiento de los indignados impulsa una nueva dinámica sobre dos aspectos. Primero, si los centros sociales son principalmente el corazón de la vida local en los barrios y en los movimientos sociales, observamos un cambio en 2011. En efecto, la okupación se dedica también a la vivienda, de manera discreta y con otro tipo de habitantes que no son especialmente miembros del movimiento okupa. Observamos una “convergencia” entre los dos movimientos (Martínez y García, 2012). Por un lado, los okupas participaron individualmente en la iniciativa y la organización del 15M. Ayudaron con su experiencia de okupación y de autogestión. Por otro lado, como están activos en las asambleas de barrio de Madrid, encuentran a familias expulsadas por los bancos o inmigrantes que buscan vivienda,

ganan nuevos habitantes o activistas, enseñan a la gente a okupar su propia casa (Oficinas de Vivienda) o abren directamente edificios para realojar a los mas precarios.

Segundo, podemos asignar al 15M casi 20 nuevas okupaciones en Madrid (González, Aguilera y Cortina, 2013). La consecuencia de esta convergencia es una legitimación de la okupación ilegal de vivienda como medio último de supervivencia en periodo de crisis económica y de las hipotecas, y por lo tanto, de todo el movimiento okupa. Así pues, el movimiento de okupación de centros sociales se abre más a la okupación para vivienda. Corresponde ahora más al modelo Hans Pruijt llama “okupa de privación” (Pruijt, 2004).

6.2.1 Lucha Autónoma: una experiencia organizativa singular

Si existe una diferencia fundamental con respecto al capital social crítico del movimiento okupa madrileño respecto al catalán y el vasco, esta es la experiencia de la coordinadora de colectivos Lucha Autónoma. No se trata de una estructura organizativa estrictamente okupa —como podríamos definir, de alguna manera, a la Asamblea de Okupas de Barcelona— pero sí está formada sobre todo por okupas. En el siguiente apartado explicaré brevemente los once años de historia intermitente de esta organización (1990-2001) que, con su disolución definitiva en marzo de 2001, marca particularmente el cambio de ciclo en el movimiento okupa madrileño, también en cuanto a esta variable del análisis: de la autonomía organizada a la autonomía difusa.

En 1990, la Casa de Campo de Madrid acogió las jornadas fundacionales de Lucha Autónoma, que se constituía como una coordinadora de cuatro pequeños colectivos de cerca de ocho personas. Los principios fundacionales de la nueva organización eran:

[...] la autoorganización y la asamblea como órgano decisorio, el antiautoritarismo, el rechazo de toda jerarquía o vanguardia y el planteamiento de alternativas de lucha y de organización que nos unan dentro de una línea anticapitalista y antipatriarcal (Documento fundacional, Wilhelmi, 1998).

Tres de estos colectivos se dedicaban al trabajo de barrio y se reunían en centros sociales okupados, mientras que el cuarto, *Molotov*, era un boletín de contrainformación. También hay que sumar la presencia, a título individual, de numerosas personas del Centro Social Minuesa, emblema de la okupación madrileña del momento. Se trataba, en definitiva, de un sector del movimiento autónomo (y también del movimiento okupa) que apostaba por la organización formal en estructuras que perduraran en el tiempo y que desarrollaran un trabajo político constante (Casanova, 2002).

En la coordinadora, se añadieron algunos colectivos de forma esporádica durante los años 1991 y 1992. Pero lo más destacable de esta primera etapa fue la creación de Lucha Autónoma-Estudiantes, al calor de las movilizaciones antitasas de 1993. Por otra parte, esta primera Lucha Autónoma impulsó algunos de los primeros núcleos de lo que después conoceríamos como movimiento antiglobalización, como por ejemplo las marchas contra el paro o la campaña 50 Años Bastan, contra el FMI y el BM. Lo hizo contando con pocos aliados y con un fuerte sectarismo contra otras organizaciones de izquierdas.

El año 1994 fue un periodo de inflexión dentro de la coordinadora de colectivos. Por un lado —como comentaré en el apartado siguiente—, la contrainformación se reforzó en verano con la fusión de la agencia de noticias UPA y el boletín *Molotov* (Casanovas, 2002); por otra parte, el Centro Social Seco, dinamizado por un colectivo perteneciente a Lucha Autónoma, se organizaron unas jornadas estatales del área de la autonomía, que mostraron las grandes dificultades de estructurar este sector político. Pero, precisamente ese mismo año —unos meses antes y después del desalojo de Minuesa—, se visualizaron claramente las diferencias entre los dos sectores de la autonomía madrileña: el que se organizaba alrededor de Lucha Autónoma y, por tanto, partidario de formas estables de organización y lo que podríamos llamar autonomía difusa, partidario de un trabajo organizativo en red y no formalizado en estructuras permanentes.

Según Casanovas (2002), otra diferencia importante entre estos dos sectores es hacia quienes dirigen su trabajo a los centros sociales. Siempre según este autor, los partidarios de la autonomía organizada priorizaban el trabajo local de los centros sociales hacia los jóvenes “no militantes” de

los barrios; mientras que los partidarios de la autonomía difusa dirigían las actividades de los centros sociales hacia los jóvenes militantes y simpatizantes de la autonomía de todo Madrid. Esta diferencia puede ser relevante en relación a la conformación del capital social crítico del movimiento okupa y a las tácticas para lograr coaliciones promotoras capaces de incidir en las políticas públicas. Los casos de Seco y La Escalera Karakola que analizaré en el apartado cuatro podrán ilustrar las evoluciones de ambos sectores y las diferentes formas de afrontar procesos de negociación.

Tras el desalojo de Minuesa, en 1994, y hasta la okupación del CSO El Laboratorio, en 1998, el sector del movimiento que apostaba por las estructuras difusas se quedó sin un referente fuerte. De este modo, Lucha Autónoma quedaba como referente organizativo del movimiento por la okupación madrileña, al menos en cuanto a la construcción y defensa de los centros sociales (Wilhelmi, 1998).

Aquellos años, Lucha Autónoma organizaba las manifestaciones más emblemáticas del área de la autonomía madrileña: las antifascistas de cada 20 de noviembre y las antiprisiones del 31 de diciembre. Entre 1995 y 1997, paralelamente, se produjo un crecimiento de la coordinadora y un incremento de la represión y la criminalización sobre esta por parte del Estado y de los medios de comunicación.

A partir del 97, cuando llega el PP, se notó. No sé si por eso porque realmente fue una estrategia que venía de la brigada de información. Quizá porque ya esa parte de la brigada de información está más madura, ya nos conoce mejor. Es cuando en la prensa empiezan a aparecer organigramas de Lucha Autónoma con 200 grupos que dependen de Lucha Autónoma, decían que éramos 2,500 militantes, que teníamos Madrid tomado y que era el momento de darnos el gran palo porque nos estábamos haciendo con las calles, que éramos unos grupos radicalísimos, con contactos con Jarrai... Lamentable, vamos (entrevista a Panzer, 2002).

Un informe de la brigada de información de la Policía Nacional española filtrado al diario *El País* (27 de marzo de 1998) afirmaba que Lucha Autónoma utilizaba técnicas de guerrilla urbana, que tenía Jarrai como ejemplo y que alguno de sus miembros pertenecía a los GRAPO. El Informe también sostenía que Lucha Autónoma “se infiltra en los institutos, donde llevan a cabo una marcada labor de proselitismo” (*El País*, 27/03/1998). El mismo artículo del diario mencionado contenía el organigrama al que hacía referencia el okupa entrevistado, al más puro estilo de las noticias sobre entramados terroristas.

A pesar del alarmismo de la prensa, lo cierto es que la coordinadora de colectivos Lucha Autónoma cada vez organizaba menos colectivos en relación al crecimiento de centros sociales okupados y grupos del área de la autonomía en el Madrid de finales de los años noventa. De hecho, el verano de 1998, en una carta enviada a más de treinta colectivos y centros sociales okupados, los siete colectivos que en aquellos momentos integraban Lucha Autónoma lanzaron una propuesta para superar este marco organizativo (Wilheimi, 1998). De alguna manera, Lucha Autónoma se autodisolvió, planteaba al resto del movimiento la necesidad de agruparse en una organización horizontal más amplia. Seis meses más tarde, en febrero de 1999, más de veinte grupos se reunieron en el Centro Social Seco para abordar estas cuestiones:

Lucha Autónoma era como un referente único para la autonomía dentro de Madrid, pero la autonomía madrileña a finales de los años noventa había crecido, se había diversificado y era mucho más compleja. Y vemos que Lucha Autónoma pierde el papel que cumplía. Entonces, vemos la necesidad de disolver Lucha Autónoma y abrir un proceso constituyente, que son estas jornadas que se hacen en Seco y donde, en la primera sesión, yo recuerdo que casi se rondaron las ciento y pico personas con la idea de ver cómo poner en común las discusiones de cómo organizar la autonomía madrileña (entrevista a Panzer, 2002).

El proceso de debate se prolongó durante tres asambleas y enseguida cristalizar dos posturas claramente diferenciadas: por un lado, los que querían crear una estructura de coordinación permanente y, por otro, los que querían impulsar una red basada en iniciativas políticas concretas. Entre estos últimos, destacan dos centros sociales muy importantes: El Laboratorio y La Escalera Karakola.

La imposibilidad de llegar a un acuerdo terminó con la separación definitiva del movimiento entre los sectores de la autonomía organizada y la autonomía difusa. Los primeros, en julio de 1999, refundaron la coordinadora Lucha Autónoma, dentro de la cual lograron aglutinar trece grupos. Los otros dejaron de reunirse por falta de quórum dos asambleas más tarde. La nueva Lucha Autónoma estaba formada por más grupos, pero menos fuertes. El trabajo común fue más laborioso de consensuar y lo que se potenció más fueron los debates y el trabajo local en los barrios (Casanova, 2002).

Esta nueva Lucha Autónoma fue perdiendo protagonismo frente al otro sector del movimiento, mucho mejor situado en el marco de la emergencia del nuevo movimiento global. Por otra parte y de forma muy rápida, la coordinadora perderá fuerza con la desaparición de algunos de sus colectivos y continuará con problemas internos que, finalmente, provocarán su disolución definitiva en marzo de 2001 (Morán, 2002).

6.2.2 Redes okupas y nuevas identidades: las okupaciones como espacio de agregación de la protesta social

En la estructuración del capital social crítico del movimiento okupa madrileño, la experiencia de Lucha Autónoma había convivido siempre con otras identidades y formas de entender el movimiento. Estas otras tendencias se empezaron a consolidar con la okupación (en 1998) del CSO El Laboratorio y, en ese momento, se las llamó “autonomía difusa”.

En este proceso hay gente que viene de diferentes centros sociales autónomos y hay alguna gente que viene de Lucha Autónoma. Gente que ha dejado Lucha Autónoma y gente que está en Lucha Autónoma en ese momento. Pero digamos que a

los pocos meses hay una especie de ruptura entre lo que entonces se llamaba la “autonomía difusa”, que era la gente que vivía en las casas okupadas, participaba en diferentes centros sociales o grupos de afinidad, y lo que era la “autonomía organizada” representada por Lucha Autónoma, que tenían una idea como muy concreta de centro social, y en cierto sentido como muy estricta ideológicamente [...] Poco a poco El Laboratorio va generándose una propia identidad política en base a una autonomía muy difusa y a un cuestionamiento bastante fuerte de todos los grandes dogmas de la okupación, de la autonomía, de todo (entrevista a Jacobo, 2002).

Este nuevo estilo de hacer okupación en Madrid se caracteriza por un grado de apertura mayor hacia otros movimientos sociales o corrientes políticas y una disposición abierta a la negociación (cuestión que trataré en el capítulo siguiente). Al mismo tiempo, su estética y su repertorio participativo son más parecidos al de los NMG. No solo El Laboratorio, sino otros centros sociales como Seco o La Escalera Karakola, se pueden incluir en este modelo de la autonomía difusa.

El tono o el estilo que tiene el movimiento antiglobalización es un estilo bueno, horizontal, descentralizado, en red, federal. Pero yo creo que ese nuevo tono de movimiento autónomo fue esencial para que el barrio dejase de tener ese enganche que tenía con el movimiento más tradicional, de tribu urbana y tal. Se quedó estancado y no dio el paso político, el paso que dieron El Labo o Seco [...] O sea, cosas como lo que pasa en El Laboratorio o la Red de Lavapiés, cosas como lo que está pasando en la Federación de Asociaciones de Vecinos: nuevas alianzas informales que se están dando, la relación que tenemos con coordinadoras de barrios o con la vieja tradición de lucha contra la marginación, el tema de las cárceles... Incluso alianzas tanto con CGT, [...] como con CNT, o las alianzas históricas que hay con el sindicato Solidaridad Obrera (que son segunda

fuerza sindical dentro del metro, por ejemplo). También el saber leer de una manera oportuna las distintas radicalizaciones que hay dentro de Comisiones Obreras, saber comprender espacios —con todas las diferencias y distancias que hay— alianzas que pueda haber con Espacio Alternativo, con gente de grupos de universidad. Y todo ese entramado dentro de Madrid yo creo que si se va combinando puede rememorar los viejos movimientos (obrero, estudiantil, barrial) pero con el tono cruzando todas esas temáticas de forma seria: ecologismo, feminismo, autonomía, desobediencia, el tema del software libre... como una mezcla de temáticas con los viejos movimientos y a la vez constituyendo parte de ellos (entrevista a Panzer, 2002).

La apuesta por participar en el nuevo ciclo de luchas —no como elemento separado o marginal, sino en confluencia con toda la pluralidad de las redes globales— conlleva cambios en la misma identidad del okupa, tanto desde el punto de vista estético como incluso vital o filosófico.

En algunas iniciativas —como pueden ser al menos las que yo conozco como El Laboratorio— sí que hay una cierta... suavización, de alguna manera, de elementos quizá más estéticos o más visibles de lo que es la identidad okupa. Y sobre todo una renuncia más o menos consciente a ser únicamente encasillados como okupas-okupas. Sí, somos okupas pero además somos unos okupas que somos vecinos de este barrio, que vivimos en este barrio, que habitamos en dificultad, nos relacionamos con otras personas, con otras iniciativas, con otros procesos vivos que se dan en este barrio, y que trabajamos sobre esta realidad y sobre este territorio (entrevista a Nano, 2002).

Ahora bien, como en todo proceso, estas nuevas identidades okupas ya se empezaron a manifestar a lo largo de los años noventa; en ruptura, tal vez, con la estética de los años ochenta y, después, se consolidaron a través de experiencias como El Laboratorio o La Eskalera Karakola.

Total, que se rompía con toda una estética de lo que había sido finales de los ochenta, que era una estética y una forma de hacer política que venía del imaginario autónomo alemán. De todo lo que habían sido las okupas en Holanda y, sobre todo en Alemania, y todo lo que había sido la lucha armada en Alemania. Otro referente importante de ese periodo era Euskadi y el MLNV. Y entonces, yo creo que, lo que ocurrió en Lavapiés después del desalojo de Minuesa fue que, de repente, otra corriente que había estado en contacto con las okupaciones, pero que tenía una formación mucho más diversa, con incidencia de las luchas estudiantiles del 87 [...] gente que provenía de otros movimientos sociales, o gente que tenía una vena más artística, de alguna manera gente que tenía otros planteamientos, empezó a okupar en aquel momento. Y entonces ya no tenían los mismos lemas, o las mismas consignas que había tenido el movimiento de okupación. El movimiento de okupación había dicho “okupa y resiste”, una lógica así... muy sacrificial, y allí entró una lógica más de deseo, de placer, como un discurso más deleuziano [de Deleuze], gente que venía de filosofía, de estar en el movimiento estudiantil, de tener una composición mucho más feminista. Porque la gente que empezó a okupar en Lavapiés después de Minuesa era gente que escribía en las paredes: “Amor mío, no hay palabras”, gente que escribía unos *eslogans* totalmente poéticos [...] Y muchas eran cosas que se han desarrollado después en La Karakola o en El Laboratorio y que era una estética totalmente distinta, no basada tanto en la lucha, en el sacrificio y en lo heroico y tal, sino una lógica mucho más de juego y de reordenación del imaginario de la vida cotidiana. Autogestión, si, pero también intervención a nivel de imaginario de la vida cotidiana. Y eso funcionó en Lavapiés a mediados de los años noventa y desplazó un poco, aunque siempre ha estado en tensión, los discursos tradicionales de la okupación (entrevista a Cristina, 2005).

Dado que la experiencia de El Laboratorio ha tenido una gran centralidad en el movimiento okupa madrileño y un gran interés por la conformación del capital social crítico, vale la pena dedicarle unas páginas. La falta de estructuras estables teorizada por este sector del movimiento convivía, sin embargo, con la percepción de que había un espacio aglutinador. Tras los desalojos de Minuesa o La Guindalera, no existían espacios de estas características, es decir, de grandes dimensiones y situados en el centro de Madrid. Por eso un numeroso grupo de personas provenientes del mundo de la okupación, pero también de los nuevos movimientos emergentes contra la globalización capitalista, decidieron okupar El Laboratorio en 1998.

[...] la necesidad de mantener siempre un referente en el centro de Madrid, un centro social fuerte, con una vocación metropolitana que sirviera un poco de agregación de todas las iniciativas que estaban surgiendo alrededor de la okupación, pero no solo estas, sino también de las políticas más relacionadas con las reivindicaciones metropolitanas [...] Y así es como surge el primer Laboratorio. Surge de una okupación pública masiva (también era una nueva forma de responder al Código Penal, que había transformado la okupación en delito). Se hace de forma pública, durante el día, con ciento y pico personas que entran a la vez, con más de 300 personas que se autoinculpan de haber okupado este centro social. De unas primeras asambleas en las que hay un dinamismo brutal, que viene muchísima gente de todos los barrios, de todas las sensibilidades políticas, de todas las culturas, empieza a formarse un poco lo que fue el proyecto de El Laboratorio. Adquiere ese nombre como un espacio de experimentación. Bueno, era un nombre que aludía al uso del edificio que se okupó en ese momento (Embajadores 78 habían sido unos antiguos laboratorios), pero también un poco al cariz político de este nuevo centro social: una iniciativa nueva que trataba de experimentar e investigar sobre el movimiento mismo —ya que veíamos cosas un poco anquilosadas—, pero

también un poco de hacer apuestas para salir de la dinámica de okupación-desalojo-okupación. Esas eran un poco, a grandes rasgos, las líneas básicas: transformar para adentro y también romper la dinámica infernal que en Madrid había de okupación-desalojo (entrevista a Jacobo, 2002).

El Laboratorio 1 era un espacio muy grande, abierto y situado en un barrio popular. Estos elementos lo convirtieron en un polo de atracción de realidades de exclusión social a las que el movimiento de okupación no estaba acostumbrado; desde madres solteras con problemas económicos muy graves hasta gente enganchada a la heroína. Por otra parte, por primera vez, muchas personas inmigradas —con y sin papeles— se acercaron al movimiento. Estos factores empezaban a incidir en la identidad y las formas de la okupación, ya que introdujeron problemáticas sociales muy fuertes en el centro social y, al mismo tiempo, conceptos de sociabilidad muy diferentes de los que tenía la gente proveniente del movimiento de las okupaciones hasta entonces. Por otra parte, el Laboratorio 1 vivió todo el proceso de ruptura con Lucha Autónoma, que en aquellos momentos estaba formada casi en su totalidad por el componente universitario, alejado de las problemáticas de las personas que se acercaban al centro social.

Entre las actividades que se desarrollaron en este primer Laboratorio, sin duda, destaca el hecho de que este centro social albergara los II Encuentros Intergalácticos Contra el Neoliberalismo y por la Humanidad, que desbordaron la capacidad del espacio, a raíz de la asistencia de cerca de 5,000 personas en un solo día.

El 22 de diciembre de 1999, El Laboratorio 1 fue desalojado, pero solo dos semanas más tarde, un grupo de 27 personas okupó El Laboratorio 2, en el mismo barrio de Lavapiés. Se trata de un espacio bastante diferente, ya que es un edificio abandonado a media construcción. Se okuparon los bajos como centro social, que, si bien son muy grandes, dan sensación de espacio cerrado. Sin embargo, este hecho no impidió que se generaran procesos de confluencia interesantes en su seno. Unos procesos que fueron decisivos para el éxito posterior de El Laboratorio 3, sin duda, la más exitosa de esta serie de okupaciones.

Entonces, se genera como una especie de socialización nueva que, curiosamente, con un espacio más cerrado que en el Labo 1, produce procesos más abiertos de construcción de alianzas, tanto en el barrio como fuera de él. Y yo creo que así es como hay que entender El Laboratorio 3 (entrevista a Jacobo, 2002).

El Laboratorio 2 fue desalojado el verano de 2001, ya en plena efervescencia de los movimientos contra la globalización capitalista. Justo después de que se produjera este desalojo, comenzó la formulación de El Laboratorio 3, con nuevas incorporaciones de militantes procedentes de las luchas del barrio y del movimiento de resistencia global.

En El Laboratorio 3 el grupo inicial de El Laboratorio 1 y 2 desaparece totalmente, está totalmente dinamitado, solo quedamos cinco personas y que creen que sigue siendo interesante la identidad difusa que planteaba el Laboratorio. Nos parecía inteligente seguir manteniendo un nombre que representaba una iniciativa política y que además generaba un reconocimiento público, mediático, incómodo para la administración, etcétera [...] Entonces se hace un proceso de reuniones para discutir antes de okupar. Se hace una encuesta y se forma un nuevo grupo, compuesto por esta pequeña gente que veníamos de los dos laboratorios, por gente del MRG, y por gente que había participado en centros sociales antes de la okupación del CS Laboratorio 1, alguna gente que había estado en Minuesa, gente que vivía en el barrio de Lavapiés, y gente de la Red de Lavapiés. Entonces, se retoma un poco la idea inicial de El Laboratorio 1, pero sin la ingenuidad que tuvimos entonces (entrevista a Jacobo, 2002).

La señal de identidad más fuerte de este nuevo centro social okupado eran las luchas sociales que se estaban desarrollando en el barrio de Lavapiés, en el que se mezclaba el vecindario tradicional, inmigrantes y jóvenes más identificables con el perfil del okupa. Un ejemplo de lo que

también podríamos incluir en la definición de nuevo movimiento vecinal que he expuesto en los capítulos teóricos es la Red de Lavapiés. Se trata de un grupo de vecinos y vecinas que se organizan para dar respuesta colectiva a las diversas problemáticas que vive el barrio: precios abusivos del alquiler, especulación urbanística, acoso inmobiliario, infravivienda, desahucios, etcétera. Mientras existía esta okupación, la Red se reunía con el Laboratorio 3 y le apoyó en todo momento.

El segundo componente político de El Laboratorio 3 era la gente del Movimiento de Resistencia Global (MRG), que en ese momento aglutinaba las experiencias más punteras de las movilizaciones contra la globalización neoliberal. Y en tercer lugar, pero no menos importante, un componente de lucha creativa y cultural, donde se podían incluir hasta once grupos de teatro, de danza, *capoeira*, y de diversas manifestaciones de arte. Hay que tener en cuenta que, durante todo el proceso de okupación de El Laboratorio 3, este espacio recibió también el apoyo de numerosos cantantes, actores e intelectuales, que completaban la panorámica de un denso capital social crítico.

El Laboratorio 3 era un espacio industrial, una antigua imprenta de grandes dimensiones, muy apropiada para realizar actividades socioculturales y políticas de todo tipo. De hecho, la defensa de los espacios liberados que hacía el movimiento okupa pasaba un poco por la defensa de este tipo de edificaciones. La nave presentaba una sala muy grande, donde antiguamente estaban los trabajadores; también había un espacio de oficinas donde se alojaba la antigua directiva de la editorial y, después, había un espacio de salas diáfanos. La combinación de estos tres modelos de espacio favoreció el proyecto y los cientos de actividades que se organizaron.

Las características del edificio también merecen un pequeño comentario. Según el colectivo que lo okupa, este edificio era muy útil, precisamente, por un barrio donde había muy poca oferta cultural y, la poca que había, no respondía a las necesidades ni a la composición actual del barrio. Lo cierto es que El Laboratorio 3, un inmueble que llevaba veinte años en desuso y dos totalmente abandonado, se convirtió en un centro neurálgico para la juventud alternativa de toda la ciudad de Madrid entre los años 2001

y 2003. *Reiki*, circo, cine, cafetería, conciertos, teatro, danza o un centro de medios libres durante la campaña contra la guerra en Irak fueron solo algunas de estas actividades (Proyecto colectivo, Kinowo Media, 2006).

Esta apertura también se daba en la propia identidad. Los okupas de El Laboratorio rehuían la identidad construida del okupa a nivel mediático, por un lado, y autorreferencial por parte de sectores del mismo movimiento. De hecho, en muchas ocasiones defendían la necesidad de construir un espacio “lo menos okupa posible” (Proyecto colectivo, Kinowo Media, 2006). Precisamente, esta nueva identidad del okupa es la que consigue un acercamiento con el movimiento vecinal, que según decía Jacobo en la entrevista, “era impensable en 1997” (entrevista a Jacobo, 2002).

Todas estas características hacían que la red de apoyo que se movía alrededor de El Laboratorio tuviera un aspecto muy comunitario. A finales de 2002, uno de los okupas lo explicaba de la siguiente manera y en comparación con Barcelona:

No queremos renunciar a la posibilidad de vivir en comunidad, desde un plano ya más privado de okupación de vivienda, de construir en eso una cotidianidad diferente. Sobre todo aquí, en Lavapiés y alrededor de El Laboratorio (pero no solo) llevamos tantos años peleándonos que tenemos un concepto de familia muy fuerte. Al ser una minoría, y no ser un movimiento tan amplio como en Barcelona, hay una especie de afectos muy fuertes. No sabría hablar de un movimiento de okupaciones en Madrid, pero sí del movimiento de okupaciones en Lavapiés; le veo mucha potencia. Ahora mismo, se está hablando de hacer proyectos de cooperativas de vivienda que sean cooperativas de lucha, de resistencia y reclamar alianzas con vecinos que están siendo expulsados de sus casas. O sea, que se pueden generar cosas que, en el futuro, pueden tener mucho interés (entrevista a Jacobo, 2002).

Por otra parte, los dieciocho meses de okupación de El Laboratorio 3 coincidieron con un período álgido del ciclo de protesta contra la

globalización capitalista y este centro social fue uno de los epicentros. El Laboratorio, se reunieron grupos, colectivos y plataformas de las movilizaciones contra el Prestige, del movimiento antiglobalización, de las cerradas de inmigrantes, de los piquetes de barrio de la huelga general de 2002 y del movimiento contra la guerra en Irak.

El apoyo social en el CSOA El Laboratorio es tal, que el primer intento de desalojo por parte de la propiedad fue abortado por una sentencia judicial. El 21 de junio de 2002, la juez del juzgado de instrucción número 11 de Madrid revocó la orden de desalojo inmediato de El Laboratorio 3 porque consideró que el cierre de este “centro social autogestionado” era “motivo de alarma social” (Proyecto colectivo Kinowo Media, 2006).

El proceso, sin embargo, salió adelante y, en marzo de 2003, ante la inminencia del desalojo, se produjeron divisiones dentro de la propia asamblea del centro social sobre si era necesario intentar vías de negociación con la oposición del Ayuntamiento de Madrid o no hacerlo, ante las sucesivas negativas del gobierno municipal. En todo caso, la nueva victoria del PP de Gallardón en las municipales de mayo de 2003 acabó con cualquier esperanza y El Laboratorio 3 fue desalojado el día 10 de junio, ante la resistencia no violenta de algunas decenas de okupas. Diez horas más tarde, una manifestación de mil personas en el mismo barrio de Lavapiés okupó El Laboratorio 4, que solo duró dos semanas, ya que el desalojo fue muy rápido.

Después de unos meses de ensayar El Laboratorio en el exilio, que pretendía dar continuidad al colectivo okupa de forma itinerante, esta experiencia dejó de existir, pero marcó —como han marcado pocas experiencias— la historia de okupación madrileña. En el apartado de conclusiones de este capítulo, abordaré nuevamente el caso de El Laboratorio, por la multitud de impactos en las políticas públicas que presentó, incluso después de su desaparición, con hechos tan relevantes como el contenido de la sentencia absolutoria del juzgado penal número cinco de Madrid, el 15 de julio de 2005 (sentencia: 00310/2005).

Parece que la desaparición de El Laboratorio coincide con una bajada de la conflictividad okupa en Madrid y con la falta de estructuras de organización o de espacios de agregación del capital social crítico de la

okupación madrileña (Martínez, 2007). Pero esta situación se empieza a revertir claramente entre los años 2007 y 2009, con la llegada de nuevas okupaciones, cierto relevo generacional y el surgimiento de dos experiencias que me limitaré a describir brevemente.

La primera es el surgimiento de la Asamblea de Centros Sociales de Madrid y Guadalajara durante la campaña Okupa Madrid, en octubre de 2008. Se trata de una red de los centros sociales okupados madrileños que, por encima de las diferencias entre la autonomía organizada y la autonomía difusa o entre las diversas concepciones de la okupación, se reconoce como espacio común desde donde trabajar la okupación de centros sociales y su legítima defensa. Bajo los lemas *Si nos tocan a uno nos tocan a tod@s* y *Diez, cien, mil okupaciones*, la Asamblea muestra su voluntad de extender la okupación y la solidaridad mutua entre la diversidad de colectivos y personas que ejercen esta práctica (Rivero, 2008).

La segunda experiencia que quiero comentar —aunque cronológicamente debería ir antes— es la de una nueva okupación que, de alguna manera y a pesar de no encontrarse en el mismo barrio ni estar integrada por la misma gente, toma el relevo de El Laboratorio como espacio de agregación de luchas desde la okupación. Estoy hablando del espacio polivalente autogestionado El Patio Maravillas, okupado en 2007 en el barrio de Malasaña y todavía activo, a pesar de varios desalojos. Desde su presentación, en octubre de 2007, El Patio Maravillas se ha convertido en un espacio central de los movimientos sociales madrileños. De hecho, se trataba de un colegio abandonado desde hacía más de siete años con un gran patio en medio. La filosofía de El Patio Maravillas es, claramente, la de rehuir el estereotipo del okupa y presentarse como un espacio de participación social y cultural abierto a todos los movimientos sociales, colectivos e individuos que quieran hacer actividades fuera de las lógicas burocráticas de la administración o mercantiles de la iniciativa privada. Su estrategia, ante el inicio de su proceso de desalojo, fue reunir el máximo de apoyos sociales y dialogar con el ayuntamiento de Madrid la posibilidad de expropiación del local. En este proyecto, que me servirá para enlazar con las experiencias de negociación ya terminadas y de las que hablaré en el apartado 6.4; El Patio Maravillas contó con el apoyo de

la Federación Regional de Asociaciones de Vecinos de Madrid (FRAVM) y de Ecologistas en Acción, entre otras organizaciones sociales. A pesar de este apoyo, El Patio fue desalojado de este edificio de la calle Acuerdo a inicios de 2010. La misma noche del desalojo, como punto culminante en la manifestación de rechazo, se okupa otro espacio en el mismo barrio —en la calle Pez— donde continúan las actividades de este centro social (*El País*, 2 de agosto de 2010).

6.3 Prensa y contrainformación: la batalla simbólica en Madrid

Cuando todo se puede decir, el consenso es la censura

(Pinta en Laboratorio 3)

La variable que en el marco teórico he llamado marcos cognitivos y opinión pública se puede estudiar como una batalla entre la percepción del movimiento okupa que generan los medios de comunicación de masas y las respuestas que este da en forma de contrainformación o de medios de comunicación alternativos. Así es como he enfocado el caso de Madrid, donde se dan los dos extremos: una prensa oficial que criminaliza al movimiento de forma decidida y el surgimiento de medios de comunicación potentes con el punto de vista de los movimientos sociales.

La suerte de los movimientos sociales se decide en el proceso de construcción de las definiciones de la realidad, en la que los medios constituyen no solo un campo de batalla, sino un actor crucial (Alcalde, 2004). Así pues, el análisis del tratamiento mediático que ha recibido el movimiento okupa madrileño por parte de los medios de comunicación será una parte esencial de este capítulo. Para ello, me basaré en el análisis hecho a tal efecto por Javier Alcalde (2004) de 326 noticias sobre el movimiento de okupación aparecidas en el diario *El País* entre 1985 y 2002. También cuento con un *dossier* de prensa del propio movimiento titulado “Un

Desalojo... otra okupación”, que consta de 27 noticias aparecidas en cinco diarios diferentes durante un periodo crucial para el movimiento okupa madrileño: octubre-noviembre de 1996.

La primera conclusión del estudio de Alcalde (2004) es que se confirma el salto a la arena mediática del movimiento okupa —tanto a nivel nacional como madrileño— a finales de 1996. Así, el primer semestre del año 1996, la edición de *El País* de Madrid no había hecho referencia a los okupas en ninguna noticia, mientras que durante el segundo semestre lo había hecho en veinte ocasiones. Pero la cobertura informativa aumentó exponencialmente en 1997 (desalojo de La Guindalera el 10 de marzo) y llegó a niveles particularmente elevados en los años 1998 y 1999, en coincidencia con la actividad del CSO el Laboratorio, cuyos habitantes supieron jugar hábilmente con los medios (Alcalde, 2004: 233-234). La bajada del nivel —de 40 noticias al semestre en *El País* estatal y 20 en el madrileño en los años 1999 y 2000, a cinco y cuatro, respectivamente, en 2001— también denota la pérdida de centralidad del movimiento y su entrada en una tercera etapa, donde tendrá más presencia mediática que antes de 1996, pero menos que a finales de los años noventa.

Otro aspecto que deriva del análisis de contenido de las noticias es el que habla de los temas a los que aparece asociado el movimiento okupa madrileño en la prensa. En el estudio de Alcalde (2004), al igual que ocurre en Cataluña —como ya he comentado en el capítulo cinco— las acciones represivas y los procesos judiciales son los temas más destacados, con 47.1% y 33.6% respectivamente. Si sumamos los temas vinculados a la delincuencia y al terrorismo (13.5%), violencia okupa (10.3%) y violencia de la ultraderecha (5.2%), se puede observar que la imagen del okupa madrileño aparece muy negativizada, siempre en relación a las actividades extraordinarias del movimiento y no a su práctica cotidiana, y cercana al área de las políticas públicas de seguridad y orden público (González, 2004). En cambio, las políticas de juventud y vivienda, que son el campo del poder más parecido al tema de las principales demandas del movimiento, solo obtienen un porcentaje de 22.6% en la edición madrileña de *El País*. Como afirma Alcalde (2004) y añadiendo también las noticias donde aparece el tema del urbanismo, con un 12.3%:

Estos resultados sugieren que la presencia mediática del movimiento okupa, al menos en *El País*, incluye solo en parte el conflicto social concreto más relacionado con las demandas centrales del movimiento: la problemática de la vivienda, la especulación inmobiliaria y, en definitiva, las políticas de reestructuración urbana -en la tabla, políticas de juventud, vivienda y, hasta cierto punto, urbanismo (Alcalde, 2004: 236).

Pero hay otras conclusiones de Alcalde (2004) sobre las temáticas con las que aparece relacionado el movimiento okupa madrileño que resultan interesantes. Por un lado, el hecho de que —a menudo— el movimiento okupa aparezca asociado a la delincuencia o al terrorismo sugiere una dimensión de criminalización. Por otra parte, la aparición de noticias con la palabra okupa descontextualizada (12.9% a la edición estatal y 3.2% en la de Madrid), aunque en la mayoría de casos es utilizada de forma peyorativa, denota que el término ha entrado en la agenda mediática y en el vocabulario común.

Otras conclusiones de Alcalde —sobre las fuentes, la sección del diario donde aparecen las noticias, la aparición de discursos institucionales o movimentistas— son muy parecidas a las que presento en el capítulo cinco para el caso de Cataluña y no vale la pena repetirlas, aunque demuestran el acierto de ambos estudios sobre la configuración mediática de la imagen pública del movimiento okupa.

Ahora bien, hay otras conclusiones que merece la pena volver a destacar. Por ejemplo, aunque las organizaciones sociales identificadas con el movimiento okupa solo aparecen mencionadas en 9% de los casos, en casi todas las noticias aparecen otras organizaciones. Esto permitió a Alcalde analizar los aliados potenciales del movimiento okupa en la construcción de su identidad. Los colectivos vecinales son los que aparecen relacionados con el movimiento okupa madrileño más veces, aunque esta relación no siempre es el reflejo de una alianza sólida y sin fisuras (Alcalde, 2004). Por otra parte y como he explicado para el caso de Cataluña, la mayoría de veces que aparece citada otra organización relacionada con el movimiento okupa se trata de otro movimiento social. Para el caso

madrileño, los movimientos que más aparecen (entre 1985 y 2002) son los objetores e insumisos, el movimiento ecologista y las asociaciones de apoyo a las personas inmigradas. Finalmente, Alcalde también destaca como potenciales aliados a los partidos de izquierda, siempre que sean oposición y —sobre todo— a nivel local. En este sentido, el que aparece más es IU y, en menor medida, el PSOE. En cuanto a los sindicatos, el resultado de la búsqueda es lógico: la CGT y la CNT tienen una presencia relevante. También resulta apreciable la presencia de sectores progresistas de la abogacía y la judicatura. Finalmente, bajo un epígrafe que Alcalde llama otras organizaciones, aparecen posibles aliados que parecen tener más relación con la estrategia de la criminalización que con la pretendida objetividad periodística. Las organizaciones vinculadas a la izquierda abertzale, y los grupos armados GRAPO y Terra Lliure aparecen en 21.5% de las noticias analizadas por Alcalde, mucho más que todas las otras organizaciones. Si añadimos la aparición bastante importante de organizaciones de extrema derecha vinculadas a agresiones a okupas (10%) y la frecuente presencia de tribus urbanas como los punks, todo este revuelo contribuye a incrementar la confusión sobre quién conforma el movimiento okupa de cara a la opinión pública (Alcalde, 2004).

Sin embargo, Alcalde detecta una serie de factores que él califica como positivos para la imagen pública del okupa madrileño. Especialmente después de la pérdida del poder por parte del PSOE, parece que el diario deja emerger algunos discursos positivos en torno a la representatividad del movimiento y la legitimidad de sus demandas. En el primer aspecto, Alcalde (2004) llega a la misma conclusión que nosotros vimos en el caso de Cataluña (Barranco, González y Martí, 2003) y es que, según los discursos que emergen en la prensa, una característica casi inherente al movimiento okupa es el hecho de estar formado por jóvenes. Sobre todo cuando los emisores son los propios periodistas y redactores de *El País*, se utiliza en numerosas ocasiones la expresión “joven okupa” o, incluso, la de “joven” como sinónimo de okupa (Alcalde, 2004). También lo podemos encontrar en otros periódicos, tal como podemos ver en algunas noticias del dossier de prensa “Un Desalojo... otra okupación” de octubre-noviembre de 1996:

Lavapiés. El desalojo de los okupas fue aplazado hasta el martes. Un centenar de personas se concentró en apoyo de los jóvenes encerrados (*El Mundo*, 3 de octubre de 1996).

El Centro Social David Castilla, nombre con el que bautizaron los jóvenes okupas al inmueble de Villaamil 46, no era utilizado como vivienda. Allí se desarrollaban múltiples actividades, cursos e iniciativas (*El Mundo*, 6 de enero de 1996).

Este hecho, sin embargo, a pesar de que es muy relevante para mi hipótesis principal de la investigación (el movimiento okupa tiene impacto en las políticas de juventud), no considero que sea esencialmente positivo ya que, como he explicado en el capítulo tercero, la imagen del joven se asocia a menudo a la irresponsabilidad, las conductas disruptivas y la falta de compromiso. La segunda parte, es decir, el rol destacado de *El País* a la hora de comentar las actividades del movimiento por la okupación, legitimar su representatividad y difundir sus demandas, se circunscribe a la intención de este diario de hacer oposición al gobierno del PP, que durante el período analizado con más cantidad de noticias (1996-2002) gobierna todas las instituciones con sede en Madrid. De hecho, el mismo Alcalde (2004), a pesar de haber analizado solo el diario *El País*, concluye que la presencia mediática del movimiento okupa incluye solo en parte el conflicto social concreto más relacionado con sus demandas centrales: la problemática de la vivienda y la especulación inmobiliaria, en definitiva, las políticas de reestructuración urbana. Contrariamente, se encuentra estrechamente ligado a la dimensión de la violencia y la criminalización. Este hecho aún se haría más patente si el estudio incluyera otros diarios, muy leídos en Madrid, como el *ABC*, que en la edición de Madrid del nueve de noviembre de 1996 y en portada abría con el siguiente texto:

Aznar, fascista, estás en nuestra lista, Queremos pan, queremos vino, queremos a los jueces colgados de un pino. Estas y otras consignas parecidas corearon los okupas madrileños en su manifestación desde la Puerta del Sol a Lavapiés. Con rostros embozados (cosa que solo acostumbran los grupos nazis o los

marxistas de Herri Batasuna), y con toda clase de amenazas a quienes no comulgan con el asalto con patada en la puerta, recorrieron, por esta vez en paz, aunque fuertemente vigilados por la Policía, el trayecto de su manifestación. Dicen ser pacifistas, pero en Barcelona provocaron un grave altercado en el que hubo que lamentar quince heridos. En Copenhague aún tiemblan los ciudadanos por la noche de terror y violencia organizada por los *squatters* [...] Mientras tanto, aquí, Izquierda Unida pretende reclutarles para sus filas, junto a los porreros, viciosos y trotskistas, además de otros grupos marginales (ABC, 09 de noviembre de 1996 , dossier “Un desalojo...otra okupación”).

Otro aspecto de la variable de los marcos cognitivos y la opinión pública, es la contrainformación. Ocuparía muchas páginas la explicación de los cientos de experiencias de contrainformación que ha generado el movimiento okupa madrileño en forma de fanzines, hojas volantes o carteles, pero me quiero fijar en los dos elementos más innovadores. Por un lado, el salto de una contrainformación minoritaria, hacia una publicación quincenal con cierta audiencia y calidad (*Diagonal*) y, por otro, el uso de Internet como herramienta de contrainformación y comunicación.

Para explicar los orígenes del periódico *Diagonal* volveré durante unos breves párrafos a la historia del movimiento por la okupación madrileño de los años ochenta y noventa, ya que es principalmente de este movimiento de donde surgirá la idea de hacer el periódico. En concreto, en 1986, en la Facultad de Sociología y Ciencias Políticas de la Complutense de Madrid nació el fanzine o boletín de contrainformación *Molotov*. Tras una breve desaparición, en 1988 se volvió a editar, esta vez ya muy vinculado a la Asamblea de Okupas de Madrid. La desaparición de esta asamblea, el mismo 1988, no provocó la desaparición del boletín, ya que su grupo editor se constituyó como colectivo autónomo (Casanova, 2002).

En paralelo, ese mismo año, surgió en Madrid la Agencia de Noticias UPA, con la voluntad de llevar a cabo “una labor de información y de difusión de todas las noticias y actividades que los medios de desinformación

oficiales silencian o distorsionan” (Agencia de Noticias UPA, en Wilhelmi, 1998: 31).

El verano de 1994, después de varias tentativas frustradas, los dos principales proyectos contrainformativos vinculados a la autonomía madrileña y al movimiento por la okupación se fusionaron. De esta manera, se consolidaron tres iniciativas: la publicación de un boletín (*Molotov*), una agencia de noticias del movimiento (UPA) y un colectivo autónomo (UPA-Molotov), que participaba en los debates políticos de la autonomía madrileña (en la coordinadora Lucha Autónoma). En 1998, se dejó de publicar el boletín *Molotov* en el formato fanzine y, dos años más tarde, apareció como periódico mensual en papel. El salto no fue solo de forma, sino también de fondo, producto de los debates y la evolución del propio colectivo editor.

Hemos considerado que existe realmente una demanda, sobre todo al interno de los movimientos sociales antagonistas, tanto en Madrid como en el resto del Estado de un instrumento comunicativo eficaz, serio, de calidad y que perdure en el tiempo. Un instrumento lo suficientemente abierto para que mucha gente se sienta reflejada en él y lo sienta como algo suyo. Un medio que consiga además trascender poco a poco el ámbito de la llamada militancia. Todo esto no es más que el reflejo de un proceso de maduración política que pensamos se está dando en esa área de lo antagonista. En *Molotov* vivimos el proceso paradójico de pasar de ser una publicación con una estética bastante agresiva, cargada de signos autoreferenciales y en cierta medida excluyentes, con un lenguaje directo, informal e incluso demagógico a ser un boletín escrito en el llamado lenguaje informativo (serio, objetivo, neutro) el lenguaje propio de los medios de masas y del periodismo yanqui. Este cambio se ha producido progresivamente y siempre de manera más o menos consciente, como consecuencia de la búsqueda de llegar a lectores y lectoras situados más allá de nuestro gueto político

(Colectivo UPA-Molotov, 1999 en <http://www.nodo50.org/upa-molotov/textos/presentacion0.htm>).

En diciembre de 2003, este nuevo *Molotov* editó su último número y se abrió un proceso colectivo con el objetivo de poner en marcha un medio de comunicación mucho más potente y abierto. Las reflexiones que llevaron a *Molotov* a esta decisión son muy importantes para ver cómo evoluciona la variable contrainformación en la red de apoyo a la okupación. Así pues, a pesar de la mejora notable en calidad, fiabilidad y alcance de las noticias del nuevo *Molotov*, este había tocado techo y solo llegaba al núcleo más militante. Para ir más allá, había que implicar más gente, dar cabida a todos los movimientos sociales transformadores y cambiar un poco la estrategia discursiva, entre otras cosas. El mismo colectivo editor del *Molotov*, en su último número lo explicaba con este ejemplo claro:

Ahora bien, pensamos que de cara a hacer comprensibles ciertas cuestiones a un público no familiarizado habrá que abandonar ciertos presupuestos y lugares comunes de los ambientes militantes. Por ejemplo, si queremos realmente hacer efectiva nuestra denuncia contra las cárceles, no podemos partir de la idea de que nuestros posibles lectores son conscientes de la permanente y sistemática violación de derechos y libertades que el sistema penal supone, ni de su desigual aplicación según la clase social, etcétera. Tendremos, por tanto, que contextualizar la información sobre cárceles aludiendo a cuestiones como la pobreza y la marginación, así como tratar de evidenciar el hecho de que el estado se salta sus propias leyes, etcétera (*Molotov*, núm. 41, diciembre de 2003:1-2).

Con este tipo de planteamientos, el colectivo del antiguo *Molotov* enseguida logró sumar profesionales y activistas de la comunicación y formar un buen equipo promotor. Después de dos números piloto, en marzo de 2005, nació *Diagonal*, un periódico quincenal de información de actualidad, debate, investigación y análisis. Este nuevo periódico

se considera arraigado en la realidad de los movimientos sociales que luchan por transformar el orden actual de las cosas y se presenta como una alternativa comunicativa seria y de calidad. Su viabilidad económica se basa en las suscripciones y, por tanto, no tiene ningún gran grupo económico o político detrás. A pesar de ser de tirada estatal y contar con redacciones en varias partes del país no se puede entender su existencia sin los movimientos sociales madrileños y, entre ellos, hay que destacar un papel importante del movimiento por la okupación.

En cuanto al uso de las nuevas tecnologías como medio de contrainformación en el movimiento por la okupación madrileño, hay que decir, en primer lugar, que Internet irrumpe en el movimiento por la okupación en la misma medida y en el mismo momento en el que se instala en el resto de la sociedad como fenómeno de consumo de masas, hacia el año 1998 (Sádaba y Roig, 2004). Ahora bien, algunas de las principales herramientas de la contrainformación de los NMS han sido participadas y/o creadas por personas muy cercanas al movimiento por la okupación. Por ejemplo, los servidores de Internet *sindominio.net* y, en menor medida, *nodo50.org* que, a pesar de ser proyectos más amplios y dirigidos a todos los movimientos sociales alternativos, cuentan con personas del movimiento por la okupación madrileño entre sus colaboradores y alojan páginas *web* de varios e importantes centros sociales okupados.

Este no es el espacio para llevar a cabo un análisis detallado de las páginas *web* del movimiento por la okupación madrileño ni de otros fenómenos —como el *hackactivismo*— que se han producido en la intersección entre okupas, nuevas tecnologías y contrainformación, pero sí puedo apuntar algunos datos y algunas hipótesis. Desde el surgimiento de la primera página *web* del movimiento okupa madrileño (la de Lavapiés 15, el 1996-1997) hasta la actualidad, el uso de la contrainformación en Internet por parte del movimiento se ha diversificado. Así, si las primeras *web* eran espacios de propaganda, entendida como forma de expresar demandas, ideas y propuestas donde se clarificaran y se expusieran las razones de los centros sociales okupados, con el tiempo y gracias a las *weblogs* (como *Indymedia*, *Rebelión* o *Kaosenlared*), los foros virtuales y las listas de distribución, hay que añadir otras funciones contrainformativas

que, sin duda, están modificando los repertorios de acción y, en menor medida, la toma de decisiones y la deliberación del propio movimiento.

Así, el movimiento okupa madrileño, como el del resto del país, tiene espacios dedicados a la discusión y el intercambio, en una especie de asamblearismo virtual. El principal sería *Indymedia-Madrid*, pero habría que incluir una serie de *chats* y listas de correo. Por otro lado y como es obvio, Internet ha sido utilizado, sobre todo, para convocar las diversas acciones del movimiento y para responder con rapidez los desalojos y las dinámicas represivas (Sábada y Roig, 2004).

Pero al hablar de okupación y nuevas tecnologías en Madrid, es imposible no hacer referencia, una vez más, al Centro Social El Laboratorio. Desde su okupación, en 1997, El Laboratorio contó con un área telemática, de donde surgieron iniciativas como la creación de *sindominio.net*, un proyecto de autogestión telemática vinculada a los centros sociales y a la nueva cultura *hacker* (Sábada y Roig, 2004). En 2003, durante la campaña contra la invasión de Irak, se creó un centro de medios independiente en El Laboratorio. En este centro se puso en marcha una radio por Internet que cubrió la contrainformación de las jornadas de movilización contra la guerra en Madrid. En resumen, en Madrid se han desarrollado procesos relacionados con la contrainformación y las estrategias comunicativas de los movimientos sociales que son muy cercanos al movimiento okupa, aunque trascienden sus fronteras tradicionales y, en los últimos años, se sitúan en el campo de los NMG.

6.4 Procesos de negociación en Madrid

Si bien es cierto que en el análisis de impacto basado en las tres variables (capital social crítico, marcos cognitivos y opinión pública y red de políticas como EOP) el movimiento por la okupación de Madrid presentaría muy pocas posibilidades de impacto en las políticas públicas, también es verdad que los procesos de negociación más interesantes se han iniciado en la capital del Estado español. Y no por la voluntad de los gobiernos locales de este territorio que durante la última década y media han sido dominados por el PP y, *a priori*, se han mostrado más cerrados que los gobiernos locales catalanes o vascos. Tampoco por la existencia de una opinión

pública especialmente favorable al movimiento. La densidad del capital social crítico del movimiento por la okupación ni siquiera es especialmente alta en Madrid; sin duda, es menor que en Cataluña o Euskadi.

Sin embargo, los planteamientos imaginativos surgidos del propio movimiento y la existencia de algunos proyectos sociales de okupación con gran calado en diversas áreas de las políticas públicas ya han generado tres procesos de negociación finalizados, que intentaré resumir brevemente en este apartado. El de la Escuela Popular de Prosperidad, el CSOA de mujeres La Eskalera Karakola en el barrio de Lavapiés y el CSOA Seco en el barrio de Adelfas (distrito del Retiro). Con este análisis, me aproximaré de forma directa a la variable de las redes de políticas públicas como estructura de oportunidades políticas, al tiempo que avanzaré algunos de los impactos más importantes del movimiento okupa madrileño, con los que cerraré este capítulo. Así pues, he decidido enfrentarme a esta variable con el utillaje de la primera parte de la investigación.

La primera de las experiencias se podría ligar al área de las políticas educativas, la segunda a las políticas de género y la tercera a las políticas de juventud, urbanismo y participación vecinal.

El caso de la Escuela Popular de adultos de la Prosperidad se escapa, como he apuntado anteriormente, del estricto campo de la okupación. La historia de este proyecto se remonta a la época de la transición. En 1977, algunos sectores del movimiento libertario relacionados con la pedagogía revolucionaria de Paolo Freire okuparon una escuela de mandos del Ejército situada en la calle Mantuano del popular barrio de la Prosperidad. En 1980, con gobierno local del PSOE, el local fue desalojado y los miembros del colectivo de La Prospe trasladaron sus actividades (labor educativa y social que eran ampliamente reconocidas en el barrio) en una escuela pública situada en la calle general Zabala del mismo barrio.

La escuela pública dejó de funcionar como tal, pero las actividades del colectivo de La Prospe continuaron durante los 25 años siguientes. En 1982, el arzobispado reclamó la propiedad del local por primera vez y planteó su desalojo innegociable, que se evitó gracias a la movilización popular y a la intermediación del entonces alcalde Tierno Galván. Se llegó a un acuerdo mediante el cual el arzobispado mantenía el usufructo del

local a favor del ayuntamiento. Este cedió el local al colectivo de La Prospe de palabra, pero, en 1991, el arzobispado volvió a reclamar su propiedad y, en 1999, los juzgados le dieron la razón. Durante este tiempo, La Prospe había perdido la simpatía del gobierno municipal, en manos del sector más reaccionario del PP. En todo caso, el impresionante apoyo popular de que gozaba la Escuela impidió la ejecución del desalojo. En octubre del año 2000, se dio la solución definitiva al conflicto, gracias a la decisión política de la Comunidad de Madrid, que ofreció al colectivo de La Prospe la cesión formal por 50 años de un local en el mismo barrio.

Además, la cesión en uso que goza La Prospe exime a este colectivo de cualquier rendición de cuentas a las autoridades de la Comunidad de Madrid que, a su vez, han quedado eximidas de cualquier forma de manutención del local (Eskalera Karakola, 2003). Este proceso de negociación, ya finalizado, demostraba la viabilidad legal de la cesión de inmuebles abandonados a sus okupantes, siempre que existiera la voluntad política para hacerlo. Sin embargo, también es cierto que el colectivo de La Prospe, por su historia, composición y tipo de actividad que desarrollaba, no formaba parte de lo que los poderes públicos y la opinión pública consideran movimiento okupa.

Los otros dos casos, sin embargo, sí que provienen del campo de la ocupación propiamente dicha. Se trata de los procesos que se han dado en La Eskalera Karakola (en el barrio de Lavapiés) y el Centro Social Seco, en Adelfas. En el barrio de Lavapiés es donde encontramos la mayor densidad de okupaciones de la ciudad de Madrid durante las décadas de 1980 y 1990. Se trata de un barrio de clase popular, situado en el centro histórico y afectado por las problemáticas urbanas actuales de este tipo de barrios: precio elevado de la vivienda, inmigración, especulación, subida de los precios acompañada de procesos de sustitución de la población autóctona por otra con más poder adquisitivo y, finalmente, ausencia de espacios no mercantilizados de sociabilidad.

En el año 1997, en este contexto sociopolítico y cultural, surgió la Red de Lavapiés, fruto, entre otros procesos, de la dinamización y la evolución del movimiento por la okupación en el barrio. La Red de Lavapiés es una red de colectivos y asociaciones vecinales amplia, que podríamos calificar

como representativa del nuevo movimiento vecinal. De entre los muchos proyectos sociales, políticos y culturales de la Red en los años noventa y principios de dos mil, estaba el de la recuperación de una serie de edificios sensibles (la mayor parte de los cuales okupados) donde se llevaban a cabo la mayoría de las actividades públicas del barrio. Entre ellos, destacaban el CSOA El Laboratorio 3, el CSOA La Escalera Karakola y El Puntal. Los tres casos son muy interesantes, pero me centraré en el CSOA La Escalera Karakola porque se trata del único caso exitoso como proceso de negociación.

Este centro social okupado estaba ubicado en un edificio de dos plantas de la calle Embajadores número 40 y fechaba del siglo xv, lo que lo convertía en un edificio protegido por el Plan General de Ordenación Urbanística de Madrid. En noviembre de 1996, cuando el edificio llevaba más de veinte años en estado de evidente abandono, un grupo de mujeres jóvenes lo okupó con la idea de desarrollar un proyecto de centro social feminista, autónomo y autogestionado. Profundizaré un poco en la intrahistoria de esta okupación para intentar entender su transformación posterior en un centro social legalizado de carácter abierto, participativo y participado, y referente del movimiento feminista madrileño y estatal.

Como casi todas las okupaciones, La Karakola tenía sus orígenes en una okupación anterior llamada Lavapiés 15, donde las mujeres generaron nuevas dinámicas dentro del movimiento okupa desde una perspectiva feminista. Estas nuevas dinámicas hacían referencia a las formas de hacer, la estética y el contenido de la propia okupación. En Lavapiés 15, incluso se creó un espacio solo de mujeres donde se produjeron las primeras actividades y reuniones de las okupas feministas. El trabajo feminista de las mujeres de Lavapiés 15 dentro del propio movimiento okupa provocó el acercamiento de más personas interesadas en este espacio.

Dentro de las subculturas o muy próxima, había una estetización de la violencia sexual, y nosotras hicimos muchas iniciativas contra la violencia de género, cómo por ejemplo ante unos cómics en lo que después ha sido el Festimad. Y en ese momento, a nuestra okupa, llegaron transexuales, que

eso desplazó mucho los imaginarios. Y llegaron un grupo de mujeres anarcofeministas, las Suecas, y tuvieron un impacto muy fuerte, porque aunque eran unas pesadas porque todo el rato querían que dijéramos si éramos anarquistas o no, lo cierto es que eran muy, muy feministas (entrevista a Cristina, 2005).

El hecho de pertenecer a espacios okupados y teóricamente liberados no impedía que, en su seno, se dieran dinámicas patriarcales o machistas, o que determinadas circunstancias se vivieran de una forma muy marcada por el género. El caso que me narraba la okupa entrevistada influyó mucho en la decisión final de construir un centro social solo para mujeres.

Y lo que ocurrió también es que sufrimos una agresión por culpa de varios compañeros. Porque hacíamos días de mujeres en la okupa, solo de mujeres. Y entonces, en uno de estos días, una de las compañeras transexuales bajó a la calle a un bar. Entonces, unos compañeros de la okupa dejaron la puerta de entrada abierta, sin decirnos nada, y entraron unos tíos agrediéndonos con botellas [...] fue una agresión bestial, a botellazos, algunas acabaron heridas y eso fue también una de las razones, como que a muchas mujeres les enervó la idea de que hubiera gente que aquello no lo viviera como lo estábamos viviendo nosotras [...] Nosotras estamos aquí de una manera diferente, porque tenemos un sentido de la vulnerabilidad y una concepción determinada de la violencia. Y eso lo planteamos muy fuertemente y hubo muchos tíos que no lo vivieron bien. Dijeron estas tías y tal. Y nosotras ahí, empezamos a fraguar que queríamos un espacio solo de mujeres. Y ese fue uno de los motores (entrevista a Cristina, 2005).

Al mismo tiempo, se acercaban a Lavapiés 15 algunas feministas no okupas, la mayor parte de ellas pertenecientes a grupos activistas de mujeres lesbianas. Y también otras feministas provenientes del movimiento antimilitarista, como las Calzaslargas. Esta fuerte presencia femenina, sin

duda, influyó en que Lavapiés 15 mostrara su talante diferente e innovador en el panorama de la okupación madrileña, incluso en su desalojo.

En Lavapiés 15 se barricó la casa y se salió por el tejado. Entonces se fue contactando con vecinos y se fue entrando. Fue el titular de “Los okupas se escapan por el tejado”. La gente no quería un enfrentamiento con la policía o al menos no en los mismos términos, sino que había una idea más romántica, ¿no?, de generar el conflicto de otra forma, de esquivarlo, de ser más móviles, de no estar haciendo el espejo a la policía, de tener herramientas mucho mas flexibles que permitieran crear cosas. Sin regenerar el enfrentamiento y la estética bipolar esta de la policía: nosotros somos en la medida en que está la policía, porque si no está la policía como que casi no somos, ¿no? Y esto era una cosa que atravesaba el movimiento okupa: la propia identidad a través del enfrentamiento con la policía, no de lo que tu querías hacer sino, de que hay otros que te impedían hacer cualquier cosa, aunque tu realmente no quisieras hacer nada [...] Y yo creo que la estética del desalojo de Lavapiés 15 rompía con eso, la gente se puso rulos y se puso bata. La gente se puso en plan maruja y otra gente salió por el tejado, como los gatos, los gatos en el tejado de Lavapiés (entrevista a Cristina, 2005).⁴

Tras este desalojo y teniendo en cuenta todo el trabajo y las reflexiones realizadas, en noviembre de 1996, un grupo de mujeres okupó una antigua panadería de 500 metros cuadrados y estableció una casa de las mujeres. Las características del espacio avenían con los objetivos de las okupas: no se trataba de una nave industrial, sino que era una casa grande con habitaciones y espacios pequeños y esto implicaba otra manera de relacionarse con el espacio .

En La Escalera Karakola, no podían entrar hombres, excepto durante un tiempo, cuando las Calzaslargas abrieron la *cafeta* mixta, que yo mismo

4 Cualquier parecido con la película *La estrategia del caracol* (1993) del cineasta colombiano Sergio Cabrera es mera coincidencia.

tuve la oportunidad de visitar. Siempre se hacían actividades que ponían en primer plano la cuestión del feminismo.

El primer año de existencia de La Karakola se convirtió en un éxito sin precedentes y logró aglutinar mujeres de otras casas okupas y de fuera del movimiento.

En el primer periodo, La Karakola fue una explosión absoluta, arrasó. Se juntaron muchísimas mujeres y se hicieron miles de talleres. Esa primera fase tuvo su momento más álgido en los segundos encuentros zapatistas. Ya se había okupado El Laboratorio, en verano del 97, y nosotras organizamos una mesa de género, que ahí fue una cosa bonita porque nos juntamos con mujeres que provenían de Minuesa... Allí hubo una cierta confluencia entre La Karakola y mujeres de grupos feministas con otro rollo totalmente distinto. Ellas todavía gritaban mucho en las asambleas, nosotras estábamos por otro tipo de funcionamiento táctico y bueno, teníamos otra idea. Pero bueno, allí nos juntamos con ellas y con otras mujeres y se hizo una mesa de género que fue un éxito absoluto. Llegaron muchísimas mujeres y La Karakola se convirtió en un hervidero (entrevista a Cristina, 2005).

Precisamente, la relación de las Karakolas con El Laboratorio puso de manifiesto que las problemáticas que abordaba el movimiento feminista no se encontraban solo fuera de los movimientos sociales, sino que también se expresaban en su interior. El contraste entre un espacio enorme y mixto como El Laboratorio con un espacio más pequeño y solo para mujeres, que se tenía que trabajar, provocó el eterno debate sobre si era necesario o no un espacio autónomo de mujeres y si este debía ser prioritario para las mujeres okupas. Hay que tener en cuenta que algunas de las mujeres de La Eskalera Karakola vivían en el Laboratorio y este hecho planteaba la cuestión de la doble militancia.

La radicalidad de que fuera un espacio apropiado por las mujeres y visible externamente, esto fue un choque muy fuerte para muchas mujeres. Y lo que ocurrió fue que el primer debate fue que si chicos ¿sí o no? Este fue un debate... yo creo que se saldó muy bien... Y fue determinante la experiencia de las mujeres lesbianas, que todas querían un espacio solo de mujeres...Y muchas mujeres heterosexuales también, es decir, hemos okupado una casa de mujeres, ¿para qué queremos que se convierta en otro espacio? Para otros espacios ya hay otros espacios, pero este —precisamente— es otro tipo de cosa y permite otro tipo de experiencia (entrevista a Cristina, 2005).

En 1999, el mal estado del edificio y algunas problemáticas internas, propias de las dificultades de defender un espacio feminista dentro de otro movimiento, generaron un cierto repliegue de La Karakola. Así pues, las obras de rehabilitación, en medio de una pequeña crisis, se vieron como una oportunidad de crecimiento y de establecimiento de puentes y nuevas alianzas dentro del movimiento okupa, feminista y lésbico.

Entonces empezamos a trabajar con arquitectas, las Mujeres Urbanistas, en detener el estado de ruina que tenía la casa. Y esa fue una experiencia muy buena —muy, muy buena— porque nunca se había hecho en el movimiento okupa un campo de trabajo internacional... y se organizó con el Servicio Civil Internacional (SCI), que era su primer campo de trabajo con una casa okupada. Entonces, el SCI puso la gente, nosotras pusimos los materiales y la organización. Y entonces fue una experiencia muy buena porque, claro, venían mujeres de todo el mundo que querían que nosotras les dijéramos qué tenían que hacer. Y, entonces, ahí fue el encuentro entre la tradición de autogestión y las tradiciones libertarias. ¿no? A nosotras nos sirvió mucho para entender por qué eso de la autogestión no triunfaba y a muchas mujeres les sirvió cómo autoaprendizaje de autoorganización. Y, luego, fue una experiencia increíble ver

cómo un grupo de mujeres se pusieron a descalzar un tejado y a hacer todo tipo de obras. Claro, fue una cosa muy significativa (entrevista a Cristina, 2005).

Los años 1999, 2000 y 2001 fueron unos años llenos de experiencias surgidas o producidas en La Karakola, desde el taller de herramientas contra el racismo hasta el apoyo a las inmigrantes sin papeles, pasando por la lucha contra las agresiones machistas y homofóbicas o los talleres de liberación sexual. Durante aquellos años, La Karakola también participó en dos experiencias importantes del movimiento feminista: las Jornadas Feministas de Córdoba de 2000, de carácter más general, y la fundación de Mujeres preokupando, en 1998 en Barcelona, dentro del ámbito del feminismo okupa.

Mujeres preokupando puso en conexión a las feministas del movimiento okupa [...] En Barcelona, las mujeres se juntaron y allí surgió mucha iniciativa y [...] el primer número se hizo en Barcelona, el segundo en Madrid (La Karakola), el tercero en Valencia, el cuarto en Esukadi, y cada año se hace en un lugar distinto... De hecho ahora no sé en qué fase estamos, pero sigue la iniciativa [...] Es un hilo de conexión para las mujeres del movimiento okupa (entrevista a Cristina, 2005).

Hacia el año 2001, en coincidencia con el cambio de ciclo en el conjunto del movimiento, se planteó la ruina del edificio y una crisis de crecimiento en La Karakola. Pero surgieron nuevos proyectos de este núcleo de activistas. Con la huelga general de 2002, se formó el grupo Precarias a la Deriva, un colectivo de mujeres feministas que trabaja el tema de la precariedad laboral y vital de las mujeres en el contexto neoliberal en Madrid. También se plantearon nuevas aproximaciones al tema de la vivienda y de la falta de espacios, que generaron una cierta polémica en muchos sectores de la okupación.

Entonces, ahora se abren otras perspectivas y posibilidades si las unimos bien a la cuestión del espacio público, de la propiedad y de los alquileres, cosa que el movimiento okupa no ha trabajado bien todavía, como los derechos de los inquilinos y todos esos temas. El movimiento okupa estaba demasiado ocupado con su autoreferencialidad como para inventarse derechos e intervenir allí con fuerza. Y esto es un problema del movimiento okupa (entrevista a Cristina, 2005).

En marzo de 2003, desde el CSOA Feminista La Escalera Karakola, se planteó de forma totalmente abierta y explícita un proceso de negociación con la administración local para expropiar el local a sus propietarios y cederlo en uso a las okupantes. El proceso de negociación se propuso como un proceso abierto a la participación social de los colectivos del barrio (como la Red de Lavapiés) y de la ciudad (como Mujeres Urbanistas) y su objetivo era la rehabilitación del espacio para poder desarrollar un proyecto social, político y cultural desde la perspectiva de género.

En contraposición con la política meramente asistencial, paternalista y direccionista de las administraciones públicas, que se veía reflejada en el funcionamiento cerrado y burocratizado del Centro Comunitario Casino de la Reina, La Escalera Karakola propuso un proyecto integral de política social feminista, que incluía tanto políticas de capacitación y aprendizaje conjunto como ocio o información. Además, se trataba de un proyecto abierto, que surgía de un proceso participativo de base y que apostaba por fomentar la ciudadanía activa y la recuperación de espacios de sociabilidad ante el desuso privado con objetivos especulativos.

El ayuntamiento de Madrid, a través de los técnicos de Gerencia de Urbanismo, entró de alguna manera en el proceso cuando, en junio de 2002, después de una reunión con las Karakolas y de un informe de los Bomberos de Madrid a instancia de las propias okupantes, decidió hacerse cargo de algunas intervenciones urgentes en el edificio, garantizando que no habría desalojo. Estas obras aún se estaban llevando a cabo en marzo de 2003, momento en que La Escalera Karakola presentó formalmente su oferta al ayuntamiento y a la comunidad de Madrid.

El primer acontecimiento (del proceso de negociación) es que se desprendió la fachada. Entonces, llamamos a los bomberos —apañamos que vinieran los buenos y no los malos— y apuntalaron la fachada por dentro [...] Pero eso significó que se hizo un informe técnico que pasó a Gerencia de Urbanismo. Y Gerencia mandó a los técnicos de urbanismo que tenían que hacer un informe y podían decretar la ruina total. Entonces ahí, la estrategia, junto con Mujeres Urbanistas y los arquitectos, fue intentar convencer a los técnicos de Gerencia para declarar una ruina parcial y demoler una parte del edificio. Bueno, no sé cómo lo conseguimos, porque hay cosas que... en La Karakola siempre parecía que iba todo a terminar y pasaban cosas increíbles, y entonces salvamos la casa en ese momento, con una ruina parcial y una acción substitutoria de Gerencia. Gerencia vino, demolió la parte que nosotras dijimos de la casa, la cerró, con una especie de apaño metálico, y al final recuperamos una parte de la casa que no teníamos, la nave, un espacio que se convirtió en un patio, que pintaron los vecinos y se hizo un Cine de Verano que fue muy bueno. Y la parte que dimos a La Biblio, que luego no funcionó, con todo el tema del desalojo (entrevista a Cristina, 2005).

La propuesta de negociación de La Karakola fue fruto de una serie de reflexiones dentro del propio colectivo que se podían extender a otros sectores del movimiento por la okupación madrileña. Por un lado, el fracaso de los proyectos de autogestión, por otro, el desgaste continuo de los desalojos y, finalmente —pero no menos importante— el hecho de abordar cuestiones como la falta de espacios de sociabilidad o el problema de la vivienda desde planteamientos más pragmáticos, propios de un nuevo movimiento vecinal.

La dinámica del “okupa y resiste”, “desalojo-okupación” hasta el día del juicio final o hasta que se acaben las casas, porque a la administración le da igual. Claro, tiene que mantener sus

mecanismos represivos, pero es una cuestión de desgaste. Yo, cuando nos desalojaron de Estrecho, una casa que se llamaba Navarra, cuando nos desalojaron de Navarra, yo ahí lo vi claramente, porque la gente estaba cansada. No es como en Barcelona, donde la gente sigue okupando. En Madrid la gente se agotó. El desalojo de Navarra me impresionó, porque llegamos allí, barricamos toda la casa, nos quedamos allí, en una habitación, hasta que llegara la policía. Y allí hubo un punto de inflexión en el movimiento okupa en Madrid, porque hasta ese momento la policía llegaba cuando debía y te desalojaba, pero es que a Navarra no llegaron. No llegaron ese día, ni al siguiente, ni al otro, ni al otro... y la casa estaba barricada, ya no se podía hacer nada, la casa estaba destruida. Y ahí, la policía empezó a actuar de esa manera y nos dimos cuenta que ya no tenía la potencia del momento del desalojo, sino que el desalojo era una especie de desangrado... eso fue una estrategia de cambio en la represión que determinó todo. En Navarra nos habíamos autodesalojado [...] Por otro lado, fracaso absoluto de los proyectos de autogestión [...] por lo menos en Madrid. Los proyectos de autogestión, las kafetas, los no sé qué; primero, eran de una pobreza declarada y luego, no generaban ni recursos para vivir [...] Entonces, por un lado, se juntan una serie de circunstancias que contribuyen al agotamiento del movimiento okupa y, por otro lado, la estrategia represiva cambia y empiezan los desalojos cautelares, la táctica del desgaste. Por otro lado, —y eso es muy positivo— se empieza a vislumbrar un espacio que ya no es estrictamente el de okupación, sino que es un espacio mucho más híbrido, vinculado, por un lado, a los movimientos globales y por otro, a los movimientos locales, a todo el tema de la rehabilitación, que ya venía del año 97 con la Red de Lavapiés [...] y a las intervenciones más de carácter vecinal. O sea, de repente, el movimiento okupa se reinventa como a movimiento vecinal (entrevista a Cristina, 2005).

Este nuevo planteamiento se acompañaba de la creación de una coalición promotora crítica que defendía esta línea y que desbordaba los marcos tradicionales de la okupación, buscando apoyos en otros movimientos e, incluso en sectores del ámbito institucional. Lo que se pedía era la expropiación del local abandonado, su rehabilitación y el realojamiento, es decir, la cesión del espacio a La Escalera Karakola para construir un centro social feminista amplio.

Un centro de mujeres mucho más abierto, con otros proyectos, que nos sacara del gueto en que nos había metido: ese imaginario de la okupación y la cuestión de la ruina, y todo eso. Hicimos el proyecto y empezamos a agrupar fuerzas de distintos sectores feministas para moverlo. Y las fuerzas fueron: el Consejo de la Mujer, por un lado, la propia Red de Lavapiés, los grupos del movimiento feminista —desde los de carácter más institucional como el Consejo hasta los grupos como la Asamblea Feminista, las Mujeres Urbanistas y distintos grupos del movimiento feminista— y sectores del PSOE y de IU, de alguna manera más próximos. Había sectores de IU que ya estaban en contacto con el movimiento okupa y de una forma instrumental los habíamos utilizado aquí y allá, y ahí se produjo el decirles, “mira, tenemos este proyecto, nos tenéis que apoyar” (entrevista a Cristina, 2005).

Por otra parte, algunos componentes de la estructura de oportunidades se modificaron con la llegada, en 2003, del primer gobierno Gallardón. Este nuevo alcalde del PP pretendía dar una imagen más moderna de Madrid, con un discurso más ciudadano que represivo, para situar la marca Madrid dentro del mercado de las ciudades europeas.

Nosotras utilizamos esa coyuntura, y empezamos a presentar ese proyecto a los sectores del PP que tenían esta idea, que son Pilar Martínez, brazo derecho de Gallardón, y Alicia no sé qué, la de las Artes y eso. Tuvimos varias reuniones con Participación,

que no nos abrieron canales, porque Participación no pinta nada [...] Participación tuvo varias iniciativas en ese momento, como el diagnóstico participativo de Lavapiés, la votación electrónica... Pero, desde el movimiento, se dijo no, no y no. Entonces, nosotras lo movimos por Urbanismo, que es quien corta el bacalao y nos recibieron y tal. La concejala dijo: “Mira, yo no os voy a dar La Karakola porque sería como legalizar la okupación. Habéis okupado ocho años y venga, el premio es La Karakola. No me pidáis eso porque no puedo” (entrevista a Cristina, 2005).

Los límites de la negociación, para las okupas, eran no renunciar a la autogestión, ser realojadas en otro local si se producía el desalojo del local en ruina y plantear escenarios de negociación más amplios con otros sectores del movimiento. Así pues, obtener el reconocimiento del proyecto por parte de la administración sería interpretado como una victoria de más de ocho años de lucha para construir un espacio autogestionado de mujeres.

En los años 2003 y 2004, se produjo un tira y afloja entre el ayuntamiento y las okupas. En primer lugar, llegó la orden definitiva de desalojo, lo que empujaba aún más las Karakolas hacia la negociación. El Ayuntamiento les ofreció dos locales pequeños en el mismo barrio, con un alquiler de 3 euros el metro cuadrado y la posibilidad de recibir subvenciones. El miedo ante una dependencia excesiva de las subvenciones para hacer frente al alquiler hizo que las okupas plantearan la alternativa del alquiler en precario.

El 11 de diciembre de 2004, cuando aún no se había definido el acuerdo, se convocó una gran manifestación de apoyo a La Eskalera Karakola. El trabajo de tantos años dentro de los movimientos sociales madrileños y en el ámbito del feminismo en particular daba sus frutos.

Porque hicimos una manifestación, el 11 de diciembre, para defender la necesidad de un espacio como La Karakola y fue un éxito increíble, con gente de muchos países, de Esukadi... ahí vimos que La Karakola tenía sentido, porque todo lo que habíamos tejido a nivel de discursos y a nivel de alianzas estaba

en la calle. Fue una mani feminista, y no estrictamente okupa. Conseguimos la dosis adecuada de cada componente para que fuera una mani feminista okupa, pero que el protagonismo no fuera ni siquiera de La Karakola, sino de los grupos feministas y de todas las consignas que nosotras habíamos contribuido a generar a lo largo de ocho años. Y lo conseguimos. Fue una mani de homenaje a La Karakola, al trabajo que veníamos haciendo, y no auto referencial [...] Fue como un ocho de marzo, pero con todos los sectores que nos habían apoyado (entrevista a Cristina, 2005).

El proceso culminó cuando el ayuntamiento cedió un local de 130 metros cuadrados en la calle Embajadores (barrio de Lavapiés), por un precio de 130 euros al mes (muy por debajo del precio del mercado y del de promoción pública), más una subvención de 20,000 euros para las obras de rehabilitación. El nuevo local se encontraba solo a unos metros de la antigua casa okupada y el triunfo de los planteamientos de las Karakolas resultó evidente. Desde el mes de marzo de 2005, varios colectivos feministas, lésbicos y *queer* desarrollan actividades y se reúnen en la nueva Eskalera Karakola, un ejemplo de legalización de un centro social okupado que demuestra las complicaciones que presentan este tipo de procesos en España, pero que también indica su viabilidad.

Finalmente, haré un pequeño comentario sobre un proceso similar, el del CSOA Seco, sobre todo porque entronca perfectamente con la perspectiva del impacto del movimiento por la okupación en las políticas juveniles.

El CSOA Seco fue okupado en 1991 por un grupo de jóvenes del antiguo barrio obrero Las Adelfas. Por su proximidad a la estación de Atocha o al parque del Retiro, este barrio ha sido sometido a un fuerte proceso de renovación y de elitización residencial. Aún así, el barrio también está al lado de un barrio obrero tradicional, Vallecas, donde se produjo un fuerte movimiento vecinal durante la Transición (1977-1982) del que aún se pueden encontrar las huellas (Martínez, 2010b).

Precisamente con la colaboración de la asociación de vecinos del barrio, los okupas presentaron en 2002 un proyecto en el ayuntamiento para obtener

un centro social y una cooperativa de vivienda joven en régimen de alquiler. Con estas demandas comenzó un largo proceso de negociación en el que los okupas fueron capaces de hacer una buena campaña de legitimación pública con una estética alejada de las okupaciones tradicionales. Se conformaron coaliciones promotoras críticas, acompañadas también del uso de acciones disruptivas. En el año 2007 las negociaciones dieron como fruto la reubicación del centro social en unos locales propiedad de la Empresa Municipal de la Vivienda. Se trataba de dos pisos que hacían una extensión total de 412 m² y por los que la asamblea del centro social pagaría un alquiler de 1,700 euros. Este gran esfuerzo económico obligó a multiplicar las actividades recaudatorias, aunque todavía persiste un modelo de autogestión y participación de todos los colectivos del centro social y unos precios para las entradas y consumiciones similares a los de los centros sociales okupados (Martínez, 2010b).

La experiencia de Seco demuestra que determinadas prácticas de okupación llegan a constituir dispositivos de afianzamiento del lazo social y de dotación de servicios. Por otra parte ha sido un impacto innegable en las políticas de juventud producto de la incitativa del movimiento por la okupación. Para conseguirlo, el CS Seco ha pasado por un proceso de institucionalización flexible. Por un lado, algunos de sus miembros se han incorporado a las asociaciones de vecinos. Por otro, la estructura organizativa de Seco se ha formalizado, llegando incluso a crear una nueva asociación, La Bengala, para optar a financiación pública para el conjunto del centro social. Este hecho, sin embargo, se ha combinado con la continuidad del activismo de muchos de sus miembros en movimientos vecinales y ecologistas. Finalmente, la experiencia de Seco ha disfrutado de un gran reconocimiento social, tanto de los vecinos como de la sociedad en general, con la obtención de premios como el de derechos humanos 2009 concedido por la Universidad Complutense de Madrid (Martínez, 2010b). Hoy, en 2015, podemos encontrar activistas de Seco en el equipo de gobierno del Ayuntamiento de Madrid, después del vuelco político protagonizado por la candidatura de unidad popular Ahora Madrid.

6.5 Las dimensiones del impacto. Primeras conclusiones para el caso madrileño

En este apartado, me dedicaré a hacer unas conclusiones del caso de Madrid, que volverán a discutirse en el capítulo final del libro, donde se compararán con los casos de Cataluña. Seguiré el esquema de capítulos anteriores. En primer lugar, comentaré brevemente el comportamiento de las tres variables del modelo, tanto desde el punto de vista estático como dinámico. Posteriormente, incluiré un cuadro-resumen con los principales impactos del movimiento en las cuatro dimensiones de las políticas públicas. Finalmente, intentaré responder las tres hipótesis de esta investigación para el caso madrileño.

En cuanto al capital social crítico, hay que recordar que para hacerlo operativo, lo he dividido en cuatro subvariables: a) lo simbólico, b) los y las miembros, c) la estructura organizativa, y d) las estrategias de acción colectiva. En el comportamiento de la subvariable que he llamado lo simbólico y que hace referencia a los discursos, identidades e, incluso, corrientes políticas del movimiento okupa, cabe señalar un desplazamiento del predominio de unas identidades y formas de hacer política más clásicas a los años ochenta y muy parecidas a las de la autonomía alemana, hacia una progresiva apertura hacia identidades más plurales y difusas, propias del ciclo de protestas contra la globalización neoliberal.

La segunda subvariable, que hace referencia a los miembros del movimiento, me ha llevado a hacer una reflexión paradójica. Si bien es cierto que, según todos los entrevistados y mi propia observación, el movimiento por la okupación madrileña es más pequeño que el catalán, también es cierto que conserva una red suficientemente densa que permite la socialización comunitaria en el seno del movimiento y que garantiza su pervivencia, pese a la hostilidad del entorno. Proyectos como La Biblio, un centro de documentación y biblioteca itinerante del propio movimiento, han resistido los desalojos y la represión gracias a la capacidad de coordinación y la solidaridad entre las propias comunidades okupas madrileñas. Esta citación de la entrevista a una activista de La Biblio, hecha a finales de 2002, nos resume muchos aspectos de esta variable, tales como los procesos de reclutamiento o la capacidad de reproducción del movimiento:

El proyecto de La Biblio empieza antes, pero no como Biblio, empieza en Seco. Seco es un sitio okupado que está en Vallecas y se okupó en el 89 o 90. Y entre otras cosas hubo dos o tres personas que dijeron “venga, vamos a hacer una recogida de libros para montar una biblioteca”. La gente del barrio iba donando sus libros y empezaron a montarla. Yo vivía cerca de allí, porque vivía en casa de mis padres y saqué libros de aquella biblioteca, y luego más tarde me enteré que era la misma. Ahí estuvo en Seco, luego cambiaron en el 95 o algo así, otro CSO que estaba en Estrecho, pues se llevaron ahí los libros. Y ya se fortaleció bastante porque empezaron a comprar, ya no era solo donaciones, y ya había gente que estaba bastante tiempo permanentemente gestionando la biblioteca y empezaron un pequeño archivo. Después se ocupa El Laboratorio, como también desalojan el David Castilla (creo que es en el 97 cuando se okupa) pues los libros se traen para allá. El Laboratorio era grande para todo y la instalación estaba casi perfecta (es que eran unas oficinas)... Eran grandes las salas de estudio, las salas para buscar los libros y además allí —porque los de El Labo se lo montan muy bien y va mucha gente— había gente que estudiaba todo el rato. Era increíble [...] Allí es donde yo empecé. Yo me enteré que ocupaban por allí y, como me había ido de casa y estaba viviendo por allí cerca, entonces me acerqué. Me lo dijo un chico que conocí en un bar, me dijo: “Acércate por La Biblio” y me pareció todo el mundo majísimo, me pareció un proyecto muy chulo y me quedé. Entonces, desde allí hemos estado en El Labo, luego nos subimos a la calle Fray Ceferino González, cuando El Labo ya amenazaba de desalojo. Como nos daba un poco de miedo que los libros pillaran el último día y se perdieran, nos los llevamos unos meses antes de que desalojaran El Laboratorio. Esta anterior casa ocupada era bastante grande, también nos desalojaron, estuvimos seis meses sin casita y hasta aquí, donde llevamos dos años. O sea,

en total lleva doce años existiendo un grupo de libros queriendo ser gestionados de alguna manera (entrevista a Raúl, 2002).

La estructura organizativa del movimiento ha sido fuente de debates y experiencias sin comparación dentro de los movimientos por la okupación ibéricos. Así, la presencia de un sector pro-organizativo fuerte (aunque dentro de los criterios de horizontalidad, democracia directa y autonomía) ante otro partidario de la red y la coordinación puntual ha sido una constante durante la mayor parte del período estudiado. Finalmente, en la actualidad, la forma organizativa elegida por el movimiento bien puede representar un punto medio entre ambas posturas. La Asamblea de Centros Sociales de Madrid y Guadalajara presentaría un formato de red, pero al mismo tiempo tendría vocación de permanencia.

Finalmente, respecto a las estrategias de acción colectiva, hay que constatar, como en los casos de Cataluña, una enorme diversidad dentro del movimiento por la okupación madrileña. Sin embargo, en muchos casos hay una evolución de estrategias puramente autónomas de desobediencia civil y de acción directa, hacia una combinación de estas con la búsqueda de coaliciones promotoras críticas, sobre todo en momentos de negociación, como en los casos que hemos visto en el apartado 6.4.

La segunda variable del modelo de análisis, los marcos cognitivos y la opinión pública, que ha sido analizada por el caso madrileño en el apartado 6.3, presenta algunas diferencias respecto a los casos catalanes. En primer lugar, del movimiento okupa madrileño —o de ciertos sectores presentes en su interior—, han surgido utensilios de contrainformación potentes que, además, han presentado evoluciones interesantes en el tiempo en relación a las estrategias discursivas. Así, en procesos como el del nacimiento y la consolidación del periódico *Diagonal*, determinados sectores de la okupación madrileña han cambiado las estrategias de confrontación comunicativa (transformativas, según Maiz, 1996) por estrategias de tendido de puentes y de investigación de mayor repercusión en sectores sociales potencialmente afines a los movimientos sociales de carácter transformador.

Ahora bien, al igual que en los casos catalán y vasco, la subvariable de imagen pública del movimiento ha presentado predominantemente un

comportamiento negativo, consecuencia del predominio de la dimensión criminalizadora de los medios de comunicación hacia el movimiento social. Sin embargo, como en el caso de Cataluña o de Euskadi, el movimiento por la okupación madrileño ha conseguido, en determinados momentos, transmitir sus demandas sobre vivienda y falta de espacios de sociabilidad y, a la vez, estas demandas han sido identificadas por los medios como demandas legítimas y representativas de las cohortes jóvenes de la sociedad.

En cuanto a la tercera variable del modelo, las redes de políticas públicas como estructura de oportunidades políticas, hay que decir que las características de las redes de políticas de vivienda, juventud y seguridad y orden público no son muy diferentes de las de los otros casos y, por tanto, no repetiré el análisis. Quizás hay que destacar que, durante la segunda mitad de los años noventa y la primera de los dos mil, la oportunidad de tener el PSOE e IU en la oposición en todas las instituciones sirvió al movimiento para disfrutar, en algunas ocasiones (desalojo del Labo, procesos de negociación de La Karakola o Seco), de la presencia de élites políticas aliadas. Parece confirmarse, pues, que los partidos de la izquierda institucional se apoyan en los movimientos sociales cuando están en la oposición como estrategia para desgastar al gobierno.

En todo caso, lo más destacable es que en Madrid se han dado procesos de negociación parcial entre las instituciones y el movimiento. Estos procesos, si bien no han supuesto, ni mucho menos, la legalización de la okupación de inmuebles, sí han significado el reconocimiento de algunos centros sociales como interlocutores y la legitimación de sus actividades culturales, educativas o formativas. La comparación con Cataluña, como analizaré con detalle en el capítulo de conclusiones, es paradójica. Mientras que en Cataluña —con gobiernos de las izquierdas institucionales a una o todas las instituciones— no se han dado procesos de negociación relevantes, en Madrid —bajo gobiernos de la derecha conservadora— hay un mínimo de tres procesos exitosos con fuerte impacto. El porqué de esta paradoja se abordará en el capítulo siete, donde también discutiré con los conceptos de cooptación e institucionalización terminal y flexible, presentados en la primera parte.

Figura 6.1 Los impactos de la red crítica de apoyo a la okupación en las cuatro dimensiones de las políticas públicas en Madrid

	Okupación en Madrid
Dimensión conceptual o simbólica	<p>Impacto MEDIO</p> <ul style="list-style-type: none"> - Sobre la percepción social de los problemas de juventud y vivienda en ciertos momentos.
Dimensión sustantiva	<p>Impacto DESIGUAL</p> <ul style="list-style-type: none"> - Debilidad de las políticas de acceso a la vivienda, crecimiento de la especulación inmobiliaria y criminalización de la okupación mediante el Código Penal y los medios de comunicación. - Incidencia en las políticas periféricas de juventud, cultura y educación en el tiempo libre.
Dimensión operativa	<p>Impacto MEDIO:</p> <ul style="list-style-type: none"> - Incidencia sobre el ámbito legal-judicial: sentencia absolutoria en el CSOA El Laboratorio 3 (2005). El contenido de la sentencia legítima a posteriori la bondad del proyecto de los okupas. - Experiencias de negociación exitosas: Escuela de Educación Popular de Prosperidad, CSOA Feminista La Escalera Karakola y CSOA Seco. - Imposibilidad de escenarios amplios de negociación.

<p>Dimensión relacional</p>	<p>Impacto ALTO:</p> <ul style="list-style-type: none"> - Sobre el movimiento global, como precursor y generador de herramientas de contrainformación y de comunicación telemática y escrita y de espacios de relación, encuentro y ocio. - Sobre el movimiento feminista y gay-lésbico, al incorporar contingentes de militantes nuevos y radicales. - Sobre el movimiento vecinal, a través de la participación en procesos como la Red de Lavapiés o la dinamización de la Vocalía de Jóvenes de la FRAMV. - Sobre los partidos de izquierdas, al ser reconocido como interlocutor en determinadas temáticas relacionadas con la juventud y la vivienda. - Presencia de exactivistas okupas en las nuevas candidaturas de unidad popular municipalistas, como Ahora Madrid, que gobierna la capital de España desde mayo de 2015.
-----------------------------	---

Fuente: Elaboración propia.

Así pues, el movimiento por la okupación madrileña ha cumplido las condiciones de presencia en las redes de políticas públicas, sobre todo durante la etapa 1996-2001 y también entre 2002-2003. Ahora bien, su presencia no siempre le ha dado mucho protagonismo, a consecuencia de las asimetrías de poder en las redes de políticas y a la imagen pública del movimiento, a menudo adversa, que han generado los medios de comunicación. Este protagonismo sí ha existido en determinados procesos de negociación local, donde el movimiento por la okupación ha sido reconocido como interlocutor legítimo de una serie de demandas sociales y ha conseguido ciertos impactos, en especial en políticas más periféricas, dentro del ámbito de la cultura y la juventud. En la *figura 6.1* presento los principales impactos del movimiento por la okupación madrileña en las cuatro dimensiones de las políticas públicas. Como se observa, el impacto en la dimensión conceptual o simbólica de las políticas públicas es solo medio. Si bien en determinados momentos el discurso y las demandas de los okupas llegan a la opinión pública como caja de resonancia de las problemáticas de la juventud, a menudo predomina una imagen distorsionada por la dimensión criminalizadora de los medios de comunicación (Alcalde, 2004), lo que amortigua este posible impacto.

En la dimensión sustantiva, encontramos un impacto desigual. Las políticas de vivienda no parecen experimentar una mejora relevante y la característica predominante del mercado de la vivienda en todo el periodo estudiado es más bien el crecimiento de la especulación inmobiliaria en Madrid (ver capítulo cuatro). Por otra parte, la okupación recibe los efectos negativos de la criminalización legal a partir del Código Penal de 1995. En cambio, procesos como la apertura de centros sociales municipales en barrios como Lavapiés, con una presencia fuerte del movimiento por la okupación madrileña, sí los podemos vincular con un cierto impacto en las políticas periféricas de juventud, cultura, educación y ocio.

En la dimensión operativa también encontramos un impacto medio. En primer lugar, en el ámbito legal-judicial, el apoyo social de determinados centros sociales, como el CSO El Laboratorio, ha llevado a la mayoría de jueces a no aplicar las penas previstas en el Código Penal por el delito de usurpación y a emitir sentencias absolutorias donde se reconoce y se

legítima la labor desarrollada por estos espacios. Este fue el caso de la sentencia del juicio a los miembros del CSO El Laboratorio (sentencia: 00310/2005), que vieron reconocida legalmente su tarea, aunque fuera *a posteriori*, con el centro social desalojado y derribado.

Por otra parte y aunque en esta dimensión operativa de las políticas públicas, en el caso madrileño hemos visto las experiencias de negociación exitosas de tres centros sociales okupados, que si bien no han supuesto una legalización de la okupación, sí han consolidado sus proyectos sociales autónomos dentro de los ámbitos educativo (La Prospe), feminista (La Eskalera Karakola) o de juventud (Seco). Ahora bien, no se han dado escenarios de negociación amplios por falta de voluntad de la administración local y de la mayoría del propio movimiento okupa (entrevista a Cristina, 2005).

En cuanto a la dimensión relacional, sí considero que el movimiento por la okupación madrileño ha tenido un impacto muy elevado. Efectivamente, la okupación madrileña ha repercutido en las percepciones, los discursos e incluso la morfología de otros actores de las redes de gobernanza, en especial de los movimientos sociales y, en menor medida y solo de forma puntual, en los partidos políticos de la izquierda institucional. Este impacto es compartido con los otros casos y suficientemente importante para dedicarle un apartado entero en el último capítulo.

En referencia a las hipótesis, vemos que todas ellas se confirman. Así, el mayor impacto del movimiento no es sobre las políticas de vivienda, que serían las que podrían recoger —aunque de forma no deseada por el movimiento— las demandas que formula, sino en otras políticas más periféricas, que podríamos situar en el ámbito de las políticas de juventud y de cultura. En estas últimas, la existencia de procesos de negociación entre la administración y algunos centros sociales okupados han acabado con la legitimación de estos espacios y han garantizado la pervivencia de sus actividades autónomas.

Por otra parte, el movimiento por la okupación madrileño ha generado políticas públicas alternativas, sobre todo en los campos de la cultura, la comunicación, la juventud y el ocio, en aquellos centros sociales que más han perdurado. En todo caso, a pesar de la gran inversión y los esfuerzos

del movimiento, la política predominantemente represiva en forma de desalojos ha dificultado la continuidad de estos proyectos sociales más masivos. En la actualidad, sin embargo, la existencia de experiencias como el Espacio Polivalente Patio Maravillas demuestra la gran vitalidad y eficiencia del movimiento okupa madrileño en este terreno.

Además, el movimiento por la okupación madrileño ha influido y ha participado en otros movimientos sociales, tanto locales como globales, sobre todo los centros sociales que han hecho de infraestructura y de nodos una red de movimientos sociales madrileños más extensa.

Finalmente, el caso de Madrid nos demuestra que dos conceptos aparentemente opuestos son compatibles en la relación entre redes críticas y políticas públicas; dos palabras que dan contenido al título de este capítulo: contrapoderes y negociación. El carácter totalmente autónomo y antiinstitucional del movimiento por la okupación madrileño no ha impedido la existencia de procesos de negociación, que han llegado a buen puerto. En el capítulo siguiente, trataré de dar luz a esta aparente paradoja de la negociación y el contrapoder utilizando a fondo los elementos teóricos desarrollados en la primera parte.

El marco socio-histórico en el que se ha desarrollado el movimiento por la okupación en España en los últimos 30 años ha introducido esta segunda parte del libro. Su núcleo han sido los estudios de caso de Cataluña y Madrid, en los que he vertido los datos recogidos en mi trabajo de campo y las he pasado por el tamiz de las teorías y modelos analíticos desarrolladas en la primera parte de la investigación. Ahora solo faltan las conclusiones, que serán abordadas en la tercera parte con una doble estrategia: un análisis comparativo de los casos de Cataluña y Madrid y una recapitulación general sobre las aportaciones y retos que plantea este libro.

Parte III. Hacia un conjunto de conclusiones



Imagen 3. Taller de bicicletas en el Hort Okupat de la calle Banyoles, Gràcia, Barcelona

Todo lo que empieza tiene un final. Esta es la última parte de un largo proceso de investigación. Podríamos decir que esta investigación se empezó a cocinar a mediados de los años noventa cuando me acerqué, en calidad de simpatizante, al movimiento por la okupación. Eran los inicios de la época que en esta investigación se ha denominado la etapa dorada, y que tuvo en la okupación y posterior desalojo del Cine Princesa, sus hitos fundacionales. En aquellos tiempos, como estudiante de último año de licenciatura realicé mi primer trabajo académico sobre la okupación (Castillo y González, 1997), mismo que sirvió de trabajo final para la asignatura de Comportamiento Político con el profesor Joan Font. Ya dentro del doctorado, el profesor Ricard Gomà me animó a trabajar en el

campo del impacto de los movimientos sociales en las políticas públicas. Mi tesis de maestría (González, 2001) fue una primera aproximación al impacto del movimiento por la okupación en las políticas públicas en Cataluña. Posteriormente, he participado en diversas publicaciones sobre movimiento okupa, y me he aproximado al fenómeno desde varios puntos de vista, sin perder nunca esta doble condición de analista y participante. Finalmente, esta investigación ha pretendido profundizar en los aspectos teóricos y metodológicos, ha añadido un nuevo caso de estudio, el madrileño, y ha actualizado el caso catalán.

Esta tercera parte del libro consta de dos capítulos. El primero, más breve, recoge las principales conclusiones a nivel teórico, epistemológico y conceptual. En el cruce entre las teorías de movimientos sociales y de las políticas públicas, en un contexto de aparición simultánea de nuevas formas de movilización y nuevos escenarios de gobierno, se han encontrado tres conjuntos de debates que vale la pena resaltar: el primero, alrededor del concepto de movimiento social, el segundo sobre este nuevo escenario de la gobernanza y, finalmente, el tercero sobre las relaciones entre movimientos sociales y poder político. De alguna manera, estas tres conclusiones que conforman el capítulo siete, responden a los retos que nos planteábamos en la introducción: 1) la revisión de la literatura de movimientos sociales a la luz de nuevas formas de acción colectiva crítica; 2) el hecho de revisar, desde una perspectiva crítica, el paso del gobierno tradicional a la gobernanza, en el contexto político-económico de la globalización neoliberal; y 3) el análisis de las implicaciones que todos estos cambios tienen en el modelo de democracia de las sociedades del capitalismo post-industrial: ¿caminamos hacia una democracia participativa? o al contrario, ¿hacia nuevas formas de autoritarismo que amenazan estas democracias formales?

Para acabar, el capítulo ocho pone el punto final a la investigación a través de seis apartados. Los cuatro primeros suponen un análisis comparativo de los estudios de caso de Cataluña y Madrid. Se analiza por tanto el comportamiento de las diferentes variables explicativas en ambos casos, de los diferentes impactos en las políticas públicas producidos por el movimiento de okupación en ambos territorios y, finalmente, se falsan

o validan las hipótesis de trabajo que han orientado la investigación. El capítulo termina con dos apartados, un primero que hace sumario de los treinta años de okupación y políticas públicas y un último que actúa como bajada del telón de esta disertación.

7. Movimientos sociales y gobernanza local: el caso de la okupación

Vamos despacio porque vamos lejos, no tenemos ninguna voluntad de hacer un congreso fundacional de nada mañana con esta red, sino de ir trabajando, de que crezcan las luchas locales y solo así cambiarán las cosas. Vamos a empezar por los barrios, que cada barrio tenga capacidad de respuesta, de protesta, de generar alternativas... pues la lucha es cada día, y es ir haciendo.

(Entrevista a David, 2002)¹

Este capítulo introduce la parte de conclusiones y está formado por tres apartados que responden, en especial, a las principales aportaciones de la primera parte del libro. El primero está dedicado al concepto de movimiento social, en el debate que sobre el mismo se plantea hoy en día en las ciencias sociales. El segundo apartado reflexiona sobre la gobernanza como nuevo escenario de gobierno relacional en las sociedades complejas contemporáneas. El tercero se basa en el análisis del nuevo concepto de redes críticas, para discutir la apropiación del mismo para definir las

1 Del original en catalán: “Anem a poc a poc perquè anem lluny, no tenim cap voluntat de fer un congrés fundacional de res demà amb aquesta xarxa, sinó d’anar treballant, de que creixin les lluites locals i només així canviaran les coses. Anem a començar pels barris, que cada barri tingui capacitat de resposta, de protesta, de generar alternatives [...] doncs la lluita és cada dia, i és anar fent” (entrevista a David, 2002).

relaciones entre movimientos sociales y poder político en el escenario de la gobernanza.

7.1 Sobre el concepto de movimiento social

Tanto desde el propio movimiento por la okupación como desde determinados sectores académicos, se ha puesto en duda que el concepto movimiento social fuera adecuado para hablar de una práctica como la okupación. A favor de estas posturas están la heterogeneidad y la poca estructura que caracterizan el mundo de la okupación. También ciertas autopercepciones posmodernas, que rechazan desde el propio movimiento cualquier tipo de autoindetificación. Por otra parte, desde la ciencia política se han extendido numerosas críticas al concepto movimiento social por considerarlo demasiado general, poco explicativo o anacrónico. Ahora bien, pienso que en esta investigación ha quedado demostrada tanto la vigencia del concepto movimiento social como la adecuación de su uso para hablar de okupación.

Tal y como apunta Tilly (2002) el concepto movimiento social surgió a finales del siglo xvii y principios del xix para definir el desafío sostenido y organizado a las autoridades en nombre de una población despojada, excluida o tratada con injusticia. Si bien las circunstancias históricas, sociales y económicas del siglo xxi tienen poco que ver con aquella sociedad del capitalismo liberal, el avance del neoliberalismo y el retroceso de los Estados de bienestar desde los años ochenta del siglo xx, ponen de nuevo sobre la mesa la cuestión de la exclusión social creciente de sectores sociales como los jóvenes, los inmigrantes o los trabajadores precarios. El movimiento por la okupación sería una de las expresiones de descontento de una juventud en situación de precariedad laboral y dificultades de acceso a la vivienda, y actuaría como factor de inclusión social. Los centros sociales okupados cumplirían, bajo esta perspectiva, una función de re-articulación de las redes sociales locales, destrozadas por el proceso de globalización neoliberal (Calle, 2005).

Si atendemos a las definiciones de movimiento social explicadas en el capítulo uno, veremos como todas las características del movimiento por la okupación encajan perfectamente en esta categoría analítica. Como

hemos visto, varios autores destacaban que un movimiento social es una red informal de interacciones entre grupos e individuos que comparten una identidad colectiva (Jiménez, 2005). Por otra parte, Pastor (2002) enfatizaba las ideas de cambio, conflicto y acción colectiva no institucionalizada. Finalmente Ibarra, Gomà y Martí (2002) añadían que estas acciones no convencionales debían tener cierta continuidad en el tiempo para considerarlas dentro de la categoría de movimiento social. A lo largo de la investigación ha quedado demostrado que los 30 años de okupación en España encajan perfectamente con el concepto de movimiento social.

Efectivamente, el movimiento por la okupación está conformado por una extensa red de afinidades entre centros sociales y casas okupadas que comparten un mismo estilo de acción colectiva no convencional y con evidente continuidad a lo largo del tiempo.

Por otra parte, la identidad del movimiento por la okupación, aunque diversa y sujeta —como se ha visto en esta investigación— a cambios y mutaciones, es bastante reconocible a través de símbolos, consignas, lenguajes e implícitos compartidos. El marco de identidad, el nosotros del movimiento por la okupación, se ha basado en una identidad antisistema muy marcada en los años ochenta y más difusa a partir de finales de los años noventa. Los otros, respecto a los que se construye esta identidad, son lo suficientemente genéricos para acercar a cientos de simpatizantes: el Estado, el sistema, el capitalismo. También son evidentemente unas identidades al margen de las hegemonías culturales, económicas y sociales y sometidas por tanto a la criminalización por parte de la opinión pública. En todo caso, la existencia de un marco de injusticia como la desproporción de la penalización de la okupación pacífica de inmuebles abandonados, fue bien aprovechada en los discursos del movimiento en 1996.

En esta investigación se ha adoptado una perspectiva poco común en los estudios sobre movimientos sociales. La perspectiva del impacto en el análisis de los movimientos sociales pretende reconocer los puntos de intersección entre las teorías de los movimientos sociales y las del análisis de políticas públicas. Se ha adoptado esta perspectiva para analizar la naturaleza, la forma y la profundidad de los impactos del movimiento por la okupación en el campo de las políticas públicas. Este ejercicio cuenta,

sin embargo, con varios precedentes como Jiménez (2005) en el campo del ecologismo e Ibarra, Gomà y Martí (2002) para el antimilitarismo, el antirracismo, la solidaridad internacional y la propia okupación. Las dificultades que plantea este esquema al referirse a un movimiento con vocación de autonomía y muchas reservas ante la integración en las redes de políticas han quedado suficientemente patentes, pero en todo caso se ha puesto de relieve la incidencia que los 30 años de okupación han tenido en las políticas públicas en Cataluña y Madrid.

Desde la perspectiva del análisis de marcos, la existencia y el crecimiento del movimiento por la okupación en los años ochenta y noventa puso sobre la mesa un marco de diagnóstico sobre problemáticas como el acceso a la vivienda o la falta de espacios de sociabilidad para jóvenes. Es decir, el movimiento por la okupación fue fundamental para introducir estas temáticas en la agenda pública. Las primeras okupaciones en demanda de locales de ensayo para grupos musicales respondían a una necesidad social que, posteriormente, ha sido parcial e insuficientemente cubierta por la aparición de las políticas públicas de juventud y con ellas de multiplicidad de experiencias de centros cívicos o centros de jóvenes. En estos casos, se ha hecho relevante también el debate sobre la institucionalización, la negociación o la cooptación, al hablar de las relaciones entre el Estado y el movimiento por la okupación. En cuanto a la temática de la vivienda, como hemos visto en el capítulo anterior, la incidencia ha sido mucho más baja. En todo caso, tal y como apuntaba Melucci (1985) es muy difícil medir en términos de éxito o fracaso, movimientos sociales que, como el de las okupaciones, tienen un importante dimensión simbólica.

En todo momento, he tratado de analizar el movimiento por la okupación desde una perspectiva de síntesis entre las teorías de movimientos sociales y las políticas públicas. En esta tarea de síntesis, una de los descubrimientos más importantes a nivel conceptual ha sido el de red crítica. Pero en realidad más que un concepto que hace referencia a un significante nuevo, nos encontramos ante una mirada sobre el mismo concepto de movimiento social, que pone más incidencia en su impacto en las políticas públicas que en otros aspectos tradicionalmente más abordados por la literatura. Efectivamente, si aplicamos los elementos que distinguen una red crítica

de un movimiento social, vemos que de alguna manera se dan en el caso del movimiento por la okupación: 1) potencial para incidir en la arena de las políticas públicas, 2) capacidad para abrir temáticas nuevas, 3) morfología más compleja, y 4) recurso al espacio simbólico como un elemento clave. Pero, probablemente estas características no diferencian exactamente un movimiento social de una red crítica, pues ambos conceptos podrían encajar en ella. La cuestión relevante en este debate conceptual es el hecho de señalar que un movimiento social deviene red crítica cuando interactúa con los demás elementos de la gobernanza en un proceso de política pública.

En definitiva, pienso que vale la pena recuperar el concepto de movimiento social también para el análisis de políticas públicas. El movimiento social es uno de los principales actores colectivos y sin él es imposible entender el cambio social, en general, y el cambio de políticas públicas, en específico.

Ahora bien, me gustaría terminar esta primera conclusión aportando algunos argumentos epistemológicos en favor de la investigación activista, pues es una cuestión que también tiene que ver con los movimientos sociales. Desde diversas disciplinas y aproximaciones epistemológicas se ha denunciado la pretendida objetividad y neutralidad científicas y se ha reconocido que los resultados obtenidos no dependen solo del objeto investigado, sino también del instrumental de investigación empleado. Por otra parte, desde perspectivas situadas como la de Donna Haraway (1995) se renuncia explícitamente a un conocimiento universal de la realidad social y se denuncia a aquellas opciones que amparándose en una pretendida neutralidad científica sirven para apoyar el orden de cosas establecido. En cambio, se apuesta por un conocimiento localizable, parcial y crítico, que busca solidaridad en lo político y conversaciones compartidas en lo epistemológico. Finalmente, perspectivas como la de la Investigación Acción Participativa (IAP), desarrolladas por autores como Villasante (1998) o Jiménez-Domínguez (1994), defienden que la ciencia social debe comprometerse con la transformación social, económica, política y cultural de su entorno, formando parte de un movimiento social que no esté dominado por ninguna escuela en particular. En este sentido, la ciencia social se aproximaría a una praxis emancipadora.

Por otra parte, no es posible —ni deseable— aproximarse a una realidad como la de la okupación con frialdad y distancia. En primer lugar, las dificultades para llegar al propio sujeto de estudio en una realidad semi clandestina serían evidentes. Por otra parte, la tentación de caer en los estereotipos deformados que la prensa y el “sentido común” tienen sobre los colectivos contraculturales incrementaría con la distancia del investigador respecto a los mismos. La aproximación a la realidad del movimiento por la okupación debe ser comprensiva y cercana, para entender mejor sus características y poder profundizar en la cuestión de su impacto político. En el caso de esta investigación, la cercanía política y personal al movimiento por la okupación ha facilitado la recogida de información y la capacidad analítica. En futuras investigaciones, sería interesante que también la metodología y la aproximación teórica fueran más congruentes con esta opción epistemológica.

7.2 Sobre el nuevo escenario de gobernanza

Tal y como ha quedado planteado en el capítulo dos, la gobernanza es un escenario de incertidumbre, complejidad y pluralismo. Por tanto, también es plausible que en este escenario se produzcan situaciones aparentemente contradictorias que se podrían resumir en unos cuantos pares de opuestos: gobierno en red *versus* gobierno jerárquico, participación *versus* represión, negociación *versus* confrontación.

La aparición de nuevos escenarios de gobierno que podemos comprender dentro del paradigma de la gobernanza, coincide en el tiempo con la pujanza del neoliberalismo y la crisis de los Estados de bienestar. El neoliberalismo afecta necesariamente al modelo de gobernanza, y lo hace en múltiples direcciones. En primer lugar, el incremento de la desigualdad y de la exclusión social genera nuevas formas de dominación heterárquicas en el seno de la gobernanza, debido a una distribución desigual de los recursos. En segundo lugar, la doble necesidad de desregulación de los mercados laborales, financieros y comerciales y de fuertes y nuevas inversiones en tecnologías sume a los Estados-nación en una paradoja: al tiempo que se convierten en un actor crucial del nuevo capitalismo mediante las privatizaciones de los bienes y servicios públicos y la desregulación

de los mercados, se ven empujados a invertir en los sectores estratégicos de las tecnologías de la información, educación e investigación. Se pide al Estado más esfuerzo económico para invertir en la economía pero al mismo tiempo se le pide que se despoje de instrumentos de control y de recaudación.

En otro orden de cosas, las alabanzas a la gobernanza por parte de los agentes de la globalización neoliberal, como el Banco Mundial o la OMC, hacen pensar en el peligro de que el modelo de la gobernanza se convierta en una legitimación del neoliberalismo en el campo de las políticas públicas. Más allá de las formas de gobierno, según autores como Jessop (2001), la presión del neoliberalismo ha producido cambios que se adentran en la naturaleza del propio Estado. Si el cambio de modelos de gobierno tradicional a modelos de gobernanza ha sido un efecto del paso del capitalismo industrial al postindustrial, el paso de los Estados de bienestar en los Estados del *workfare* es el efecto en la naturaleza del Estado de la globalización neoliberal. Es decir, con el neoliberalismo los propios estados se convierten en agentes de la desregulación y adopción de políticas contrarias al bienestar de la población.

El concepto de Estados del *workfare* (Jessop, 2001), en sustitución de los antiguos Estados del *Welfare* es sugerente y revelador. El autor realiza un juego de palabras entre *Welfare State* (Estado del Bienestar) y la palabra *work* (trabajo). Este neologismo hace referencia a que el Estado deja sus obligaciones sociales adquiridas con el pacto social de los años cincuenta, y el individuo solo puede encontrar seguridad en el hecho de tener un puesto de trabajo. Desgraciadamente, el trabajo es cada vez más inseguro debido a la flexibilización del mercado laboral, con lo que el “bienestar” se convierte en un “malestar” permanente debido a la precariedad laboral creciente.

Ahora bien, para nuestro objeto de estudio (los movimientos sociales) se produce la paradoja de que este retroceso de los Estados de bienestar enfatiza su papel como agentes cohesionadores, creadores de comunidad y de inclusión social. Este hecho es aún más cierto en el caso de la okupación, que por sus características se dirige a menudo a los sectores más precarizados del actual sistema: jóvenes, personas con problemas de vivienda y minorías contraculturales.

La globalización neoliberal, sin embargo, no es un modelo acabado de dominio absolutista de los mercados y tiene sus contradicciones internas que abren rendijas a la participación y a la democracia. Por ejemplo, la otra cara del globalismo es un reforzamiento de lo local, lo que incrementa la capacidad de incidencia y el protagonismo de movimientos sociales de carácter local, como los movimientos urbanos. La necesidad de nuevas formas de articulación del conflicto social en el espacio local y el proceso de repolitización de la esfera local sitúan también a estos movimientos urbanos dentro del escenario de la gobernanza (Brugué y Gomà, 1998).

Una gobernanza participativa podría ser una buena adaptación de las formas de gobierno a la diversificación social postindustrial, en el sentido de hacerlas más operativas y democráticas. Este tipo de gobernanza daría una salida neocomunitarista a la crisis de los Estados de bienestar (Jessop, 2001).

La gobernanza implica asumir la complejidad y la incertidumbre, pero no eliminarlas. Por tanto, la represión sobre el movimiento por la okupación no es un buen ejemplo de asunción de la complejidad por parte del Estado. Recordemos que gobernanza es sinónimo de redes plurales, es decir, de gobierno multinivel, transversalidad y participación social. Los procesos de negociación con final feliz estudiados en esta investigación, recogerían estas características, pero son muy poco significativos respecto a la norma que es la falta de entendimiento entre okupaciones y poderes locales. La gobernanza participativa quiere el desarrollo de nuevos roles y nuevos instrumentos de gobierno para abordar temáticas como la okupación. El hecho de que muy pocas veces hayan aparecido estas novedades, me han llevado a incluir en mi perspectiva analítica la persistencia de roles e instrumentos tradicionales en la relación entre poder político y movimientos sociales, tales como la cooptación, la institucionalización y la negociación.

Finalmente, la pérdida de soberanía de los Estados en manos de entes supranacionales, por un lado, y la descentralización, por el otro, han situado lo global y lo local en el centro de la gobernanza, lo que plantea nuevas necesidades a su vez. En la investigación se ha abordado la necesidad de una gobernanza de proximidad, que implicaría dos conjuntos de circunstancias. En primer lugar, la politización de los espacios locales que dejarían de ser meros espacios de descentralización administrativa

para ampliar sus agendas e incorporar nuevos roles estratégicos y cualitativos. En segundo lugar, una gobernanza local se caracterizaría por una configuración multinivel con liderazgo local y por una participación horizontal de múltiples actores. Este hecho no se ha dado mucho en el caso de los movimientos sociales de carácter autogestionario que, como el de okupación, han rehusado a menudo la participación y /o han sido violentamente reprimidos por los poderes públicos. Habría que seguir — quizás en futuras investigaciones— en el estudio de más movimientos sociales de estas características para concluir si la no integración de los mismos en la gobernanza de las sociedades complejas es una norma o solo un caso excepcional.

7.3 Sobre las viejas y nuevas formas de interacción entre poder político y movimientos sociales

La crisis de las democracias occidentales, que a partir de los años setenta se traduce en el fenómeno de la desafección democrática, plantea nuevos retos a los movimientos sociales e incrementa su capacidad de incidencia. Esta crisis no reside en el rechazo a la democracia como modelo, sino más bien en la creciente insatisfacción o distanciamiento respecto a su funcionamiento práctico. La desafección democrática, por lo tanto, debe entenderse como la situación de coexistencia de un apoyo mayoritario al ideal democrático como el mejor sistema de organizar colectivamente la sociedad, al tiempo que subsiste el escepticismo hacia las formas institucionales del sistema y sus principales actores: las instituciones públicas y los partidos políticos.

A esta desafección democrática —que se puede comprobar en la baja valoración de los dirigentes políticos, las bajas tasas de afiliación a partidos políticos y sindicatos o los bajos índices de participación en las contiendas electorales— hay que añadir los efectos de la penetración del neoliberalismo en la conciencia de las poblaciones después de treinta años de hegemonía ideológica. Así pues el cambio de rol del Estado, que ha pasado de su rol protector a uno desregulador, se ve reforzado por el retroceso de la conciencia política y de la capacidad de respuesta de la población, sumida en una deriva consumista e individualista. Este panorama presenta, sin embargo, contradicciones y líneas de fuga. Al

tiempo que avanza el individualismo, el desencanto y la falta de interés por lo público, un sector minoritario pero significativo de la sociedad, dotado a menudo de valores postmaterialistas, pide más participación social en la toma de decisiones: ¿son los movimientos sociales una salida al callejón de la política neoliberal? Las respuesta la encontramos en dos fenómenos opuestos y paralelos: en primer lugar, la creciente individualización se traduce en escepticismo y alejamiento por parte de muchos ciudadanos de cualquier espacio de movilización colectiva; mientras que otros ciudadanos, en cambio, optan por implicarse en espacios políticos alternativos, como los movimientos sociales, desde los que se ejercen compromisos colectivos renovados (Giddens, Beck y Lash, 1997).

En este escenario es plausible el ya mencionado nuevo tipo de relación entre movimientos y Estado, el cual está protagonizado por las redes críticas. Las redes críticas estarían compuestas por el tejido asociativo que sí se preocupa por lo público y los NMG que se extienden por todo el mundo desde mediados de los años noventa, en interacción —a menudo conflictiva— con las instituciones políticas. Las redes críticas muestran una fuerte potencial de inserción e incidencia en las redes de políticas. El ejemplo más claro que hemos visto en la investigación sería el de la aparición de un nuevo movimiento vecinal surgido de la red asociativa preexistente en los barrios y su mezcla con jóvenes activistas vecinales que provienen de los NMG en general y del mismo movimiento de las okupaciones. Estas redes críticas, en definitiva, politizan nuevos campos de la política pública, al tiempo que muestran una morfología compleja. De todos modos, no siempre el movimiento por la okupación ha formado parte de redes críticas. De hecho, a menudo, algunas rigideces identitarias, o la propia debilidad organizativa, le han impedido pertenecer a una red más amplia.

Por otra parte, la última característica propia de las redes críticas, es decir, el predominio de lo simbólico, se ha podido volver también en contra de un movimiento como el de la okupación sometido a intensas y recurrentes campañas de criminalización por parte de los medios de comunicación de masas, como hemos visto en los capítulos cinco y seis.

Como ya apuntaba en el apartado anterior, el paradigma de la

gobernanza —y la incorporación al mismo de las redes críticas— implica un pluralismo participativo radical en el que habría que valorar la entrada o no del mundo de las okupaciones. En primer lugar, la autoexclusión del propio movimiento de las redes de políticas, desde su perspectiva autogestionaria, plantea muchos problemas a la perspectiva pluralista. Por otra parte, tampoco se puede hablar de profundización democrática en redes de políticas como las de seguridad y orden público o —incluso— en las de vivienda, pues las asimetrías entre los actores siguen siendo muy elevadas y la capacidad de incidencia en los procesos de políticas públicas no es, por tanto, igualitaria.

En cuanto a la relevancia de la participación de los okupas en las políticas públicas, la podemos situar en el proceso de elaboración de la agenda (El Espai Jove en el barrio de Gràcia de Barcelona) y en la fase de implementación en aquellos casos donde se ha llegado a la legalización de determinados centros sociales okupados (La Eskalera Karakola y Seco en Madrid). Ahora bien, estos casos han sido minoritarios, ya que ha predominado la represión y la criminalización hacia el movimiento.

De hecho, en relación al mundo de las okupaciones, han sido muy pocas las ocasiones en que se han dado dinámicas democratizadoras en la gestión del espacio público. Solo en aquellos casos, en los que se han dado procesos de negociación y se ha legitimado la autogestión de los espacios ocupados por parte del propio movimiento, se puede hablar de experiencias de profundización democrática desde la gobernanza local. Si la repolitización de las políticas de bienestar implica una mayor participación de la sociedad civil en la gestión, el hecho de dar reconocimiento a la labor contra la exclusión social que realizan muchas okupaciones, sería coherente con un escenario de gobernanza participativa y local. En cambio, la represión y la criminalización, por un lado, o la desconfianza por parte del movimiento en las dinámicas de institucionalización propias de los procesos de negociación, por otro, han sido las dinámicas dominantes. En conclusión, el escenario de conflicto continuo y la presión policial y legal sobre las okupaciones han sido el principal obstáculo para lograr nuevas formas de interacción entre el poder político y el movimiento que nos acerquen a una gobernanza participativa y de proximidad.

Hasta aquí las conclusiones a las que ha llegado esta investigación en un plano teórico, conceptual y epistemológico. A partir de ahora se dará respuesta a la pregunta de investigación y a la falsación de las hipótesis planteadas. En definitiva, ¿ha tenido o no incidencia el movimiento por la okupación en las políticas públicas en España en los últimos 30 años? O, tanto revuelo, ¿para qué? Si el lector ha quedado intrigado, se recomienda seguir leyendo.

8. Análisis comparativo, los estudios de caso: cerrando la investigación

La creatividad social se construye en la calle y desde las prácticas cotidianas a partir de actividades reales que se van planteando de forma colectiva como estrategias para desbordar y poder buscar soluciones a las situaciones y/o problemas concretos...

La creatividad y la innovación a menudo se traducen en ir a contracorriente.

Supone aprender a navegar en aguas agitadas y turbias, y esta experimentación debe permitir, cosa no siempre fácil de conseguir la construcción de un cierto método. Aprender desde la experimentación, desde las prácticas relacionales y convivenciales, como es el caso de la okupación, se convierte en la clave para intentar salir de las paradojas.

Facilita el poder tomar decisiones ante situaciones complejas e incluso caóticas a partir de la experimentación, por la verificación de la práctica

(Llobet, 2005: 48 y 49)¹

El siguiente capítulo tratará de sintetizar las principales conclusiones que se extraen de un análisis comparativo de los dos casos estudiados y que permiten cerrar la investigación con un balance del impacto del movimiento por las okupaciones en las políticas públicas en España en los últimos 30

1 Traducido del original en catalán.

años. Los resultados se presentarán de una manera diferente y más directa que en los capítulos cinco y seis. Los datos no serán analizados caso a caso, como en la segunda parte, sino a partir de las variables del modelo analítico expuesto en el capítulo tres. Así, el primer apartado de este capítulo se dedicará a comparar el comportamiento de las variables explicativas en los dos casos estudiados: Cataluña y Madrid.

A continuación, los procesos de negociación, también tendrán su propio apartado comparativo. Después, el apartado 8.3 abordará los diferentes impactos que ha producido el movimiento por la okupación en Cataluña y en Madrid en las cuatro dimensiones de las políticas públicas. Posteriormente, el apartado 8.4 tratará de responder a las tres hipótesis formuladas en la primera parte, siempre desde una perspectiva comparada. Finalmente, realizaré un pequeño balance de los 30 años de okupación en España y de las perspectivas de este movimiento en la actualidad y en el futuro.

8.1 Las variables explicativas

Para empezar, recordemos una vez más las tres variables explicativas del modelo analítico desarrollado en el capítulo 3: a) capital social crítico o alternativo, b) marcos cognitivos y opinión pública y c) red de políticas como estructura de oportunidades políticas.

Recordemos, también, que estas variables se pueden analizar desde una perspectiva estática (condiciones de presencia) y desde una perspectiva dinámica (condiciones de protagonismo). Finalmente, de una determinada combinación de las tres variables explicativas, surge el impacto político, que puede ser analizado a su vez a través de cuatro dimensiones: la simbólica, la operativa, la sustantiva y la relacional.

A) Capital social crítico

Empecemos, pues, por el comportamiento de la variable denominada capital social crítico para los dos casos. Hay que recordar, de nuevo, que esta variable estaba dividida en cuatro subvariables: 1) lo simbólico, 2) miembros, 3) estructura organizativa y 4) estrategias de acción colectiva.

A.1) Lo simbólico

En el comportamiento de la subvariable que he llamado lo simbólico (que hace referencia a los discursos, identidades e, incluso, corrientes políticas del movimiento por la okupación), cabe señalar una primera diferencia en los casos catalán y madrileño. Así, en el caso catalán, se constata el predominio de unas identidades y formas de hacer política más clásicas, propias del anarquismo, de la autonomía y de la izquierda independentista revolucionaria. En el caso madrileño, en cambio, se observa un desplazamiento del predominio de unas identidades y formas de hacer política más clásica en los años ochenta —y muy parecida a las de la autonomía alemana— hacia una progresiva apertura hacia identidades más plurales y difusas, propias del ciclo de protestas contra la globalización neoliberal. En todo caso, hay nuevas experiencias de okupación en Cataluña en las últimas etapas del movimiento, que también apuntan a la emergencia de nuevas subjetividades, más ligadas a los movimientos contra la globalización neoliberal, por una vivienda digna, de las cooperativas de consumo, estudiantil y de inmigrantes. Así pues, las diferencias entre Madrid y Cataluña en esta primera variable han quedado matizadas.

A.2) Miembros

La segunda subvariable, que hace referencia a las personas miembros del movimiento, se puede abordar desde un punto de vista cuantitativo (¿cuánta gente lo integra?) o cualitativo (¿qué perfil muestran?, ¿existe relevo generacional?, etc.). Esta subvariable permitiría hacer un estudio sociológico del movimiento por la okupación, pero no es mi intención ni ha sido el enfoque de esta investigación. Por tanto, solo abordaré dos aspectos relevantes para responder las preguntas de este trabajo. El primero, muy general, sobre la dimensión y la garantía de continuidad del movimiento. En segundo lugar, introduciré una reflexión sobre la condición juvenil del movimiento por la okupación en Cataluña y Madrid, ya que es fundamental para responder a las hipótesis de trabajo.

Respecto al primer punto de vista, la primera reflexión —a partir de las opiniones de todas las personas entrevistadas y de mi propia observación—

es evidente: el movimiento por la okupación madrileña es más pequeño que el catalán. Ahora bien, desde un punto de vista cualitativo, la diferencia no es tan grande. Así, para el caso catalán, el trabajo de esta investigación pone en evidencia la existencia de un movimiento grande y diverso territorialmente e ideológicamente. Además, la larga persistencia del movimiento por la okupación catalán (más de 30 años) demuestra la existencia de un relevo generacional. En el caso madrileño, el movimiento conserva una red suficientemente densa que permite la socialización comunitaria en su seno y que garantiza su pervivencia, pese a la hostilidad del entorno. Además, y quizá precisamente debido a esta hostilidad, en Madrid existen más casos de conformación de redes críticas y de coaliciones promotoras en apoyo del movimiento, especialmente dentro de los procesos de negociación.

Con respecto al tema de la edad, uno de los tópicos más extendidos cuando se habla de okupación y espacios autogestionados es el de asociar estas prácticas a la condición juvenil. La precariedad y la poca estabilidad de las okupaciones, la radicalidad ideológica y la fuerte implicación militante que plantean podrían ser una primera explicación intuitiva de la conformación de este tópico. Ahora bien, como hemos visto en los análisis de prensa de los capítulos cinco y seis, la asociación de cualquier fenómeno social a la condición juvenil también puede servir para deslegitimarlo y restarle seriedad (Giró, 2003). Por otra parte, también hemos visto, sobre todo en el caso catalán, que la administración ha caracterizado el movimiento por la okupación como un fenómeno juvenil.

Hasta ahora hemos visto que, para los medios de comunicación y para las instituciones públicas, la okupación es un fenómeno juvenil. Ahora bien, ¿qué es la juventud? La juventud es una categoría construida socialmente y mutable históricamente que define un grupo social que, como tal, ostenta una posición dentro del espacio social. Este grupo social se establece a partir de varios parámetros, el más significativo de los cuales —aunque no el único— es la edad. Actualmente, entendemos que son jóvenes aquellas personas que tienen entre 16 y 29 años. Aún así, algunas políticas públicas, como las de vivienda joven en Cataluña, elevan la condición de joven hasta los 35 años (Clavel y Fernández, 2008).

Como hemos visto en la segunda parte, si echamos una ojeada a la

historia reciente de la okupación en Cataluña y en Madrid, podemos hablar como mínimo de tres generaciones de okupas. La primera comenzó su actividad a mediados de los ochenta y consolidó sus redes con okupaciones emblemáticas como el Ateneo de Korneyà, en el caso catalán, o Minuesa, en el madrileño. Esta primera generación se caracterizó, también, por abrir espacios de contracultura a la juventud de barrios como Gràcia (Barcelona) o Lavapiés (Madrid). Una segunda generación, la de mediados de los años noventa, protagonizó el salto del movimiento a los medios de comunicación de masas con la okupación y posterior desalojo del Cine Princesa. En Madrid, esta generación se nutrió con la diversidad surgida tras el desalojo de Minuesa y también tuvo su “Princesa” particular con el desalojo de la Guindalera. Esta generación protagonizó el crecimiento y el momento de mayor importancia política del movimiento, con okupaciones como la Hamsa, Can Vies, Kan Pascual, El Laboratorio, La Escalera Karakola y tantas otras. Y, finalmente, encontramos las nuevas generaciones de okupas que, a partir del año 2001, se han incorporado a esta práctica en medio de un nuevo ciclo de movilización internacional protagonizado por los NMG y que ha propiciado la incorporación a la práctica de la okupación de nuevas subjetividades activistas. Estoy hablando de okupaciones como El Patio Maravillas, la Rimaia o Barrilonia, entre otros. Los y las activistas de las dos primeras generaciones superan con creces los 30 años y muchas de ellas continúan vinculadas a los espacios de autogestión. Aunque, ¿podemos considerarlos jóvenes?

En la medida que la juventud es una condición social, podríamos pensar que la edad no es determinante para definirla (Brunet, 2001). Partiendo de esta base y dejando de lado la edad como rasgo definitorio, nos encontramos con otro obstáculo a la hora de definir los y las okupas como jóvenes que hace que muchos de ellos rehúyan esta etiqueta. Y es el hecho de que los paradigmas dominantes sobre la juventud han considerado esta etapa como una transición hacia la edad adulta y a la persona joven como una adulta incompleta, ya sea por su inmadurez, por su precariedad laboral o vital o porque todavía no ha conformado una familia. Además, como hemos visto en los capítulos cinco y seis, la prensa utiliza la etiqueta joven para estigmatizar el movimiento.

Desde esta perspectiva adultocrática y paternalista, se define a la gente joven como lo que no es pero que tiene que llegar a ser: una persona adulta. Desde esta visión, un joven dejará de serlo en la medida en que cumpla con éxito los procesos de transición al mundo adulto. Estos procesos han sido identificados como aquellos que conllevan la asunción de las responsabilidades propias del mundo adulto. Según Gil Calvo (2001), estas responsabilidades son las siguientes: productiva (asignación de un estatus ocupacional), conyugal (asignación de una pareja sexual estable), doméstica (asignación de un domicilio propio) y parental (asignación de una prole dependiente).

Pero también podríamos analizar la juventud desde una perspectiva no adultocrática. Desde esta perspectiva, algunos autores como Brunet (2001) entienden que hay que pasar del concepto de transición al concepto de emancipación. Entenderíamos como emancipación la capacidad de autodeterminación o decisión sobre la evolución de la propia vida. Es decir, emanciparse significaría decidir plenamente con autonomía, independencia y responsabilidad la propia trayectoria vital. Es en este sentido que la juventud es una etapa de emancipación durante la cual se produce una subjetivación respecto de la niñez. La juventud como categoría sociológica es una transición, pero no una transición hacia un modelo concreto de adultez socialmente determinado, sino hacia una capacidad de decidir sobre los diferentes aspectos de la vida del individuo en la sociedad donde se encuentra inmerso. Por tanto, la juventud no se definiría en negativo, como lo que no es, sino en positivo, como lo que es: el proceso a través del cual una persona se afirma como tal en su contexto social.

Por su parte, las instituciones sociales buscan su reproducción fijando unos patrones más o menos claros de transición y limitando la capacidad de emancipación de los individuos. La juventud es un momento clave de socialización donde se ponen a prueba los mecanismos de control social. Esta etapa, como período de incertidumbre o indefinición, es un momento crítico, fuente de posibles mutaciones de la estructura social de una sociedad. Si consideramos que el movimiento por la okupación y las prácticas de autogestión pretenden efectivamente cambiar este sistema, profundizar en sus crisis, vivir en los márgenes y transformar la sociedad,

podemos considerar que los y las okupas se encuentran en una situación de eterna juventud.

Los y las okupas, por tanto, son jóvenes independientemente de la edad que tengan. Pero no lo son por ser personas adultas incompletas, sino porque quieren construir la libertad y, por tanto, rehuir la reproducción social de un sistema social injusto, insolidario e individualista. De hecho, las comunidades okupas no son solo el cobijo de jóvenes rebeldes —que, con el tiempo, llegarán a la edad adulta y quizás olvidarán esta experiencia— sino que, junto con los espacios autogestionados más estables, forman parte de una red de resistencia ante el imaginario conservador del pensamiento único neoliberal (González, 2008). Además, algunos autores sostienen que, en un contexto de retroceso del Estado del Bienestar, la autogestión genera mecanismos efectivos de lucha contra la exclusión social (Calle, 2004). Para concluir este subapartado, hay que subrayar que las comunidades autogestionadas madrileñas y catalanas —sean espacios okupados, de propiedad o de alquiler—, actúan como elemento de cohesión, lo que nos permite evitar las connotaciones peyorativas que impone el paradigma adultocrático sobre el concepto de juventud y afirmar que la okupación es un movimiento juvenil desde una perspectiva emancipadora.

A.3) Estructura organizativa

La tercera subvariable del capital social crítico presenta algunas diferencias entre los dos casos estudiados. Así, Cataluña es el único lugar de España donde encontramos una cierta continuidad en este aspecto y un fuerte respeto por las primeras identidades del movimiento. De esta forma, la Asamblea de Okupas de Barcelona, el *Contra-Infos* o el *Infousurpa* han actuado como órganos aglutinadores. En cambio, en Madrid, la estructura organizativa del movimiento —aunque sigue la pauta de inestabilidad, pluralidad y dinamismo del resto del Estado— ha sido fuente de debates y experiencias diversas. De alguna manera, la presencia de un sector proorganizativo fuerte —aunque de acuerdo con los criterios de horizontalidad, democracia directa y autonomía— ante otro partidario de la red y la coordinación puntual ha sido una constante durante la mayor parte del período estudiado. En todo caso, durante los últimos años, un

mayor énfasis organizativo en Madrid y una fuerte apertura a nivel local en algunas okupaciones de Barcelona, hacen pensar en un proceso de confluencia entre ambos casos con respecto al comportamiento de esta subvariable.

Por un lado, en Madrid, el nacimiento de la Asamblea de Centros Sociales de Madrid y Guadalajara presentaría un formato de red, pero al mismo tiempo tendría vocación de permanencia. Mientras tanto, en Cataluña, desde principios de la década de 2000, pero más aún en estos últimos años con la incorporación de nuevos contingentes militantes en la práctica de la okupación —provenientes del movimiento estudiantil contra Bolonia, del movimiento de inmigrantes y del movimiento por una vivienda digna— están produciendo más aperturas y más trabajo en red con movimientos sociales, asociaciones, entidades y colectivos muy diversos. En todo caso, la continuidad de la Asamblea de Okupas de Barcelona ha favorecido una mayor presencia del movimiento en cualquier momento histórico en Cataluña. Esta solidez organizativa, sin embargo, también ha podido ser fuente, en determinados momentos, de rigidez y cierre. Sin embargo, la apertura y la permeabilidad constantes del mundo de las okupaciones hacia otros movimientos sociales en Barcelona y la búsqueda explícita de esta red de apoyo en Madrid han generado, en ambos territorios, estructuras en red que conectan el movimiento por la okupación con otros movimientos contestatarios, alternativos e, incluso, tradicionales (como el vecinal) de los dos territorios.

A.4) Estrategias de acción colectiva

Finalmente, con respecto a la cuarta subvariable, la de las estrategias de acción colectiva, hay que constatar algunas pequeñas diferencias. En Cataluña, se puede afirmar el predominio de estrategias puramente autónomas de desobediencia civil y de acción directa (normalmente no violenta). En cambio, solo algunas okupaciones puntuales —aquellas más abiertas a la negociación o las muy emblemáticas— han optado de forma complementaria por la búsqueda de coaliciones promotoras críticas, especialmente en situaciones previas a los desalojos. En Madrid, sí se puede ver, al menos en un sector, una evolución de estrategias puramente

autónomas hacia una combinación de estas con la búsqueda de coaliciones promotoras críticas, sobre todo en momentos de negociación.

B) Marcos cognitivos y opinión pública

La segunda variable, sobre marcos cognitivos y opinión pública ha sido analizada con dos estrategias fundamentales: a) la imagen pública que el movimiento presenta a los medios de comunicación de masas, en concreto a la prensa y b) el análisis de los medios de contrainformación generados por propio movimiento. Pero si recordamos la caracterización de esta variable hecha en el capítulo tres, habría que añadir un tercer análisis: c) el estudio de las estrategias discursivas del movimiento. El discurso del movimiento se ha analizado a través de las entrevistas, pero también con la observación participante en manifestaciones o a través de la lectura de panfletos y comunicados. Por otra parte, también se han tenido en cuenta estudios específicos sobre el tema de los discursos y las identidades en el interior del movimiento por la okupación en España (Martínez, 2007 y 2010b).

B.1). La imagen pública del movimiento

La subvariable de imagen pública del movimiento ha presentado un comportamiento negativo en ambos casos, a consecuencia del predominio de la dimensión criminalizadora de los medios de comunicación hacia el movimiento social. Sin embargo, en determinados momentos, el movimiento por la okupación —tanto en Cataluña como en Madrid— ha conseguido transmitir sus demandas sobre vivienda y falta de espacios de sociabilidad y, a la vez, estas demandas han sido identificadas por los medios como demandas legítimas y representativas de la juventud.

B.2. y B.3) Contrainformación y estrategias comunicativas

En cuanto a la contrainformación y a las estrategias comunicativas, también observamos diferencias muy pequeñas.

Así, en el caso de Cataluña, hemos observado múltiples experiencias de contrainformación que, a pesar de su valía para construir la identidad del movimiento, no han llegado a extender su discurso a sectores sociales más amplios. En este sentido, se puede afirmar que, en Cataluña, han

predominado unas estrategias discursivas de confrontación.

En cuanto a Madrid, la cuestión presenta algunas diferencias respecto los casos catalanes. En primer lugar, del movimiento por la okupación madrileña —o de ciertos sectores presentes en su interior—, han surgido utensilios de contrainformación potentes que, además, han presentado evoluciones interesantes en el tiempo en relación a las estrategias discursivas. Así, en procesos como el del nacimiento y la consolidación del quincenario *Diagonal*, determinados sectores de la okupación madrileña han cambiado las estrategias de comunicación más confrontativa por estrategias de tendido de puentes y de investigación de más repercusión en sectores sociales potencialmente afines a los movimientos sociales de carácter transformador.

En todo caso, como en otras variables, durante la última etapa se observan más similitudes que diferencias entre Cataluña y Madrid. La experiencia del semanario de comunicación *La Directa* en Cataluña es un ejemplo claro de un primer intento de superar las limitaciones de los fanzines y de llegar a más sectores de la red crítica alternativa catalana.

C) Las redes de políticas públicas como EOP

A continuación, compararé el comportamiento de la tercera variable explicativa, las redes de políticas públicas como EOP. Ahora bien, como he explicado en el capítulo tres, la enorme complejidad de esta variable me ha invitado a simplificarla en función de los modelos ideales de red de políticas con las que se puede encontrar un movimiento social en su interacción con la gobernanza: la comunidad de políticas (*community policy*) y la red temática (*issue network*) (ver *figura 3.2*).

Así pues —y partiendo también de otra simplificación, que es el hecho de reducir a tres las posibles redes de políticas con las que interacciona el movimiento (vivienda, juventud y seguridad y orden público)— más que analizar de forma exhaustiva cada red de políticas, las caracterizaré de forma esquemática por si se asimilan más a uno de los dos tipos ideales, la comunidad de políticas o la red temática. En función de ello, veremos si el comportamiento de esta variable favorece o dificulta la acción colectiva del movimiento (tal como está formulado en la *figura 3.2*).

En general, el modelo de red temática, globalmente, presenta una configuración más propicia a la inserción de procesos de movilización social. Sin embargo, no se produce de forma sistemática. Algunas características de la red temática se muestran más problemáticas e, incluso, muy poco facilitadoras para la red crítica (Ibarra, Gomà y Martín, 2002). Como decía en el capítulo tres, en general, cuanto más densidad y complejidad haya, mejor EOP por la red crítica; características, ambas, de la red temática, que al mismo tiempo tiene una intensidad relacional solo puntual. En segundo lugar el predominio de lo simbólico sobre lo material también favorecería el EOP de la red crítica, como ocurre en las redes temáticas, aunque presentan relaciones de poder asimétricas. Por último, la existencia de conflictos y lógicas de confrontación, la reactividad, la permeabilidad y la presencia mediática, características todas ellas de una red temática, favorecerían la aparición procesos de movilización.

Así pues, caracterizaré las redes de políticas de vivienda, juventud y seguridad y orden público en ambos territorios, ya que, según mis hipótesis de trabajo, son las que se relacionan más con la actividad del movimiento.

C.1) Vivienda

Durante gran parte del período estudiado, tanto a Madrid como Cataluña, las redes de políticas públicas de vivienda han presentado un aspecto de comunidad de políticas y, por tanto, inhibidor de la acción colectiva crítica en esta materia. El tipo ideal de comunidad de políticas, como se explicaba en el capítulo tres, se caracteriza por la poca densidad de actores, por una fuerte homogeneidad de los mismos, por el predominio de las relaciones de conflicto y exclusión de los actores más “externos” y por una distribución muy asimétrica de los recursos de poder a favor de los actores centrales (autoridades públicas, poder económico y medios de comunicación), con una permeabilidad muy baja, generadora de estrategias de confrontación con los actores “nuevos” como las redes críticas.

Como hemos visto en los estudios de caso, aunque esta podría parecer la red principal del movimiento por la okupación, este no ha conseguido entrar en la gobernanza por este camino. Esto es fruto de una doble circunstancia: por un lado, el cierre de la propia red de políticas, pero, por

otra, el hecho de que el movimiento por la okupación, en España, no es principalmente un movimiento para la vivienda. A continuación justificaré un poco más estas dos aseveraciones.

La configuración básica de la red de políticas de vivienda es particularmente cerrada y presenta un predominio de los intereses de la esfera mercantil —en concreto de las empresas inmobiliarias y el capital financiero y especulativo—, una esfera institucional más interesada en reprimir el movimiento que no a escuchar sus reivindicaciones y una esfera familiar-comunitaria con una densidad baja de capital social, con la excepción puntual de algunos sectores del movimiento vecinal. Este último extremo presenta una pequeña variación entre Cataluña y Madrid, ya que la entrada del gobierno tripartito catalán, el Pacto Nacional para la Vivienda y la posterior Ley de la Vivienda parece que abren un poco la red a partir de 2003 y 2006. Sin embargo, finalmente, los resultados también son decepcionantes y no se escuchan las principales demandas de un movimiento cercano en este campo, el movimiento por una vivienda digna: despenalización de la okupación de inmuebles abandonados, precios máximos para el alquiler y la compra o incremento significativo de la carga impositiva y la presión fiscal a los inmuebles vacíos, refugio de la especulación inmobiliaria.

No sería justo, sin embargo, no explicitar los cambios significativos que han habido en política de vivienda (especialmente en el sector juvenil), impulsados a partir de 2003 a raíz del cambio de gobierno en Cataluña. Las principales iniciativas han sido las ayudas al alquiler implantados en 2004 mediante el Plan por el derecho de la vivienda (de los que se beneficiaron 4,444 jóvenes menores de 25 años en 2007) y la movilización de viviendas desocupadas a través de la Red de Mediación para el alquiler social y de las bolsas de vivienda joven, de las que se beneficiaron 6,588 unidades familiares en los años 2006 y 2007 (Clavel y Fernández, 2007). En todo caso, la extensión indiscriminada de las ayudas a la vivienda juvenil provocó que las ayudas fueran absorbidas por los precios del mercado. Así, en Cataluña, el precio del alquiler medio pasó de 796.64 euros mensuales en 2004 a 908.52 euros en 2008, mientras que en la ciudad de Barcelona se disparaba de 723.18 euros al mes a 1,081.32 durante el mismo periodo

(Departamento de Medio Ambiente, 2008). Estos aumentos implicaban un incremento, entre 2004 y el 2008, del gasto anual en alquiler de 4,297.68 euros en Barcelona y de 1,342.56 euros por la media de Cataluña. Si tenemos en cuenta que las ayudas a la vivienda joven podían llegar a un máximo de 2,880 euros anuales (Clavel y Fernández, 2008), podemos comprobar que, a la juventud barcelonesa, esta ayuda solo le servía para reducir una parte del aumento del gasto anual y, por la juventud catalana media, la ayuda quedaba rebajado a la mitad.

A principios del año 2008, el Ministerio de Vivienda del Gobierno extendió unas ayudas similares al conjunto del Estado, con una reducción de la edad para percibirlos en la franja entre los 22 y los 30 años y al mismo tiempo, relajando sus requisitos económicos de manera que la ayuda se generalizó entre la gente de estas edades. Este hecho, combinado con una rebaja de los precios del alquiler debido a la crisis económica y financiera que estalló el otoño de 2008, favoreció el acceso a la vivienda a miles de jóvenes momentáneamente. Ahora bien, los recortes sociales impulsados por los gobiernos central y autonómico en 2010 se tradujeron en la reclamación del retorno de las ayudas para el alquiler a más de 8,000 jóvenes de toda España (*El País*, 20 de agosto de 2010).

En todo caso, las oportunidades políticas que podrían abrir el Pacto Nacional de la Vivienda en Cataluña o las ayudas al alquiler juvenil en todo el Estado coinciden temporalmente con el surgimiento, en Cataluña y Madrid, de un movimiento por una vivienda digna, diferente del movimiento por la okupación, aunque participado por algunos sectores del mismo. Este hecho —que desarrollaré en las conclusiones finales de esta investigación (en el capítulo ocho)— demuestra que el movimiento por la okupación no es solo un movimiento por la vivienda y, sobre todo, que no representa la totalidad del movimiento por la vivienda. Así pues, tanto el cierre de la propia red como las características del movimiento por la okupación acaban configurando un comportamiento negativo de esta variable en relación a la posible incidencia del movimiento por la okupación en las políticas de vivienda. Por otra parte, hemos visto que se trataba de unas políticas de vivienda dirigidas especialmente a los sectores juveniles. Por eso damos paso a la siguiente red de políticas, las de juventud.

C.2) Juventud

Para las políticas de juventud, parece que la red, como estructura de oportunidades, sí se presenta más permeable a la entrada de la red crítica de okupación. Incluso la podemos caracterizar como más cercana al modelo de red temática que al de comunidad de políticas. A pesar de las dinámicas represivas, en momentos muy puntuales el movimiento ha podido penetrar en la gobernanza a través de esta red, en especial en Cataluña. Se trata, sin embargo, de una red secundaria, con poca presencia social y con poca capacidad de generar políticas por sí sola. Desde esta red, se han invitado miembros del movimiento a participar en debates públicos, aunque a menudo la interlocución ha sido rechazada porque no la han encontrado adecuada en un contexto de confrontación general con los poderes públicos y de utilización de la criminalización y la represión como estrategias predominantes hacia el movimiento.

Probablemente, la caracterización de la okupación como un fenómeno juvenil por parte de los medios de comunicación de masas y de las propias administraciones públicas ha influido bastante en la buena predisposición de la red de políticas de juventud hacia el movimiento por la okupación. Este hecho ha quedado suficientemente demostrado en los análisis de prensa, tanto en el caso de Madrid como en el de Cataluña. En las entrevistas realizadas a técnicos y políticos de la administración local también se ha podido captar este hecho.

Además, desde esta red de políticas, en Cataluña, se ha dado apoyo a procesos de negociación (como la Comisión de diálogo con el movimiento por la okupación, explicada en el capítulo cinco), al tiempo que se ha intercedido en conflictos como el de Torreblanca o se han intentado diálogos en barrios de Barcelona como Sant Andreu o Gràcia para el establecimiento de centros cívicos de carácter juvenil con fórmulas de cogestión o gestión participativa. En Madrid, en cambio —como veremos en el apartado siguiente, dedicado a los procesos de negociación— la administración no ha tomado muchas iniciativas desde el área de juventud de cara al movimiento y los okupas tampoco la han considerado una red especialmente atractiva.

Figura 8.1 Resumen del comportamiento de las variables explicativas

Var.	Subvar.	Cataluña	Madrid
1. Capital social crítico	1.1. Lo simbólico	Predominio identidades radicales clásicas: anarquismo, autonomía, independentismo revolucionario. A partir de 2002, emergencia de nuevas subjetividades.	Progresiva apertura hacia identidades más plurales y difusas, propias del ciclo de protestas contra la globalización neoliberal.
	1.2. Los miembros	Masa crítica, relevo generacional, afinidades entre barrios determinados, diversidad territorial e ideológica	Más pequeño, pero permite la socialización comunitaria en el seno del movimiento y garantiza su pervivencia.
	1.3. La estructura organizativa	Modelo de coordinación asambleario, no jerárquico y en red. Persistencia de la Asamblea de Okupas de Barcelona	Debates en los años ochenta y noventa entre sectores autónomos: pro-organizativos y difusos. Síntesis años dos mil: coordinación en red.
	1.4. Las estrategias de acción colectiva	Predominio de estrategias autónomas: desobediencia civil y acción directa. En algunas ocasiones, redes críticas.	Combinación de generación de contrapoderes con conformación de redes y coaliciones promotoras críticas.

2. Marcos cognitivos	2.1. Contrainformación	Múltiples experiencias de contrainformación, a menudo autorreferenciales e identitarias. Directa, intento de apertura.	De <i>Molotov</i> en <i>Diagonal</i> , o de la contrainformación en la comunicación crítica o alternativa.
	2.2. Estrategias discursivas	Predominio de las estrategias confrontativa, con momentos puntuales de tendido de puentes.	Evolución, no generalizada, de las estrategias confrontativa a las de tendido de puentes.
	2.3. La imagen pública del movimiento	Criminalización por parte de los medios, pero, en determinados momentos, el movimiento transmite la legitimidad de sus demandas.	Criminalización por parte de los medios, pero, en determinados momentos, el movimiento transmite la legitimidad de sus demandas.
	3.1. Vivienda	Comunidad de políticas, con intento de apertura a partir de 2006 (Pacto Nacional y Ley del Derecho a la Vivienda).	Comunidad de políticas, escenario inhibitor de la acción colectiva crítica.
3. Redes de políticas como EOP			

3. Redes de políticas como EOP	3.2. Juventud	Red temática, más permeable a la incidencia del movimiento, pero poco central, políticas periféricas.	Irrelevante. Mejor disposición de otras redes como urbanismo, educación o cultura, que aparecen como redes temáticas.
	3.3. Seguridad y orden público	Comunidad de políticas, pero generadora de oportunidades políticas para el movimiento (aprobación Código Penal, desalojos, etc.).	Comunidad de políticas, pero generadora de oportunidades políticas para el movimiento (aprobación Código Penal, desalojos, etc.).

Fuente: Elaboración propia.

8.2 Las negociaciones políticas por la “legalización”: los centros sociales okupados

La palabra “legalización” aparece entre comillas en el título de este apartado porque los procesos de legalización no siempre se han analizado en sentido estricto. Por ejemplo, hablaremos de cesión cuando la administración ceda un local. Otra figura sería la expropiación, que se da cuando el Estado expropia la propiedad de un inmueble por abandono notorio de sus obligaciones. En todos estos casos, el resultado será parte de un proceso de negociación, entendida como diálogo con objetivos políticos entre las okupaciones, la administración y la sociedad civil.

La legalización de un centro social puede tener un mayor impacto en las políticas que no la continuidad, siempre precaria e inestable, de la okupación. A pesar de que insisto en la validez de la hipótesis que considera que el propio movimiento por la okupación ya genera políticas de juventud y vivienda, hay que reconocer que este extremo solo es cierto en aquellas ocupaciones que gozan de cierta estabilidad. Dado el marco legal actual —que considera la okupación de inmuebles abandonados como un delito penal— y la estrategia predominantemente represiva de las administraciones públicas ante la acción del movimiento, las okupaciones que logran consolidarse son pocas. En definitiva, todas las okupaciones tienen dificultades para ejecutar proyectos sociales a largo plazo, siempre pendientes de su situación legal y del posible desalojo.

Por otra parte, la negociación y el diálogo, como vías para solucionar el conflicto urbano planteado por la okupación, se sitúan de lleno en la concepción de la gobernanza participativa local, desarrollada en la primera parte, como formas de afrontar el autogobierno de las sociedades complejas actuales.

Pero, ¿qué conclusiones podemos extraer de los procesos de negociación estudiados en esta investigación? ¿Qué diferencias podemos encontrar entre los casos de Cataluña y Madrid? Recuerdo que, para desarrollar este análisis, emplearé parte de utillaje teórico desarrollado en la primera parte.

Por lo tanto, aparte de ver hasta dónde han llegado las negociaciones y qué impactos han generado en las políticas, me interesaré por los cambios que esto ha podido suponer por el propio movimiento en términos de

institucionalización. En este sentido, quiero recordar los dos tipos de institucionalización que definía Pruijt (2003) y que he explicado en la primera parte. La institucionalización terminal sería aquella que tiene como consecuencia el abandono de las acciones disruptivas por parte del movimiento, ya que la mayor parte de este se ha legalizado o ha desaparecido. La institucionalización flexible, en cambio, produciría un movimiento que combina acciones convencionales y disruptivas porque solo se ha consolidado legalmente un sector determinado (Pruijt, 2003 y Martínez, 2010b).

A esta categorización, basada en la continuidad o el cambio en el repertorio de protesta, hay que añadir otra de tipo organizativo. Hay que medir, si esto se produce, qué consecuencias tiene el movimiento la cooptación de sus líderes por parte del Estado o de organizaciones proveedoras de servicios, adjudicatarias de la externalización de servicios públicos. Según Miguel Martínez (2010b), si en el proceso de legalización de las okupaciones la cooptación de miembros relevantes o la formalización empresarial de los activistas no abarcan una mayoría del movimiento, no se producirá una institucionalización terminal, sino una de flexible.

En Cataluña, como se ha visto en el capítulo cinco, solo se ha observado un caso de negociación con un final acordado por las partes, el de Torreblanca. Luego, hemos visto un intento de establecer un escenario amplio de negociación, la Comisión de diálogo con el movimiento por la okupación, creada a propuesta del Parlamento de Cataluña. Finalmente, con el caso del Espai Social Magdalenes, hemos visto (de forma incipiente) un ejemplo de interpelación negociadora por parte del movimiento sin una respuesta positiva por parte de la administración y, por tanto, en la práctica, una inexistencia de negociación. Los relatos de los diferentes casos catalanes, sin embargo, muestran más situaciones de negociación o de contactos entre la administración y las casas okupadas, aunque se ha tratado de interacciones que —utilizando la terminología de Miguel Martínez (2010b)— podríamos llamar subsidiarias y forzadas. Me refiero a las conversaciones para evitar un desalojo, los contactos para pedir permisos para hacer manifestaciones o la participación en las fiestas populares. Finalmente, también se ha citado (en el caso del barrio de

Gràcia) el proceso frustrado de conversaciones para la construcción de un equipamiento juvenil a finales de los años noventa, retomado a finales de la década de 2000 en forma de discusión sobre la gestión del espacio una vez ya está en funcionamiento.

En cuanto a Madrid, en el capítulo seis, sí he podido analizar tres procesos de negociación finalizados: el de La Escuela de Educación Popular del barrio de la Prosperidad, el CSOA de mujeres La Eskalera Karakola del barrio de Lavapiés y el CSOA Seco en el barrio de Adelfas (distrito del Retiro). En la introducción al caso madrileño se apuntaban dos procesos más, que no pude estudiar porque se han producido posteriormente a mi contacto con el campo. Se trata de los intentos negociadores de los okupas del Patio Maravillas (en el barrio de Malasaña) y los finalmente exitosos de la Red de Lavapiés para la gestión de un edificio de titularidad pública para los movimientos sociales (El CSA La Tabacalera de Lavapiés).

La primera conclusión que podemos extraer es obvia. Aparentemente, se han llevado a cabo más procesos de negociación y/o legalización con éxito en Madrid que en Cataluña. En un artículo que publiqué al respecto (González, 2004), tildaba estos resultados comparativos de aparentemente paradójicos. En general, ambos casos coincidían en la imposibilidad de llegar a escenarios amplios de negociación. Ahora bien, los motivos eran, en una primera aproximación, muy diferentes. Así, en Madrid, el movimiento estaba presentando propuestas imaginativas y perfectamente realistas para la legalización de centros sociales okupados, sin contar, de momento, con una respuesta institucional global. En Barcelona, en cambio, generalmente, los intentos de la administración —bien intencionados o no— de negociar con el movimiento habían sido rechazados de plano por el propio movimiento, que esgrimía determinados problemas como la persistencia de la represión.

Entonces deduje que, en Madrid, un movimiento más débil apostaba por la negociación como medio de subsistencia ante la represión insistente y —en cambio—, en Cataluña, un movimiento aún fuerte rehuía el debate para evitar posibles divisiones y resistía, especialmente en aquellos barrios y ciudades donde conservaba un apoyo social nada despreciable. También se podría argumentar que los peligros de cooptación eran más evidentes en

Cataluña, con predominio de gobiernos locales de la izquierda institucional —especialmente en Barcelona y su área metropolitana—, que en Madrid, donde la distancia ideológica entre el PP y el movimiento era tan grande que impedía la cooptación o la asimilación del movimiento por parte de las instituciones. Esto, además, podría quedar muy bien reforzado por el hecho de que la única experiencia negociadora finalizada en Cataluña se hubiera dado a un municipio gobernado por CIU (Sant Cugat). En esta investigación tengo espacio para hilar más fino y comprobar, a la luz de acontecimientos posteriores, si estas conclusiones tentativas iban en buena dirección.

En primer lugar, pues, habrá que abordar la predisposición o la negativa del movimiento a negociar o, dicho de otro modo, la existencia de discursos favorables y opuestos a la legalización de las okupaciones en el interior del mismo movimiento de los dos territorios.

En segundo lugar —y girando hacia la otra parte interlocutora en la negociación— veremos desde qué instancias administrativas se han establecido negociaciones con los okupas, a qué red de políticas corresponden y cuál ha sido su talante. En relación a este aspecto, habrá que ver de qué manera el movimiento ha constituido a su alrededor verdaderas redes críticas o ha podido introducir en los espacios formales coaliciones promotoras críticas favorables a sus objetivos. Finalmente, habrá que hacer un balance de las legalizaciones allí donde se han producido, tanto desde el punto de vista de su impacto en las políticas públicas como de las consecuencias en forma de institucionalización por el propio movimiento. Así pues, estableceré la comparación de las negociaciones para la legalización de los centros sociales okupados con los tres epígrafes siguientes, que sintetizaré en un cuadro para finalizar el apartado a) Discursos hacia la negociación dentro del movimiento, b) Redes de políticas/EOP negociadora y c) Impactos e institucionalización.

A) Discursos hacia la negociación dentro del movimiento

En primer lugar, presentaré las características de los discursos favorables y contrarios a la negociación que se producen en el interior del movimiento por la okupación. Me basaré en un texto específico sobre esta temática

de Miguel Martínez López (2010b). En segundo lugar, veré cuál es la presencia de unos u otros discursos en Madrid y Cataluña, teniendo en cuenta las experiencias estudiadas en los capítulos cinco y seis.

Los sectores del movimiento por la okupación interesados en las posibilidades de la legalización se preguntan “cómo” se hace y qué consecuencias tiene. Por su parte, los que la rechazan no consideran útil para el movimiento ni siquiera hablar sobre la legalización, aunque sí suelen prever la ruptura del movimiento por la okupación o la desvirtuación de la autogestión anticapitalista como consecuencias más que probables de la legalización. Otros activistas con posturas que podríamos calificar de intermedias rechazan el “cómo” del proceso de negociación, pero desean el “beneficio” de la tolerancia o el respeto de las autoridades en forma de estabilidad del proyecto. En general, la gente partidaria de la legalización considera que es un recurso legítimo para continuar avanzando en las reivindicaciones y las propuestas del movimiento por la okupación. En cambio, las personas detractoras conciben la legalización de las okupaciones como una contradicción con la propia acción desobediente de okupar y de denunciar la existencia de la propiedad privada (Martínez, 2010b).

En el caso de Madrid, ya desde mediados de los años noventa, existe un debate rico en torno a esta cuestión en el interior del movimiento por la okupación. Desde centros sociales emblemáticos como La Eskalera Karakola, El Laboratorio o Seco, se han lanzado propuestas y se han llevado a cabo procesos de negociación que han demostrado en la práctica las ventajas que suponen. Así pues, en Madrid, las experiencias de negociación han mostrado beneficios por el movimiento en forma de seguridad legal y estabilidad de las actividades de los centros sociales; legitimación para las okupaciones, al completar procesos instituyentes, y finalmente, han sido procesos que no han impedido la continuidad de la radicalidad política —entendida en términos de autogestión— una vez conseguida la legalización. Estos procesos, pues, han conformado una situación de debate vivo e intenso en el movimiento por la okupación madrileño, con gente partidaria y detractora de los procesos de negociación, pero con mucha reflexión y experiencias prácticas sobre el tema. Los procesos que

hay actualmente en marcha en el Patio Maravillas o la cesión reciente de un local inmenso por parte del Ministerio de Cultura en la Red de Lavapiés —el CSA La Tabacalera de Lavapiés— mantienen vivo el debate y dan pie a controversias nuevas e interesantes.

En cambio, en el interior del movimiento de Cataluña, predomina un discurso claramente contrario a los procesos de negociación bajo tres argumentos principales. El primero es perder radicalidad política en las okupaciones al aceptar las reglas del juego y aceptar al Estado como interlocutor. El segundo, que las negociaciones conducen indefectiblemente a la ruptura de la cohesión del movimiento que lo dividen entre okupas “buenos” (los que negocian) y okupas “malos (los que no negocian). Finalmente, se argumenta que estos procesos siempre son parciales, conviven con una represión generalizada en el resto del movimiento y proporcionan estabilidad solo en algunos centros sociales. Esta postura ha quedado recogida ampliamente en las entrevistas y conversaciones mantenidas con miembros del movimiento a lo largo del proceso de elaboración de la investigación, pero también en acciones públicas del movimiento. Por ejemplo, cuando el *Infousurpa* (una publicación periódica del movimiento) tildó a Torreblanca como “ejemplo que no se debe seguir por las consecuencias del hecho de pactar [...] Siguiendo el juego al poder no se le destruirá, sino que, por el contrario, se le perpetuará” (*Infousurpa*, septiembre de 2001). Desde estos entornos, mayoritarios en el caso catalán, se ha manifestado que, si se concibe la práctica de la okupación como una acción contraria a la existencia de la propiedad privada, entonces, no se puede admitir ningún tipo de negociación porque ello supondría aceptar las reglas del juego (Asamblea de Okupas de Barcelona, citado en Martínez, 2010b).

En Cataluña, la contundencia de la postura contraria a la negociación ha evitado el debate con los sectores que son partidarios. La condena pública del caso de Torreblanca ha actuado de castigo ejemplarizante para la gente que quiera seguir este camino. Esto ha hecho matizar algunas posturas favorables a la negociación, como es el caso de Can Masdeu, que presenta sus contactos con la administración de forma muy cautelosa al conjunto del movimiento (Can Masdeu, citado en Martínez, 2010b). También se han

minorizado posturas abiertamente favorables a los procesos de negociación como la del Espai Social Magdalenes, que propone la creación de nuevos espacios públicos no estatales como instituciones de contrapoder.

Pero este cierre a la negociación por parte del movimiento por la okupación catalán se debe relativizar con dos argumentos. El primero es el hecho de que los sectores partidarios de la negociación se han ganado el reconocimiento de las nuevas subjetividades okupas, representadas por centros sociales como Barrilonia o la Rimaya, y de actores colectivos urbanos más formalizados, como las asociaciones vecinales. El hecho, sin embargo, que estos sectores no puedan contar con ninguna experiencia positiva de negociación en Cataluña saca fuerza a su postura.

El segundo argumento es que la legalización no se cree necesaria por parte de todos aquellos sectores del movimiento, o muy cercanos a él, que han apostado directamente por locales de alquiler o de compra. Tal como he explicado en los capítulos cuatro y cinco, a partir de finales de los años noventa y durante la década de 2000, en toda Cataluña, se consolida un nuevo movimiento de ateneos y centros sociales legales, que proviene fundamentalmente de los ámbitos del movimiento por la okupación, de la autonomía y de la izquierda independentista y/o revolucionaria. Un ejemplo de este discurso, que considera innecesaria la negociación con la administración para que la misma sociedad civil ya pueda generar espacios de sociabilidad autogestionados, lo encontré durante la entrevista hecha a un miembro del CS Arran en 2001.

Pero, para nosotros, desde Sants, nuestro referente es la sociedad civil y todo el tema de la cogestión con la administración pública, nos hemos negado siempre porque somos autogestionarios y no tiene sentido. Si tú igualmente estás constituyendo un ámbito de participación pública, externo a las instituciones [...] Nosotros, directamente, no presionamos la administración, pero la sociedad civil se radicaliza, se construyen espacios de encuentro con el movimiento okupa y esto, de forma indirecta, sí presiona la administración (entrevista a Ivan M., 2001).²

2 Del original en catalán: “Però, per nosaltres, des de Sants, el nostre referent

Y como ejemplo de cómo funcionan estos espacios autogestionados no okupados pero que representan un espacio político muy cercano, me parece relevante esta cita de una entrevista a un miembro de La Torna en 2002.

La Torna, lo primero que hizo para al abrir el local es que 30 personas pusieran tres mil pesetas al mes; esto todavía sigue siendo el núcleo duro de La Torna [...] Ahora somos 85 simpatizantes, que pagamos entre 300 y 3,000 pesetas al mes, pero en las asambleas somos entre 15 o 20 personas. Hay asamblea cada semana y, cada trimestre, hay una asamblea extraordinaria donde se deciden los ejes de trabajo. Sin embargo, los últimos años, no es así, porque quien manda es la realidad y, entre el desfile militar, el 12 de octubre... a veces es el calendario que te impone las tareas. Siempre hay un núcleo de cinco o seis personas, más activo, que va variando y es rotatorio; siempre hay épocas en que hay gente que se implica más o menos [...] Hay, también, las comisiones técnicas: la de economía, la de refrigerio, la gente que estamos más en temas de propaganda [...] Luego también hay, muy difuminada, pero realmente la gente que lleva temas legales, de permisos, etcétera... y luego otra gente más sectorial que, por ejemplo, trabaja el campo sindical. Es decir, orgánicamente, podríamos decir que hay cuatro comisiones: la de financiación o autogestión, como conseguir los recursos; la de contenidos, que es la más amplia y trabaja los contenidos, cuál es el proyecto político; la de infraestructura y la de coordinación, aquellas cinco o seis personas que te decía

és la societat civil i tot el tema de la cogestió amb l'administració pública, ens hi hem negat sempre perquè som autogestionaris i no té sentit. Si tu igualment estàs constituint un àmbit de participació pública, extern a les institucions [...] Nosaltres, directament, no pressionem l'administració, però la societat civil es radicalitza, es construeixen espais de trobada amb el moviment okupa i això, de manera indirecta, sí que pressiona l'administració" (entrevista a Ivan M., 2001).

(entrevista a David, 2002).³

Podemos encontrar citas parecidas a las entrevistas realizadas a miembros del Ateneu Candela de Terrassa (entrevista a Tomi, 2002) o del *Infoespai*, también en el barrio de Gràcia (entrevista a Enric, 2005). Pero estas reflexiones forman parte del tercer epígrafe —el de la institucionalización— y no tanto de los discursos presentes en el movimiento.

B) Redes de políticas/EOP negociadora

En el apartado anterior, he caracterizado las redes de políticas públicas a las que se dirige voluntariamente o involuntariamente el movimiento por la okupación y he constatado que, en términos generales, estas redes no presentan diferencias significativas en ambos territorios. Pero, en cambio, he visto más oportunidades para la negociación en Madrid que en Cataluña. ¿O quizás no? Para establecer una comparación, haré una mirada a las redes de políticas de Madrid y Cataluña enfatizando sus diferencias,

3 Del original en catalán: “La Torna, el primer que es va fer per obrir el local és que 30 persones possessin tres mil pessetes al mes; això encara continua essent el nucli dur de La Torna [...] Ara som 85 simpatitzants, que paguem entre 300 i 3.000 pessetes al mes, però a les assemblees som entre 15 o 20 persones. Hi ha assemblea cada setmana i, cada trimestre, hi ha una assemblea extraordinària on es decideixen els eixos de treball. Això, els últims anys, no és així, perquè qui mana és la realitat i, entre la desfilada militar, el 12 d’octubre... a vegades és el calendari qui t’imposa les tasques. Sempre hi ha un nucli de 5 o 6 persones, més actiu, que va variant i és rotatori; sempre hi ha èpoques en què hi ha gent que s’implica més o menys [...] Hi ha, també, les comissions tècniques: la d’economia, la de refrigeri, la gent que estem més en temes de propaganda [...] Després també hi ha -molt difuminada, però real- la gent que porta temes legals, de permisos, etc... i després altra gent més sectorial que, per exemple, treballa el camp sindical. És a dir, orgànicament, podríem dir que hi ha quatre comissions: la de finançament o autogestió, com aconseguir els recursos; la de continguts, que és la més ampla i treballa els continguts, quin és el projecte polític; la d’infraestructura i la de coordinació, aquelles 5 o 6 persones que et deia...” (entrevista a David, 2002).

por pequeñas que sean. Esta vez no voy a entrar a valorar si se trata de redes temáticas o comunidades de políticas (porque ya lo he hecho en el apartado anterior) sino a analizar el grado de apertura o cierre que han mostrado hacia la temática de la okupación desde el punto de vista de las posibilidades de diálogo y de negociación. También examinaré desde qué redes de políticas ha terminado negociando con el movimiento y desde qué otras no y las consecuencias ha tenido este hecho.

En concreto, pienso que es interesante analizar una de las dimensiones clásicas de las estructuras de oportunidad, la de la presencia de élites políticas aliadas (McAdam, 1998). Hay que constatar que el gobierno local y autonómico de Madrid presenta —por lo menos los últimos 10 años— una peor configuración en esta dimensión que los gobiernos autonómicos y locales de Cataluña estudiados. Así pues, las instituciones madrileñas están gobernadas de forma monocolor por el PP, mientras que en la mayoría de los casos estudiados en Cataluña nos encontramos con gobiernos del PSC, a menudo en coalición con ICV y/o con ERC. Estos dos últimos partidos han presentado mociones en el Parlamento por la despenalización de la okupación y son los que se sitúan más a la izquierda del arco parlamentario catalán. En este sentido, podemos considerar que, en Cataluña, existen élites políticas aliadas al movimiento y, en Madrid, no. De hecho, en Cataluña, ha sido donde se ha planteado (aunque fracasó, como hemos visto en el capítulo cinco) una comisión parlamentaria para fomentar el diálogo con el movimiento por la okupación.

Esta presencia de élites aliadas deviene ambivalente desde el punto de vista de los procesos de diálogo y negociación. Si bien es cierto que genera mayores oportunidades para la acción colectiva, no siempre se traduce en rendimientos positivos, ni por el movimiento ni por la élite aliada. Un ejemplo de ello es la anécdota de las declaraciones hechas por Imma Mayol, la entonces líder local de ICV, en 2007 favorables a la okupación de inmuebles abandonados.

La tercera teniente de alcalde del consistorio barcelonés Imma Mayol, en una entrevista realizada en TV3, no tuvo reparos en afirmar que se considera “antisistema” en cuanto que se rebela

contra las injusticias. Y admitió sentirse “responsable” de la carencia de espacios culturales para jóvenes y en ese sentido reiteró que la ocupación de espacios para darles una función social no es “rechazable” y sí lo es la ocupación “por la cara” de viviendas. Siguiendo con esa línea argumental, la dirigente de ICV sostuvo que una persona “que ocupa de forma pacífica un edificio desocupado desde hace 15 años no es un delincuente” (*El País*, 24 de enero de 2007).

Por otra parte, en la comparativa de los casos catalanes y madrileños, hemos visto que la única red de políticas abierta al diálogo con el movimiento okupa en el caso catalán ha sido la de las políticas de juventud. En el caso madrileño, aunque también se da esta apertura (ver el caso del centro social Seco en el capítulo seis), deviene irrelevante si la comparamos con el hecho de que las interlocuciones más habituales con el movimiento han sido desde otras redes como urbanismo, educación, cultura e, incluso, vivienda. En este punto, se llega a otra consecuencia, que es que las políticas de juventud, que son mayoritariamente periféricas, no tienen un grado de centralidad suficiente para garantizar verdaderos procesos de negociación si no se apoyan en otras redes de políticas más centrales o integrales, como las de vivienda, urbanismo o educación. Es por ello que las negociaciones donde se pueden implicar diversas administraciones o varios niveles y sectores tienen más posibilidades de llegar a buen puerto que aquellas que solo provienen de una red con poca tradición y con más debilidad, como es —a pesar de los avances acaecidos los últimos años— la de juventud.

Así pues, si bien en Cataluña las redes de políticas presentarían una configuración política más positiva como estructura de oportunidades para la acción colectiva, esto no se ha traducido en un escenario más propicio a los procesos de negociación. En cambio, en Madrid, probablemente debido a que el propio movimiento ha tomado la iniciativa, se han dado mejores situaciones para la negociación. Estas han llegado a buen puerto cuando se han convertido a varias redes de políticas y no se han visto circunscritas a una red secundaria como la de juventud.

C) Impactos e institucionalización

La “legalización” de un centro social okupado, siempre que suponga la continuidad de su proyecto político, social y cultural, debería ser considerada como un impacto en las cuatro dimensiones de las políticas públicas. En la simbólica, porque introduce el discurso del movimiento en las políticas; en la sustantiva, por el hecho de incluir decisiones administrativas como la cesión, la expropiación o el usufructo a favor de las personas okupantes; en la operativa, porque garantiza los proyectos políticos, sociales y culturales que estaba desarrollando o que desarrollará el colectivo o colectivos beneficiarios, y, finalmente, en la relacional, ya que modifica la actitud de otros actores, por ejemplo, la administración, que los reconoce como interlocutores de una demanda legítimamente y porque, durante el proceso, ha tenido que contar con la complicidad de otros actores sociales como asociaciones vecinales, grupos culturales o, incluso, partidos políticos. Por otra parte, hay que tener en cuenta el impacto que tiene el proceso de negociación por el propio movimiento en términos de institucionalización. A continuación, veremos qué impactos concretos han producido los procesos de negociación analizados.

En los casos catalanes el principal impacto de un proceso de negociación lo encontramos en Torreblanca (Sant Cugat). Ahora bien, el acuerdo al que llegaron finalmente “okupas” y Ayuntamiento se puede calificar de impacto en juventud, pero no en vivienda. La casa pasó a ser un centro social y cultural gestionado por un Consejo de Jóvenes Municipal, con participación de sectores juveniles próximos al movimiento y otros muy diversos, pero los okupas que ahí vivían buscaron otro espacio para okupar (Can Masdeu, en Barcelona). Así pues, no hubo impacto en cuanto a la vivienda.

Aunque en Cataluña no han sido analizados en profundidad, hemos podido observar pequeños impactos en términos de urbanismo y vivienda. Así pues, la no construcción del hotel de la franquicia Hoteles Catalonia en la calle Magdalenas de Barcelona se puede considerar un impacto sobre la política de urbanismo producto de la movilización generada por la SE Magdalenas contra su desalojo, aunque el proceso aún no está cerrado. Por otra parte, las negociaciones emprendidas durante el desalojo de La

Quimera, en el barrio de Gràcia de Barcelona, propiciaron la renovación indefinida del alquiler a un vecino de edad avanzada que sufría acoso inmobiliario.

En el caso de Madrid, quedan bastante claros los impactos generados por los tres procesos de negociación analizados en el capítulo seis. Así pues, la cesión formal de un local en La Escuela Popular de Prosperidad por 50 años, además de poner fin a un conflicto que hacía más de 20 años que duraba, genera impactos en las políticas educativas y contra la exclusión social, ya que consolida las actividades que ha llevado a cabo, y que continúa desarrollándose la Prospe en estos campos. En cuanto a La Eskalera Karakola, la cesión de un local en régimen de alquiler por debajo del precio público por parte del Ayuntamiento ha consolidado las políticas sociales feministas que este colectivo ha desarrollado desde el año 1996. Finalmente, el centro social Seco ha generado impactos en las políticas de juventud, ya que ha conseguido finalizar plenamente un proceso de legalización del inmueble donde se aloja (Martínez, 2010b). Durante el proceso, se intentó construir una cooperativa de vivienda joven, una iniciativa que fracasó a pesar de la implicación de la Empresa Municipal de Vivienda.

Se puede afirmar que los casos de Madrid presentan elementos claros de institucionalización flexible, mientras que los de Barcelona se aproximan al mismo escenario, pero llegan por caminos diferentes. Tomamos como ejemplo de la institucionalización flexible en Madrid el CS Seco. Cabe decir que este centro social, a lo largo de todo el proceso de negociación, se ha formalizado organizativamente. En primer lugar, algunos de los activistas okupas se han integrado en la asociación vecinal del barrio. En segundo lugar, la asamblea general del centro social se ha transformado en tres estructuras diferenciadas: la asamblea de coordinación de colectivos y proyectos, la asamblea gestora y la asamblea plenaria. En tercer lugar, se ha creado la asociación La Bengala, de modo que se puede optar a la financiación pública para el conjunto del centro social (Martínez, 2010b). Esta tendencia a la institucionalización no impide, sin embargo, que los y las activistas de Seco continúen implicadas en los movimientos sociales. Apoyan algunas okupaciones, se implican en diversas luchas sociales y en

organizaciones autónomas. En relación a los centros sociales okupados, su afinidad es mayor con aquellos que ya han iniciado o finalizado procesos de negociación con las autoridades (como La Eskalera Karakola y el Patio Maravillas en Madrid, o el Espai Social Magdalenes en Barcelona) o con centros sociales autogestionados no okupados como el Ateneu Candela de Terrassa. En resumen, la implicación de la gente de Seco con los movimientos sociales transformadores, globales o locales, no ha disminuido a pesar de su formalización organizativa. Esta misma implicación ha favorecido la renovación y la adaptación al entorno, lo que ha evitado caer en las tendencias burocratizadoras. De esta manera, se demuestra que es posible la continuidad de prácticas autogestionadas dentro de un centro social legalizado (Martínez, 2010b). Podríamos llegar a conclusiones muy similares respecto a los casos de La Escuela Popular de Prosperidad y de La Eskalera Karakola.

En cuanto a Cataluña, salvando el caso de Torreblanca, podríamos decir que también encontramos una institucionalización flexible incipiente en torno al movimiento por la okupación, aunque se ha llegado por otra vía. Así pues, el surgimiento de un nuevo movimiento de ateneos y centros sociales no okupados presenta una apariencia de formalización organizativa, que bien se podría acercar al modelo de institucionalización flexible descrito por varios autores (Pruijt, 2003; Martínez, 2010b). Los casos del CS Arran de Sants —posteriormente dividido en dos proyectos, el Terra d'Escudella y la Ciutat Invisible— o el del Ateneu Candela, en Terrassa, ejemplifican perfectamente como desde sectores del propio movimiento por la okupación se apuesta por la estabilización de los proyectos a través del alquiler y de una cierta institucionalización. Se constituyen asociaciones y cooperativas, se generan puestos de trabajo y se continúa apoyando a los movimientos sociales de carácter transformador, incluido el mismo movimiento por la okupación. Los casos de La Torna o el Infoespai, aunque no provienen directamente del mundo de las okupaciones, también ilustran que es posible combinar la autogestión, la radicalidad ideológica y el apoyo al movimiento de las okupaciones con un cierto grado de formalidad organizativa y, en definitiva, de institucionalización flexible. Esta cita, que habla del funcionamiento del Infoespai durante sus primeros años, tiene

muchas similitudes con el funcionamiento que antes describíamos del CS Seco de Madrid o el de La Torna, también en el barrio de Gràcia.

Somos 130 socios individuales y 33 colectivos. Todo el mundo paga su cuota. Hay que decir, sin embargo, que los temas políticos no están tan avanzados como los temas económicos o técnicos, para garantizar la autogestión del proyecto, que se han comido la mayoría del tiempo durante este año y medio. Los movimientos sociales han hecho un uso espontáneo del Infoespai, sin que nosotros tengamos un proyecto definido ni hayamos incidido de manera organizada. A partir de ahora, iremos a visitar entidades y veremos qué podemos hacer juntos o por ponerlas en contacto con otras entidades. Trataremos, pues, de promover vínculos, ya que el Infoespai es un espacio de red de redes. Este espacio está al servicio de aquellos colectivos o personas que necesitan un espacio de encuentro en el ámbito de los movimientos sociales y también quiere promover las relaciones entre grupos diferentes y el apoyo mutuo (entrevista a Enric, 2005).⁴

Como se puede observar, el funcionamiento de estos ateneos o centros sociales legales implica un grado de institucionalización muy bajo y garantiza la independencia total de estos colectivos respecto del Estado.

4 Del original en catalán: “Som 130 socis individuals i 33 de col·lectius. Tothom paga la seva quota. Cal dir, però, que els temes polítics no estan tan avançats com els temes econòmics o tècnics, per garantir l'autogestió del projecte, que s'han menjat la majoria del temps durant aquest any i mig. Els moviments socials han fet un ús espontani de l'Infoespai, sense que nosaltres tinguem un projecte definit ni hi haguem incidit de manera organitzada. A partir d'ara, anirem a visitar entitats i veurem què podem fer junts o per posar-les en contacte amb altres entitats. Tractarem, doncs, de promoure vincles, ja que l'Infoespai és un espai de xarxa de xarxes. Aquest espai està al servei d'aquells col·lectius o persones que necessiten un espai de trobada dins l'àmbit dels moviments socials i també vol promoure les relacions entre grups diferents i el suport mutu” (entrevista a Enric, 2005).

Por ello podemos afirmar que, a pesar de no haber muchas experiencias de negociación con éxito en el caso catalán, la consecuencia práctica de la apuesta de varios sectores cercanos o pertenecientes al movimiento por la okupación por los centros sociales no okupados nos conduce, también, a un modelo de institucionalización flexible como el madrileño. Ahora bien, en el caso catalán, deberíamos tachar esta institucionalización flexible de indirecta, ya que no ha sido una consecuencia de procesos de negociación, sino una apuesta estratégica de diversos movimientos sociales, que han demostrado tener suficiente fuerza para llevar a cabo sus proyectos de autogestión.

Figura 8.2. Análisis comparativo de los procesos de negociación

	Cataluña	Madrid
Discursos hacia la negociación en el movimiento	Hegemonía de discursos contrarios.	Debate abierto con pluralidad de posturas.
Redes de políticas/ EOP negociadora	Las buenas oportunidades de acción no se traducen en escenarios de negociación. Identificación excesiva con fenómeno juvenil.	Escenarios de negociación generados por el propio movimiento. Temática poliédrica: juventud, urbanismo, cultura, educación.
Impactos e institucionalización	Espacios para jóvenes (Torreblanca, Gracia, San Andreu) Impactos indirectos y pequeños en vivienda y urbanismo (La Quimera, ES Magdalenas). Nuevo movimiento de ateneos y centros sociales legales. Institucionalización flexible indirecta.	Estabilización de espacios autogestionados en redes como las de género (Eskalera Karakola), educación (La Prospe), juventud y vivienda (Seco) institucionalización flexible.

Fuente: Elaboración propia.

8.3 Los impactos en las distintas dimensiones de las políticas públicas

En este apartado caracterizaré y clasificaré todos los impactos del movimiento por la okupación en las políticas públicas en Cataluña y en Madrid, partiendo de las cuatro dimensiones de las políticas públicas definidas en el capítulo tres: la simbólica, la sustantiva, la operativa y la relacional.

En la dimensión simbólica, tanto en Cataluña como en Madrid, el movimiento por la okupación ha tenido un impacto medio. Efectivamente, el discurso del movimiento sobre la falta de espacios sociales para jóvenes, por un lado, y la denuncia de la especulación inmobiliaria y de la dificultad creciente para acceder a una vivienda, por la otra, han podido conectar con determinados sectores sociales. Normalmente el movimiento alcanza los entornos locales, donde ha mantenido su presencia a lo largo del tiempo, ha construido centros sociales okupados abiertos y ha impulsado redes sociales con otros colectivos y entidades sociales. Aún así, las distorsiones introducidas por los medios de comunicación sobre las características del movimiento por la okupación, la banalización de esta práctica o la insistencia en relacionarla con hechos violentos han podido mermar la incidencia del movimiento en esta dimensión simbólica de las políticas públicas. No tengo elementos empíricos que me permitan distinguir el impacto sobre esta dimensión en la comparación territorial, sino que más bien ha sido similar en Cataluña y en Madrid.

En cuanto a la dimensión sustantiva, es decir, los cambios concretos provocados en las políticas públicas por la acción del movimiento por la okupación, podríamos decir que el impacto ha sido un poco más alto en Cataluña que en Madrid. En todo caso, en los dos territorios hemos encontrado que este impacto no se ha producido en las políticas de vivienda, aunque el Pacto Nacional y la Ley por el Derecho a la Vivienda en Cataluña han aportado algunas mejoras en cuanto al acceso a la vivienda. Se puede afirmar que, en general, no se han tomado medidas para evitar la especulación inmobiliaria y que la criminalización de la okupación ha continuado. En este sentido, también he recogido como impacto en la dimensión sustantiva el hecho de que se hayan presentado proposiciones

no de ley que pedía la despenalización de la okupación en el Parlamento, aunque ninguna de ellas ha sido aprobada. En 1998, sin embargo, sí que se aprobó la petición de absolució de los okupas del cine Princesa y, posteriormente, su indulto, en 2000, por parte del gobierno español.

Ahora bien, tanto en Cataluña como en Madrid, los impactos más grandes del movimiento por la okupación en la dimensión sustantiva se han producido en políticas periféricas de juventud, cultura o educación en el tiempo libre. Los impactos en esta dimensión han sido más significativos en Cataluña que en Madrid, principalmente por dos motivos. En primer lugar, porque en Cataluña los centros sociales okupados han tenido más presencia y más continuidad que en Madrid y, por tanto, han podido estabilizar algunos proyectos de autogestión, a pesar de la represión. En segundo lugar, la configuración política institucional de Cataluña, situada más a la izquierda que Madrid, también ha provocado que, desde ciertos partidos políticos y en algunos entornos locales con presencia del movimiento por la okupación, se tuvieran más en cuenta las prácticas del movimiento, sobre todo en cuanto a las políticas periféricas como las de juventud. La construcción de centros cívicos para jóvenes en barrios con presencia continuada del movimiento por la okupación es una respuesta ante la falta de espacios sociales que el movimiento denuncia, aunque el modelo de gestión burocrático no es, ni mucho menos, el propuesto por el movimiento.

La dimensión operativa, en cambio, ha recibido más impacto del movimiento por la okupación en el caso madrileño que en el catalán, debido al mejor comportamiento de la negociación en este territorio. Ahora bien, en ambos casos, hemos encontrado un impacto importante en esta dimensión con respecto al ámbito judicial. Los jueces y fiscales no han querido aplicar la legislación vigente para que la hayan considerado desproporcionada. En algunos casos, incluso han ido más allá y encontramos varias sentencias absolutorias donde el texto auto legitima la okupación pacífica de inmuebles abandonados para darles un uso social (ver sentencias de Masoliver y de El Laboratorio).

Sin embargo, como decía anteriormente, el impacto en la dimensión operativa es mayor en Madrid, ya que han habido más procesos de

negociación para la legalización de los centros sociales okupados que han llegado a buen puerto. No profundizaré en este punto, que ya ha sido desarrollado en el apartado anterior. Lo que es cierto es que, ni en Cataluña ni en Madrid, no se han generado escenarios de negociación amplios y que el modelo parece ser de “casa por casa”. En el capítulo ocho, volveré sobre esta idea, en lo que serán ya las conclusiones finales.

Finalmente, la dimensión donde he encontrado impactos más grandes del movimiento por la okupación es la dimensión relacional. Si concebimos la gobernanza desde una perspectiva de radicalidad democrática, cualquier cambio general en alguno de los actores de la red de políticas se puede entender como un impacto en esta dimensión relacional de las políticas públicas. En este sentido, tanto en Cataluña como en Madrid, el impacto del movimiento por la okupación ha sido alto.

En primer lugar, y siguiendo Herreros (2004b), el movimiento por la okupación se puede considerar un movimiento temprano del ciclo de luchas contra la globalización capitalista, dado su talante global y local y su perspectiva antisistémica de tipo transversal. La okupación denuncia muchas más injusticias, más allá de la falta de vivienda o de espacios de sociabilidad. Al mismo tiempo, presenta alternativas prácticas a través de la transformación de su vida cotidiana y de la creatividad social (Llobet, 2005). Por otra parte, el movimiento por la okupación ha sido un nodo muy activo dentro de las redes de resistencia global. De su interior, por ejemplo, han surgido potentes herramientas de comunicación alternativa. Los centros sociales okupados y su infraestructura han sido espacios de encuentro de los movimientos globales.

En segundo lugar, a través del trabajo de campo de esta investigación, he podido constatar la importancia de la corriente feminista dentro del movimiento por la okupación y, a la inversa, como desde una especie de feminismo okupa han gestado propuestas radicales hacia el movimiento feminista. La experiencia de La Eskalera Karakola explicada en el capítulo seis sirve de ejemplo, aunque la riqueza de esta temática podría haber dado lugar a un capítulo entero.

La dimensión local del movimiento por la okupación y su implicación directa en la crítica a los procesos de reconversión urbana lo hacen

particularmente relevante para un movimiento de corte más clásico: el movimiento vecinal. La acción continuada del movimiento por la okupación en los barrios se ha relacionado y ha impactado fuertemente sobre el movimiento vecinal, tanto en Cataluña como en Madrid. En algunos casos, la relación ha sido de conflicto, sin embargo, en muchos otros, de colaboración o incluso de relevo generacional.

Finalmente, los discursos y las prácticas del movimiento por la okupación han hecho especialmente sensibles a su influencia los partidos de la izquierda institucional, con los que el movimiento ha mantenido y mantiene una relación ambivalente, de conflicto y colaboración, que varía en función de los contextos locales y las coyunturas políticas. La siguiente figura resume la comparativa de los impactos del movimiento por la okupación en Cataluña y Madrid.

Figura 8.3 Los impactos en las diferentes dimensiones de las políticas públicas

	Cataluña	Madrid
Dimensión simbólica	<p>Impacto MEDIO</p> <p>Sobre la percepción social de los problemas de la juventud y de la vivienda</p>	<p>Impacto MEDIO</p> <p>Sobre la percepción social de los problemas de la juventud y de la vivienda.</p>
Dimensión sustantiva	<p>Impacto MEDIO</p> <p>-Insuficiencia de las políticas de acceso a la vivienda, a pesar de la aprobación de una ambiciosa Ley de la Vivienda que no ataca el problema de la especulación inmobiliaria.</p> <p>- Proposiciones no de ley de despenalización de la okupación por parte de ciertos partidos de izquierdas (1998 y 2000). ninguna de ellas no es aprobada (DSCD, 29/09/1998 y Proposición de Ley Orgánica de ICV 31 / 06/2000).</p> <p>-Petición de absolución okupas Princesa, aprobada (Proposición no de ley del 06/29/98, ver Diario de Sesiones del Parlamento de Cataluña, 1998).</p> <p>- Incidencia en las políticas afirmativas de juventud.</p>	<p>Impacto DESIGUAL</p> <p>- Debilidad de las políticas de acceso a la vivienda, crecimiento de la especulación inmobiliaria y criminalización de la okupación mediante el Código Penal y los medios de comunicación.</p> <p>- Incidencia en las políticas periféricas de juventud, cultura y educación en el tiempo libre.</p>

<p>Dimensión operativa</p>	<p>Impacto DESIGUAL</p> <ul style="list-style-type: none"> - Incidencia sobre el ámbito legal-judicial: sentencias absolutorias, como la del 25 de marzo de 1999 respecto a los 10 jóvenes de la casa ocupada de Masoliver (Poble Nou) - Experiencias locales de negociación: puntuales e indirectos en los barrios de Barcelona y exitosa en Sant Cugat (Torreblanca) - Imposibilidad de escenarios amplios de negociación. 	<p>Impacto MEDIO</p> <ul style="list-style-type: none"> - Incidencia sobre el ámbito legal-judicial: sentencia absolutoria en el CSOA El Laboratorio 3 (2005). El contenido de la sentencia legítima a posteriori la bondad del proyecto de los okupas. - Experiencias de negociación exitosas: Escuela de Educación Popular de Prosperidad, CSOA Feminista La Eskalera Karakola y CSOA Seco. - Imposibilidad de escenarios amplios de negociación
<p>Dimensión relacional</p>	<p>Impacto ALTO</p> <ul style="list-style-type: none"> - Sobre el movimiento global, como precursor de herramientas de comunicación escrita y de espacios de relación, encuentro y ocio. - Sobre el movimiento feminista y gay-lésbico, por la incorporación de contingentes de militantes nuevos y radicales. 	<p>Impacto ALTO</p> <ul style="list-style-type: none"> - Sobre el movimiento global, como precursor y generador de herramientas de contrainformación y de comunicación telemática y escrita y de espacios de relación, encuentro y ocio. - Sobre el movimiento feminista y gay-lésbico, por la incorporación de contingentes de militantes nuevos y radicales.

<p>Dimensión relacional</p>	<ul style="list-style-type: none"> - Sobre el movimiento vecinal, a través de la participación en barrios de Barcelona como Sants, el Eixample, Gràcia o Ciutat Vella. <ul style="list-style-type: none"> - Sobre los partidos de izquierda institucionales cuando gobernaba la derecha autonómica, al ser reconocido como interlocutor en determinadas temáticas relacionadas con la juventud y la vivienda. A partir de 2014 en la conformación de candidaturas de unidad popular como las CUP y Barcelona en Comú. - Sobre otros movimientos y subjetividades que han incorporado la ocupación como estrategia de lucha: inmigrantes (Barrilonia), estudiantes (Rimaia), consumo responsable (Hort okupat de Gràcia). 	<ul style="list-style-type: none"> - Sobre el movimiento vecinal, a través de la participación en procesos como la Red de Lavapiés o la dinamización de la FRAVM. <ul style="list-style-type: none"> - Sobre los partidos de izquierdas, al ser reconocido como interlocutor en determinadas temáticas relacionadas con la juventud y la vivienda. A partir de 2015 en la conformación de la candidatura de unidad popular Ahora Madrid.
------------------------------------	--	---

Fuente: Elaboración propia.

8.4 ¿Se confirman las hipótesis planteadas?

El siguiente apartado pone punto final al capítulo del análisis comparativo. Para ello, introduciré una serie de reflexiones en torno a las hipótesis de trabajo que se planteaban en la primera parte, en concreto en el capítulo tres. Trataré de ver hasta qué punto estas hipótesis se confirman o es falso para los dos casos de estudio, Cataluña y Madrid. Como explica Alejandra Araiza (2009), el filósofo de la ciencia Karl Popper consideraba que la ciencia no era capaz de verificar si una hipótesis es verdadera, pero sí podía demostrar si esta es falsa. Por ello, he planteado tres hipótesis que se basan en la experiencia de esta investigación, pero van más allá para permitir experiencias nuevas que podrán detectar los errores. De hecho, una teoría es científica cuando reconoce que su falsedad puede ser aceptada eventualmente. Así pues, habrá que leer los siguientes epígrafes con estas prevenciones críticas hacia el neopositivismo.

A) Hipótesis 1: el impacto

La hipótesis 1 planteaba el impacto del movimiento por la okupación. Lo hacía, pero, a partir de una serie de premisas que llevaban a acotar este impacto en las políticas de juventud, sobre todo si estas se caracterizaban por ser afirmativas, periféricas y explícitas. El hecho de que el movimiento por la okupación fuera abordado como un fenómeno juvenil por parte de las administraciones y la opinión pública facilitaba el impacto sobre estas políticas. Sin embargo, de entrada, no se descartaban posibles impactos del movimiento en algunas políticas nucleares, como las de vivienda, aunque hipotéticamente este impacto debería ser mucho más bajo.

Una vez vistos los dos casos, se puede afirmar que la hipótesis se confirma en el caso catalán, pero que habría que hacer una nueva formulación para el caso madrileño. En Cataluña, hemos podido ver dos tipos de impacto en las políticas de juventud: uno más pequeño relacionado con las políticas de vivienda joven y un (probablemente no querido por el movimiento, pero más evidente) vinculado a lo que podríamos llamar participación juvenil.

Las condiciones objetivas de las dificultades de la emancipación juvenil (agravadas, en el área metropolitana de Barcelona, por el elevado coste de la vivienda) y la creación de opinión pública por parte de los medios de

comunicación a raíz de este tema debido al surgimiento del movimiento por la okupación como fenómeno mediático pueden haber influido en la agenda política en el sentido de priorizar políticas encaminadas a resolver un problema que, tanto desde el movimiento como desde las administraciones, se percibe como preocupante (Gomà *et alt.*, 2003).

A pesar de esta afirmación, que no deja de ser otra hipótesis, lo que hay que remarcar es que las políticas de vivienda, hasta el año 2006, han sido afrontadas como políticas de vivienda joven afirmativas. Esto es así porque las condiciones de entrada, pero sobre todo de salida, no están pensadas para modificar la trayectoria vital de la persona joven, sino más bien para mejorar su calidad de vida durante la etapa juvenil. Los requisitos de entrada a los pisos significan un nivel adquisitivo —en el mejor de los casos medio— y las condiciones de salida se limitan a un hecho biológico como es la edad y no a unas condiciones objetivas, como serían la capacidad de autonomía económica (Gomà *et alt.*, 2003).

Ahora bien, aunque el movimiento por la okupación catalán haya podido impactar sobre las áreas de juventud en temas de vivienda, la dificultad de los jóvenes para trasladar esta inquietud a otras áreas y también la voluntad manifiesta de hacer políticas afirmativas han supuesto que las políticas de vivienda sean escasas y no nucleares. La mayor permeabilidad de las áreas de juventud ante las demandas del movimiento por la okupación no ha sido suficiente para alcanzar unas políticas de juventud nucleares en materia de vivienda y la vivienda de alquiler para jóvenes en un sentido afirmativo ha sido el único resultado, al menos durante la mayor parte del período estudiado (Gomà *et alt.*, 2003).

Por otra parte, tanto en Cataluña como en Madrid, podemos hablar de otro impacto en las políticas de juventud que hace referencia a la participación juvenil. A lo largo de la investigación, se ha constatado que un planteamiento central del movimiento por la okupación ha sido la necesidad de establecer nuevas formas de participación.

Si tradicionalmente el modelo referencial para las políticas de juventud ha sido el tejido asociativo constituido formalmente, los cambios introducidos a partir de mediados de los años noventa (ley de asociacionismo de 1997 en España) están estrechamente relacionados con la emergencia

de nuevos modelos participativos, liderados —al menos mediáticamente— por los movimientos sociales y de forma especial por el movimiento por la okupación. La introducción de las nuevas formas participativas en muchos planes locales de juventud, la aceptación por parte del propio tejido asociativo juvenil de la existencia del movimiento por la okupación y la incorporación de los movimientos sociales en la interlocución de las políticas de juventud son hechos que se han podido constatar al menos para los casos catalanes (Gomà *et alt.*, 2003). En este trabajo, he podido analizar en ambos casos, muchos explícitos en esta dirección: el de Torreblanca —con la creación del Consejo Local de Jóvenes— y del Espacio Joven de Gràcia, donde el movimiento por la okupación ha sido invitado varias veces, de forma directa o indirecta, a negociaciones con los responsables de juventud locales. También hemos visto, sin embargo, que en muchas ocasiones —especialmente en los casos catalanes— el movimiento por la okupación ha negado a establecer estas conversaciones. Sin embargo, lo que es evidente es el reconocimiento explícito del movimiento por la okupación por parte de las administraciones locales.

En este sentido, volveríamos a tener un impacto en el área de juventud y, además, en un aspecto afirmativo, en el sentido de que la participación no está planteada en un modelo participativo más amplio, sino que se inscribe en las políticas de juventud, políticas tradicionalmente débiles y generadoras de políticas periféricas.

Sin embargo, con respecto al caso de Madrid, se plantean varios interrogantes sobre esta hipótesis y parece conveniente una reformulación. En primer lugar, en la mayoría de los casos, la interlocución de los okupas madrileños con la administración ha sido a través de otras áreas, como urbanismo, educación o cultura. En Madrid, el movimiento también ha sido caracterizado de juvenil, pero la concepción de las políticas juveniles, en Madrid, no es tanto claramente afirmativa, periférica y explícita como en el caso catalán. Al menos, no lo ha sido durante la totalidad del período de 30 años estudiado. Por otra parte, en muchas ocasiones, ha sido el mismo movimiento que ha tomado la iniciativa de reclamar la legitimidad de la práctica de la okupación de centros sociales y ha pedido la legalización.

Al hacerlo, ha preferido dirigirse a otras áreas más centrales y con más capacidad de decisión sobre temas urbanos y sociales —como por ejemplo las áreas de urbanismo— que las de juventud. Por otra parte, los procesos estudiados en Madrid escapan del ámbito estricto de las políticas juveniles. Por ejemplo, el tema de la legalización de la Escuela Popular de Prosperidad debería abordarse más desde la educación de adultos y la integración de inmigrantes que desde las políticas de juventud. La Eskalera Karakola, con su proyecto de centro social feminista autogestionado, también trasciende el enfoque juvenil, ya que se dirige a mujeres de todas las edades. En el caso de Seco, sí podemos encontrar similitudes con los casos catalanes, ya que la administración lo aborda básicamente como un problema de falta de espacios de sociabilidad para jóvenes. En todo caso, la prolongación de la negociación a lo largo del tiempo y la implicación de los okupas fuera de la red asociativa juvenil, desde el mismo corazón del movimiento vecinal, también supera una concepción periférica, explícita y afirmativa de las políticas juveniles y tiende hacia otra más integral y biografista. Finalmente, el caso reciente de la cesión del edificio histórico de la Tabacalera en la Red de Lavapiés para ubicar un centro social autogestionado ha hecho directamente desde el Ministerio de Cultura.

En definitiva, aunque los casos catalán y madrileño presentan diferencias importantes en cuanto a la falsación de esta hipótesis, también presentan elementos en común. Efectivamente, en ambos casos podemos afirmar que el movimiento por la okupación ha tenido un mayor impacto sobre las políticas más bien periféricas —tan dentro del ámbito de la juventud como el de la cultura— que en políticas más nucleares como las de vivienda. Cuando este impacto en políticas nucleares que se ha planteado, ha sido muy limitado y circunscrito a ámbitos o situaciones muy específicas, como las de La Prospe con respecto a las políticas educativas y de integración de personas recién llegadas.

B) Hipótesis 2 o alternativa

La segunda hipótesis, o hipótesis alternativa, pasaba por considerar el propio movimiento como generador, en su actividad cotidiana, de políticas de juventud. Partiría, en este caso, de considerar el tejido asociativo,

formal o informal, como diseñador e implementador de políticas públicas. También nos encontramos dentro de lo que sería un espacio público no estatal o, como dice Martínez (2010b), en el mundo de las instituciones de movimiento.

Dentro de esta concepción, situaríamos el movimiento por la okupación en tránsito de la “crítica a las instituciones” a la “creación de instituciones de libertad”, o en la combinación de ambas prácticas políticas de forma virtuosa (Sánchez Martínez, 2010b). Las actividades de los centros sociales okupados formarían un buen paquete de políticas de juventud, sobre todo en campos como la formación no reglada y el ocio. Pero, en algunos casos, ya sea porque se trata de proyectos muy elaborados y estables o porque son okupaciones o centros sociales autogestionados muy duraderos, podemos extender el ámbito de estas políticas públicas del movimiento a la cultura, la educación, el género y la integración social, entre otros. Las okupaciones de vivienda solucionan el problema del acceso a varios centenares de jóvenes —y no tan jóvenes— todo el Estado. Finalmente, aquellas ocupaciones que crean cooperativas de trabajo también hacen políticas de inserción laboral, aunque evidentemente con un alcance limitado.

Ahora bien, esta concepción de las políticas públicas presenta notables limitaciones cuando se aplica a un movimiento como el de la okupación. En primer lugar, las experiencias de los centros sociales okupados pueden aparecer, a menudo, como aisladas o marginales debido a cierres identitarios, discursivos o estéticos de las personas okupas. En segundo lugar, los proyectos pueden ser altamente inestables debido a los desalojos arbitrarios, violentos e intempestivos. Además, las dificultades del relevo generacional son muy evidentes en la gestión de los centros sociales okupados debido a la elevada implicación personal que pide. Hay que añadir el peligro de que estas habilidades de la autogestión aprendidas en los centros sociales okupados sean utilizadas por una élite de este mismo movimiento para consumir su integración laboral, mercantil o política en las empresas e instituciones dominantes. Una última limitación de las experiencias de autogestión del movimiento es la frustración ante la criminalización de las okupaciones y sus modestas formas de defensa ante el ejercicio abusivo y desproporcionado de la violencia estatal sobre sus

activistas (Martínez, 2010b).

Dicho esto, a lo largo de mi trabajo de campo por los centros sociales okupados, he podido constatar la existencia de dos casos diferenciados ante esta cuestión. Por un lado, aquellos municipios o distritos con un movimiento por la okupación más arraigado y donde, claramente, se puede reconocer el papel del movimiento por la okupación como creador de políticas de juventud. Por otra parte, el caso contrario, el de un movimiento por la okupación incapaz de generar una programación estable de actividades y, por tanto, con dificultades a la hora de llevar a cabo unas políticas de juventud, o de cualquier otro tipo, continuadas. Sin embargo, el hecho diferencial no reside tanto en la capacidad de articular redes críticas, sino en la temática de la represión. En aquellos casos en que el movimiento por la okupación es llevado por las autoridades a una dinámica represiva y, por tanto, de desalojos y reokupaciones, la dificultad para orientar su acción en políticas de juventud (u otros) a través de los centros sociales ha sido enorme. Por el contrario, en los casos en que el movimiento por la okupación ha dispuesto de centros sociales más estables, la creación de políticas de juventud, o de otro tipo, ha sido abundante. En este sentido, hasta el año 2001, se podría apreciar una cierta durabilidad de los centros sociales okupados catalanes por encima de los madrileños. Pero, durante la tercera etapa, tanto a Madrid como Cataluña, la estrategia represiva es la más habitual y la vida de las okupaciones cada vez es más efímera.

La respuesta ante esta situación de temporalidad e inestabilidad que impide la consecución de las políticas del movimiento ha sido, en Cataluña, el surgimiento de una ola potente de centros sociales y ateneos no okupados, pero simpatizantes del movimiento para las okupaciones. En Madrid, aunque también existen centros sociales de este tipo, también se ha producido un debate sobre la legalización de los centros sociales okupados y algunas experiencias exitosas en este sentido.

En ambos casos, los centros sociales okupados o alquiler aparecen a menudo como generadores de políticas desde un espacio no estatal, en especial cuando son capaces de superar los cierres identitarios y consolidar sus proyectos de autogestión. Por otra parte, sobre todo en los casos catalanes, lo que se hace evidente es la introducción de ciertas temáticas

y estilos culturales dentro de las programaciones municipales que son propias del movimiento por la okupación (Gomà *et alt.*, 2003).

En general, la investigación demuestra que el movimiento por la okupación genera políticas de juventud, pero deberíamos añadir que en algunos casos también genera en otros ámbitos como la educación (La Prospe en Madrid y la Rimaia en Barcelona), el género (La Eskalera Karakola), la integración de inmigrantes (Barrilonia), la permacultura y el consumo responsable (los huertos urbanos okupados) y —con sus limitaciones— en ámbitos como la vivienda, el trabajo y la lucha contra la exclusión social (Calle, 2004).

C) Hipótesis 3 o relacional

Esta hipótesis es la que plantea la incidencia del movimiento por la okupación sobre otros actores de las redes de gobernanza, especialmente otros movimientos sociales como el vecinal o el movimiento global, pero también sobre los partidos políticos institucionales. De hecho, esta hipótesis es la más cierta de todas una vez terminada la investigación. En el apartado dedicado a los impactos relacionales, hemos podido ver los principales movimientos sociales sobre los que el movimiento por la okupación ha tenido incidencia. También se ha analizado la relación controvertida que ha mantenido con los partidos políticos de izquierdas. Por tanto, no es necesario repetir lo que acabo de decir, pero sí me parece interesante añadir un algunas reflexiones, desde una perspectiva más dinámica. Por otra parte, estas reflexiones pueden servir para ambos territorios.

Durante las primeras etapas estudiadas, entre los años 1984 y 2000, el movimiento por la okupación se relacionó con movimientos sociales afines, impulsándolos, participando en su interior y generando infraestructura y herramientas para su desarrollo. Estamos hablando de movimientos como el antimilitarista, el de solidaridad internacional, el de apoyo a las personas inmigradas, el estudiantil, el ecologista y los NMG en general. Pero, a partir de la tercera etapa, la novedad es que, desde el interior de los propios movimientos, la práctica de la okupación se extiende y se desborda lo que había sido, si lo podemos llamar así, el campo clásico de la okupación. Así, desde otras subjetividades e identidades diferentes a la okupa, se recurre

a la okupación como una herramienta potente de lucha. Okupaciones como la de la Rimaia (protagonizada por el movimiento estudiantil contra Bolonia), el CSO Barrilonia (por parte del movimiento de inmigrantes) o las okupaciones de huertos urbanos (por parte de coaliciones heterodoxas de activistas de la permacultura y la agroecología) son ejemplos en Barcelona. Al mismo tiempo, en Madrid, la aparición de nuevas subjetividades okupas como el Patio Maravillas o La Eskalera Karakola parece confirmar esta tendencia a la apertura y la hibridación entre el movimiento okupa y otros movimientos contestatarios. En el caso catalán, además, hay que añadir la apuesta del independentismo revolucionario para la okupación, que se traduce (durante la década de 2000) en las numerosas okupaciones de las asambleas de jóvenes de la izquierda independentista en todo el territorio (Gràcia, Eixample, Sant Andreu, Sabadell, Terrassa, etc.).

En segundo lugar y también como producto de la consolidación y la trayectoria del movimiento por la okupación, vale la pena comentar un concepto que ha ido apareciendo a lo largo de la investigación, el del nuevo movimiento vecinal. La relación del movimiento por la okupación con el movimiento vecinal ha sido tan intensa que, en algunos casos, ha cambiado la fisonomía del último. En aquellos lugares donde el movimiento vecinal ha reanudado, dejando atrás una larga etapa de institucionalización terminal, lo ha hecho con activistas que provienen del mundo de las okupaciones o trabajando conjuntamente con estas. Este hecho, lo hemos podido ver en numerosos casos en Madrid y Cataluña (Casc Antic, Sants y Esquerra del Eixample en Barcelona y Lavapiés, Vallecas y la misma Federación Regional de Asociaciones de Vecinos en Madrid). Se puede decir que este nuevo movimiento vecinal se caracteriza por una crítica radical a la especulación inmobiliaria y los procesos de *gentrificación* social en las grandes ciudades, al tiempo que mantiene las demandas tradicionales de equipamientos para uso social en los barrios. La estrategia de construcción de este nuevo movimiento vecinal es diversa e incipiente. En algunos lugares, se han creado nuevas asociaciones ante la parálisis de las tradicionales (Casc Antic de Barcelona), en otros, se participa en las asociaciones vecinales de toda la vida (el caso de los activistas de Seco en Vallecas) o se generan espacios de confluencia (como la Red de Lavapiés

en Madrid).

La incidencia mutua entre el movimiento por la okupación y otros movimientos como el nuevo movimiento global, el movimiento feminista o el ecologista merecerían un capítulo aparte. Como hemos comentado en varias ocasiones en los capítulos precedentes, el movimiento por la okupación ha sido un movimiento precursor o tempranero dentro del ciclo de luchas contra la globalización iniciado a mediados de los años noventa (Herreros, 2004c).

Con respecto al tema del feminismo, me detendré un poco más en este punto. A mediados de los años noventa, dentro del propio movimiento por la okupación, emerge una corriente fuerte de mujeres que se agrupan alrededor de una crítica feminista a la propia práctica del movimiento. En primer lugar, aparecen como grupos de autoconciencia, pero pronto ven la necesidad de crear centros sociales okupados autogestionados de mujeres, donde poder trabajar simultáneamente la okupación y la lucha contra el patriarcado. Desde este espacio, han surgido iniciativas como el CSA de Mujeres La Escalera Karakola en Madrid o el CSO MAMBO (Momento Autónomo de Mujeres Bolleras Osadas) en Barcelona, así como la revista itinerante de mujeres feministas okupas *Mujeres preokupando*. La experiencia de las mujeres okupas ha mostrado otra forma de hacer política, de habitar los espacios de la rebeldía como mujeres, conscientes de que la lucha contra el patriarcado no se subsume en la lucha contra el capitalismo, sino que es indispensable y primordial para generar alternativas a un sistema depredador del medio ambiente y generador de injusticias y desigualdades sociales insoportables.

Evidentemente, habría que dedicar más tiempo a este tema de la incidencia del movimiento de las okupaciones en otros movimientos y no descarto asumir este reto en mis estudios postdoctorales. También sería interesante hacer la experiencia contraria. Pienso que, si elaboráramos una historia de los NMG y del feminismo, inevitablemente, nos aparecería el movimiento por las okupaciones como fuente inagotable de alternativas políticas y de creatividad social.

En la figura siguiente se resume este apartado dedicado a la falsación de las hipótesis que han guiado el trabajo de investigación.

Figura 8.4 Para responder a las hipótesis de trabajo

	Cataluña	Madrid
Hipótesis 1 o del impacto	Impacto en las políticas de juventud, afirmativas y periféricas. Más pequeño en otros ámbitos más centrales como la vivienda o el urbanismo.	Impacto en las políticas periféricas de juventud y cultura. Mayor acceso, aunque muy puntual, en ámbitos más centrales como el urbanismo o la educación.
Hipótesis 2 o alternativa	Impacto alto del movimiento como generador de políticas en las okupaciones largas. Nuevo movimiento de centros sociales y ateneos no okupados.	Interés de sectores de las okupaciones en la estabilización de las instituciones de movimiento. Procesos de legalización.
Hipótesis 3 o relacional	Movimientos afines en los años ochenta y noventa. Hibridación de las prácticas okupas con las de otros movimientos a partir de la década de 2000: estudiantil, independentismo revolucionario, apoyo migrantes, global, feminista y vecinal.	Movimientos afines en los años ochenta y noventa. Hibridación de las prácticas okupas con las de otros movimientos: estudiantil, apoyo a inmigrantes, global, feminista y vecinal.

Fuente: Elaboración propia.

De esta manera se pone fin a la parte de este capítulo dedicada al análisis comparativo del movimiento por la okupación en los dos territorios. Una vez analizados comparativamente los casos de estudio, quedan aún algunos cabos sueltos. El apartado siguiente presenta las principales conclusiones sobre okupación y políticas públicas, hace un pequeño balance de las aportaciones del movimiento y sirve de clausura pero no de punto final, pues el movimiento continúa y su historia e impactos políticos, también.

8.5 Balance y perspectivas de 30 años de okupación en España

El periodo que se comprende desde las primeras okupaciones a mediados de los años ochenta hasta la mitad de la segunda década del siglo XXI es suficientemente significativo como para hacer un balance de estos 30 años de okupación y políticas públicas, al tiempo que permite lanzar alguna hipótesis sobre su futuro. En el periodo 1996-2000, varios factores exógenos y endógenos al propio movimiento le dotaron de unas importantes condiciones de presencia en las redes de políticas. La entrada en vigor del Nuevo Código Penal, los espectaculares desalojos del Cine Princesa en Barcelona o de la Guindalera en Madrid, así como la confluencia en la práctica de la okupación de varios sectores del antimilitarismo y la izquierda radical estudiantil, son algunos de estos factores.

Sin embargo, esta configuración positiva de las oportunidades políticas, empezó a cerrarse a partir de 2000-2001 con la pérdida de centralidad del movimiento en los círculos contestatarios, la demostración de cierta debilidad organizativa y la relativa eficacia de la criminalización y la represión contra el movimiento. En todo caso, la adaptación del movimiento a la nueva configuración de las oportunidades políticas y su integración en las redes del movimiento contra la globalización capitalista, así como la extensión del repertorio de la okupación a otros movimientos sociales, constatan la entrada de una nueva etapa para la okupación en España, que dista mucho todavía de su desaparición, al tiempo que conserva fuertes redes de afinidad. Finalmente, las Plataforma de Afectados por las Hipotecas (PAH), las asambleas del 15M y otras formas organizativas barriales, recurren en los años 2012 y 2013, a la okupación de edificios de viviendas para hacer frente al drama de los desahucios en el área metropolitana de

Barcelona y Madrid.

En ambos territorios, el movimiento por la okupación ha generado políticas públicas de juventud cuando ha podido disponer de cierta estabilidad. Por otra parte, estas políticas han sido mayoritariamente políticas afirmativas (ocio alternativo, contrainformación y actividades culturales), aunque en algunos casos se ha ido más allá, generando políticas educativas y sociales, de carácter transversal, y no solo dirigidas el sector juvenil (La Eskalera Karakola y Tabacalera en Madrid, la Rimaia y Can Masdeu en Barcelona).

Por otra parte, en referencia a la red de políticas de seguridad y orden público, a pesar de tratarse de una red del tipo comunidad de políticas, el movimiento ha sido capaz —en algunos momentos— de generar una extensa red antirrepresiva, llegando incluso a establecer coaliciones puntuales con sectores institucionales, mediante el apoyo de abogados, jueces, fiscales y políticos de izquierdas. Sin embargo, en el campo de la seguridad y el orden público, como es evidente, han predominado los impactos negativos, en forma de desalojos, detenciones y criminalización.

En cuanto a la cuestión de la vivienda, hay que recapitular una serie de consideraciones que he ido apuntando durante la investigación. En primer lugar el hecho de que desde 2006 surge un movimiento por la vivienda digna diferente en composición, estrategia y estilos al de okupación, demuestra que el de las okupaciones no es, ni pretende ser, un movimiento exclusivamente orientado hacia este aspecto de las políticas públicas. El movimiento por una vivienda digna tuvo gran incidencia a partir del año 2006 en la organización de grandes manifestaciones en favor del derecho a la vivienda en las principales ciudades de España. Estas manifestaciones tenían un fuerte componente de jóvenes y adultos con dificultades para acceder a la vivienda, sin embargo, con la crisis de 2008, se ha extendido a otras capas sociales, como los afectados por la violencia inmobiliaria o los mismos desahucios. Esta cuestión pone en evidencia que el movimiento por la okupación en el estado Español no es, fundamentalmente, un movimiento por la vivienda. De hecho, en el capítulo cuatro lo caracterizó —a partir de las configuraciones de Pruijt (2004)— como un movimiento en el que convivían motivaciones políticas de ruptura con el sistema

capitalista con estrategias alternativas de búsqueda de vivienda y de espacios de convivencia.

Por otra parte, la radicalidad de las propuestas okupas y su ataque a la “sacrosanta” propiedad privada, ha dificultado el enmarcado de su discurso en los marcos maestros de una población mayoritariamente individualista y consumista; dificultades crecientes de encuadre que comparte con los discursos de otros movimientos sociales alternativos debido a la hegemonía cultural del neoliberalismo desde 1989. Los hechos del Banco Okupado en la Plaza de Cataluña de Barcelona, en septiembre de 2010, y la ola criminalizadora posterior a la huelga general de 29 de septiembre de 2010, demuestran que el movimiento por la okupación, en un contexto de dominación simbólica neoliberal, tendrá graves dificultades para enmarcar sus discursos alternativos también en el futuro. Aunque la ola de solidaridad que recibe el desalojo y derrumbe de Can Vies en 2014, muestran que el 15M de 2011 ha iniciado una nueva etapa de amplia contestación social al neoliberalismo en España, que ya cuenta incluso con victorias electorales en ciudades como Barcelona y Madrid en las últimas elecciones municipales de mayo de 2015, en las que han llegado al poder municipal candidaturas de unidad popular que cuentan con activistas de diversos movimientos sociales.

A lo largo de estos 30 años, ciertos discursos del movimiento por la okupación han penetrado en las políticas públicas y han ensanchado el menú de alternativas posibles. Por ejemplo, podemos encontrar esta circunstancia en los casos en los que ha habido negociación o través de la generalización y extensión de políticas juveniles afirmativas. En todo caso, todavía es pronto para valorar si la toma del poder municipal por parte de candidaturas de unidad popular como Barcelona En Comú o Ahora Madrid pueden permear las instituciones de la democracia representativa a la influencia de movimientos sociales de carácter autogestionario. De hecho, las últimas tendencias, tanto en España como en el resto de Europa, muestran un incremento de la presión policial y judicial contra las okupaciones. En concreto, el Senado español aprobó en julio de 2010 una nueva reforma del Código Penal que incrementó las penas por usurpación. Al mismo tiempo, y con la pretensión oficial de facilitar el

alquiler en tiempos de crisis, en 2010 entró en vigor la Ley de Medidas de Fomento y Agilización del Alquiler, que junto con las reformas de la Ley de Enjuiciamiento Civil, aprobadas en diciembre de 2009, pretenden acelerar los desahucios. Es lo que los círculos próximos al movimiento por las okupaciones se conoció como “desalojo exprés” (Manrique, 2010). Por otra parte, la policía aplica cada vez más el supuesto de delito flagrante para desalojar okupaciones sin orden judicial, ejemplo de esto es el desalojo que se produjo el 29 de septiembre de 2010 en el Banco Okupado de la Plaza Cataluña de Barcelona, el cual estaba okupado por varios colectivos de la ciudad que organizaban actividades con motivo de la Huelga General contra los recortes sociales.

Esta presión legal y policial sobre las okupaciones se produce en un contexto de crecimiento de las mismas, en especial de las debidas a la pobreza. En concreto, según datos del Ayuntamiento de Barcelona, durante 2009 había 11.2% de las okupaciones, para situarse en un total de 249 en la ciudad (Manrique, 2010). Si bien estas cifras no suponen necesariamente un crecimiento del movimiento por la okupación organizado, sí demuestran que las condiciones sociales, económicas y urbanas que hicieron surgir el fenómeno de las okupaciones no solo no han menguado, sino que se han acentuado con la crisis económica. Este hecho sitúa el movimiento por la okupación en el centro de los nuevos ataques del neoliberalismo. Del mismo modo que la reforma laboral, aprobada por el Parlamento español en 2010, dice que quiere fomentar el trabajo facilitando los despidos; así, en materia de vivienda se pretende incentivar el alquiler facilitando los desalojos. En vez de proteger a las personas que por razones económicas no pueden hacer frente a alquileres o hipotecas, se protege a los propietarios y a los especuladores (Asens en Manrique, 2010).

En este contexto, las perspectivas del movimiento por la okupación se presentan ambivalentes. Así pues, por un lado el movimiento se encuentra de nuevo en el centro de una espiral de criminalización; pero, por otro, la práctica de las okupaciones se ha extendido como nunca a otros movimientos sociales alternativos con una legitimidad creciente y a personas con problemas de acceso a la vivienda. Además, el crecimiento de un movimiento de ateneos, centros sociales legales y nuevas fuerzas

políticas afines a las okupaciones, garantizan que el movimiento no quedará aislado y continuará tejiendo redes entre las islas de resistencia que habitan el hostil paisaje de las ciudades y pueblos de la crisis.

8.6 Punto final

Ya solo queda poner fin a todo este recorrido. Los 30 años de historia del movimiento por la okupación han permitido una aproximación sistemática a su incidencia en las políticas públicas. Sus prácticas de intervención urbana, las formas de vida alternativas y su cuestionamiento de la propiedad privada, convirtieron la okupación, sobre todo a partir de 1996, en uno de los movimientos madrugadores del nuevo ciclo de movilización contra el modelo neoliberal de globalización (Herreros y Ubasart, 2002). A mediados de los años noventa, el movimiento saltó a la agenda pública, convirtiéndose así en la primera excepción a la apatía general reinante en la época del “fin de la historia” y el “pensamiento único”, afirmando con coherencia y radicalidad la propia autonomía respecto de las instituciones y de los partidos políticos (Fernández Buey, 2004).

A partir de 1996 el movimiento por la okupación incrementó su actividad pública a través de manifestaciones, ruedas de prensa, acciones directas, resistencias a los desalojos y un largo etcétera. Desde 2001, a pesar de perder un poco de protagonismo, el movimiento por la okupación continuó siendo una voz crítica al nuevo urbanismo capitalista. En estos 30 años de historia, las prácticas okupas han tejido fuertes redes sociales de contracultura que aglutinan sus fuerzas en torno al acceso directo a la vivienda y a espacios de sociabilidad fuera de la lógica mercantilista.

A lo largo de su camino, el movimiento por la okupación ha imbricado sus luchas con las de otros movimientos como el antimilitarista (El Palomar en Sant Andreu), el feminista (La Eskalera Karakola de Madrid), el estudiantil (La Rimaia), el vecinal (CS Seco de Madrid), el ecologista (Can Masdeu y Can Pascual en Collserola), el antifascista (Can Vies), el de apoyo a los inmigrantes y los pueblos latinoamericanos (Barrilonia), el antiglobalización (El Laboratorio de Madrid), el de liberación nacional (Casal Popular de Gràcia) y muchos más. Los y las activistas okupas han aportado a estos movimientos su fuerte compromiso vital, su radicalidad

ideológica y su creatividad social. Los centros sociales okupados han actuado de infraestructura de los diversos movimientos emancipadores, han sido claves en la construcción de potentes herramientas de comunicación popular y, en definitiva, han sido espacios de encuentro y de relación para miles de activistas de todo el mundo.

Pero la historia no termina aquí. Nuevas generaciones de okupas toman el relevo, recuperan los espacios abandonados por la especulación inmobiliaria y los abren a la participación popular, aportando alternativas de cultura y de vida en los márgenes del sistema. Con palabras de estas generaciones quiero terminar este libro:

Hemos nacido como una isla más en el archipiélago de resistencias que recorre las grietas de este mundo helado. Queremos profundizar en los espacios que se abren y los espacios que nos quedan de confluencia y autoorganización en el barrio, en la ciudad, y en todas partes; queremos profundizar en un conocimiento libre y compartido que nos haga más fuertes y más sabias y sabios, que nos abra a prácticas liberadoras, y que ponga en nuestras manos herramientas que nos ayuden a sostenernos y sostener otra manera de hacer las cosas en medio de la hostilidad de la situación presente.

Hemos nacido para tomar la voz y los hechos, hemos nacido para romper el hielo, hemos nacido para contaminar y ser contaminados por maneras de hacer y por conocimientos sometidos que se oponen directamente a la lógica del beneficio privado y de la empresa jerárquica hemos nacido para construir colectivamente maneras de enfrentar todo este orden de tristeza. ¡Estáis todas y todos invitados! (<http://larimaia.org/?q=node/185>, consultado en octubre de 2010, cuando la Rimaia habitaba su tercera sede en dos años en el barrio de Sant Antoni de Barcelona).⁵

5 Del original en catalán: “Hem nascut com una illa més en l’arxipèlag de resistències que recorre les esquerdes d’aquest món glaçat. Volem aprofundir en els espais que s’obren i els espais que ens queden de confluència i autoorganització

al barri, a la ciutat, i arreu; volem aprofundir en un coneixement lliure i compartit que ens faci més forts i més sàvies i savis, que ens obri a pràctiques alliberadores, i que posi a les nostres mans eines que ens ajudin a sostenir-nos i a sostenir una altra manera de fer les coses enmig de la hostilitat de la situació present.

Hem nascut per a prendre la veu i els fets, hem nascut per trencar el gel, hem nascut per contaminar i ésser contaminats per maneres de fer i per coneixements sotmesos que s'oposen directament a la lògica del benefici privat i de l'empresa jeràrquica, hem nascut per construir col·lectivament maneres d'enfrontar tot aquest ordre de tristesa. Esteu totes i tots convidats!" (<http://larimaia.org/?q=node/185>, consultado en octubre de 2010, cuando la Rimaia habitaba su tercera sede en dos años en el barrio de Sant Antoni de Barcelona).

Referencias

Libros y artículos

- AA. VV. *Xarxes crítiques a Catalunya i Euskadi: antimilitarisme i okupació*. Barcelona: Col.lecció Finestra Oberta, núm. 25, Fundació Jaume Bofill, 2002.
- AA. VV. *Vivienda: especulación...& Okupazioak*. Bilbo: Donostialdeko Okupazioa Batzarra-Likiniano Elkarte, 2001.
- ADELL, Ramón. “El estudio del contexto político a través de la protesta colectiva. La transición política española en la calle”, en María Jesús Funes y Ramón Adell (eds.), *Movimientos sociales: cambio social y participación*. Madrid: UNED Ediciones, 2003, p. 77-108.
- _____, “Mani-Fiesta-Acción: la contestación okupa en la calle (Madrid, 1985-2002)”, en Ramón Adell y Miguel Martínez (coords.), *¿Dónde están las llaves? El movimiento okupa: prácticas y contextos sociales*. Madrid: Los libros de la Catarata, 2004, p. 89-114.
- _____, “Movimiento Nacional-Popular. Manifestaciones conservadoras en Madrid: 1939-2007”, ponencia en el *IX Congreso Español de Sociología*. Barcelona: FES, 2007.
- ADELANTADO, José y Ricard GOMÀ. “La reestructuración de los regímenes de bienestar europeos”, en José Adelantado (coord.) *Cambios en el Estado de bienestar. Políticas sociales y desigualdades en España*. Barcelona: Icaria, 2000.
- ALCALDE, Javier. “La batalla de los medios: la definición de la problemática okupa en los medios de comunicación de masas”, en Ramón Adell y Miguel Martínez (coords.), *¿Dónde están las llaves? El movimiento okupa: prácticas y contextos sociales*. Madrid: Los libros de la Catarata, 2004, p. 227-266.

- ALFAMA, Eva, Robert GONZÁLEZ, Lluç PELÁEZ y Guiomar VARGAS. “La red crítica global en Catalunya en los albores del siglo XXI”, ponencia en el *VIII Congreso Español de Sociología*. Alacant: FES, 2004.
- ALFAMA, Eva, Alex CASADEMUNT, Gerard COLL-PLANAS, Helena CRUZ y Marc MARTÍ. *Per una nova cultura del territori? Mobilitzacions i conflictes territorials*. Barcelona: Icària, Nous Horitzons e IGOP, 2007.
- AMORÓS, Celia. “Espacio público, espacio privado y definiciones ideológicas de ‘lo masculino’ y ‘lo femenino’”, en *Feminismo, igualdad y diferencia*. México: UNAM-PUEG, 1994, p. 23-52.
- ANÒNIM. *Cap a la creació de contrapoders col·lectius*. Barcelona: Edicions Arran, 2001.
- ANTENTAS, Josep María, Miguel ROMERO y Josu EGUIREUN (coords.). *Porto Alegre se mueve*. Madrid: La Catarata-Viento Sur, 2003.
- ARAIZA, Alejandra. “Empoderamiento femenino. El caso de la comunidad zapatista de Roberto Barrios”, en Moreno Seco y Clarisa Ramos Feijóo, “Mujer y participación política”, *Feminismos*, núm. 3, 2004, p. 135-148.
- _____, *Conocer y ser a través de la práctica del yoga: una propuesta feminista de investigación preformativa*. Tesis doctoral, Departamento de Psicología Social, UAB, 2009.
- ARRIGHI, Giovanni, Terrance HOPKINS, Immanuel WALLERSTEIN. *Movimientos antisistémicos*. Madrid: Akal, 1999.
- ASENS, Jaume. “La criminalització del moviment okupa”, en Asamblea d’Okupes de Terrassa (comp.), *Okupació, repressió i moviments socials*. Barcelona: Edicions Kasa de la Muntanya-Diatriba, 1999, p. 75-110.
- _____, “La represión al movimiento de las okupaciones: del aparato policial a los mass media”, en Ramón Adell y Miguel Martínez (coords.), *¿Dónde están las llaves? El movimiento okupa: prácticas y contextos sociales*. Madrid: Los libros de la Catarata, 2004, p. 293-337.
- ASSEMBLEA D’OKUPES DE TERRASSA. “1996-1999: l’Assemblea d’Okupes de Terrassa, 3 anys creant il·lusió”, en *Okupació, repressió i moviments*

- socials*. Barcelona: Edicions Kasa de la Muntanya-Diatriba, 1999, p. 7-11.
- BAILEY, Robert. *The Squatters*. Harmondsworth: Penguin, 1973.
- BALESTRINI, Nanni. *Los Invisibles*. Barcelona: Anagrama, 1988.
- BÁRCENA, Iñaki, Pedro IBARRA y Mario ZUBIAGA. “Movimientos sociales y democracia en Euskadi. Insumisión y ecologismo”, en Pedro Ibarra y Benjamín Tejerina (eds.), *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*. Madrid: Trotta, 1998, p. 43-68.
- BARRANCO, Oriol y Robert GONZÁLEZ. “Los movimientos contra la globalización neoliberal. Una perspectiva militante”, en Miguel Riera, *La Batalla de Génova*. Barcelona: El Viejo Topo, 2001, p. 65-94.
- BARRANCO, Oriol, Robert GONZÁLEZ y Marc MARTÍ. “La construcció mediàtica del moviment okupa”, ponencia en *VII Congrés de l'Associació Catalana de Sociologia*. Reus, 2003.
- BAUCELLS, Joan. “L’ocupació d’immobles en el Nou Codi Penal”, en Assemblea d’Okupes de Terrassa (comp.), *Okupació, repressió i moviments socials*. Barcelona: Edicions Kasa de la Muntanya-Diatriba, 1999, p. 63-74.
- BECK, Ulrich. *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, repuestas a la globalización*. Barcelona: Paidós, 1998a.
- _____, *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós, 1998b.
- _____, *Libertad y Capitalismo*. Barcelona: Paidós, 2002.
- BECK, Ulrich, Anthony GIDDENS y Scott LASH. *Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*. Madrid: Ed. Alianza, 1997.
- BENEDETTI, Mario. “Vamos juntos”, en *Antología poética*. Buenos Aires: Sudamericana, 2000, p. 101
- BENFORD, Robert y David SNOW. “Marcos de acción colectiva y campos de identidad en la construcción social de los movimientos”, en Joseph Gusfield y Enrique Laraña (eds.), *Los nuevos movimientos sociales: de la ideología a la identidad*. Madrid: CIS, 1994, p. 221-252.

- BENSAID, Daniel. *Cambiar el mundo*. Madrid: Viento Sur-La Catarata, 2002.
- BENNET, Andrew, Collin ELMAN. "Qualitative research: recent developments in case study methods", *Annual Review of political science*, núm. 9, 2006, p. 455-476.
- BENSON, Kenneth. "A Framework for Policy Analysis", en David Rogers, David Whatten, *Interorganizational Coordination: Theory Research and Implementation*. Ames: Iowa State University Press, 1982, p. 136-176.
- BLANCO, Ismael y Ricard GOMÀ (coords.). *Gobiernos locales y redes participativas*, Barcelona: Ariel social, 2002.
- _____, "La crisis del modelo de gobierno tradicional. Reflexiones en torno a la *governance* participativa y de proximidad", *Gestión y Política Pública*, vol. 12, núm. 1, 2003, p. 5-42.
- BLUMER, Herbert. "Social Movements", en Barry McLaughlin. *Studies in Social Movements in Psychological Perspective*. New York: The Free Press, 1969, p. 8-29.
- BÖRTZEL, Tanja. "Organizing Babylon: on the Different Conceptions of Policy Networks", *Public Administration*, vol. 76, núm. 2, 1998, p. 253-273.
- _____, "Policy Networks: a New Paradigm for European Governance". Florence: EUI Working Papers, 97/19, European University Institute, 1997.
- BOURDIEU, Pierre. La fuerza de la representación, en *¿Qué significa hablar?*. Madrid: Akal, 1985.
- _____, *La distinción*. Madrid: Taurus, 1991.
- _____, *Sobre la Televisió*. Barcelona: Edicions 62, 1997.
- _____, *La Dominació Masculina*. Barcelona: Edicions 62, 2000.
- _____, *Meditaciones Pascalianas*. Barcelona: Anagrama, 1999.
- BROCKETT, Charles. "The Structure of Political Opportunities and Peasant Mobilization in Central America", *Comparative Politics*, núm. 53, 1991, p. 253-274.
- BRUNET, David. "*Ciudadania, transició i emancipació*", manuscrit, Barcelona: 2001.

- BURSTEIN, Paul, Rachel EINWOHNER y Jocelyn HOLLANDER. "The Success of Political Movements: A Bargaining Perspective", en Craig Jenkins y Bert Klandermans, *The Politics of Social Protest. Comparative Perspective on States and Social Movements*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1995, p. 275-295.
- BUTTON, James. *Blacks and Social Change: Impact on the Civil Rights Movement in Southern*. New Jersey: Princeton University Press, 1989.
- BRUGUÉ, Joaquim, Ricard GOMÀ y Joan SUBIRATS. "Gobierno y territorio: del Estado a las redes", en Joaquim Brugué *et al.*, *Redes, territorios y gobierno. Nuevas respuestas locales a los retos de la globalización*, Barcelona: Diputación de Barcelona, 2001, p. 247-260.
- CALHOUN, Craig. "Los 'nuevos movimientos sociales' del siglo XIX", en Mark Traugott (comp.), *Protesta Social*. Barcelona: Hacer Editorial, 2002, p. 193-241.
- CALLE, Ángel. "Nuevos movimientos globales: sedimentando e impactando", en Elena Grau y Pedro Ibarra (coords.), *Anuario de movimientos sociales 2002. La red en la calle: ¿cambios en la cultura de movilización?* Barcelona: Icaria/Betiko Fundazioa, 2003, p. 156-164.
- _____, "Okupaciones. Un movimiento contra las desigualdades materiales y expresivas", en José Félix Tezanos (ed.), *Tendencias en desigualdad y exclusión social*. Madrid: Sistema, 2004, p. 117-140.
- _____, *Los nuevos movimientos globales. Hacia la radicalidad democrática*. Madrid: Popular, 2005.
- CANTIJOCH, Marta y Robert GONZÁLEZ. "Participación, movimientos sociales y nuevas tecnologías de la información y la comunicación (NTIC). El caso de Catalunya en el último ciclo político (2000-2004)", en Chaime Marcuello y José Luis Fandos (comps.), *Aproximaciones sociológicas para una sociedad mundial. Cambio cultural, problemas sociales y sociedad del conocimiento*. Saragossa: Simposio Internacional de Sociología, Servicio de Publicaciones/ Universidad de Zaragoza, 2006, p. 41-56.

- CARDÚS, Salvador. *Política de paper. Premsa i poder a Catalunya 1981-1992*. Barcelona: La Campana, 1985.
- CARRERAS, Judith, Carlos SEVILLA y Miguel URBÁN. *Euro-universidad. Mito y realidad del proceso de Bolonia*, Madrid:Icaria Más Madera, 2006.
- CASANOVA, Gonzalo. *Armarse sobre las ruinas. Historia del movimiento autónomo en Madrid (1985-1999)*. Madrid: Potencial Hardcore, 2002.
- CASTELLS, Manuel. *La era de la información*. Madrid: Alianza, 1998.
- Movimientos sociales urbanos*. Madrid: Siglo XXI, 2001.
- CASTILLO, Eva y Robert GONZÁLEZ. *Com i perquè d'aquestes almorranes kabrejades. Anàlisi d'un moviment de protesta política. El moviment per l'okupació a Catalunya*, Treball d'investigació, UAB. Barcelona: inédito, 1997.
- CHALMETA, Fernán y Jacobo RIVERO. "Estamos con los movimientos que luchan por los derechos de ciudadanía", entrevista a Nacho Murgui, presidente de la Federación Regional de Asociaciones de Vecinos de Madrid, *Diagonal*, del 21 de junio al 4 de julio de 2007, p. 14.
- CHERKI, Eddy. "Le mouvement d'occupation de maisons vide en France", *Espaces et societes*, núm. 9, 1973, p. 69-91.
- CLAVELL, Dolors y Ricard FERNÁNDEZ. "Emancipar-se necessita sostre", *Nous horitzons*, núm. 189, 2008, p. 92-99.
- COHEN, Jean. *Teoría de los movimientos sociales*. San José: FLACSO, 1988.
- COLAU, Ada y Adrià Alemany. *Vidas hipotecadas. De la burbuja inmobiliaria al derecho a la vivienda*, Barcelona, Cuadrilátero de Libros, 2012.
- ¡Si se puede! Crónica de una pequeña gran victoria*, Barcelona, Destino, 2013
- COL·LECTIU INVESTIGACCIÓ. *Recerca Activista i Moviments Socials*. Barcelona: Viejo Topo/ Fundació Jaume Bofill, 2005.
- COLECTIVO UPA-MOLOTOV. Carta a los lectores, diciembre de 1999, en <http://www.nodo50.org/upamolotov/textos/presentación0.htm> (consultat el 8 d'agost de 2009).

- COLEMAN, William. "From Protected Development to Market Liberalism: Paradigm Change in Agriculture". *Journal of Public Policy*, vol. 16, núm. 3, 1998, p. 273-303.
- COLLADO, Francisco. *Abriendo puertas. Okupaciones en València 1988-2006*. València: Ediciones la Burbuja, 2007.
- COMISSIÓ D'ESTUDI SOBRE EL MOVIMENT OKUPA. *Conclusions*. Barcelona: Generalitat de Catalunya/ Departament de Cultura, 1998.
- CONSELL COMARCAL DEL BAIX LLOBREGAT, *Evolució sociolaboral del Baix Llobregat, 1981-2001*. Consell Comarcal del Baix Llobregat, 2004, p. 101-103.
- CONTRA-INFOS. *Anuari Contra-Infos 1998-1999*. Barcelona: Virus, 2000.
- CONTRA-INFOS. *Anuari Contra-Infos 2000*. Barcelona: Virus, 2001.
- CONTRA-INFOS. *Anuari Contra-Infos 2001-2002*. Barcelona: Virus, 2003.
- CONTRA-INFOS. *Anuari Contra-Infos 2003*. Barcelona: Virus, 2004.
- CORR, Anders. *No Trespassing. Squatting, Rent Strikes and Land Struggles Worldwide*. Cambridge: South End Press, 1999.
- CROZIER, Michael J., Samuel P. HUNTINGTON y Joji WATANUKI. *The crisis of democracy: report on the governability of democracies to the Trilateral Commission*. New York: New York University Press, 1975.
- DAHL, Robert. *Polyarchy; Participation and Opposition*. New Haven: Yale University Press, 1971.
- DALTON, Russell, Manfred KUECHLER y Wilhelm BÜRKLIN. "El reto de los nuevos movimientos", en Russell Dalton y Manfred Kuechler (eds.), *Los nuevos movimientos sociales: un reto al orden político*. València: Alfons el Magnànim, 1992, p. 19-42.
- DE MIGUEL, Ana. "Movimiento feminista y redefinición de la realidad", ponencia en *Congreso Feminista*. Córdoba, 2000.
- DE PAULA, Francisco. *Okupació a Catalunya, 1984-2009*. Barcelona, Edicions Anomia, 2010.
- DE SOUSA SANTOS, Boaventura. *Democratizar la democracia. Los caminos de la democracia participativa*, México, FCE, 2004.
- DEBORD, Guy. *La sociedad del espectáculo*. València: Pre-textos, 1999.
- DELLA PORTA, Donnatela. *Social Movements, Political Violence, and the State. A Comparative Analysis of Italy and Germany*. Cambridge:

- Cambridge University Press, 1995.
- _____, *I new global*. Bolonia, Il Mulino, 2003.
- DIANI, Mario. “Las redes desde una perspectiva de análisis”, en Pedro Ibarra y Benjamín Tejerina (eds.), *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*. Madrid: Trotta, 1998, p. 243-270.
- DÖHLER, Marian. “Policy Networks, Opportunity Structures and Neo-Conservative Reform Strategies in Health Policy”, en Bernd Marin, Renate Mayntz (eds.), *Policy Networks. Empirical Evidence and Theoretical Considerations*. Boulder: Westview Press, 1991, p. 235-297.
- DOMENECH, Xavier. “Moviment obrer i canvi polític”, en Enric Prat (coord.), *Els moviments socials a la Catalunya contemporània*. Barcelona: Biblioteca UB, els juliols, Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona, 2004, p. 51-70.
- DRAAISMA, Jaap y P. Van HOOGSTATEN. “The Squatter Movement in Amsterdam”. *International Journal of Urban and Regional Research*, vol. 7, núm. 3, 1983, p. 405-416.
- DUNEZAT, Xavier. *Mouvements sociaux sexués: reproduction et changements*, Paris: Cahiers du Genre, 26, 1999, p. 101-109.
- ECHART, Enara, Sara LÓPEZ y Kamala OROZCO. *Origen, protestas y propuestas del movimiento antiglobalización*. Madrid: La Catarata, 2005.
- EDER, Klaus. “La institucionalización de la acción colectiva. ¿Hacia una nueva problemática teórica en el análisis de los movimientos sociales?”, en Pedro Ibarra y Benjamín Tejerina (eds.), *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*. Madrid: Trotta, 1998, p. 337-360.
- EGIA, Carlos y Javier BAYON. *Contrainformación. Alternativas de comunicación escrita en Euskal Herria*. Bilbo: Likiniano Elkartea, 1997.
- EJE DE OKUPACIÓN DE ROMAPAMOS EL SILENCIO. “Okupar el Madrid, entre lo necesario y lo imposible 1.0”, a http://www.okupatutambien.net/?page_id=63, 2006 (consultado el 2 de abril de 2010).

- ____, “Okupar el Madrid, entre lo necesario y lo imposible 2.0”, a [http://www.okupatatambien.net/? page_id=64](http://www.okupatatambien.net/?page_id=64), 2007 (consultado el 2 de abril de 2010).
- ESKALERA KARAKOLA. *Recuperación y rehabilitación de Embajadores 40. La Eskalera Karakola: un proyecto de Centro Social Autogestionado y Feminista*. Madrid: Dossier, 2003.
- ESPAI EN BLANC. “Barcelona 2004: el fascismo posmoderno”, en AA.VV. *La otra cara del Fòrum de les cultures S. A.* Barcelona: Edicions Bellaterra, 2004, p. 15-78.
- EYERMAN, Ron y Andrew JAMISON. *Social Movements: A Cognitive Approach*. Philadelphia: Pennsylvania University Press, 1991.
- FEIXA, Carles, Joan R. SAURA y Carmen COSTA. *Movimientos juveniles: de la globalización a la antiglobalización*. Barcelona: Ariel, 2002.
- FERNÁNDEZ, David. *Cròniques del 6 i altres retalls de la claveguera policial. Del Cinema Pricesa a l'absolució del Tres de Gràcia*. Barcelona: Virus, 2006.
- FERNÁNDEZ BUEY, Francisco. “Els moviments socials alternatius: un balanç”, en Enric Prat (coord.), *Els moviments socials a la Catalunya contemporània*. Barcelona: Biblioteca UB, els juliols, Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona, 2004, p. 21-50.
- FERNÁNDEZ-DURÁN, Ramón, Miren ETXEZARRETA y Manolo SÁEZ. *Globalización capitalista. Luchas y resistencias*. Barcelona: Virus, 2001.
- FONT, Joan (coord.). *Ciudadanos y decisiones públicas*. Barcelona: Ariel, 2001.
- FREI, Sebastian. “Holanda ilegaliza la okupación” en *Diagonal*, del 8 al 21 de julio de 2010, p. 23.
- FUNES, María Jesús y Ramón ADELL (eds.). *Movimientos sociales: cambio social y participación*. Madrid: UNED Ediciones, 2003.
- FUNES, María Jesús y Jordi MONTFERRER. “Perspectivas teóricas y aproximaciones metodológicas al estudio de la participación”, en María Jesús Funes y Ramón Adell (eds.), *Movimientos sociales: cambio social y participación*. Madrid: UNED Ediciones, 2003, p. 21-58.

- GAMSON, William. *The Strategy of Social Protest*. Chicago: Dorsey Press, 1975.
- GAMSON, William, Bruce FIREMAN y Steven RYTINA. *Encounters with Unjust Authority*. Chicago: Dorsey Press, 1982.
- GAMSON, William y David MEYER. “Marcos interpretativos de la oportunidad política”, en Doug McAdam, John McCarthy y Zald Mayer, *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*. Madrid: Istmo, 1999, p. 389-412.
- GIDDENS, Anthony. *Modernity and Self-Identity. Self and Society in the Late Modern Age*. Cambridge: Polity publisher, 1991.
- GIL CALVO, Enrique. *Nacidos para cambiar. Como construimos nuestras biografías*. Madrid: Taurus Pensamiento, 2001.
- GIRO, Xavier. “La imatge de la joventut a la premsa escrita. Valors, política i violència”, *Anàlisi: quaderns de comunicació i cultura*, núm. 30, 2003, p. 105-124.
- GIUGNI, Marco, Doug McADAM, Charles TILLY (eds.). *From Contention to Democracy*. Maryland: Rowman & Littlefield Publishers, 1998.
- How Social Movements Matter. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1999.
- GODÀS, Xavier. “Los movimientos sociales”, en Salvador Giner (coord.), *Teoría sociológica moderna*. Barcelona: Ariel, 2003, p. 493-512.
- GOFFMAN, Erving. *Frame Analysis: An Essay on the Organization of Experience*. New York: Harper & Row, 1974.
- GOMÀ, Ricard (coord.), Robert GONZÁLEZ, Marc MARTÍ, Lluc PELÁEZ, Oriol BARRANCO y David BRUNET. *Joventut, okupació i polítiques públiques a Catalunya*, Barcelona: Col·lecció Estudis, núm. 11, Observatori de la Joventut, Secretaria General de la Joventut, Generalitat de Catalunya, 2003.
- GOMÀ Ricard y Joan SUBIRATS. “Governar la complexitat: xarxes d’actors i polítiques multinivell”, a *Govern i polítiques públiques a Catalunya (1980-2000)*. Barcelona: Universitat de Barcelona, p. 19-31.
- GARCÍA, Rubén y Joseba FERNÁNDEZ. “Movimiento universitario en Bizcaia contra la invasión de Iraq”, a Asamblea de Ciencias Sociales por una

- Universidad Crítica, *Movimientos estudiantiles: resistir, imaginar, crear en la universidad*. Donostia: Gakoa Liburuak, p. 103-121.
- GONZÁLEZ, Robert. *Xarxes crítiques i polítiques públiques. El moviment per l'okupació a Catalunya (1984-2001)*, Treball de recerca, Doctorat en Ciència Política i de l'Administració, Universitat Autònoma de Barcelona, 2001.
- _____, “La okupación y las políticas públicas: negociación, legalización y gestión local del conflicto urbano”, en Ramón Adell y Miguel Martínez (coords.), *¿Dónde están las llaves? El movimiento okupa: prácticas y contextos sociales*. Madrid: Los libros de la Catarata, 2004, p. 151-177.
- _____, “Okupació i autogestió: una pràctica política juvenil?”, *Nous Horitzons*, núm. 189, 2008, p. 51-59.
- _____, “Estudiantes contra la globalización capitalista. El caso de Catalunya”, a Pedro Ibarra y Mercè Cortina (eds.), *Recuperando la Radicalidad: un encuentro entorno al Análisis Político Crítico*, Barcelona: Hacer, 2011, p. 273-290.
- _____, “El moviment per l'okupació i el moviment per l'habitatge: semblances, diferències i confluències en temps de crisi”, *D-Recerca. Revista de pensament i anàlisi*, 2015, en prensa.
- GONZÁLEZ, Robert, Asier BLAS y Lluc PELÁEZ. “Okupar, resistir y generar autonomía. Los impactos políticos del movimiento por la okupación”, en Pedro Ibarra, Salvador Martí y Ricard Gomà (coords.), *Creadores de democracia radical. Movimientos sociales y redes de políticas públicas*. Barcelona: Icaria, 2002, p. 187-218.
- GONZÁLEZ, Robert y David GARCIA. “El moviment per l'okupació al Baix Llobregat: teixint contrapoders en els centres socials (1985-2006)”, en Enric Prat, Mercè Renom i M. Luz Retuerta (dir.) y Esther Hachuel (coord.), *Constructors de consciència i de canvi. Una aproximació als moviments socials des del Baix Llobregat*. Barcelona, Generalitat de Catalunya/Edicions del Llobregat, 2009, p. 557-579.4
- GONZÁLEZ, Robert, Thomas Aguilera y Mercè Cortina. “Los impactos de la okupación en las políticas públicas en el Estado español: un análisis

- comparativo de Madrid, Barcelona y Bilbao”, 2013, Madrid, Ponencia al XI Congreso Español de Sociología de la FES.
- GONZÁLEZ, Robert e Isabel Benítez. “El movimiento estudiantil catalán en el nuevo ciclo de luchas” en *Ánfora*, vol. 21, núm. 37, julio-diciembre. Universidad Autónoma de Manizales, 2014, pp. 101-128.
- GONZÁLEZ, Silvia (coord.). *Diálogos sobre el 68*. México: UNAM-Biblioteca Nacional, 2003.
- GRUPO AUTÓNOMO A.F.R.I.K.A., Luther BLISSET y Sonja BRÜNZELS. *Manual de guerrilla de la comunicación*. Barcelona: Virus, 2000.
- GUTIÉRREZ, Virginia. “Okupación y movimiento vecinal”, en Ramón Adell y Miguel Martínez (coords.), *¿Dónde están las llaves? El movimiento okupa: prácticas y contextos sociales*. Madrid: Los libros de la Catarata, 2004, p. 115-127.
- HANF, Kenneth. “Network Analysis and the Neglect of Policy Management”, document presentat per al seminari ECPR de *Management of International Networks*. Limerick, 1992.
- HARAWAY, Donna. “Conocimientos situados: la cuestión científica en el feminismo y la perspectiva parcial”, en *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinvención de la naturaleza*, Madrid: Cátedra/Universitat de València, 1995, p. 313-346.
- HAY, Colin y Daniel WINCOTT. “Structure, Agency and Historical Intuitionism”, *Political Studies*, núm. 46, 1998, p. 951-956.
- HECLO, Hugh. “Issue Networks and the Executive Establishment”, en Anthony King (ed.), *The New American Political System*. Washington: American Enterprise Institute, 1978, p. 87-124.
- HERREROS, Tomás. “Introducció: el moviment okupa a finals del segle XX”, a Assemblea d’Okupes de Terrassa (comp.), *Okupació, repressió i moviments socials*. Barcelona: Edicions Kasa de la Muntanya-Diatriba, 1999, p. 15-42.
- _____, “Moviments socials i cicles de protesta: el cicle de protesta del capitalisme global, 1994-2003”, ponència al *VIII Congreso Español de Sociología*. Alacant: FES, 2004a.
- _____, “El moviment de les okupacions: la revifalla dels moviments socials”, a Enric Prat (coord.), *Els moviments socials a la Catalunya*

- contemporània*. Barcelona: Biblioteca UB, els juliols, Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona, 2004b, p. 217-240.
- , “Movimiento de las okupaciones y movimientos sociales: elementos de análisis para el caso de Catalunya”, a Ramón Adell y Miguel Martínez (coords.), *¿Dónde están las llaves? El movimiento okupa: prácticas y contextos sociales*. Madrid: Los libros de la Catarata, 2004c, p. 129-149.
- HERREROS, Tomás y Gemma UBASART. “Globalització i moviments socials”, *Papers d’Innovació Social*, núm. 17, 2002, p. 30.
- IBÁÑEZ, Tomás. “La cuestión metodológica”, en Bernardo Jiménez-Domínguez (comp.), *Psicología social construccionista*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, 1994, p. 111-151.
- IBARRA, Pedro, Salvador MARTÍ y Ricard GOMÀ (coords.). *Creadores de democracia radical. Movimientos sociales y redes de políticas públicas*. Barcelona: Icaria, 2002.
- , “Redes de acción colectiva crítica e impactos políticos”, a *Creadores de democracia radical. Movimientos sociales y redes de políticas públicas*. Barcelona: Icaria, 2002, p. 57-80.
- , “Los nuevos movimientos sociales, El estado de la cuestión”, en *Creadores de democracia radical. Movimientos sociales y redes de políticas públicas*. Barcelona: Icaria, 2002, p. 23-55.
- IBARRA, Pedro y Benjamín TEJERINA. *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*. Madrid: Trotta, 1998.
- INGLEHART, Ronald. *The silent revolution: changing values and political styles in advanced industrial society*, New Jersey: Princeton University Press, 1977.
- , *Modernization and postmodernization: cultural, economical and political change in 43 societies*, New Jersey: Princeton University Press, 1997.
- IGLESIAS, Pablo. “Algunos centenares de jóvenes de la izquierda radical: desobediencia italiana en Madrid (2000-2005)”, en Rafael Prieto (coord.), “Jóvenes, globalización y movimientos altermundistas”, *Revista de Estudios de Juventud*, núm. 76, 2007, p. 245-265.

- JESSOP, Bob. "Governance and Metagovernance: On Reflexivity, Requisite Variety and Requisite Irony", en <http://www.com.lancs.ac.uk/sociology/papers/Jessop-Governance-and-Metagovernance.pdf>, 1999 (consultado el 13 de diciembre de 2005).
- _____, "Good Governance and the Urban Question: On Managing the Contradictions of Neo-Liberalism", en <http://www.com.lancs.ac.uk/sociology/papers/Jessop-Good-Governance-and-the-Urban-Question.pdf>, 2001 (consultado el 13 de diciembre de 2005).
- _____, *The Future of the Capitalist State*. Cambridge: Polity Press and Blackwell Publishing, 2003.
- JIMÉNEZ, Manuel. *El impacto político de los movimientos sociales. Un estudio de la protesta ambiental en España*. Madrid: CIS, 2005.
- JIMÉNEZ-DOMÍNGUEZ, Bernardo. "Investigación ante acción participante: una dimensión desconocida" en Maritza Montero (coord.), *Psicología Social Comunitaria*. Guadalajara: Universidad de, 1994.
- JORDAN, Grant y Klaus Schubert. "A preliminary ordering of policy network labels", *European Journal of Political Research*, vol. 21, núm. 1-2, 1992, p. 7-27.
- JORDANA, Jacint. "El análisis de los "policy networks": ¿una nueva perspectiva sobre la relación entre políticas públicas y Estado? *Gestión y Análisis de Políticas Públicas*, núm. 3, 1995, p. 77-90.
- JULIANO, María Dolores. *El juego de las astucias: mujer y construcción de modelos sociales alternativos* Madrid: horas y HORAS, 1992.
- _____, *Las que saben: subculturas de mujeres*. Madrid: horas y HORAS, 1998.
- KATZ, Steven y Margit MAYER. "Gimme Shelter: Self-help Housing Struggles within and against the State in New York City and West Berlin", *International Journal of Urban and Regional Research*, vol. 9, núm. 1, 1983, p. 15-45.
- KENIS, Patrick. "The Preconditions for Policy Networks: Some Findings from a Three-country Study on Industrial Restructuring", a Bernd Marin y Renate Mayntz (eds.), *Policy Networks*. Empirical Evidence and Theoretical Considerations. Boulder: Westview Press, 1991, 297-330.

- KERGOAT, Daniel (dir.). *Les Infirmières et leur coordination*. Paris: Lamarre, 1992.
- KICKERT, Klijn. *Managing Complex Networks*. Londres: Sage, 1997.
- KICKERT, Walter, Erik-Hans KLIJN y Joop KOPENJAN (eds.). *Managing Complex Networks. Strategies for the Public Sector*. Londres: Sage, 1997.
- KITSCHOLT, Herbert. "Political opportunity structures and political protest: anti-nuclear movements in four democracies", *British Journal of Political Science*, núm. 16, 1996, p. 55-85.
- KLEIN, Naomi. "Squatters in white overalls", *The Guardian*, Friday June 8, 2001, a <http://www.guardian.co.uk> (consultat el 14 d'agost de 2009).
- KLEINMAN, Sherry. "Emotions, Fieldwork and Professional Lives", a Tim May (ed.), *Qualitative Research in Action*. London and New Delhi: Centre for Sustainable Urban & Regional, 2002, p. 349-374.
- KOOIJMAN, Jan. "Governance and Governability: Using Complexity, Dynamics and Diversity", *Modern Governance. New Government-Society interactions*. London-New Delhi: Sage, 1993, p. 35-48.
- KOOIJMAN, Jan. *Governing as Governance*. Londres: Sage, 2000.
- KRIESI, Hanspeter, Ruud KOOPMANS, Jan Willem DUYVENDAK y Marco GUINGI. *New social movements in Western Europe. A Comparative Analysis*. London: UCL Press, 1995.
- KRIESI, Hanspeter. "El contexto político de los nuevos movimientos sociales en Europa Occidental", en Jorge Benedicto y Fernando Reinares (eds.), *Las transformaciones de lo político*. Madrid: Alianza, 1992, p. 115-158.
- LACLAU, Ernesto y Chantal MOUFFE. *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Madrid: Siglo XXI, 1987.
- LIBRERÍA DE MUJERES DE MILÁN. "Sottosopra rosso, el final del patriarcado", *El Viejo Topo*, núm 96, 1996, p. 46-59.
- LLOBET, Marta. "Contracultura, creatividad y redes sociales en el movimiento okupa", en Ramón Adell y Miguel Martínez (coords.), *¿Dónde están*

- las llaves? El movimiento okupa: prácticas y contextos sociales*. Madrid: Los libros de la Catarata, 2004, p. 179-203.
- L'okupació com espai-s de creativitat social*, Tesi doctoral, Departament de Teoria Sociològica, Filosofia del Dret i Metodologia de les Ciències Socials, Universitat de Barcelona, 2005.
- LÓPEZ, Sara, Gustavo ROIG e Igor SÁDABA. *Nuevas tecnologías y participación política en tiempos de globalización*. Vitoria-Gasteiz: Cuadernos de Trabajo, Hegoa, 2003
- LOWE, Stuart. *Urban social movements. The city after Castells*. New York: St. Martin's Press, 1986.
- MAHONEY, James. "Debating the state of comparating politics. Views form qualitative research", *Comparative Political Studies*, vol. 40, núm. 1, 2007, p. 32-38.
- MAIZ, Ramón. "Nación de Breogán: oportunidades políticas y estrategias enmarcadoras en el movimiento nacionalista gallego (1886-1986)", *Revista de Estudios Políticos*, núm. 92, 1996, p. 33-75.
- MALONEY, William, Jordan GRANT y Andrew MC. LAUGHLIN. "Interest Groups and Public Policy: The Insider/Outsider Model Revisited". *Journal of Public Policy*, vol. 14, núm. 1, 1994, p. 17-38.
- MAMADOUH, Virginie. *De stad in eigen hand. Provo's, kabouters and krakers als stedelijke sociale beweging*, Amsterdam: SUA, 1992.
- MANDEL, Ernest. *Las ondas largas del desarrollo capitalista*. Madrid: Siglo XXI, 1980.
- MANRIQUE, Patricia. "Medidas penales contra las okupaciones" en *Diagonal*, del 8 al 21 de julio de 2010, p. 22-23.
- MARIN, Bernd y Renate MAINTZ (eds.). "Introduction: Studying Policy Networks", a *Policy Networks: Empirical Evidence*. Frankfurt/Boulder: Campus Verlag/Westview Press, 1991, p. 11-25.
- MARINAS, Marina. "Derribando los muros del género: mujer y okupación", en Ramón Adell y Miguel Martínez (coords.), *¿Dónde están las llaves? El movimiento okupa: prácticas y contextos sociales*. Madrid: Los libros de la Catarata, 2004, p. 205-226.
- MARKOFF, John. *Olas de democracia: movimientos sociales y cambio político*. Madrid: Tecnos, 1999

- MARSH, David. "The Utility and Future of Policy Network Analysis", a *Comparing Policy Networks*. Londres: Open University Press, 1998. p. 185-96.
- MARSH, David y Gerry STOKER (eds.). *Theory and Methods of Political Science*. Londres: McMillan, 1995.
- MARSH, David y R. A. W. Rhodes (eds.). *Implementing Thatcherite Policies: Audit of an Era*. Buckingham: Open University Press, 1992.
- MARTÍ, Salvador. "Cuando el movimiento "antiglobalización" ya no es novedad. Algunas reflexiones en torno a un movimiento de movimientos", en Elena Grau y Pedro Ibarra (coords.), *Anuario de movimientos sociales 2003. La red en la calle. ¿Cambios en la cultura de movilización?*, Barcelona: Icaria, 2004, p. 86-98.
- MARTÍNEZ, Miguel. *Okupaciones de viviendas y centros sociales. Autogestión, contracultura y conflictos urbanos*. Barcelona: Virus, 2002.
- _____, "Del urbanismo a la autogestión: una historia posible del movimiento de okupación en España" a Ramón Adell y Miguel Martínez (coords.), *¿Dónde están las llaves? El movimiento okupa: prácticas y contextos sociales*. Madrid: Los libros de la Catarata, 2004a, p. 61-88.
- _____, "Cintas de video, contrainformación e identidad en el movimiento okupa", ponencia en el *VIII Congreso Español de Sociología*. Alacant: FES, 2004b.
- _____, "El movimiento de okupaciones: contracultura urbana y dinámicas alter-globalización", en Rafael Prieto (coord.), "Jóvenes, globalización y movimientos altermundistas", *Revista de Estudios de Juventud*, núm. 76, 2007, p. 225-243.
- _____, "El movimiento de okupaciones: una larga e inquietante existencia", *Viento Sur*, núm. 108, 2010a, p. 43-48.
- _____, "El movimiento de okupaciones ante los procesos de institucionalización. Estrategias, discursos y experiencias", Inédito, 2010b, p. 1-53.
- MARTÍNEZ, Miguel y Ángela García. "The Occupation of Squares and the Squatting of Buildings: Lessons From the Convergence of Two Social

- Movements”, 2012, online paper: http://www.miguelangelmartinez.net/IMG/pdf/articulo_Bilbao_v4_book_doc.pdf
- MARTÍNEZ, Ricard. “El moviment veïnal en el tardofranquisme i la transició: conflicte, identitat obrera i valors alternatius”, a Enric Prat (coord.), *Els moviments socials a la Catalunya contemporània*. Barcelona: Biblioteca UB, els juliols, Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona, 2004, p. 71-91.
- MAYER, Margit. “The Career of Urban Social Movements in West Germany” en Robert Fisher y Joseph Kling (eds.), *Mobilizing the Community: Local Politics in the Era of Global City*. Newbury Park: Sage, 1993, p. 149-170.
- MAYNTZ, Renate. “La Teoria della Governance: Sfide e Prospettive”, *Rivista Italiana di Scienza Politica*, núm. 1, 1999, p. 3-19.
- “Governing Failures and the Problem of Governability: Some Comments on a Theoretical Paradigm”, en Jan Kooiman, *Modern Governance. New Government-Society interactions*. London-New Delhi: Sage, 1993, p. 9-20.
- McADAM, Dough. “Orígenes conceptuales, problemas actuales y direcciones futuras”, en Pedro Ibarra i Benjamín Tejerina (eds.), *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*. Madrid: Trotta, 1998, p. 89-111.
- McADAM, Dough, John McCARTHY y Mayer ZALD. *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*. Madrid: Istmo, 1998.
- McCARTHY, John y Mayer ZALD. “Resource Mobilization and Social Movements: A Partial Theory”, *American Journal of Sociology*, vol. 82, núm. 6, 1977, p. 1212-1241.
- MEAD, George. *Espíritu, persona y sociedad: desde el punto de vista del conductismo social*. México: Paidós, 1999.
- MELUCCI, Alberto. “The Symbolic Challenge of Contemporary Movements”, *Social Research*, núm. 52, 1985, p. 789-816.
- _____, “¿Que hay de nuevo en los nuevos movimientos sociales?”, en Joseph Gusfield y Enrique Laraña (eds.), *Los nuevos movimientos sociales: de la ideología a la identidad*. Madrid: CIS, 1994, p. 119-150.
- _____, “La experiencia individual y los temas globales”, en Pedro

- Ibarra y Benjamín Tejerina (eds.), *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*. Madrid: Trotta, 1998, p. 361-382.
- MIRÓ, Ivan. “Okupació: superant la criminalització. Impulsant de nou la crítica pràctica de l’urbanisme capitalista” *Contracorrent*, núm. 5, 2001, p. 5.
- MORÁN, Agustín. “Epílogo”, en Gonzalo Casanova, *Armarse sobre las ruinas. Historia del movimiento autónomo en Madrid (1985-1999)*. Madrid: Potencial Hardcore, 2002, p. 256-267.
- MORENO, Almudena (coord.), Antonio LÓPEZ y Sagrario SALGADO, *La transición de los jóvenes a la vida adulta. Crisis económica y emancipación tardía*, Barcelona, Obra Social “la Caixa”, Colección Estudios Sociales, n. 34, 2012.
- MOUFFE, Chantal. *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*. Barcelona: Piadós, 1999
- MURIAS, Carmen. “La revolució d’octubre i el feminisme”, *Revolta Global*, 22, març de 2006, p. 2.
- NEIDHARDT, Friedhelm y Dieter RUCHT. “The Analysis of Social Movements: The State of the Art and some Perspectives for Further Research”, a Dieter Rucht (ed.), *Research and Social Movements: The State of the Art in Western Europe and the USA*. Frankfurt: Campus Verlag/ Westview Press, 1991, p. 421-464.
- NOHRIA, Nitin y Robert ECCLES. *Networks and Organizations. Structure, Form and Action*. Allston: Harvard Business School, 1992.
- OFFE, Claus. *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*. Madrid: Sistema, 1988.
- PASTOR, Jaime. “La evolución de los nuevos movimientos sociales”, en Pedro Ibarra y Benjamín Tejerina (eds.), *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*. Madrid: Trotta, 1998, p. 69-88.
- , “Génesis y desarrollo de los movimientos sociales desde una perspectiva histórica. El movimiento obrero español”, en María Jesús Funes y Ramón Adell (eds.), *Movimientos sociales: cambio social y participación*. Madrid: UNED Ediciones, 2003, p. 59-76.

- _____, *¿Qué son los movimientos antiglobalización?* Madrid: RBA Libros, 2002.
- PALÀ, ROGER, “Per cada desallotjament...un altre solar”, en *Transversal*, núm. 8, noviembre de 2001.
- PELÁEZ, Lluç. *Insubmissió. Moviment social i incidència política*. Barcelona: Col. lecció Documents, Servei de publicacions UAB, 2000.
- El cicle de protesta a la Barcelona del tombant de segle. Moviments socials i incidència política*. Barcelona: Nous Horitzons, 2006.
- PIERRE, Jon (ed.). *Debating Governance. Authority, Steering and Democracy*. Oxford: Oxford University Press, 2000.
- PLATT, Steve. “A Decade of Squatting. The Story of Squatting in Britain since 1968”, en Nick Anning, Nick Wates y Christian Wolmar (eds.), *Squatting. The Real Story*. London: Bay Leaf Books, 1980, p. 14-103.
- PRUIJT, Hans. “Is the Institutionalization of Urban Movements Inevitable? A Comparison of the Opportunities for Sustained Squatting in New Cork City and Amsterdam”, *International Journal of Urban and Regional Research*, vol. 27, 2003, p. 133-157.
- _____, “Okupar en Europa”, en Ramón Adell y Miguel Martínez (coords.), *¿Dónde están las llaves? El movimiento okupa: prácticas y contextos sociales*. Madrid: Los libros de la Catarata, 2004, p. 35-60.
- PUTNAM, Robert. *Making Democracy Work: Civic Traditions in Modern Italy*. New Jersey: Princeton University Press, 1993.
- PUTNAM, Robert, Susan PHARR y Russell DALTON. “Introduction: What’s Troubling the Trilateral Democracies?” en Susan Pharr i Robert Putman (eds.), *Disaffected Democracies. What’s troubling the Trilateral Countries?* New Jersey: Princeton University Press, 2000, p. 3-28.
- RAMOS, Ivan Julio. “Nuevos movimientos sociales y espacios de disidencia colectiva: centros sociales en A Coruña”, en José Romy, Ricardo García y José Real (eds.), *Psicología social y problemas sociales*.

- Psicología política, inmigración y comunicación social*, vol. 2. Madrid: Biblioteca Nueva, 2005, p. 83-92.
- RHODES, R.A.W. *Understanding Governance: Policy Networks, Governance, Reflexivity and Accountability*. Londres: Open University Press, 1997.
- RIECHMAN, Jorge y Francisco FERNÁNDEZ BUEY. *Redes que dan libertad. Una introducción a los nuevos movimientos sociales*. Barcelona: Paidós, 1994.
- RIVAS, Antonio. “El análisis de marcos: una metodología para el estudio de los movimientos sociales”, en Pedro Ibarra y Benjamín Tejerina (eds.), *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*. Madrid: Trotta, 1998, p. 181-218.
- RIVERO, Jacobo. “Diez okupaciones en menos de dos años”, *Diagonal*, del 26 de junio al 9 de julio de 2008, p. 32.
- ROCHELEAU, Dianne, Barbara THORNAS-SLAYTER y Esther WANGARI. *Feminist Political Ecology: Global Issues and Local Experiences*. London: Routledge, 1996.
- ROMERO, Juan. “Construcción residencial y gobierno del territorio en España. De la burbuja especulativa a la recesión. Causas y Consecuencias”, *Cuadernos Geográficos*, 47, 2010, pp. 17-46.
- RUCHT, Dieter. “Studying the Effects of Social Movements. Conceptualisation and Problems”, ponencia al *ECPR Meeting*. Limmerick, 1992.
- SÁDABA, Igor y Gustavo ROIG. “El movimiento de okupación ante las nuevas tecnologías: okupas en las redes”, en Ramón Adell i Miguel Martínez (coords.), *¿Dónde están las llaves? El movimiento okupa: prácticas y contextos sociales*. Madrid: Los libros de la Catarata, 2004, p. 267-291.
- SABATIER, Paul y Hank JENKINS-SMITH. *Policy Change and Policy Learning: An Advocacy Coalition Approach*. Boulder: Westview Press, 1993.
- SARO Jauregui. *Convergencia y redes de políticas: la reconversión siderúrgica en España y Gran Bretaña, 1977-94*. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid, Tesis Doctoral, 2000.
- SEVILLA, Carlos. *La fábrica del conocimiento. La universidad-empresa en la producción flexible*. Barcelona: El Viejo Topo, 2010.

- SEVILLA, Carlos y Miguel URBÁN. Tesis sobre la Universidad y el movimiento estudiantil”, en Asamblea de Ciencias Sociales por una Universidad Crítica, *Movimientos estudiantiles: resistir, imaginar, crear en la universidad*, Donostia: Gakoa Liburuak, 2008, p. 61-74.
- SCHÄFER, Bettina. “L’okupació a Berlin”, *Illacrua*, núm. 43, 1997, p. 12-14.
- SHIVA, Vandana y María MIES. *Abrazar la vida. Mujer, ecología y desarrollo*. Madrid: horas y HORAS ediciones, 1995.
- Ecofeminismo. Teoría, crítica y perspectivas*. Barcelona: Icaria/Antrazyt, 1997.
- SHNEIDER, Volker. “Control as a Generalized Exchange Medium within Policy Process?” En Bernd Marin (ed.), *Governance and Generalized Exchange*, Frankfurt: Wesview Press, 1990, p. 171-189.
- SMELSER, Neil. *Teoría del comportamiento colectivo*. México: FCE, 1995.
- SMITH, Martin. *Pressure, Power and Policy: State Autonomy and Policy Networks in Britain and United States*. Londres: Harvester Wheatsheaf, 1993.
- SNOW, David, Burke ROCHFORD, Steve WORDEN y Robert BENFORD. “Frame Alignment Process, Micro-Mobilization and Movement Participation”, *American Sociological Review*, núm. 51, 1986, p. 464-481.
- SNOW, David y Robert BENFORD. “Master Frames and Cycles of Protest”, en Aldon Morris y Carol Mueller. *Frontiers in Social Movement Theory*. New Haven: Yale University Press, 1988, p. 133-155.
- SUBIRATS, Joan (dir.). *Pobresa i exclusió social. Un anàlisi de la realitat social espanyola i europea*. Barcelona: Col·lecció Estudis Socials, núm. 16, Fundació “la Caixa”, 2004.
- _____, “Democràcia, participació i eficiència” a *Revista de Serveis Personals Locals*, núm. 6, 1997, p. 87-95.
- SZTOMPKA, Piotr. *Sociología del cambio social*. Madrid: Alianza, 1995.
- TARROW, Sidney. *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza Universidad, 1997.
- TEJERINA, Benjamín. “Los movimientos sociales y la acción colectiva. De la producción simbólica al cambio de valores”, en Pedro Ibarra y Benjamín Tejerina (eds.), *Los movimientos sociales*.

- Transformaciones políticas y cambio cultural*. Madrid: Trotta, 1998, p. 111-138.
- TILLY, Charles. *From Mobilization to Revolution*. New York: Random House, 1978.
- _____, *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*. Madrid: Alianza, 1991.
- _____, “Repertorios de acción contestataria en Gran Bretaña, 1758-1834”, a Mark Traugott (comp.), *Protesta social. Repertorios de acción colectiva*. Barcelona: Hacer, 2002, p. 17-47.
- TOURAINE, Alainne. *Movimientos sociales hoy: actores y analistas*. Barcelona: Hacer, 1990.
- _____, *The Voice and the Eye. An Analysis of Social Movements*. Cambridge: Cambridge University Press, 1981.
- TRAUGOTT, Mark. “Prefacio a la edición española”, a *Protesta Social. Repertorios de acción colectiva*. Barcelona: Hacer, 2002a, p. XV-XVII.
- _____, “Las barricadas como repertorio: continuidades y discontinuidades en la historia de la contestación en Francia”, a *Protesta Social. Repertorios de acción colectiva*. Barcelona: Hacer, 2002b, p. 49-66.
- TRILLA, Carme y Jofre LÓPEZ. “8.4. Vivienda” en Vicenç Navarro (dir.) *Informe 2007. Observatorio social de España. El Estado del Bienestar en España y las CCAA. Análisis de indicadores clave*, 2007, pp. 745-776 (Recuperado en <http://www.segsocial.es/prdi00/groups/public/documents/binario/51940.pdf>, el 30 de mayo de 2014)
- VALCARCEL, Amelia. *La política de las mujeres*. Madrid: Cátedra, 1997.
- VALLES, Miguel. “Técnicas de observación y participación: de la observación participante a la investigación-acción-participativa”, en Miguel Valles y Miguel Vallès, *Técnicas cualitativas de investigación social. Reflexión metodológica y práctica profesional*. Madrid: Síntesis, 1997, p. 142-176.
- VAN DIJK, Teun y ATHENEA DIGITAL. “El análisis crítico del discurso y el pensamiento social”, *Athenea Digital*, num. 1, 2002, p. 18-

24. Disponible en <http://blues.uab.es/athenea/num1/vandijk.pdf> (consultado el 16 de enero de 2006).
- VERGER, Antoni y Robert GONZÁLEZ. “Les lluites i la construcció del moviment de moviments”, *Anuari de l'Accent*, Barcelona, 2004.
- VERGER, Antoni, Mercé CORTINA y Robert GONZÁLEZ. “La recerca com a eina de transformació?” en *Illacrua*, núm. 118, abril 2004.
- VIDICH, Arthur. “Participant observation and the collection an interpretation of dates”. *American Journal of Sociology*, vol. 60, núm. 4, 1955, p. 354-360.
- VILLARROYA, Jordi. “La marxa per Gallecs reuneix 2.500 persones” *El Punt Avui*, 20 de abril de 2015 (Consultado el 14 de agosto de 2015).
- VILLASANTE, Tomás R. *Cuatro redes para mejor-vivir*. Buenos Aires: Lumen-Humanitas, 1998.
- VIVAS, Esther. *Organitzacions, campanyes i moviments d'oposició al deute extern*. Barcelona: Fundació Jaume Bofill, 2003.
- WALLACH, Yair. “Okupación y vivienda en Londres”. *Diagonal*, del 27 de octubre al 9 de noviembre de 2005, p. 13.
- WATES, Nick y Christian WOLMAR. *Squatting. The Real Story*. London: Bay Leaf Books, 1980.
- WILHELMI, Gonzalo. *Lucha Autónoma. Una visión de la Coordinadora de Colectivos (1990-1997)*, Madrid: Traficantes de Sueños, 1998.
- WINDHOFF-HÉRITIER, Adrienne. “Policy Network Analysis: a Tool for Comparative Political Research”, a Hans Keman (ed.), *Comparative Politics: New Directions in Theory and Method*. Amsterdam: VU University Press, 1993, p. 143-160
- WINKELS, Edwin. “Milers d'okupes paguen lloguer en grans ciutats europees”. *El Periodico*, 9 de desembre de 2006, p. 45.
- WRIGHT, Maurice. “Policy Community, Policy Network and Comparative Industrial Policies”, *Political Studies*, núm. 36, 1988, p. 593-612.
- The Comparative Analysis of Industrial Policies: Policy Networks and Sectorial Governance Structures in Britain and France*. Melbourne: EPRU Working Papers, 1/91, Victoria University, 1991.
- ZALD, Mayer y John MCCARTHY. *Social Movements in an Organizational Society*, New Brunswick: Transaction, 1987.

Prensa

ABC, 2 de noviembre de 1999.

Avui, 29 de octubre de 1996; 6 de marzo 1998; 25 de noviembre de 2005.

El Debat.cat, 11 de febrero de 2009.

El Far, 27 de enero de 2006; 17 de marzo de 2006.

El Mundo, 6 de enero de 1996; 1 de noviembre de 1996; 6 de febrero de 1998; 6 marzo de 1998.

El País, 29 de octubre de 1996; 6 de marzo de 1998; 27 de marzo de 1998; 7 de junio de 1998; 21 de septiembre de 1998; 14 de octubre de 1999; 17 de octubre de 1999; 24 de octubre de 1999; 24 de enero de 2007; 3 de junio de 2010; 2 de agosto de 2010; 20 de agosto de 2010

El Periódico, 29 de octubre de 1996; 8 de febrero de 1998; 19 de septiembre de 2001; 15 de diciembre de 2001.

Infousurpa, septiembre de 2001; julio de 2009.

La Vanguardia, 29 de octubre de 1997; 22 de marzo de 1998; 14 de octubre de 1999; 30 de noviembre de 2001.

Molotov, núm. 41, diciembre de 2003, p. 1-2.

Dosieres de prensa

GONZÁLEZ, Robert y Marc MARTÍ. *Dossier de premsa sobre el moviment per l'okupació*. Octubre 1996-diciembre de 1998.

Dossier de premsa sobre els fets del 12 d'octubre. Octubre-diciembre de 1999.

Dossier de premsa sobre el moviment per l'okupació. Enero-diciembre de 2001.

OKUPAS DE MADRID. *Un desalojo... otra okupación*. Dossier de premsa, octubre-noviembre, 1996.

ASSEMBLEA D'OKUPES DE TERRASSA. *Dossier de premsa*. Noviembre de 1996-Març de 1997.

Páginas web

-Página de l'Asamblea de Centros Sociales de Madrid y Guadalajara: <http://www.okupatutambien.net> (consultada el 1 de agosto de 2009).

- Pàgina de *la Rimaia*: <http://larimaia.org/?q=node/185> (consultada el 11 de octubre de 2010).
- Pàgina del Centre Social Seco: <http://www.cs-seco.org/historia2.htm> (consultada el 5 de agosto de 2009).
- Pàgina del Eje de Okupació de Rompamos el silencio: <http://www.okupatutambien.net/> (consultada el 2 abril de 2010).
- Pàgina web de l'Espai Social de Magdalenes: <http://magdalenes.net/?q=ca/taxonomy/term/48> (consultada el 20 de julio de 2010).
- Pàgina de l'Hort Comunitari de Gràcia: <http://horteres.org> (consultada el 26 de agosto de 2009).
- Pàgina del Kasalet-Col·lectiu Acció Autònoma: http://kasalet.org/index.php?option=com_content&task=view&id=42 (consultada el 26 de agosto de 2009).
- Pàgina de *Kaosenlared*: <http://www.kaosenlared.net/noticia/neix-terrassa-lasamblea-popular-anticapitalista> (consultada el 3 de septiembre de 2009).
- Pàgina de *La Directa*: <http://setmanaridirecta.info> (consultada el 10 de septiembre de 2009).
- Pàgina de *Nodo 50*: <http://www.nodo50.org/> (consultada el 18 de enero de 2006)
- Pàgina de *Veïns i veïnes* del Barri de Sants: <http://www.barrisants.org> i <http://www.barrisants.org/laburxa> (consultada el 9 de septiembre de 2009).
- Pàgina de *Vilaweb* (29/05/2009): http://www.vilaweb.cat/www/noticia?p_idcmp=3586833 (consultada el 3 de septiembre de 2009).
- Pàgina del CSA La Tabacalera de Lavapiés: http://latabacalera.net/?page_id=739 (consultada el 18 de agosto de 2010).

Filmografía y discografía

- BOYERO, Bárbara, Nacho GOYTRE. *Lavapiés: 18 años de okupación*. Madrid, 2003.
- CABRERA, Sergio. *La estrategia del caracol*. Bogotá, 2003.
- PIRATS SOUND SISTEMA. "La Lluita", *Sants Sistema*, Barcelona, Propaganda pel fet, 2005.

PROYECTO COLECTIVO. *CSOA El Laboratorio, okupando el vacío*. Madrid: Kinowo Media, 2006.

Otras referencias

Boletín de Estadísticas Laborales, 2000.

Butlletí Oficial del Parlament de Catalunya, 26 de octubre de 1998.

Comunicat de tancament de La Quimera, <http://www.alasbarricadas.org/noticias/?q=node/11232> (consultado el 25 de agosto de 2009).

Departament de Medi Ambient. Secretaria d'Habitatge, "Lloguer d'habitatges. 2004-2008 (1) Preus mitjans mensuals. Municipis amb més de 70.000 habitants", 2008 a <http://www.idescat.cat/pub/?id=aec&n=731&t=2008>, (consultado el 24 de agosto de 2010).

Diari de sessions de Parlament de Catalunya, 29 de mayo de 1998.

Diario de sesiones del Congreso de los Diputados, 29 de septiembre de 1998.

Proposición de Ley Orgánica para la despenalización de la ocupación de inmuebles ajenos que no constituyan morada, presentada per ICV a *La Mesa del Congreso de los Diputados*, 31 de mayo de 2000.

Euroscat, 2006.

Europa Press. "Una setetetena de entidades de Barcelona reivindican la legitimidad de la "okupación" en una carta abierta a Hereu", 17 de mayo de 2007, a <http://www.lukor.com/not-esp/locales/0705/17183405.htm> (consultado el 8 de agosto de 2010).

INE. Censo de Población y Vivienda 2001, a <http://www.ine.es/censo2001/censo2001.htm> (consultado el 31 de julio de 2010).

INE, 2010 a <http://www.ine.es/daco/daco42/daco4211/epa0409.pdf>, (consultado el 04 de abril de 2010).

Informe de la Policía Nacional (sobre el moviment okupa), Barcelona, març de 1998.

Nota de premsa de l'Hort Comunitari de Gràcia, a <http://horteres.org> (consultado el 28 de agosto de 2009).

Sentencia 00310/2005 del Juzgado de lo Penal No. 5 de Madrid.

Entrevistas

Los casos de Cataluña	Los casos de Madrid
<p>IVAN M, CS Arran. Lugar: CS Arran a Sants, Barcelona. Fecha: 1 de marzo de 2001. Duración: una hora y media.</p>	<p>CRISTINA, CSO La Eskalera Karakola, Lavapiés, Madrid. Lugar: Gràcia, Barcelona. Fecha: 9 de julio de 2005. Duración: dos horas.</p>
<p>UBE I SÒNIA , KASA DE LA MUNTANYA Lugar: Kasa de la Muntanya, Gràcia, Barcelona. Fecha: 15 de marzo de 2001. Duración: una hora y media.</p>	<p>JACOBO, CSO El Laboratorio 3, Madrid. Lugar: CSO El Laboratorio 3 a Madrid. Fecha y hora: 26 de noviembre de 2002. Duración: una hora y veinte minutos.</p>
<p>OKUPES DEL CASAL POPULAR DE GRÀCIA Lugar: Casal Popular de Gràcia, Carrer Ros d'Olano, Gràcia, Barcelona. Fecha: 15 de marzo de 2001. Duración: una hora y media.</p>	<p>NANO, El Puntal, Madrid. Lugar: El Puntal a Madrid. Fecha: 16 de noviembre de 2002. Duración: una hora y cuarto.</p>
<p>JORDI SOLER, CENTRE SOCIAL DE SANTS Lugar: Centre Social de Sants, Sants, Barcelona. Fecha: 26 de marzo de 2001. Duración: una hora y media.</p>	<p>PANZER, El Barrio, Madrid. Lugar: Traficantes de Sueños a Lavapiés, Madrid. Fecha: 19 de diciembre de 2002. Duración: una hora y media.</p>

<p>IVAN A, CSO EL PALOMAR. Lugar: CSO EL Palomar, Sant Andreu, Barcelona. Fecha: 2 de octubre de 2001. Duración: una hora.</p> <p>TOMI, ATENEU CANDELA. Lugar: Ateneu Candela, Terrassa. Fecha: 21 de marzo de 2002. Duración: una hora y media.</p> <p>ERMENGOL, ASSEMBLEA D'OKUPES DE TERRASSA. Lugar: Universitat Autònoma de Barcelona. Fecha: 11 de marzo de 2002. Duración: una hora.</p> <p>ALBERT, ASSEMBLEA D'OKUPES DE SABADELL Lugar: Universitat Autònoma de Barcelona Fecha: 13 de febrero de 2002. Duración: una hora.</p> <p>AINA, CSO Torreblanca y Consell Local de Joves de Sant Cugat Lugar: Universitat Autònoma de Barcelona. Fecha: 13 de febrero de 2002 Duración: 1 hora y quince minutos</p>	<p>PEPE Y JORGE, Escuela de Educación Popular de la Prosperidad, Madrid. Lugar: Escuela de Educación Popular de la Prosperidad a Madrid. Fecha: 18 de diciembre de 2002. Duración: una hora y treinta minutos.</p> <p>RAQUEL, La Biblio Lugar: La Biblio a Lavapiés, Madrid. Fecha: 7 de diciembre de 2002. Duración: una hora.</p> <p>RAÚL, CS La Prospe Lugar: Facultad de Historia de la Universidad Complutense de Madrid. Fecha: 10 de diciembre de 2002. Duración: Cincuenta minutos.</p>
--	--

<p>DAVID, La Torna.</p> <p>Lugar: La Torna, Casal Independentista y Popular de la Vila de a Gràcia, Barcelona.</p> <p>Fecha: 18 de junio de 2002.</p> <p>Duración: una hora y media.</p> <p>JESÚS, Assembla d'Okupes de Barcelona.</p> <p>Lugar: Espai Obert, Pobel Sec, Barcelona</p> <p>Fecha: 6 de julio de 2002.</p> <p>Duración: una hora y media.</p> <p>ENRIC, Infoespai.</p> <p>Lugar: Infoespai, Gràcia, Barcelona.</p> <p>Fecha: 7 de marzo de 2005</p> <p>Duración: 1 hora</p>	
---	--

*Movimientos sociales y políticas públicas:
los impactos de los centros sociales okupados en
Cataluña y Madrid (1984-2014)*

se terminó de imprimir en el mes de febrero de 2018
en los talleres gráficos de la Editorial
Universitaria de la UAEH.
Tiraje de 500 ejemplares.